

C. Barthas

La Virgen de Fátima



RIALP

C. BARTHAS

LA VIRGEN DE FÁTIMA

Adaptación española, introducción y notas por

FLORENTINO PÉREZ-EMBID

Cuarta edición

EDICIONES RIALP, S. A.

MADRID

Títulos originales:

Fátima, merveille du XX' siècle II était trois petits enfants

(Fátima-Editions, Toulouse, Francia)

© 1962, C. Barthas

© 1977, de la presente edición traducida al castellano por el Rvdo. Dr. D. Pío BOSCH VILÁ y JOSÉ VILÁ SELMA, *by* EDICIONES RIALP, S. A. Preciados, 34. Madrid. España

ISBN: 84-321-1006-X

Depósito legal: M. 8.733-1977

Impreso en España

Printed in Spain

Closas-Orcoyen, S. L. — Martínez Paje, 5 — Madrid-29

INTRODUCCIÓN

La campesina sencillez de los acontecimientos de Fátima nos impresiona, en primer lugar, por su enérgico contraste con la caótica agitación de pueblos y de ideas, que es típica de nuestro tiempo.

Sin quererlo, recordamos la advertencia del salmo número II: *Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania?* Ruido aparente e inútil será también la subversión mundial de estos años. En medio —incluso cronológicamente— de esos violentos temblores que efe propósito los hombres impulsan, estas nuevas palabras de paz, de amor y penitencia, que vinieron de lo alto, son un destello de la paz de Dios, primer motor inmóvil, Señor de la Historia.

Resulta claro, casi natural, que la más alta criatura del cielo —la madre de Dios— haya querido venir a un pobre pedazo de miserables tierras peladas, para decir palabras de luz a estos hombres de hoy que se agitan en la confusión y el miedo.

No hay memoria en los siglos pasados de apariciones de la Virgen tan seguras ni tan al alcance de las normales comprobaciones de la razón humana. El hombre de ahora —creyente o incrédulo, cristiano o no— conoce los hechos acaecidos en Lourdes o Fátima por relatos numerosos y directos, de fuerza histórica igual a la de los testimonios que admite por buenos sobre la biografía de Napoleón, o sobre esas maravillosas tensiones recién descubiertas en el universo material. Por encima de tales razones objetivas de conocimiento, la fe —lo sabemos también— es una gracia gratuitamente dada.

Maravillas elementales e inefables, retamas y ángeles, corderos y zagales, pobres aldeas, el sol de mediodía. Solo con la limpia sencillez del alma de los niños será posible captar y gozar la fresca noticia, llena de vida, que hay en las revelaciones de Fátima. De ahí que para tratar de estos hechos fuese quizás necesaria la divina impasibilidad de los evangelistas. Su brevedad también.

Cuando, hace unos años, apareció la versión castellana del admirable libro de William Thomas Walsh, alguien lo saludó llamándole «maravilloso

reportaje de lo sobrenatural»; el gran escritor católico americano había acertado, en efecto, con el equilibrio justo entre sobriedad y lirismo, crónica y epopeya. Por eso su libro es a Fátima lo que a Lourdes el de Werfel, *La canción de Bernadette*. Fue solo una lástima que cuando él escribía no hubiesen sido dados a conocer aún en público ciertos detalles, como los referentes a las apariciones del Ángel, y determinadas precisiones acerca del «secreto de julio».

Aparte ese libro —admirable, repito—, en la literatura espiritual relacionada con el tema ¹, hay que Considerar, por una parte, los relatos de la primera hora, y luego las constantes publicaciones en diversas lenguas, de modo especial la monografía XXX. *Era urna Senhora mais brilhante que XXX*, del italiano padre De Marchi, misionero de la Consolata, libro que llama la atención por la minuciosidad con que reproduce en los momentos claves el texto literal de algunas fuentes inmediatas a los hechos.

Entre todos estos libros descuella la entusiasta labor literaria y divulgadora llevada a cabo por el canónigo francés C. Barthas. Movidio por celo extraordinario y después de un estudio contrastado por numerosas conversaciones con los testigos aún supervivientes, con ocasión de reiteradas estancias en Portugal, ha dado vida en Toulouse a la labor editorial de las Fatima-Editions, difusoras de diversas publicaciones y especialmente de los libros escritos también por él, que son hoy sin disputa el relato de conjunto más amplio, pormenorizado y panorámico de las apariciones de la Virgen, sus circunstancias de lugar y tiempo, la vida anterior y posterior de los tres pastores, así como de las grandes manifestaciones de la Virgen de Fátima en todo el mundo, con ocasión de los traslados procesionales de la imagen peregrina.

Esos dos libros —*Fátima, merveille du XXe siècle*, e *Il était trois petits enfants*— son, evidentemente, complementarios, o más bien el uno la ampliación y desarrollo de algunos capítulos del otro ². El relato, pues, que de las apariciones de Fátima hay en ellos es completo y satisfactorio por su minuciosidad, por su precisión, y porque hace vivir lo narrado sobre el fondo evocador del ambiente de la época, a la vez que constantemente reitera sus dimensiones sobrenaturales.

Al terminar la lectura, en el ánimo queda una impresión profunda. El cielo se nos ha hecho más próximo, se mete en los afanes nuestros de cada día, y esto no con los truenos del Sinaí ni con las trompetas del Juicio, sino

de un modo leve y tierno, en la mirada triste de la Virgen adolescente, que acaricia a unos niños, les pide penitencia por los pecados de los hombres y les habla de castigos, del infierno, de la guerra y la paz, y del sentido eterno de las convulsiones cuya motivación humana llena desde hace cuarenta años las primeras páginas de los periódicos de este mundo.

Tal idea de la conexión estrecha entre lo temporal y lo divino es lo que más impresiona. La historia de Fátima no solo produce una sensación de paz maravillada, sino que también nos-golpea con una advertencia: el porvenir de los pueblos y de los hombres, incluso el más inmediato y cruento, depende —en la providencia de Dios— de los pecados personales, de la apostasía o de la reparación.

Por eso, la atención se va en gran medida —de un modo muy particular— hacia los más mínimos detalles de la revelación de julio, en la que la Virgen se refirió a esos extremos con especial precisión. Se comprueban sus palabras exactas, el orden en que fueron dichas, y hasta se compulsa el valor que puedan tener los signos de puntuación con que ahora se transcriben. No es que sea esto lo más importante de cuanto la Virgen dijo, pero sí lo más espectacular, o quizás lo que mejor pueden entender las gentes no acostumbradas al lenguaje de Dios.

Como es sabido, durante la aparición del 13 de julio los niños manifestaron de modo bien perceptible impresiones de tristeza y horror. Al final se negaron a explicar nada y dijeron a todos los circunstantes, como único argumento, que lo que la Virgen les había dicho era «un secreto». Los niños pequeños murieron sin haber revelado ni el más mínimo detalle que permitiera orientarse respecto de qué se trataba. A sus diez años apenas, supieron ser fieles y, en la preocupación que con frecuencia exteriorizaban de estar alerta para saber callar, triunfaron. Hoy sus pequeñas tumbas están a un extremo y otro del crucero en la blanca basílica levantada en lo alto de la pendiente de la Cova da Iria. En los tiempos y por los medios que Barthas refiere en momento oportuno, Lucia —según ha ido recibiendo de la Virgen indicaciones de hacerlo— ha referido luego, hasta ahora parcialmente, el contenido del «secreto de julio».

Tiene tres partes:

1. La visión del infierno y el anuncio de que el Señor quiere promover la devoción al Corazón Inmaculado de María, como medio para salvar las

almas de los pecadores y para obtener la paz. A esta devoción al Corazón Inmaculado, la Virgen les había hecho ya una breve referencia o alusión en la aparición de junio.

2. Las predicciones sobre el inmediato final de la primera guerra; el estallido y horrores de la segunda, si los hombres no dejaban de ofender a Dios, y la invasión de extensas zonas del mundo por la ola de horrores y persecuciones que Rusia difundiría; y después, la conversión de este país, tras su consagración por el Papa al Inmaculado Corazón.

3. El final del «secreto de julio», parte que todavía sigue sin ser revelada. Es la que en cierta ocasión Lucia, por obediencia, escribió y guardó en un sobre cerrado, con la inscripción: «No ha de abrirse antes de 1960». Custodiado este durante toda su vida por don José, el difunto obispo de Leiria, él había de morir sin conocer su contenido. Mientras tanto lo por él tan celosamente guardado ha sido objeto de cien elucubraciones gratuitas en la prensa sensacionalista, y por gentes más curiosas y frívolas que verdaderamente espirituales y con sentido de la responsabilidad.

Pero de todo ello, así como de las circunstancias concretas en que lo ya ahora conocido ha podido ir siendo revelado, es prematuro hablar. No se entendería sin seguir antes el curso de los acontecimientos, con el orden y rigor con que Barthas los relata. Cuando llegue el momento, y gracias a la ayuda de otras fuentes, se completarán —en notas, especialmente la séptima, dedicada al «secreto»—algunos detalles del mayor interés.

«Arma poderosa para vencer a los enemigos de la Santa Iglesia Romana y de la patria» ha de ser hoy el Rosario ³ como en los días de Lepanto y como en tantas otras crisis, graves de la Cristiandad moderna y medieval.

Soy la Virgen del Rosario, dijo a los niños Nuestra Señora ⁴ en su aparición de despedida el 13 de octubre de 1917. Empujados por la habitual equiparación con las apariciones de Lourdes y también por la levedad blanca y dorada de la imagen de la Capelinha, muchos cristianos piensan en la Virgen de la Cova da Iria con la creencia subconsciente de que quiso presentarse como cuando dijo a Bernadette: «Yo soy la Inmaculada Concepción». Y es también frecuente encontrar otros que creen que la

Virgen de Fátima eligió aparecerse bajo la advocación piadosa de su Corazón Inmaculado.

Pero la Virgen en Fátima lo que dijo de sí misma es: *Soy la Virgen del Rosario*. Un rosario de cinco decenas, hecho de cuentas de luz, llevaba colgando de su brazo derecho. Que rezasen todos los días el Santo Rosario con devoción, para obtener la paz del mundo, es lo que desde la primera aparición pidió a los niños con insistencia de madre, y por medio de ellos a todos los cristianos. Al realizar en la mañana del 13 de octubre el milagro anunciado —que había de ser la prueba para que todos creyeran, algo así como la rúbrica de la divina omnipotencia, tras sus palabras de salvación y de esperanza— mientras los millares de testigos contemplaban extasiados la danza del sol, los niños veían en lo alto del firmamento una deslumbradora mariofanía (Sagrada Familia, Virgen de los Dolores, y, por último, la manifestación gloriosa de la Virgen del Carmen), sucesión de apariciones que luego ha sido autorizadamente interpretada como un recuerdo simbólico de los misterios correspondientes a las tres partes del rosario.

Hay que retener, por último, que en el momento más sobrecogedor de todas las revelaciones, al terminar la grave advertencia que había empezado con la visión de los demonios y de los condenados, el 13 de julio, la Virgen encargó expresamente a sus hijos elegidos, que cuando rezasen el Rosario, al final de cada decena, no dejasen de decir una jaculatoria que Ella misma se dignó dictarles a continuación: *¡Oh, Jesús mío!, perdónanos, libranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas, y socorre principalmente a las más necesitadas*.

En la *Stephanskirche*, que es el templo catedral de Viena, el primer altar de la nave de la epístola —según se entra por la puerta principal, a la derecha— está dedicado a *Sancta Maria Stella Orientis*. Viena es una antigua y gloriosa capital cristiana, que en cien ocasiones ha quedado en la línea fronteriza misma de las invasiones asiáticas. Por eso, parece tener una misión de avanzadilla, algo así como un signo del destino para ser punto de partida de las empresas apostólicas reconquistadoras.

A lo largo de los siglos, los pueblos bárbaros del Oriente extremo han batido una y otra vez, como un oleaje incansable, contra los espacios que el Cristianismo tenía ya civilizados y europeizados, y con ello, liberados del

dominio torturante de los espíritus malignos: los hunos de Atila, los ávaros y magiares, los mongoles de Gengiskan, los turcos seleúcidas, han protagonizado esas presiones sucesivas. Unos tras otros han ido asimilándose luego a la vida civilizada e integrándose en el sistema temporal de la Cristiandad. Desde muy antiguo las marchas migratorias de Oriente hacia Occidente son en la historia europea una constante, que se traslada, como si fuera una ley general, a otros ámbitos y latitudes.

En nuestros días, la amenaza que se cierne sobre los pueblos católicos no es un cisma, ni una herejía particular, sino la negación básica, el materialismo ateo, impuesto mediante la coacción física y el terror total por un imperialismo una vez más asiático. Adelantándose al riesgo de pánico generalizado, de la dimisión y el entreguismo, que puede hacer presa en países minados por la tibieza o la apostasía, la Virgen Santísima —que es siempre *Stella Orientis*— ha advertido dulcemente a los cristianos que la fe resistirá, y que, cuando llegue la hora, la Iglesia recuperará otra vez su señorío sobre esas mismas regiones que hoy personifican la amenaza.

Portugal, en la Costa del Sol, 20 febrero 1962.

F. P. E.

DEL PRÓLOGO A LA 3.a EDICIÓN FRANCESA

En el prólogo de la primera edición (1941), subrayábamos la profunda ignorancia del público francés sobre Fátima, veinticuatro años después de los acontecimientos de 1917. Pero pronto esta ignorancia dio paso a una gran curiosidad, sobre todo después de las solemnes declaraciones del Sumo Pontífice Pío XII y de la Consagración que hizo de la Iglesia y del mundo al Inmaculado Corazón de María en su Mensaje a Portugal con ocasión de la clausura del año jubilar de las apariciones (31 de octubre de 1942). Más todavía: llegó a producirse entonces un movimiento de fervor popular hacia Aquella que había prometido la paz del mundo si se cumplía su Mensaje.

Nace y se desarrolla pujante, en efecto, en todos los pueblos del universo un impulso de confianza en Aquella que prometió la conversión de Rusia y la paz del mundo, y las multitudes innumerables, siguiendo las exhortaciones de las jerarquías eclesiásticas que les recuerdan los deseos de María, dirigen al Cielo fervorosas súplicas por este doble y único fin en públicas manifestaciones hasta ahora desconocidas.

Como es muy natural, desde la última edición, que data de doce años atrás, el conocimiento de los diversos aspectos del misterio de Fátima ha progresado, y será fácil notar algunas importantes «novedades» en la presente nueva edición.

No vamos aquí a repetir lo que dijimos al principio de las anteriores ediciones acerca de las fuentes, de nuestra documentación, que nos proporcionaron en gran parte dos sacerdotes portugueses: los Rvdos. PP. Castelblanco y Da Fonseca. Utilizaremos, asimismo, las abundantes observaciones, interrogatorios, notas y documentos diversos recogidos o transcritos por nosotros mismos durante nuestros viajes a Portugal.

Pudimos allí tratar con muchas personas que viven todavía, testigos presenciales de los acontecimientos de 1917, en particular con el padre y la madre de Jacinta y Francisco; ajear los archivos del santuario y los documentos del Obispado de Leiría; tener tres entrevistas con el más fiel y más autorizado de los testigos, sor María Lucía del Inmaculado Corazón;

leer y traducir íntegramente los cuatro cuadernos escritos por ella, en diversas circunstancias, a petición de monseñor José Correia da Silva, entre 1937 y 1941, y allí pudimos, en fin, ver y admirar la fervorosa confianza del pueblo portugués en su celestial Patrona.

Diversas obras publicadas recientemente en Portugal (João de Marchi, Galamba, Costa Brochado, etc.) nos han, asimismo, ayudado a enriquecer nuestra documentación.

Como todo el mundo sabe actualmente, las apariciones de Fátima, con sus circunstancias, han llegado a conocimiento del público gradualmente, por sucesivas etapas. En nuestro relato, presentaremos los hechos según su orden cronológico real, sin tener en cuenta esta gradual y fragmentaria «revelación», excepto para mencionar, cuando lo estimemos útil para la mejor inteligencia de los acontecimientos, la manera como han sido conocidos.

Al hablar de las apariciones, prodigios y hechos sobrenaturales de Fátima, no pretendo adelantarme al juicio de la Santa Sede, sino que me sujeto plenamente a la autoridad eclesiástica, a la que pertenece, con su aprobación, determinar el sentido y la medida de tales expresiones.

¡Dígnese la Santísima Virgen bendecir esta nueva y modesta contribución a su gloria!

C. BARTHAS

Toulouse, 1 de diciembre de 1951.

PRIMERA PARTE: LA TIERRA Y LAS GENTES DE FÁTIMA

I. PORTUGAL Y FÁTIMA

Tierra de la Virgen María

Hacia el siglo VIII, el territorio que había formado la antigua provincia romana de Lusitania, fue conquistado por los sarracenos o moros, A últimos del siglo XI, Alfonso VI, rey de León y de Castilla, arrebató una parte del mismo a los invasores.

En 1095, Alfonso entregó la región comprendida entre el Miño y el Duero a su yerno Enrique, conde de Borgoña, quien tomó el título de conde de Portugal ⁵, y extendió sus dominios a costa de los musulmanes.

El hijo del conde Enrique, Alfonso Henriques, derrotó a los moros en la decisiva batalla de Ouríque.

Entusiasmados sus soldados, le proclamaron rey en el propio campo de batalla.

Alfonso de Castilla, su soberano, protestó de tal usurpación. Henriques pidió y obtuvo la protección y la soberanía del Papa. Unas cortes celebradas en Lamego (1143) tomaron el acuerdo de no reconocer para el nuevo reino otro señorío en la tierra que el del Papa, a quien había de rendir todos los años el homenaje simbólico de cuatro onzas de oro.

Portugal había nacido, y había nacido católico. La nación portuguesa no ha olvidado nunca este origen papal.

Cierto que en el transcurso de los siglos han surgido graves conflictos entre la Santa Sede y el gobierno portugués. Sin embargo, estas pasajeras tormentas, en una amistad secular, no han impedido que Roma siga concediendo a Portugal su tradicional título de «nación fidelísima».

En los tiempos modernos, la Monarquía, aunque unida a la Iglesia por sus orígenes, sus tradiciones e incluso por pactos oficiales que le concedían derechos excepcionales en materia eclesiástica, se había mostrado demasiado débil ante las intrigas de las logias.

Y fue víctima de ellas. En 1.º de febrero de 1903, el rey Carlos y el príncipe heredero murieron asesinados. El joven Manuel, proclamado rey, logró mantenerse en el trono durante dos años. El 5 de octubre de 1910, abandonó el país: se había proclamado la República. En seguida comenzó un triste período de desórdenes, de anarquía y de persecución religiosa que parecía había de conducir el país a una total decadencia, si la Reina de los Cielos no hubiese concedido un inesperado socorro a este pueblo que tanto la quería y que jamás dejó de ser verdaderamente la «Tierra de la Virgen María»⁶.

En efecto, los reyes de Portugal ya desde el principio escogieron a la Madre de Dios por patrona (*Padroeira*) de la dinastía y de la nación. El pueblo portugués, a pesar de las revoluciones y de las persecuciones, ha permanecido siempre fiel a esta especie de tratado. En el siglo XVII, el rey Juan IV consagró solemnemente su reino a la Inmaculada Concepción (20 de octubre de 1646).

Los portugueses tuvieron siempre y tienen aún el honor de llevar los nombres de las distintas fiestas marianas: María de la Concepción, de la Purificación, de la Asunción, de los Dolores, del Carmen, etc.... Sus campesinos y sus obreros han levantado en todas las cimas de los Montes y en todas las encrucijadas de los caminos oratorios, capillas y hasta grandes santuarios en su honor.

Casi todas las operaciones y todos los oficios la tomaron por celestial protectora.

Sus conquistadores llevaron su bendito nombre a todas las playas del mundo.

Las artes y la literatura, la voz de los oradores, de los poetas, de los predicadores han exaltado y glorificado siempre a Nuestra Señora en todas las formas de la más sentida expresión.

Ricos y pobres desean honrar sus misterios de pureza y amor, frecuentan sus peregrinaciones y sobre todo rezan el rosario. De esta forma, María reina en todos los hogares. Incluso durante los mayores triunfos

sectarios, en las primeras décadas del presente siglo, se conservó, particularmente entre las familias del campo, la costumbre de rezar todos los días el rosario.

Esta devoción se practicó de manera particular en la comarca de la antigua diócesis de Leiria ⁷, en el territorio que rodea el célebre monasterio dominico de Nuestra Señora de la Victoria de Batalla, el cual reunió en su simbolismo todos los recuerdos de los tiempos gloriosos en que Portugal se afanaba, en la lucha y el sacrificio, para ser un pueblo cristiano.

Esta comarca, que es el Centro geográfico del país, es también en cierto modo su centro histórico. Y, desde que María ha manifestado en Fátima maravillas inauditas que vamos a relatar, se ha convertido en su centro espiritual y místico.

¡Fátima!...

En 1917, desde hacía tres años, la guerra europea seguía su curso fatal. El santo papa Pío X murió, en sus primeras semanas, de pena al ver que no había podido evitar el desencadenamiento del cataclismo. Después de él, Benedicto XV, el gran Pontífice de la Paz, hizo cuanto puede hacer un Papa para terminar el conflicto; pero los hombres no le quisieron escuchar: el incendio siguió propagándose de pueblo en pueblo.

Pasado un año, la pequeña nación portuguesa entró también dentro del mortal torbellino. Todos los días veía desaparecer en el terrible abismo de la guerra la flor de su juventud y sus escasos recursos. Por dondequiera sollozos, ruinas, desolación y muerte.

Al resultar ineficaces todos los medios humanos, el Soberano Pontífice tuvo la idea de movilizar el poder de la Reina de los Cielos. Llamó a todos los católicos del mundo a una cruzada de oraciones con objeto de *alcanzar la paz del mundo por la intercesión de María*. En la carta que escribió con este motivo al cardenal Gasparri, secretario de Estado, leemos: «Y puesto que todas las gracias *que* el Autor de todo bien se digna concedernos son, por un designio amoroso de su divina providencia, otorgadas por las manos de la Santísima Virgen, Nos queremos que, ahora más que nunca, en esta hora espantosa, se vuelva viva y confiada hacia la augusta Madre de Dios la súplica de sus hijos muy afligidos. En consecuencia, Nos os encargamos

que hagáis conocer al Episcopado del mundo entero nuestro ardiente deseo de que se recurra al Corazón de Jesús, trono de todas las gracias, y que a este trono se recurra por intercesión de María».

Al propio tiempo, el Soberano Pontífice prescribía se añadiese a la letanía de la Virgen la invocación: *Reina de la Paz, ruega por nosotros*.

La carta de Benedicto XV es del sábado 5 de mayo. Y he aquí que, ocho días después, el domingo 13 de mayo, Nuestra Señora del Rosario se manifiesta a tres pastorcillos en la tierra de Portugal, apareciéndoseles luego otras cinco veces y recomendándoles con insistencia que rezasen el rosario para pedir la terminación de la guerra, pues solo María puede obtener esta gracia a los hombres.

Y muy pronto, entre los siniestros ruidos de la guerra, empieza a circular de un extremo a otro de Portugal un nombre que resuena como un anuncio de paz, como una halagüeña invitación a la reconciliación, el arco iris en medio de la tempestad: ¡Fátima!... ¡Fátima!...

¿Qué evocaban estas sílabas de consonancias orientales?

En historia o en geografía, no se conoce otra Fátima que la hija de Mahoma (muerta en 632), la que, en el siglo x, dio su nombre a la dinastía de los Fatimitas.

Y, sin embargo, el nombre de Fátima vuela de boca en boca, no solamente en Portugal, sino en todos los pueblos de Europa y del mundo entero, celebrado y bendecido en todas partes con un entusiasmo cada vez mayor.

Fátima es una parroquia rural, unos 150 kilómetros al norte de Lisboa, del concejo de Vila Nova de Ourem, en el distrito de Santarem. La forman unos cuarenta caseríos, perdidos en los repliegues de una meseta, unida al *macizo montañoso* llamado sierra de Aire ⁸, que contaba, antes de los acontecimientos que la han hecho célebre unos dos mil quinientos habitantes. El caserío central extendía sus pocas casas a lo largo de una sola calle, sección de la carretera de Leiria a Ourem.

El nombre netamente árabe de esta aldea prueba la antigüedad de sus orígenes y evoca el recuerdo de las largas guerras contra los sarracenos, y particularmente una vieja leyenda que nos es grato relatar, a pesar de su carácter vago e incierto desde el punto de vista histórico. Dice la tradición

que un conde de Ourem casó con una cautiva árabe llamada Fátima. Esta cautiva murió muy joven; el conde ingresó en la abadía de Alcobaça, recientemente fundada por nuestro gran San Bernardo de Claraval. Enviado a fundar un priorato en la montaña vecina, trasladó allí los restos de su amada esposa. De aquí el nombre del lugar ⁹.

La lucha contra el Islam continuó a lo largo del siglo XII. Muchos de los gloriosos hechos de armas que hicieron de Portugal el paladín de la Cruz contra la Media Luna, se desarrollan en la comarca inmediata a Fátima.

Fue allí también donde se produjo de manera definitiva, a fines del siglo XIV, la independencia nacional de Portugal, pues los reyes de Castilla no habían abandonado de buen grado sus derechos sobre las provincias occidentales de la península Ibérica.

El héroe de esta independencia es la figura más popular de la epopeya portuguesa, el bienaventurado don Nuno Álvares Pereira, ejemplo a la vez de héroe y de santo, como para los franceses Juana de Arco ¹⁰. Era el jefe del ejército del rey Juan I. En su estandarte llevaba bordada la imagen de la Santísima Virgen. Su grito de guerra era el de: «¡En nombre de Dios y de la Virgen María!».

El 13 de agosto de 1385, víspera del choque contra el ejército del rey de Castilla, más numeroso y potente, el héroe portugués se encontraba en la misma meseta de Fátima. Invocó solemnemente la protección de María, y el rey hizo el voto, si alcanzaba la victoria, de levantar un hermoso monasterio en honor de Nuestra Señora. Este fue el primer día «trece» celebrado en honor de Nuestra Señora en este rincón de mundo por Ella escogido.

Al día siguiente, que era víspera de la Asunción, se alcanzó la gran victoria de Aljubarrota.

En agradecimiento, Juan I hizo construir una magnífica iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora de la Batalla, y también el monasterio contiguo, confiado a los religiosos de la orden de Santo Domingo. Verdaderas joyas de arte gótico, estos monumentos de la independencia nacional a la gloria de María, están situados a pocos kilómetros de Fátima y dieron nombre a la pequeña población que se edificó a su alrededor: Batalha.

Todos estos recuerdos están muy en lo hondo de la devoción y el patriotismo portugués, que llama a esta comarca de Fátima «el país del santo Condestable», el cual era conde de Ourem y, por consiguiente, señor de Fátima.

Nadie ignora el celo de los dominicos por su devoción al santo rosario. Ellos fueron los que la propagaron entre los pueblos vecinos.

Después de la guerra civil de don Pedro (1828), los monjes fueron expulsados del santuario de Batalha, que ya: no es más que un bello monumento histórico. ¿No es, pues, digno de consideración que la Santísima Virgen haya escogido para manifestarse a los hombres la proximidad de un convento que durante siglos fue un centro de difusión de la devoción por ella preferida? ¿No se deberá a la persistente influencia de este santuario mariano la piadosa costumbre conservada en esta comarca de rezar todos los días el rosario?

Un caserío tranquilo

Antes de la expansión del santuario de la Cova da Iria, que ha cambiado en este sentido la fisonomía de la comarca, no había para unir la meseta de Fátima con los pueblos del llano otra comunicación que el camino vecinal, entre cuyas rodadas brotaba la hierba, y algunas malísimas veredas.

Marchando por uno de estos estrechos y hondos senderos, el viajero no habría podido ver otra cosa que piedras blanquecinas, coronadas algunas veces por la cúpula verdigrisácea de los olivos. Durante generaciones han sido acumuladas estas piedras sobre los bordes de los campos a modo de muros que separan los cultivos y forman a menudo los caminos.

Entre estos taludes de piedras, la tierra de cultivo es una especie de arena rojiza que cubre con una capa demasiado delgada la roca calcárea que aflora de trecho en trecho. En las hondonadas, el humus tiene mayor profundidad. Así, pues, acá y acullá, pueden verse magníficos trigales y maizales soberbios, como también verdes y vigorosas viñas que proporcionan a los vecinos la poca cantidad de vino con la que se sienten satisfechos.

En un panorama semejante, a escasos minutos de la aldea de Fátima, hay un grupo de casas bajas y de modesto aspecto, unas veinte lo más, alineadas a lo largo de un camino estrecho y escabroso, separadas entre sí por huertos y corrales. Es el caserío de Aljustrel.

Sus vecinos son labriegos toscos y trabajadores. La monotonía de su vida, siempre ocupada en el cultivo de los campos, duro en este ingrato suelo, no se interrumpe más que por la ida al caserío central para asistir a la misa de los domingos, y por raras bajadas a la villa, Vila Nova de Ourem, particularmente cuando hay feria.

Las casas son pequeñas, sin pisos, cubiertas por bajos techos de tejas. La fachada, generalmente encalada, está cortada por dos pequeñas ventanas y una puerta estrecha, a la que se sube desde el camino por dos o tres peldaños de piedra.

Si entramos en ellas, siempre encontraremos en todas el mismo mobiliario rústico, sólido sí, pero a todas luces insuficiente. No obstante, en las paredes, testimoniando los profundos sentimientos religiosos de sus moradores, veremos siempre colgando el santo crucifijo y profusión de imágenes piadosas.

Junto a la casa, y prolongándola, el establo y el común. En la parte posterior, el cercado, que comprende la era y el huerto, en el que, entre los árboles frutales, predomina la higuera. En el rincón más sombreado, el pozo, que, a falta de agua viva, es una cisterna abierta en la roca; pero el agua de las lluvias, allí recogida, se mantiene fresca en él y es muy agradable para beber.

II. TRES PASTORCILLOS

Dos hogares laboriosos y cristianos

En este modesto poblado, dos casas, en todo semejantes a las demás, pertenecían a dos cuñados: Antonio dos Santos, esposo de María Rosa de Jesús, y Manuel Pedro Marto, segundo marido de Olimpia, hermana de Antonio dos Santos y viuda de José Fernandes Rosa.

Son humildes viviendas, que tienen, una y otra, abiertas a la calle, o más bien al camino, dos pequeñas ventanas a cada lado de la estrecha puerta, a la que se sube por tres o cuatro escalones de piedra.

En la casa de Antonio, que tiene cincuenta años, viven su mujer (cuarenta y ocho años), un hijo y cuatro hijas, la más pequeña de las cuales fue bautizada con el hermoso nombre de Lucia de Jesús (nacida el 22 de marzo de 1907) ¹¹.

La casa de Manuel Pedro es casi nueva, ya que ha sido construida cuando Olimpia contrajo el primer matrimonio.

Abriga a los dos hijos de este primer matrimonio, así como a los ocho hijos supervivientes del segundo, Francisco, nacido el 11 de junio de 1908, y Jacinta, nacida el 10 de marzo de 1910, son los dos más pequeños de esta numerosa familia.

Pues estos campesinos son cristianos y generosos que no temen llenar sus hogares con gran número de hijos y consideran su nacimiento como una bendición de Dios. Estos, décimo y undécimo hijos de la familia, han disfrutado, ciertamente, muy poco de las felicidades de aquí abajo, ya que apenas si vivieron sobre esta tierra; pero poseen una gloria y son el orgullo de todo Portugal y de la Iglesia católica entera, y los padres que les sobreviven tienen la certeza de saber que están en el cielo, infinitamente felices, junto a María, que vino por sí misma a llamarles y llevarlos consigo.

En estas dos familias, lo que quizás extrañe a nuestros niños demasiado mimados, los niños no podían ir todos a la escuela, como sucedía, por otra parte, en la mayoría de las familias de estos países montañosos ¹². Ante todo, era necesario que supieran ganarse la vida. Basta con que dos o tres en cada familia sean capaces de leer, en las noches, y de escribir las cartas.

Todos, tan pronto como tenían trece o catorce años, tenían que ir a trabajar con las personas mayores, a los campos y, mientras tanto, los más pequeños cuidaban de los rebaños. Y fue de esta manera como los tres primos, Lucia, Francisco y Jacinta, fueron pastores a la edad de siete u ocho años.

Esto no quiere decir que se descuidara su educación. La familia fue su escuela y la madre su verdadera maestra, sobre todo, cuando las madres son

del templo de María Rosa o de Olimpia.

Ordinariamente, las cuñadas no iban al campo; quedaban en casa para cuidar de ella y para cocinar. En los momentos libres hilaban, tejían en rústico telar y, sobre todo, cuidaban de sus hijos pequeños.

Educación familiar

Podemos decir que en las familias numerosas el afecto se multiplica a medida que son más a los que hay que querer. Así, en casa de Marto, la benjamina de la familia, la pequeña Jacinta, era la muñeca querida de toda la casa.

Por la noche, en las veladas, o el domingo por la tarde, cuando la familia estaba reunida, todos estaban pendientes de ella, y la acariciaban, con la que todos jugaban, haciéndole brotar la más hermosa sonrisa. Olimpia consideraba que sus hijos e hijas mayores Abusaban de la pequeña y les sermoneaba porque la mimaban demasiado.

Pero no ponía mucha sinceridad en sus palabras, pues, en el fondo, su amor propio de madre gozaba al Ver que su benjamina, su preferida, aquel amor de hija que Dios bueno le había dado, cuando ya contaba más de cuarenta años, era el objeto de tantas predilecciones.

Profundamente cristiana, se le hacía penoso esperar a que sus hijos tuvieran edad para enseñarles las plegarias y las primeras nociones de catecismo. Era algo en lo que no cedía el puesto a nadie. Y fue de labios de su madre de donde Francisco y Jacinta, todavía muy pequeños, aprendieron a conocer y amar a Nuestro Señor y a su santa Madre.

A veces, Olimpia reunía a su alrededor a todos sus hijos y les daba algo así como unas explicaciones de catecismo, que era más bien una conversación en la cual los mayores instruían a los pequeños. Pero como estos estaban siempre en casa, tenían la ventaja de oír, con frecuencia, explicaciones suplementarias y más en consonancia con su corta edad.

Y fue así cómo nuestros dos niños, Francisco y Jacinta, suspiraban porque pronto llegara el día en que pudieran asistir al catecismo del párroco para prepararse a recibir a Nuestro Señor.

La educación de la prima Lucia no estuvo tan llena de ternura, pero no fue menos cristiana. Aparentemente, María Rosa era más ruda que su cuñada y menos delicada de sentimientos. Pero era una creyente fiel y consideraba que su primer deber era cultivar los gérmenes de la fe, de la esperanza y de la caridad que el bautismo había puesto en el alma de sus hijos.

«Su marido —cuentan los habitantes de Aljustrel— no era muy devoto; pasaba los años sin cumplir con Pascua. Los domingos, después de la misa, a la que no faltaba, permanecía en la taberna hasta la noche. María Rosa era una mujer como hay que ser, una mujer de oro». Daba a sus hijos la más perfecta educación y ponía su empeño en formarles en la práctica de una austera probidad, en lo que ella les daba ejemplo, procurando inculcarles, sobre todo, una gran lealtad, que para ella era la virtud madre de todas las otras. Pasara lo que pasara, quería ver, cuando el sol se había puesto, a todas sus hijas en casa, incluso los días de fiesta, en los que tanto les hubiera agradado divertirse junto con las otras mozas. Las quería modestas y valerosas; y pobres de ellas si se les escapaba la más pequeña mentira.

Cuando eran pequeñas les enseñaba el catecismo. Las lecciones se hacían más frecuentes cuando se acercaba la Cuaresma, porque, decía María Rosa, se avergonzaría de que sus hijos no supieran responder nada cuando les preguntara el párroco sobre el deber pascual. Y la verdad es que este las encontraba suficientemente instruidas como para confiarles la instrucción de los que tenían menos edad.

Lucia, que más tarde pasaría ante muchos como una idiota, era, no obstante, bastante inteligente para aprovecharse de estas instrucciones, hasta el punto de merecer el favor de la Comunión antes de haber cumplido los siete años.

Todavía tan pequeña, ya tenía cierta personalidad. Aquel año (1913) estuvo entre los que el párroco ¹³ eligió para prepararles a la primera comunión. Y era muy asidua. El buen cura la llamaba cerca de sí; Lucia se sentaba en el suelo o sobre el primer escalón del estrado en el que estaba el sacerdote, en una sacristía especial para estas reuniones, que está a la derecha del altar.

Cuando los otros alumnos no sabían qué responder a cualquier pregunta, el párroco preguntaba a Lucia. La verdad era que se sabía su catecismo mejor que la mayor parte de los otros niños. Por eso estaba segura de ser admitida en el examen final. Pero el día temible, el prior, sin examinarla, la rechazó porque consideró que era demasiado pequeña.

—¡No tienes edad todavía! ¡Eres demasiado pequeña!

Al escuchar semejante sentencia, la pobre Lucia se hizo un mar de lágrimas y fue a consolarse ante el altar de la Virgen, que en aquel entonces era una imagen de Nuestra Señora del Gozo Hermoso ¹⁴, que los del lugar llamaban Nuestra Señora del Rosario.

Y en aquel mismo instante entró en la iglesia el abate Cruz ¹⁵, muy popular en todo Portugal, que ve nía a predicar el retiro preparatorio de la primera comunión. Al ver que aquella niña lloraba de aquel modo, le preguntó qué le hacía penar de tal manera:

—Quisiera hacer la primera comunión y el señor cura no me autoriza.

El misionero intervino ante el párroco.

—Querido párroco, la pequeña Lucia de Jesús desea hacer la santa comunión.

—¿Sabe bastante catecismo?... ¿Tiene las disposiciones requeridas?... ¡Hay que verlo!...

Y el predicador hizo que la joven candidata sufriera un examen de conjunto sobre el catecismo. Y no solo se dio cuenta de que se sabía palabra por palabra, de un extremo a otro, todo el catecismo, sino que comprendía todo aquello que sabía de memoria.

Sorprendido, trató de penetrar en esa pequeña alma. El resultado de la conversación le llenó de admiración. Adivinó en Lucia admirables disposiciones religiosas. Al fin, acariciándole la mejilla, le dijo, con mirada profética, como si previese su porvenir:

—Sé fiel a Dios, pues eres un alma protegida por Él.

El recuerdo de esta frase, pasado el tiempo, dará valor a Lucia de Jesús, cuando se enfrente con tantas persecuciones, para permanecer «fiel».

Si en esta anécdota vemos sobresalir la inteligencia y la aplicación de la pequeña niña, también demuestra, al mismo tiempo, la paciencia y la

entrega de la madre catequista para conseguir tanto de un alumno que no sabe leer ¹⁶.

Y de esta forma, como la de su cuñada, la casa de María Rosa era una verdadera escuela, en la que los padres enseñaban a los hijos, junto con el catecismo, las tradiciones, las normas de vida, los cantos del país, los principales acontecimientos de la historia nacional, etcétera.

Y era sobre todo en la anochecida, alrededor del lar, cuando se contaban las viejas historias, que se transmiten de generación en generación. El señor Antonio y sus hijas mayores sabían hermosas canciones, llenas de hadas amables, de princesas cubiertas de oro, de palomas azules, y las tan conocidas «historias de moros y moras encantadas». Pero Lucia se llenaba de gozo cuando le llegaba a su madre el turno de contar algo a su vez, pues entonces siempre se trataba de alguna historia de la vida de los santos, de la Historia Sagrada, del Evangelio, en particular de la Pasión del Salvador.

Pequeños amigos de Jesús

Francisco y Jacinta comenzaron a hacer amistad con su prima en estos catecismos familiares, a loé que, algunas veces, eran admitidos.

También acudían otros niños de la vecindad. Pero un día un niño acusó a uno de sus camaradas de haber dicho palabras poco convenientes. María Rosa reprendió al culpable con severidad:

—Esas cosas feas no se dicen. Es pecado. Jesús no ama a los que pecan; les envía al infierno si no se confiesan.

Tales lecciones se grababan profundamente en sus pequeñas almas.

Y esta influyó tanto en Jacinta y Francisco que su madre les prohibió que en adelante jugaran con sus vecinos, menos educados que ellos. Y fue así como, a partir de aquel momento, los tres primos comenzaron la divertirse solos y su amistad se hizo más íntima y más fuerte.

Lo siguiente muestra claramente hasta qué punto se amaban y amaban a Nuestro Señor.

Por agradar a Jacinta, que había preferido un juego a otros, un día jugaban los tres juntos a las «prendas». En este juego quien gana puede hacer lo que quiera con aquel que ha perdido. Si era Jacinta quien ganaba ordenaba que se golpeará a una mariposa, que le trajeran tal flor...

Aquel día estaban en la casa de Lucia. Uno de sus hermanos mayores estaba sentado a la mesa, dispuesto a escribir. Lucia había ganado en el juego y pidió a Jacinta que besara a su primo.

—No; eso no —dijo la pequeña—. Pídeme otra cosa. ¿Por qué no me pides que bese a Nuestro Señor, que está allí?

Y le señalaba el crucifijo adosado al muro.

—Tienes razón... Súbete a una silla, tráele aquí, y, de rodillas, dale tres besos, uno por Francisco, otro por ti y otro por mí.

—A Jesús le haré lo que quieras.

Y yendo a descolgar el crucifijo, le besó con fervor lleno de avidez. Después, contemplando la imagen del Salvador con profunda atención, preguntó:

—¿Por qué el buen Jesús está clavado en una cruz?

—Porque murió por amor a nosotros.

—Cuéntanos eso...

Y Lucia comenzó a contar...

Le bastaba con haber oído una vez una historia para repetirla fielmente.

Pero he aquí que su hermana María entra en aquel momento y la sorprende mientras cuenta a sus primos los sufrimientos del Salvador, ayudándose del crucifijo que tiene en la mano. María se lo quita y la reprende, prohibiéndole tocar los objetos benditos y las imágenes santas.

Jacinta intercede por Lucia:

—No la riñas, prima. He sido yo quien lo ha descolgado, no lo volveré a hacer.

María acarició a la pequeña culpable y envió a los tres a jugar fuera de la casa, porque dentro no dejaban nada en su sitio.

Atravesaron el patio, siguieron un pequeño sendero que corre a lo largo de un pequeño otero cubierto de zarzas y, a unos sesenta metros de la casa,

se detuvieron cerca de un pozo, para acabar cabe a él aquella narración tan cautivadora.

Había allí un taller de castaños, enraizados en un montículo pedregoso. Este era el lugar propicio que los amigos elegirían tres años más tarde para ocultarse y hablar en soledad de las visiones de la «Señora», orar con fervor y a veces llorar en paz su embriaguez.

Al oír contar a Lucia los sufrimientos de Nuestro Señor, Jacinta, la más sensible, se enterneció y lloró.

A partir de aquel día fue necesario que la prima repitiera con frecuencia la narración. Era lo mejor que se podía hacer por Francisco y su hermana. Jacinta lloraba cada vez que la oía.

—¡Pobre Nuestro Señor! —decía—. ¡Ya no pecaré más! ¡No quiero que Jesús sufra!

¡Apenas si tenía cinco años!

La hermana mayor de Lucia, de la que ya hemos hablado, María de los Ángeles, era celadora del Sagrado Corazón. Cada vez que se celebraba misa de comunión para los niños, ella llevaba a su hermana pequeña a la iglesia para que se uniera a los que comulgaban.

Francisco y Jacinta no tenían la misma suerte, porque ellos todavía no habían sido admitidos a la Santa Mesa. Pero no olvidaban a Jesús Oculto, de la misma manera que Jacinta se habituará a llamarle el Huésped divino del Tabernáculo.

Un año, la señora Marto condujo a sus pequeños a ver la procesión del Corpus Christi ¹⁷. Jacinta no perdió de vista a los «ángeles» que tiraban flores al paso del Santo *Sacramento*.

Desde aquel día, de tiempo en tiempo, cuando los tres estaban jugando, Jacinta cogía una brazada de flores y se ponía a echarlas al viento.

—¿Por qué haces esto?

—Hago como los ángeles: echo flores a Jesús.

María dos Santos tenía la costumbre de vestir a algunos ángeles de la procesión; la pequeña Lucia se encontraba, como es natural, entre los privilegiados. Una vez, después de haberse probado su vestido, Lucia contó a Jacinta su buena suerte. Esta pidió con insistencia compartirla.

Las dos niñas presentaron tal demanda a María. La bondadosa celadora se impuso el deber de probar un vestido con alas a Jacinta y enseñarle cómo era necesario comportarse y lanzar flores a Jesús-Hostia.

—¿Y veremos a Jesús? —preguntó Jacinta muy interesada.

—Sí —le dijo María—. Lo lleva el señor párroco.

La niña daba saltos de alegría, y preguntó cuándo sería la fiesta.

Llegó el día tan deseado. Las dos primas se encuentran al pie del altar; después, durante la procesión, ante el palio, cada una con su pequeña cesta repleta de pétalos llenos de aroma. En los lugares convenidos, a una señal de María, su joven hermana y los otros «ángeles» lanzan flores con su gesto más gracioso. Jacinta guarda sus flores, celosamente, en su cestillo. Lucia le hace señas desesperadas, pero en vano: Jacinta no echa ni una sola flor. Lo único que hace es no apartar la mirada del sacerdote que lleva la custodia.

Después de la ceremonia, María pregunta a su pequeña prima:

—¿Por qué no has echado las flores a Jesús?

—¡Porque no le he visto!

Y volviéndose hacia Lucia:

—Y tú, Lucia, ¿has visto al Niño Jesús?

—Tú todavía no sabes que el Niño Jesús de la Hostia no se ve, porque se esconde y de esa manera podemos recibirle en la comunión.

—Y tú, cuando comulgas, ¿le hablas?

—Sí.

—¿Por qué no le ves?

—Porque está escondido.

—Voy a pedirle a madre que me deje comulgar.

—El párroco no te dará la comunión hasta que no tengas diez años.

—Y tú, no los tienes todavía ¿y ya comulgas?

—Porque yo sabía todo el catecismo. Tú todavía no sabes lo suficiente.

Y Francisco y Jacinta, pues ambos compartían la misma piadosa curiosidad y su deseo, pidieron a Lucia que les insiriera.

Escuchaban el pequeño catecismo con un fervor extraordinario.

Preocupados por el misterio de la Eucaristía, los jóvenes catecúmenos no dejaban de hacer preguntas, sin cesar, a las que respondía como mejor podía su sabia prima.

Pero he aquí una sorpresa desagradable. Lucia, que, interrogada, respondía a todo, cuando se trataba de enseñar a los demás, no se acordaba de gran cosa. Un día, Jacinta se permitió decirle:

—Enséñanos otra cosa. Eso ya lo sabemos.

El maestro confesó que había agotado toda su ciencia. Los alumnos encontraron la solución.

—Pide a tu madre que te deje ir al catecismo de la iglesia para aprender más.

Y, por su lado, fueron a hacer la misma petición a su madre, pues se les hacía pesado esperar para recibir a Jesús Oculto.

Olimpia les dio su autorización. Pero no les dejaba ir siempre, pues decía que...

—...La iglesia está muy lejos; sois demasiado pequeños, y el señor párroco no os dará la comunión hasta que no tengáis diez años.

Pastores

En lo que se refiere a su formación religiosa, Lucia, Francisco y Jacinta eran privilegiados.

Cuando fueron pastores no solo fue su madre, sino la naturaleza, obra maravillosa y elocuente del Creador, quien se encargó de instruirles y de elevarlos hacia Dios. No hay duda alguna de que esta vida de recogimiento y de silencio favoreció el desarrollo de la inteligencia y también el espíritu religioso de los tres pequeños pastores.

Lucia fue la primera en aprender a guardar el rebaño familiar. Sustituyó en la tarea a su hermana Carolina, mayor que ella, cuando, a los trece años, esta comenzó a trabajar. Fue a informar de la buena nueva a sus primos y advertirles que ya no podían contar con ella para sus juegos.

No pudiéndose acomodar a esta separación, los pequeños pidieron a su madre que les dejara ir con la nueva pastorcilla. Pero fue en vano.

Pero casi todas las anochecidas, cuando Lucia traía su rebaño, encontraba a los pequeños esperándola en el camino, la acompañaban hasta el redil y allí, los tres, como dice Lucia, «nos divertíamos corriendo, esperando que la Virgen y los ángeles alumbrasen nuestras lámparas y las pusieran en las ventanas del cielo para iluminarnos».

Los pequeños renovaron varias veces la petición a su madre para que les dejara acompañar a Lucia. Viendo la inutilidad de sus insistencias, se propusieron ir a guardar sus ovejas en lugar de Juan, su hermano mayor. Al fin, a pesar de su poca edad, Olimpia les concedió lo que pedían.

Deslumbrantes de alegría, fueron a decírselo a Lucia. Y, desde entonces, todos los amaneceres, los tres se las arreglan como pueden para reunir los rebaños y pasar el día juntos.

Cada rebaño saldrá a la hora que la madre disponga. El primero esperará al segundo cerca del «Gredal», pequeña laguna que está cerca del caserío ¹⁸; después irán a donde quiera Lucia, que conoce mejor los caminos y los pastos de los alrededores.

Desde aquel día, todos fueron para nuestros tres amigos días de fiesta.

Aunque los dos rebaños no sean muy numerosos, el reunirlos hace más fácil la tarea a los pastores, demasiado pequeños y muy inexpertos.

Cada mañana, después del desayuno, tras haber recitado un *Pater* y *Ave*,

En honor de nuestro Ángel de la Guarda,
para que no nos deje ni de noche ni de día,
y vaya siempre en nuestra compañía ¹⁹,

se dirigen hacia el lugar elegido. Sobre la meseta y en las laderas hay fragas en donde el pino alterna con el eucalipto, tierras incultas cubiertas de acelgas y de romarino, plantas de encinas verdes dispersas.

Las ovejas caminan a pasos lentos, menudos, al tintineo alegre de sus cencerros. Por el camino, les agrada trepar: algunas veces, rápidamente, a través de un trozo caído de alguna cerca, van a pasear su lengua golosa por el pasto prohibido. La vigilancia de los pastores tiene que obligar a las indóciles a reunirse con las demás y no salirse del buen camino.

Después de una o dos horas, llegan al pasto que Lucia ha declarado propicio. Se detienen, buscan una sombra para la comida del mediodía; cuelgan el saquillo con las provisiones de un árbol, para que no esté al alcance de los perros hambrientos, y comienzan a jugar a algo que no impida la guarda del rebaño.

A mediodía, indicado por el ángelus del campanario de Fátima, o simplemente por el emplazamiento del sol y la forma de las sombras que han aprendido a conocer, descuelgan el «porsiacaso» que les han provisto sus madres.

Como la misma Olimpia nos ha contado, las madres ponían ordinariamente pan de maíz o de centeno, sardinas, queso, aceitunas, y algunas veces algo de charcutería.

Después de esta frugal comida, Lucia, Francisco y Jacinta no se olvidaban de recitar su rosario. Las dos madres recomendaban esta devoción a sus hijos.

En otro tiempo, en Portugal, en todos los hogares, se recitaba cada día el rosario en común. Esta costumbre se había perdido por entonces. En la diócesis de Leiría, sin embargo, muchas familias habían permanecido fieles a ella. En casa de María Rosa y de Olimpia 110 se recitaba el rosario en familia, pero cada uno lo rezaba individualmente; y las dos madres cuidaban que sus hijos no faltaran a tal devoción.

A veces les sucedía, con el apremio de jugar y coger moras silvestres, que recitaban el rosario precipitadamente, e incluso, nos cuenta Lucia, pasaban las cuentas diciendo tan solo las dos primeras palabras del Avemaría.

Ordinariamente era Jacinta, la más viva, la que estaba más ávida de libertad. Es ella quien inventó este medio de desembarazarse en un abrir y cerrar de ojos del doble deber de la obediencia a la madre y de piedad hacia María.

Por la tarde, cuando las ovejas estaban ahítas y, por tanto, más tranquilas, los juegos solían ser más taimados.

Entre los que preferían estaba el de las prendas, el de las canicas, el juego del botón y el construir casas con las piedras de la montaña. Sabían numerosas canciones y las cantaban.

Francisco llevaba consigo una armónica que se había procurado, ya veremos cómo; también se había fabricado una flauta con una Caña; trepaba por una roca, y desde lo alto, durante horas enteras, acompañaba con uno u otro instrumento a sus compañeras, que cantaban o bailaban. Uno de sus cantos preferidos canta la alegría de vivir:

Amo a Dios en el cielo,
también amo la tierra;
amo las flores de los campos,
los corderos de la sierra...

Soy una pobre pastorcilla;
ruego sin cesar a María;
voy en medio del rebaño
como el sol de mediodía.

Como mis ovejitas,
aprendí a saltar;
soy la alegría de la tierra;
soy el lirio de los valles.

Pero Jacinta reclamaba otros cánticos, sobre todo aquellos que eran en honor de María: *Salve noble patrona... Virgen pura... Cantad conmigo, santos ángeles...*

Si se encontraban con un pastor mayor que poseía una flauta o un acordeón, le pedían que tocara el instrumento, para que pudieran bailar a su

son.

Algunos días, después de haber cambiado de pasto varias veces, nuestros tres pastores conducían sus rebaños a la casa de manera que llegaran a la hora de cenar, sentados en la mesa familiar, como es costumbre, a la luz de una lámpara de aceite.

Después de una velada más o menos larga, los hijos recitaban con los padres las plegarias de la noche, que de cada hogar campesino se eleva a Dios al final de una larga jornada de trabajo.

El sueño es tranquilo en el silencio profundo de la noche que envuelve el caserío y a sus felices habitantes.

Tres rostros, tres corazones

No hay por qué creer, ya conocemos la historia del rosario recitado a grandes velocidades, que nuestros tres amigos pastores fueran santos perfectos en todos los aspectos. Los santos no caen del cielo a la tierra; se van elevando poco a poco de la tierra al cielo. Esta es la vocación de todos.

Los tres pastores de Fátima eran hijos de la tierra, niños como los otros. Cada uno tenía sus características y su carácter propio. Tenían sus defectos y sus pequeñas pasiones.

He aquí, más o menos, cómo podemos representárnoslos en 1917, año de las apariciones de la Virgen.

Los tres pertenecían al tipo normal de los niños de la montaña portuguesa, de la provincia llamada Extremadura. Sus maneras no tienen la delicadeza que caracteriza a los niños de nuestras ciudades. Su rostro está bronceado por el sol y por el viento, pero respira salud. A veces, pasan por haber sido un poco «salvajes», introvertidos, ante los extraños. Lo que les ha valido esta reputación fue su actitud de discreción concertada y con frecuencia justificada ante los indagadores inoportunos e indiscretos ²⁰. En realidad, son francos, leales, sencillos e ingenuos.

Lucia, la menos infantil de los tres, por la edad y la seriedad que le es propia, tiene exactamente diez años. Es fuerte y está bien constituida. Tiene una talla media, puesto que no es más alta que su primo Francisco, que tiene un año menos que ella.

Al verla se adivina que es una campesina: una tez muy cetrina, dos grandes ojos negros que brillan bajo espesas cejas, una mirada directa que se clava en nuestro rostro, y, se diría, enfadada, una nariz ligeramente plana, gruesos labios alrededor de una boca grande y con frecuencia entreabierta.

Todo aspecto engañoso parece indicar un mal carácter, que Lucia no tiene en realidad, pues habla de buen grado, es amable y alegre.

Sus cabellos oscuros están separados por una raya en medio de la cabeza (a la Virgen) y cubiertos por un pañuelo de cabeza, o bien con una «manta», especie de velo que cae hasta la cintura, que recuerda un poco la manera pirenaica de tocarse de una Bernadette. Los domingos lleva un corpiño claro rayado o almohadillado. La falda, de gruesa franela, de anchos pliegues redondos, cae hasta los pies, dejando ver los gruesos zapatos claveteados.

Sin embargo, en los cuadernos de recuerdos Lucia nos cuenta, quizás inspirada por una humildad excesiva, que le agradaba arreglarse los días de fiesta con una cadenita de oro, pendientes tan largos que rozaban con sus hombros y un gracioso sombrero guarnecido de perlas doradas y multicolores. «Mis hermanas y mi madrina Teresa se enorgullecían de que en toda la vecindad no había otra muchacha tan bien arreglada como yo. Las otras me rodeaban para contemplar mis adornos, y yo me hinchaba de vanidad ante estas atenciones».

No parece ser que Lucia haya sido tierna ni cariñosa; en realidad, reprochaba a su prima ser demasiado «melindrosa». Y, sin embargo, una hermana suya, María de los Ángeles, que vive ahora en la casa paterna, nos dice que cuando, por las noches, regresaba con su rebaño, besaba con toda ternura a su madre, cubriéndola de caricias y de besos., hasta el punto de que sus hermanas mayores se burlaban a veces de estas muestras de afecto. Añade: «La queríamos mucho, porque era despierta, alegre y dulce».

Amaba mucho a los niños, y ellos la amaban. Reunía a ocho, diez o doce en el patio de la casa, les hacía jugar, les enseñaba a hacer guirnaldas con flores o hiedra, los organizaba en procesiones con banderas y estandartes, y cantaban:

En el cielo, en el cielo, en el cielo con mi Madre yo seré...,
y otros cánticos, como en la iglesia.

En la casa había dos telares ²¹: uno era utilizado por María Rosa o las hijas mayores; el otro por las muchachas del poblado que querían aprender a tejer. Por eso había siempre gente en casa de Santos. Las mujeres de la vecindad, obligadas a ir a los campos, se aprovechaban para llevar allí a sus hijos pequeños, con el fin de que una u otra se cuidara de ellos. Si Lucía estaba por allí, era ella la que cuidaba de los niños. Lo que hacía de maravilla. Cuando estaban cansados de correr, les hacía sentarse alrededor de ella y les contaba historias que no acababan nunca.

«Todo ese pequeño mundo, nos dice la misma Lucía, me demostraba cariño, salvo una huerfanita que la madrina Teresa había recogido en su casa cuando murió su madre. Parecía temer que yo le fuera a quitar la parte de herencia que ella esperaba; y, ciertamente, no se habría equivocado si Nuestro Señor no me hubiera reservado una herencia mucho más preciosa».

En cuanto a sus pequeños primos, no podían vivir sin ella. Sin embargo, la misma Lucía confiesa que antes de los hechos de 1917, que les vincularon íntima e indefectiblemente, ningún afecto particular le hacía preferir la compañía de Francisco y Jacinta a la de otros niños del caserío. Por el contrario, se sentía poco atraída hacia su prima a causa de su excesiva susceptibilidad y de sus melindres.

Hemos de reconocer en Lucía serias cualidades: obediencia, humildad, espíritu reflexivo y gusto por el silencio.

Su madre ²² decía de ella que jamás comenzaba a hablar la primera; había que forzarla a hablar. Pero, preguntada, respondía siempre.

Su gran virtud era la franqueza; la había aprendido de las lecciones y del ejemplo de su madre, y, como esta, por franqueza, se habría dejado llevar hasta una naturalidad desenvuelta. Su tío, Manuel Pedro, cuenta que él le decía: «¡Qué niña esta!..., tú puedes resultar muy buena o muy mala...».

Francisco tenía nueve años. De los tres, era el que poseía una corpulencia más desenvuelta, el temperamento más robusto.

El rostro redondo y un poco mofletudo contenía rasgos mucho más regulares que los de su prima, con algo tranquilo, sosegado y como una apariencia de ensoñación. Era más bien rubio ²³, sus ojos castaños estaban animados de una dulce mirada.

Pensativo, silencioso y discreto, habría hecho, sin duda alguna, grandes progresos en clase si hubiera podido frecuentar la escuela bastante tiempo. De maneras dulces, manifestaba un temperamento calmoso, dócil, conciliador, pacífico, en oposición a su hermana, que era bastante caprichosa y muy viva.

En los juegos, si alguien le discutía sus derechos, cedía inmediatamente y sin resistencia, contentándose con decir:

—Si crees que has ganado, sea... A mí me es igual...

Jamás se peleaba; cuando en el juego se producía algo que no le agradaba, dejaba de jugar sin más. Y si le preguntaban por qué, se limitaba a decir:

—¡No sois buenos!

O:

—No quiero jugar más.

Incluso aceptaba que le quitaran cosas. Un día, su madrina le trajo del mar un recuerdo, era un pañuelito en el que estaba representada la figura de Nuestra Señora de Nazaret. Feliz y orgulloso del regalo, fue a casa de Lucia a enseñárselo a sus tíos y primos. Había allí otros niños; el pañuelito pasó de mano en mano para que todos lo admiraran. Y de pronto desapareció. Lo buscaron en vano durante mucho tiempo; Francisco hablaba con frecuencia de él, echándolo de menos. Unos días después lo encontraron en el bolsillo de uno de los niños. Le riñen, pero el pequeño se empeña en decir que ese recuerdo le pertenece y que se lo han traído de una peregrinación a Nazaret. Francisco pone fin a las discusiones; se acerca a su amigo y le dice:

—Te lo dejo; ya no me gusta...

Lucia le consideraba demasiado buenazo, y, para corregirle, ponía a prueba su paciencia. Sin embargo, sus padres nos afirman que no dejaba de tener su carácter y su energía; nos lo describen como animoso, sin miedo, amante de perseguir a los lagartos, incluso a las serpientes. «Corría detrás de los lagartos —dice su madre— y los traía a casa... ¡Yo quería que les tomase miedo! Pero era inútil... Era muy atrevido». Su padre le ha visto perseguir a las culebras, hacer que se enrollaran alrededor de su bastón y darles a beber leche de ovejas en los agujeros de las piedras.

Se pasaba horas enteras en busca de pájaros. Eran sus mejores amigos. A lo largo del camino desmigajaba su pan sobre las piedras para que no pasaran hambre. Les llamaba con dulces nombres y no dejaba que nadie se les acercara a asustarles:

—Pobres pajaritos... Venid, venid a comer.

No toleraba que nadie tocara los nidos. Un día, al ver que un muchacho tenía un jilguero en la mano, corrió a pedir prestados cuatro cuartos a un amigo, en una casa vecina, para comprarlo y dejar al pájaro en libertad.

—Pon cuidado —dijo al pájaro— para no dejarte coger otra vez.

La bondad de su corazón se manifestaba no solo para con los pájaros. No podía ver sufrir a una criatura humana. Un día vio a un hombre deforme:

—No puedo mirarle; me hace daño en el corazón.

Otra vez tenía que ir a una casa en donde vivían dos sordomudos, madre e hijo.

—No puedo ir allí; me es imposible ver a esas pobres gentes que se esfuerzan por hablar y no lo consiguen.

Con frecuencia encontraban, mientras guardaba el ganado, a una pobre vieja pastora a la que su familia confiaba un modesto rebaño. Este, a veces, se desbandaba, y la vieja, con sus piernas hinchadas por los años, apenas si podía reunirlos.

En este caso, Francisco acudía en su ayuda, y cuando había reunido el rebaño, rechazaba las gracias y se iba. La vieja le llamaba su pequeño ángel guardián.

A pesar de su edad y de su educación rudimentaria, tenía una gran delicadeza de conciencia. Y si mostraba poseer energía era cuando se trataba de evitar pecar. Un día que los demás querían hacer pastar al rebaño en los límites de un campo que pertenecía a su madrina, que no se hubiera opuesto por otra parte, no quiso dejarse convencer Francisco, ni siquiera por su madre, hasta haber obtenido permiso expreso, por miedo a cometer un robo.

Era perfectamente obediente y vivía estrechamente unido a su hermana pequeña, con la que compartía los sentimientos. Piadoso, como ella, rogaba

con fervor. Por otra parte, Francisco era muy ingenioso, y más tarde, cuando la Señora haya pedido a los niños que se sacrifiquen por los pecadores, su ingenio encontrará siempre penitencias inéditas.

Es necesario subir a los árboles a coger las bellotas con las que sustituirán la comida que dieron a las ovejas, y sus amigas encontrarán en Francisco a un escalador hábil.

Los domingos, con los pantalones siempre largos, Francisco viste la pequeña chaqueta de brandeburgo, tan popular en Portugal, con el cuello de terciopelo dejando ver el chaleco, y, sobre la cabeza, el largo bonete, que cae hasta el hombro derecho.

Este pequeño caballero de Nuestra Señora tan solo rozó esta tierra, a la que apenas conoció. Humilde violeta de la montaña, fue arrebatada al cielo antes que las miradas humanas se hubieran posado en ella.

Sobre su hermana pequeña estamos mejor informados, pues la que llegó a ser sor Lucia de Jesús, y que hoy es la única superviviente de los tres pastorcillos de Fátima, nos ha dejado un delicioso cuaderno, destinado a monseñor el obispo de Leiria, con todos sus recuerdos de Jacinta.

Esta «pequeña flor» de la montaña portuguesa ha inspirado toda una literatura sobre ella; y los niños pequeños de su tierra conocen todos los detalles de su vida y la aman como a una hermana.

En 1917 solo tiene siete años ²⁴. De altura media, es robusta y jamás ha estado enferma de cierta importancia.

Las líneas de su rostro son de una regularidad perfecta; la tez está bruniada por el aire y el sol del campo; ojos grandes, castaños, muy vivos, protegidos por grandes pestañas y por cejas negras; mirada profunda y llena de viveza al mismo tiempo¹ que es suave y acariciadora su expresión ²⁵. Su madre dice de ella: «Tenía los ojos muy vivos, más que los míos cuando era joven». Y Dios sabe si Olimpia, a pesar de sus ochenta años, tiene todavía la mirada viva... El pelo, «a la Virgen», como el de Lucia, no conoce otro arreglo que el peinado maternal.

Ordinariamente viste un corpiño de tonos claros y una falda de indiana oscura, la cual está tan remendada como la de su prima. Lleva siempre zapatos, y Olimpia se enorgullece de que sus hijos jamás han ido con los pies desnudos, como es costumbre ir entre los campesinos portugueses.

Inteligente y viva, tiene unas facultades que parecen ser poco propias de su edad, como lo demostrará esta historia. Alma llena de delicados sentimientos, tiene un gran corazón y Dios la ha dotado de un carácter dulce y tierno que la hace amable y afectuosa.

Ama a sus ovejas, a las que llama con el nombre que puso a cada una. La *Paloma*, la *Estrella*, la *Dulce*, la *Blanquita*, etc. Goza atrapando a los cabritillos recién nacidos, blancos, en acariciarlos mientras los besa. A veces, de regreso, durante el camino, lleva en brazos al más pequeño de los corderos.

Un día iba así en medio de su rebaño, Francisco le pregunta por qué camina en medio de las ovejas.

—Para hacer como Nuestro Señor. En una estampa que me han dado, Jesús está en medio de un rebaño y tiene una oveja entre los brazos.

Le encantaba la música; le agradaba cantar, y durante las largas horas que pasaba entre sus ovejas, llenaba con la alegría de su voz la soledad de los campos.

La gustaba escuchar el eco de su voz en el fondo de los valles. Hacía detener a los otros en los lugares propicios, y allí, sentados en una roca, gritaban sus nombres al eco. Jacinta había observado que el que mejor se reproducía era el de María, y ella lo gritaba con frecuencia.

A veces repetía todo el Avemaría, gritando la palabra siguiente solo cuando la anterior había sido ya repetida por el eco, y de esta forma las montañas oraban a la Santa Virgen.

Cuando hablaba de su pequeña Jacinta, Manuel Pedro no sabía acabar. Nos ha contado que cada mañana, tan pronto como se despertaba, sus hijos se signaban y recitaban el Padrenuestro y el Avemaría, en honor del Santísimo Sacramento. En el Avemaría, Jacinta, desde pequeña, habíase acostumbrado a pronunciar la palabra «gracias» en plural. A pesar de todas las advertencias de sus padres, no se corrigió de esta pequeña manía. Y después de las apariciones decía, llena de felicidad. «Ya veis cómo tenía razón: Nuestra Señora está llena de gracias, de toda clase de gracias».

¿Cómo extrañaros de que esta pequeña alma amara las flores? Alrededor de la casa paterna y en el jardín había algunas. Pero en la montaña, allí donde Dios es el único jardinero, ¡qué profusión de flores!

Jacinta no se cansaba de admirarlas, sobre todo a los lirios y las peonías salvajes, que abundan en el buen tiempo. Hacía con ellas ramilletes y guirnaldas. Y se extasiaba cuando descubría las primeras rosas salvajes. Cuando la flor se abre ofrece una especie de cresta, y Jacinta la enseñaba, corriendo y cantando:

Decid, decid, cuántos pollitos tiene mi gallinita...

Durante el tiempo en que se quedó en la casa mientras su prima pastoreaba, iba a esperarla, por la tarde, en el ocaso, al camino; y llevaba en sus brazos brazadas de flores que deshojaba para echarlas sobre Lucia cuando se encontraban. Era su bienvenida.

¿Cómo no iba a amar las estrellas? Por la noche contemplaba largo tiempo la puesta del sol y, con sus compañeros, se divertía contando las estrellas a medida que iban apareciendo. Jacinta bautizó a la luna: la lámpara de la Santa Virgen, y a las estrellas, las lámparas de los ángeles. El sol era la lámpara de Nuestro Señor. Jacinta decía: «La lámpara de la Virgen me gusta todavía más que la de Jesús, porque no arde y no ciega».

Pero Francisco contestaba:

—No, Jacinta, ninguna lámpara es tan hermosa como la de Nuestro Señor.

Motas de polvo sobre una flor

Lucia, más fría, consideraba excesiva la sensibilidad de Jacinta. No le agradaba mucho esta chiquilla, que por una nonada estallaba de alegría o se deshacía en lágrimas.

¡Y qué poco interesante era verla lloriquear!

Cuando jugaban, por la menor contradicción Jacinta se enfadaba y, como decían los demás, «ataba el borriquillo» en un rincón. Las caricias y las «amabilidades» de los mayores no lograban reconciliarla, a menos que le dejaran elegir el juego y los compañeros de juego.

Sentía preferencia por el juego de las canicas. En él se ganaban botones y Jacinta ganaba con frecuencia. Para pagarla, Lucia tuvo que arrancarse sus botones más de una vez. Cuando María Rosa llamaba a su hija para cenar, a esta no le quedaba un solo botón. Entonces era necesario suplicar a

la que había ganado que devolviera sus trofeos, lo que no era fácil de conseguir, pues era voluntariosa y tenaz. Para no tener que arrancar los suyos propios cuando volvieran a jugar, si es que perdía, se empeñaba en conservar los de Lucia. Pero como tenía buen corazón, bastaba con que Lucia le amenazara con no jugar más con ella para que cediera.

Pues la gran pasión de Jacinta era su prima. Jamás existió entre las dos niñas la menor rivalidad, la menor envidia, la más pequeña discusión. Para la pequeña, un día sin Lucia era un día perdido. Y si con ellas, por ejemplo, en el patio de los Santos, había otros niños sobre los cuales tenía que vigilar Lucia, Jacinta creía que su prima había dejado de pertenecerle, y sufría como si fuera víctima de una injusticia.

Hemos visto cómo los tres amigos gustaban de la música y del baile. La más apasionada por esta distracción era Jacinta. No se sabe qué era más pronto si oír un aire de flauta o de acordeón o que ella comenzara a bailar. Y para ello poseía un talento especial que le agradaba manifestar.

Un día, Jacinta lloraba porque su familia no tenía noticias de uno de sus hermanos, que se había ido a la guerra ²⁶ y temían que hubiera muerto en el campo de batalla. Para consolarla, bastó con que Lucia diera unos pasos de baile, y, bailando, las lágrimas de la niña dejaron de fluir.

A veces, hasta bailaba ella sola. Y su pasión por el baile fue lo que le hizo, algunas veces, acortar su rosario.

Este gusto no se le pasó ni siquiera cuando fue conducida a la cárcel, como lo veremos, por orden del administrador de Vila Nova de Ourem. Entre los detenidos había uno que tenía un acordeón. Para distraer a los niños se puso a tocarlo; después, sus colegas propusieron bailar. Y he aquí a nuestros prisioneros, grandes y pequeños, dar vueltas al son del armonioso instrumento. Uno de los prisioneros toma a Jacinta entre sus brazos, y, llevado por el ritmo de la danza, la alza en sus brazos, como si fuera muñeca ligera a la que hace dar vueltas, con gran alegría por parte de los espectadores.

«Quiera Dios, añade sor Lucia al contar este recuerdo, que la Santa Virgen haya tenido piedad del alma de este hombre y le haya convertido».

No hay que asombrarse de que estos niños nacieran, por así decir, con el gusto de la danza. Es el pasatiempo inofensivo de los pastores portugueses.

Pero, desgraciadamente, en aquellos tiempos, los bailes eran frecuentes en Fátima; en la plaza de la iglesia todavía se ve hoy un quiosco de madera en donde tocan los músicos de la aldea. Y todos los domingos se bailaba en los caseríos. Junto al baile de los mayores, los niños más pequeños se divertían formando bailes por su cuenta. Y era así como Lucia y Jacinta habían aprendido algunos bailes, concretamente el fandango y dos por tres.

El párroco Manuel Marques Ferreira, cuando se hizo cargo de la parroquia tres años antes, se escandalizó de lo que él consideraba como un síntoma del despertar del paganismo y había emprendido una enérgica lucha contra el baile. En público y en privado, aprovechaba todas las ocasiones para combatir esa maldita costumbre.

La señora María Rosa, buena feligresa, había aceptado, sin discutirla, esta disciplina y la había impuesto a sus hijas. Sus compañeras de Aljustrel habían seguido este ejemplo, y, poco a poco, el baile público del caserío desapareció.

Sin embargo, la señora Santos dejaba que sus hijas bailaran entre sí y con sus primas ante la puerta de la casa.

Un día una vecina dijo a la madre de Lucia:

—Hasta hoy no ha sido pecado ir al baile, y, ahora, porque tenemos un párroco nuevo, es pecado. ¿Cómo es posible esto?

María Rosa respondió:

—No lo sé. Lo que sé es que el párroco no quiere esos bailes. Por eso mis hijas no volverán al baile. Pero las dejo bailar en familia, porque el cura dice que así no efe malo.

Y de esta manera se siguió bailando en casa de Santos, y Jacinta se entregaba con todo su corazón a la danza.

La atracción que la pequeña sentía por el baile no podía ser más inocente. Lo que agradaba a su alma de artista era la música y el ritmo de los movimientos: nueva forma de esta sensibilidad ante la belleza de las cosas creadas que, ya lo hemos apuntado, existía en ella, así como en sus compañeros de juego y de trabajo.

Esta sensibilidad que caracteriza, por otra parte, a numerosos santos, concretamente a San Francisco de Asís, se acompañaba en nuestros tres

pequeños pastores de Aljustrel de una gran facilidad para elevarse hasta Dios, que ha creado esta belleza en todo el mundo.

Lucia, Francisco, Jacinta, tres almas profundamente religiosas, tres almas de poetas y de artistas. Estas han sido dos cosas que han comprobado todos cuantos se han acercado a ellos o han estudiado sus vidas.

Si su apariencia, sus vestidos, su actitud ante los desconocidos ha podido hacer que se les considere por ojos simples como niños groseros y medio salvajes, nosotros sabemos hasta qué punto este caparazón era engañoso y equivocado tal juicio. Y lo veremos mejor en lo que sigue.

Pues Lucia, Jacinta y Francisco, los tres inseparables pastores de las montañas de Fátima, habían atraído las miradas complacidas de la Reina del Cielo y de sus servidores los ángeles.

SEGUNDA PARTE: LAS APARICIONES

III. APARICIONES DEL ÁNGEL (1916)

Cuando se produjeron los sucesos de 1917, Lucia, Francisco y Jacinta guardaban ya en su corazón un gran secreto, que los dos pequeños retuvieron hasta la muerte y que la autoridad eclesiástica dio a conocer con motivo del vigésimo quinto aniversario de la primera aparición de Nuestra Señora.

Se les había aparecido un ángel y les había hablado tres veces, probablemente para preparar la especialísima vocación de los futuros confidentes de la Santísima Virgen ²⁷.

Los relatos que siguen sobre las tres apariciones angélicas han sido confirmados como auténticos, tanto por la autoridad eclesiástica de Portugal como por la de Roma. Primero, S. E. el cardenal Cerejeira, patriarca de Lisboa, en una notable homilía que pronunció en la misa pontifical en la Cova da Iria, el día 13 de mayo de 1942, ante un auditorio de muchos cientos de miles de personas, afirmó solemnemente la realidad de estas apariciones. Otra vez, S. E. confirmó estos relatos en un bello y emotivo prólogo que puso a la tercera edición de *Jacinta* (octubre de 1942). Casi al mismo tiempo se publicaba en Roma la cuarta edición italiana de *Le meraviglie di Fatima*, por el reverendo padre Fonseca, en la que se daban a conocer por vez primera al público los hechos maravillosos que vamos a relatar. Esta edición, salida de las prensas de la Tipografía Poliglota Vaticana, llevaba el *imprimatur* de monseñor de Romanis, vicario general del Padre Santo para la Ciudad del Vaticano.

Lucia, Francisco y Jacinta, como ya hemos advertido, tenían la piadosa costumbre de rezar, antes de salir tras su rebaño, una oración infantil a sus ángeles de la guarda. Siempre agradecidos, los espíritus celestes acompañaban, seguramente, con su asistencia invisible, a los tres pastorcillos y se complacían con su compañía. La hermana Lucia, rogada por su obispo para que contase todo lo que pudiese contar de los sucesos de su infancia, afirma que muchas veces se les apareció sensiblemente un

ángel y les instruyó familiarmente acerca los «designios de misericordia» que el Señor tenía sobre ellos.

He aquí el relato que ella nos hace de las tres visitas del celestial espíritu.

«¡Rezad de esta manera!...»

Era uno de los últimos días de la primavera de 1916, poco tiempo después de haber obtenido Francisco y Jacinta permiso de sus padres para llevar a pastar sus ovejas en compañía de Lucia ²⁸. Los tres apacentaban su rebaño en una propiedad de los Santos situada al pie de la colina del Cabeço y llamada el Huerto Viejo.

Sucedió que a media mañana empezó a caer una lluvia muy fina, casi una llovizna. Los niños subieron hacia la falda de la colina, seguidos de sus ovejas, en busca de una roca para cobijarse. «Fue así —dice Lucia, narrándolo— como entramos por primera vez en aquel lugar bendito» ²⁹.

Se trata de un pequeño círculo de rocas, a mitad de la pendiente de la colina, en un terreno perteneciente al padrino de Lucia. Citaremos a menudo este pequeño escondrijo, que llamaremos el «hoyo del Cabeço». Los árboles y los arbustos son allí bastante frondosos para formar ante la abertura de este «circo» como una cortina que lo oculta a la vista.

Cesó la lluvia y volvió a salir el sol, claro en el cielo azul. Sin embargo, nuestros pastorcillos permanecieron en su abrigo el resto de la mañana. Hacia el mediodía, tomaron allí su frugal comida de todos los días, rezaron el rosario y luego se entretuvieron jugando a canicas con pequeñas piedrecillas.

Sorprendidos de pronto por una ráfaga de viento, miraron instintivamente hacia el llano para ver qué sucedía, pues el tiempo era completamente sereno.

Por encima de los olivos, que cubren la parte inferior de la pendiente que tienen ante ellos, observan una intensa luz con una especie de silueta humana que se dibuja en el aire y se dirige adonde están. Es completamente blanca, más blanca que la nieve, y parece una estatua de cristal atravesada por los rayos del sol.

A medida que se acerca, pueden distinguir mejor sus rasgos, que son los de un adolescente de catorce o quince años, de una belleza sobrehumana.

Cuando llegó junto a los niños, les dijo con dulzura:

—*No teníais. Soy el Ángel de la Paz. Rezad conmigo.*

Entonces se puso de rodillas, inclinó su frente hasta casi tocar el suelo y repitió tres veces:

—*¡Dios mío, creo, adoro, espero y te amo! Te pido perdón por los que no creen, por los que no adoran, por los que no esperan ni te aman.*

Impulsados por un movimiento independiente de su voluntad, los tres niños se prosternaron como él y repitieron las palabras que le habían oído pronunciar.

Luego el ángel se levantó y añadió:

—*¡Rezad así! Los Sagrados Corazones de Jesús y de María se sentirán conmovidos por vuestra oración.*

Y el misterioso joven desapareció.

Más de veinte años después, Lucia relataba sus impresiones de esta manera:

«El ambiente sobrenatural que nos rodeaba era tan intenso, que no nos dimos cuenta de nuestra propia existencia durante mucho tiempo y permanecimos en la misma posición en que nos había dejado el ángel, repitiendo siempre la misma oración.

La presencia de Dios se sentía de una manera tan profunda y tan íntima, que no osábamos hablar ni entre nosotros. Al día siguiente, sentíamos aún él denso espíritu de esta atmósfera, que solo muy lentamente desapareció.

Nadie pensó hablar de esta aparición, ni recomendar secreto a los demás; el silencio se imponía por sí mismo. Era una gracia tan íntima, que no era fácil decir de ella la menor palabra. Quizás nos produjo tan fuerte impresión porque era la primera».

Las palabras del ángel quedaron tan hondamente grabadas en el alma de los niños, que jamás las olvidaron. Desde entonces, a menudo, y cuando puedan hacerlo sin ser vistos, se prosternarán como el ángel lo había hecho

ante ellos. Y repetirán la oración que él les enseñó, hasta que no puedan ya ni pronunciar sus palabras, ni permanecer en aquella postura mortificante.

Lucia, Francisco y Jacinta guardaron, pues, el más absoluto secreto sobre esta misteriosa visita y solamente hablaban de ella entre sí. El solitario escondite del Cabeço, donde había comenzado de esta manera su vocación mística, se hizo para ellos muy querido y, más tarde, fue el lugar escogido para sus meditaciones y penitencias.

«*Por la conversión de los pecadores*»

Dos meses después, durante los grandes calores (fin de julio o principios de agosto), mientras a la hora de la siesta los mayores descansaban, nuestros tres amigos estaban en el huerto de Lucia, «detrás del pozo», otro lugar preferido por los niños, por la calma y soledad que allí encontraban.

De pronto, sin que nada les hubiese llamado la atención, el misterioso visitante del Cabero volvía a estar junto a ellos. Les habló de este modo:

—*¿Qué hacéis aquí? ... ¡Rezad, rezad mucho! Los Sagrados Corazones de Jesús y de María tienen respecto a vosotros designios de misericordia... Ofreced continuamente a Dios oraciones y sacrificios.*

Entonces, Lucia preguntó:

—*¿Cómo hemos de hacer los sacrificios?*

—*De todas las cosas podéis hacer un sacrificio. Ofrecédselos al Señor en reparación de tantos pecados con los que es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores. Procurad atraer así la paz sobre vuestra patria. Yo soy su ángel custodio, el ángel de Portugal³⁰. Sobre todo, aceptad con resignación los sufrimientos que el Señor os envíe.*

Estas palabras penetraron en el alma de los niños como una luz que les hacía comprender cuánto les amaba Dios y cuánto quería ser amado, y cuán grande es el espíritu de sacrificio y cómo lo tiene en cuenta el Señor para convertir a los pecadores.

Así, pues, desde este instante, Lucia, Jacinta y Francisco se dedicaron a ofrecer al Señor todo cuanto les podía mortificar. Pero la penitencia que

preferían era la de permanecer largos ratos prosternados en tierra y repetir la oración que el ángel les había enseñado en su primera aparición.

Comunión mística

Era a finales de septiembre o a principios de octubre. Habiendo ya tomado los pastorcillos su frugal comida en el prado de la familia Santos, en la falda de la colina del Cabeço, subieron hasta su «cueva», al objeto de rezar el rosario y la oración del ángel. La habían repetido varias veces cuando se vieron rodeados de una claridad extraordinaria.

Entonces se levantaron y vieron que el ángel estaba junto a ellos. Pero esta vez tenía en su mano un cáliz y sobre el mismo vieron una hostia. De la hostia cándida caían unas gotas de sangre dentro del cáliz.

Dejando el cáliz, que permaneció misteriosamente suspendido en el aire, el ángel se arrodilló al lado de los niños y, por tres veces, les hizo repetir esta fórmula:

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te adoro profundamente y te ofrezco los preciosísimos Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios del mundo, en reparación de los ultrajes con los cuales Él es ofendido.

Por los infinitos méritos de su Sagrado Corazón y [por los] del Corazón Inmaculado de María, te pido la conversión de los pobres pecadores.

El ángel se levanta, toma la hostia y se la ofrece a Lucia, que la recibe. Luego reparte el contenido del cáliz entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo a cada uno de los tres:

—Recibid el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. ¡Reparad sus pecados y consolad a vuestro Dios!

Luego volvió a prosternarse, repitió tres veces la oración *Santísima Trinidad...* y desapareció.

Los niños continuaron arrodillados, en la misma actitud, repitiendo sin cesar la misma fórmula, sin poder apartar de sus pensamientos la celestial visión y la comunión misteriosa que acababan de recibir. El pensamiento de la presencia de Dios los absorbía por completo hasta privarles del uso de los

sentidos corporales. Sentían una inefable paz y un gran bienestar en el fondo de sus almas, al propio tiempo que un enorme abatimiento físico.

Más tarde tuvieron ocasión de observar que las apariciones de la Santísima Virgen producían en ellos otros distintos efectos: eran la misma paz y el mismo bienestar del alma concentrada en Dios, pero físicamente una gran vivacidad y un gran entusiasmo comunicativo.

Estas visiones del ángel enseñaron a los futuros mensajeros de María a orar con fervor, a rezar por los que no rezan, a reparar por los que no tienen fe ni amor. Estas apariciones orientaron sus entendimientos hacia las grandes preocupaciones del Inmaculado Corazón de María, tal como las apariciones del arcángel San Miguel a Juana de Arco mantenían su patriotismo y desarrollaban su virtud y su valor ³¹.

Francisco fue el primero en volver en sí y recordar las realidades de la tierra. Anochecía; era hora de regresar a casa.

También ahora, y esta vez más que nunca, guardaron silencio sobre la celestial visita.

IV. LA PRIMERA VISITA DE «LA SEÑORA» (13 mayo 1917)

Una mañana de mayo

En este hermoso día del 13 de mayo de 1917, domingo anterior a la Ascensión, Lucia, Francisco y Jacinta habían ido a misa primera en la iglesia del caserío de Boleiros ³². El señor cura, padre Manuel Marques Ferreira, habló en este domingo de las rogativas, de la eficacia de la oración y dio cuenta de la carta del Soberano Pontífice, Benedicto XV, en la que pedía la más intensa oración por el retorno de la paz. ¿Se impresionaron nuestros pastorcillos por este sermón, e influyó en el fervor de su rosario de aquel día?

Regresados a su casa, pusieron la acostumbrada comida en el zurrón que llevaba Francisco, y salieron con las ovejas. Habiendo tomado primero el sendero que los habría conducido al lugar de Gouveia, Lucia, de repente, decidió ir a pastar aquel día a la Cova da Iria, donde sus padres tenían una pequeña porción de tierra. Entonces retrocedieron un poco de camino,

llevando delante de ellos los dos rebaños reunidos. Tomaron un sendero a través del árido erial, donde apenas se ve otra cosa que arena y grava.

A la misma hora, en Roma, en la capilla Sixtina, se efectuaban las ceremonias de la consagración episcopal de monseñor Eugenio Pacelli, que, más tarde, había de ser el Papa Pío XII. Este guardó siempre de esta coincidencia entre su consagración y la primera aparición de Nuestra Señora de Fátima un profundo recuerdo, del cual encontramos eco en muchos de sus actos y discursos ³³.

La Cova da Iria está situada a dos kilómetros de Aljustrel y a más de tres de la iglesia de Fátima. Aparte de algunas pequeñas parcelas de cultivo, no crecen allí más que algunas carrascas esparcidas y algunos olivos ³⁴.

Nuestros pastorcillos llegaron cerca del mediodía, ya casi a la hora de comer. Seguros del buen pasto que iban a encontrar sus corderos en la tierna hierba de la estación, se dispusieron a tomar su comida, teniendo, empero, buen cuidado de no olvidar la bendición al principio, ni la acción de gracias al fin.

Vaciado el zurrón de su frugal contenido ³⁵ se disponen a rezar su cotidiano rosario. ¿Podrían olvidarse de él en este mes de mayo, consagrado a la Santísima Virgen? ³⁶ ¿No les había recomendado el ángel que rezasen con todo fervor? Esta vez se arrodillaron sobre la hierba, a la sombra de un olivo.

Cumplido su piadoso deber, empujaron el rebaño hacia la parte alta de la propiedad, sobre la cima de la colina. Allí, sin perder de vista a las ovejas, se pusieron a jugar a albañiles, uno de sus juegos preferidos. Ahora se trataba de levantar una cerca protectora alrededor de una hermosa mata de brezo blanco, del que sus padres podrían hacer escobas.

Lucia y Jacinta traían los materiales; Francisco los disponía. Al poco rato se levantaba un muro circular de un palmo de altura, precisamente en el mismo lugar donde algunos años después se construyó la gran basílica de Nuestra Señora de Fátima, como si de ella hubiesen puesto los cimientos nuestros pastorcillos ³⁷.

Era pleno mediodía; el sol estaba en su cénit. De pronto un potente estallido de luz que, a falta de otra palabra a su alcance, ellos llamaron *relámpago*, deslumbró a los pastorcillos.

Llenos de temor, miran el horizonte: ni la más tenue nubecilla. Lucía ha oído hablar algunas veces de las repentinas tempestades del mes de mayo; la tormenta se prepara, seguramente, detrás de las colinas. Reúnen el rebaño y se van apresuradamente.

Cuando llegan a media pendiente, al tiempo de pasar junto a una gran carrasca ³⁸ que ya no existe, un segundo «relámpago», más brillante que el primero, los deja inmobilizados en su sitio. Mudos de espanto, contienen su respiración y unos a otros se dirigen miradas interrogativas. Luego, siguen empujando a las ovejas más aprisa.

Después de haber andado unos pasos, a tres o cuatro metros de una pequeña carrasca, se ven rodeados de una intensa claridad que casi los ciega. Los tres, como obedeciendo a un mismo impulso, miran hacia la derecha. Ante ellos, y sobre el arbusto, en el centro de una gran aureola de luz que también a ellos los envuelve, ven a una hermosa Señora más resplandeciente que el sol.

Asustados, pretenden huir. Un gesto maternal y una dulce palabra les detiene.

—*No temáis; no quiero haceros ningún daño.*

Entonces los niños, cayendo en éxtasis, la contemplan.

La maravillosa «Señorita», como decían los niños al principio, parecía tener a lo más dieciocho años. No se parece a ninguna de las imágenes de la Virgen ni a Ninguna de las Santas que los niños habían visto ³⁹.

La túnica blanca como la nieve, cae hasta los pies. Está ajustada alrededor del cuello por un cordón dorado, cuyos extremos descienden hasta el talle.

Un velo o manto blanco, cuyos bordes están guarnecidos con un fino galón de oro, cubre su cabeza, sus hombros y, cayendo hasta casi el extremo de la túnica, envuelve todo su cuerpo.

El rostro, de líneas purísimas e infinitamente delicadas, brilla en una aureola de sol; sonrío cariñosamente, pero con sonrisa ligeramente velada por una sombra de tristeza. Los ojos son negros.

Tiene las manos juntas sobre el pecho. Del brazo derecho pende un bonito rosario de cuentas blancas, brillantes como perlas, y termina con una

pequeña cruz de plata, también brillante.

Los pies, descalzos y sonrosados, descansan suavemente sobre una ligera nube de armiño, que roza las verdes ramas del arbusto.

Después de más de treinta años, Lucia no ha olvidado un solo rasgo de esta celestial visión. Pero, cuando se le ruega que la describa, solo sabe decir esta palabra: ¡Luz!

Hace unos pocos años, a propósito de la imagen de la Capelinha, que está lejos de satisfacerla, escribió a monseñor Da Silva, obispo de Leiria, las siguientes observaciones:

«En las imágenes que yo he visto, Nuestra Señora parece tener dos mantos. Me parece que, si yo supiese pintar —sin que sea capaz de pintarla tal como Ella es, puesto que es imposible, como también lo es describirla con palabras terrenas—, pondría una túnica, tan sencilla y tan blanca como fuese posible, y el manto descendiendo desde la cabeza hasta el borde de la túnica.

Y, como yo no podría pintar la luz y la belleza que la adornaban, suprimiría todos los adornos, a excepción de un fino cordoncito dorado en los bordes del manto. Este adorno brillaba sobre el fondo de luz, como si hubiese sido un rayo de sol refulgiendo más intensamente que todo lo demás. Esta comparación queda muy atrás de la realidad, pero yo no sé cómo expresarlo de mejor manera» ⁴⁰.

Primera conversación

«La Señora» mira a los niños; Lucia se decide a interrogarla:

—¿De dónde sois, Señora? ⁴¹.

—*Soy del cielo.*

Y su mano señalaba el firmamento azul.

—¿*Qué* deseáis de nosotros?

—*Vengo a pedirlos que nos encontremos aquí seis veces seguidas a esta misma hora, el día 13 de cada mes. En octubre os diré quién soy y qué quiero.*

Después de un breve silencio, Lucia prosigue:

—¿Venís del cielo?... ¿Iré yo al cielo?

—Sí, tú irás.

—¿Y Jacinta?

—También.

—¿Y Francisco?

Los ojos de la Aparición se dirigieron más directamente hacia el muchachito y, fijándolos en él con una expresión de bondad y de maternal compasión, dijo:

—También irá. Él todavía ha de rezar su rosario ⁴².

Prosiguió la conversación entre los pastorcillos y la misteriosa «Señorita». Los niños no olvidarán ni una sola palabra; pero de ello solo hablarán entre sí. Dé común acuerdo, guardarán silencio sobre algunas cosas cuya revelación les parecía indiscreción o vanidad. Solamente Lucia las dará a conocer más tarde en los cuadernos que redactó por los años 1936-37, y después en 1941-42, a petición de sus superiores.

No obstante, los pequeños videntes contaron que la Señora les había tranquilizado sobre la suerte eterna de dos jovencitas que acababan de morir en la parroquia, una de las cuales estaba ya en el cielo, y la otra en el purgatorio.

En su segundo cuaderno, Lucia revela un detalle, hasta entonces celosamente guardado en secreto, que aclara de una manera sorprendente, ahora que es conocido, los pequeños detalles de la vida de penitencia de los videntes de Fátima, dándoles un significado inesperado.

—¿Queréis —preguntó la Virgen a los niños, en esta primera aparición — ofrecer a Dios sacrificios y aceptar todos los sufrimientos que Él os envíe en reparación de los tan numerosos pecados que ofenden a su Divina Majestad? ¿Queréis sufrir para obtener la conversión de los pecadores, para reparar las blasfemias, así como también todas las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María?

—Sí, queremos —responde Lucia, con entusiasmo, en nombre de los tres.

Con un gesto de maternal complacencia, la Visión demuestra cuán agradable le es la generosidad de estos inocentes. Después añade:

—*Vais, pues, a sufrir mucho, pero la gracia de Dios os confortará y os sostendrá siempre.*

Y al decir estas palabras, la Aparición separó las manos, que hasta entonces había tenido juntas, a la manera del sacerdote cuando dice *Dominus vobiscum*, y con este sencillo gesto hizo brotar en dirección de los videntes un haz de luz misteriosa, a la vez intenso y muy mínimo, que «penetrándoles hasta lo más profundo del alma (son las propias palabras de Lucia), hizo que se viesan a sí mismos en Dios, quien era esta misma Luz, con más claridad que si se hubiesen visto en el más terso de loé espejos...».

Entonces, movidos por un impulso irresistible; los videntes cayeron de rodillas, repitiendo con fervor:

—¡Oh, Santísima Trinidad, yo te adoro!... ¡Dios mío, Dios mío, yo te amo!...

Después de unos instantes, *la Aparición recomendó a los pequeños rezasen el rosario todos los días* con devoción para obtener la paz del mundo. Entonces Lucia preguntó:

—¿Podrías decirme si la guerra durará mucho o si terminará pronto?

—*No te lo puedo decir aún, mientras no te haya dicho también qué es lo que quiero.*

Esta frase ya en la primera aparición afirma la relación entre la conversión que pedirá María y el fin de las pruebas de la Humanidad ⁴³.

Luego, la Señora se alejó en dirección al Este. Parecía que no moviese los pies. Andaba «recta», «toda de una pieza». En seguida, la maravillosa Visión se desvaneció en la luz del día.

Después del éxtasis

Vueltos de su arrobamiento, Lucia, Francisco y Jacinta se miraron con felicidad y cambiaron sus primeras impresiones.

Los tres han visto perfectamente la Aparición, pero Ella solamente ha hablado con Lucia. Francisco no ha oído la voz de la hermosa Señora,

aunque ha percibido cuanto ha dicho su prima. Jacinta lo ha oído todo distintamente, preguntas y respuestas, pero ella no ha tomado parte en la conversación.

Este detalle, por sí solo, es una prueba suficiente de la sinceridad de los videntes. Unos niños que hubiesen inventado una explicación semejante jamás hubiesen atinado a expresar esta diversidad en sus respectivas apreciaciones.

El diálogo sostenido entre Lucia y la Visión duró aproximadamente unos diez minutos, casi el mismo tiempo que se tarda en decir una parte del rosario.

¿Y el rebaño? Francisco es el primero en darse cuenta de que se ha separado de sus guardianes. Las golosas ovejas, abandonadas a sí mismas, han invadido un campo de verdeantes arvejas.

Los pastorcillos se apresuran a sacarlas de allí. ¡Qué disgusto les espera! El campo invadido es propiedad de otra familia... Pero, después de mirar bien, se dan cuenta de que no han causado perjuicio alguno. «Por fortuna —dice ingenuamente Lucia— no se veía ninguna arveja comida».

Nuestros tres amigos ya no tienen ganas de jugar. La felicidad de sus almas, después de este nuevo contacto con el cielo, les basta. Absortos en un mutismo hecho de sorpresa y admiración, no desean abandonarlo para saborear interiormente cuanto han visto y oído.

Sin embargo, Jacinta rompe el encanto; de cuando en cuando va repitiendo:

«¡Oh, qué Señora tan hermosa! ¡Qué Señora tan hermosa!».

Los tres, mirando hacia Levante, buscan aún la estela de luz de la Virgen desaparecida. Jacinta junta sus manos en admirativo fervor como para invocar a la Visión, y no puede más que repetir:

«¡Oh, qué hermosa era la Señora!».

Viéndola tan entusiasmada, y temiendo las consecuencias que podría traer el suceso, Lucia dice a su prima:

—Al menos no se lo cuentes a todo el mundo.

—¡No diré nada! ¡No diré nada! ¡No tengas miedo!

Antes de la puesta del sol, reúnen sus ovejas y las conducen a casa. Cuando llegan a Aljustrel, los envuelve el crepúsculo. Al despedirse de sus primos ante su establo, Lucia repite la consigna:

—Silencio absoluto, ¿comprendéis?

—Sí, sí —dice Francisco—; callaremos.

El acontecimiento, en el caserío

En casa de los Santos se cenó y se rezó la oración de la noche. Antonio salió «a tomar el aire». María Rosa hizo leer a uno de sus hijos, a la luz de un candil, una página del Antiguo Testamento. Después se retiraron a descansar.

En casa de los Marto sucedió de otro modo Jacinta estaba sobre ascuas. No podía aguantar por sí sola el peso de su gran felicidad. ¿Cómo no decirlo a su madre? La Señora no había dicho su nombre, pero ella no tenía duda alguna: era la propia Virgen Santísima.

Manuel Pedro y Olimpia habían estado ausentes — todo el día. Después de la misa, fueron al mercado de Batalha. Al anoecer, Jacinta sale al camino a recibir a su madre. En cuanto la ve, corre hacia ella, y echándosele al cuello, cosa que no acostumbraba a hacer, le dice:

—Mamaíta, hoy he visto a la Santísima Virgen en la Cova da Iria.

—¡Jesús! ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

—Es verdad.

—No lo creo. Tú no eres ninguna santa para ver a la Santísima Virgen.

—¡Sí! La he visto. Francisco y Lucia la han visto también.

—Eres una tonta, rapaza.

La niña, muy triste:

—Créeme, mamá.

Ya en casa, Jacinta dijo:

—Mamá. Francisco y yo vamos a rezar el rosario; la Virgen nos lo ha mandado.

Cuando terminaron, Jacinta se volvió hacia su madre:

—Mamá, es necesario rezar el rosario todos los días; la Santísima Virgen lo quiere.

Entonces llegó el padre. Cuando todos estuvieron a la mesa ⁴⁴. Olimpia le dijo a su hija que contase la verdad de lo que le había sucedido.

La niña refirió minuciosamente a toda la familia reunida el hecho extraordinario con todos sus detalles, a excepción, naturalmente, de la promesa de los sacrificios y el inefable éxtasis con el cual la Señora les había recompensado. Francisco confirmaba cada una de sus palabras, pero, fiel a lo convenido, no añadió ni un detalle ni un comentario.

Al día siguiente, en cuanto se levantó, Olimpia corrió a casa de su cuñada para poner en claro el asunto. María Rosa no sabía nada. Su hija nada le había dicho.

Sin embargo, la espera para poderle hablar. Lucia, por su parte, ha sido prevenida por Francisco de la indiscreción de Jacinta. Su primita se excusa, poniendo la mano sobre el pecho, y dice:

—Tenía algo aquí que me impedía callar.

Entre Lucia y su madre el silencio duró ocho días. Pero una mañana en que la madre y la hija se encontraban solas en el establo, María Rosa aprovechó la ocasión para interrogar a la niña. Lamentando que su prima hubiese faltado al acuerdo de callarse, Lucia contó llanamente lo que ella había visto.

María Rosa quisiera persuadirse que todas estas cosas no son más que ilusiones y sueños, pues teme las molestias que les causará esta historia. Sabemos, además, por los cuadernos de Lucia, que estaba agobiada de preocupaciones por la negligencia de su marido (quien comenzaba a dejarse atraer muy a menudo por la taberna), hasta el punto de hallarse físicamente deprimida y hasta enferma. Este estado de decaimiento explica, en parte, su actitud ante los acontecimientos que amenazaban complicar más y más su vida de madre de familia abrumada por las preocupaciones y los trabajos.

Porque la noticia se propagó rápidamente gracias a los comadreos, y no encontraba más que incrédulos y lenguas que se despachaban a su gusto.

«¿Es posible que sucedan tales cosas?».

«¡Unos mocosos como éstos! ¡Chiquilladas!».

«La culpa es de la familia... Si los educasen mejor...».

«¿Es que no hay estacas para hacer callar a esos embusteros?».

Para acabar de una vez con estos chismorreos, y también con sus propias dudas, una buena mañana, a finales de mayo, María Rosa llama a su hija, que aún estaba acostada:

—¡Levántate en seguida! ¡Irás a casa de los vecinos a confesar que has mentido!

Lucia permanece firme. Su madre quiere convencerla, primero con caricias, luego con amenazas. Finalmente, emplea contra ella el palo de la escoba. No logra más que un respetuoso silencio y la confirmación de cuanto antes le había dicho.

María Rosa determina, sin embargo, que la pastorcilla salga con el rebaño, recomendándole, empero, que reflexione bien durante el día.

—Yo nunca he permitido una mentira en boca de mis hijos, y menos voy a permitir un embuste de esta naturaleza. Esta tarde, cuando regreses, te acompañaré a todas las casas del lugar. Confesarás ante todos que les has engañado, y les pedirás perdón.

Lucia parte con sus ovejas... y su tristeza. Francisco y Jacinta la esperaban ya cerca de la charca, extrañados de su tardanza. Al verla llegar con lágrimas en los ojos, le preguntan el motivo. Ella se lo cuenta todo; luego añade:

—Mi madre quiere a toda costa que yo me desdiga. ¿Cómo podré hacerlo?

Entonces Francisco reprocha a su hermana:

—Ya lo ves, tú tienes la culpa... ¿Por qué lo dijiste?

Jacinta baja la cabeza y llora; después, arrodillada y con las manos juntas, le pide perdón.

—He hecho mal..., pero prometo no volver a decir nada a nadie.

Cuando, por la tarde, regresó Lucia, su madre volvió a sermonearla sobre la sinceridad, y acabó:

—Escucha. Escoge lo que quieras: o vas a desengañar a los vecinos, confesando tu mentira, o te encerraré en un cuarto oscuro donde no verás la luz del sol.

Las hermanas de Lucia no se quedaban cortas en apoyar los argumentos y las amenazas de la mamá.

¡Qué pena para la pobre niña! Ella hubiera querido complacer a su madre, pero no encontraba la manera. Estaba anegada en llanto. La dejaron sola en un rincón y allí pudo llorar a sus anchas, ofreciendo a Dios su sacrificio, tal como la Señora le había pedido.

Obsesionada siempre, por el temor de una superchería de su hija, algunos días después la señora Santos fue a abrir su corazón al señor cura de Fátima, el reverendo padre Manuel Marques Ferreira ⁴⁵.

—¡Qué desgracias nos ocurren!

—¿Cómo? ¿A esto lo llamáis desgracia?

—Sí; esta chiquilla está haciendo de nosotros el hazmerreír del pueblo.

—Pero si lo que cuenta es cierto, será para vosotros una gran bendición, y todo el mundo os envidiará.

—Si fuese cierto... Si fuese cierto... Pero no puede ser... Mi hija miente... Es la primera vez; pero yo le enseñaré a que no lo repita.

En efecto, cuando regresó a casa le dio a su hija, con el apoyo de argumentos contundentes, la lección prometida.

V. LA SEGUNDA APARICIÓN (13 junio)

La cita

Se acercaba el 13 de junio; Olimpia y su marido estaban dispuestos a dejar que sus hijos acudiesen a la cita de la Señora; pero la familia Santos se opuso rotundamente a ello. No obstante, había, aún más en los caseríos vecinos que en el mismo Aljustrel, gente deseosa de ver renovado el experimento e incluso partidarios convencidos de la realidad de la aparición. Convenía tener en cuenta estos elementos de la opinión pública.

La propia señora Santos empezaba a darse cuenta de que los bofetones no bastaban para resolver el problema.

El día señalado para la cita con la Señora coincidía con el mismo de la fiesta, tan popular en Portugal, de San Antonio de Padua. Allí se le llama San Antonio de Lisboa, porque, efectivamente, este gran santo, muerto en Padua (Italia), había nacido y vivido hasta la edad de veinticinco años en Lisboa. Es el patrón nacional de Portugal y es también el patrón de la parroquia de Fátima ⁴⁶.

Los padres habían contado con esta circunstancia para retener a los niños en casa y en el lugar. Pero no manifestaban su resolución.

El día de la víspera, por la noche, Jacinta se acerca a su madre y acariciándola, le dijo:

—Mamá, no vayas mañana a la fiesta de San Antonio. Vente con nosotros a la Cova da Iria, para rezar y ver a la Santísima Virgen,

—No, yo no iré... Ni tú tampoco. Además, es inútil: la Santísima Virgen no se aparecerá.

—¡Que sí, mamá! Dijo que volvería, y se aparecerá con toda seguridad.

—Así, pues, ¿no quieres ir a la fiesta de San Antonio?

—¡Es tan bella esta Señora, mamá!... Yo iré con Lucia y Francisco a la Cova da Iria. Si la Señora nos hubiera dicho que debíamos ir a la fiesta de San Antonio, iríamos.

Al día siguiente, muy temprano, Manuel Pedro y su esposa, que no daban gran importancia a las explicaciones de los niños, y que seguramente consideraban más urgentes sus negocios, partieron para la feria de Porto de Mos. Habían de comprar una pareja de bueyes y no regresarían hasta la noche. En el fondo, Manuel Pedro reconocía, sin embargo, que la actitud que tomaba aquel día no era la más valiente.

En casa de los Santos, a última hora, determinaron permanecer neutrales: fingieron indiferencia. María Rosa, que al principio había pensado acudir a la Cova da Iria, se limitó a seguir la cosa desde lejos, encomendando el cuidado de su hija a sus dos hijos mayores.

Como era costumbre en los días de fiesta, Lucia, Jacinta y Francisco salieron con los dos rebaños a la aurora y volvieron pronto a encerrarlos. Hacia las once pudieron marchar los tres juntos hacia la celestial cita. Al mediodía hace ya rato que están en la Coya da Iria, rezando el rosario, y ¡con qué fervor esta vez! Lucia ha llevado consigo una docena de sus compañeras de catecismo.

Han acudido, además, unas cincuenta personas, quizá con más curiosidad que convencimiento. Uno de estos testigos cuenta lo que pasó de la siguiente manera:

«A la hora convenida llegaron los tres niños y empezaron a rezar el rosario, arrodillados, bajo la carrasca grande que está situada unos cincuenta metros más arriba del lugar de las apariciones. Terminado el rosario, Lucia se levantó, se arregló la mantilla que le cubría la cabeza, así como el vestido, tal como lo hubiera hecho para entrar en la iglesia; luego se volvió hacia el Este, en espera de la Visión.

Se le preguntó si había que esperar mucho tiempo; contestó que no. Los otros dos niños pidieron que se empezase un nuevo rosario: Al propio instante, Lucia, con un movimiento de sorpresa, exclamó: “¡El relámpago! ¡La Señora llega!”.

Seguida de sus primos, se apresuró a descender hacia la parte baja de la pendiente, cerca de la pequeña carrasca de las apariciones.

Yo pude oír bien lo que Lucia decía a la Visión, pero no vi nada ni pude oír las respuestas. Sin embargo, noté un hecho sorprendente: estábamos en pleno mes de junio, y el árbol tenía todas sus ramas cubiertas de largos brotes tiernos. Al terminar la aparición, cuando Lucia anunció que la Señora partía en dirección al Este, todas las ramas del árbol se reunieron y se inclinaron hacia el mismo lado, tal como si la Señora, al partir, hubiese dejado arrastrar su vestido sobre el ramaje».

Confidencias celestiales

La visión y el diálogo duraron unos diez minutos. Pero durante este corto espacio de tiempo, ¡qué emociones para los niños! Fue también Lucia quien comenzó la conversación:

—Vuestra Merced (*Vossem 'çe*) me pidió que viniese aquí. ¿Qué desea de mí?

La Aparición respondió que los niños habían de acudir allí de nuevo el día 13 del mes próximo; les recomendó otra vez que rezasen el rosario todos los días, y añadió:

—*Quiero que aprendáis a leer*⁴⁷; *después os diré lo que deseo.*

Lucia pidió la curación de un enfermo que le habían recomendado.

—*Que se convierta, y curará dentro del año.*

Tiempo después, la hermana Lucia hizo saber que en aquel momento se animó hasta atreverse a decir a la Visión:

—Señora, quisiera pedirnos que nos llevéis al Paraíso.

La respuesta de la Señora fue lo que, al principio, se llamó el «pequeño secreto» de Fátima.

Se había conjeturado que en este «secreto» se trataba del porvenir de los tres niños. De todos modos, no podía referirse a su salvación eterna, puesto que ya en su primera aparición la Señora les había dado seguridades sobre este particular. Sin duda, se había supuesto que la Virgen había anunciado a los dos pequeños su próximo fin, pues desde entonces ellos lo tuvieron por cierto. En cuanto a Lucia, se supone que recibió la invitación de abandonar el mundo y de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Estas suposiciones, que nosotros mismos nos habíamos formulado en nuestros primeros trabajos sobre Fátima, eran exactas, a lo menos en lo que concierne a Francisco y a Jacinta, y puede también suponerse igual en lo referente a la vocación de Lucia. En efecto, ella nos cuenta cómo la Visión les anunció su porvenir. A la pregunta de la pastorcilla, Ella respondió:

—*Sí. A Jacinta y a Francisco vendré pronto a buscarlos. En cuanto a ti, has de quedarte mucho tiempo aquí abajo. Jesús quiere servirse de ti para que me hagas conocer y amar. QUIERE ESTABLECER EN EL MUNDO LA DEVOCIÓN A MI CORAZÓN INMACULADO.*

—Entonces, ¿debo quedarme sola aquí abajo? —preguntó Lucia, llena de congoja ante la idea de que había de vivir separada de sus confidentes y amigos.

—No, hija mía... ¿Te hace esto sufrir mucho?... No te desanimes. No te abandonaré nunca. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios.

Esta revelación sobre su porvenir fue, por decirlo así, maravillosamente ilustrada por una visión, yo diría suplementaria, cuyos detalles conocemos por otro cuaderno de la hermana Lucia.

Tal como había hecho en su primera aparición, la Santísima Virgen, mientras pronunciaba estas últimas palabras, separó las manos y, por segunda vez, este gesto hizo brillar en los niños aquella intensa luz en la cual se encontraban como sumergidos en Dios. Les pareció que Francisco y Jacinta estaban colocados en un haz de luz que se elevaba hacia el cielo, y Lucia en otro que se inclinaba sobre la tierra.

Delante de la mano derecha de la Aparición vieron un corazón rodeado de espinas que se le clavaban por todas partes. Los niños comprendieron que era el Inmaculado Corazón de María, afligido por los muchos pecados del mundo, y que pedía penitencia y reparación.

Desde entonces tuvieron el convencimiento de que este penetrante rayo tenía por objeto comunicarles un más íntimo conocimiento y un particular amor al Inmaculado Corazón de María. Desde este día, en efecto, sintieron en su corazón por el de su Madre del cielo un ardiente amor.

A este relato Lucia añade: «Es en esto en lo que pensábamos cuando decíamos que la Señora nos había revelado un secreto durante la aparición de junio.

En realidad, Ella no nos había mandado que callásemos; pero nosotros sentíamos que el Señor nos impulsaba a hacerlo». Los niños habían comprendido que su deber era guardar para ellos todo cuanto se refería a su porvenir, especialmente a causa de sus padres, a quienes el solo pensamiento de una muerte próxima habría acongojado.

Una vez desaparecida la Visión, los niños y los demás concurrentes no se decidían a abandonar aquel lugar bendito; cantaron la letanía de la Santísima Virgen, y luego se fueron rezando el rosario. Las pocas decenas de testigos divulgaron rápidamente lo que habían visto y lo que habían oído de boca de los niños.

Entre los testigos de esta segunda aparición hay que mencionar a María Carreira, del caserío de La Moita, a quien la gente llamó luego María de la Capelinha, y había de ser más tarde el instrumento de la Providencia para la fundación del santuario de la Cova da Iria.

Primeras contradicciones

Gracias a tales testimonios, la noticia de las celestiales manifestaciones traspasó los límites de la parroquia y se propagó por toda la vecina comarca.

Fátima se convirtió en el tema de casi todas las conversaciones. Algunas personas, que conocían muy bien a los pequeños videntes y no podían dudar de su veracidad, admitían la realidad de las apariciones.

Pero los más se mostraban escépticos, y algunos, hostiles.

Los sacerdotes de la comarca casi todos se manifestaban incrédulos, particularmente el reverendo Manuel Marques Ferreira, párroco de Fátima. Mientras tomaba prudentemente las medidas necesarias para seguir de cerca el desarrollo de los hechos, adoptó una actitud de «neutralidad», muy semejante, algunas veces, a oposición.

A pesar de la segunda aparición, no se restableció la paz en casa de los Santos. Al contrario, cuanto más se divulgaba el rumor de los acontecimientos, más se afanaba María Rosa en ridiculizar las explicaciones de su hija.

Los Marto, aunque estaban convencidos de la sinceridad de sus hijos, temían que fuesen víctimas de alguna ilusión. Un día, Olimpia les dijo:

—¡Cuidado! Algún día me veré obligada a imponeros un serio castigo, porque estáis engañando a todo el mundo... Por culpa vuestra, mucha gente va a la Cova da Iria.

Los niños supieron defenderse:

—Nosotros no obligamos a ir a nadie. Los que no quieran ir, que no vayan. Pero el que no quiera creer, que espere el castigo de Dios.

Olimpia se contentaba, pues, con solo amenazar a los pequeños, sin dudar de su sinceridad. Pero María Rosa, irritada por las «mentiras» de

Lucia, la reprendía con aspereza y algunas veces llegaba a pegarle, hasta el punto de que el señor cura se creyó en el deber de intervenir para recomendarle moderación.

Indecisión del pastor

María Rosa tuvo una gran satisfacción cuando fue invitada a acompañar a su hija a la casa rectoral, para ser interrogada. Olimpia y sus hijos también habían sido convocados. Esto sucedía unos días después de la segunda aparición, «hacia mediados de junio».

«Mi madre —escribe Lucia— se sentía tranquilizada al suponer que el señor prior iba, desde entonces, a asumir toda la responsabilidad del asunto. Me dijo: “Mañana por la mañana iremos a oír misa; después, tú irás a casa del señor cura. ¡Que te castigue! ¡Que haga lo que quiera!... Con tal que te obligue a confesar que has mentado, ya estaré contenta”. Mis hermanas se habían puesto de parte de mi madre y me hacían entrever fuertes castigos para asustarme».

Lucia informó a sus primos de lo que le sucedía.

«Nosotros —contestaron— también iremos a casa del señor prior. Ha hecho avisar a mamá para que nos acompañe. Pero ella no nos ha dicho nada de castigos. ¡Paciencia!... Si nos pegan, sufriremos por el amor de Nuestro Señor y por los pecadores».

«Al día siguiente —cuenta Lucia— fui con mi madre a casa del señor prior. Por el camino no me dijo ni una palabra. Durante la misa, ofrecí mis penas al Señor... Mientras subíamos la escalera de la casa rectoral, mi madre me dijo:

—¡No me irrites más! Tú le dirás al señor cura que has mentado, a fin de que él pueda, el próximo domingo, desengañar a todo el mundo. De esta manera todo se acabará. ¿Qué te parece? ¿Está bien hacer correr a la pobre gente a la Cova da Iria para rezar delante de un árbol? ⁴⁸.

Sin más, ella llamó a la puerta... Contrariamente a todo lo que yo hubiese podido suponer, según las palabras de mi madre y de mis hermanas, el señor cura nos recibió con toda afabilidad y me interrogó pausadamente sobre todos los sucesos. Luego concluyó, con una gran tranquilidad: “A mí

no me parece que todo esto venga del cielo. ¿Es posible que Nuestra Señora haya descendido para pedirnos que recemos el rosario todos los días cuando ya es costumbre casi general en esta parroquia?... Cuando Nuestro Señor se comunica a las almas les recomienda habitualmente que lo expliquen todo a su confesor o a su párroco. Esta niña, por el contrario, se encierra en su mutismo. Esto pudiera ser un engaño del demonio. El tiempo nos dará a conocer la verdad”».

Los dos pequeños, por su parte, tampoco dijeron gran cosa al señor cura Ferreira. Francisco contestó con simplicidad y franqueza sobre todo lo que Lucia le permitía decir. En cuanto a Jacinta, se limitó a inclinar la cabeza cuando el sacerdote la interrogaba. A lo sumo pudo arrancarle, con mucha dificultad, dos o tres palabras.

Cuando, después de haber salido, le preguntó Lucía la razón de su silencio, contestó:

—Tú sabes muy bien que te prometí no decir jamás nada a nadie.

Lucia estaba, en el fondo, muy satisfecha de esta entrevista, tan temida, y que no había acabado mal para ella. El señor cura, no solo no la había castigado, sino que ni siquiera la regañó. Y, sobre todo, no le prohibió que volviese a la Cova da Iria, a las citas de la Visión. Solamente rogó a María Rosa que volviese a verle, con la niña, después de los sucesos del 13 de julio.

Pero muy pronto una de las palabras pronunciadas por el señor cura preocupó profundamente su alma. Había dicho que todo aquello podía ser una astucia del demonio.

«¡Cuánto me hizo sufrir esta reflexión! —declara—. Solo Nuestro Señor, que lee en los corazones, podría decirlo».

Se decía muy a menudo: «¿Será Satanás, que, por medio de este engaño, me quiere perder?...». Ella siempre había oído decir que el maligno espíritu solo conduce al desorden y a la guerra. Desde que esta «Señora» se había manifestado no se conocían ni la paz ni la tranquilidad en su casa.

Llegó al extremo de no contar nada de esto a sus primos y a esconderse cuando ellos la llamaban.

Sin embargo, un día les comunicó sus temores.

—¡No puede ser el demonio! —contestó Jacinta—. No, no puede ser él. El demonio es demasiado feo y habita bajo tierra, en el infierno. La Señora, ¡es tan hermosa! ¡Y hemos visto cómo subía al cielo!

Este razonamiento, tan lógico, disipó sus dudas. Sin embargo, ella confiesa que, hasta después de la siguiente aparición, su fervor y su confianza habían disminuido. Observando que sus padres se manifestaban cada día más disgustados con ella, llegó a preguntarse si no sería preferible decir que había mentado, a fin de que todo se diese por terminado. Jacinta y Francisco siguieron dándole ánimos.

—¡No hagas tal cosa! ¿No comprendes que si lo hicieses dirías una mentira? Y decir mentiras es pecado.

Sus dudas no se disiparon por completo, y Lucia confiesa que, durante algún tiempo, fue menos fervorosa en la oración y en sus sacrificios por los pecadores.

VI. LA 3.a APARICIÓN. LA ADMONICIÓN DE LA VIRGEN (13 julio)

Abatimiento de Lucia

El número de los creyentes aumentaba de día en día. En los caseríos vecinos, muchas personas afirmaban la realidad de las apariciones y rezaban con fervor a la misteriosa Señora, cuya identidad adivinaban.

Por esta época (junio-julio), la señora Carreira, convertida en una entusiasta devota, quiso marcar el lugar de las apariciones con un monumento rústico: ayudada por su marido y por sus hijos, levantó una especie de arco o pórtico, al estilo de los que acostumbran levantar los campesinos portugueses en sus júbilos. Dos troncos de árbol, groseramente encuadrados, fijados al suelo que sostenían un tercero horizontal. Este estaba coronado por una cruz, y en él había suspendidas dos lámparas que ardían noche y día.

La señora Carreira adornó la pequeña encina con unas cintas de seda, y desde entonces la costumbre ha continuado colocando cintas semejantes sobre el pedestal de piedra que ha reemplazado al arbusto.

Estos mismos devotos campesinos protegieron el sagrado recinto levantando alrededor del tronco de la carrasca una pared de mampostería de unos ochenta centímetros de altura. Este pequeño recinto tenía en su parte este una entrada cerrada por una portilla de madera. Tal fue el primer «santuario» de Fátima.

El 13 de julio se acercaba, y Lucía se encontraba tan desanimada que estuvo a punto de renunciar a acudir a la cita de la Señora. Dejemos que nos lo explique ella misma:

«Yo dudaba de acudir a la Cova da Iria. Pensaba para mí: Si se trata del demonio, ¿por qué he de ir a verle?... Si me preguntan por qué no voy, contestaré que temo que se nos aparezca el demonio Jacinta y Francisco que hagan lo que quieran; en cuanto a mí, no volveré a la Cova da Iria.

La determinación estaba tomada, y yo resuelta a mantenerla.

Por la noche del día 12 empezó a llegar una gran muchedumbre que venía para presenciar los sucesos del día siguiente. Entonces llamé a mis primos y les comuniqué mi determinación. Me contestaron:

—Nosotros iremos. La Señora nos mandó que fuésemos.

Jacinta se ofreció para hablar en mi lugar con la Señora, pero le contrariaba que yo no fuese con ella. Se echó a llorar. Le pregunté el motivo.

—Porque no quieres venir con nosotros.

—¡No; no iré! Si la Señora te pregunta por mí, dile que no he acudido porque temo que se trate de un engaño del demonio.

Y les dejé para ir a esconderme y no tener que contestar a las personas que me buscaban para interrogarme. Todos se creían que estaba con los demás niños del lugar que por allí jugaban, y entonces me oculté detrás de un seto, en la propiedad de un vecino, contigua a nuestro huerto, un poco al este del pozo.

Cuando regresé a casa, por la noche, mi madre me riñó:

—Mirad la niña: ¡es una santita de madera apolillada!⁴⁹. Todo el tiempo que tiene libre, después de haber guardado las ovejas, se lo pasa divirtiéndose de manera que nadie la puede encontrar.

Al día siguiente, a medida que se acercaba la hora en que era preciso partir para acudir a la cita de la Señora, yo me sentía impelida por una extraña fuerza a la cual me era difícil resistir.

Me puse, pues, en camino y pasé por casa de mi tío para ver si estaba aún Jacinta. La encontré con su hermano Francisco, arrodillada junto a la cama y anegada en llanto.

—¿Es que no vais? ¡Ya es hora!

—Sin ti no nos atrevemos. Anda, ven...

—Bueno, iré con vosotros.

Entonces, con el rostro resplandeciente de alegría, partieron conmigo».

Más tarde, Francisco dirá a su prima:

—Puedes creerme, aquella noche no dormí, no hice más que rezar y llorar para que Nuestra Señora te hiciese venir.

Manuel Pedro y su mujer acompañaron a sus pequeños. Es muy probable que ya desde entonces estuviesen ambos convencidos, no solo de la sinceridad de sus hijos, sino también de la realidad de las apariciones. Por lo menos, ahora, Ti Manel (este es el nombre popular del señor Marto) se alaba de haber sido el primer vecino del caserío que creyó en las apariciones y que rezó a Nuestra Señora de Fátima. Cuenta que aquel mismo día dijo a su hermana, siempre incrédula: «Si la gente dice que son invenciones de los niños o de los curas, nadie sabe mejor que nosotros dos que esto no es verdad... ¿El señor cura...? ¡Vamos!... Sabes muy bien que él supone que se trata de invenciones del diablo...».

Nuevo diálogo

La muchedumbre es tan enorme que a los niños les cuesta trabajo abrirse paso para llegar a la carrasca. La concurrencia de aquel día —la primera de las grandes aglomeraciones de Fátima— se estima *en cuatro o cinco mil personas*, por lo menos.

María Rosa y su cuñada seguían de lejos a sus hijos. Ocultas en una espesura distante, observaban lo que sucedía.

Al punto del mediodía, como las anteriores veces y de igual manera, después de un relámpago deslumbrador y dentro de una aureola de intensa luz, la Aparición se presenta a los niños.

A instancias de Lucia, todos los circunstantes se arrodillan y cierran los paraguas que les servían de sombrillas. Avergonzada, seguramente, de sus dudas y de su incredulidad, la vidente mira a la Visión sin atreverse a hablar. Jacinta interviene:

—Vamos, Lucia, habla. ¿No ves que Ella está aquí y que desea hablar contigo?

Y Lucia se decide:

—¿Qué queréis de mí, Señora? —pregunta en un tono de gran humildad.

La Visión le repite, con la misma amabilidad de siempre, lo que le ha manifestado las veces precedentes. Luego les recomienda que no dejen de volver el día 13 del mes siguiente, *e insiste, por tercera vez, sobre el rezo diario del rosario en honor de la Santísima Virgen.*

—Rezadlo con la intención de obtener la terminación de la guerra. Solamente la intercesión de la Santísima Virgen puede alcanzar esta gracia.

Lucia le expone el deseo de conocer el nombre de la celestial Visitante, y le pide que manifieste, con algún milagro, una prueba de la realidad de su presencia.

Esta súplica demuestra perfectamente el estado de ánimo de los pequeños videntes, y más aún el de la muchedumbre y el de la opinión pública, en general. Un milagro disiparía las contradicciones, y los niños se verían libres de angustias. ¡Pobres inocentes! La tormenta estaba en sus comienzos y apenas habían entrevisto la cruz que les aguardaba.

También en Lourdes Bernadette pidió a la Virgen que hiciese florecer el rosal silvestre que tenía a sus plantas, y Ella se contentó solamente con sonreír.

En la Cova da Iria, María es más condescendiente, pues, si no hace en seguida el milagro pedido, lo promete.

—Volved aquí todos los meses. En octubre yo os diré quién soy y lo que deseo...

Después de haber repetido la promesa hecha en su primera aparición, añadió:

—Y HARÉ UN GRAN MILAGRO PARA QUE TODO EL MUNDO OS PUEDA CREER.

Lucia volvió a hablar:

—Señora, tengo aún muchas cosas que pedir. ¿No queríais curar a tal pobre tullido?... ¿Convertir a tal familia de Fátima?... ¿Conducir lo más pronto posible al cielo a tal enfermo de Atouguia?...

La Visión respondió que Ella no curaría al tullido, pero que podría valerse y ganarse la vida, y que había de rezar todos los días el rosario con su familia ⁵⁰. No tenía que perder la paciencia el enfermo. Ella sabía mejor que él el momento conveniente para venir a buscarle. En cuanto a los demás, obtendrán las gracias deseadas dentro del corriente año, pero era necesario que rezasen el rosario.

En cierto momento, se oyó que Lucia decía en voz alta:

«Sí, Ella quiere que se rece el rosario... ¡Que se rece el rosario!».

Luego, «para reanimar mi enfriado fervor» —confiesa humildemente Lucia—, la Señora le volvió a repetir:

—*Sacrificaos por los pecadores y decir a menudo, pero especialmente al practicar algún sacrificio: ¡OH, JESÚS, ES POR TU AMOR, POR LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES Y EN REPARACIÓN DE LAS OFENSAS HECHAS AL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA!*

Durante esta aparición, los concurrentes más próximos oyeron cómo los niños lanzaban suspiros de pena y observaron en sus rostros la expresión de una profunda tristeza ⁵¹.

Finalmente, la niña preguntó:

—¿Queréis algo más de mí?

—*No, no quiero nada más.*

Y la Visión se alejó de igual manera que en las anteriores ocasiones. Los concurrentes oyeron como una especie de trueno y el pórtico de la señora Carreira sufrió una sacudida, como si el suelo hubiese temblado. Lucia, que estaba arrodillada, se levantó, diciendo:

—¡Se va!...

Y después:

—¡Ya no se la ve!...

Desde su escondite, las dos madres, oyendo el rumor de la muchedumbre, estuvieron temblando de miedo durante todo el tiempo de la aparición. Cuando se atrevieron a salir, vieron cómo se precipitaba la multitud sobre los niños para abrumarlos a preguntas, y vieron a Manuel Pedro tomando en sus brazos a la pequeña Jacinta para arrebatlarla a la efusión importuna de la muchedumbre.

Sin embargo, Lucia procura satisfacer a los curiosos:

—¿Por qué estás tan triste?

—Es un secreto,

—¿Bueno o malo?

—Es para bien de nosotros tres.

—¿Y para el pueblo?

—Para algunos es bueno; para otros, malo.

Nadie entre los millares de espectadores había visto ni oído a la celeste aparición. Todos pudieron observar, por primera vez, una nubecilla blanca, agradable a la vista, que rodeaba el grupo de los niños y cubría el lugar de las apariciones. Todo el mundo pudo igualmente comprobar un notable descenso de la temperatura y de la luz solar. Estos dos fenómenos cesaron al mismo instante en que se alejaba la Visión y en que se hubo oído el trueno final.

«Gracias al cielo —concluye Lucia, al relatar esta aparición—, esta nueva visita de María dispó todas las tinieblas de mi alma y volví a encontrar la paz».

La grave admonición de María

Con motivo del jubileo del vigésimo quinto aniversario de las apariciones, la autoridad eclesiástica, creyó llegado el momento de

manifestar, para bien de las almas, la mayor parte de los puntos que la Santísima Virgen, en aquellos días, había indicado se mantuviesen secretos.

Copiamos textualmente lo que Lucia escribió en su tercer cuaderno, «solo por obediencia y con el permiso del cielo».

«El secreto consiste en tres cosas distintas —pero estrechamente relacionadas—; voy a manifestar dos de ellas, la tercera ha de continuar oculta en el misterio.

(La primera fue la visión del infierno; la segunda, el anuncio de la guerra mundial.)

Cuando Ella pronunciaba las últimas palabras (citadas más arriba: Sacrificaos, etc.), Nuestra Señora separó de nuevo las manos como en leus veces precedentes. El haz de luz proyectado pareció penetrar en la tierra y nos vimos como dentro de un gran mar de fuego. Dentro de este mar estaban sumergidos, negros y ardientes, los demonios y almas en forma humana, semejantes a brasas transparentes. Sostenidas en el aire por las llamas, caían por todas partes igual que las chispan en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre grandes gritos y aullidos de dolor y de desesperación, que hacían temblar de espanto.

Fue seguramente ante esta visión cuando yo lancé la exclamación de horror que se asegura fue oída.

Los demonios se distinguían de las almas humanas por sus formas horribles y repugnantes de animales espantosos y raros, pero transparentes, igual que carbones encendidos.

Esta visión duró solo un instante y tuvimos que agradecer anticipadamente a nuestra cariñosa Madre del cielo que nos hubiese adelantado la noticia de que nos conduciría al Paraíso. De otra suerte, creo que hubiésemos muerto de terror y de miedo.

Entonces, como para pedir socorro, levantamos los ojos hacia la Santísima Virgen, que nos dijo con ternura y tristeza:

—Habéis visto el infierno, donde van a terminar las almas de los pobres pecadores. Para salvaros, el Salvador quiere instituir en el mundo la devoción de mi Corazón Inmaculado. Si se hace lo que yo os diré ⁵², muchas almas se salvarán y se tendrá la paz. La guerra va hacia el fin (la

de 1914-1918); pero si no se cesa de ofender al Señor, bajo el reinado de Pío XI ⁵³ comenzará otra peor.

Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que está próximo el castigo de los crímenes del mundo por la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y contra el Santo Padre.

Para impedir eso vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora, de los primeros sábados.

Si se escuchan mis peticiones, Rusia se convertirá y se tendrá la paz. SI NO, ELLA PROPAGARÁ SUS ERRORES POR EL MUNDO, PROVOCANDO GUERRAS Y PERSECUCIONES CONTRA LA IGLESIA; MUCHOS BUENOS SERÁN MARTIRIZADOS, EL SANTO PADRE TENDRÁ MUCHO QUE SUFRIR; ALGUNAS NACIONES SERÁN ANIQUILADAS.

(Aquí, la tercera parte del secreto, que sigue aún reservada.)

Pero, finalmente, mi Corazón Inmaculado triunfará (de qué manera, en su tiempo se verá con toda claridad. Sin embargo, deja entender que), Rusia será consagrada y (en consecuencia) se convertirá, y un tiempo de paz será dado al mundo» ⁵⁴.

La Aparición terminó diciendo:

«No digáis esto a nadie; a Francisco podéis decírselo».

Después de unos momentos, añadió:

«Cuando recéis el rosario, al final de cada decena, decid: ¡OH, JESÚS MÍO! PERDÓNANOS, LÍBRANOS DEL FUEGO DEL INFIERNO; LLEVA AL CIELO A TODAS LAS ALMAS Y SOCORRE PRINCIPALMENTE A LAS MÁS NECESITADAS» ⁵⁵.

¿Cuál es la tercera cosa, aún desconocida del «secreto»?

Desde hace unos años se deja entrever que esta parte de la admonición de María fue escrita por Lucía y encerrada en un sobre sellado, confiado a su eminencia el obispo de Leiria. Habrá de ser abierto en 1960 por este mismo prelado o por el eminentísimo señor cardenal Patriarca de Lisboa.

Remitimos a una nota especial nuestras observaciones sobre esta admonición de la Santísima Virgen a sus hijos de la tierra. Advertimos, sin

embargo, que el punto esencial para la divina Providencia y para nosotros no es el anuncio del porvenir. El propósito de Nuestra Señora no es la satisfacción de nuestra curiosidad, sino la salvación eterna de las almas.

En el fondo, el «secreto» afirma que el pecado es el mayor mal del hombre, puesto que le conduce al infierno, y, sobre la tierra, desencadena guerras y revoluciones. Afirma, además, que las calamidades temporales son muchas veces manifestaciones de la justicia divina provocada por las humanas iniquidades. Nos invita, en consecuencia, a contrición y al propósito de enmienda, sin lo cual las calamidades de la tierra no son más que el preludio de los castigos eternos. En fin, este «secreto» recuerda la eficaz intervención de la Santísima Virgen para obtener la divina misericordia, para nosotros, para la Iglesia y para todas las almas.

VII. INTERVENCIÓN DE LA SECTA. LA CUARTA APARICIÓN (19 agosto)

Esperando el 13 de agosto

Lucia, ante la hermosura de la Aparición, había vuelto a encontrar la paz de su alma. Ahora estaba segura de que se produciría «una señal de Dios» en favor de las visiones y que el milagro disiparía todas las contradicciones.

Y es, precisamente entonces, cuando empiezan sus mayores tribulaciones exteriores. La promesa del gran milagro, repetida por todos los ecos del país, excitaba la curiosidad del pueblo portugués y multiplicaba el número de los creyentes, convencidos o admirados. Sin embargo, en Aljustrel y en Fátima seguían las prevenciones. Por algo dijo Nuestro Señor: «Nadie es profeta en su tierra».

En casa de Lucia, su madre cedía muy lentamente. Vencida casi por la evidencia, afectaba ante su hija la más absoluta incredulidad y simulaba afligirse al ver Cada día más gente «engañada» por su hija ⁵⁶.

Todos los días eran más las personas que acudían a rezar ante la carrasca, a la que, con sus manos ávidas de reliquias, despojaban poco a

poco de hojas y ramas. Cada día y a cada hora eran más lo que llegaban a Aljustrel para interrogar a los niños, impidiéndoles así atender a sus ovejas.

Los campos de la Cova da Iria eran pisoteados y ello daba lugar a quejas de los propietarios vecinos y a altercados continuos. Así caían toda clase de disgustos sobre la madre de familia. ¡Incluso alguien se atrevió, ante ella, a proferir amenazas de muerte contra su hija! Ella se quejaba a los niños:

—Esa pobre gente llega confiada, engañada, por vuestras invenciones. Verdaderamente, no sé qué hacer para desengañarlas.

Fiel y leal feligresa, estaba muy impresionada por la reserva casi hostil del señor cura de Fátima, y esto era, sin duda, lo que le dictaba su actitud ante su hija.

La prensa católica, a la sazón bastante escasa en Portugal, mantenía una gran reserva. La prensa antirreligiosa, que se titulaba «liberal», había publicado algunas crónicas en que los hechos aparecían groseramente deformados y atribuidos a toda suerte de influencias o intenciones, menos a una intervención sobrenatural. El diario de gran circulación *O Seculo* publicó uno de tales artículos tendenciosos el mismo día de la tercera aparición ⁵⁷.

El éxito de esta última aumentó la rabia de los sectarios, los todopoderosos de entonces. En las logias se pusieron a buscar el medio de: «matar en germen» esta explosión de *misticismo*. Era preciso encontrar en la Administración varios hombres o uno solo capaz de sostener los intereses del librepensamiento.

Fátima dependía del Concejo o Municipio de Vila Nova de Ourem.

Los vecinos de esa comarca eran, y son, aún, profundamente católicos. Pero la administración, a consecuencia de la revolución de 1910, estaba en manos de un hombre descarado, profundamente sectario, que, prácticamente, era el dueño y el terror del Concejo. Se le conocía por el *Latoeiro* («Hojalatero»), a causa de su oficio; pero su nombre era el de Arturo de Oliveira Santos.

Consecuente en su odio a la religión, desde muy joven se había inscrito en la logia de Gomes Freire, de Leiria; luego había de fundar una en Vila Nova, de la cual llegó a ser presidente. Su mujer hizo bautizar secretamente

a sus hijos, a quienes les había impuesto los nombres de Democracia, República, etc. A los veintiséis años, siendo presidente del partido democrático, fue nombrado administrador del Concejo. En 1917 tenía treinta años.

Desde el momento en que se enteró de las apariciones de la Cova da Iria se mantuvo alerta para vigilar de cerca los acontecimientos. En seguida decidió acabar con esta manifestación «reaccionaria» y se dedicó a ello con tanto celo como astucia hipócrita.

¡Decepción!...

No obstante, los artículos de la prensa masónica no obtuvieron otro resultado que el de dar a conocer a Fátima de un extremo a otro de Portugal, de manera que, en gran parte, gracias a ellos, el 13 de agosto siguiente una inmensa multitud acudió a la Cova da Iria ⁵⁸.

«De todas partes —se lee en una carta escrita por un testigo ocular— llegaban innumerables multitudes; vehículos de todas clases y de todos tamaños se sucedían sin cesar. Los coches y los carros estacionados en la meseta, la interminable hilera de automóviles en la carretera y la aglomeración de bicicletas formaban un espectáculo de los más curiosos». Aquí y allá se distinguían grupos de asnos, caballos y mulos. Cada cual había llegado a aquel desierto según sus medios de fortuna.

Hacia el mediodía, todos aquellos lugares estaban ocupados por miles de personas. Los periódicos hablaron de veinte mil; generalmente, se estima que la multitud congregada el día 13 de agosto era de *dieciocho mil*.

Toda esa gente son en gran parte peregrinos creyentes y devotos más que curiosos. Apiñados alrededor de la carrasca bendita, pedestal de la aparición, ya despojada hasta de sus ramas, ocupaban la larga espera rezando el rosario y entonando cánticos.

Mediodía... Los videntes no se presentan. Decepción general. Se espera un rato con cierta inquietud. Pronto empieza a correr la voz de que los niños no acudirán porque han sido raptados por el administrador de Vila Nova de Ourem. Algunos añaden: con la complicidad del señor cura y del señor regidor (alcalde).

¡General manifestación de cólera en la multitud! Se habla de ir todos juntos a la ciudad a pedir cuentas al desvergonzado «administrador».

Felizmente para él, otro objeto viene a llamar la atención general. Los miles de personas allí reunidas oyen cómo un formidable trueno que sacude el suelo, y observan un relámpago que rasga la atmósfera. Al momento todo sucede exteriormente como si los niños y la Visión estuviesen allí. Después del relámpago, que señalaba de ordinario la llegada de la Virgen, cerca de la carrasca casi despojada se forma una nubecilla, muy agradable a la vista; persiste unos diez minutos, luego se eleva por los aires y se disipa. De esta manera todo el mundo quedó satisfecho, tal como si la Señora se hubiese aparecido realmente.

Algunos, que por cierto estaban un tanto apartados de la carrasca, creyeron, y así se dijo: «La Virgen se ha manifestado». En realidad, nadie la vio; pero no es extraño que entre la muchedumbre, habiendo observado iguales fenómenos que en las precedentes apariciones, algunos supusiesen por un momento que había tenido realmente lugar la Visión. De todas maneras, por medio de estos prodigios, la Virgen María dio testimonio de que no había faltado a la cita.

En cambio, faltaron los niños; pero no por su culpa, sino porque había sonado para ellos la hora de la prueba. Siempre sucede así: a las grandes gracias que Dios concede, siguen las grandes cruces; esta es, precisamente, la huella de toda obra del cielo.

Sin embargo, la multitud, decepcionada, pero reconocida a la Señora que ha manifestado su poder, luego de haberse preguntado qué ha sucedido, se dispersa, con la idea de que la Visión no volverá antes del día 13 del mes siguiente.

Inocentes criminales

He aquí lo que les sucedió a nuestros pastorcillos.

Unos días antes, los padres, Antonio y Manuel Pedro, fueron citados, junto con sus hijos, para que se presentasen en Vila Nova el sábado 11 de agosto.

Suponiendo el señor administrador que en las reuniones de Cova da Iria se escondía una maniobra reaccionaria, pensó aplicar la ley que prohibía las manifestaciones religiosas fuera de los edificios destinados al culto, y empezó por dirigirse a los «fautores» de estas aglomeraciones piadosas.

Antonio acudió a la villa con Lucia; pero Ti Manel no llevó consigo a sus hijos, demasiado pequeños para comparecer ante una Comisión o tribunal cualquiera. Fue severamente amonestado.

Mucho se asustó a los dos pequeños con 18 que aguardaba a Lucia. Cuando esta, al marchar, se despidió de ellos, Jacinta le dijo:

—Nosotros iremos detrás de vuestro pozo, y rezaremos mucho por ti. Cuando vuelvas, ven a vernos.

—¿Y si me matan?

—Si te matan, les dirás que yo, y también Francisco, somos igual que tú, y que también queremos morir.

En la Subprefectura, Antonio dejó que su hija se las «arreglase» por sí sola, protestando ante la autoridad de que él no daba ni fe ni importancia a estas «historias de mujeres». Su cuñado, más entero, contestó a los sarcasmos del funcionario y de su camarilla, y defendió la sinceridad de los pequeños videntes. «Había allí —explica— unos “escribidores” que anotaban mis respuestas y se burlaban de mí».

No logrando resultado alguno ante la firmeza de Lucia, el subprefecto abandonó la partida, no sin antes asegurar que él lograría sus propósitos, «aunque —añadió— fuese necesario matar a la pequeña recalcitrante».

De regreso, Lucia encontró a sus primos rezando junto al pozo, y llorando, pues una de sus hermanas íes había dicho que la niña había sido condenada a muerte y ejecutada.

Tal fue, rápidamente resumido, el drama-comedia del 11 de agosto. Después de un entreacto de veinticuatro horas, vuelve a levantarse el telón. Se trata de impedir a toda costa la manifestación del día 13; es preciso encontrar el sistema de alejar a los niños del lugar de las pretendidas apariciones, sin exponerse a la cólera de la multitud, pues todo hacía suponer una enorme afluencia.

En efecto, el lunes por la mañana, el señor Oliveira Santos llega hacia las diez a Aljustrel, en su calesa, en la que además conduce al señor cura deán de Porto de Mos. Se presenta en casa de los Marto, en la cual encuentra a Olimpia con una de sus hijas. Esta corre al campo a buscar a su padre, como también a Lucia y a los dos pequeños. El señor Santos propone acompañar a los niños hasta la Cova:

—Yo también quiero ver el milagro... Ver y creer, como Santo Tomás.

Habiendo sido rechazado su ofrecimiento, dice él a los pequeños:

—Presentaos en casa del señor cura, pues ante él quiero haceros algunas preguntas sobre esto que vosotros veis.

Lucia y sus primos se presentaron allí, acompañados por los dos padres. Ante el cura —que está acompañado por el deán de Porto de Mos y por el arcipreste de Torres Novas— y en presencia del subprefecto, Lucia protesta de su sinceridad:

—Yo no miento; digo solamente lo que esa Señora me ha dicho. Si va mucha gente allí, no es que nosotros les hayamos invitado.

—¿Es cierto que esa Señora te ha confiado un secreto?

—Sí; pero no lo puedo manifestar. Si vuestra reverencia desea saberlo, iré en seguida a pedir permiso a la Señora, y, si Ella me lo concede, os lo diré.

Con la excusa de que el tiempo es muy justo el «Hojalatero», con el permiso de los padres, hace subir los niños a su calesa. ¿No es este el mejor sistema para pasar por entre la muchedumbre y llegar a tiempo a la cita de la Señora?

El carruaje parte en buena dirección; pero, tan pronto como llega al camino vecinal, toma la derecha, en dirección a Vila Nova. El raptor tranquiliza con mentiras a los niños.

Fiel cumplidor de la ley, particularmente cuando va contra la religión, el señor Oliveira Santos cree que le será mucho más fácil detener a los tres videntes que a los millar es de delincuentes que están rezando oraciones y entonando cánticos fuera de un edificio destinado al culto. Y quizá llegue a penetrar el misterio de las pretendidas apariciones haciendo «cantar» a los niños lejos de la multitud y de su ambiente.

Su esposa dio de almorzar a los cautivos; luego, él intentó, por toda clase de medios, arrancarles la revelación del famoso secreto y obtener de ellos la promesa de no volver jamás a la Cova da Iria. Ante la persistente negativa de los niños, les considera detenidos y les encierra en una habitación de la casa. La señora del subprefecto los atiende maternalmente.

Pero, al día siguiente, una señora de edad (que nadie ha podido identificar) se presentó en el cuarto de los niños con la intención de arrancarles el secreto. Luego se les conduce a las oficinas del Concejo, donde se les presiona de todos los modos. Llevados otra vez al domicilio del señor Santos, se les somete a nuevas preguntas, con asechanzas, promesas de premios, amenazas, etc.

Todo fue inútil. Unos guardias vienen a prenderlos y los llevan a la cárcel.

—Estaréis aquí hasta que hayáis revelado el secreto. Y si tardáis mucho tiempo, se os freirá en aceite.

Al cabo de unas horas de permanecer en el calabozo, en el cual edifican a todos los allí detenidos y les convencen para que recen con ellos el rosario cotidiano pedido por la Señora, son de nuevo conducidos a las oficinas del Concejo.

Fue probablemente entonces cuando, a ruegos del subprefecto, el doctor don Antonio Rodrigues de Oliveira, médico de Leiria, examinó clínicamente a los tres videntes, pues el señor Oliveira Santos esperaba poder declararlos víctimas de alucinaciones, histéricos o enfermos de cualquier otra enfermedad «psiquiátrica».

El periódico *O Mundo* y otros importantes órganos tomaron pie de esta revisión médica para presentar a los niños como juguete de algún hábil Cagliostro (18 de agosto), o como «pobres alucinados» (19 de agosto). A pesar de ello —como hace notar el historiador portugués señor Costa Brochado—, hasta hoy nadie ha visto publicada ni una sola palabra de las conclusiones sacadas de su examen por el doctor Rodrigues de Oliveira.

Con manifestaciones de incontenible ira, el administrador dio orden, delante de los niños, de que se pusiese al fuego una gran caldera de aceite; luego les dejó solos en la estancia bien cerrada.

Cuando vuelve, lo hace acompañado de un guardián, el cual coge con violencia a Jacinta por un brazo:

—Si no hablas, serás la primera en ser frita.

La niña resiste y es conducida a la fuerza a una habitación contigua, de la que regresa el verdugo diciendo:

—¡Ya está una...! ¡Ahora, tú, Francisco!

El niño llora, pero no se muestra menos valiente. Sacado violentamente, es también conducido a la pretendida sala de torturas. Entonces le tocaba la vez a la mayor, para quien se reprodujo idéntica escena.

«Yo estaba convencida —declara Lucia— de que este hombre hablaba en serio y que todo había terminado para nosotros. Pero ya no tenía miedo y me había encomendado a la Santísima Virgen».

En la sala de torturas encontró a sus primos sanos y salvos, aunque no libres de terror. Sin embargo, a modo de consuelo, un policía les aseguró que no tardarían en ser fritos los tres juntos ⁵⁹.

Llevados de nuevo al domicilio del subprefecto, pasaron allí la noche, bajo el cuidado de la señora Santos. Al día siguiente, que era el 15 de agosto, sufrieron un nuevo interrogatorio, que resultó tan ineficaz como los anteriores. Entonces el señor administrador decidió llevar los niños a la casa rectoral de Fátima. Cuando llegaron no había nadie en la casa, pues era la hora de la misa mayor.

Terminada esta, tuvo lugar un pequeño drama entre el pueblo, su subprefecto, el tío Manuel y el señor cura. El buen sentido y la autoridad de Ti Manel —por lo menos tal como él lo refiere— devolvieron la calma a los ánimos. Pero los feligreses de Fátima siempre recelaron de que el padre Ferreira estaba en connivencia con el «Hojalatero» y que le había entregado los niños. La cólera popular era tan grande contra él, que el señor cura juzgó necesario enviar a varios periódicos una carta abierta para salvar su responsabilidad.

En esta aventura, la gran contrariedad de los pastorcillos fue haber faltado a su promesa de acudir a la cita de la Señora el 13 de cada mes. Pero Ella les consoló.

La aparición en los Valiños

El domingo 19 de agosto, cuatro días después de su regreso de Vila Nova ⁶⁰, los tres videntes habían ido, después de la misa mayor, a rezar un rosario, con algunos amigos, a la Cova da Iría.

Por la tarde, Lucia, con Francisco y su hermano Juan, que reemplazaba a Jacinta, condujeron sus rebaños al lugar conocido por Os Valinhos (Los Vallecitos), entre Aljustrel y las alturas del Cabeço. Serían aproximadamente las cuatro cuando observaron que la atmósfera tomaba el mismo aspecto que en la Cova durante las apariciones.

Sorprendidos, admiraban el fenómeno, y he aquí que Lucia ve el relámpago de siempre, aquella explosión de luz que anunciaba la llegada de la Señora. Lucia dice a Juan que vaya a buscar a su hermana; pero la curiosidad retiene al niño, por cuyo motivo Lucia logra hacerse obedecer ofreciéndole dos *vintems*, uno pagado en el acto y el otro una vez cumplido el recado.

Tan luego llega la niña; estalla j otro «relámpago» y los tres privilegiados pastorcillos ven a la hermosa Señora, en su aureola de luz, sobre una carrasca un poco más alta que la de la Cova ⁶¹.

A la habitual pregunta de Lucia:

—¿Qué desea de mí Vuestra Merced?

Ella responde con su acostumbrada bondad:

—*Quiero deciros que sigáis yendo a la Cova da Iría todos los días 13 hasta octubre, y que sigáis rezando el rosario cada día.*

Lucia expresa de nuevo su deseo de un milagro para la multitud.

—*Sí* —responde la Visión—; *el último mes haré un milagro para que todos crean. Si no se os hubiese llevado a la villa, el milagro habría sido más grandioso. Veréis a San José con el Niño Jesús dispuestos a dar la paz al mundo, [veréis asimismo] a Nuestro Señor bendiciendo al pueblo, y también a Nuestra Señora bajo la figura de Nuestra Señora de los Dolores.*

Lucia estaba preocupada por los escrúpulos que atormentaban el alma de la señora Carreira, tan buena para ella, con motivo del dinero recogido junto a la carrasca. Por ello preguntó:

—¿Qué queréis que se haga con el dinero y las demás ofrendas que deja el pueblo en la Cova da Iria?

—*Que se hagan dos andas: una la llevarás tú con Jacinta y otras dos niñas vestidas de blanco; la otra la llevará Francisco con otros tres niños, vestidos también con túnicas blancas. Esto haréis para solemnizar la fiesta de Nuestra Señora del Rosario* ⁶².

Lucia pide, además, la curación de algunos enfermos que le habían sido recomendados. La Aparición contesta que Ella curará algunos durante el corriente año.

Sin embargo, todas estas cosas parecen secundarias para la Virgen. No ha venido para esto. Con una solicitud maternal, pero con muestras de tristeza, *exhorta a sus pequeños confidentes a la práctica de la oración y de la mortificación*. Y termina diciendo:

—*Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay nadie que se sacrifique ni ruegue por ellas*.

La Señora se despidió de los niños hasta el 13 de septiembre. La visión había durado el tiempo habitual.

Igual que en las precedentes veces, la contemplación de la Señora había sido reservada solamente a los tres privilegiados confidentes. Juan había asistido a la misma. Por la noche su madre le preguntó qué había visto.

«He visto a Lucia, Francisco y Jacinta que se arrodillaban junto al árbol. Luego he oído todo lo que decía Lucia. Cuando ella ha dicho: “¡Se va! ¡Mira, Jacinta!” he oído como un trueno parecido al estallido de un cohete, pero no he visto nada. Pero aún me duelen los ojos de tanto mirar al aire». De todos modos, Juan pudo notar la modificación de la luz del sol. Y otras personas de la comarca afirman haber observado lo mismo.

Otra interesante circunstancia. Los niños, que se lamentaban de que los visitantes mutilasen la carrasca de la Cova da Iria, en Os Valinhos, no sintieron escrúpulo alguno en cortar una rama de dos ramitos sobre la cual parecía se habían apoyado los pies de la Aparición. Jacinta y Francisco se la llevaron a casa. Al pasar ante la casa de Santos, saludan a la tía, que con otras personas está a la puerta.

—Tía —exclama Jacinta—, hemos vuelto a ver a la Santísima Virgen.

—No hacéis más que ver a la Santísima Virgen, mentirosuelos.

—¡Qué sí! ¡La hemos visto! Mira, tía; tenía un pie sobre este ramito y el otro en este otro.

—¡Dejaos de bromas!... A ver, dejad que lo vea.

Y María Rosa tomó la rama en sus manos. Tanto

ella como las demás personas allí presentes sienten un delicioso perfume de un olor desconocido que procede de las hojas verdeoscuro y que, por unos instantes, embalsama todo el caserío.

Este fenómeno impresionó tanto a la madre de Lucia que, desde entonces, empezó a tomar en serio la hipótesis de que su hija podría decir la verdad. Ya estaba un poco intrigada por la explicación de los extraordinarios fenómenos comprobados por un sinfín de testigos en la Cova da Iria, seis días antes.

El propio Antonio, desde entonces, empezó a defender a Lucia cuando su madre o sus hermanas se encolerizaban demasiado contra ella.

—¡Dejadla tranquila! No sabemos si cuanto dice es cierto; pero tampoco podemos probar que sea falso.

De esta forma, Lucia podía vivir menos atormentada en su casa. Pero las dificultades exteriores iban en aumento, especialmente las visitas y los interrogatorios, no solo de personas autorizadas, sino también de curiosos e incluso de malintencionados que llegaban continuamente.

Un día, tres individuos de la policía montada interrogaron durante largo tiempo a los tres niños. Se retiraron advirtiéndoles:

—Pensadlo bien y decidíos a revelar ese famoso secreto, porque, si no, el señor administrador está decidido a haceros matar.

—¡Oh! —exclama Jacinta radiante—. ¡Quiero tanto a Jesús y a la Santísima Virgen!... Si así fuese, iríamos antes con ellos.

Ante la insistencia del rumor, que se propagaba sin cesar, de que se procuraba la muerte de los pequeños videntes, una tía suya, casada en Casais, en un Concejo vecino, propuso a los niños llevárselos a su casa, donde no llegaba la autoridad del «Hojalatero». Los niños, que antes se

habían puesto de acuerdo entre sí, rehusaron abandonar su lugar natal, diciendo:

—Si nos matan, mejor. Iremos antes al Paraíso.

VIII. LA VISITA DE SEPTIEMBRE

Nuevos prodigios de la atmósfera

El pueblo portugués se interesaba cada día más por las visiones de la Cova da Iria.

Las maniobras del administrador del Concejo de Ourem no dieron otro resultado que demostrar a la vista de todo el mundo la sinceridad de los videntes. Contra su actitud se produjeron protestas de indignación que provocaron un aumento considerable en la fe y en la devoción hacia Aquella a la que ya se llamaba Nuestra Señora de Fátima. Y el pueblo, entusiasmado por los fenómenos atmosféricos del 13 de agosto, esperaba con más impaciencia, si cabe, el día 13 de septiembre.

Desde la mañana de este día los caminos que conducen a Fátima estaban completamente obstruidos por vehículos y peatones. No se veían más que auténticos peregrinos: su actitud de oración, su ardiente piedad arrancaban lágrimas a los más indiferentes.

A las diez, la multitud invadía el valle, desde entonces, sagrado. Los hombres permanecían descubiertos. Se rezaba y se recitaba el rosario con gran devoción.

—Hacia mediodía, cuando los niños llegaron a la Cova, se podían contar de *veinticinco a treinta mil personas*. Y téngase en cuenta que se estaba en plena época de la vendimia.

Lucía, en sus recuerdos, relata la llegada de los niños aquel día a la Cova da Iria de la siguiente manera:

«Todos los caminos estaban atestados de gente y todos querían hablarnos. No había respetos humanos. Muchas personas, incluso de la alta sociedad, pasando por entre la multitud que se apretaba a nuestro alrededor, se arrodillaban y nos pedían que presentásemos sus súplicas a la Santísima

Virgen. Otros, no logrando acercarse a nosotros, nos llamaban desde lejos, encaramados en las paredes o en lo alto de los árboles, sobre los cuales se habían colocado para podernos ver mejor: “¡Por el amor de Dios, pedid a la Santísima Virgen que cure a mi hijo lisiado!... ¡Que cure a mi hijo ciego!... ¡Qué haga regresar del frente a mi marido!... ¡A mi hijo!... ¡Que convierta a un pecador que me es muy querido!..., etc.”. Se nos recomendaban de este modo todas las miserias de la pobre Humanidad.

Y nosotros contestando que sí a unos y ofreciendo la mano a Otros para que se levantasen, íbamos avanzando, siempre ayudados por unos hombres que nos abrían camino entre la multitud».

Una vez hubo llegado a su lugar, Lucia pidió a los circunstantes que rezasen el rosario. Los que no estaban arrodillados lo hicieron en seguida, y, entonces, fue una inmensa súplica, acompañada de lágrimas, la que subió hacia la Reina del Cielo.

A mediodía en punto, el radiante sol de este día comenzó a perder su esplendor y la atmósfera, igual que en las precedentes apariciones, tomó un tono amarillo de oro.

Un testigo declara: «Lo que se sintió en aquel breve cuarto de hora no se puede olvidar, aunque es muy difícil de expresar. La vista de la gran multitud, su espera ansiosa e inquieta, el fervor con que invoca a la Reina del Cielo, la augusta solemnidad del momento, todo constituía un espectáculo admirable y emocionante».

Interrumpiendo súbitamente su rosario, Lucia exclama radiante:

—¡Ahí está!... ¡Ya la veo!...

Casi al mismo tiempo, de esta inmensa muchedumbre se elevaron gritos de júbilo. Millares de brazos se levantaron al cielo. María da una prueba sensible de su presencia.

«¡Mirad! ¡Allí!... ¡Allí!... ¿No veis nada?... ¡Oh, qué hermoso!...».

En el cielo azul no hay ni una nube. Así, pues, cada cual descubre la causa de este entusiasmo ⁶³.

Se trata de un globo luminoso que, ante los ojos de miles de testigos, se desplaza de este a oeste, deslizándose con lentitud y majestad a través del espacio y desprendiendo una luz deslumbradora, pero muy agradable a la vista.

Al cabo del tiempo ordinario que duraba la visión, fue observado el mismo globo luminoso subiendo desde el fondo de la Cova hacia el cielo, en la dirección en que había venido.

De este prodigio, del que volveremos a hablar, fue testigo particularmente maravillado un sacerdote que había de llegar a ser vicario general de Leiria, quien había acudido allí de incógnito. Habiéndose situado con un amigo suyo apartados de la gran muchedumbre, observó este «aeroplano de luz», y dio testimonio de tal suceso en un sucinto relato al cual luego nos referiremos.

La impresión de estos dos sacerdotes —prevenidos antes contra las apariciones— es que este globo de luz servía como de «vehículo» a la Madre de Dios para traerla del cielo a la Cova da Iria y devolverla luego al Paraíso.

Otros fenómenos insólitos impresionaron grandemente los ojos de los presentes en el transcurso de esta visión. En la extremidad del valle se vio una nubecilla blanca que rodeaba la carrasca y envolvía incluso a los videntes. Del cielo llovían como flores blancas o copos de nieve que no llegaban al suelo, sino que se desvanecían a cierta altura ⁶⁴.

Quinto coloquio con la Señora

Durante aquel tiempo, Lucia y sus primos no vieron más a la Señora. Era la quinta audiencia que la celestial Visitante concedía a los pastorcillos de Aljustrel.

La Virgen les recomendó que continuasen rezando el rosario para obtener la terminación de la guerra. Insistió en que no dejaran de volver el 13 de octubre: verían al Niño Jesús y también a Nuestra Señora de los Dolores y a Nuestra Señora del Carmen.

Lucia pidió a la Visión que curase a varios enfermos que le habían sido recomendados por los circunstantes.

—¿Curaréis a esta pequeña sordomuda?

—*Antes de un año se encontrará mejor.*

Lucia le expone otras súplicas de curaciones.

Responde la Señora:

—*Curaré a algunos, pero no a todos, porque el Señor no se fía de ellos.*

Lo cual significaba, sin duda, que sus disposiciones eran bastante imperfectas, o que la cruz de la prueba era más saludable que la curación.

Dirigiéndose de nuevo a la Virgen, Lucia le dijo:

—El pueblo quería una capilla en este lugar.

—*Que emplee la mitad del dinero recogido hasta ahora para hacer las andas con sus imágenes... La otra mitad servirá para la construcción de la capilla.*

—Muchas personas dicen que yo soy una mentirosa, que merezco ser colgada o quemada. Haced un milagro para que todos crean —pidió Lucia por tercera vez.

—*Sí, en octubre haré un milagro para que todos crean.*

Fue también en esta aparición cuando Nuestra Señora aconsejó a los videntes que por la noche no llevasen el pequeño cilicio que se habían confeccionado con una gruesa cuerda.

Los concurrentes se daban cuenta de que la vidente conversaba con un ser invisible, pero no oían la voz misteriosa. Finalmente, Lucia gritó a la multitud:

—Si queréis verla, mirad hacia allí.

Y no vieron más que el globo de luz remontando en el cielo.

Entonces la hermosa nubecilla blanca se disipó, los copos misteriosos dejaron de caer y el sol recobró su esplendor y su color de siempre. Los niños volvieron a su casa en Compañía de sus padres, que les habían seguido desde lejos, con gran temor, y que tuvieron no poco trabajo en apartarlos de la curiosidad de la gente. Poco a poco se dispersó la multitud y todos comentaban lo que habían visto.

Interrogatorios

La conformidad de los sucesos con las predicciones de los niños y los prodigios que acompañaban a las visiones aumentaban el crédito de Lucia y de sus compañeros; pero todo esto excitaba más aún la curiosidad del público y multiplicaba el celo de los devotos y curiosos —y también de los críticos malintencionados— que acudían a Aljustrel para interrogar a los videntes.

Ya a últimos de agosto, Olimpia se vio precisada a retirar a sus dos pequeños de la vigilancia del rebaño, al objeto de que siempre estuviesen a disposición de los visitantes. Su hermano Juan les reemplazó.

A mediados de septiembre, y por igual motivo, María Rosa vendió casi todas sus ovejas.

No era solo la curiosidad, la devoción indiscreta o las prevenciones más o menos fundadas lo que impelía a tanta diversidad de personas hacia Aljustrel. Personas de gran seriedad y competencia acudían allí para estudiar los hechos con la mayor serenidad.

Entre estos últimos había un sabio sacerdote, profesor del seminario de Santarem, el reverendo doctor Manuel Nunes Formigão Junior, que más tarde había de ser el historiador de Fátima, bajo el seudónimo de vizconde de Montelo.

Por su bondad y su amabilidad, desde su primera visita se atrajo la confianza de los videntes y la de sus familias, de manera que siempre fue bien recibido en Aljustrel y obtuvo sin dificultad respuestas claras y completas a todas las preguntas que formulaba.

El informe de sus interrogatorios, que redactó en seguida, es siempre muy interesante, aun cuando los niños repitan a menudo las mismas cosas, pues sus respuestas muestran, con la precisión de una fotografía, sus almas Cándidas e ingenuas. Y aun ahora es él el encargado, en el boletín mensual del santuario, de la crónica de las solemnidades de los «trece» de cada mes

65.

IX. LA ULTIMA APARICIÓN. EL PRODIGIO SOLAR (13 octubre 1917)

Emoción y expectación populares

Cuenta Lucia en sus cuadernos que en aquella época algunas personas caritativas solicitaron autorización para tener en sus domicilios a la niña y sustraerla así a los importunos. Entre la quinta aparición y la sexta, Lucia y Jacinta pasaron algunos días en el pueblo de Reixida, en casa de la señora María del Carmen Menezes, hermana del señor Marques da Cruz, académico, autor de una obra poética sobre las apariciones. Los curiosos siguieron persiguiéndoles hasta allí.

Ante tal afluencia y el fanatismo que demostraban algunos visitantes, la generosa señora advertía a las niñas:

—Hijas mías, si no se produce el milagro que anunciáis, esta gente será capaz de quemaros vivas.

Las niñas, siempre simpáticas y amables, contestaban:

—No tenemos miedo, porque la Señora no nos engaña. Nos ha dicho que habrá un gran milagro y que todo el mundo se verá obligado a creer.

Los relatos de los miles de peregrinos del 13 de septiembre y las noticias de los periódicos habían dado una enorme publicidad a la promesa de un gran milagro para el 13 de octubre. De no haberse producido, hubiese sido motivo, en efecto, de una gran decepción y, probablemente, entre muchos, de una manifiesta hostilidad.

En Aljustrel, la excitación era grande. Había rumores amenazadores. Los niños se exponían a graves crueldades si el anunciado prodigio no se realizaba. Incluso se murmuraba de que la autoridad civil tenía la intención de hacer estallar una bomba junto a los videntes en la hora de la aparición. Cada cual daba su opinión: tantas personas, tantos pareceres.

Este ambiente de inquietud no dejó de influir en los padres, cuyos sentimientos de esperanza, nacidos a consecuencia de las dos precedentes apariciones, se hallaban cada vez más sumidos en el temor y en la duda.

De distintas partes se aconsejaba a los esposos Marto que no acompañasen a sus hijos aquel día, sino que los dejaran ir solos a la Cova da Iria.

—No se meterán con ellos; son muy pequeños. Pero a vosotros os podría maltratar la muchedumbre.

La madre de Lucia estaba en un estado de gran angustia, compartida entre el deseo de creer lo que decía su hija y el temor, cada vez más intenso, de que Lucia fuese víctima de alguna alucinación diabólica ⁶⁶.

Próximo ya el día fatídico, alguien le sugirió que —fuese a esconderse lejos con su hija, para evitar el peligro de una venganza popular.

La víspera, por la mañana, María Rosa se levantó temprano y llamó a su hija.

—Querida, creo que sería conveniente que fuésemos a confesar. Se dice que mañana, si la Santísima Virgen no hace el milagro prometido, moriremos en la Cova da Iria; la muchedumbre nos matará. Vamos, pues, a confesar para estar dispuestas.

Pero Lucia estaba muy tranquila.

—Mamá, puedes ir si lo deseas; yo te acompañaré, pero no por temor a la muerte. Lo que prometió la Señora, mañana se cumplirá.

Aunque no quedó convencida del todo, la madre no volvió a hablar más de confesión.

Si alguien se obstinaba en hablar con los niños de la amenaza de las bombas, respondían con la mayor ingenuidad:

—¡Oh, qué felicidad si pudiésemos subir con la Virgen allá arriba, al Paraíso!

Durante todo este día los caminos que conducen a Fátima estaban obstruidos de vehículos de todas clases, sin contar los peatones, muchos de los cuales iban descalzos. En todos los grupos se reza el rosario y se entonan cánticos. A pesar del frío de la estación, todos están dispuestos a pasar la noche a la intemperie, para poder obtener al día siguiente un sitio mejor.

El día siguiente amaneció en la comarca frío, desagradable, lluvioso. ¡No importa!... La multitud aumentaba por momentos. Llega gente de los pueblos vecinos y de los pueblos más lejanos. Los periódicos de la capital han enviado a sus mejores redactores.

En toda la mañana no deja de caer a cántaros la lluvia. La Cova da Iria, bajo las pisadas de esta masa humana, se ha convertido en un inmenso barrizal. Peregrinos y curiosos están calados hasta los huesos. Se diría que la

Visión empieza a poner a prueba la fe de los peregrinos. Pero nadie piensa en marcharse.

Hacia las once y media hay allí *más de cincuenta mil personas*. Ciertos cálculos exceden de los *setenta mil*. El señor Da Almeida Garret, profesor de la Universidad de Coímbra, estimaba aquella multitud en *más de cien mil personas*.

Todos los ojos están fijos en el lugar de las apariciones.

Aquel día, Lucia siente una gran alegría. Su madre, y también su padre, están con ella. Esta vez, Antonio y María Rosa han querido acompañar a su hija.

—Si Lucia ha de morir, moriremos con ella —declaró valerosamente su madre.

La multitud es tan densa y está tan afanada en querer ver a los niños, que estos habrían sido materialmente aplastados sin el auxilio de unos cuantos hombres que formaron como una guardia de corps para ellos. Antonio no soltó ni por un momento la mano de su hija.

Presa de miedo en los torbellinos de la multitud que les aprieta, separada de su padre, Jacinta llora. Lucia la consuela, asegurándole que nadie le hará daño.

A medida que se acercan todos se esfuerzan en abrirles paso respetuosamente.

Por fin pueden llegar los videntes y van a colocarse ante la pequeña carrasca, de la cual solo queda su tronco pelado. Este día sus madres les han puesto los vestidos de fiesta. Las niñas visten un traje azul y una mantilla blanca.

Una buena mujer de Pombalinho, la señora baronesa de Almeirim, ha trenzado en sus velos, en honor a la Señora que ha de venir, unas finas guirnaldas de flores artificiales. Otras personas las han cargado; de flores... Sigue lloviendo.

Jacinta, apretada por todas partes, llora y suplica que no la empujen; los dos mayores la colocan entre ellos para protegerla.

Se reza el rosario; entre decena y decena se entonan cánticos y el eco de las colinas repite y aumenta aún más la intensa voz suplicante que desde

la Cova da Iria sube hasta el cielo

El mensaje de «la Señora»

Lucia pide que se cierren los paraguas. La orden se transmite a través de la muchedumbre, que, estoicamente, obedece.

Al punto de mediodía ⁶⁷, Lucia se estremece y grita:

—¡Un relámpago!

Y mirando hacia el cielo:

—¡Ya está aquí!... ¡Ya está aquí!...

—Mira bien, hija mía. Ten cuidado de no engañarte —le dice su madre, que se pregunta, no sin inquietud, cómo acabará este asunto.

Pero Lucia no la oye... Está en éxtasis. «El rostro de la niña — declaraba en la información, el 13 de noviembre siguiente, un testigo ocular — era cada vez más hermoso y tomaba un tinte sonrosado; los labios se le adelgazaron».

Francisco y Jacinta vieron también a la Señora en el sitio de costumbre.

Mientras ellos la contemplaban, la muchedumbre vio por tres veces formarse alrededor del grupo, para elevarse luego en el aire hasta unos cinco o seis metros de altura, una nubecilla blanca parecida al humo del incienso que se disipa en el aire.

Manos piadosas han adornado con flores y cintas de seda el arbusto mutilado. La celeste visitante posa justamente sus pies sobre estos adornos. Lucia no olvida que la Señora prometió que diría su nombre y el objeto de sus visitas en su última aparición. Por ello pregunta confiadamente:

—¿Quién sois, Señora, y qué deseáis de mí?

La visión contesta:

—*Soy la Virgen («a Senhora») del Rosario. Deseo que en este lugar se levante una capilla en mi honor.*

Por sexta vez, recomienda *que se continúe rezando el rosario* todos los días, y añade *que la guerra va a terminar y que los soldados no tardarán en regresar a sus casas.*

Entonces Lucia, que había recibido de muchísimas personas un sinfín de súplicas para transmitir a Nuestra Señora, le dijo:

—¡Tendría que pedirnos tantas cosas!...

Y Ella:

—*Concederé unas; otras, no.*

Y volviendo al punto central de su Mensaje:

—ES PRECISO QUE LOS HOMBRES SE ENMIENDEN, QUE PIDAN PERDÓN DE SUS PECADOS.

Y tomando un aire de mayor tristeza, con voz suplicante prosiguió:

—*Que no ofendan más a Nuestro Señor, que es ya demasiado ofendido.*

Estas palabras hirieron profundamente el alma de los videntes, que guardaron un perturbable recuerdo de la expresión de dolorosa tristeza que se había manifestado en el rostro de la Señora cuando las pronunciaba.

Estas fueron sus últimas palabras, que encierran lo esencial del Mensaje de Fátima.

Al despedirse de los niños (estos estaban persuadidos de que esta era la última aparición), con su gesto ya conocido, separó las manos, que se reflejaron en el sol, como si Ella quisiese que las miradas de los niños se volvieran hacia la dirección del astro del día, que súbitamente se había hecho visible ⁶⁸.

El milagro del sol

En el preciso momento en que la Señora hacía este gesto, Lucia gritó a la muchedumbre: «¡Mirad el sol!» ⁶⁹.

Entonces la multitud contempló un espectáculo estupendo, único, jamás visto... Uno de esos prodigios celestes que parecen anunciados por la palabra del Redentor en la profecía sobre los últimos tiempos: «Las virtudes de los cielos temblarán» y las leyes astronómicas serán trastornadas.

De pronto cesó la lluvia y las nubes, negras desde la mañana, se disiparon. El sol apareció en el cénit como un disco de plata que podían

mirar los ajos sin deslumbrarse. Alrededor del disco mate se distingue una brillante corona.

De pronto, se pone a temblar, a sacudirse con bruscos movimientos, y, finalmente, da vueltas sobre sí como una rueda de fuego, proyectando en todas, direcciones unos haces de luz cuyo color cambia muchas veces. El firmamento, la tierra, los árboles, las rocas, el grupo de videntes y la inmensa multitud aparecen sucesivamente como teñidos de amarillo, verde, rojo, azul, morado... ¡Y esto durante dos o tres minutos!

El astro del día se detiene unos instantes. Luego vuelve a emprender su danza de luz de una manera aún más resplandeciente.

Se detiene de nuevo para volver a comenzar una tercera vez, más variado, más colorido, más brillante aún, este fuego de artificio tan fantástico como ningún artista hubiese podido imaginar.

¿Cómo describir las impresiones de la multitud?...

Extática, inmóvil, conteniendo la respiración, esta muchedumbre de setenta mil videntes contempla...

En un mismo instante, todos cuantos forman esta multitud, todos, sin excepción, tienen la sensación de que *el sol se desprende del firmamento y, a pequeños saltos, a derecha y a izquierda, parece precipitarse sobre ellos, irradiando un color cada vez más intenso.*

Un clamor formidable surge a la vez de todos los pechos, o más bien diversas exclamaciones, que indican las varias disposiciones de las almas:

«¡Milagro! ¡Milagro!», gritan unos... «¡Creo en Dios!», proclaman otros... «¡Dios te salve, María!», exclaman estos... «¡Dios mío, misericordia!», imploran los demás... Y en seguida este último grito es el que predomina.

Toda esta ingente multitud está ahora arrodillada en el barro y reza el acto de contrición.

Entonces el sol, deteniéndose súbitamente en su vertiginosa caída, *remonta otra vez, zigzagueando, tal como había bajado, y poco a poco vuelve a tomar su normal esplendor* en medio de un cielo límpido. La muchedumbre, después de haberse levantado; reza en coro el credo ⁷⁰.

¿Quién podrá describirnos la emoción de esta multitud? Un anciano, hasta entonces incrédulo, agita los brazos al aire gritando:

«¡Virgen santa!... ¡Virgen bendita!...».

Y con el rostro bañado en lágrimas, altos los brazos al cielo, como un profeta, transportado visiblemente todo su ser, grita con todas sus fuerzas:

«¡Virgen del Rosario, salva a Portugal!».

Y en todas partes, en la explanada, se desarrollan escenas análogas.

La rotación del sol, con los intervalos, *duró diez minutos*. Fue observada, lo repetimos, por todos los presentes sin excepción: creyentes, incrédulos, campesinos, ciudadanos, hombres de ciencia, periodistas e incluso librepensadores. Todos, sin preparación alguna, sin otra sugestión que la indicación de una niña que les invitaba a mirar el sol, vieron los mismos fenómenos, con las mismas fases, en el día y a la hora anunciados con algunos meses de antelación, como los de un gran prodigio.

Tiempo después, la información canónica sobre el milagro permitió comprobar que los movimientos del sol habían sido observados por personas que se hallaban a cinco y a más kilómetros de la Cova da Iria y, por tanto, ignoraban lo que allí sucedía y no podían estar influidas en manera alguna por la sugestión, ni podían ser víctimas de una alucinación colectiva ⁷¹.

La información puso además de relieve un hecho muy curioso y que fue confirmado por cuantos fueron preguntados sobre el particular. Cuando la multitud se rehízo de su estupor y tuvo la suficiente consciencia para darse cuenta de lo que pasaba en la tierra, cada cual advirtió, *con nueva estupefacción*, que sus vestidos, completamente calados por la lluvia unos minutos antes y además manchados de barro, estaban completamente secos. *Se dio el caso de la curación de una persona tuberculosa que había aguantado todo el chaparrón*.

Notemos, en fin, que en las anteriores apariciones los fenómenos atmosféricos observados por los circunstantes se producían durante la conversación de la Señora con los niños. En esta ocasión, no comenzaron hasta que Ella abandonó el lugar ordinario de las visiones. Era, pues, el adiós de María, no solo a los niños, sino también a la Cova da Iria y a toda la multitud que la llenaba.

Estas son las reflexiones que cambiaba el pueblo entre sí y que se resumen en esta frase, mil veces repetida:

«¡Hemos visto la *señal de Dios!*».

Son aún millares los supervivientes que dan testimonio de este prodigio, y si alguien les pregunta: «¿No se tratará de una sugestión colectiva?», responden: «¡Qué ha de ser! La única cosa colectiva que había era la lluvia que nos calaba hasta los huesos».

Evidentemente, si el Cielo quiso acumular aquel día todos estos prodigios, fue para mejor convencer a los testigos y a la Iglesia católica entera de la realidad de las apariciones a los niños y de la veracidad de su testimonio, y también para evitar a los padres de los videntes y a los sectarios toda posibilidad de discutirla.

Estos milagros inauditos tenían además por objeto, seguramente, demostrarnos la excepcional importancia que la Madre de Misericordia concedía al Mensaje que Ella traía a la tierra por conducto de los tres pastorcillos de Fátima.

Es necesario añadir que la visión, tenida por Su Santidad Pío XII, de la misma «señal de *Dios*», repetida cuatro veces, los días 30 y 31 de octubre y los días 1.º y 8 de noviembre de 1950 (*L'Osservatore Romano* de los días 13 de octubre y 17 de noviembre de 1951), confirma a la vez el Mensaje de Fátima y la Confianza que ha puesto el Padre Santo en Aquella que él invoca como Reina de Portugal y del mundo.

La visión multiforme

La Señora había anunciado, si lo recordamos bien, que en su última visita aparecería con San José y el Niño Jesús. No se pudo saber si la promesa había sido cumplida hasta que se preguntó a los tres pequeños videntes, una vez hubo terminado la formidable emoción ocasionada por las manifestaciones extraordinarias que acabamos de reseñar.

He aquí cómo hablaba Lucia de las particularidades de esta aparición, la cual se manifestó, no sobre la carrasca, sino en el cielo, junto al sol, durante la duración del prodigio solar:

«He visto a San José y al Niño Jesús al lado de Nuestra Señora. En seguida he visto cómo Nuestro Señor bendecía a la multitud. Luego Nuestra Señora se ha manifestado como Nuestra Señora de los Siete Dolores, pero sin la espada en el pecho. Finalmente la he visto vestida de otra forma; no sé cómo decirlo, me parece que era Nuestra Señora del Carmen. Iba vestida de blanco, con un manto azul, y en sus manos tenía el escapulario». Esta visión de Lucia ha sido interpretada por diversos autores, particularmente por S. E. el cardenal Cerejeira, como un recuerdo simbólico de las tres clases de misterios del rosario.

Igual que Lucia, sus primos vieron también durante unos minutos la Sagrada Familia, pero no las restantes visiones.

«El Niño estaba en brazos de San José. Era muy pequeño, aproximadamente de un año. Ambos iban vestidos de encarnado».

Ninguna palabra acompañó a esta visión multiforme.

Después del deslumbramiento

Mientras tanto, Lucia, Francisco y Jacinta procuraban escapar de la curiosidad de estos millares de testigos. Mas en vano.

Todos quieren verles y todos pretenden hablarles.

En esta barahúnda, el señor Antonio se vio obligado a soltar la mano de su hija, a la que no volvería a ver hasta la noche, a la hora de cenar. Para evitar que la aplastasen, un gigante la tomó en hombros y la condujo a la carretera; no viendo dónde ponía los pies, tropezó y tuvo que abandonar a la niña, que pasó a otros hombros. Este «gigante» era el doctor don Carlos Mendes, presidente de los Servitas de Nuestra Señora y diputado en la Asamblea Nacional.

Diríase que esta enorme masa de gente, como jamás había visto la montaña, no sabía cómo abandonar los lugares en los cuales había experimentado tan intensa emoción. Aquí y acullá se veían grupos humanos alrededor de oradores improvisados. Pero en todas partes querían retener unos momentos a los videntes, especialmente a Lucia.

Se la llama a derecha e izquierda; allá, en el bosque; aquí, en el prado; más lejos, en aquella encrucijada... e incluso en la plaza de la iglesia, en

Fátima. Se la busca en la Cova, en Aljustrel, en su casa, en el huerto...

Y quien consigue encontrarla y retenerla, no logra más que hacerle repetir lo que ha dicho ya tantas veces a otras personas. Explica hasta la saciedad los mismos relatos, vuelve a empezar sin descanso idénticas explicaciones.

Algunos de sus oyentes, al escuchar la descripción de la Visión, lloran enternecidos:

—¡Qué gran maravilla! ¡Alabado sea Dios!

Hay otros, empero, que, sin motivo, manifiestan aún sus dudas.

Con todo, cada cual debe marcharse y regresar a su domicilio y a sus ocupaciones. Aquella misma noche, los setenta mil «videntes» de la señal prometida por la Virgen llevan la noticia a sus respectivas ciudades, a los pueblos de donde habían venido— El gran rumor, igual que un reguero de pólvora, se propaga por todo Portugal, despertando en todas partes la más viva curiosidad y, muchas veces, una explosión de piedad y de fe.

Al día siguiente, los periódicos lo confirman en sus artículos, en los que el escepticismo del cronista no puede disimular una profunda emoción.

Durante días, en las tiendas, en los salones, en los mercados, en las plazas públicas, en todos los lugares donde se reúnen dos personas, el único motivo de la conversación son los sucesos de Fátima.

El instinto religioso del pueblo portugués, tan lleno de amor por la Santísima Virgen, no espera, para pronunciarse, el resultado de las informaciones oficiales ni de la decisión de las autoridades eclesiásticas. Para él, Francisco, Lucia y Jacinta han recibido la visita de María, la cual, de conformidad con su promesa, ha probado la realidad de su presencia por medio del gran prodigio que todos han visto.

Y la piedad secular de Portugal por María se hace con ello más extraordinariamente profunda, amplia e intensa. Todos los corazones sienten, por decirlo así, la presencia de la Reina del Cielo sobre el suelo y el aire de Portugal: tocan con el dedo lo sobrenatural. ¿Qué digo? Están como aplastados bajo el inmenso peso de esta luz ideal de Arriba.

Y a no tardar todo el esplendor de la gracia de Fátima, como antes el de Lourdes, se propagará a las demás naciones y al mundo entero.

Multitudes humanas abrirán los ojos al más allá y al infinito; innumerables corazones despertarán al verdadero Amor, a la Esperanza cristiana, a la Fe total, porque la Reina del Cielo ha respondido a la plegaria de tres pastorcillos que rezaban el rosario de rodillas, a la sombra de las carrascas.

X. LAS SEÑALES EN LA ATMOSFERA

«Señales en el cielo»

Para quienes han intentado profundizar en este «misterio» de Fátima, de tan amplios horizontes, en este acontecimiento de tan múltiples y tan fecundas repercusiones, los prodigios atmosféricos, e incluso la «danza» del sol, constituyen un accidente secundario, un adorno accesorio. Tendríamos por demasiado presuntuosos a quienes rechazasen todo el conjunté del misterio —principalmente el elemento más importante, el del Mensaje, tan coherente, tan de acuerdo con las necesidades de las almas y de los pueblos, tan plenamente confirmado por los acontecimientos— bajo el pretexto de que Nuestra Señora jugó con los rayos del sol sin haber consultado a los señores críticos sobre la manera más conveniente de hacerlo, o, si se quiere, en el peor de los casos, con el pretexto de que esta «señal de Dios» fue un puro fenómeno de alucinación colectiva. Que el resplandor del sol, girando sobre sí mismo de una manera real o aparente, no nos deslumbrase basta el extremo de impedirnos captar la luz mucho más radiante, según creemos, de todo el conjunto de estas maravillas espirituales salidas de las manos de Nuestra Señora de Fátima, y, sobre todo, la de su Mensaje de salvación, por el cual única y exclusivamente puede el mundo obtener la paz. Aun prescindiendo del prodigio solar, el conjunto de las maravillas de Fátima forma un todo armonioso y coherente, una realidad celestial y divina. Sin la maravilla de su rosetón, una hermosa catedral no deja de ser catedral.

Dicho esto, queremos hacer notar que nunca se hizo de estas «señales» un estudio completo y crítico; lo cual sería ahora fácil, aun satisfaciendo a los más exigentes, pues podría llevarse a cabo una información entre los muchos supervivientes de 1917, cuyas declaraciones podrían confrontarse y comprobarse. Conviene, empero, darse perfecta cuenta de que los

portugueses no sienten necesidad de ello; cada uno cuenta lo que vio u oyó sin preocuparse de si concuerda o difiere de lo que los demás vieron u oyeron, y mucho menos de si está conforme con las exigencias de los incrédulos.

Al principio, estos fenómenos fueron para ciertos intelectuales, incluso católicos, una piedra de escándalo más que motivo de credulidad. Dios, decían, no tiene necesidad de tales manifestaciones espectaculares para darnos a conocer su voluntad; además, son contrarias al espíritu del Evangelio, pues Nuestro Señor nunca quiso dar a los fariseos la «señal del cielo» que le pedían. Tal fue el sentido general de los dos artículos del señor Pinto Coelho, publicados al día siguiente del prodigio solar en el periódico católico *A Ordem*.

Aun ahora, lejos de ver en estos hechos un argumento en favor de la realidad de las apariciones y de la autenticidad del Mensaje de Fátima, ciertos espíritus encuentran en ellos un motivo de duda, a causa de la extrañeza de estos fenómenos y porque su objetiva realidad —dicen— no se ha demostrado con el suficiente rigor científico. Podríamos publicar un sinfín de cartas recibidas exponiendo tales dificultades en las formas más diversas

Sería tal vez conveniente no echar en olvido que estos prodigios no estaban especialmente destinados a la conversión de los intelectuales, sino más bien a convencer a la gran masa de testigos, a los sencillos, a los preferidos de Nuestro Señor y de su Madre: *abscondisti haec a sapientibus et revelasti ea parvulis* Estas palabras del Evangelio no han perdido actualidad.

Por otra parte, lo que el Redentor negaba a los intelectuales de su tiempo no era el milagro como «signo» a prueba de su misión. Realizaba tantos por todas partes que eran suficientes para excitar la fe de la masa del pueblo, despreciado por los fariseos. Y esto lo destaca expresamente Jesucristo citando a Isaías en su respuesta a los discípulos de Juan: «Los ciegos ven, los sordos oyen... y los pobres son evangelizados».

Los santos Evangelios, particularmente el de San Juan, emplean en todas sus páginas el argumento del milagro. Y San Pedro, en su discurso a los judíos, en la primera Pentecostés, apoya su demostración en las profecías y también en los «milagros». «Jesús de Nazaret —dijo—, varón

autorizado por Dios a vuestros ojos con los *milagros, maravillas y prodigios* que Dios hizo por él entre vosotros...» (Act 2, 22).

Si un día el Redentor negó a los fariseos una «señal en el cielo», fue para castigar su presuntuosa obstinación en despreciar el testimonio de los innumerables milagros que había realizado tanto para ellos *como* para los demás. En cambio, a las almas sinceras les concedió estas pruebas exteriores y sensacionales de su divinidad: la multiplicación de los panes, la tempestad calmada, los múltiples prodigios de la Transfiguración, resurrección de los muertos, su propia Resurrección, etc. Su último suspiro fue acompañado de fenómenos terroríficos. Él mismo predijo cosas parecidas para los últimos tiempos: «Habrà *señales en el sol*, la luna y las estrellas: *Et erunt signa in sole...*» (Lc 21, 25). ¿Cómo hay, pues, quien ha osado afirmar que las «señales» de Fátima son contrarias al espíritu del Mensaje evangélico?

Jesús negó una vez a los fariseos una «señal del cielo»; es cierto, pero en la lengua *esotérica* de su secta, estas palabras no significaban, propiamente hablando, un fenómeno extraordinario en la atmósfera; ellos pedían un milagro en el que se manifestase el poder del Mesías libertador; un milagro que librase al país de la dominación romana y le situase sobre las naciones del mundo. Bossuet lo entendió de esta manera, cuando afirma sobre el particular: «Deseaban una señal, que, trastornando la naturaleza toda, los colocase sobre sus enemigos» ⁷².

Los inteligentes de nuestro tiempo, que rechazan lo sobrenatural actual, ¡tan abundante!, con el pretexto de que los estudios hechos no responden a las exigencias de una crítica científica, ¿no podrían ser comparados a los antiguos fariseos? ¿Acaso han operado para ellos estos prodigios el Altísimo y su Madre? Las gentes sencillas y rectas que han visto las «señales» de Fátima, han reconocido en ellas la huella del dedo de Dios: esto es, precisamente, lo que se proponía la divina Providencia. Y a los testigos del prodigio solar, en particular, entre los que había, no lo olvidemos, no pocos intelectuales, le es absolutamente indiferente que la visión haya sido interior o exterior a sus órganos visuales: vieron el prodigio, y esto fue una «señal» suficiente. ¿No basta, por ventura, que una señal tenga una significación para aquel a quien va dirigida, y que este pueda captarla?

Hay que admitir que en Fátima María se manifestó muy generosa en cuanto a «las señales». Pero no se puede inferir otra cosa sino que la voluntad de esta divina Madre quiso llamar nuestra atención sobre el Mensaje, sin duda particularmente urgente, que Ella nos transmitió por la interpretación de los tres pastorcillos. El poder de los milagros contrasta, en efecto, con la insignificancia de los confidentes de María. Al recogerlos inocentes e indefensos, ¿no había Ella de dar autenticidad a los testimonios de aquellos con pruebas irrefutables?

En las cuatro primeras apariciones

El día 13 de mayo de 1917, los niños estaban solos en la Cova da Iria. Solo tenemos su testimonio para conocer los prodigios que precedieron o acompañaron la *primera aparición*. Ellos nos han hablado de un primer *relámpago*, mientras construían la pequeña cerca, en la cumbre de la colina; luego, de un segundo relámpago cuando corrían por la pendiente, y, finalmente, de una *aureola de luz* que les envolvió a ellos como también al árbol y a la propia Visión.

Entre los dos relámpagos, los niños anduvieron unos ochenta metros, y tuvieron que volverse hacia la derecha para percibir, a pocos metros de ellos, sobre la carrasca, la Visión.

Aquí el relámpago no tiene otro papel que el de advertir. Igualmente sucederá, según parece, en las siguientes apariciones.

En la *segunda aparición*, los circunstantes oyen gritar a Lucia: «¡He ahí el relámpago!... ¡La Señora llega!»». Es cuando los niños se acercan a la pequeña carrasca, de la cual estaban separados unos treinta metros. Las pocas decenas de testigos no se dieron cuenta de este relámpago. Sin embargo, María de la Capelinha y otros testigos contaron que ellos oyeron, entre las palabras de Lucia, como una especie de murmullo, de una voz muy suave, pero ininteligible. La comparan al zumbido de una abeja. Además, durante la visión, *las ramas del arbusto se inclinaron en círculo por todos lados*, como si el peso de la Señora hubiese descansado sobre ellas; después, al *momento* de su marcha, *se las vio inclinarse todas hacia el este*, como si el árbol hubiese querido inclinarse para saludar a la celestial Visitante, quedando así curvadas durante cierto tiempo. Finalmente, en el

momento de la marcha de la Visión, aseguran haber oído, procediendo de la carrasca, algo parecido al estampido de un cohete al ser disparado.

En la *tercera aparición*, los testigos indican, como visibles por todos, otros dos fenómenos. La *luminosidad del día* —era pleno mediodía— *seguida de una notable disminución de luz*, como ocurre con los eclipses, que duró todo el tiempo del éxtasis de los niños. Al propio tiempo, la temperatura, que era muy cálida, refrescó sensiblemente. Y además —cosa que sorprendió aún más a los espectadores— se formó alrededor del grupo de los videntes una *nube blanquecina*, muy agradable a la vista. El señor Marto, que se encontraba allí, se expresa de esta manera: «Vi una nubecilla cenicienta que se detenía sobre el arbusto. El sol se amortiguó y empezó a soplar un airecillo fresco que refrigeraba. Nadie hubiese dicho que estábamos en lo más fuerte del verano. La gente permanecía muda, sin salir de su asombro. Y entonces empecé a oír un murmullo, un zumbido, como un moscardón en un cántaro vacío. Pero, palabra..., ninguna».

La disminución de la luz y del calor solares *iba* acompañada de una *modificación de tono del color*: la atmósfera era amarillenta, «amarillo de oro», afirman los testigos. Este fenómeno de doble aspecto fue observado igualmente en las apariciones siguientes, excepto la del 13 de octubre, en que el astro del día permaneció oculto hasta el momento del gran prodigio.

El día 13 de agosto tenía que haberse producido la *cuarta aparición*, pero los niños; raptados por el subprefecto, faltaron a la cita. Su celestial Visitante quiso resarcir a la muchedumbre de cristianos allí reunidos, manifestándoles sus maternales preocupaciones con los prodigios habituales, los cuales, al producirse en el momento de la gran indignación de la turba contra el magistrado, tuvieron la virtud de calmar los ánimos.

El relámpago, esta vez, *fue visto por todo el pueblo presente, y acompañado por dos formidables truenos que todos oyeron*. En este instante, algunos, creyendo que se trataba de un atentado masónico, fueron presa de *pavor*. En algunos puntos la multitud pasó un momento de pánico. Al poco rato otro «relámpago» iluminó el valle.

En seguida, se formó alrededor del trono de la carrasca la *nubecilla* ya observada el precedente mes, «muy bonita, muy blanca, muy ligera», afirman los testigos, y que permaneció visible durante el tiempo ordinario de las visiones, tal como si la Señora hubiese estado allá, y luego se disipó

en el aire. Sin que el sol modificase su aspecto más que en las anteriores apariciones, los rostros, los vestidos, los árboles, el suelo, etcétera..., brillaban con todos los colores del arco iris. Por ejemplo: cada una de las hojas de un árbol, parecía una flor, las lámparas del pórtico parecían de oro, etc. La muchedumbre no se retiró hasta que cesaron estas señales. Todos afirmaban: «Efectivamente, ha venido Nuestra Señora. ¡Qué lástima no haya encontrado a los niños!». Y la cólera contra el subprefecto iba en aumento.

El día 19 de agosto, cuando tuvo lugar la aparición en Os Valinhos, son el tono amarillento de la atmósfera y el «relámpago» los que advierten a Lucia y a Francisco la próxima llegada de la Visión. Lucia ve en seguida un segundo relámpago. Juan, hermano de Francisco, nota igualmente la modificación de la luz solar; marcha para ir a buscar a su hermanita y, a su regreso, comprueba el mismo fenómeno hasta que se termina la escena, de la cual, aparte de los propios actores, es él el único testigo. En aquel momento oye un *gran ruido*, parecido al estallido de una bomba, o mejor al de un cohete (*foguete*).

Este mismo día, la Santísima Virgen recompensa la constancia de sus amiguitos, demostrada en la corcel de Ourem, con una delicada sorpresa. La rama sobre la cual parecía haber puesto sus plantas la Visión, es cortada por los niños y llevada a su casa. Al pasar por delante del domicilio de su tío Antonio, Jacinta se la ofrece a su tía María Rosa, que se hallaba a la puerta. Mientras la buena mujer tiene esta rama en sus manos, todos los presentes a la escena perciben un suave olor de una *esencia desconocida*, que embalsama la casa y todo el vecindario. Ti Manel, al regresar por la noche de dar una vuelta por sus campos, encuentra aromatizada su casa, pues Jacinta se ha llevado consigo la rama. Al cogerla su padre, el perfume desaparece.

Hasta aquí, los prodigios realizados con motivo de las apariciones habían impresionado solamente los sentidos de la vista y del oído; esta vez afectan también al olfato y ello de manera tan sensible y característica que los padres de Lucia quedan profundamente maravillados y empiezan a aceptar la hipótesis de la sinceridad de su hija.

En la quinta aparición

El día 13 de septiembre, la Señora volvió por quinta vez. Esta visita fue motivo de maravillas más sorprendentes aún, como si la Reina del Cielo, gozosa al ver que la muchedumbre acudía por el solo testimonio de los niños, quisiese alentar o recompensar su buena voluntad, tanto más generosamente cuanto más numerosa era la concurrencia.

Según los testigos favorecidos —había unas treinta mil personas, y parece que la proporción de los no videntes ascendió aproximadamente a un tercio del total— se amortiguó el resplandor del sol, el tono del día cambió de matiz y la temperatura descendió como las anteriores veces. Fue tal la disminución de la luz, que se podían ver las estrellas en el firmamento, según precisan ciertos informes.

El globo luminoso

Pero casi al comienzo de este fenómeno se produjo un nuevo prodigio. He aquí cómo lo explica un testigo particularmente autorizado, monseñor João Quaresma,— que murió siendo vicario general de Leiria. Había llegado de incógnito, vestido de *clergyman*, con dos amigos, los sacerdotes Manuel del Carmen Gois y Manuel Pereira da Silva, en idéntico traje. Los tres estaban situados apartados de la multitud, en lo alto de la colina, observando los acontecimientos. Luego manifestaron su pesar por no estar más cerca del árbol de las apariciones ⁷³.

«El pueblo —cuenta monseñor Quaresma— rezaba sin cesar... De pronto, oímos unos gritos de sorpresa y de júbilo. Miles de brazos se levantaban y señalaban hacia un determinado lugar del cielo.

—¡Mirad!... ¡Allí!... ¡Mirad, ya está ahí!... ¡Ya llega! Por allí, ¿la veis?

¡Ah!, ¡sí! ¡Ya la veo!... ¡Qué bonito! ¡Qué bonito!

En el cielo azul, no hay una nube. Miro en la dirección indicada. Mi amigo me dice con un punto de malicia:

—¡Hola! ¿También usted mira él aire?

Y he aquí que, con gran sorpresa mía, veo clara y distintamente *un globo de luz que avanza de este a oeste, deslizándose lenta y majestuosamente a través del espacio.*

Con la mano hago una señal a mi amigo que se burlaba de mí. A su vez, levanta los ojos y tiene la dicha de contemplar también esta aparición tan inesperada...

Pero, he aquí que, de repente, desaparece de mi vista el globo, con la luz extraordinaria que desprendía; el sacerdote que estaba a mi lado también dejó de verlo. Junto a nosotros se hallaba una niña, vestida como la pequeña Lucía y más o menos de la misma edad, la cual, llena de gozo, continuaba gritando:

—¡La veo! ¡La veo aún!... ¡Ahora desciende hacia la parte baja de la colina! (O sea, hacia la carrasca donde se manifiesta María.)».

Entonces se desarrollaron los hechos de la quinta aparición. Mientras los tres niños hablaban con el Ser invisible, el pueblo veía la *nubecilla blanca* que rodeaba la carrasca y el grupo de los videntes, mientras descendía del cielo una *lluvia de flores blancas*. Pero prosigamos con la explicación del señor vicario general:

«Pasados algunos minutos, exactamente el tiempo que solían durar las apariciones, la niñita comienza de nuevo a gritar, señalando lo que veía con su dedo:

—¡Hela, hela! ¡Sube otra vez!

Y la niña continúa viendo e indicando el globo de luz con la mano hasta que desaparece en dirección del sol.

—¿Qué piensa usted de ese globo? —pregunté entonces a mi amigo, que demostraba gran entusiasmo con motivo de cuanto estaba presenciando.

—Que es la Santísima Virgen —contestó sin titubear.

Esta era también mi convicción. Los pastorcillos, en una celestial visión, habían contemplado a la Madre de Dios; a nosotros solo nos fue dado poder ver el vehículo —si se puede decir— que la había transportado desde el cielo a la inhóspita sierra de Aire.

Por el entusiasmo que manifestaba el pueblo, supusimos que todos habían visto la misma cosa, pues de todas partes subían gritos de júbilo y vivas a la Santísima Virgen. Sin embargo, otros muchos, aseguraban no haber visto nada.

Nosotros nos sentíamos completamente felices. ¡Con qué entusiasmo iba luego mi compañero de grupo en grupo en la Cova da Iria y por el camino, informándose de cuanto habían visto los demás! Las personas interrogadas pertenecían a las más diversas clases sociales y todas afirmaban con la misma certeza la realidad de los fenómenos de los cuales acabábamos de ser testigos. Extraordinariamente contentos, nos fuimos con el propósito de volver el día 13 de octubre».

Sin embargo, hubo algunas excepciones. No todos los presentes percibieron el globo brillante de blancura. El señor canónigo Formigão nos dijo: «Hubo quienes observaron el fenómeno durante más tiempo que otros. En cuanto a mí he de decir que no lo vi, y lo siento». Una mujer, católica practicante y piadosa, que se hallaba junto a los dos sacerdotes más favorecidos que ella, se lamentaba diciendo: «Yo no he visto nada». ¿Por qué negó la Virgen en aquel día a algunos de sus devotos sus favores, cuando al siguiente mes los había de prodigar a todos los presentes y aun a los que estaban apartados? ¡Misterio de su misericordia! De todos modos, esta desigualdad en la visión excluye por completo la hipótesis de una alucinación colectiva, pues entre los que nada vieron los había precisamente que deseaban de todo corazón ver lo que los otros habían visto.

Algunos relatos concretan que el globo luminoso tenía una forma oval, con la parte más ancha dirigida hacia abajo. Todos cuantos lo vieron, unánimemente, tuvieron la impresión, como los dos citados eclesiásticos, que era una especie de aeroplano celestial que llevaba a la Madre de Dios al lugar de la cita prometida a los pastorcillos y luego la volvía al cielo. Era seguramente la aureola de luz en medio de la cual se manifestaba la Señora a los niños.

La nubecilla blanca

La visión de este «aeroplano» de luz precedió y siguió inmediatamente al tiempo de la aparición. Durante el éxtasis de los niños, la muchedumbre pudo contemplar otras dos «señales» de la celeste presencia: la nubecilla blanca y lo que se ha llamado «lluvia de flores».

Una *nubecilla agradable de ver* se formó alrededor del arco rústico que dominaba el tronco del árbol despojado. Levantándose del suelo, se

ensanchó y se elevó en el aire hasta alcanzar una altura de cinco o seis metros: luego se desvaneció como el humo que disipa el viento. Unos instantes después unas volutas análogas se formaron y se disiparon de igual manera. Y se repitió por tercera vez. Todo sucedió como si unos turiferarios invisibles hubiesen incensado litúrgicamente a la Visión. Las tres «incensadas» duraron en conjunto todo el tiempo de la aparición, o sea de diez a quince minutos.

En su *Carta pastoral de aprobación* del culto de Nuestra Señora de Fátima, el señor obispo de Leiria declara que este fenómeno es «humanamente inexplicable». Y añade: «¿No se dice en el *Cantar de los Cantares* que es hermosa la que sube del desierto como una columna de humo, como el humo de mirra e incienso?» (Cant 3, 6).

Esta «señal» se repetirá, absolutamente igual, el día 13 de octubre.

La «lluvia de flores»

Al propio tiempo, los peregrinos disfrutaron de otro espectáculo, absolutamente inaudito. Ante sus maravillados ojos vieron caer unos pétalos blancos, una especie *de copos de nieve redondos y brillantes, que descendían muy lentamente hacia el suelo dentro de un formidable chorro de luz preternatural.*

Este prodigio que desconcierta al entendimiento se reprodujo más tarde, en las peregrinaciones, especialmente las del 13 de mayo de 1918 y 1924 ⁷⁴. En esta última estaba presente S. E. monseñor José Correia da Silva. Hay que hacer notar el hecho notabilísimo de que las «flores» y la luz «celestes» impresionaron la placa fotográfica de la cámara del señor Antonio Rebelo Martins, vicedónsul de Portugal en los Estados Unidos, quien se hallaba en Fátima por pura casualidad.

El académico portugués señor Marques da Cruz, oriundo de Reixida, cérea de Fátima, en su poema *La Virgen de Fátima*, habla de estas «lluvias de flores» como de la cosa más cierta y más certificada por los testigos.

Su propia hermana, aquella señora que logró hospedar en su casa a Lucia y a Jacinta durante varios días, entre las apariciones quinta y sexta, se refiere a ello en una de sus cartas a su hermano: «...Yo observé, el 13 de

mayo del siguiente año (1918), como unas bolas blancas que descendían del cielo. En otro 13 de mayo, vi caer muchos “pétalos de rosas”. Salían del sol, pero entonces en gran cantidad. Arriba, eran grandes, pero, a medida que se acercaban a nosotros, se hacían pequeños y se disipaban... Unos hombres incluso tendieron sus sombreros para recogerlos, pero cuando querían apresarlos no encontraban nada. Uno de estos pétalos cayó sobre mi hombro izquierdo. Quise cogerlo en seguida con las manos, pero no encontré nada...».

El día 13 de septiembre de 1917 estaba allí el párroco de Santa Catarina da Serra, quien observaba a la muchedumbre desde una colina, algo apartado, y un tanto escéptico. Al ver la lluvia de flores, se sintió tan sobrecogido, que olvidó su resolución de mantenerse discreto y se puso a rezar el rosario con el pueblo.

Variedad no es contradicción

En la espera de que algunos sabios portugueses nos ofrezcan un estudio completo de las «señales» de Fátima, y con los solos datos que poseemos, es posible hacer algunas observaciones en el orden de las ideas que preocupan grandemente a los señores críticos.

En las distintas apariciones, a excepción de la última, las «señales» no fueron, al parecer, observadas uniformemente por todos los testigos; al menos las relaciones hechas no llevan a menudo el mismo ropaje de palabras.

Cuanto acabamos de exponer no es más que una especie de síntesis, una «concordancia» de todos los testigos orales o escritos que hemos podido utilizar. Pero tal variedad puede fácilmente explicarse.

No creemos necesario insistir sobre el hecho tan conocido —suficiente por sí solo para atajar cualquier dificultad— de que muchos testigos de un mismo hecho nunca lo describen en términos idénticos.

Muchos testigos de un mismo incidente o accidente, para ser considerados como verídicos, han de ser divergentes en los detalles o al menos en la forma. Una muy grande uniformidad sería índice seguro de falta de sinceridad ⁷⁵.

Ahora bien: hay aquí una especial razón para expresar algunas divergencias de forma. Los testigos, en efecto, tenían dificultad para expresar sensaciones tan inesperadas, tan nuevas para ellos, sin nada semejante en su anterior experiencia. AL explicarlas, cada testigo echaba mano de palabras y frases forzosamente desmañadas, que difieren de las empleadas por los demás testigos.

Un ejemplo evidente de tal dificultad es la palabra «relámpago» (rayo de tormenta), empleada por Lucia para expresar el deslumbramiento que cegaba sus ojos como signo anunciador de la llegada de la Señora.

Ella confiesa que empleó tal palabra a falta de otra, pues lo que veía no tenía nada que ver con un rayo de tormenta; era, dice, un «*reflexo da luz*», un chorro, *una explosión de luz*, como un reflejo de la luz del cielo que deslumbraba los ojos de los videntes antes de rodear a la propia Visión.

A excepción de lo que dice sobre este «rayo», sería inútil contar, para descifrar las señales atmosféricas, con las explicaciones o declaraciones de la hermana Lucia. Absorta por su visión, no se daba cuenta de las «señales», que solo observaban los de la multitud; señales que, por otra parte, estaban destinadas a los espectadores, no a los videntes. Si bien a nosotros nos pareció que el día 13 de octubre la niña podía haberse dado cuenta de la desaparición de la humedad de las ropas de los presentes y de las suyas propias, después de desaparecida la visión. Por ello nos permitimos interrogarle sobre el particular.

«Estaba demasiado ocupada —respondió— para pensar en mirar aquello... Sin embargo, unas religiosas de mi Congregación, que estaban entonces en el mundo y se encontraban en Fátima aquel día, me han asegurado la realidad del fenómeno».

Al leer las declaraciones de varios testigos interrogados se advierte que hay que tener en cuenta otra causa de la divergencia existente en sus relatos. En las distintas apariciones, a excepción, quizás, de la última, las sensaciones visuales y auditivas parece no fueron idénticas en todos los asistentes: los unos no oían o no veían, o bien lo percibían de distinta manera, o lo interpretaban diversamente. La divergencia de las interpretaciones o de las percepciones puede proceder del hecho de que tal o cual testigo estaba absorto por tal o cual aspecto del fenómeno y no observaba otro que llamaba la atención de otros espectadores. La

multiplicidad y la simultaneidad de los «signos» es más que suficiente para justificar esta hipótesis. Así, por ejemplo, el señor Antonio de Paula declaró ante la Comisión oficial que el 13 de octubre él miraba los cambios de color sobre la muchedumbre y sobre la naturaleza y no vio la rotación del sol, hacia el cual no levantó la mirada por estar absorto por el espectáculo de abajo.

Con todo, no es este el caso de los que no veían absolutamente nada, mientras sus vecinos les decían: «¡Mirad allá!». «¡Oh, qué hermoso es!». El día 13 de septiembre, del grupo de los tres sacerdotes ya citados (los padres Gois, Quaresma y Da Silva), los dos primeros vieron el óvalo de luz, llamado por el pueblo «el avión de Nuestra Señora» (cuya visión describió tan perfectamente el padre Quaresma), y procuraban dirigir hacia él la mirada del reverendo Da Silva, que no vio nada. Este último confiesa no haber visto esta «señal»; lo cual, por otra parte, no disminuye lo más mínimo su ardiente devoción a Nuestra Señora de Fátima. Sabemos que al mes siguiente vio el prodigio solar.

Aquel mismo día de la quinta aparición supimos de otros asistentes que no observaron nada extraordinario. Tal fue el caso de don José Alves, de la Moita. Ante la Comisión de información, en 1924, declaró: «Yo no veía las señales de las que hablaban los de más». Pero luego añade: «Ni tuve idea de quitarme el sombrero; pero ahora nunca paso por allí sin descubrirme y sin rezar algunas Avemarías. He cedido una porción de terreno para la obra; lo he cedido muy a gusto, y no me arrepiento de haberlo dado». Imitemos el ejemplo del reverendo Da Silva y del señor Alves, y aceptemos el misterio de Fátima, aunque la significación probatoria de las «señales» no se nos presente, a nosotros personalmente, en toda su evidencia.

Siempre refiriéndonos a las «señales» del 13 de septiembre, he ahí otros ejemplos que demuestran las dificultades que tuvieron los testigos para interpretar y expresar sus sensaciones. El señor don Manuel Gonçalves Junior, del poblado de Montelo, cuenta que vio la lluvia de flores, y añade: «Se creía que eran *estrellas*». Una expresión semejante se halla en otro testigo más culto. El señor párroco de Fátima, que recogió la precedente declaración, añade: «Aprovecho esta ocasión para decir que este día 13, hacia las tres de la tarde, vino a mi casa, a la rectoría, el reverendo Antonio de Figueiredo, ilustre profesor del seminario de Santarem, el cual me

declaró haber visto *estrellas en una región inferior a la región estelar*, y que había venido a mi casa al solo objeto de hacer esta declaración».

Este mismo día de la quinta aparición, Olimpia y María Rosa, madres de los pequeños videntes, vigilaban lo que sucedía, un poco apartadas, ocultas detrás de un matorral. Oían cómo la gente gritaba de admiración ante los fenómenos atmosféricos; pero ellas nada veían ni comprendían de qué se trataba, mientras aquel grupo de tres sacerdotes, dos de los cuales veían, se mantenía igualmente apartado de la muchedumbre y bastante lejos.

Sin embargo, las dos madres, que declararon en 1924, dijeron que les había parecido ver una nube que subía de entre la multitud, junto al arbusto. En cuanto al padre de los dos pequeños, Manuel Pedro, declaró que él se encontraba lejos de los niños y que nada vio ni oyó; pero «oí decir que algunas personas veían cosas extraordinarias en la atmósfera».

De toda esta diversidad, ¿se deduce alguna contradicción y hay que concluir, por tanto, que todo era debido a una mera alucinación? No lo creemos. Esta misma diversidad excluye precisamente toda hipótesis de impostura y de acuerdo anticipado entre los testigos. Además, ¿no pueden los partidarios de la objetividad de los signos servirse de esta variedad de relatos para rechazar la hipótesis de una alucinación? De haber tenido necesariamente una causa natural, esta hubiera sido igual para todos los testigos, y, por consiguiente, hubiera producido idénticos efectos. Si; por el contrario, los fenómenos proceden de una causa libre, como es la voluntad de Nuestra Señora, entonces se comprende que impresionen a tales o cuales ojos u oídos, con exclusión de los demás.

La hipótesis de la causa libre se fortalece con esta muy importante consideración: que la visión no había prometido ningún signo, salvo la gran señal del 13 de octubre, anunciada por los niños desde el 13 de julio y prometida con el fin de que fuese para todo el mundo una garantía del testimonio de los pequeños videntes. La predicción se renovó en términos iguales en la cuarta aparición (19 de agosto) y en ¡a quinta (13 de septiembre).

Por consiguiente, la diversidad de sensaciones antes del grandioso prodigio entra perfectamente en la línea de los acontecimientos; en cambio, si se hubiese producido aquel día una tan amplia diversidad que desmintiese

la palabra de la Visión «para que todo el mundo pueda creer», quedaría debilitada considerablemente la fuerza del «signo de Dios».

La «danza del sol»

El gran prodigio que a los ojos de todo el pueblo portugués autentica como divino todo el conjunto del misterio de Fátima es la «señal de Dios», o sea el fenómeno solar que siguió a la última de las seis grandes apariciones, cuyo ciclo cerró. A pesar de todas las «señales» precedentes, algunas personas siguieron tratando a Lucia de *introjuna (impostora)* y profiriendo amenazas contra ella. Efectivamente, estas manifestaciones atraían cada día un número más crecido de fervorosos peregrinos a la Cova, pero también excitaban la cólera de los adversarios, y los niños, por otra parte, no las veían. Por eso Lucia, en cada aparición, no se cansaba de pedir a la Señoral un «milagro» para que la creyesen y no la persiguiesen más. Este fue el milagro prometido para la «última visita» (promesa renovada el 19 de agosto y en 13 de septiembre), y fue la «señal de Dios».

Objetividad

En su carta pastoral de aprobación, el señor obispo de Leiría habla en esta forma:

«El fenómeno solar del 13 de octubre de 1917, descrito por los periódicos de la época ⁷⁶, ha sido el más maravilloso y el que más impresión ha producido sobre cuantos tuvieron la dicha de contemplarlo.

Los tres niños habían indicado con antelación el sitio y la hora en que había de tener lugar, y su predicción había recorrido todo Portugal. Así, pues, a pesar del día destemplado y lluvioso, miles y miles de personas se habían congregado en Fátima a la hora de la última aparición. Y esta multitud presenció todas las manifestaciones del astro rey, que, de esta manera, rendía homenaje a la Reina de los Cielos y de la tierra, más radiante que el sol en todo su resplandor, como dice el *Cantar de los Cantares* (6, 9).

Este fenómeno solar, que no ha registrado ningún observatorio astronómico y que, por consiguiente, no era natural, fue observado por esta multitud, formada por toda clase de personas pertenecientes a todas las categorías y clases sociales: por creyentes o incrédulos, por cronistas de los principales periódicos portugueses y por gran número de personas que se hallaban a varios kilómetros de distancia, lo que desvirtúa toda explicación por ilusión colectiva».

Tal es el hecho concreto, resumido por una pluma particularmente autorizada y en un documento oficial, incluso histórico.

¿Cómo puede ser, objetarán, quizás, aquellos que han oído hablar del hecho por primera vez, que el sol haya «danzado»? ¡Hubiera sido observado en todo el hemisferio que iluminaba! Aún más: así que hubiese empezado su movimiento, todo el sistema planetario habría sufrido una perturbación completa, dentro de la cual forzosamente habría desaparecido nuestro pobre globo terráqueo.

Pero, precisamente, y es monseñor J. da Silva quien lo hace observar, el hecho de que los fenómenos vistos en Fátima no hubiesen sido registrados por los observatorios es una manifiesta prueba de que solo se debieron a la voluntad de Aquella que había prometido una señal de su presencia.

Si en aquel momento los espectadores del prodigio hubiesen llegado a creer que la masa del sol estaba agitada en sus movimientos giratorios —lo que les habría podido hacer suponer que se trataba del fin del mundo—, en cuanto hubo terminado el fenómeno todos se dieron perfecta cuenta de que no habían cambiado en nada las relaciones reales de nuestro planeta con el astro del día.

Y para que se obrara el «gran milagro» prometido por la Señora en sus visitas y anunciado repetidamente por los niños desde el mes de julio, no era necesario que el sol danzase en realidad. Era suficiente que los asistentes viesen realmente aquello que para ellos había de ser la prueba, la «señal» de la veracidad de los niños.

Por otra parte, es evidente que la visión de esta señal no fue una percepción simplemente subjetiva. No es posible que las sensaciones de esta multitud de setenta mil personas hubiesen sido el fruto de su imaginación. Fueron —es al menos muy difícil concebir de otra manera las

cosas— el resultado de fenómenos luminosos y atmosféricos exteriores a sus ojos y a sus inteligencias. La Reina del Cielo jugaba, por decirlo así, con los rayos del sol para producir ante ellos este magnífico, juego de artificio que les deslumbró.

Teóricamente, sin embargo, nada impide suponer asimismo que Dios hizo «danzar» el sol, sin perturbar el sistema planetario y modificando las leyes de la propagación de la luz para el resto del universo, como hubo de modificarlas para los testigos del milagro, en la hipótesis que acabamos de exponer.

De todas maneras, hubo una intervención excepcional de la Omnipotencia divina. Con cualquier otro procedimiento que Él hubiese empleado, fue Dios quien manifestó su poder de una manera extraordinaria en el día y en la hora fijados por la promesa de la Señora.

La objetividad del signo de Dios se deduce asimismo de otras consideraciones.

No puede hablarse de autosugestión o de alucinación colectiva, porque nadie lo esperaba ni lo podía esperar. Es cierto que la Señora había anunciado un milagro que vería todo el mundo; pero nadie podía prever cuál sería la naturaleza de este milagro. Nadie había imaginado ni podía imaginar que consistiría en hacer mover de esta extraña manera, ante los ojos de millares de testigos, el astro del día. *Lo que muchos suponían es que la guerra terminaría aquel mismo día*, de una manera extraordinaria e imprevista, y muchos creyeron que el prodigio solar era la «señal» de que tal sueño se realizaba en aquel momento.

Solo una cosa se había predicho con certeza: el día y la hora del milagro. Y esta predicción fue justa; prueba de más de que el prodigio se produjo por voluntad de Aquella que antes lo había anunciado.

¡Cuántas circunstancias se podrían citar aún! El sol se había mantenido invisible durante toda la mañana. ¿Cómo podía suponerse que la «señal» esperada procedería de este astro que nadie había visto desde la víspera? Y los nubarrones oscuros que súbitamente desaparecieron del cielo... Y los vestidos, mojados desde la mañana, que inesperadamente quedaron secos... ¿Son estos fenómenos que se pueden atribuir a la imaginación popular?

Entre los testigos se mencionan sabios, periodistas, incrédulos, sacerdotes que no esconden sus graves prevenciones contra las apariciones,

y hasta la severa María Rosa, que no osará ya tratar a su hija de embustera... Todas estas personas, ¿podrían haber sido sugestionadas?

Leopoldo Nunes, en su libro *Fátima*, dice: «En ti momento del gran milagro se encontraban allí personas ilustres en las letras, en las artes y en las ciencias, casi todas incrédulas que habían acudido por simple curiosidad, atraídas por la predicción de los niños». Pues bien: todas estas personas contaron el prodigio Cotí las mismas palabras que los campesinos de los pueblos vecinos.

Marques da Cruz añade: «Muchos hombres de ciencia que asistieron a este espectáculo confesaron con franqueza: Sí, ¡lo he visto! Pero no sé cómo explicarlo».

A distancia

Pero hay aún algo más sorprendente. Los documentos oficiales dan testimonio de que el gran prodigio fue visto hasta a cuatro y a cinco kilómetros de distancia de la Cova da Iria, y por personas que no participaban en la espera ni en las emociones de la muchedumbre de peregrinos y curiosos.

Otros testigos irrecusables declaran que esta lejana visión de los fenómenos solares alcanzó los diez, los veinte y hasta los cincuenta kilómetros, sorprendiendo a muchas personas que no pensaban en nada de lo que ocurría en Fátima.

El señor Marques da Cruz cita el caso de su amigo, el gran poeta Alfonso Lopes Vieira. No recordaba que aquel eran el día y la hora predichos para el milagro, pero estaba en aquel momento en el balcón de su casa de campo, en San Pedro de Muel, a orillas del Océano, a cincuenta kilómetros de la Cova da Iria. De pronto quedó sorprendido por este espectáculo inesperado que le retornó a la fe. Es él quien más tarde compuso las estrofas del *Ave María* de Fátima.

No podemos resistir a la tentación de transcribir algunos párrafos de una carta del reverendo padre Ignacio Lourenço Pereira, actualmente misionero en la Iridia. Interrogado sobre el milagro por monseñor Antonio Teixeira, a la sazón obispo de Meliapour, le escribió:

«Tenía yo escasamente nueve años. Frecuentaba la escuela primaria de mi pueblo natal, pequeño villorrio colgado en una colina solitaria, frente a frente de la montaña de Fátima, a unos diez u once kilómetros de distancia. Era aproximadamente mediodía, cuando súbitamente nos alarmaron los gritos y exclamaciones de los hombres y las mujeres que pasaban por la vía pública, delante de la escuela. Nuestra maestra, mujer verdaderamente piadosa y buena, pero fácilmente impresionable, se levantó como movida por un resorte y se precipitó a la calle... Los niños corrimos tras ella.

Afuera, en la plaza, las gentes reunidas lloraban y gritaban mirando el sol, pero sin oír las preguntas que les hacía nuestra maestra, llena de angustia.

Era el gran milagro solar, con todos sus maravillosos fenómenos que todos veían distintamente... Este milagro me siento incapaz de describirlo tal como lo vi y sentí en aquel momento...

Yo miraba fijamente al astro; me parecía pálido y apagado de su deslumbrante claridad; parecía un globo de nieve que girase sobre sí mismo. Luego, de manera casi instantánea, pareció que descendía en zigzag, amenazando caer sobre la tierra.

Enloquecido, absolutamente enloquecido, corrí a refugiarme entre la gente. Todos lloraban, esperando de un momento a otro el fin del mundo... Junto a nosotros, un incrédulo que había pasado toda la mañana burlándose de los que habían ido a Fátima, estaba allí, como paralizado, estupefacto, con la vista fija en el sol. En seguida le vi que temblaba de pies a cabeza... Luego, levantando al cielo las manos, cayó de rodillas sobre el barro de la calle, repitiendo: “¡Virgen santa!... ¡Virgen santa!...”. No podía decir otra cosa.

Durante los largos minutos del fenómeno solar, los objetos situados cerca de nosotros reflejaban todos los colores del arco iris... Nuestros rostros tan pronto eran rojos como azules, o amarillos, etc. Estos extraños fenómenos aumentaban nuestro terror.

Al cabo de diez minutos, el sol volvió a su lugar, de la misma manera como había descendido, siempre pálido y sin esplendor. Cuando la multitud se hubo convencido de que había desaparecido el peligro, regresó radiante de júbilo. Todos prorrumpieron juntos en acciones de gracias y exclamando: “¡Milagro!... ¡Milagro!... ¡Alabado sea Dios!”»⁷⁷.

La cosa está, pues, juzgada para todo hombre de buena fe: la Señora había prometido a sus confidentes un gran milagro *para que todo el mundo les creyese*, y el milagro se realizó mucho mayor de lo que se había supuesto, en el día y hora predichos. Y esta última y suprema manifestación era la coronación de una larga serie de prodigios, unos más deslumbrantes que otros, pero todos extraordinarios.

XI. LA PRENSA PORTUGUESA Y LAS APARICIONES

Ante el 13 de agosto

Fue necesaria la detención de los niños por el subprefecto y los prodigios observados por millares de testigos para que la prensa se dignase interesarse por los acontecimientos que acabamos de describir,

Sobre los hechos de los tres primeros meses solamente hemos podido encontrar dos cortos artículos, uno en un periódico liberal, otro en un boletín religioso del distrito de Ourem.

Lo que aconteció en la Cova da Iria el 13 de julio tuvo cierta resonancia en la opinión, especialmente con motivo de la promesa del gran milagro para el 13 de octubre.

Fue seguramente por esto por lo que *O Seculo*, el importante cotidiano de Lisboa, estimó oportuno publicar el informe de su corresponsal en Meia Vila (distrito de Torres Novas). Está fechado en 21 de julio y se publicó el día 23, bajo el título: *Un mensaje del cielo. ¿Especulación comercial?*

El redactor tomó su información de los peregrinos que, al volver, habían atravesado Meia Vila entonando cánticos a la Santísima Virgen y dando gracias en su honor, y también de otros que fueron interrogados por el periodista en sus domicilios.

«...El suceso causó tal impresión que en aquel día no se podía encontrar en Torres Novas ni un solo carruaje de alquiler, a pesar de que, como es sabido, hay en la población coches y taxis en abundancia. Asimismo muchos comercios permanecieron cerrados...».

El relato de la aparición del 13 no está muy desfigurado, salvo la grotesca frase siguiente: «Los niños estaban en pie junto a una carrasca que aparecía adornada con muchas flores, procedentes probablemente del Paraíso. Entonaron un canto fúnebre, hicieron unos gestos epilépticos y cayeron en éxtasis».

El periodista termina diciendo: «El caso nos pareció extraordinariamente ridículo y no lo hubiéramos tomado en serio si la persona interrogada no mereciese nuestra más absoluta confianza, y si sus declaraciones no hubiesen sido confirmadas por otras personas que relataron la misma cosa...

Esperando que quien debe intervenir lo haga pronto, es mi opinión que se trata de una especulación comercial bien calculada, cuyas fuentes de interés se esconden en las entrañas de la tierra. Algún “vivo” ha descubierto recientemente un manantial mineral y pretende, ahora, so capa de religión, transformar la Serra de Aire en un lugar de milagros al estilo del viejo Lourdes.

Las autoridades habrán oído hablar seguramente del caso, pero si no supiesen nada todavía, nuestra información podrá servirles de voz de alarma».

Unos días más tarde, el 29 de julio, trató también de Fátima una breve crónica que vio la luz en la última página de una modesta publicación que venía a ser como el boletín de las parroquias del distrito de Vila Nova de Ourem. Se publicó bajo la responsabilidad del señor deán de Olival, reverendo Faustino José Jacinto Ferreira, y llevaba por título: *Boletín do Concelho de Vila Nova d'Ourem*.

Este buen sacerdote, que más tarde había de dar tan excelente testimonio en favor de los videntes, recibió, la noche del 13 de julio, la visita de muchos de sus feligreses, que habían ido en gran número a la Cova da Iria. Con los datos que ellos le dieron, escribió un sencillo informe que nos parece oportuno reproducir aquí íntegramente por su carácter de unicidad.

«Aparición real... o supuesta ilusión en Fátima.— Esta parroquia fue testigo, el 13 de este mes, del espectáculo más maravilloso y más emotivo que la imaginación pueda soñar. ¿Quiere la Reina de los Ángeles hacer de

esta parroquia un segundo Lourdes?... ¡Ah! ¡Quién pudiese merecerlo!... A Dios y a la Virgen nada les es imposible.

No es posible establecer un cálculo, ni aproximado, de las personas que vinieron desde muy lejos, desde el humilde pastor y el rudo labriego hasta los que realizan agradables excursiones en rápidos automóviles, para ver por sí mismos esta aparición tan famosa de Nuestra Señora a tres niños de esta parroquia. (Por tercera vez el día 13 de julio).

Todos, al menos en su inmensa mayoría, quedaron satisfechos por haber visto cómo los niños se presentaron, hablaron (se entiende con la Visión), haciendo preguntas, exponiendo súplicas... y esperando por unos momentos la contestación que nadie oía.

Todo esto se me ha dicho —pues yo no fui testigo—, en presencia, según distintos cálculos, de ochocientas, de mil, de más de mil y hasta de dos mil personas, que en el más absoluto silencio, ora rezaban oraciones, ora suplicaban, ora lloraban.

Al final, para librar a los niños de preguntas importunas y de los graves peligros a que se exponían en medio de una tan gran multitud, fue necesario que unas almas compasivas los recogiesen y los condujesen en automóvil hasta una distancia de dos kilómetros y medio, junto a la iglesia, donde se les fotografió.

Fue sencillamente admirable; pero, por el momento, no digo más».

La sinceridad y la simpatía que se transparentan en estas líneas no las encontraremos ya más en el *Boletim*. «*No digo más*», esta frase final fue de seguro más verdadera de lo que pensaba el autor mientras la escribía. ¿Pidió el reverendo Ferreira inmediatamente instrucciones al señor patriarca? ¿Se le dieron consignas sin solicitarlas? ¿O bien se contentó esperando la consigna que se publicó para todos en otoño? Sea lo que fuere, es lo cierto que no publicó durante mucho tiempo nada que se refiriese a los sucesos de la Cova da Iria. Recientemente nos hemos enterado de que era tío del señor cura de Fátima. ¿Quiso tal vez evitar indisponerse con su sobrino?

Después del 13 de agosto: la prensa católica

Los dos cotidianos leídos por los católicos eran entonces *A Ordem*, de Lisboa, y *A Liberdade*, de Oporto. Leiria tenía un semanario militante, *O Mensageiro*.

Estos tres periódicos guardaron al principio un absoluto silencio. Fue necesaria la carta del señor cura de Fátima, en la que se disculpaba de toda complicidad con el «Hojalatero» perseguidor para que *A Ordem* y *O Mensageiro* se interesasen sobre lo que había sucedido en Fátima el día 13 de agosto.

A Liberdade, aquel mismo diario que el día 13 de mayo anterior, había publicado una ferviente súplica para pedir a María socorriese a Portugal y al mundo, esperó hasta el 18 de agosto para informar a sus lectores de la maravillosa contestación de la Reina de la paz. ¡Y con qué términos lo hizo! Insertó una correspondencia de Vila Nova de Ourem de unas treinta líneas, en la que se dice fueron unos cinco mil los asistentes, en lugar de quince mil (como mínimo); contiene además un sinfín de inexactitudes más graves todavía. Concluye de esta manera: «...De tal modo el administrador logró llevarse a los niños a las oficinas del concejo, precisamente a la hora de la aparición de la Virgen; así quedaron burlados los Cándidos que allí habían acudido».

Mientras el pueblo cristiano estaba indignado por el sectarismo del «Hojalatero», el único periódico católico que se ocupó de sus hazañas pareció más bien felicitarle. ¿Cómo no había de sentirse alentado el subprefecto para continuar su actuación?

La carta abierta del señor cura de Fátima, fechada el 15 de agosto, fue publicada por *A Ordem* dos días después, o inmediatamente por *O Mensageiro* y por el *Boletim* de Ourem.

Al propio tiempo que esta carta, *A Ordem* publicaba una información de un vecino de Vila Nova de Famalição sobre lo que él mismo había presenciado el día 13 en la Cova da Iria. Era una manera bastante tímida de romper un silencio obstinadamente guardado desde muchas semanas. Al hacerlo se excusaba: «Publicamos esta comunicación de un lector a simple título de información y para satisfacer la legítima curiosidad de los lectores, muchos de los cuales nos han pedido particularmente algunas informaciones sobre el caso de Fátima».

El órgano oficial de la masonería portuguesa era el periódico *O Mundo*. Parece que no intervino hasta que el señor Arturo d'Oliveira Santos pidió su apoyo contra la «reacción». El periódico lisboeta acudió en su auxilio después de la «plancha» del 13 de agosto, pero dudaba sobre la táctica que había de emplear, pues publicó, uno tras otro, dos artículos que ponían en acción dos baterías muy distintas.

El primero, publicado el día 18, titulado *¡Impostores!*, apareció sin firma. Después de contar larga mente, a su manera, la historia de José Bálsamo, conde de Cagliostro, el periodista explica que tras los videntes se agazapaba un hábil mago de igual ralea.

Perdónenos el lector si nos atrevemos a ofrecerle algunas líneas de este artículo para indicar el tono y sus rastreras miras.

«El conde de Cagliostro, de no haber sido en el fondo un estafador vulgar, escamoteador del dinero de los amantes de su esposa..., *de no haberle hecho competencia a Roma al pretender reemplazarla*, hoy sería canonizado, y nuestro calendario tendría un santo más, cuyo merecido lugar sería propiamente una penitenciaría.

Ahora bien: semejantes a los milagros de este famoso taumaturgo, se producen ciertos hechos allá abajo, por el lado de Torres Vedras (sic, en lugar de Torres Novas)... Se afirma que una santa se aparece a unos niños, y para asistir al espectáculo cientos de pobres infelices abandonan sus hogares, sus hijitos, el cuidado de sus tierras sin cultivar. ¡Es verdaderamente bochornoso!...

Y bajo esta sagrada unión, tan detestada por los enemigos de la patria y de la República, cuando, con audacia inconcebible, los impostores realizan impunemente sus proezas de estupidez y de ceguera. ¡Que el pueblo expulse a latigazos a esos charlatanes que trafican con su creencia religiosa!».

Al día siguiente y en el mismo periódico, Fátima recibe el honor de la primera página y de la firma de José do Vale, que volveremos a encontrar en la brecha.

Título: *La farsa de los milagros*.

Subtítulos: *Cómo se distrae al pueblo. Lo que ha ocurrido en Fátima.*

Se habla siempre de una «santa» anónima: y no de la Santísima Virgen: «El asunto ha tenido éxito y el pueblo ingenuo ha escuchado, extáticamente, esta historia... Hay en ello un caso de alucinación de unos pobre niños que frecuentan asiduamente la iglesia, o un complot clerical... Esto es precisamente lo que las autoridades tienen el deber de comprobar, y estamos seguros de que lo harán, pues se halla al frente del concejo un hombre abnegado... que ha sido ejemplar en el cumplimiento de su deber».

Y para demostrar que el negocio es dirigido, «explotado» por los curas, publica entero el escrito del *Boletim* del deán de Ourem, que hemos citado anteriormente.

Para el señor Do Vale, Fátima es un nuevo caso de la «pureza que pretende salvar al mundo por la bondad», y siembra solamente odios. Errores o mentiras: el 13 de mayo la Visión anuncia que volverá el 13 de octubre «para terminar la guerra»; los sacerdotes acuden a aquel lugar (en aquella fecha la historia no sabe de ninguno) y explotan el asunto; la aparición dura de doce a catorce horas; el día 13 de agosto, «unas santas criaturas incitaban al pueblo sencillo, aún fanatizado por la obra perversa de la Iglesia, a matar a los republicanos, a los masones, a los liberales...».

Esta gravísima calumnia es, sin duda, la interpretación que dio el señor Do Vale a la justa cólera de la multitud al conocer el rapto de los niños; cólera que alcanzaba tanto al digno cura de Fátima como al representante de la República.

El día 18, *O Mundo* lo explica todo por los sortilegios de un mago o por la habilidad de un prestidigitador; y el 19, por un odioso fanatismo que deseaba no derribar la República, sino matar a los republicanos.

Después de esto hubo un *período de absoluto silencio* en la prensa de ambos bandos. Las dos partes se repliegan. El anuncio del gran milagro para el último día de las apariciones paraliza tanto a los partidarios como a los enemigos de lo sobrenatural, habiendo de constituir el cumplimiento o el fracaso de la profecía un fiasco o un triunfo para los unos o para los otros.

Tal fue el motivo por el cual fue necesario llegase el día anunciado para que un periódico se atreviese a decir una palabra de lo que hablaba todo el mundo. Evidentemente, los prodigios del 13 de agosto y del 13 de

septiembre, atestiguados y comentados por millares de peregrinos, hacían que poco a poco bajase el tono de las bromas y de los sarcasmos. Este estado de espíritu se refleja en un nuevo artículo del gran periódico de información *O Seculo*, mucho más moderado que el del 21 de julio.

Tiene por título: *Absolutamente sobrenatural. Las apariciones de Fátima*. Lleva la firma del propio redactor jefe, señor Avelino de Almeida, antiguo alumno del seminario de Santarem, pasado a la francmasonería, universalmente conocido como enemigo de la Iglesia por sus artículos odiosos en el semanario *A Lanterna*.

Al salir para Fátima, donde se proponía hacer una información del día decisivo, dejó escrito este artículo para el número del día 13 de octubre. Lo hemos reproducido completo en anteriores ediciones.

Ante todo, el periodista protesta que no quiere ni escandalizar ni ofender a las almas piadosas; explica las visiones por la inquietud de las almas en este período de calamidades. ¿Se aprovechan tal vez algunos espectaculares?, dice. Luego resume los hechos con algunas frases bastante objetivas.

Antes de terminar, reconoce que el clero guarda una «prudente reserva, a lo menos en apariencia...». «Pero en su fuero interno se alegra de la afluencia de peregrinos, que desde mayo va en crecido aumento.

Incluso hay personas que sueñan en una grande y magnífica iglesia, siempre atestada, flanqueada de grandes hoteles con todo el confort moderno; en almacenes bien provistos de mil y un objetos de piedad y de recuerdos de Nuestra Señora de Fátima, y en un ferrocarril que nos llevaría al futuro santuario milagroso con más comodidad que los ómnibus, en los que, por el momento, la gran masa de fieles y de curiosos se traslada a aquel paraje».

A pesar del tono un tanto festivo y un poco burlón, se distingue en esta prosa cierto respeto por lo sobrenatural, una especie de temor reverencial ante la fuerza sobrehumana que obra en la Gova da Iria.

La misma noche del día en que se publica este artículo, su autor escribía otro, desde Vila Nova de Ourem, cuyo solo título era un acto de fe en el gran milagro.

La prensa hostil o neutra

Este segundo artículo lleva por título *Cosas asombrosas.—Cómo ha danzado el sol en pleno mediodía en Fátima.—Las apariciones, de la Virgen.—En qué consiste la señal del cielo.—Varios millares de personas se — pronuncian en favor de un milagro.—La guerra y la paz*. Está ilustrado con una fotografía de los tres pastorcillos.

Se observa que el autor quisiera bromear aún, pero el gran suceso del cual él mismo ha sido testigo ha producido en su alma tan profunda emoción que las bromas no fluyen a la punta de su pluma. Lo publicamos de nuevo, a lo menos en su párrafo principal, porque constituye un documento histórico de inestimable valor. (Véase parte documental.)

El artículo produjo una impresión enorme en la opinión, tanto más cuanto las ideas del periódico y la opinión personal del señor Almeida eran bien conocidas. Los católicos (particularmente los del pueblo, y algunos elementos de la burguesía y del clero) se alegraron al ver que el prodigio era reconocido por este impío. Los francmasones, en cambio, le hicieron expiar su lealtad —por otra parte, tan natural— injuriándole en aquellos órganos que permanecían fieles y en un libelo que hace tiempo publicamos.

El *Diario de Noticias* tenía un corresponsal en Vila Nova de Ourem que escribió también una crónica la noche del 13; igualmente se publicó el día 15. Su título es: *El «milagro» de Fátima.—Más de cincuenta mil personáis han acudido al lugar de las apariciones*

Los hechos se relatan casi sin partidismo; pero aparece mezclada en el texto la palabra *sugestión* que, por otra parte, se trasluce en el contexto. Lo esencial de este artículo puede verse en la parte documental: «Relatos de la danza del sol».

Portugal, un periódico de la noche, contestó el mismo día a estos relatos de los testigos con unas reflexiones de alguien «que allí no estaba». Este órgano del partido demócrata consagró al hecho escasas líneas, bajo el título: *La locura del sol*, burlándose del artículo de *O Seculo*. «De tal manera estamos acostumbrados ya a las manifestaciones de la credulidad indígena (*sic*), que no nos sorprende que una multitud densa y ruidosa haya acudido al lugar de la maravilla para participar de unas revelaciones celestiales; lo que en verdad nos ha pasmado es que el sol, astro respetable

y de una sólida honorabilidad, haya también tomado parte en la fiesta y se haya puesto a bailar como un vulgar titiritero de fiesta local, a pesar de su considerable edad de miles y miles de siglos, que si no le han puesto los cabellos canos, etc.... Esta danza del sol, ¿no será una hábil propaganda, de estilo americano, de los *ballets* rusos que se anunciaban para muy pronto en Lisboa?».».

A Lucta, órgano del partido unionista, se ocupó de los acontecimientos del día 13 al 18 de octubre. El artículo del señor Alfredo de Carvalho, hace burla especialmente de las muchedumbres que el autor vio transcurrir por las carreteras.

Señalamos, además, que *O Dia* publicó el día 19 un relato de la jornada del 13, escrito por la señora María Magdalena de Martel Patricio. Es un relato correcto. Su autora, impresionada por los hechos, se niega a comentarlos. *Portugal*, aquella misma noche, destaca irónicamente esta consideración... «...Vila Nova de Ourem posee un sol especial para su iluminación, privilegio que no puede tolerarse más, cuando la propia capital de la República hace el sacrificio de iluminar sus calles con petróleo».

Otro periódico sectario, *A Capital*, consagraba, el mismo día, algunas líneas a Fátima para pedir que se busque «al farsante que fabrica esta terrible carnavalada».

¿Qué pensaba de todo esto *O Mundo*, el heraldo del librepensamiento? Desde el mes de agosto, a pesar de que su amigo, el administrador de Ourem, pudo haberle proporcionado toda clase de informaciones sobre los videntes y las visiones, guardó absoluto silencio porque, seguramente, no le fue posible hallar algo que fuese sospechoso en el asunto de Fátima.

Tampoco publicó las conclusiones del médico que, según él «Hojalatero», había diagnosticado «una enfermedad que hace ver muchas cosas».

Nunca llegaremos a saber lo que opinaba este periódico de la danza del sol, pues el 14 de octubre no se publicó. Sus linotipistas estaban en huelga, de la que se enteraron sus lectores por un aviso publicado en el *Diario de Noticias*. Al día siguiente publicó una sola hoja que salió muy tarde de las rotativas; y aun los vendedores fueron acometidos por los huelguistas.

Reapareció el día 20 y dedicó solamente una docena de líneas a Fátima, sin ninguna alusión al prodigio solar. He aquí sus últimas palabras:

«La mentira en toda su desnudez, esto es todo. Y mezclados en este enredo hay algunos antiguos seminaristas (alusión a Almeida) que alegremente se han puesto al servicio de esa mentira para extraviar las inteligencias».

El lugar del sectario *O Mundo*, vacante por su silencio, fue ocupado dignamente por *A República*, aunque con algún retraso. En vez de tratar directamente de los acontecimientos de la Cova da Iria, el órgano del partido evolucionista se contenta con hablar, sin motivo y sin gracia, de un rapaz del barrio de San Bento, de Lisboa, que anuncia —dice el periódico— que la Santísima Virgen se le ha de aparecer también a él el día 20 de octubre. Unos días después publicó otro artículo semejante sobre un pretendido profeta de la región del Duero que se dice «escribano y procurador de Jesús» (28 de octubre).

No vale la pena resumir esos textos, pues no contienen ni un solo hecho comprobado o comprobable, ni la, menor idea consistente. Solo demuestran hasta la evidencia la imposibilidad en que se encontraban los enemigos de Fátima para hallar siquiera un argumento contra el testimonio de los pastorcillos y de los peregrinos de la Cova, y en particular contra el del señor Avelino de Almeida.

Como dice el señor Costa Brochado, de todo lo publicado por la prensa hostil sobre Fátima, ni una sola palabra puede aprovechar al historiador para el análisis y la crítica de los hechos.

Después del 13 de octubre: la prensa católica

Habiendo publicado *O Seculo* una información sobre el prodigio solar, el periódico de los católicos *A Ordem* no podía permanecer callado. Dedicó su atención al caso el día siguiente, 16. Fue una auténtica ducha de agua fría para el entusiasmo sobreexcitado de Jos devotos de Fátima por el artículo del librepensador.

El largo artículo *El caso de Fátima* aparecía firmado por A. de F., iniciales que escondían la personalidad del doctor Domingo Pinto Coelho, eminente jurisconsulto.

Contiene algunas ideas generales sobre el milagro, su rareza y la prudencia de la Iglesia antes de aceptarlo como tal; un breve resumen,

bastante desgraciado, de los acontecimientos, y un relato, en fin, de los ocurridos el día 13.

«Podemos atestiguar por nosotros mismos, porque estábamos allí, no como peregrinos, obsérvese bien, sino como simples curiosos».

Sigue después el relato de la «danza» del sol, análogo a todos los demás.

«¿Por qué negarlo? —dice—. Estos fenómenos que nunca habíamos presenciado nos impresionaron grandemente. Se produjo entre las turbas una psicología colectiva. Y sobre aquella multitud, al menos en su mayor parte, pasó una ola de fe que conmovía profundamente».

Después de lo cual el señor Pinto Coelho hace la «crítica» de sus propias sensaciones. Afirma que, al día siguiente, vio el mismo movimiento rotativo del sol y sus cambios de color, contemplándolo fijamente. Pero aconseja prudentemente al lector no repita por sí mismo el experimento, «porque bajo la luz demasiado intensa del sol, las pupilas se contraen de tal manera que algunas veces no vuelven ya a dilatarse. Y entonces... ¡No digamos la tragedia con que todo podría terminar!».

Habiendo de este modo «eliminado el único punto extraordinario» del día, el señor Pinto Coelho se pregunta: «¿Qué queda, pues, de esos grandes acontecimientos?». Por el momento las afirmaciones de los tres niños. Muy poca cosa, efectivamente.

El artículo termina con unos prudentes consejos: «expectativa, benevolencia, si se quiere, pero nada más...». «Que no se diga luego que nosotros aceptamos sin fundamentos unos hechos milagrosos».

El mismo día, muchos testigos del prodigio solar protestaron contra este artículo. Así, pues, al día siguiente apareció un segundo artículo que procuraba explicar el anterior. No se niega en él el milagro, que siempre es posible y útil para la propagación de la fe; pero se cita a San Agustín, que dijo: «No debemos proclamar como milagroso un hecho cuando es posible dar de él una explicación natural». Si el—, articulista no piensa que la danza del sol fue un gran milagro, es que su juicio es solo personal y «desautorizado», y no quiere, en modo alguno, oponerse a los que piensan diversamente.

De nuevo recomienda la prudencia. «Si en Fátima hay algo sobrenatural, no será esta reserva lo que impida el desarrollo de los acontecimientos que Dios ha determinado en su infinita sabiduría».

Aquella misma noche, *Portugal*, bajo el título *Prudencia*, se burlaba de los apuros del órgano de los católicos. «A menos que se repongan los *ballets* solares, *A Ordem* no considera el caso como un milagro oficial, ni los pastorcillos videntes dignos de entrar en el calendario como santos de segunda clase. En este asunto, *A Ordem* tiene la autoridad de un verdadero *Diario do Governo*⁷⁸ del cielo».

Evidentemente, el señor Pinto Coelho deseaba particularmente salvaguardar la autoridad de la Iglesia ante la posibilidad de que el caso se volviese contra el gusto de los creyentes de Fátima. Su prudencia se explica un poco por la situación político-religiosa de aquel momento. Sin embargo, no puede dejarse de observar que el autor no tiene para nada en cuenta un hecho de primerísima importancia, y es que el milagro (no precisamente aquel, sino un milagro) había sido anunciado con tres meses de antelación y repetidas veces, para este día y a esta hora.

Sus artículos levantaron las más vivas discusiones en los medios católicos, unos aprobando y otros rechazando sus conclusiones. Entonces publicó cuatro cartas de otros tantos sacerdotes que le felicitaban cálidamente. «Su artículo es digno de ser escrito en letras de oro», le escribía el reverendo Freire, de Lisboa.

Pero es el caso que ninguno de estos cuatro sacerdotes estuvieron en Fátima el día 13. Recibió, en cambio, numerosas quejas de varios testigos y en particular del doctor Gonzalo Xavier de Almeida Garret, profesor de la Facultad de Ciencias de Coímbra, que protestó en nombre propio y en el de otras personas que habían visto el prodigio.

Durante todo este tiempo, ¿cuál fue la actitud de los dos periódicos católicos más «militantes» del país, *A Liberdade*, de Oporto, y *O Mensageiro*, de Leiria?

El día 16, en Oporto, un periódico «neutro», *O Primeiro de Janeiro*, dedicó algunas líneas a Fátima en sus *Notas Políticas*, haciendo únicamente notar dos cosas: la alegría de la multitud al oír decir que la Virgen anunciaba la próxima terminación de la guerra, y el mentís dado por esta

extraordinaria manifestación de fe a los que proclamaban el fin de la religión antes de dos generaciones.

A pesar de esta muy simpática intervención del colega neutro, *A Liberdade* esperó aún ocho días. El día 23, bajo el título «neutro»: *El caso de Fátima*, y después de haberse excusado por su retraso debido al deseo de esperar la intervención de la autoridad eclesiástica, «rompía un silencio que ya no tiene ahora justificación, puesto que loé demás periódicos, incluso los católicos, se han ocupado del caso». Y publica, sin más comentarios, el relato de un testigo ocular, el señor José Antonio Marques da Cruz Curado, vecino de Penacova, parigual a la común narración de los peregrinos.

O Mensageiro, de Leiria, había intervenido antes. El día 18, en su primera página, bajo el título: *Las apariciones de Fátima*, publicaba Una carta del señor Carlos Silva, testigo ocular, carta que es una serena confirmación de la opinión pública. Conclusión: «Esperamos que la Iglesia se pronuncie sobre este caso. Y no deseando seguir las huellas del señor cura de Lourdes a propósito de las visiones de Bernadette, afirmamos que solamente un poder sobrenatural puede producir lo que millares de personas vieron en Fátima el día 13 de octubre».

Este acto de fe del pequeño diario local será bien pronto el de todo el pueblo portugués.

En los medios intelectuales, la controversia fue dirimida por un artículo de Antonio Sardinha, jefe del movimiento «integrista», recién convertido de la impiedad a la fe, en el periódico de los realistas *A Monarquia*. Bajo el título *O Milagre da Fátima* (8 de noviembre), ridiculiza la mediocridad de los argumentos contra lo sobrenatural, mostrando la indigencia intelectual de los librepensadores y el «fossilismo» de sus ideas. Nadie contestó a este ataque, «las ranas de la prensa librepensadora cesaron de croar», dijo un historiador. Mas la impiedad nacional no abandonó la partida; dejando el área de la discusión científica, trabó combate en el terreno de la acción, combate iniciado unos días antes —según veremos— con la sacrílega mascarada de Santarem.

TERCERA PARTE: LOS TRES PASTORCILLOS DESPUÉS DE LAS APARICIONES

XII. TRES ALMAS SE ELEVAN

En la escuela de María

La Señora de Cova da Iria, en estas conversaciones cuyo contenido exacto quizás solo conozcamos en el cielo, fue para nuestros tres pastores una maestra incomparable de vida espiritual. Les enseñó la doble ciencia necesaria a todo cristiano: la de la oración y la del sacrificio.

Lucia, Francisco, Jacinta eran, para con esta piadosa Amiga, discípulos fieles, fervorosos, llenos de amor. Ella, poseyendo plenamente sus corazones, podía obtener de ellos todo lo que es posible en niños de esta edad. Con la simple narración de las apariciones, hemos podido advertir que sus almas tan puras y tan hermosas, se elevaban y transformaban desde el día en que se habían convertido en confidentes de Nuestra Señora.

Verdad es que Ella les había ido preparando para recibir sus propias lecciones, por medio de aquellas del mensajero celeste que le precedió.

Cuando Dios quiso salvar a Francia por medio de Juana de Arco, envió con mucha frecuencia durante cuatro años, al Arcángel San Gabriel a que conversara con la doncella sobre su misión extraordinaria. Al parecer, de la misma manera, la Reina del cielo, después de haber obtenido de la misericordia divina la salvación del mundo moderno por medio de los tres pequeños pastores de Aljustrel, les envió un ángel para elevar sus almas a la altura sublime y excepcional de su misión.

El enviado de Nuestra Señora les enseñó el arte de orar con fervor, de orar por aquellos que no oran, de reparar por aquellos que no tienen fe ni amor. Dirigió sus pensamientos hacia lo que será el objeto del Mensaje de Nuestra Señora: la oración y el sacrificio por la conversión de los pecadores y por la consolación del Corazón de Nuestro Señor.

En cuanto a la comunión misteriosa que les concedió en el Cabeço, hizo que no dejara de crecer el fervor en el corazón de los pequeños amantes de Jesús. Quizás habían oído contar la hermosa historia de la comida milagrosa de los niños de Santarem ⁷⁹, alumnos del bienaventurado Bernardo de Morlaas, que murieron con su maestro en la acción de gracias de su primera comunión, un día de la Ascensión. Si Lucia y sus compañeros conocían este episodio milagroso, envidiarían la suerte de los dos hermanos arrebatados de la tierra al Paraíso, pues el ángel les había dado, con su sola belleza, una maravillosa idea de la felicidad que se puede gustar en la región en la que viven estos seres de luz.

De la misma manera que los padres y hermanos de Santa Juana de Arco no sospechaban sus encuentros con el arcángel, las dos familias de nuestros pastores jamás sospecharon sus relaciones con el enviado del cielo, ni siquiera la misma Olimpia, que tan tiernamente estaba unida a los dos pequeños. Solo más tarde, algunos supieron, poco a poco, que los niños recitaban una plegaria que les había sido enseñada por un ángel.

Pero los niños solo piensan en el misterio que les envuelve. Solos en el campo, a lo largo del día, pueden hablar con toda discreción de sus inefables recuerdos comunes. Les agradan, sobre todo, los lugares en los que han vivido tales cosas, las rocas del Cabeço y el fondo del cercado, de Lucia, «detrás del pozo».

En aquel lugar, antes, buscaban espacio para sus juegos y allí han meditado la narración de la Pasión del Salvador. Ahora, ahí mismo, a favor de los montones de piedras y de los setos espesos, a la sombra de los tallares de castaños, se ocultan para orar a escondidas de los inoportunos y para hablar de lo que solo a ellos interesa. El lugar, aunque cercano a las casas, les aísla por completo. Desde el caserío nadie les puede ver; por el lado opuesto, la soledad absoluta: la mirada se extiende por una ladera cubierta de olivos hasta los tejados lejanos de Casa Velha.

Cuando el cuidado del rebaño pide que se dirijan al campo, lo hacen hacia los altos del Cabeço, su lugar preferente ahora. Tienen también un «escondite» natural allí: es el «agujero», el pequeño cercado de rocas que ya conocemos, puesto que es allí en donde han tenido la dicha de recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor, y que lleva, aunque impropriamente, el nombre de gruta. Tampoco allí les puede ver nadie, ni de los campos, ni de los senderos vecinos.

En uno y otro retiro, o en todo lugar que garantiza su discreción, repasan en su alma las palabras del ángel y sus actitudes, tratan de precisar ciertos detalles y comprender su significación. Sobre todo, les gusta recitar las hermosas fórmulas que les ha enseñado el ángel, en los mismos lugares en donde las escucharon por vez primera.

El ángel les ha dicho: «Orad así...». Y adivinan que no se trata solo de imitar su actitud de postración total, sino, sobre todo, del fervor y el impulso de su oración.

Les ha dicho: «Los Santos Corazones de Jesús y de María tienen designios de misericordia para vosotros». ¿Cuáles pueden ser estos designios? ¿Qué destino misterioso les espera? Lucía, que, ordinariamente, sabe responder a las preguntas de sus primos, aquí debe confesar su ignorancia.

Francisco, que solo ha visto y no ha oído lo que el ángel decía, es el que necesita más explicaciones. La noche misma de la comunión del Cabeço, preguntó a Lucia qué era lo que el ángel le había dado a beber en el cáliz:

—El ángel a ti te dio la santa comunión; ¿pero qué es lo que nos ha dado a Jacinta y a mí?

Y Jacinta, que ha oído y comprendido, responde en lugar de su prima:

—La misma cosa, la santa comunión... Ya has visto que era la Sangre que caía de la hostia ⁸⁰.

Y el pequeño dice:

—Ahora ya comprendo... Sentía que Dios estaba en mí y no sabía cómo.

Este sentimiento de la presencia de Dios se hará preponderante en Francisco, después de las primeras apariciones de Nuestra Señora, y le hará saborear aquí las delicias celestiales por medio de la infusión en el plano más íntimo de su ser de esta luz de otro mundo, en la que los niños se verán como hundidos en la divinidad. Y esos minutos de felicidad perfecta solo aumentan en sus corazones la nostalgia del Paraíso, que les ha inspirado la belleza del ángel y la luz que le acompañaba. Pues antes de haber visto a Nuestra Señora, ya desean conocer el bienaventurado lugar en donde el

ángel habita con sus iguales y con el Señor su Dios, cuya belleza debe ser todavía infinitamente más grande.

He aquí por qué el primer pensamiento que se les vino, cuando la Señora de la encina verde les dijo que habitaba en el cielo, es pedirle que les lleve consigo; y he aquí por qué encuentran muy natural la petición de sacrificio total que Ella les dirige y que ellos se ofrezcan como víctimas de amor con esa generosidad y ese entusiasmo; he aquí por qué, cuando, en su segunda visita, Ella anuncia a los dos pequeños que no pasará mucho tiempo sin llevarlos consigo, sienten tal alegría; he aquí por qué Lucia está tan triste ante el pensamiento de quedarse «sola» sobre esta tierra.

Un día, cuando los tres pastores se hubieron convertido en el objeto de la curiosidad pública, dos señoras preguntaron a Francisco qué profesión deseaba tener cuando fuera mayor: ¿molinero?, ¿militar?, ¿sabio? Invariablemente, él respondía:

—No, señoras.

—Ya sé lo que tú quieres ser: sacerdote... Decir misa, predicar la palabra de Dios y a Nuestra Señora..., rezar en la iglesia..., ¿no es verdad, Francisco?

—No, señora, no quiero ser sacerdote.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres ser?

—No quiero ser nada. *Quiero morir e ir al cielo.*

Morir e ir al cielo, he aquí cuál es ahora la ambición de nuestro pastor. Para ver a los ángeles, a Dios y a Nuestra Señora, Francisco, cuyos ojos extasiados han visto la belleza, renuncia a todo aquí abajo y su deseo es tan vivo que hasta el misterio de la muerte, tan terrible para los niños, lejos de horrorizarle, le atrae.

Pero de las santas impresiones que las visitas del ángel y de la Señora han dejado en el espíritu de los tres pastorcillos, no todas les han impresionado igual. En cuanto a Francisco, el sentimiento que le obsesiona, de forma particular, es la belleza de los espíritus bienaventurados, la suavidad de la presencia divina y la tristeza de ver a un Dios tan hermoso ofendido por el pecado.

Con frecuencia, deja que sus compañeras guarden las ovejas o que jueguen solas y él se aleja para orar. Se absorbe en el recuerdo de esta luz

inmensa en la que se sintieron sumidos. Gusta hablar a Lucia de ello y también a su hermana:

—Me gusta mucho ver al ángel; mucho más que a Nuestra Señora. Pero lo que más me ha gustado es ver a Dios en esa gran luz que Ella nos ha puesto en el pecho... ¡Pero qué pena que está tan triste Dios!... ¡Si pudiera consolarle!...

Y cuando la conversación recaía sobre las apariciones, Francisco dirigía el pensamiento de sus compañeras hacia el bienaventurado momento en el que María, separando las manos, les había recompensado la generosidad de su ofrenda total, dando a gustar la visión beatífica.

—En esa luz, que es Dios, era como si estuviéramos en llamas y no ardíamos... ¡Cómo es Dios!... ¡Están hermoso, tan bueno que no podemos decirlo!...

Lucia y Jacinta no olvidan tampoco que la Señora les prometió llevarlas al cielo y no tienen menos deseos que Francisco de ver la promesa cumplida. Es esta esperanza la que, visiblemente, les sostiene en todas las luchas con que van a tener que enfrentarse.

A partir de la tercera aparición, hemos visto el odio de los sectarios traducirse a veces en amenazas de muerte; cada vez que esta amenaza, de una manera o de otra, llega a los oídos de nuestros tres amigos, sabemos cómo expresaban el mismo pensamiento:

—¡Tanto mejor!... ¡Si nos matan, iremos más pronto al cielo!

Cuando se acercaba el 13 de octubre, no cesaban de decirles que les cortarían a trozos, que les quemarían vivos, que estaban ya preparadas las bombas contra sus casas y que una bomba estallaría cerca de la encina verde mientras hablaban con la Señora. Y siempre la misma sosegada esperanza:

—¡Qué felicidad si pudiéramos subir con Nuestro Señor al Paraíso!...

Si Francisco, que solo ha visto, quedó tan impresionado por la belleza de lo Alto, parece que su hermana, de corazón tan dulce y tan compasivo, retuvo, particularmente, el recuerdo de los sufrimientos de los condenados. Desde la visión del infierno, el 13 de julio, no puede apartar su pensamiento de ella.

Desde el anochecer de aquel día, no hace más que pedir explicaciones a Lucia sobre la eternidad del infierno, cuya idea le impresiona vivamente.

—Entonces, después de muchos años, ¿el infierno no se acaba todavía?... ¿Y las gentes que en él se queman no mueren? ¿No se convierten en ceniza?... Y si los cristianos oran mucho por esos desgraciados, ¿Dios no les saca de allí?... ¿Ni siquiera si se hacen muchos sacrificios por ellos?...

—No. No si han muerto en estado de pecado mortal. Pero nosotros podemos orar y hacer sacrificios para que se conviertan, como la Señora nos lo ha pedido.

—*¡Coitadinhos!*... ¡Pobres desgraciados!... ¡Qué pena me dan las almas que caen allí!... Haremos mucha oración y sacrificios para la conversión de los pecadores.

A veces, se sentaba pensativa y repetía:

—¡El infierno!... ¡El infierno!... ¡Qué pena me dan las almas que caen en él!... ¡Y los que están allí arden como maderos en el fuego!... Es necesario orar mucho para impedir que las almas vayan al infierno.

Y toda temblorosa de horror y de emoción, se arrodillaba, y, con las manos juntas, decía la oración que les había enseñado la Señora, para repetir entre las decenas del rosario.

Otras, llamaba a sus compañeros:

—Lucia, Francisco, ¿queréis orar conmigo?... Es necesario orar *mucho* para impedir que las almas vayan al infierno... ¡Van tantas!... ¿Por qué la Santa Virgen no enseñará el infierno a los pecadores?... Si lo vieran, no pecarían y no irían a él.

Y pensando en la seguridad que la Aparición les había dado sobre la salvación de ellos tres, con la certeza de escapar al infierno, expresaba así su reconocimiento:

—¡Qué buena es esa Señora!... ¡Ha prometido llevarnos al cielo!

Algunos días después de la visión del infierno era la fiesta de San Juan. En esta festividad se baila alrededor del fuego. Los otros niños fueron a buscarla.

—Yo no voy —dijo Lucia.

—¿Por qué?

—Yo no bailo, para ofrecer ese sacrificio a Nuestro Señor.

Un día de gran afluencia a Cova da Iria, viendo la muchedumbre que había acudido para presenciar la aparición, dijo a su prima:

—Lucia, deberías decir a la Señora que enseñara el infierno a toda esa gente... ¡Ya verías cómo se convertirían!

Y, pensativa, añadía:

—Son tantos los que van al infierno... ¡Tantos!

Y Lucia le animaba:

—No temas... Tú irás al cielo...

—Sí, pero quisiera que toda esta gente viniera conmigo.

Lo que acaba de desprender el alma de la pequeña Jacinta de todas las cosas de aquí abajo es este pensamiento de la eternidad y del infierno; es lo que le inspira los sacrificios más heroicos. Cuando sufra su larga y cruel enfermedad, si se muestra tan valerosa, es porque piensa que sus sufrimientos convertirán a pecadores y estos no se condenarán.

Y Jacinta llegó a decir, bruscamente, a su prima:

—Yo iré al cielo; pero tú que te quedas aquí, vas a decir a todo el mundo, si la Santa Virgen te lo permite, lo que es el infierno, para que no cometan más pecados y no se condenen.

Se quejaba de que, a pesar de las recomendaciones de Nuestra Señora para que no se ofendiera más a Nuestro Señor, las gentes continuaban cometiendo los mismos pecados.

Cuando oía conversaciones inconvenientes, se tapaba el rostro con las manos y decía:

—¡Dios mío!, sin duda alguna estas gentes no saben que hablando de tal modo podrían ir al infierno. Perdónales y conviérteles. Estoy segura de que no saben que ofenden a Dios. ¡Qué pena, Jesús! Te ruego por ellos.

Y comenzaba a decir la oración: *Oh, mi Jesús, perdónanos, presérvanos del fuego del infierno...*

Sobre esto, en sus recuerdos, sor Lucia hacía la siguiente y juiciosa observación: «Ciertas personas, incluso piadosas, se niegan a hablar del

infierno a sus hijos, por temor a horrorizarles. Sin embargo, Dios no ha dudado en enseñarlo a tres niños, uno de los cuales solo tenía entonces siete años. Esta visión es tan horrible que poco faltó para que ese niño muriera de pena».

Cuando hablaban los tres de esta terrible visión, decían:

—¡Si pudiéramos, con nuestros sacrificios, cerrar para siempre las puertas de ese terrible horno!... ¡Si pudiéramos hacer que todos los pecadores iniciaran el camino del cielo!...

Si Jacinta, por más sensible, habla con más frecuencia de los sufrimientos de los condenados, sus compañeros no los olvidan. También se animan al sacrificio y se entregan a la oración pensando en esta gran preocupación del Corazón Inmaculado de María: la salvación de los pobres pecadores.

Con frecuencia repiten la plegaria que el ángel les ha enseñado por aquellos que no rezan nunca; y no dejan, cuando el sacrificio se presenta ante ellos, de ofrecerlo por los pecadores, como Nuestra Señora les ha enseñado: *Oh, mi Jesús, por amor a Ti, por la conversión de los pecadores...*

Junto con el sacrificio, Ella les ha recomendado la oración, y, sobre todo, la oración vocal del rosario. Y esto, desde el momento de la primera aparición. Por eso al día siguiente de ese día memorable, cuando los tres compañeros llegaron a los pastos, Jacinta fue a sentarse, pensativa, sola, sobre una roca.

—Jacinta, ven a jugar.

—Hoy no juego.

—¿Por qué?

—Pienso en lo que esa Señora nos ha pedido: recitar el rosario y hacer sacrificios por la conversión de los pecadores.

La víspera, por la noche, como hemos visto, había pedido a su madre que recitara el rosario con ella. Y los tres, para la conversión de los pecadores, no solo recitaban varias veces el rosario en el día, sino que recomendaban esta devoción a todo el mundo.

En lo que se refiere a los sentimientos de Lucia en este momento de su vida solo podemos adivinarlos por analogía con los de sus primitos. Pues todo esto lo conocemos a través de sus escritos, y en estos se muestra extremadamente atenta a hablar de sí misma lo menos posible. Resueltamente, y siempre, se esconde, para que en la escena solo aparezcan Francisco y Jacinta.

Por tanto, no podemos saber si, entre las revelaciones recibidas y las impresiones sufridas, Lucia fue especialmente atraída por este o aquel detalle, por este o aquel otro aspecto del misterio en el que había sido arrebatada como sus primos.

¿De qué le gustaba hablar de forma particular en la intimidad del Cabeço o «detrás del pozo» con sus dos confidentes?... Ya no están aquí para decírnoslo.

Como tenía que permanecer en esta tierra como depositaria del secreto hasta el límite señalado por la Providencia, quizás consideraba que le había sido confiado tal secreto de una forma más reservada. El conocimiento de su porvenir, sobre el de su patria y del mundo, sobre el papel que tenía que desempeñar en la difusión de la devoción al Corazón Inmaculado de María, las previsiones sobre la guerra que ha desolado el mundo y otros elementos del secreto que todavía no nos son conocidos, esto es quizás lo que llenaba su pensamiento, lo que alimentaba su oración, así como lo que daba materia para sus conversaciones con los primos.

Nos llama la atención que toda esta vida interior de nuestros tres pastores haya escapado a los testigos de su vida: padres, amigos, camaradas. Pero esto también se comprende, sin embargo, cuando se piensa en su género de vida, que les permitía estar con tanta frecuencia y tanto tiempo los tres solos. Solo cuando la enfermedad hizo que Francisco quedara en su habitación sus hermanos y sus padres comenzaron a sospechar la profundidad de sus sentimientos.

En su interrogatorio por la Comisión investigadora, Olimpia declaró: «Después de las apariciones mis hijos jugaban como antes hacían. Todo lo que hacían de más era recitar el rosario. Todas las noches pedían permiso para recitarlo antes de acostarse, aunque lo hubieran recitado ya dos o tres veces mientras cuidaban de las ovejas».

Sin embargo, la madre no había dejado de observar una mayor delicadeza de conciencia en los niños: «Eran más francos que antes; contaban mejor lo que había hecho el rebaño durante el día».

El padre, Manuel Pedro, cuenta que después de las apariciones eran ellos los que impulsaban a los demás miembros de la familia a rezar el rosario, mientras que antes de las visiones había sucedido una vez que Francisco se había quedado en la «otra habitación», cuando le llamaron para hacer en común la plegaria de la noche; fue necesario que su padre saliera a buscarlo con mala cara.

Lo que todo el mundo advertía era el celo que los pequeños videntes ponían en difundir lo que podían comunicar entonces de las palabras de la Santa Virgen, su fidelidad en responder a los deseos de la Señora de Cova, la firmeza admirable y la paciencia que ponían en ser mensajeros de la Reina del Cielo. Y se les veía cómo atraían a los otros niños para que rezaran el rosario y llevarlos consigo a los lugares de las apariciones para rezar allí.

Cuando se acercaba el día 13 aumentaba su seriedad y recogimiento.

¿Cómo no observar que su amistad, ahora, es más profunda, particularmente entre Lucia y Francisco? En otro tiempo, cuando el muchacho iba con su prima, lo hacía más por acompañar a su hermana pequeña que por simpatía hacia Lucia. Olimpia advierte que ahora la busca con más frecuencia; y después de haber vendido el rebaño, observará cómo los dos pequeños, cada día, van en busca de Lucia y se reúnen con ella.

Un día hasta llegaron al lugar convenido antes que Lucia. Cuando esta se les unió, Francisco dijo:

—Antes, no te quería tanto y venía, sobre todo, por dar gusto a Jacinta. Pero ahora, cuando me despierto por las mañanas solo deseo reunirme contigo y estar junto a ti.

Lo que no podía tener otro motivo que poder hablar con ella de aquello que, por otra parte, era toda la vida para los tres: los deseos del Corazón Inmaculado de María por la conversión y la salvación de los pecadores.

Olimpia insiste en decirnos que sus hijos siguieron siendo niños como los demás, lo que no era en modo alguno el parecer de los otros, que, cada

vez más numerosos, sentían por ellos admiración y hasta les mostraban veneración.

Un domingo, después de la misa, las muchachas de la Moita invitaron a Lucia a pasar la tarde con ellas. María Rosa le dio permiso, y las niñas fueron a pedir permiso a Olimpia para que también fueran Francisco y Jacinta.

Comieron en casa de José Alves. Después de comer, Jacinta se durmió; el dueño de la casa le pidió que se acostara en su cama.

Llegaron los vecinos, invitados a pasar allí la tarde. Todos quisieron ver cómo dormía Jacinta; caminaban sobre la punta de los pies y, desde el umbral de la habitación, contemplaban su sueño.

Una sonrisa se dibujaba en sus labios; con sus pequeñas manos juntas parecía un ángel; llegó gente de las casas vecinas para verla. La señora Alves y sus hijas decían:

—¡Es realmente un ángel!...

Y, respetuosas, se pusieron de rodillas ante la cama y allí quedaron hasta las cuatro y media, hora en la que habían convenido ir a rezar el rosario, todos juntos, a la Cova da Iria.

Las gentes de Aljustrel ahora los respetaban cada vez más. Y cuando estén enfermos, todos les considerarán como niños privilegiados del Cielo.

—Es algo que no puede comprenderse —dirán—. Son niños como los nuestros; no nos dicen nada y, a pesar de esto, se siente otro ambiente, otro aire, cuando se está cerca de ellos. Cuando se entra en la habitación de Francisco es como si se entrara en la iglesia.

El suplicio de los interrogatorios

La cruz es la gran escuela de la santidad: «Si alguno quiere ser mi discípulo —ha dicho el Salvador—, que tome mi cruz y que me siga». La gran maravilla de la vida de los tres pastores es que habían comprendido, de tan corta edad, el gran misterio del sufrimiento, «qué grande es el precio del sacrificio y cómo el Señor lo tiene en cuenta para convertir a los pecadores» y para santificarnos.

María no ha dispensado a sus discípulos de la cruz. Por el contrario, Ella les pidió si querían aceptar lo que les tenía reservado y les previno que sería pesada cruz: «Tendréis que sufrir mucho...».

El sacrificio que más les costó, puesto que fue el único al que intentaron huir alguna vez, era el de soportar la indiscreción de las gentes que llegaban de todas partes a interrogarles.

Desde el verano de 1917, una peregrinación, continua llega a Cova da Iria. Grupos de fieles, sin que exista ninguna organización para dirigir a las muchedumbres, llegan de todo el país. El campo de encinas verdes de Antonio dos Santos se convierte en una especie de santuario sin sacerdotes, sin muros, sin altar, en donde la oración no cesa jamás alrededor del pórtico de madera erigido por la familia Carreira.

Para Lucia, Jacinta y Francisco constituye un verdadero problema llegar hasta allí sin ser advertidos. Sencillos y discretos, recitan el rosario. Pero si llega gente, invariablemente les piden que lo recen con ellos.

Con mucha frecuencia los peregrinos abusan de su paciencia, haciéndoles mil recomendaciones, preguntas, o siempre las mismas, o hasta insidiosas e indiscretas.

Si no les encuentran en Cova da Iria van a buscarlos a su casa, al prado. Les retienen horas enteras. ¡Qué prueba para los nervios de estos niños!... ¡Qué cansancio!...

Les hemos visto presas de la muchedumbre el día del gran prodigio. Aquella tarde fue necesario que sus padres los arrancaran a los curiosos para hacerles comer y reposar. Cuando Lucia, al fin libre, entró en su casa, vencida por la fatiga cayó sobre el suelo y se durmió.

Y hasta hubo gentes que pasaron la noche en el lugar y esperaron a la mañana para poder hablar con ella...

Y esto sin descanso, sin que se viera el fin.

Todos los días, aún más que antes, son interrogados por los publicistas, por los médicos, por eclesiásticos, por creyentes y por incrédulos, por fervorosos o por indecisos, que se abrogan el poder de calar en el misterio de las apariciones, y todos les abruman a preguntas. Algunos llegan a mirarles al fondo de los *ojos*, al parecer, queriendo desollar su alma para

descubrir en ella sus sentimientos íntimos y, sobre todo, para leer el famoso secreto.

A partir del 19 de octubre, un examinador oficioso y autorizado, el vizconde de Montelo ⁸¹, nota que los niños están fatigados hasta el exceso, lo que quita firmeza a sus respuestas:

«Lucia, sobre todo, parece extenuada; el exceso de fatiga le obliga a responder sin poner suficiente atención en lo que dice... Y, a veces, hasta llega a no acordarse de determinadas circunstancias, lo que no le sucedía antes del 13 de octubre...

Si no cuidan a esos niños, si no se les evita la fatiga de los interrogatorios largos y repetidos, su salud puede quedar seriamente afectada».

Todos estos curiosos no saben sobre las visiones más que lo que los niños querían decirles, y nadie pudo notar jamás en sus respuestas el menor desacuerdo o contradicción. Pero nada desanimaba la inoportuna curiosidad de la muchedumbre.

Esto suponía para los niños una verdadera tortura, que ordinariamente tenían la paciencia de ofrecer a Nuestro Señor, pero que a veces evitaban voluntariamente. ¿Cómo podemos asombrarnos al ver a niños de tan poca edad, importunados hasta el exceso, tratar de buscar pretextos para escapar de los indagadores demasiado indiscretos?

Y sucedió que, cuando les avisaban que llegaban extranjeros a Aljustrel, corrían a esconderse. Lo que hacían, en parte, por cansancio de repetir siempre lo mismo, pero también por temor a revelar el gran secreto confiado por la Señora, y otras cosas que de común acuerdo querían ocultar, principalmente la próxima muerte de Francisco y de Jacinta, y todo lo que se refería a su vida de penitentes. Y, además, con excesiva frecuencia tenían que escuchar alabanzas que Herían su humildad. ¿No llegaron a arrodillarse delante de ellos..., a besarles las manos?... ¿No llegaron a cortarles el pelo para conservarlo como reliquia?

Jacinta, sobre todo, se había impuesto el deber de huir de la compañía de los visitantes inoportunos. No olvidaba haber prometido a Lucia no decir nada a nadie y desconfiaba de su propia flaqueza.

Si no podía huir a la tortura, se la veía bajar la cabeza, fijar la mirada en el suelo y no decir apenas una sola palabra.

Un día la pequeña imaginó un bonito medio para despistar a ciertos indiscretos. Iban los tres por el camino del poblado. Antes de llegar a la carretera principal vieron descender de un coche detenido en el cruce de caminos a un grupo de señoras y algunos señores. No había duda sobre lo que quería aquella gente. Jacinta dijo:

—Si huimos, llamaríamos la atención. Vamos a su encuentro.

Cuando los dos grupos se encontraron, las señoras preguntaron a los niños si ellos conocían a los pequeños pastores a los que se aparecía la Santa Virgen.

—Sí, claro que les conocemos.

—¿Sabéis dónde viven?

—Sí, señoras.

Y Lucia les dio todas las indicaciones necesarias para que aquella gente pudiera llegar a su casa y a la de sus primos.

Cuando el grupo inoportuno hubo desaparecido hacía Aljustrel, nuestro trío se fue a ocultar a los campos.

Jacinta estaba muy orgullosa de haber inventado este procedimiento para no mentir, método del que su prima, en el convento, pasados los años, sabría hacer tan frecuente como buen uso.

Francisco no daba muestras de menor imaginación. Un día estaban los tres sentados a unos cuantos pasos de la casa de los pequeños, a la sombra de las grandes higueras cuyas ramas cubren el camino. El muchacho se había alejado un poco de sus compañeras y volvió con la nueva de que algunas señoras parecían llegar en su busca.

—Llevan —dijo— grandes sombreros, de grandes alas como cedazos. Subámonos a las higueras y así no nos verán.

Y así lo hicieron y así sucedió. Cuando las hermosas mujeres hubieron pasado, descendieron apresuradamente y desaparecieron en un campo de maíz.

Otra vez, hacía dos horas que Francisco había desaparecido. Su madre no se imaginaba lo que podía haberle ocurrido. Y he aquí que Lucia y

Jacinta llegan a la casa. Olimpia les dice que quisiera saber dónde está el muchacho y les pide que vayan en su busca. Y se van. En aquel momento, Francisco sale de su escondite:

—¡Estaba lleno de gente!... Y Dios no quería que me encontrara solo frente a toda ella. ¿Qué les hubiera podido decir?

Cuando no lograba huir de los inoportunos, se mostraba avaro de palabras. Puesto que no había oído y no conocía las palabras de la Señora, salvo por medio de Lucia, remitía los interlocutores a su prima. Esta le preguntó un día:

—¿Por qué bajas la cabeza cuando te preguntan y por qué no respondes?

—Porque quiero que seas tú la primera en responder. Yo no he oído nada; solo puedo decir lo que he visto. Y, además, si dijera alguna vez lo que no quieres que digamos...

Lo que interesaba, sobre todo, a esos visitantes, era el secreto. Pero todas las mañas y promesas fueron inútiles; nadie supo más que el primer día, cuando la desgraciada Jacinta había dejado escapar que existía un secreto.

Algunas damas, cargadas de joyas, llegaron un día a Aljustrel. Y enseñando a Jacinta sus cadenas y sus brazaletes, dijeron:

—¿Te gusta esto?

—Sí.

—¿Quieres estas joyas?

—Sí.

—Pues bien, dinos el secreto.

Y hacen gesto de quitárselas para dárselas.

—No, no. No se las quiten. No diré nada. Aunque me dieran todo el mundo...

A quien más atacaban era, evidentemente, a Lucia; pero ella era sostenida por una gracia especial: «Cada vez que me interrogaban, me sentía con fuerzas para guardar el secreto; oía una voz interior que me

dictaba la respuesta y me permitía de tal forma, sin faltar a la verdad, callar lo que debía permanecer oculto hasta este momento».

Pero no debemos creer que fue algo convenido entre ellos el negarse a todo interrogatorio. Respondieron cien y cien veces; se tomaron taquigráficamente sus declaraciones. Les fotografiaron con frecuencia. Pero no consideran útil repetir sin cesar lo que tantas veces repitieron.

Algunos, particularmente los eclesiásticos, no contentos con hostigar a Lucia en su casa o en el campo, la llamaban al presbiterio de Fátima para interrogarla con más libertad y con frecuencia para copiar sus respuestas por escrito.

Las preguntas a veces eran tan minuciosas, tan capciosas y tan imprevistas, que Lucia, niña de once años, se preguntaba si estaba en condiciones de responder.

El reproche que se les ha hecho, muchas veces, de huir de las indagaciones, no es merecido, como tampoco el que se mostraban groseros y poco educados. De ordinario, cuando podían se prestaban de buena gana a los interrogatorios.

Encontramos testimonio de ello en la pluma de uno de estos, el vizconde de Montelo, que con frecuencia les interrogó minuciosamente.

«A una señal mía, ella se sienta en una silla, a mi lado. Se presta con su mejor voluntad a mi interrogatorio sobre los acontecimientos de los que es principal testigo. Sin embargo, la veía visiblemente fatigada y abatida».

Y repetidas veces, en sus narraciones, este mismo autor insiste sobre la gentileza y el buen espíritu de los tres pequeños videntes.

Lucia, todavía más que sus primos, veía en estos interrogatorios Un sacrificio meritorio que ofrecer a Nuestro Señor, uno de esos sufrimientos anunciados por la Señora que era necesario aceptar valerosamente por la conversión de los pecadores.

A la tortura del interrogatorio continuo se añadía el grave y cruel tormento de la conciencia. ¿Tenía derecho a ocultar la promesa que había hecho a la Señora de sacrificarse por los pecadores, de aceptar con corazón todos los sufrimientos que pluguiera a Nuestro Señor enviarles, promesa formulada en la primera aparición y renovada varias veces después?

¿Tenían derecho a callar la promesa de Nuestra Señora de llevarse al cielo a los dos más pequeños y dejar a Lucia «algún tiempo» aquí abajo?...

Lucia y sus primos pensaban sin cesar en estas cosas. Las hablaban entre sí, pero sentían una gran repugnancia de revelarlas al público e incluso a sus padres.

Un sentimiento muy legítimo de pudor les impedía presentarse a los ojos de la gente como víctimas y mártires. Por otra parte, ¿no perderían todo el mérito de su vida penitente, si, en lugar de mantenerla en secreto, la comunicaban a los demás? Y los padres, ¿no se habrían opuesto a su cumplimiento? Es lo más probable.

Sin embargo, Lucia se preguntaba si mentiría cuando ocultaba a los que le preguntaban ciertas cosas de las revelaciones de María, puesto que estaba obligada a responder no cuando le preguntaban si Nuestra Señora había dicho otra cosa, puesto que, efectivamente, Ella había dicho otra cosa. Y el discípulo la atormentaba muchísimo. Una vez, especialmente atormentada por no haber respondido a ciertas preguntas de un sacerdote de Torres Novas, Lucia consultó con sus primos:

—No sé si hacemos mal no diciendo todo. Me preguntaron si la Santísima Virgen no me había dicho algo más. Yo respondía: Nos ha dicho también el secreto. Ocultando todo lo demás, ¿no miento?

—No lo sé —respondió Jacinta—. Pero has sido tú quien quiso que eso no se dijera.

—Es verdad, no quiero que se diga, no quiero... Se pondrían a preguntarnos qué mortificaciones hacemos... ¡Y no faltaría más!... Mira, si tú no hubieras hablado nadie sabría todavía que hemos visto a Nuestra Señora, hablado con ella, como nadie sabe que hemos hablado con el ángel. ¡Y no era necesario que nadie lo supiera!

Y, en su corazón, elevó al cielo esta plegaria:

—Dios y mi dulce Madre del Cielo, ya sabéis que no quiero ofenderos con la mentira. Pero también sabéis que no puedo decir a todos lo que me habéis dicho.

Unos días después, se presentó otro sacerdote de Santarem, que hizo preguntas tan indiscretas como el de Torres Novas y se burló de ciertas respuestas de Lucia. Esta se desanimó. Puesto que los sacerdotes, a los que

respeto tanto, no creen en las apariciones, ella, ignorante campesina, ¿no iba a dudar sobre su origen?

Para obligar a los pequeños videntes a decir toda la verdad, les dijeron un día que un sacerdote iba a verles, que era un santo y que adivinaba lo que ocurría en el interior de los corazones. Descubriría fácilmente todas sus mentiras y todas sus reticencias.

En lugar de atemorizarles, esta perspectiva les da nueva seguridad. Jacinta dice, llena de contento:

—¿Que va a venir un sacerdote que es adivino? Si lee en los corazones, verá que decimos verdad.

La desconfianza del pastor

Quien hubiera podido servir de más apoyo a los pequeños videntes en sus dificultades, el padre de sus almas, el cura párroco de Fátima, fue para los niños justo y correcto siempre, pero es necesario confesar que no comprendió sus estados de alma y que demostró indiferencia y hasta frialdad hostil hacia lo que era para los niños el todo de su vida: la realidad sobrenatural de las apariciones.

Por este lado, no recibieron el menor apoyo.

Un testigo del párroco canónico, José Alves, de la Moita, declaró que un día, estando con el párroco de Fátima, le escuchó decir: «O es una cosa muy buena, o es una cosa muy mala».

—Cosa mala, no. Pues si lo fuera no pediría que se rezara el rosario y que se hiciera oración.

—Usted también se deja engañar —respondió el sacerdote—. El diablo se sirve de los sacramentos que odia. ¿No llega hasta la mesa de la comunión, siendo así que la detesta?

José Alves respondió modestamente:

—El señor cura ha estudiado; yo no.

El párroco de Ferreira jamás pudo librarse de esta indiferencia. Y, sin embargo, en los informes oficiales que redactó, se muestra objetivo, imparcial y hasta juicioso. Pero en ello manifiesta un «silencio», una

«neutralidad», una «prudencia» que no practicó en realidad, pues las familias de los videntes, sin tener nada que reprocharle, solo recibieron por parte de él prohibiciones y órdenes negativas; llegó hasta decir que el padre Manuel Pedro era demasiado crédulo, «acaso alucinado», a predicar en el pulpito contra aquellos que iban a rezar a Cova da Iria y a insultar a sus colegas que creían poder informarse directamente asistiendo a las apariciones.

En suma, sacerdote concienzudo y piadoso, se mostró exageradamente dócil a las instrucciones de sus superiores, recomendando «no participar en ninguna manifestación religiosa relacionada con las apariciones».

Es necesario decir que se deja impresionar demasiado por las quejas de las gentes que se enfadaban porque los pequeños feligreses no habían sido demasiado amables para con ellos que querían hacerles preguntas. ¿No habían llegado a esconderse debajo de la cama cuando preguntaban por ellos?

El párroco Ferreira hubiera querido que respondieran a todo el mundo con paciencia incansable, con la distinción de las gentes del mundo, con la ciencia de los teólogos. Le hubiera agradado, sobre todo, que estuvieran siempre a disposición de los colegas en el sacerdocio que llegaban en gran número a interrogarles.

Además, desde que se hablaba de esas apariciones estaba abrumado por toda clase de molestias. Mientras los sectarios le reprochaban no impedir que esa «comedia» cesara, los devotos de las apariciones le acusaban de connivencia con aquellos. Esta calumnia había tomado cuerpo de forma más consistente cuando la triste jornada del 13 de agosto. Todos recuerdan que el administrador del distrito, antes de llevarse a los pequeños videntes, les envió al presbiterio de la iglesia, para que fueran interrogados por el párroco.

Como el rapto tuvo lugar durante esta visita al presbiterio, la muchedumbre sospechó que el párroco había tomado parte en la conjura tramada por el «Hojalatero», y sin los prodigios que ocurrieron en Cova da Iria, le hubiera costado caro.

El abate Manuel Marques Ferreira consideró que era inútil disculparse en una carta del 15 de Agosto de 1917, publicada por el diario de Lisboa *A Ordem*, y por el de Vila Nova de Ourem, *O Oruiense*. En esa carta afirma

que su vida, el día 13, corrió grave peligro, hasta tal punto había llegado la excitación de los ánimos provocada por el rapto de los niños y por la calumnia lanzada contra él.

En esa carta explica también las razones por las cuales no acude a Cova da Iria el día 13 de cada mes. Si las apariciones son sobrenaturales, su presencia no es necesaria; si no lo son, asistiendo proporcionaría un argumento nuevo a los enemigos de la Iglesia.

Incluso después de los grandes prodigios del 13 de octubre, cuando el eco llegaba hasta sus oídos, no se resolvió a salir de dudas, al menos ante el público, sino tan solo en su fuero interno. Como nos ha dicho Manuel Pedro, «fue la última persona del país que creyó en las apariciones».

Sin embargo, perfectamente consciente de su deber, dos días después de la última aparición, había escrito al patriarca ⁸² para informar oficialmente a sus superiores de lo que había ocurrido de manera muy objetiva, y terminaba recomendando la necesidad de constituir una comisión oficial para estudiar el asunto que le descargara de una responsabilidad demasiado pesada para él. Desgraciadamente, el cardenal Mendes Belo había sido expulsado de su diócesis por la persecución oficial. Roma había designado como administrador de la diócesis a monseñor Juan de Lima Vidal. Este respondió el día 3 de noviembre siguiente, pidiendo al buen párroco que procediera él mismo a una indagación concienzuda sobre las visiones y los otros prodigios, con el fin de elevarle un informe circunstanciado. Y de esta manera se le abrumaba con una responsabilidad de la que había querido huir.

El párroco convocó a los niños, a sus padres, a los principales testigos, y recogió por escrito sus declaraciones. Lo hizo con un esmero tan escrupuloso, que solo remitió su informe dieciocho meses más tarde, el 28 de abril de 1919 ⁸³.

Durante este tiempo fue restablecida jurídicamente la diócesis de Leiria (17 de enero de 1918), pero no se cubrió la silla hasta 1920.

Todo esto venía a retrasar la decisión de la autoridad, que habría sacado al párroco Ferreira de su embarazo y de sus escrúpulos, y, como consecuencia, abortar un poco de consuelo inapreciable a los tres pequeños videntes.

Por estos el buen cura casi sentía odio por proporcionarle tantas preocupaciones. Y, además, apasionado por su parroquia y por su iglesia, veía con cierta inquietud el culto casi cismático que se iba desarrollando en Cova da Iria.

El domingo, cuando veía aquellos miles de fieles reunirse en aquellos lugares, en la tierra desierta, para recitar el rosario y cantar cánticos, pensaba que hubiera sido mejor inspiración ir a su iglesia.

Esta, en verdad, amenazaba ruina. Y el párroco sabía que los fieles echaban cantidades considerables de dinero al pie de un árbol y hablaban de construir una iglesia en medio de los campos. La iglesia del pueblo, ¡estaba tan necesitada de reparaciones urgentes y costosas!

Cuando, como consecuencia de la encuesta prescrita por el patriarcado, interrogó a la pequeña Lucia, le hizo las siguientes preguntas:

«¿Por qué todas esas gentes van a arrodillarse en medio de un desierto, siendo así que el Dios vivo, el Dios de nuestros altares, Jesús Sacramentado, está solo, abandonado en el tabernáculo?»

«¿Por qué dejan ese dinero sin razón alguna, bajo un árbol, mientras que la iglesia en ruinas no puede ser restaurada por falta de recursos?»⁸⁴.

En sus recuerdos, Lucia observa con gran sentido:

—Si hubiera tenido influencia en los corazones de toda esta gente, les hubiera dirigido desde luego hacia la iglesia parroquial. Pero no la tenía, esto era un sacrificio más que ofrecer a Dios.

El bueno y santo varón cayó presa de una indecisión malsana. Amigos y adversarios de las apariciones se disputaban su connivencia y él no la daba a nadie. Un día, desanimado, anunció que abandonaría la parroquia que le causaba tantas preocupaciones⁸⁵.

Como era un sacerdote lleno de celo, muy amado de sus feligreses, este anuncio entristeció a las almas piadosas. La ceguera de algunas de ellas hizo que la amenaza del párroco recayera sobre los pequeños videntes, sobre todo contra Lucia. Un día, algunas mujeres, devotas con exceso, la encontraron en un camino, y comenzaron a injuriarle y pegarle. Lucía lo soportó todo estoicamente, por amor a Dios.

La frialdad de los padres

Manuel Pedro; ante el misterio de la Cova da Iria, adoptó, después de la tercera aparición, una actitud muy diferente de la de su hermana María Rosa. Ni él ni su mujer, Olimpia, atormentaron nunca a Jacinta ni a Francisco, sino tan solo algunas veces para probar una sinceridad de la que no dudaban. Pero sus hijos mayores no dejaban de embromar a los pequeños, sobre todo antes de los grandes prodigios de los últimos días 13.

Por el contrario, en casa de los Santos, Lucia se encontraba aislada y como abandonada. Su padre no tenía malos sentimientos, dice un vecino, pero era negligente y le gustaba divertirse. En la taberna, sus amigos, algunas veces conseguían que dijera «tonterías» contra esas «historias de mujeres», de las que su hija era la heroína principal.

María Rosa era una mujer con cabeza y profundamente creyente; pero también demasiado dócil a las indicaciones del párroco, y llevaba más allá de lo conveniente los límites de tales consejos; hubiera querido conseguir que Lucia se desanimara y alejara de todas esas locuras, quizá provocadas por los poderes infernales.

Por el menor pretexto abrumaba a su hija de reproches y hasta llegaba a golpearla. Sobre todo entre la segunda y la tercera aparición, Lucia sufrió la persecución de su familia, de lo que hemos dado algunas pruebas. He aquí un incidente que su misma madre contó en su declaración ante la comisión oficial informadora.

Un día, a fines de junio, María Rosa vio que su hija tenía en la mano sesenta céntimos en piezas de a diez, que alguien le había dado. Una vecina dijo a la madre:

—Lucia hace bien en ir contando por ahí esas historias de las apariciones... Eso ya le ha valido unas monedas... Acaba de decírmelo...

Lucia, interrogada, negó haber dicho semejante cosa. Y María Rosa dijo:

—¿Cómo? Una mujer de más de sesenta años afirma algo, y tú, una mocosa, lo niegas. Quien miente en lo poco, puede mentir en lo mucho.

Y, sin indagar más, «le dio una bofetada»; pero Lucia siguió afirmando que había sido Jacinta quien había recibido unas monedas de plata (unas 20

pesetas).

La madre fue a contar lo sucedido al párroco, que, reprochándola haber pegado a la niña, le aconsejó que esperara a ver si las circunstancias demostraban que Lucia había mentido o no.

Incidentes de este tipo se producían con frecuencia. No se podía admitir que la pequeña hablara del deseo que la Señora había mostrado de que ella fuera a la escuela. Para una niña del campo esto era una simple pretensión del orgullo, una ambición inexplicable.

—¿Qué le puede importar a Nuestra Señora que tú sepas leer o no?

Cuando, el 13 de octubre, la Reina del Cielo dio, en favor del testimonio de los niños, una prueba innegable, sus padres dejaron de perseguir a Lucia y toleraron menos que la molestaran.

Antes de esta «señal de Dios», la indiferencia del padre llegaba a veces a la hostilidad y la desconfianza de la madre se trocaba en impaciencia, pero intervino un nuevo elemento psicológico, muy importante para los campesinos, cuyo trabajo es difícil e ingrato.

La propiedad de los Santos en la Cova da Iria era bastante importante; pero había dejado de producir.

Lucia misma nos lo cuenta: «En mi familia, esto causó un gran disgusto, del que se me hizo responsable. La Cova da Iria pertenecía, en gran parte, a mis padres. En la vaguada había un campo bastante fértil, del que se sacaba, según los años, maíz, legumbres, patatas. Se había llegado a recoger hasta cincuenta sacos de patatas. En las laderas, había olivos, encinas verdes, robles. Crecía allí bastante hierba, proporcionando un pasto importante para el ganado. Desde que el pueblo comenzó a reunirse allí, no se pudo cultivar nada más, ni recoger fruto alguno. Eran muchos los que iban con caballos o asnos, y los animales acababan con lo poco que había respetado la gente.

Mi madre se lamentaba de esta pérdida:

—Tú, cuando tengas hambre, le pides pan a esa Señora.

Y mis hermanas añadían:

—Ahora debías comer lo que se coja en Cova da Iria.

Impresionada por estos razonamientos, no me atrevía ni siquiera a tomar un bocado de pan».

Además de esta cosecha, había que tener en cuenta lo que se dejaba de ganar por pérdida de tiempo. Una de las hermanas de Lucia se vio obligada a dejar el oficio de tejedora, que era su fuente de ingresos, para correr a buscarla cuando la gente deseaba verla; y, debía sustituir a la hermana menor en el cuidado del ganado mientras duraba la entrevista.

Para evitar estas molestias, fue necesario vender el rebaño de ovejas, y la familia acusó la pérdida de los ingresos que sacaban por este medio.

Además, los otros propietarios de la Cova también se quejaban de las pérdidas. Todos los campos pisoteados, todas las cosechas perdidas, suponían quejas y peticiones de indemnización por parte de los interesados. Obsesionada por estas dificultades, María Rosa decía a Lucia:

«Has formado tal enredo que nos pones enfrente de todo el mundo».

Pues de todo esto, la única culpable era Lucia. En los momentos difíciles, no dejaban de recordarlo y de añadir que, después de todo, no era seguro que todo aquello que contaba no fueran quimeras, pura fantasía de su imaginación infantil. Y Lucia solo tenía un recurso: recordarse a sí misma su vocación de víctima y ofrecer estas humillaciones para la conversión de los pecadores.

Después de la «señal de Dios», los perjuicios que la gente causaba en la tierra de Cova aumentaron. Ya no se reprochaba a Lucia sus mentiras, pero ella sufría al no poder recompensar a sus padres por tal pérdida.

Notemos, aunque solo sea de paso, que sería injusto explicar solo por el interés material, aunque debe tenerse en cuenta la conducta de sus padres para con Lucia. No hay que olvidar que si Antonio era poco practicante, María Rosa y sus hijas eran feligresas asiduas. Quizás querían poner a prueba a la pequeña vidente para darse cuenta si verdaderamente era una santa que merecía que la Santísima Virgen se le apareciese, como si Dios esperara siempre a que fuéramos mercedoras de sus gracias para concedérnoslas. Y, además, esas almas sencillas se sentían frente a acontecimientos que las superaban en sus alcances y las abrumaban en su vida de honradas y sosegadas campesinas. Esto era todo cuanto Lucia expiaba. Lo que sucedió después demostró que no había alguna avaricia en la conducta de los santos, sino, por el contrario, un perfecto desinterés.

Jamás, en efecto, recogieron un solo «real» (céntimo) de las fuertes sumas que yacían en su propia tierra, echadas por los peregrinos alrededor del tronco de la encina verde. Aunque sufrieran más molestias que los Marto, jamás pensaron en apropiarse de lo más mínimo para resarcirse de los perjuicios causados en las cosechas.

La familia Carreira recogía esas donaciones con el fin de que no las robaran. Cuando la sede de Leiria estuvo ocupada, fueron entregadas íntegramente al prelado ⁸⁶.

Un día, Lucia fue acusada ante su madre, por unos vecinos, de haber aceptado dinero de ciertos señores que la habían hablado. La corrección no se hizo esperar. Felizmente, su hermana Carolina y otras muchachas que habían asistido a la conversación afirmaron que no habían visto nada semejante. El castigo cesó, pero, dice Lucia, «el polvo de mis vestidos había sido ya suficientemente sacudido».

En 1919, cuando las gentes del poblado decidieron construir la «pequeña capilla» en honor de la Aparición, pidieron el terreno necesario a Antonio dos Santos. Este respondió:

—Hacedla tan grande como queráis.

Sin embargo, la señora Carreira afirma que incluso en aquel momento Antonio se quejaba de las pérdidas que le ocasionaba la gente, sobre todo cortando ramas de los árboles para llevárselas como recuerdo.

En 1921, monseñor el obispo de Leiria compró los terrenos de Cova da Iria. De todos los que vendieron, la familia de Lucia, fue la más moderada en sus exigencias. En su carta pastoral, aprobando las peregrinaciones a la Cova da Iria y el culto a Nuestra Señora de Fátima (1930), monseñor José Correia da Silva quiso rendir oficialmente homenaje al desinterés de esta familia.

Todavía hoy, cuarenta años después de las apariciones, los hijos y las hijas de Antonio dos Santos, como también los supervivientes de la familia Marto, siguen siendo modestos y humildes trabajadores. Pasan inadvertidos entre la muchedumbre de peregrinos que canta en Cova da Iria las glorias de María y las bendiciones que ha repartido sobre todos por medio de sus hijos. Y, sobre todo, tienen el gran mérito de dejar su trabajo en cualquier momento para recibir con paciencia y cordialidad a los piadosos visitantes

que invaden Aljustrel los días 12 y 13 de cada mes, e incluso los demás días del año.

El odio de las malos

Los pequeños videntes eran los primeros sorprendidos al ver llegar tanta gente allí donde la Señora se les había aparecido. Pero se sentían alegres por ello, no por orgullo, pues este sentimiento parecía serles completamente ajeno, sino por amor hacia la hermosa Amiga llegada del cielo...

Por eso sufrían de manera extraña, cuando, ante ellos, se trataba de criticar o ridiculizar la Aparición, o incluso cuando blasfemaban.

Algunos días después de terminadas las apariciones, se produjo un penoso incidente que les entristeció. Hemos mencionado el «altar» erigido en el lugar de las apariciones por la señora Carreira. Allí, la piedad y el agradecimiento de los peregrinos había dejado numerosos exvotos y objetos diversos.

Sabiendo que las autoridades gubernamentales dejaban hacer, quizás animados por el gobernador del distrito de Santarem, una partida de pilluelos de esta ciudad llegaron una noche en automóvil para llevarse todas aquellas muestras de piedad popular hacia María. Destruyeron el pórtico, se llevaron la mesa y todo cuanto había en aquel santuario provisional; hasta quisieron cortar la encina verde de las apariciones y llevársela arrastrando detrás del coche (noche 23 al 24 de octubre).

Tan pronto como fue de día, la noticia del atentado llegó a Aljustrel. Lucia quiso ir al lugar para ver lo sucedido con sus propios ojos. ¡Cuál no fue su alegría al ver que aquellos desgraciados se habían equivocado y arrancaron y se llevaron un árbol vecino, en lugar del verdadero, que, por otra parte, solo era un arbusto que se alzaba a pocos pies del suelo!

Mientras Lucia, en Cova da Iría, oraba para que Dios perdonara a aquellos bandidos y los convirtiera, estos organizaban en las calles de Santarem una procesión sacrílega. Con manifestaciones carnavalescas, paseaban por las calles de la ciudad los objetos arrebatados en Cova. Los creyentes que asistieron al espectáculo se indignaron, pero no se atrevieron a protestar contra las bromas groseras que herían sus piadosos sentimientos

porque sabían que detrás de estas bandas impías estaban las autoridades oficiales del distrito, gozosas de ver «a aquellos hombres libres yugular en el mismo momento de nacer esa conjuración bien urdida para despertar la fe».

Unos días después sufrieron al saber que un *Congreso de propaganda y protesta contra las agitaciones clericales* debía tener lugar en la misma Fátima, a causa de las apariciones de la Cova da Iria, el domingo 1 de diciembre. La masonería lo había organizado con apoyo del Gobierno. Gracias a la previsión del párroco y al buen espíritu de sus feligreses, la manifestación hostil sirvió para confusión de los escasos congresistas.

Panfletos odiosos, distribuidos en todas las casas de la región, convocaban a todos los «amigos de la libertad» en Fátima, a la hora de la salida de la misa mayor. Se reunieron una media docena en la plaza de la iglesia; un solo vecino de la parroquia les esperaba, el alcalde, que sin duda se creyó obligado a ello por su representación oficial.

El párroco había avisado a la población que la misa dominical tendría lugar en la capilla de Nuestra Señora de la Ortiga y todo el mundo había obedecido.

Decepcionados, los manifestantes se dirigieron hacia la Cova da Iria. Allí, un campesino de Lomba de Egua les había preparado una espléndida recepción. Delante de la encina verde les esperaba una buena cantidad de paja y de heno amontonados. Además, todos los asnos que ese hombre había podido reunir fueron atados a los árboles, y, en el momento en que los discursos iban a comenzar, se las arregló para que todos comenzaran a rebuznar a la vez. Acabado el concierto, un orador comenzó a hablar; pero algunos habitantes de los lugares próximos que volvían de misa y se habían escondido entre los arbustos cercanos comenzaron a gritar y por todas partes comenzó a escucharse: «¡Viva Jesús!... ¡Viva María!», que respondían a las blasfemias del «Hojalatero»⁸⁷.

Sin embargo, los diarios llamados liberales insistían en una amplia e intensa campaña contra Fátima. Las visiones y los prodigios eran debidos a los «manejos de la reacción»; Lucia, Francisco y Jacinta eran «muchachos bien adiestrados por un clericalismo que agonizaba y que era necesario destruir por completo». Las autoridades del distrito y del municipio se

honraban sosteniendo estas ideas «avanzadas», y anunciaban que si esas manifestaciones religiosas no cesaban se harían necesarias severas repreciones.

Los pobres campesinos de Aljustrel, en medio de todo este tumulto, perdían literalmente la cabeza y llegaban a odiar casi a los niños por haber turbado la calma secular de aquel rincón de la montaña.

Pero ellos tres, Lucia, Francisco y Jacinta, al descubrir el odio de los malos, se aplicaban a realizar con más fervor su programa de penitencia, y su gran angustia íntima de no responder con bastante generosidad a lo que de ellos esperaba la celeste Visitante, torturaba todavía más su pobre corazón.

Caritativos guías

Hemos visto que, entre aquellos que acudían a interrogar a los videntes, había sacerdotes que a veces se mostraban escépticos y burlones. No comprendían que la Virgen hubiera elegido como confidentes a niños tan pequeños y tan ignorantes. Y, además, en estos primeros tiempos, el misterio de Fátima no se manifestaba en el esplendor luminoso con que ahora lo conocemos, y esos espíritus cultivados podían encontrar en él numerosos puntos oscuros. Y no hay duda alguna de que la Providencia no quiso una adhesión súbita y general del clero, con el fin de que no se pudiese decir que Fátima era una invención de los curas. Respetuosos con el sacerdocio., como eran nuestros pastores, sentían ante las burlas de los sacerdotes una gran pena: «Cuando nos encontrábamos en presencia de un sacerdote, dice Lucia, nos preparábamos para ofrecer a Dios uno de nuestros más grandes sacrificios».

Durante el período de las apariciones fueron raros los eclesiásticos que se atrevieron a mezclarse con las muchedumbres de Cova da Iria; sin embargo, muchos fueron allí y se convencieron.

Cuando la última aparición, un sacerdote, que pasó la noche en el campo, esperaba con impaciencia la hora del milagro anunciado. Cuando llegaron los niños, preguntó a Lucia a qué hora llegaría la Señora. Después, cuando dieron las campanadas del mediodía, no dejaba de mirar su reloj, diciendo a los niños:

—¡Ya ha pasado la hora!... ¡Todo esto son historias!... ¡Ilusiones!...

Al fin, Lucia, molesta, le respondió:

—Quien quiera marcharse, que se vaya... Yo me quedo.

Pero después rectificó sus prevenciones, como todos aquellos que estaban allí, si las habían tenido.

Pero precisamente eran aquellos que no habían querido ir los días 13 los que acudían después a importunar con preguntas, algunas veces penosas, a los pequeños videntes.

Sin embargo, podríamos citar a algunos que, desde este momento, creyeron en una manifestación de lo alto y no aprobaban la reserva excesiva del párroco de Fátima. Y hubo sacerdote que no temía arrostrar los reproches del párroco Ferreira presidiendo el rosario en la Cova, o incluso dirigiendo la palabra a los fieles allí reunidos.

Eran muchos los que sostenían con sus consejos y su valor a los pequeños mensajeros de la Reina del Cielo. Y era, en efecto, conveniente que en el camino penoso que ellos tenían que recorrer la celestial Amiga pusiera algunos sacerdotes caritativos que se compadecieran de sus almas.

Conocemos ya al buen padre Cruz, aquel que había intercedido ante el párroco Pena para que admitiera a la santa comunión a Lucia tres años antes. Habiendo oído, en Lisboa, hablar de las apariciones de Fátima, llegó a la capital para informarse sobre los acontecimientos de labios de los mismos videntes.

Después de haber hablado mucho tiempo con ellos, les pidió que le acompañaran hasta la Cova da Iria para enseñarle el lugar exacto en el que se había aparecido la Santa Virgen. Lucia y Jacinta fueron con él. Caminaban a la derecha y a la izquierda del pequeño asno sobre el que montaba el sacerdote, que alzaba tan poco, que las piernas de este rozaban en el suelo.

Y así les enseñó oraciones jaculatorias que no olvidarían nunca:

—¡Oh, Jesús mío, os amo!... ¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!...

La primera de ellas gustaba sobre todo a Jacinta, que la repetía sin cesar con toda la efusión de su corazón.

Otro sacerdote, después de haberles interrogado largamente, les dio, antes de separarse de ellos, un excelente consejo:

—Hijos míos, debéis amar mucho a Nuestro Señor por tantas gracias y bondades como os ha concedido. Lucia retuvo estas palabras y repetía habitualmente:

—Dios mío, os amo en agradecimiento de las gracias que me habéis concedido.

Enseñó esta fórmula a sus primos, Y de cuando en cuando interrumpían sus juegos para repetirla. Si se olvidaban, Jacinta no dejaba de recordar la resolución adoptada:

—¿Habéis recordado decir a Nuestro Señor que le amamos mucho por las gracias que nos ha concedido?

Después de la tercera aparición, dos sacerdotes, llegados a Fátima para interrogar a los niños, les habían hablado en términos calurosos del soberano Pontífice, de sus grandes responsabilidades y del deber de orar para él. Desde entonces el Santo Padre estaba en el primer plano del pensamiento y del amor de los tres niños, y tanto más cuanto que las palabras de los sacerdotes concertaban con ciertos datos del «secreto» y con ciertas visiones particulares de Jacinta.

Adoptaron la costumbre de añadir «y por el Santo Padre» a sus fórmulas de ofrecimiento de los sacrificios, y nosotros hemos oído hablar a Francisco, en la prisión de Ourem, que no había que olvidar esta intención.

Al final del rosario decían los tres «Ave María» por el Papa. Y Jacinta no dejaba nunca de añadir:

—¡Si yo pudiera ver al Santo Padre!... ¡Viene tanta gente y el Santo Padre no viene nunca!...

Se imaginaba, sin duda, que al Papa le era fácil viajar por los países cristianos.

El párroco de Fátima, un día, expuso la suposición de que Lucia podría ser llamada a Roana para ser interrogada por los cardenales y quizá por Su Santidad. Al saber esto, la niño dio palmas de alegría y dijo a sus primos:

— ¡Qué dicha! ¡Voy a ver al Padre Santo!...

Y los otros pequeños, tristes:

—¡Nosotros no iremos! ¡Ofreceremos este sacrificio a Nuestro Señor por el Papa!

El sacerdote que supuso un mayor apoyo para nuestros amigos en sus dificultades fue el abate Faustino José, Ferreira, párroco de Olival y arcipreste del distrito de Ourem. Ya ha muerto, pero toda la región sigue hablando de él como de un santo.

Animado por un gran celo, por la gloria de Dios, era muy devoto de la Virgen y de las almas del purgatorio. Conocía personalmente a cada uno de los siete mil feligreses, y para todos era un amigo. Se presentaba con la misma sencillez en el palacio de los grandes que en las más humildes chozas de su parroquia, y en todas partes sus consejos eran escuchados con respeto y amor.

Para los sacerdotes del distrito, él era, al mismo tiempo, el amigo respetado y el modelo. Muchos de ellos fueron sus alumnos durante su ministerio en Olival, y había llevado hasta el altar a veintiocho jóvenes de su parroquia. Esta cifra, por sí sola, ¿no es el más hermoso de los elogios?

Después de la revolución de 1910, los jacobinos del país habían intentado marchar y debilitar tan hermosa reputación haciéndole encerrar durante unas horas en las prisiones de Santarem. Y con ello aumentó su popularidad.

Muy pronto, entre este buen sacerdote y los pequeños videntes de Fátima, se creó una especie de poderosa amistad.

Se impuso el deber de enseñarles a conservar su secreto sin faltar a la verdad, y a iniciarles en la vida espiritual, indicándoles de modo particular cómo podrían demostrar su amor a Nuestro Señor ofreciéndole muchos sacrificios.

—Si tenéis gana de comer algo bueno, no lo comáis, y, en su lugar, comed algo que os guste menos. Cuando tengáis muchas ganas de jugar, no juguéis: esta es una hermosa mortificación que agrada a Jesús. Si hay curiosos que os quieren preguntar y vosotros no podéis evitarlos, es que Dios así lo quiere; ofrecedle también este sacrificio.

Cuando iba a Fátima, Jacinto Ferreira no dejaba de ir a ver a Jacinta para darle ánimos. De cuando en cuando enviaba a Aljustrel a una piadosa viuda del caserío de la Soutaria (la Castañera), cerca de Olival, a la que

llamaban señora Emilia ⁸⁸. Esta buena persona se llevaba consigo a Lucia y la conducía al presbiterio de Olival, en donde permanecía dos o tres días en compañía de una sobrina del párroco Ferreira.

Durante estas estancias allí, el buen sacerdote consagraba largas horas a enseñarle la práctica de la virtud y a prodigarles los más prudentes consejos. Sor Lucia de Jesús conserva todavía el más agradecido recuerdo a esta primera guía de su vida espiritual.

El señor arcipreste se interesaba mucho también por Jacinta y por Francisco. Y, a través de Lucia, les enviaba sus paternas pensamientos y sus buenos consejos, sobre todo cuando uno y otro enfermaron.

Más tarde debía ser designado por monseñor el obispo de Leiria como miembro de la Comisión canónica informadora de las visiones y milagros de Fátima. Por otra parte, desde el primer momento se declaró partidario convencido de la realidad de las apariciones.

Sed de sacrificios

No contentos con ofrecer a Dios todos los sufrimientos, consecuencia de su vocación de videntes, Lucia, Jacinta y Francisco, para merecer el Paraíso prometido, para preservar del infierno a los pecadores, para consolar los Corazones Santísimos de Jesús y de María, buscaban, con su imaginación o en el recuerdo que conservaban de la vida de los santos, las penitencias que podrían imponerse sin que lo advirtieran a su alrededor.

La meritoria, parece, es aquella que se le ocurrió a Francisco cuando, al día siguiente de la primera aparición, Jacinta, pensativa, había hecho la siguiente pregunta: «Pero ¿cómo haremos sacrificios?...». Se trataba de encontrar un buen medio de sacrificarse por la conversión de los pecadores sin despertar la atención de los padres. Francisco sugirió:

—Demos nuestra merienda a las ovejas. No merendar es una bonita penitencia.

Y así quedó decidido. En pocos momentos, todo el contenido del saquillo fue distribuido al rebaño y nuestros tres pequeños pastores pasaron la jornada en ayuno tan riguroso como el del más austero de los cartujos. Y esto se repetía con frecuencia.

En contrapartida, la guarda de las ovejas se hacía más fácil. Atraídas por su gula, no se alejaban ya de sus pastores.

Pero un día se encontraron con unos huérfanos de la Moita, que iban mendigando de puerta en puerta. Jacinta propuso la siguiente idea:

—Demos nuestras comidas a estos pobres pequeños.

Y ella se la llevó en seguida.

Por la tarde, el hambre la atenaza. Hay encinas verdes y encinas comunes. Las bellotas todavía no están suficientemente formadas. Sin embargo, Lucia cree que ya se pueden comer. Francisco se sube a una encina verde y llena sus bolsillos del fruto de aquel árbol. Pero Jacinta ha oído decir que las bellotas de las encinas verdes son más amargas. Francisco debe trepar a otro árbol, y he aquí a nuestros tres golosos deleitándose con este alimento delicioso.

Desde entonces Jacinta elegirá como sacrificio habitual merendar con bellotas. Algunas veces las sustituirá con aceitunas verdes, que tampoco son más agradables al paladar. Un día, Lucia le dice:

—No comas eso, es demasiado amargo.

—Precisamente por eso lo como; para convertir a los pecadores.

Pero los mendigos de la Moita les buscaban por la campiña para aprovecharse de su limosna. Y tomaron la costumbre de esperarles siempre en el mismo sitio. Tan pronto como les veían, Jacinta se apresuraba a llevarles las provisiones tan deseadas y con ello sentían un auténtico placer. En las primeras horas, el trío se sentía satisfecho del sacrificio realizado. Pero por la tarde los estómagos reclamaban alimento.

Y, entonces, para sustituir los víveres dados por las madres, encontraban en los bosques y en los campos, piñones, moras, raíces de «campanillas» ⁸⁹, champiñones, trufas ⁹⁰... Era algo así como un regalo, cuando, cerca de los pastos, había un campo de su familia con algunos árboles frutales.

Mortificar la gula, ¡qué duro es para nuestros pequeños y pequeñas! Lucia, Francisco y Jacinta, para obedecer a su celeste Amiga, lo hacían con placer.

La madre de Jacinta poseía una viña, cerca del pozo de su cuñada. Un día, los niños estaban jugando allí. Olimpia cogió algunos racimos de uvas y se los llevó. Pero Jacinta no olvidaba jamás a los pecadores.

—No los comamos y ofrezcamos este nuevo sacrificio.

Y va a darlos inmediatamente a los otros niños que juegan en la calle. Vuelve radiante de contento. Se ha encontrado con los pobres de Moita y les ha dado los hermosos racimos dorados.

Otra vez, Olimpia llama a los pequeños para darles unos higos, de una especie particularmente succulenta, que ha traído a la casa. Jacinta se sienta al lado de la cesta y comienza a deleitarse con el pensamiento de comer tan hermosos frutos. Coge uno. Después, súbitamente, se extasía:

—Todavía no hemos hecho ningún sacrificio por los pecadores. Hagamos este

Y deja el higo en la cesta. Y, después, los tres dicen la fórmula de ofrecimiento y abandonan el cesto tentador.

Una vecina ofreció un día a la madre de Lucía un buen pasto para el rebaño. Era muy lejos y estaban en lo más cálido del verano. Pero junto al prado había un lugar en donde el rebaño podía beber y un bosquecillo en donde los niños podrían pasar la hora de la siesta a la sombra. María Rosa aceptó esta amable proposición.

Durante el camino, los pastores encontraron a los pequeños mendigos, y Jacinta se apresuró a llevarles la limosna habitual. Pero pasada la hora del mediodía ya no pueden resistir más. Muy cerca de allí hay una choza. Lucía propone a sus compañeros llegar hasta ella a pedir un poco de agua. Llama a la puerta. Le responde una pequeña vieja, y, muy amablemente, les da una garrafa de agua y añade un pedazo de pan.

El pan es repartido entre los tres hambrientos. Después, Lucía ofrece el agua a Francisco.

—No quiero beber —responde este.

—¿Por qué?

—Quiero sufrir esto por la conversión de los pecadores.

—Bebe tú, Jacinta.

—También yo quiero hacer penitencia.

Y Lucia vierte agua en las concavidades de las piedras y da de beber a las ovejas, después entrega el recipiente a la mujer.

Pero el calor sofocante no disminuía. Las cigarras y los grillos, a dúo con las ranas de una laguna vecina, forman un coro ensordecedor.

Jacinta, debilitada por el hambre y por la sed, se siente mal. Con esa simplicidad infantil que conservará hasta la muerte, dice a su prima:

—Ve a decir a las ranas y a Jos grillos que se callen. ¡Me duele la cabeza! ¡No puedo más!

—¿No quieres sufrir esto por los pecadores? —pregunta Francisco a su hermana.

—Sí quiero... ¡Dejadles cantar!

De cuando en cuando hacía la promesa de pasar una novena o un mes sin beber fuera de las horas de la comida en casa. Bajo un calor abrumador, un día del mes de agosto que había hecho tal promesa, volvían juntos de recitar el rosario en Cova da Iria. Al llegar a una laguna que bordea el camino ⁹¹. Jacinta dice a Lucia:

—Tengo tanta sed que me duele la cabeza... Voy a beber de esta agua.

—No, de esa no. Mi madre me ha prohibido beber porque no está limpia. Vamos a pedir agua ahí cerca, en casa de Maris dos Anjos.

Era una pariente que hacía poco que se había casado.

—No —dice la pequeña—. Beberé de esta agua para sustituir el sacrificio de la sed. Beber agua buena no sería un sacrificio.

¡Necesitaba sin cesar nuevos sacrificios! Era insaciable llegada la hora de sufrir...

Un día, con sus compañeros, se divertía cogiendo, en las piedras de los muros, una hierba cuya flor produce un pequeño crujido cuando se la aprieta con los dedos. Jacinta, sin querer, tocó unas ortigas y sintió una fuerte picazón. Fue un rayo de luz. Cogió un puñado de ortigas y dijo a los demás:

—¡Mirad, mirad!... Otra cosa para mortificarnos.

Y desde entonces, cuando encontraban ortigas, se flagelaban con ellas las piernas.

Entre la cuarta y la quinta aparición, por un camino por el que conducían a sus ovejas, Lucia encontró un trozo de cuerda gruesa, sin duda caída de alguna carreta. La recogió; después, como diversión, la ató a su brazo. No tardó en advertir que la cuerda la hería.

—¡Esto duele! Podríamos atarla alrededor de los riñones y ofrecer a Dios un sacrificio más.

La idea es aceptada. Para repartirse la cuerda no tienen cuchillo; pero hay guijarros con los que golpearla contra el borde de una roca. No tardaron en tener cada uno su pequeño cilicio.

La cuerda es gruesa, o acaso está demasiado apretada... La realidad es que ese instrumento, por momentos, hace sufrir horriblemente a nuestros tres pequeños amigos. Jacinta llora algunas veces. Pero si Lucia le dice que se quite la cuerda, contesta:

—¡No!... Es necesario sufrir por la reparación de los pecados y por la conversión de los pecadores.

Pero cuando llega el momento de la aparición siguiente, el 13 de septiembre, la Visión dice maternalmente a los tres pequeños:

—*Nuestra Señar está contento de vuestros sacrificios, pero no quiere que llevéis la cuerda en la cama. Llevadla solo durante el día.*

Los niños obedecieron. Y perseveraron en esta penitencia que agradaba a Jesús y a María.

«Tú aprenderás a leer»

En el otoño de 1917 aconteció un cambio importante en la vida de los tres pequeños videntes.

Lucia contaba que en la segunda aparición la Señora les había recomendado «aprender a leer». Algunas veces, cuando decía esto, sus interlocutores la interrumpían:

—¡Y todavía no vas a la escuela!... ¿Es así como obedeces a la Virgen?

La pobre niña se callaba; no hubiere podido acusar de tal falta, si falta hubiese, a sus padres ⁹². Por otra parte, ¡amaba tanto sus ovejas y el aire

libre de los sotos y collados!... ¡Y temía tanto ser objeto de las burlas de algunas de las compañeras de colegio!

He aquí cómo la Providencia arregló las cosas.

Fatigada de tener que estar enviando siempre a alguien a que corriera detrás de sus niños, para satisfacer el deseo de las gentes que querían verlos, la señora Olimpia, hacia fines de agosto, confió la custodia del rebaño a su hijo Juan, para que los pequeños se pudieran quedar en casa. Este cambio de vida no había agradado a Jacinta, que con gusto habría prescindido de ver a tanta gente.

Para Lucia, María Rosa había encontrado otra solución. En primer lugar, se había tomado el cuidado de indicar cada día a su hija a qué pasto debía conducir el rebaño; así la madre sabía dónde podía ir a buscarla si preguntaban por ella.

Pero pronto, como hemos visto, la madre se cansó de ver a las hermanas de Lucia correr en busca de la hermana, y ocupadas, una u otra, en sustituirla en la guarda del rebaño. Y fue entonces cuando, a mediados de septiembre, se deshizo de las ovejas.

Y desde entonces, de común acuerdo con su cuñada; decidieron enviar a los niños a la escuela.

Hemos preguntado a Antonio Marto si los compañeros se burlaban de Francisco a propósito de las visiones. Nos respondió:

—No, no se ocupaban de tales cosas. Y, además. Francisco era como yo; no les hablaba de las apariciones, no decía nada sobre ello.

Pero he aquí que Jacinta y Francisco no tuvieron tiempo de demostrar sus aptitudes. Lucia nos dijo que no conocieron otro libro de clase que el de «las primeras letras». Y Jacinta, además, no iba con mucha frecuencia a la escuela, pues su madre consideraba que estaba muy lejos y que la niña era demasiado pequeña.

A la entrada y a la salida de clase, y durante los recreos, las dos amigas dejaban que sus compañeras jugaran mientras ellas iban a la iglesia a hacer compañía a Jesús Sacramentado.

—Parece como si me adivinaran —decía Jacinta—. Tan pronto como entro en la iglesia comienza a llegar gente que quiere verme. ¡Me agradecería tanto estar sola hablando con Jesús Oculto! Pero no nos dejan.

Con frecuencia se trataba de gente de los caseríos y pueblos vecinos, de alma sencilla, que las buscaban para confiarles todo aquello que les preocupaba. Si a veces les encomendaban a un pecador, escándalo o desgracia de la familia, ellas decían:

—Oraremos por él y ofreceremos sacrificios para que se convierta y no vaya al infierno, ¡pobre desgraciado!

¡Con qué entusiasmo aprendían los tres el catecismo, Francisco y Jacinta sobre todo, para poder hacer su primera comunión! Este era su mayor y único deseo.

Francisco y Jacinta sabían de buena fuente que no les serviría de nada el estudiar. Y por eso llegaban a pasarse en la iglesia el tiempo de clase. Y los maestros, advertidos, no se preocupaban por ello más que los padres.

Cuando llegaban al caserío, iban los tres juntos a saludar a Jesús Oculto, en su tabernáculo. Y entonces Francisco decía con frecuencia a Lucia:

—Es necesario que tú vayas a clase. Pero yo me voy a quedar aquí. Dentro de poco iré al cielo. ¿Vale la pena que estudie? Cuando salgas de clase, ven a recogerme.

Y por la tarde le encontraba, en un rincón de la iglesia, cerca del altar en donde estaba el Santo Sacramento.

Cuando llegó la enfermedad, el invierno siguiente, y Francisco tuvo que quedarse en casa, su gran pesar era no poder visitar a Jesús.

—Lo que me resulta más desagradable es no poder permanecer un instante con Jesús Oculto. «Ve a la iglesia, le decía a Lucia, y dile un montón de cosas a Jesús por mí».

En la primavera de 1918 se produjo un acontecimiento muy importante para Jacinta, sobre el cual, no obstante, estamos poco informados. Su padre y su madre nos han contado que ella hizo la primera comunión en las siguientes circunstancias:

«Jacinta no hizo una primera comunión solemne, sino privada. Era un día de fiesta o un domingo, después de Pascuas. En la Cuaresma, el párroco procuraba que las personas mayores cumplieran con la iglesia; después se ocupaba de los niños. Aquel año, me parece que fue en junio. En el examen preliminar, el párroco encontró a Jacinta bastante instruida, pero Francisco

volvió a casa hecho un mar de la grimas. Desde entonces, Jacinta comulgó varias veces en la iglesia de Fátima antes de caer enferma».

En un interrogatorio oficial, el abate Marques Ferreira ha declarado que Jacinta hizo su primera comunión «con una madurez y una piedad superior a la de los otros niños».

Desgraciadamente, estas son todas las noticias que tenemos sobre los sentimientos de Jacinta en ese día tan deseado. Sor Lucia de Jesús, a la que hemos interrogado especialmente sobre este punto, no ha conservado ningún recuerdo sobre la primera comunión de su prima.

Pero al menos nosotros sabemos que, por otra parte, cuando Jacinta diga a Jesús que le ama, le encontrará en lo más íntimo de su propio corazón... ¡Se ha cumplido lo que era su sueño sobre la tierra!... Solo le queda poseer a Jesús en el cielo, allí en donde Él no se oculta, sino donde se manifiesta en toda su gloria y su belleza.

Un año después

Ahora el pueblo portugués entero vuelve los ojos hacia Fátima, en donde el sol «bailó», en donde Nuestra Señora del Rosario se mostró a tres pequeños pastorcillos; y, la mayor parte de la gente, lo hace con un profundo sentimiento de fe y de confianza.

Son innumerables las conversiones de indiferentes o de impíos. En todas partes se cuentan milagros atribuidos a la Virgen de Cova da Iria. Se ha dado un formidable retorno del pueblo hacia sus tradiciones católicas. Y hasta en el mismo Gobierno se han producido cambios importantes ⁹³; al menos, los sectarios predominan menos que en el pasado.

En febrero de 1918, cuatro meses después de la primera aparición, los obispos portugueses se reunieron en Lisboa. Y pudieron escribir al Papa Benedicto XV que la situación de la Iglesia en Portugal mejoraba poco a poco. El Soberano Pontífice respondió a esta carta el 29 de abril, y en su respuesta encontramos una declaración cuyos términos y tono han llamado la atención de aquellos historiadores que se ocuparon de Fátima.

Después de expresar su persuasión de que la situación anterior de la Iglesia en Portugal no era ni estable ni duradera, el Papa añade:

«Esta esperanza se ha confirmado sobre todo por la devoción ardiente de vuestro pueblo hacia la Virgen Inmaculada, devoción que ennoblece tanto a esa porción del rebaño de Cristo. *Tal devoción merecía en verdad una ayuda extraordinaria* (singulare quoddam auxilium) *por parte de la Madre de Dios»* ⁹⁴.

¿Hacia alusión Benedicto XV a las apariciones de la Cova da Iria? Muy probablemente, pues toda la prensa católica del universo había hablado de ellas ⁹⁵. En Roma estaban tan acostumbrados a recibir malas noticias de Portugal, que el anuncio de los acontecimientos maravillosos hacía pensar de manera natural en una misericordiosa intervención de María en ayuda de este pueblo desgraciado y bueno, por caminos extraordinarios, *singulare quoddam auxilium*.

El Papa, tan preocupado por llevar la paz a todos los hombres, ¿no vería en el mensaje de Fátima, que pedía oraciones para que la guerra acabara, una especie de intervención del Cielo en favor de sus esfuerzos pacíficos, como respuesta a su carta del 5 de mayo pidiendo una cruzada de oraciones?

En todo caso, es algo digno de observarse que el 18 de julio de 1918 fueron reanudadas las relaciones diplomáticas entre Portugal y la Santa Sede. Por tanto, las oraciones y los ofrecimientos de Lucia, Jacinta y Francisco por el Santo Padre no han sido inútiles.

Además, ciertas leyes religiosas fueron atenuadas en su rigor.

De todas partes llegan a Cova da Iria a rezar el rosario, cerca del pórtico y del pequeño cercado de piedras que señalan el lugar preciso en el que la Virgen se apareció ⁹⁶.

Y, sin embargo, la autoridad religiosa sigue guardando silencio y los sacerdotes se abstienen de aparecer en Cova, salvo como un curioso y a título privado.

Y, no obstante, en el pueblo hay buenas gentes que no cesan de hablar de esas «divertidas historias», ideadas por niños y que no soportan que los demás crean en ellas.

Jacinta, Francisco y Lucia desearían, cada día más que el anterior, pasar inadvertidos. Con mucha frecuencia, y sobre todo en los días

aniversarios de las seis apariciones, se acercan a la Cova en las horas tranquilas, después que todo el mundo se ha ido.

Pero a veces sucede que hay gentes que se han quedado allí, y entonces los niños son víctimas de la curiosidad ávida de unos y de otros.

Lucia, sobre todo, es el objeto de atención general. Ella se deja llevar, pacientemente, de grupo en grupo. Y sufre unas veces el fuego nutrido de las preguntas retorcidas y las más enojosas, otras veces plácemes y besos.

En Aljustrel oye burlas todavía. En Cova da Iria se la festeja y lleva en triunfo... ¡y no tiene doce años! ¡Qué fuerza de alma se necesita para conservar siempre la calma y la mesura!

Con frecuencia, siente enormes ganas de huir de aquellos inoportunos, de esas malas lenguas y, sobre todo, de esas personas que se deshacen en plácemes...

—Me sentía incómoda —dice ahora— en medio de tales alabanzas. Yo sabía que todo ese bien que decían de mí no era verdad.

* * *

Gracias al rosario cotidiano de los tres pequeños pastorcillos de Aljustrel, la devoción al rosario se desarrolla rápidamente en todo el país.

Para Portugal ha comenzado la aurora de los nuevos tiempos, por lo que, en 1938, los obispos y el pueblo entero darán gracias a Nuestra Señora de Fátima. Pero en cuanto a los tres muchachos que han extendido el mensaje de Fátima, Lucia, Francisco y Jacinta, allí dondequiera que se vuelvan solo encuentran el sufrimiento. Lo aceptan generosamente, pues para ellos el sufrimiento no es otra cosa que la Cruz bendita del Salvador tan amado.

No dejan un instante de tener ante los ojos la celeste belleza de la Señora, que les ha anunciado tales pruebas y, al mismo tiempo, arrebató sus corazones y les prometió el Cielo. Sus suaves palabras retornan instante tras instante a sus oídos dóciles.

Fuera de las horas de clase encuentran tiempo para reunirse los tres, «detrás del pozo» de la casa de Lucia, o incluso en el agujero solitario del Cabeço.

Lejos de todo y de todos, oran unidos y se animan mutuamente a sufrir. Estas tres pequeñas almas reviven allí los momentos deliciosos de las apariciones. Se comunican sus pensamientos sobre el camino del sacrificio que la Señora les ha trazado, sobre las promesas que Ella les ha hecho.

En la segunda aparición, el doble haz de luz y las palabras de la Santísima Virgen les anunciaron la divergencia de sus destinos. Se acerca el momento de la separación, después del cual Lucia va a quedarse «sola». Pero esto no sucederá sin que la cruz se hunda más hondamente en la vida de las dos víctimas de amor que María prepara para hacerlas dignas del cielo, consumando su purificación en el crisol del sufrimiento.

XIII. DOS ÁNGELES ABANDONAN LA TIERRA

«Siempre dispuesto»

En otoño de 1918 el pequeño Francisco cayó gravemente enfermo. Una terrible epidemia de gripe asoló toda Europa, añadiendo sus innumerables víctimas a las de la gran guerra que acaba de terminar.

El pueblo portugués fue castigado por la epidemia con particular rigor. En los campanarios de los pueblos tocaban sin cesar a muerto las campanas. En ciertas regiones, para no aterrorizar a la población, se enterraba sin toque de muertos.

La epidemia respetó a la familia Santos, «a pesar nos dice Lucia, de que íbamos de casa en casa cuidando a los vecinos». Pero probó cruelmente a la familia Marto. Sucesivamente, toda la familia, salvo el padre, debió guardar cama. Este buen Manuel Pedro, ayudado por sus familiares y por sus vecinos, era el enfermero de todo el mundo, al que cuidaba como sabía y como podía ⁹⁷. El primero en caer enfermo fue Francisco.

De los tres videntes de Fátima, es el menos conocido.

Cuando las autoridades religiosas comenzaron a interesarse por las apariciones y por los videntes, hacía tres años que nuestro pequeño amigo había muerto. Tres años es mucho tiempo. Y «los muertos se olvidan pronto», dice el proverbio. Su imagen se había hundido en el pasado.

Si quisiéramos comparar el mérito respectivo de los tres pastores de Fátima, podríamos, para disminuir el de Francisco, observar que en las apariciones se queda un poco detrás de sus compañeras, que la Señora no le dirigió la palabra directamente y que ni siquiera tuvo, como Jacinta, el favor de oír ese son de voz tan acariciador.

Sí, pero ¿las gracias de Dios son siempre la recompensa de nuestros méritos? Y, además, ¿había necesidad de que Francisco oyera cuando apenas si podría compartir la tarea de dar testimonio de las apariciones? Para darse cuenta de las bellezas que en el Paraíso le esperaban, ¿no bastaba con que viera?

En todo caso, tuvo el mérito de la discreción y de la humildad.

¿Se le oyó alguna vez quejarse de haber sido dejado a un lado y ser menos bien tratado que sus compañeras...? Cree en su prima y en su hermana, cree en la Señora. Acepta su disfavor; acepta el misterio. Deseos del Cielo que no le fueron dichos, palabras del ángel o de la Señora que no oyó, son móvil para Francisco, tanto como para Jacinta y Lucia, y ley de su vida. Por eso Francisco es el primer «creyente» de Fátima y el primer modelo de todos aquellos que vendrán tras él.

Con lo que le había dicho Lucia pudo hacerse el sabio y el resignado; pero sabía callarse, incluso mejor que su hermana, a quien daba, cuando llegaba la ocasión, lecciones de discreción. Y quizás Nuestra Señora, probando su humildad, ha querido aumentar su mérito y hacerle más digno del Paraíso.

Y si María vino a buscarle primero, ¿no será acaso porque fue considerado el más digno de situarse entre los elegidos, el más dispuesto a gozar de la visión de Dios?

En todo lo precedente le hemos visto, al menos, tan fiel, tan piadoso, tan generoso en el sacrificio como sus compañeras.

Con un carácter menos expansivo que su hermana, no por eso parece haber sido menos fervoroso, sobre todo después de las apariciones. Como Lucia y Jacinta, oraba, hacía todos los sacrificios que ellas proponían; con frecuencia era él quien sugería alguna iniciativa y hasta llegaba a inventar por su cuenta sacrificios particulares.

Un día, la madrina de Lucia había invitado a los tres a probar hidromiel nueva. Ofreció primero el vaso a Francisco. Este lo pasó a su hermana.

—Bebed, bebed vosotras primero. Y furtivamente se eclipsó, por miedo a tener que beber ante la insistencia de que así lo hiciera... En fin, sus dos compañeras pudieron despedirse, y corrieron «detrás del pozo», seguras de encontrarle allí.

—No has bebido hidromiel. La madrina te ha llamado varias veces y tú no te has dejado ver.

—Cuando cogí el vaso, creí que era bueno hacer ese sacrificio para consolar a Nuestro Señor, y vine aquí.

He aquí otro rasgo que nos muestra cómo sabía orar y molestarse por los demás mejor que los otros.

Un día, los tres pastorcillos habían conducido su rebaño a un pinar que pertenecía a la familia Marto, en un lugar llamado Verzea, el Llano. En los dos extremos del pinar había dos campos cultivados que eran una tentación para las ovejas. Lucia, al llegar, pide a sus primos que se vayan al otro extremo, mientras ella vigilará aquel lado del bosque. Jacinta no quiere separarse de su prima.

—Que Francisco vaya allí. Yo quiero quedarme contigo.

Francisco, siempre dispuesto a entregarse a los demás y más razonable que su hermana, dice:

—También a mí me gustaría quedarme con vosotras. Pero ofreceré este sacrificio por los pecadores.

Y, sin más, se dirige al puesto de guardia atravesando el pequeño pinar que le separaría de las otras.

Al cabo de un momento, Lucia se apiada de su primo; teme que se aburra allá solo y ruega a Jacinta que se le reúna. La pequeña corre al otro extremo del bosque. Al no ver a su hermano, le llama con todas sus fuerzas. No recibe respuesta. Le busca por todos lados y no le encuentra. Toda alarmada, va junto a Lucia:

—Francisco se ha perdido.

—Quédate aquí. Yo le buscaré.

Lucia tampoco le encuentra, ni obtiene respuesta a sus llamadas.

Al fin ve al muchacho: *de rodillas, con la cabeza inclinada hasta tocar el suelo*. Es evidente que está en oración.

Lucia se acerca y le toca el hombro. Francisco se levanta y parece despertar de un gran sueño.

—¿Hacías oración?

—Sí. Comencé a recitar las plegarias del ángel, y después *me puse a pensar*.

—¿No has oído a tu hermana? Te ha llamado muy fuerte.

—No, no he oído nada.

Así, pues, este pequeño hombre de diez años sabía «pensar». Lo que supone que tenía inclinación para la contemplación, hasta el punto de poder absorberse en Dios y no oír su nombre gritado a unos pocos metros de donde él se encuentra. ¿No es esto una especie de éxtasis?

Otras veces se oculta, arrebujado en un lugar cualquiera, oculto de sus primas, para orar. Si le llamaban, respondía desde detrás de un montón de piedras, en una covachuela.

—¿Por qué no nos llamas para que oremos contigo?

—Me gusta más hacer oración yo solo, para *pensar*, para consolar a Nuestro Señor, que está afligido a causa de tantos pecados.

Su pensamiento constante era consolar a Dios por los pecados del mundo.

Un día, cuando los tres pastores hubieron llegado al prado, Francisco se subió a una gran roca, diciendo a sus compañeras:

Vosotras no subáis. Dejadme solo.

Lucia y Jacinta se divertían persiguiendo a las mariposas, que libertaban después de haberlas cogido, con el fin «de hacer el sacrificio de dejarlas escapar».

Solo cuando llegó la hora de merendar, ellas se acordaron de su compañero y fueron a llamarle.

—Francisco, ¿no vienes a merendar?

—No, comed vosotras.

—¿Y a decir el rosario?

—Ya iré para rezar el rosario. Llamadme de nuevo.

Cuando ellas le llamaron la segunda vez, quiso que subieran a donde él estaba. Pero el espacio era tan estrecho, que apenas si podían mantenerse de rodillas.

—Pero ¿qué haces aquí tanto tiempo?

—Pienso en el Señor, que está afligido a causa de los pecados... ¡Si yo fuera capaz de alegrarle!

Y, con esta generosa intención, pasó la jornada sin comer, en oración...

Un día (noviembre de 1917), Lucia le preguntó:

—¿Qué es lo que más te gusta: consolar a Nuestro Señor o convertir a los pecadores para que las almas no vayan al infierno?

—Si tuviera que elegir, preferiría consolar a Nuestro Señor. ¿No has advertido cómo la Santísima Virgen, el mes último, se entristeció cuando nos pidió que *no se ofenda más a Nuestro Señor, que es tan ofendido*? Quisiera, primero, consolar a Nuestro Señor; pero, después, convertir a los pecadores para que no le ofendan más.

Más tarde, ya enfermo, dirá:

—¿El Señor está siempre tan triste? ¡Sufro tanto al verle tan afligido! Le ofrezco todos los sacrificios que puedo. Jamás volveré a huir de los visitantes: esto será un sacrificio más.

Cuando, después de la primera aparición, le repitieron las palabras de la Señora, que le prometían el Paraíso y le rogaban recitara su rosario, rezumando alegría, juntó las manos sobre su pecho y dijo:

—¡Santísima Virgen, rezaré tantos rosarios como quieras!

Durante los dieciocho meses que permaneció todavía en la tierra no dejó pasar un solo día sin ofrecer este homenaje a la Reina del Cielo. Recitaba hasta dos rosarios, y más, en el día. Con frecuencia pedía a su hermana o a su prima que le acompañaran en el rezo del rosario. Pero, con más frecuencia, lo rezaba solo.

Muchas veces, mientras sus compañeras jugaban, se alejaba de ellas y deambulaba en silencio,

—Francisco, ¿qué haces?

Por toda respuesta, elevaba los brazos para que vieran su rosario.

—Ven a jugar ahora— Después rezaremos los tres.

—¿Después?... ¡Ahora y después!... Olvidáis que la Señora ha dicho que debo rezar mi rosario.

No era la primera vez que Francisco, más inclinado a la meditación y menos al juego que sus compañeras, les daba, alegremente, una lección.

Un día, invitados por unos vecinos, junto con otros niños, se divertían a lo loco. Después de muchas discusiones, todos se pusieron a bailar. Francisco, triste, se acercó a Lucia y le dijo al oído:

—No deberíamos divertirnos de esta manera; Nuestro Señor no lo quiere, a buen seguro.

Lucía comprendió que Francisco tenía razón, y el trío desapareció para terminar la tarde «detrás del pozo».

Otra vez, Lucia y Jacinta aceptaron tomar parte en una de esas reuniones. Francisco les echó en cara querer volver a esas futilidades:

—Después de que he visto al ángel y a la Santísima Virgen, no tengo ya ganas de cantar más canciones.

—Yo no quisiera ir —dijo Lucia—. ¿Pero cómo negarse cuando las gentes insisten de ese modo?

—¿Sabes lo que hay que hacer? Todo el mundo sabe que la Santísima Virgen se nos ha aparecido. Solo tienes que decir que le hemos prometido no volver a bailar; de esta forma nos dejarán tranquilos.

Discreto, silencioso y como tímido con las gentes, Francisco sabía, sin embargo, imponer su voluntad en el trío de los privilegiados de María. En la víspera de la tercera aparición, cuando Lucia estaba totalmente desanimada y no quería volver a Cova da Iria, ¿no fue él quien la decidió a rechazar la tentación?

—Veamos; tú sabes que la Señora ha dicho que tendríamos que sufrir mucho para consolar el Corazón de Nuestro Señor. ¿Cómo puedes estar tan triste si esta prueba nos permite hacer un sacrificio más?... Ven mañana con nosotros.

—No iré; ya te lo he dicho; no iré más.

—¡Es una pena! ¿Por qué piensas eso? Tú te darás cuenta de que solo puede ser el demonio. ¡Dios está ya tan entristecido por tantos pecados como se cometen!... Si no vienes, estará todavía más triste.

—Ya te he dicho que no vuelvo a ir... ¡no me lo pidas más!

Y, después, al día siguiente, Francisco decía a su prima:

—Créeme; esta noche no he dormido; no he hecho más que llorar y hacer oración para que Nuestra Señora te haga venir.

¿No es verdad que fue esta oración lo que le valió a Lucía la gracia excepcional que la empujó al día siguiente hacia la Cova da Iria?

La delicadeza de conciencia del pequeño pastor, ya grande, se perfeccionó como consecuencia y después de las apariciones. ¡Qué horror, por ejemplo, sentía hacia el pecado de la mentira!... En un interrogatorio preguntaron a Lucía si la Santísima Virgen, en la precedente aparición, le había pedido que rogaran por los pecadores, y respondió: no. Mientras el curioso preguntaba a Jacinta, Francisco se acercó a Lucía y, todo emocionado, le dijo:

—¿Cómo puedes decir que la Señora no nos había pedido que pidiéramos por los pecadores?... Acabas de mentir...

—No, nos ha pedido que oremos por los pecadores... Acuérdate... Nos ha pedido que oremos por la paz, con el fin de que la guerra termine; en lo que se refiere a los pecadores, solo nos ha pedido que hagamos sacrificios.

Con un suspiro de alivio, el muchacho dijo:

—Es verdad; tienes razón... Creí que habías mentido.

La amistad con camaradas disipados puede ser fuente de una multitud de pequeñas faltas. Francisco lo recordaba a sus compañeras. Al salir de la escuela, a Lucía le agradaba regresar junto con los otros colegiales: chácharas y bromas eran el gran tema de sus conversaciones. Un día, Francisco, al encontrar a este grupo, escuchó unas palabras que no le agradaron; no tardó en decírselo a Lucía:

—¿Por qué vas acompañada por todas esas niñas?... Esto te pone en ocasión de ofender a Dios. Al salir de la escuela deberías ir a arrodillarte a los pies de Jesús en la iglesia; y después volver rápidamente a la casa.

Como acabamos de ver, Nuestra Señora escuchó la oración de Francisco por su prima; pero se citan otras muchas gracias obtenidas por intercesión de su plegaria. Un día, mientras sus compañeras escapaban de unos visitantes y se escondían en una tina, él debió de sufrir solo todos los interrogatorios. Cuando se hubo marchado todo el mundo ellas salieron de su escondite y le preguntaron qué es lo que querían aquellas gentes.

—Querían que les dijera dónde estabais vosotras; pero yo no lo sabía; tenían muchas cosas que pedirme, Había una mujer que me ha pedido la curación de su hijo y la conversión de un pecador. Yo me encargaré de esto; vosotras dos pediréis por los demás; había muchos.

Algún tiempo después de la muerte de Francisco esta mujer volvió a Fátima y fue a visitar su *tumba* y darle las gracias por los dos favores que había obtenido.

Muerte de un predestinado

La hermosa alma de Francisco estaba, pues, siempre presta a emprender su vuelo al cielo.

Desde que enfermó con la gripe, que provocó en él una violenta neumonía, parecía esperar la muerte con tanta certeza como resignación. Durante los primeros días no pudo abandonar la cama. Pero ni siquiera en los instantes en que la fiebre era muy alta se olvidaba de rezar su rosario.

Su debilidad no le permitía, en ciertos momentos, decir los quince misterios de una sola vez. Se lamentaba dulcemente ante su madre, desolándose por no poder ofrecer un rosario entero como todo el mundo. Olimpia le ayudaba entonces y le tranquilizaba diciéndole que Nuestra Señora se contentaba con una plegaria mental, sin necesidad de pronunciar las palabras, que le causaban tan gran fatiga.

Por su lado, Francisco recomendaba a su madre que no olvidara decir, entre las decenas, la pequeña plegaria enseñada por la Santísima Virgen.

Si algún día de esos hermosos, como se dan a veces en invierno, Francisco se encontraba con fuerzas para dar un paseo, dirigía siempre sus pasos hacia Cova da Iria.

Las buenas almas con las que se encontraba, para reanimarle, le decían que no tardaría mucho tiempo en curar. Pero Francisco respondía invariablemente con un «no», cuyo acento, mezclado de certeza y de misteriosa nostalgia, impresionaba mucho.

Un día, su madrina, delante de Francisco, habló de hacer una promesa a la Santísima Virgen para que Ella le curara ⁹⁸. Él la interrumpió:

—Es inútil pensar en eso, madrina. ¡No obtendré la gracia de la curación!

Al final del invierno tuvo que guardar cama de nuevo. Jacinta venía a pasar largas horas junto a él, sentada sobre el lecho, para animarle y hacerle compañía.

Lucia, que también iba con frecuencia a verle, nos cuenta que sufría con valor heroico, sin dejar escapar nunca una sola queja. Todo cuanto le daban lo tomaba, sin que se pudiera llegar a saber si este o aquel remedio le desagradaba.

Un día, Lucia le preguntó:

—Francisco, ¿sufres mucho?

—Me duele tanto la cabeza... Pero quiero soportarlo para consolar a Nuestro Señor.

Un día, las dos niñas hablaban entre sí, junto a la cama de Francisco; él les pidió que hablaran menos fuerte porque la cabeza le dolía mucho. Su hermana le dijo:

—Ofrece tu sufrimiento por los pecadores.

El enfermo respondió:

—Ante todo, lo ofrezco para consolar a Nuestro Señor; después, para consolar a Nuestra Señora, y luego lo ofreceré por los pecadores y por el Papa.

Una mañana, Lucia y Jacinta creyeron advertir algunos síntomas de mejoría en su salud:

—Tú estás mejor.

—Al contrario; estoy mucho peor; pero voy a marcharme al cielo y quiero llevar mucho consuelo a Jesús y a María.

Los peregrinos que iban a rezar a Cova da Iria querían, a veces, verle, y Olimpia les dejaba entrar. Algunos se quedaban mucho tiempo junto a la cama del enfermo. Y todos decían:

—No sé lo que emana de Francisco, pero uno se siente mejor junto a él.

Una de esas visitantes se llamaba Mariana. Estaba muy afligida porque su marido había echado de casa al hijo, y ella deseaba verlos reconciliados. Francisco la consoló:

—Muy pronto estaré en el cielo; tan pronto como llegue pediré esta gracia a la Santísima Virgen.

Y el día en que murió Francisco, por la tarde, el hijo llegó a su casa para pedir perdón a su padre, y la paz volvió a reinar en esta familia.

A pesar de todo, Francisco seguía llevando la cuerda-cilicio alrededor de la cintura. Un día se la dio a su prima.

—Tómala antes de que mi madre la vea; ahora ya no puedo llevarla.

Por entonces, Jacinta hizo que llamaran a su prima inmediatamente. Tenía una gran confianza que hacerle. Tan pronto como se encontraron solos en la habitación de Francisco, les dijo:

—*La Virgen ha venido a vernos. Nos ha dicho que no tardará en venir a llevarse a Francisco al cielo. A mí me preguntó si quería convertir a algunos pecadores más. Yo le dije que sí.*

«*Me ha anunciado que iría a un hospital, y que allí sufriría mucho, pero que debo soportarlo todo por la conversión de los pecadores, en reparación de las ofensas hechas al Corazón Inmaculado de María y por amor a Jesús*».

Pese a todo, el estado del enfermo se agravaba sin cesar. Le faltaba el apetito; las fuerzas disminuían todos los días.

Una mañana, bien temprano, su hermana Teresa corrió a buscar a Lucia.

—¡Ven pronto! Francisco está muy mal y tiene algo que decirte.

La prima se vistió apresuradamente y acudió. Francisco rogó a su madre y a sus hermanos que salieran de la habitación, pues tenía que decirle un secreto. Cuando estuvieron solos, le dijo:

—Hoy debo confesarme para comulgar y después morir. Quiero que me digas si me has visto hacer algún pecado y después que le preguntes a Jacinta ⁹⁹ si me ha visto cometer alguno.

Algunas veces has desobedecido a tu madre cuando ella te pedía que te quedaras en casa: te escapabas para venir a buscarme o para esconderte.

—Es verdad. He hecho eso. Ahora, ve a buscar a Jacinta y pregúntale si se acuerda de algo.

Jacinta, después de reflexionar un poco, respondió a Lucia:

—Dile que el día que la Virgen se nos apareció cogió a padre diez cuartos para comprarse una armónica. Y también que cuando los muchachos de Aljustrel tiraban piedras a los de Boleiros él también ha tirado algunas.

Cuando recibió la respuesta de su hermana, Francisco declaró:

—Esos pecados ya me los he confesado. Pero me los confesaré de nuevo. Acaso sean causa de que el Señor esté triste. Pero aunque no fuera a morir no los volvería a cometer. Ahora estoy muy arrepentido.

Y, uniendo las manos, recitó la plegaria: «Jesús, perdónanos nuestros pecados...».

—Lucia, pide tú también que el Señor me perdone.

—Sí —respondió su prima—, se lo pediré. Pero si Nuestro Señor no te hubiera perdonado, Nuestra Señora no le habría dicho a Jacinta, el otro día, que vendría muy pronto para llevarte al Paraíso. Ahora iré a misa y pediré por ti a Jesús Oculto.

—Oye. Pide al párroco que me dé la comunión.

—Sí.

A su regreso, Lucia encuentra a Jacinta en conversación con el moribundo.

—¿Has pedido como te encargué?

—Sí.

—En el cielo rogaré por ti.

Lucia se encaminó a sus ocupaciones habituales.

Era el 2 de abril. Cuando Olimpia vio que el estado de Francisco se había agravado mucho, juzgó conveniente llamar al cura para que le confesara. Por otra parte, se acercaba la Pascua.

Llegó el sacerdote, oyó la confesión y prometió volver al día siguiente para traerle a Jesús Oculito ¹⁰⁰. Esta debía ser, al mismo tiempo, la primera comunión y el último viático. ¡Su felicidad era inmensa!

Por la tarde, pidió a su madre que le dejara en ayuno hasta el momento de la comunión; y logró hacer este último sacrificio por los pecadores.

Cuando el sacerdote entró en la habitación con la Santa Eucaristía, Francisco quiso sentarse en la cama para recibir con más respeto la santa comunión. No se lo permitieron.

Después de haber recibido la Hostia, Francisco estaba deslumbrante de gozo. Preguntó a su madre si no podría volver a comulgar pronto.

Sin embargo, sabía que estaba próxima la hora de su muerte, porque hablaba de ello con Lucia y con Jacinta:

—Voy a irme al cielo. Pero una vez allí, pediré con fuerza a Jesús que os lleve con Él, muy pronto, al Paraíso.

Lucia le dijo:

—Me pregunto si te acordarás de mí cuando estés cerca de Jesús y de María, que son tan hermosos

—Quizás tengas razón. Puede ser que me olvide.

Y Jacinta, muy afligida por la separación que se acercaba, le hacía sus últimas recomendaciones:

—Da muchos recuerdos a Nuestro Señor y a la Virgen. Diles que *yo sufriré cuanto ellos quieran* por los pecadores y para reparar ante el Corazón Inmaculado de María.

Sus dos confidentes pasaron casi todo el día a su lado.

Pidió que dijeran en voz alta el rosario, en su lugar, pues él ya no podía hacerlo.

Avanzada la noche, fue necesario separarse. Lucia le preguntó si deseaba algo todavía.

—No —respondió Francisco.

Olimpia, no pudiendo resistir la emoción que le destrozaba, hizo señas a su sobrina para que acortara la despedida.

—Francisco, adiós... Si vas al Paraíso esta noche, no nos olvides. ¿Has oído?

—No, no os olvidaré; podéis estar tranquilas,

—Adiós, pues, hasta que nos volvamos a ver en el cielo.

—Hasta el cielo...

Durante el día Francisco había ido empeorando; pero después de haber comulgado no sentía el menor dolor.

Al día siguiente, 4 de abril de 1919, pidió perdón a todos aquellos que le rodeaban, particularmente a su madrina, por las penas que les podía haber causado.

Hacia las seis de la mañana dijo a su madre:

—Mira, madre, qué hermosa luz, allí, cerca de la puerta...

Y un momento después:

—Ahora ya no la veo.

Y en aquel instante su rostro se iluminó con una luz angelical, y, sin agonía, sin gemido, con una ligera sonrisa en los labios, el pequeño pastorcillo de Aljustrel iba a saludar y a amar en el cielo a la Señora, cuya belleza había entrevisto en la tierra.

María había cumplido su promesa

Francisco, el último en la Cova, era el primero que entraba en el Paraíso ¹⁰¹.

La ascensión de Jacinta

Jacinta también fue víctima de la misma epidemia. Guardó definitivamente cama poco después que su hermano. Antes de contar el largo y doloroso martirio que debía conducirla a la tumba, o mejor, al Paraíso, una decena de meses después que Francisco, veamos hasta qué punto se había elevado su alma, por el amor a María y por el sacrificio.

Hemos conocido a una Jacinta melindrosa, delicada, amante en extremo de los juegos y de la danza.

La visita de la Señora ha transformado su alma. Se ha convertido en paciente, incluso ruda ante el sufrimiento; ya solo juega para agradar a sus compañeros. Ahora sabe que hay pecadores cuyas ofensas entristecen el Corazón de Nuestro Señor. Ahora sabe que muchas almas van al infierno porque no hay bastantes cristianos que se sacrifiquen para expiar sus faltas; ahora sabe que aquí abajo nada importa, sino salvar su alma y las almas de los demás. Y por eso ella será una penitente y una penitente heroica.

Como sabemos, fue el pensamiento de la eternidad del infierno lo que desprendió su alma de las cosas terrestres, inspirándole los sacrificios más heroicos. No sabía apartar de su espíritu la visión de los sufrimientos de los condenados. Pero también conservaba una profunda huella de la visión que le había sido concedida del Corazón Inmaculado de María desgarrado por las espinas, visión que había como traspasado su pecho con una espada de amor por ese Corazón purísimo y dulcísimo.

Envidiaba a Lucia porque la Señora le hubiera prometido la maternal asistencia de su Corazón.

—Nuestra Señora te ha dicho que su Corazón Inmaculado será tu refugio en el camino que te conducirá a Dios. ¿No te agrada saberlo? ¡Amo tanto ese Corazón!... ¡Es tan bueno!... Y añade, con ingenuo entusiasmo:

—Es el Corazón de nuestra Madre del cielo. ¿No te agrada repetir con frecuencia: ¡Dulce Corazón de María!... ¡Dulce Corazón de María!...? ¡Siento tanto placer con ello, tanto placer!...

Cuando iba tras las ovejas, o cogía flores, cantaba, improvisando: «Dulce Corazón de María, sed mi salvación...; Inmaculado Corazón de María, convertid a los pecadores, preservad sus almas del infierno...».

Cuando, en la tercera aparición, la Señora les dio a conocer sus deseos en lo que se refiere a la comunión reparadora, sintió no poder acercarse a la Santa Mesa como Lucia:

—¡Siento tanto no poder comulgar en reparación de los pecados que ofenden el Corazón Inmaculado de María!...

Y, más tarde, durante su larga enfermedad, mostrará un fervor todavía más grande hacia el Corazón de su Madre del cielo.

Lucia, a quien un visitante había regalado una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, se la dio a Jacinta, enferma. Esta la conservaba siempre junto a sí y con frecuencia la llevaba a los labios.

—Beso el Corazón de Aquel a quien más amo. Quisiera tener también una imagen del Corazón Inmaculado de María. ¡Me agradaría tanto ver a los dos juntos!

En sus confidencias a Lucia, durante esta larga tribulación, subrayamos estas importantes palabras que solo pudieron serle inspiradas de lo Alto:

—No me queda mucho tiempo para ir al Paraíso. Tú te quedarás aquí para hacer saber al mundo que el Señor quiere establecer en el mundo la devoción al Corazón Inmaculado de María. *Cuando hayas de hablar, no irás a ocultarte; dirás a todo el mundo:*

— *que Dios nos envía sus gracias por la intercesión del Corazón Inmaculado de María;*

— *que no debemos dudar en pedirselas;*

— *que el Corazón de Jesús quiere ser venerado junto con el Corazón Inmaculado de María;*

— *que los hombres deben pedir la paz a este Corazón Inmaculado, porque Dios se la ha confiado.*

Y añadía:

—*Si pudiera hacer que en todos los corazones se sintiera lo que yo siento, que me hace amar al Corazón de Jesús y al Corazón de María...*

En efecto, el alma que ama verdaderamente desea hacer amar. Jacinta hubiera querido que todos los cristianos amasen a la Virgen como ella la amaba; habría querido, sobre todo, compartir ese fervor con los suyos.

Ya hemos visto sus primeros esfuerzos de apostolado para lograr que se recitara el rosario en común. Sucedió que, por una razón o por otra, se olvidaba. Entonces, tierna y suave, se dirigía a su madre y, con «voz embrujadora», como cuenta Olimpia, le decía:

—Madrecita, yo he rezado el rosario; pero vosotros, no.

Y no cesaba hasta obtener lo que pedía. Y, al fin, se pudo alegrar de la regularidad en el rezo en común del rosario de todos los de su casa ¹⁰².

Este espíritu de apostolado se transparenta en toda su vida; Puesto que está segura de ir al cielo, solo piensa en conducir allí a los demás con su ejemplo, sus exhortaciones, sus oraciones y sus sacrificios.

Gracias extraordinarias

Jacinta jamás perdía de vista la salvación de los pecadores, ni en la escuela, ni en la calle, ni en Cova da Iria. Parece que María recompensó su celo, así como también su oración, con gracias extraordinarias.

He aquí algunos rasgos que justifican perfectamente esta suposición. Nos los cuenta Lucia en sus recuerdos.

Había en el caserío una mujer que insultaba a las dos videntes cada vez que se encontraba con ellas. Un día, este encuentro tuvo lugar frente a una taberna, de la que salía bebida la tal mujer. No estando consciente de lo que hacía, la mujer, esta vez ha dicho con la debida discreción Lucia, «no se contentó con insultarnos».

Cuando hubo acabado, Jacinta dijo a Lucia:

—Va a ser necesario que pidamos a la Santa Virgen la conversión de esta pobre mujer y ofrecer sacrificios por ella. Dice tantos pecados que si no se confiesa irá al infierno.

Unos días después, las dos niñas pasan corriendo por delante de la casa de esa mujer. Era la víspera de un día 3. De pronto, en medio de su carrera, Jacinta se detiene y vuelve atrás para preguntar a Lucia:

—¿Es mañana cuando tenemos que ver a Nuestra Señora?

—Sí.

—Entonces, no juguemos. Hagamos este sacrificio por la conversión de los pecadores.

Y, sin pensar en que alguien podía verla, eleva las manos juntas y sus ojos hacia el cielo y hace su ofrenda.

Precisamente, la arpía estaba mirando hacia la calle por una pequeña ventana de su casa. Después fue contando a la madre de Lucia que esa plegaria de Jacinta le impresionó de tal modo que no había necesitado otras pruebas para creer en las apariciones. De aquí en adelante dejó de insultar a

las niñas y, además, les pedía que rogaran a Dios para que le fueran perdonados sus pecados.

Otra vez una pobre mujer en lágrimas se puso de rodillas delante de Jacinta y le pidió que obtuviera de la Santísima Virgen la curación de una terrible enfermedad. La pequeña, al ver a esa mujer de rodillas ante ella, se contrista. Y cogiendo sus manos temblorosas quiere hacerla levantar. Pero como no tuviera fuerza para ello, se pone también de rodillas junto a la suplicante y recita con ella tres Avemarías.

Después le dice:

—¡Levántese! No hay duda de que Nuestra Señora se apiadará de usted.

Todos los días Jacinta oró por ella, y al cabo de un cierto tiempo, la mujer volvió para dar las gracias a la Santísima Virgen por su curación.

Un día, en Cova da Iria, los tres niños vieron que un soldado lloraba como un niño. Había recibido la orden de partir para la guerra y dejaba a su mujer enferma en la cama, y a su cargo tres hijos pequeños. Pedía a la Santa Virgen la curación de su mujer o la anulación de la orden de alistamiento. Jacinta le invitó a decir con ella el rosario, y después añadió:

—No llore más, señor, Nuestra Señora es tan buena... No dude de que le concederá la gracia que le pide.

No olvidó al soldado en sus oraciones. Al final del rosario añadía un Avemaría por él.

Pasaron unos meses y el joven volvió, con su mujer y sus tres hijos, a dar gracias a la Virgen por el doble favor obtenido. La víspera del día fijado para su partida enfermó de fiebres, lo que hizo que le dispensaran de ir al frente, y su mujer, decía, había sido curada por un milagro de Nuestra Señora ¹⁰³.

¿No debemos clasificar como gracias extraordinarias determinadas visiones del porvenir con las que Jacinta fue favorecida en el tiempo de las apariciones?

Un día se había quedado cerca del pozo mientras su hermano y su prima iban a buscar miel salvaje en un enjambre vecino. Estos la oyeron gritar:

—*¡Lucia, Lucia! ¿Has visto al Santo Padre?*

—*¿Al Santo Padre? No.*

—*No sé cómo ha ocurrido, pero le he visto en una casa muy grande, arrodillado delante de una mesa pequeña, el rostro entre las manos, y lloraba. Fuera había mucha gente. Algunos le tiraban piedras; otros decían imprecaciones y muchos nudas palabras... ¡Pobre Santo Padre!*

Cuando, unos días después, los dos sacerdotes de quienes hemos hablado les dieron el consejo de rezar por el Santo Padre, la niña dijo a sus compañeros:

—Fue a él a quien vi llorar y de quien la Señora nos ha hablado en el secreto, ¿no es verdad? Sin duda, la Señora se lo ha enseñado también a esos dos sacerdotes. Ya veis cómo no me he equivocado y que es necesario orar mucho por él.

Otra vez, mientras decían la plegaria que el ángel les había enseñado en las rocas del Cabeço, Jacinta se puso en pie y llamó a su prima:

—*¡Mira!... ¿No ves muchos caminos, muchos, senderos, muchos campos llenos de gente que llora de hambre y que no tiene nada que comer?... ¿Y al Santo Padre, en una iglesia, ante el Corazón Inmaculado de María, en oración? ¿Y mucha gente en oración con él?...* (Aquí una reticencia, que ha sido retirada por la autoridad eclesiástica.)

La primera de estas visiones se ha realizado con demasiada fidelidad en muchos países de Europa y del mundo como consecuencia de la evacuación forzosa, durante la guerra, de tantas ciudades destruidas y campos devastados. Y la segunda se cumplió, igualmente, cuando Su Santidad Pío XII, en la basílica de San Pedro, en Roma, consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María, el 8 de diciembre de 1942, ante ochenta mil fieles.

Jacinta hubiera querido contar su visión con el fin de que se hiciera oración por el Santo Padre. Pero su prima la disuadió, porque de esa manera podían adivinar una parte del secreto.

Sufrir y amar

¿Cómo podemos extrañarnos de que la Santísima Virgen haya escuchado las plegarias de Jacinta, puesto que por su amor y su paciencia merecía ser escuchada?

Cuando cayó clavada en su lecho de dolor, su amor por Jesús y María no dejó de crecer. Su resignación y su espíritu de sacrificio se hicieron más intensos, como si al sentir su próximo fin Jacinta hubiera querido hacer un esfuerzo último por ganar la más hermosa corona. Esta niña, temerosa y voluble, sabe, ahora, en ciertas circunstancias, mostrar el coraje y la fuerza cristiana que caracterizan a los mártires.

Repite con frecuencia, y sobre todo cuando más sufre, la oración jaculatoria:

—¡Jesús, te amo!

Cuando Lucia, antes o después de la clase, viene a verla, le pide que diga con ella esa misma jaculatoria,

—¡Me agrada tanto decir: Jesús, te amo! *Cuando lo digo con mucha frecuencia, parece que siento una llama en mi pecho, pero que no arde.*

¡Cómo hubiera deseado comunicar esta llama a todos los corazones!

Y otras veces decía:

—¡Amo tanto a Nuestro Señor y a la Virgen que jamás me canso de decirles que les amo!

¡Y con qué paciencia soporta su enfermedad por amor a Ellos! Su único placer, cuando todavía podía levantarse un poco, era ir a visitar a su hermano en la cama. Y era muy feliz cuando recibía la visita de Lucia, su confidente y consejera. En las horas en las que Lucia no era retenida por la escuela, iba a acompañar a los dos enfermos. Para agradar a Jacinta, debía visitar primero a Francisco.

—Ve primero a ver a Francisco. Yo haré el sacrificio de quedarme sola.

Y cuando Lucia volvía a su lado:

—Ahora, no te vayas. Ya te he echado bastante de menos. Desde que te has marchado no he hablado con nadie. No sé hablar con los demás.

Con su compañera de la Cova da Iria podía al menos hablar más libremente del sufrimiento.

—Di, Lucia, ¿has hecho hoy muchos sacrificios? Yo he hecho muchos. Madre me ha dejado sola; con frecuencia he deseado ir a ver a mi hermano, pero no he ido.

—¿Estás mejor?

—Tú sabes que no estoy mejor... Me duele mucho el costado... Pero no digo nada a nadie, y sufro por la conversión de los pecadores.

Esta idea apostólica fue, hasta su último aliento, el pensamiento dominante de la pequeña confidente de María.

Un día, antes de la muerte de su hermano, recibieron los dos, como recordaremos, la visita de la Reina del Cielo. Ella propuso a Jacinta quedarse más tiempo en la tierra, después de la muerte de Francisco, para poder salvar más pecadores. Después le dijo que iría a un hospital, que sufriría mucho, que debía soportarlo todo por la conversión de los pecadores, en reparación de las ofensas al Corazón Inmaculado de María y por amor a Jesús.

Por tanto, Jacinta estaba reservada para soportar otros sufrimientos. Parecía mejor, pero sin llegar a recobrar la salud por completo.

¡Qué sinsabor para ella desde que Francisco la había abandonado! Con frecuencia se le oía decir:

—¿Cuándo iré a ver a mi pequeño Francisco?

Y sus ojos se llenaban de lágrimas. La veían permanecer durante largo tiempo silenciosa y pensativa. Si le preguntaban en qué pensaba, respondía habitualmente:

—En Francisco.

Pensaba sin cesar en ese Paraíso, en donde su hermano gozaba de la visión de Jesús y de María, y por el que sentía tanta nostalgia.

También llegó el momento en que Jacinta tuvo que desembarazarse de su pequeño cilicio de cuerda. Se lo dio a su prima:

—Guárdalo, tengo miedo de que mi madre lo vea. Si mejoro, te lo volveré a pedir.

La cuerda de Jacinta tenía tres nudos y estaba un poco manchada de sangre. Lucia la ocultó cuidadosamente. Después, no sabiendo qué hacer con aquellos cilicios, la quemó junto con la de Francisco.

Olimpia, al ver que la pequeña Jacinta no dejaba de perder fuerzas, se lamentaba.

—No te quejes, madre. Iré al cielo; allí rogaré mucho por ti.

O decía:

—¿Por qué te entristeces? Me encuentro bien.

Su madre la veía que se cogía la cabeza entre las manos, durante largos momentos, sin moverse. Olimpia dijo una vez a su sobrina:

—Pregunta a Jacinta en qué piensa cuando se esconde el rostro entre las manos y no se mueve:

—Ya se lo he preguntado; me sonrío y no responde.

A pesar de todo, Lucia le hizo la pregunta una vez en ausencia de su tía.

—Pienso en Nuestro Señor; en su divina Madre, en los pecadores y en la guerra que ha de venir. ¡Morirá tanta gente! ¡Y tantos irán al infierno!... ¡Se destruirán tantas casas!... ¡Tantos sacerdotes muertas!... ¡Qué pena!... Si cesaran de ofender al Señor, la guerra no vendría y las gentes no irían al infierno. Oye: voy al Paraíso. Pero tú, cuando por la noche veas esta luz de la que habló la Señora, huye y vente a lo alto...

—Pero yo no creo que se pueda huir al cielo.

—Es verdad, no se puede. Pero no tengas miedo. En el cielo pediré mucho por ti, por el Santo Padre, por Portugal, porque no haya guerra y por todos los sacerdotes.

¿Cómo podía contar Lucia esta declaración a Olimpia?... ¿Y el secreto?... Lucia se contenta con decir que Jacinta le sonrío por toda respuesta. Su tía, intrigada por ese mutismo, va en busca de María Rosa.

—¡No comprendo nada! La vida de esos niños es un enigma.

Y la señora Santos confirma esta opinión:

—Cuando están solas, hablan sin cesar. Cuando se les mira, siguen hablando, a pesar de todo; pero de manera que no se pueda comprender de qué se trata. Y si una se acerca a ellos, bajan la cabeza y no dicen una sola palabra. ¡No puedo comprender este misterio!

«*Todo cuanto quieran*»

Cuando su hermano, moribundo, le ha dicho las últimas palabras, Jacinta., como recordaremos, le hizo sus últimos encargos para el Paraíso.

—Tú has de decir a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen que yo *sufriré todo cuanto quieran*.

Y debe cumplir su palabra.

Ahora solo puede contar con Lucia para hablar del secreto y de las otras confidencias de la Señora. Pero Lucia está casi todo el día en la escuela.

Esta es la primera penitencia, y bastante dura, para este corazón sensible.

Su amiga la resarce trayéndole flores, que tanto ama. Lucia, en efecto siempre encuentra tiempo para volver a aquel agujero de las rocas del Cabeço, en donde han hecho oración juntos. Después de haber meditado en silencio y orado por su querida enferma, coge en las laderas de la colina ese ramillete de lirios y peonías salvajes, las flores preferidas de su amiga.

—Toma, son del Cabeço.

Y, mirándolas, con los ojos llenos de lágrimas:

—No volveré allí..., ni a los Valinhos..., ni a la Cova da Iria... ¡Y esto me hace sufrir tanto!... —dice Jacinta.

—¡Pero qué puede importar eso si vas al cielo a ver a Nuestro Señor y a Nuestra Señora!

—Es verdad.

Y Jacinta se siente feliz de nuevo... Admira el ramillete, flor por flor, pétalo por pétalo.

Y ese ramillete que se deshoja es la imagen de su salud, que, día tras día, se marchita irremediabilmente.

En su pulmón izquierdo se ha formado una bolsa de pus. Los médicos hablan de pleuresía purulenta.

Y fue por esta época, primavera de 1919, cuando, por obedecer a Nuestra Señora en la demanda de la primera aparición, el pueblo creyente,

que comenzaba a sufrir por lo que le parecía indiferencia del clero hacia los deseos de María, construye una pequeña capilla, la Capelinha, en Cova da Iria.

Era, desde luego, un pobre edificio que apenas tenía unos cuantos metros cuadrados. Pero de esta manera, el lugar en donde la Virgen se había detenido quedaba señalada y protegido.

Desgraciadamente, de los tres amigos de la Virgen, la única que puede ir hasta allí para orar es Lucia.

La muerte también llamó a la puerta de su casa, puesto que su padre murió en aquel verano (31 de julio de 1919). La señora María Rosa, gravemente enferma, estuvo a las puertas de la muerte; le llevaron los sacramentos; y hasta se despidió de su familia.

En esta situación extrema, dijo a Lucia:

—Si es verdad lo que dices, ve a Cova da Iria y reza.

Lucia va. Durante el camino recita el rosario. Ante la Capelinha, ora, promete volver a la Cova de rodillas y dar durante nueve días su comida a los pobres si su madre cura.

«Cuando volví a casa —nos cuenta— mi madre se encontraba mucho mejor. Tres días después estaba curada. ¡Milagro!... Y, a pesar de todo, mi madre seguía sin creer. ¡Cómo sufría yo al ver la incredulidad de mi madre!».

Un día, la pequeña Jacinta dice a Lucia, con voz entrecortada por el sofoco y la fatiga:

—Ha venido Nuestra Señora a verme. Quiere que vaya a dos hospitales. Pero no para curar: es para sufrir todavía más por amor de Nuestro Señor y por los pecadores ¹⁰⁴.

Jacinta sabe lo que le espera; acepta su parte y la ama.

A medida que el cuerpo de la niña se depaupera su alma parece penetrar más hondamente los misterios espirituales y calar, por así decir, su mirada hasta la eternidad que se acerca. En esta visión del más allá Jacinta cobra fuerzas para añadir a las tribulaciones providenciales que la abruman la cruz de sus penitencias voluntarias.

Algunas veces, por la noche, decía a su prima:

—Me duele mucho la cabeza... Tengo sed... Pero no quiero beber para sufrir por los pecadores.

Cuando le preguntaban si no necesitaba nada, respondía:

—Muchas gracias. Nada.

Cuando se marchaba quien le había preguntado, decía a Lucia:

—Tengo mucha sed. No he querido beber para ofrecer un sacrificio más por los pecadores.

Un día, su madre le lleva una taza de leche.

—Gracias, madre.

Y rechaza la taza con un gesto de la mano. Olimpia insiste, pero es inútil.

—Imposible —dice la pobre madre— hacerle tomar algo; no le agrada nada.

Tan pronto como su tía ha salido de la habitación, Lucia dice a su pequeña enferma:

—¿Por qué desobedeces a tu madre? Podrías haber hecho el sacrificio de tomar esa leche.

—No lo he pensado —responde la enferma toda emocionada.

Llama a su madre, le pide perdón, y le promete tomarse todo cuanto esta quiera. Le vuelven a traer la taza de leche y Jacinta la toma sin manifestar la menor repugnancia. Después confiesa a Lucia:

— ¡Si supieras lo que he tenido que esforzarme para tomarla!

Y a partir de aquel momento toma siempre la leche o el caldo que le llevaban.

—Cada vez me cuesta un poco más, pero no digo nada. Lo tomo todo por amor a Nuestro Señor y al Corazón Inmaculado de María, nuestra Madre del cielo.

Su madre, como sabe que a Jacinta no le gusta la leche, le lleva, cierta vez, la taza de costumbre, pero junto a ella hay un racimo de uvas.

—Jacinta, si no quieres la leche, tómate al menos las uvas.

—Gracias, madre; no quiero las uvas; llévatelas.

Y se toma la leche, que le gusta menos. La madre está muy contenta porque cree que a su hija comienza a gustarle la leche. Jacinta dice a su confidente, que está junto a ella:

—¡Cómo me apetecían las uvas! Pero he querido ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor.

Una mañana, Lucia va a verla cuando se marcha a la escuela; la encuentra desfigurada.

—¿Te encuentras peor?

—Esta noche he sufrido mucho y quise hacer el sacrificio de no cambiar de postura en la cama. No he dormido ni un solo minuto.

Jacinta contaba a su prima que, cuando estaba sola, se echaba de la cama para recitar las oraciones que les había enseñado el ángel.

—Desgraciadamente, no puedo inclinar la cabeza hasta el suelo; me caería. Oro a Dios de rodillas.

Lucia, una de las veces que habló con el arcipreste, le contó estas cosas al párroco del Olivar. Este le rogó que transmitiera sus deseos a Jacinta:

—¡Que no se vuelva a levantar! Que diga sus oraciones en la cama, como pueda, pero sin fatigarse.

El consejo fue llevado a Jacinta por Lucia lo más pronto que esta pudo.

—¿Y Nuestro Señor estará contento? —dijo la pequeña enferma.

—Sí. Nuestro Señor quiere que hagamos lo que el arcipreste nos pide.

—Entonces, bueno. No me volveré a levantar.

Y la obediencia era también un sacrificio, y no el menos meritorio.

No pudiendo ir a la iglesia, a Jacinta no le estaba permitido comulgar como eran sus deseos. Pero se las arreglaba para hacer la comunión espiritual a su manera. Cuando Lucia volvía de la iglesia, Jacinta le decía:

—Lucia, ¿has comulgado?... entonces, acércate a mí, puesto que llevas en tu corazón a Jesucristo... *No sé cómo, pero siento a Nuestro Señor dentro de mí, y, sin verlo ni oírle, comprendo lo que me dice. ¡Es tan hermoso estar con Él!*

Y Lucia, cogiendo de su libro de oraciones una estampa que representa el cáliz con la hostia, se la da. ¡Qué dulce recuerdo!...

—Es Jesucristo. ¡Le amo tanto! ¡Quién sabe si le volveré a recibir otra vez en la iglesia!... ¿Se comulgará en el cielo? Si se comulga, yo lo haré todos los días. ¡Si el ángel fuera al hospital a llevarme otra vez la santa comunión!... ¡Qué feliz sería!

En el hospital de Vila Nova

Durante el verano de 1919 no se advirtió ninguna mejoría en el estado de salud de la enferma. El médico consideró que era mejor hospitalizarla.

Cuando se lo dijeron a Jacinta, esta pensó que era la separación final de los suyos. Sobre todo, lo sintió por Lucia. Mientras su amiga va a verla, cree que sufre menos. De ahora en adelante será necesario que sufra sola. Su corazón sensible apenas si soporta esta idea.

Cuando la Señora de la Cova da Iría fue a visitar a Francisco en su lecho de sufrimiento, Jacinta no se olvidó de Lucia:

—Le he preguntado —le dijo— si tú vendrás conmigo. Ella me ha dicho que no. Esto es lo que más me cuesta. Me ha dicho que mi madre me llevará al hospital y que inmediatamente después me quedaré sola.

Se quedó pensativa algún tiempo y añadió después:

—¡Si tú vinieras conmigo! Lo que más me cuesta es irme sin ti... Creo que el hospital es una casa sombría en la que no se ve nada. Y yo voy a ir allí, a sufrir sola... Pero ¡qué importa!... Sufriré por Dios, por los pecadores, por el Santo Padre.

Jacinta fue admitida en el hospital de San Agustín, en Vila Nova de Ourem, mediante el pago de una módica pensión por sus padres, y allí permaneció durante los meses de julio y agosto de 1919.

Su madre, cuando la visitó por primera vez, le preguntó si deseaba algo.

—Me agradecería ver a Lucia.

No sin grandes molestias, Olimpia llevó consigo a Lucia a Vila Nova tan pronto como pudo volver a visitar a su hija. Jacinta abrazó durante mucho tiempo a su prima y pidió a su madre que las dejara juntas, mientras ella iba a hacer sus cosas en la ciudad.

Cuando se despidió de Jacinta, Olimpia le volvió a preguntar:

—¿Qué es lo que ahora deseas, hija mía?

—Vuelve a traer contigo a Lucia la próxima vez que vengas.

Para Jacinta, Lucia es la confidente de los grandes secretos, es el alma de la tierra que más le recuerda a la Señora que vino del cielo a visitarla.

Una vez más, Olimpia obedeció a su benjamina Lucia, que acababa de perder a su padre, encontró a su prima llena de valor, sufriendo con dicha, por amor a Dios, a la Santísima Virgen, por los pecadores y por el Santo Padre.

No sabe hablar de otra cosa; este es su pensamiento dominante, su obsesión divina.

A pesar de todo, no se produce modificación ninguna en el estado de la enferma; se la llevan de nuevo a Aljustrel,

En su costado izquierdo se ha abierto una fístula. La llaga, de la que mana sin cesar pus abundantemente, no le deja un instante de descanso. La cura diaria es extremadamente dolorosa; pero Jacinta no se queja, y, en medio de las más fuertes crisis, sonrío.

En este estado, lo que más le cuesta es no poder huir de las visitas de los curiosos, que siguen yendo a preguntarle cosas. Pues, incluso a pesar de estar enferma, siguen importunándola los visitantes.

Un día, azorada por las preguntas que le han planteado, se equivoca sobre un detalle. Cuando Lucia se lo hace observar, Jacinta llora.

Como hizo después de contar a su madre la primera visión, se echa a los pies de Lucia y le pide perdón.

El pus sale ya de su costado en tal cantidad que, inclinándose un poco, se vierte sobre un tazón.

Podemos imaginar sus sufrimientos; pero ella los oculta celosamente. Cree que estos sufrimientos tendrán más mérito para la conversión de los pecadores si solo Dios los conoce.

—No digo a nadie que la llaga me duele, ni siquiera a mi madre. Le causaría mucho pesar.

Lucia solo tiene consentimiento para hablar de tales dolores con Dios y con la Santa Virgen, pero con tal de que les comunique el agradecimiento de la pequeña mártir. Cuando Lucia, al irse a la escuela, por la mañana, va a saludarla, la enferma le hace sus encargos:

—Ve a la iglesia a decirle a Jesús Oculto que le deseo mucho y que le amo mucho. O:

—Di a Jesús que le envió muchos recuerdos y saludos.

Siempre apóstol

La enferma, obligada a la inmovilidad e incluso a la inacción, puede, pese a todo, ser apóstol y hacer el bien ofreciendo sus sufrimientos por aquellas almas que ella prefiere. Esta es la manera de Santa Teresa de Lisieux, que «caminaba por los misioneros», cuando el caminar le hacía sufrir horriblemente.

Jacinta, al ofrecerse por los pecadores, ejercitaba este apostolado indirecto. Pero como no estaba encerrada en un claustro, como la santa carmelita, ejercía, al mismo tiempo, una acción directa sobre las almas, llevando a Dios el corazón de aquellos que iban a verla.

Los curiosos o los devotos que iban a visitar la Cova después de haber hablado con Lucia querían ver también a Jacinta en su habitación de enferma. Ante estos extraños, esta solía adoptar una actitud muy seria, que no estaba de acuerdo con su edad, y guardaba silencio, sobre todo si Lucia no estaba allí.

Los visitantes permanecían junto a su cama largo tiempo, felices por encontrarse tan cerca de ella, de aquella que había visto y oído a la Reina del Cielo.

Jacinta, cuando la interrogaban, respondía con mucha simplicidad, con pocas palabras, por temor a hablar demasiado, y evitando mostrar siempre desagrado o la menor impaciencia. Pero cuando se quedaba sola con Lucia, le confiaba:

—Me duele la cabeza de escuchar a toda esa gente. Ahora ya no puedo ni huir ni ocultarme. Y de esta manera puedo ofrecer estos sacrificios a Nuestro Señor.

¡Cómo deseaba poder conservar su silencio! ¡Cómo deseaba que no fueran a hacerle preguntas! Pero es necesario dar a conocer el Mensaje de Nuestra Señora.

—¡Cómo me agradecería poder ir a ocultarme al Cabeço!... Al menos, cuando tú vayas a Cova da Iria no te olvides de pedir por mí.

En su habitación, los visitantes respiraban un santo ambiente; experimentaban una sensación física sobrenatural. Ante esa paciencia, siempre igual, se llenan de admiración, pues adivinan enormes sufrimientos, y jamás se le oye proferir la menor queja ni exigencia.

La misma impresión bienhechora sienten y experimentan las gentes de la vecindad que acuden a verla. Cuando Jacinta dejó de salir de su habitación, las mujeres, del caserío decían:

—Me voy a trabajar a casa de Jacinta. No sé lo que tiene; pero se es dichosa cuando se está junto a ella.

Y llevaban a sus niños pequeños para que se divirtieran y jugaran con la enferma. Las madres se sentaban cerca del lecho a coser o hacer punto. No hablaban casi con Jacinta para no fatigarla; pero sí lo hacían entre sí. Si sucedía que se expresaban de modo inconveniente para con la caridad o cualquier otra virtud, Jacinta se permitía reprenderlas:

—No hablen así; ofenden a Nuestro Señor.

Jacinta tenía más libertad con los niños del caserío que iban a verla; admitía en su habitación a las niñas y también a los niños, siempre que fueran menores que ella.

A veces, cuando Lucia llegaba a casa de Jacinta, encontraba en el umbral de la puerta un grupo de niños que esperaban su llegada para ser introducidos en la habitación de la enferma. Y Lucia les decía que Jacinta no quería verlos porque eran demasiado disipados; y ellos prometían ser mejores.

—Jacinta, ¿quieres que entren los niños a hacerte compañía?

—Sí; solo los pequeños.

Y todos decían:

—Yo..., yo...

Jacinta les decía todo aquello que podía decir de los deseos de Nuestra Señora, aconsejándoles, sobre todo, que no ofendieran a Dios, para no ir al infierno. Les enseñaba canciones; a los más pequeños, el signo de la cruz, el Padrenuestro y el Avemaría.

Jugaba con ellos, sentada en su cama, o en el suelo, en medio de la habitación, si estaba levantada. Y jugaban con pequeñas manzanas, castañas, higos secos, etcétera, que proporcionaba mamá Olimpia, dichosa de llevar a otros niños a jugar con su pequeña y querida enferma...

Nadie se iba sin haber rezado el rosario. Algunos pasaban allí mañanas o tardes enteras, y todos parecían felices de encontrarse al lado de Jacinta.

Los tímidos, no atreviéndose a volver, iban en busca de Lucia y le pedían que les llevara a casa de Jacinta. Otras veces esperaban ante la puerta de la casa, hasta que tía Olimpia o Jacinta les invitaban a entrar.

Grandes y pequeños, todos parecían sentir junto a Jacinta algo sobrenatural. Después de una visita de este tipo, todavía en vida de Francisco, un sacerdote dijo a Lucia:

—Lo que más me impresiona en Fátima es la inocencia y la sinceridad de Jacinta y de Francisco.

Y otro sacerdote que le acompañaba, añadió:

—Siento un no sé qué junto a esos pequeños. Es como algo sobrenatural. Hace bien a mi alma hablar con ellos.

«*Morir sola*»

La modesta casa de Manuel Pedro volvió a recibir una vez más la visita de la Reina del Cielo. Volvió para dar ánimos a su hija predilecta, o más bien, pedirle nuevos sacrificios. Jacinta contó a Lucia las palabras de la Visión:

—Me ha anunciado que *iré a Lisboa, a otro hospital. No te volveré a ver, como tampoco a mis padres. Después de haber sufrido mucho, moriré sola*. Me ha dicho también que no debo asustarme, que me vendrá a buscar para llevarme al cielo.

Y, llorando, Jacinta abraza a Lucia.

—Ya no te volveré a ver. Tú no vendrás a verme. Ora mucho por mí, pues yo moriré sola.

—No te entristezcas porque no pueda acompañarte. No será por mucho tiempo. Pasarás el tiempo pensando en Nuestro Señor y en la Santísima Virgen. Les dirás con frecuencia las oraciones jaculatorias que tanto te gustan...

—¡Sí, sí! No me cansaré de repetirlas hasta la muerte; después, en el cielo, las cantaré...

Pero la idea de «morir sola» no la abandonaba. Lucia le daba ánimos. Un día encontró a Jacinta cuando iba a besar una imagen de la Virgen, diciendo:

—Mi buena Madre del cielo, entonces, ¿debo morir solita?

—¿Qué puede importarte morir sola si vendrá a buscarte la Virgen?

—Es verdad, eso no tiene mucha importancia, pero hay momentos en los que me olvido que vendrá a buscarme. Solo pienso en que moriré sin que estés junto a mí.

Lucia la reprendía: —No has de esperar mucho tiempo para estar en el cielo. ¡En cambio, yo!...

—Pobrecita mía, no te lamentes... Cuando esté allí pediré mucho por ti, mucho. Nuestra Señora lo quiere así.

Un oculista renombrado de la capital, el doctor Eu— rico Lisboa, que fue en peregrinación a Fátima hacia mediados de enero, quiso ver a los niños. Al encontrar a Jacinta en un estado deplorable, le aseguró que podía ser curada por medio de una operación si la llevaba a Lisboa ¹⁰⁵.

Aunque no tuviesen muchas esperanzas, y Jacinta asegurara la inutilidad de todos aquellos cuidados, los padres acabaron por ceder a las caritativas instancias del médico, apoyadas por las del canónigo Formigão. El barón de Alvayazere también insistió y pidió participar en los gastos.

Jacinta, viendo que todo aquello era el cumplimiento de las predicciones de la Santísima Virgen, no opuso nada al proyecto. Pero, antes de abandonar Aljustrel, rogó a su madre que la acompañara a Cova da Iria. Olimpia pidió prestada una borriquilla y llevó allí a Jacinta. Esta quiso hacer el último trecho a pie, rezando el rosario.

Una familia de la capital a la que pidieron que recibiera a la pequeña enferma, aceptó albergarla durante la duración del tratamiento.

Llegó el día tan temido de la separación. La pobre Jacinta abrazaba sin fin a todos los suyos, sobre todo a su querida Lucia.

—No te volveré a ver, ni a mi madre, ni a mi padre, ni a mis hermanos... A nadie más... y, después, moriré absolutamente sola...

—No pienses más en esto...

—Déjame que piense en ello. Cuanto más pienso más sufro, y más ofrezco a Nuestro Señor. ¡Qué me importa, después de todo! Nuestra Señora vendrá a buscarme para ir al cielo.

Lucia le preguntó:

—¿Y qué harás en el cielo?

—Amaré mucho a Jesús, a la Virgen Inmaculada. Pediré por ti, por los pecadores, por el Santo Padre, por mis padres, por mis hermanos, por mis hermanas y por todas las personas que me han pedido ruego por ellas.

Después habló con entusiasmo de Nuestro Señor y de Nuestra Señora.

—¡Me gusta tanto sufrir por su amor! Están contentos de que sufra por los pecadores.

En el momento de la suprema separación hizo sus últimas recomendaciones a su confidente. Durante un largo abrazo, con el corazón desgarrado, Jacinta dijo a Lucia:

—No nos volveremos a ver aquí. Reza mucho por mí hasta que vaya al cielo. Cuando esté yo allí rezaré mucho por ti... *No digas nunca el secreto a nadie..., ni aunque te maten...* Ama mucho a Jesús y al Corazón Inmaculado de María, y haz muchos sacrificios por los pecadores.

¡Qué dura era, para su pequeño corazón, esta perspectiva de estar separada de aquellos a los que amaba! Aislada en un hospital en el momento del último suspiro, privada de la compañía de su madre, de sus hermanos, de su prima..., ¡qué tormento!... ¿Podría ofrecer a Dios sufrimiento más cruel?

—Jesús, creo que quieres convertir a muchos pecadores, ¡este sufrimiento es tan grande!

El camino se hizo sobre una carreta de bueyes hasta la estación de Chao de Magas, en donde tomaron el tren para Santarem y Lisboa. Antonio, el hermano mayor, y la madre la acompañaron hasta la capital, en donde Olimpia se quedó durante ocho días acompañando a su hija.

Últimos días

Cuando la familia advertida para recoger a Jacinta en Lisboa vio el estado de la pequeña enferma, se negó a recibirla. Olimpia, que la había acompañado, solicitó una plaza en el Orfanato de Nuestra Señora de los Milagros, dirigido por sor Purificación Godinho ¹⁰⁶, la cual, precisamente, estaba llena de deseos de conocer a los videntes de Fátima. Acogió con gran alegría a la pequeña enferma.

Tan pronto como hubo entrado, una señora se presentó queriéndola ver, le pidió una oración y le dejó cincuenta escudos, que la niña se apresuró a entregar a la directora: la pensión estaba pagada por adelantado.

Jacinta sintió una gran alegría al saber que viviría bajo el mismo techo que Jesús Oculto, y que podría recibirlo con frecuencia. ¡Solo echaría de menos a Lucia!...

Sor Godinho tenía acogidas a unas veinte huérfanas, todas gratuitamente o casi. Las huérfanas la llamaban «madrina». Jacinta la llamó de la misma manera, y la hospitalaria casa, «Casa de Nuestra Señora de Fátima».

La niña apenas si pasó allí quince días. Pero dejó un profundo recuerdo gracias a su amabilidad, a su paciencia, a su modestia y, gracias también, a la manera emotiva con que mostraba su agradecimiento hacia su bienhechora.

Las virtudes de la nueva pensionista tuvieron una influencia saludable sobre sus compañeras. Por otra parte, Jacinta no dudaba en darles consejos, haciéndoles prometer que serían obedientes, valerosas, leales, «para ir al cielo».

En un interrogatorio oficial, su «madrina» ha declarado: «No jugaba, comía poco, no se quejaba jamás de su salud, rezaba todos los días el

rosario. No podía soportar la mentira y reprendía abiertamente a aquellos que desfiguraban la verdad delante de ella.

Le gustaba ir a la capilla. Si veía que alguien hablaba, le invitaba a guardar silencio. Y a veces recibió contestaciones desagradables; las soportaba con paciencia por amor de Nuestro Señor-

En la casa había una habitación que comunicaba con el coro de la capilla. Jacinta iba allí porque podía ver el tabernáculo sin que nadie observara su oración. Su actitud de recogimiento y de fervor, sobre todo sus ojos, amorosamente fijos en el tabernáculo, impresionaban».

Cuando llegó al orfanato expresó el deseo de confesarse, y su madre la condujo para que lo hiciera a la iglesia vecina, la basílica del Sagrado Corazón, llamada iglesia de la Estrella, por el nombre del barrio. Al salir, Jacinta dijo a su madre:

—¡Qué sacerdote tan bueno!... ¡Qué sacerdote tan bueno! ¡Me ha dicho tantas cosas!...

Desde entonces recibirá a Jesús Oculto tantas veces como su salud se lo permite y el sacerdote se lo puede llevar, es decir, casi todos los días.

Su pobre cuerpo torturado no cesa de hacerle sufrir, pero María la consuela con visitas frecuentes.

Un día que había guardado cama, la caritativa superiora fue a verla. La niña le dijo:

—Vuelve más tarde, «madrina»; espero a la Santa Virgen.

Y Jacinta miraba fijamente, como transfigurada, en la dirección en que venía la Virgen.

Después de estas conversaciones con la Reina del Cielo, la niñita repetía a su «madrina» cosas superiores a su edad y a su instrucción. Algunos de sus pensamientos sobre el pecado, la guerra, el sacerdocio, etc. ..., han sido recogidos por sor María Purificación.

Su «madrina» le preguntó un día quién le había enseñado aquellas cosas:

—*La Santa Virgen* —respondió Jacinta—. *Algunas las sé por mí misma, ¡Me gusta tanto pensar!*

Incluso llegó a hacer predicciones referentes, por ejemplo, a la muerte de sus dos hermanas, Florida y Teresa, o bien sobre el porvenir de su «madrina», los médicos que la curaban u otras personas. El cumplimiento de los acontecimientos anunciados no puede explicarse sin revelación sobrenatural.

A veces decía a la superiora:

—Quieren operarme; pero la buena Virgen me ha dicho que moriré; es inútil.

Un día, por medio de alguien de Fátima que fue a verla, envió a Lucia este mensaje: *La Santa Virgen ha venido a verme de nuevo. Me ha dicho el día y la hora de mi muerte y me ha pedido que sea muy buena.*

La pobre niña no cesaba de repetir que la intervención quirúrgica no serviría de nada y que prefería morir en la «casa de Nuestra Señora de Fátima». Su «madrina» también lo hubiera preferido; pero el doctor Lisboa fue inflexible.

El día de la Purificación (2 de febrero de 1920), después de haberse confesado, comulgó y se despidió, más con lágrimas que con palabras, de Jesús Oculto en el tabernáculo de la capilla. Después la llevaron al hospital de Dona Estefanía ¹⁰⁷. Solo le quedaban ocho días de estar sobre la tierra y serán ¡ocho días sin comunión!... En el hospital no hay capilla, ni Jesús Oculto, ni «madrina» Godinho... Allí se encuentra de verdad enteramente «solita».

En Dona Estefanía, médicos y enfermeros reprocharon a la madre Godinho por haber permitido que los otros niños estuvieran en contacto con uno que estaba tan enfermo; pero Jacinta defendió a su «madrina».

Esta fue a verla todos los días con una dama bienhechora; Jacinta recibió también la visita del doctor Cardoso Tavares, médico del orfanato. Y no se cansaba de repetir que la operación sería inútil.

La intervinieron, por fin, el día 10 de febrero. A petición del doctor Lisboa, el médico jefe del hospital, doctor Leonardo de Castro Freire, la operó personalmente, asistido por el doctor Elvas. Fue una gran prueba para su modestia ver cómo le quitaban todos sus vestidos; y lloró abundantemente. A causa de su gran debilidad, no se atrevieron a

cloroformizarla; se contentaron con anestesia local. Jacinta soportó valientemente la operación.

Le quitaron las dos costillas afectadas por el mal; lo que le abrió una llaga tan grande como la palma de la mano. Parecía que la operación había sido un éxito.

Era necesario curarla frecuentemente, lo que le provocaba dolores atroces; pero no por ello Jacinta era abandonada de su angelical paciencia, ofreciendo a Nuestra Señora sus sufrimientos.

Se daba ánimos a sí misma, y a aquellos que la consolaban, diciendo:

—¡Paciencia! Es necesario ganar el cielo sufriendo.

Hasta su último aliento lucha contra el pecado cuando se encontraba con su apariencia. Si alguna visita o enfermera, que atravesaba la sala, llevaba un vestido demasiado llamativo, Jacinta decía:

—¿Para qué sirve todo esto?... ¡Si supieran lo que es la eternidad!...

Una vez escuchó ciertas palabras de los médicos que hacían la visita, que reflejaban escepticismo o incredulidad:

—¡Desgraciados!... ¡No saben lo que les espera!...

La Señora de luz, cuya belleza llenaba su corazón y su imaginación, le hizo una última visita. Y a partir de este momento Jacinta dejó de manifestar el menor signo de sufrimiento. Decía a su «madrina» y a las personas que la acompañaban:

—¡Ved! Ahora ya no me quejo. *La Santísima Virgen se me ha aparecido de nuevo. Me ha prometido venir muy pronto a buscarme y me ha quitado los dolores.*

Y añadía que esta vez la Santísima Virgen le había parecido muy triste. Y había confiado a Jacinta la causa de su tristeza:

—*Los pecados que conducen el mayor número de almas a la perdición son los de la carne. Es necesario renunciar, no obstinarse en el pecado, como se ha hecho hasta aquí. Es indispensable hacer una gran penitencia.*

Y la pequeña añadía, recordando la tristeza del rostro de María cuando le había hablado así:

—¡Tengo mucha pena por Nuestra Señora! ¡Tengo mucha pena!

Cuando su «madrina» o alguna enfermera se detenía o se sentaba cerca de su lecho, en el lugar en donde Jacinta había visto a la Virgen, ella protestaba dulcemente:

—Ahí no, «madrina»; ahí ha estado la Virgen.

Lo que había anunciado a su padre en el momento de la partida de Aljustrel, se producía. Manuel Pedro nos cuenta que él le había dado ánimos diciéndole:

—Curarás y volverás.

Pero Jacinta respondió:

—Antes de que cure de esta enfermedad ocurrirá otra cosa, y luego moriré.

«Ocurrirá otra cosa», en el lenguaje del país significa: sobrevendrá una complicación. Y después de la operación se había recibido en Aljustrel una carta del doctor Lisboa diciendo que todo iba bien. Pero unos días después el señor Marto fue llamado a casa del barón de Alvayazere, que le entregó una carta del mismo médico, anunciándole que la operación había salido bien, pero que había «sobvenido otra cosa» y que la niña había muerto.

Tres días después de la última visita de Nuestra Señora, sabiendo que debía abandonar el mundo aquel mismo día, había pedido recibir los sacramentos, como su hermano Francisco. Era un viernes, a las seis de la tarde.

Hacia las ocho, el párroco de la iglesia de los Santos Ángeles, abate Pereira dos Reis, fue a verla y a confesarla. Jacinta insistió para que le llevaran inmediatamente el santo viático, diciendo que iba a morir. El sacerdote, no considerándola excesivamente fatigada, creyó poder esperar hasta el día siguiente. Pero aquella misma noche, hacia las diez treinta, Jacinta expiró. Era el 20 de febrero de 1920.

En olor de santidad

Su «madrina» vistió el cadáver con un vestido blanco de primera comunión y una cinta azul. Así lo pidió la niña.

Cuando corrió la noticia de la muerte, espontáneamente, entre los lisboetas devotos, se organizó una suscripción para hacerle una sepultura digna en un cementerio de la capital. Pero el doctor Lisboa pensó que era mejor enterrarla en un lugar especial, por si, con el tiempo, las apariciones, de las que casi todo el clero dudaba todavía, fueran reconocidas por la Iglesia. Pidió, pues, al párroco de los Santos Ángeles que la conservara en la sacristía hasta que acabaran las formalidades para el traslado.

Y comenzó el desfile incesante de gente que iba a visitar el pequeño ataúd. Y hasta fue necesario dejarlo abierto, pues todos querían ver el cadáver y tocar en él objetos piadosos...

El párroco Pereira dos Reís, a pesar de su amistad con el doctor Lisboa, se preguntaba si todo aquello estaba conforme con las reglas litúrgicas y con la higiene, hasta el punto de hacer colocar el ataúd en el local de la Cofradía del Santo Sacramento, y pidió a la agencia de pompas fúnebres que lo custodiara.

La peregrinación prosiguió en medio del mayor respeto, de tal suerte, que el comisario que estaba allí, por sí era necesario guardar las conveniencias, se extrañó de no tener que intervenir. Se llamaba Antonio Rebelo da Almeida, y escribió más tarde la siguiente narración:

«Acostada en su pequeño féretro, la niña parecía viva. Con sus labios y mejillas rosadas, estaba muy hermosa. Cuando la gente llegaba delante de la caja, todo era entusiasmo, delirio, admiración. He visto muchos muertos; pero allí ocurrió algo que jamás he vuelto a ver. El cuerpo exhalaba un perfume suave; lo que no puede explicarse naturalmente. Hacía tres días y medio que la pequeña había muerto, y su perfume era como el de un ramillete hecho con las más diversas flores. El mayor de los incrédulos no habría podido dudar de ello».

El doctor Eurico Lisboa, que ha publicado un informe sobre la muerte de Jacinta ¹⁰⁸, considera el hecho tanto más sorprendente cuanto que la enfermedad tenía un carácter infeccioso y la caja permaneció abierta todo el tiempo.

Se había decidido trasladar los restos mortales de la vidente a su país natal. El barón de Alvayazere solicitó ocuparse del traslado, y pidió el favor de guardar provisionalmente el cuerpo en el panteón de su familia, en el cementerio de Vila Nova de Ourem.

El 24 de febrero, hacia las once, el pequeño cadáver fue colocado en un féretro de plomo, según las normas, y recubierto de cal viva a causa del carácter epidémico de la enfermedad. Un cortejo numeroso y emocionado lo acompañó hasta la estación de Rossio. El tren lo dejó en la estación de Chao de Magas y, hacia el final de la tarde, fue transportado a Vila Nova, en donde le esperaban Manuel Pedro con Olimpia y una muchedumbre de amigos.

* * *

Quince años más tarde, el 12 de septiembre de 1935, por orden de monseñor el obispo de Leiria, y a pesar de la súplica emocionada de la familia de Alvayazere, que consideraba la custodia del cuerpo como una fuente de bendiciones ¹⁰⁹, los restos de la pequeña Jacinta fueron transportados al cementerio de Fátima, en donde S. E. monseñor el obispo de Leiria había hecho construir una pequeña sepultura blanca para recibirlos.

Antes de llevárselo, en el cementerio de Vila Nova fue abierto rápidamente el féretro. Todos los asistentes se sorprendieron al ver que el rostro de Jacinta estaba perfectamente conservado ¹¹⁰. Y este hecho es tanto más asombroso si se tiene en cuenta que, como sabemos, el cuerpo fue cubierto de cal viva.

La premura y la discreción con las que se procedía no permitieron advertir si todo el cuerpo estaba en el mismo estado. Se tomó rápidamente una fotografía, una de cuyas copias fue enviada a sor María de los Dolores (Lucia).

Algunas personas tocaron con lienzos y objetos piadosos el cadáver; volvióse a cerrar el féretro y el cortejo se encaminó a Fátima.

En total, cuatro coches: el del barón y su hijo, en el que iba el féretro; en otro, dos sacerdotes con sobrepelliz y estola; el tercero y el cuarto llevaban a la familia de Jacinta con unas señoras.

La pequeña prisionera de 1917 atravesó de nuevo esta ciudad, en la que el furor del subprefecto jacobino le hizo tanto sufrir, dieciocho años antes, para vencer su fidelidad. Y el cortejo tomó el camino que sube hasta Fátima.

El traslado había sido tenido casi en secreto, y los que veían pasar los coches decían:

—Más peregrinos para Cova da Iria.

Efectivamente, dejaron atrás Fátima y llegaron al santuario. A mediodía el cortejo entraba en el recinto sagrado de las apariciones, en donde había grupos de fieles para la peregrinación mensual del día siguiente, que era 13. Inmediatamente, los sacerdotes y los fieles presentes se agruparon alrededor de los coches y la noticia se extendió rápidamente.

Monseñor el obispo de Evora, que esperaba el cuerpo, celebró la misa de réquiem y presidió el resto de la ceremonia fúnebre.

Y una muchedumbre quiso tocar el pequeño ataúd con objetos piadosos. Y, por decirlo así, fue necesario arrancar el féretro al fervor popular.

Un cortejo, cargado de plegarias y de flores, lo acompañó hasta el cementerio. Fue colocado en una pequeña fosa, junto con el que contenían los restos de su hermano Francisco.

Y ahora, el visitante, tan pronto como entra en el campo santo, repara en la tumba de piedra blanca, solitaria entre las pobres cruces de madera que rompen la uniformidad de este amplio cuadrado de arena rojiza.

Se acerca y lee:

AQUÍ REPOSAN LOS RESTOS MORTALES
DE FRANCISCO Y DE JACINTA,
A QUIENES SE LES APARECIÓ NUESTRA SEÑORA

Se arrodilla y reza ¹¹¹.

N. B.—Desde el mes de mayo de 1951, la pequeña tumba ha desaparecido. El cuerpo de Jacinta, encontrado con el rostro reconocible, fue solemnemente transportado a la basílica el día 1.º de mayo, en presencia de sus padres, de las autoridades y de una inmensa muchedumbre.

Por dificultades de identificación, el traslado de los restos de Francisco fue retrasado hasta abril de 1952.

Las respectivas tumbas se encuentran en el crucero de la iglesia, Jacinta en el lado del Evangelio, Francisco en el de la Epístola.

El proceso de su beatificación está abierto desde el 20 de diciembre de 1950.

XIV. SOLAMENTE PARA DIOS

¡Al fin, un obispo!...

En 1917 eran tres los que rezaban el rosario a la sombra de las verdes encinas. Cuando el alma de Jacinta voló al cielo, solo quedó sobre la tierra la cabeza visible del pequeño grupo, Lucia.

Estaba «sola» en la Cova da Iria cuando el pueblo portugués, a pesar de la prohibición del Gobierno, que envió un pequeño ejército, y a pesar de la indiferencia del clero, acudió en gran número para festejar el tercer aniversario de la primera aparición (13 de mayo de 1920).

Dios la dejaba —y la sigue dejando— sobre esta tierra para que pueda dar testimonio ante los hombres y, concretamente, ante la autoridad eclesiástica, de lo que vio y oyó.

La diócesis de Leiria fue restablecida en 1918 ¹¹², y, al fin, en 1920, tuvo su obispo en la persona de S. E. monseñor José Alves Correia da Silva, que antes había sido profesor de Teología en el seminario de Porto. Nacido en 1872, el nuevo prelado tenía cuarenta y ocho años. Muy conocido por su entrega a la acción social cristiana, colaboraba en varios periódicos católicos ¹¹³. Desde el primer momento, clero y fieles tuvieron la sensación de tener un guía seguro. Y todavía hoy, después de cuarenta años, administra su diócesis ¹¹⁴ con gran alegría por parte de su pueblo, que le ama y le venera.

Podemos decir que Nuestra Señora de Fátima no podía haber hecho mejor elección para poner en práctica sus propósitos y como apóstol de sus glorias.

Monseñor José da Silva era muy devoto de la Santísima Virgen. Antes de su elección al episcopado había ido diecisiete veces en peregrinación a Nuestra Señora de Lourdes, cuatro de ellas como director de la peregrinación. Después de su consagración ha vuelto muchas veces más. Tomó posesión de su diócesis el 5 de agosto de 1920, y diez días después,

en la fiesta de la Asunción de la Virgen, consagraba su diócesis solemnemente a la Reina del Cielo.

La tarea que se ofrecía al nuevo obispo era de las más delicadas. La diócesis, necesitaba de una reorganización en el aspecto administrativo y en sus principales organismos, solo le ofrecía ruinas, preocupaciones y trastornos. Tan solo en un lugar el nuevo obispo podía buscar consuelo: en la Cova da Iria, con las emotivas manifestaciones de fe y de piedad que allí tenían lugar. Tan pronto como fue conocida su elección por el Soberano Pontífice, uno de sus colegas en el episcopado le había felicitado por tener en su diócesis «el nuevo Lourdes portugués». Tales felicitaciones no le produjeron alegría alguna, puesto que aquello era un gran problema que tenía que resolver, una nueva fuente de preocupaciones. Nada o casi nada hubiese hecho para estudiar de forma regular el origen y la legitimidad de este movimiento que escapaba totalmente a la autoridad eclesiástica.

Por tanto, es fácil de comprender que, a pesar de su cortesía tan amable, manifestara cierta frialdad cuando un delegado del patriarcado de Lisboa le hizo entrega del expediente sobre Fátima, cuya responsabilidad no podía eludir.

No tardó mucho en comenzar a recibir cartas y a oír declaraciones en sentidos opuestos. Por su parte, el padre Jacinto Ferreira, arcipreste del distrito de Ourem, cuya bondad llena de caridad hacia los pequeños videntes conocemos, le dijo:

«Me encuentro en una situación privilegiada para saber todo lo que ha pasado en Cova da Iria. Personalmente, reconozco claramente el dedo de Dios en estas maravillas, y, lejos de oponerme a la propaganda a favor de Fátima, la permito de buen grado, manteniendo a salvo los derechos del magisterio eclesiástico en lo que se refiere a la apreciación del carácter sobre natural de los hechos».

El nuevo obispo leyó o escuchó todos los informes favorables, neutros u hostiles, pero se reservaba su opinión hasta poderse formar una opinión personal.

«En suma —nos ha dicho personalmente— en lo que se refiere a Fátima era un incrédulo. Pero esperaba de la Providencia las indicaciones según las cuales poder ordenar mi conducta».

No obstante esta reserva, desde el primer momento se ve ante la necesidad de adoptar una actitud. El hecho de Fátima no es una bagatela. Son millones los fieles que creen en la realidad de las apariciones y que desean el reconocimiento y la normalización del culto a la Virgen en Cova da Iria. Todos los meses el día 13, decenas de millares van allí a rezar con fervor. Jamás se ha producido ningún desorden, a no ser la original e inofensiva manifestación de aquel artificiero de Porto de Moz, que disparó, sin advertencia alguna, una salva de veintiuna carcasas para agradecer a Nuestra Señora cierta curación (13 de octubre de 1919).

Por todas partes se cuentan curaciones milagrosas atribuidas a la intercesión de Nuestra Señora de Fátima. El pueblo católico está poco más o menos unánime a la hora de pedir una declaración oficial de la autoridad.

En cuanto al clero, se muestra todavía dividido. Una parte de los sacerdotes se declaran partidarios de la verdad sobrenatural de las apariciones y varios no han dudado en mezclarse, a título privado, entre los peregrinos de la Cova y rezar con ellos.

La mayor parte de los sacerdotes muestra todavía una prudente reserva que había impuesto desde el primer momento a su clero el patriarcado de Lisboa ¹¹⁵.

Una pequeña minoría, queriendo salvaguardar el prestigio de la religión que cree comprometido en este asunto, se manifiesta hostil a la nueva «superstición», sin preocuparse, por otra parte, de examinar de cerca los hechos en su realidad objetiva.

El obispo tiene la responsabilidad de lograr que cesen estas dudas y estas disensiones, mostrando dónde está la verdad. Se pregunta por qué la Santísima Virgen, en una hora de crisis religiosa, moral y social, habrá escogido aquel pequeño rincón de su diócesis para recordar a los hombres cuál es el camino de la salvación. En este caso, ¿por qué no elegir como embajadores a pequeños pastores inocentes y piadosos como ya lo ha hecho otras veces?

He aquí por qué monseñor José da Silva, inmediatamente después de su nombramiento, se preocupa por estudiar y por hacer estudiar con esmero y atención las visiones, que son la base de este culto nuevo, así como los milagros que la opinión vulgar le atribuye.

«*Vivir absolutamente sola*»

Antes de examinar los hechos con la lupa de la crítica, este buen pastor quiere atender a las necesidades inmediatas de las almas.

El número y entusiasmo de los peregrinos de la Cova crece sin cesar. Pero aquella espontaneidad absoluta y no organizada del culto que allí se hace supone el riesgo de que se desvirtúe y derive en una superstición semicismática, con el mayor de los daños para las almas.

Y, además, ¡son tantas las inseguras y las preocupadas por aquello!

Lo que más las ha martirizado y contristado han sido las muertes sucesivas de Francisco, del padre de Lucia, de Jacinta, de su hermana Florida. Otros hijos de Olimpia están enfermos y una hija, Teresa, morirá al año siguiente. Por tanto, de los tres videntes que el nuevo obispo hubiere podido interrogar sobre los orígenes primeros del culto en Cova, dos ya no están en este mundo.

Los enemigos de la religión se han aprovechado de estas defunciones para lanzar sospechas sobre el nuevo movimiento de piedad mañana.

—Era necesario —dicen estos— hacer desaparecer a esos pequeños, que habrían acabado por descubrir a los que han montado toda la comedia.

Manuel Pedro, abrumado por las penas, resignado y sumiso, se contenta con expresar su pensamiento en unas cuantas frases sentenciosas y resignadas. Su mujer se siente a veces tentada de maldecir el terrible destino que le arrebató a sus hijos.

Después de la muerte de Antonio dos Santos, algunos malvados se han atrevido a decir ante su viuda:

—¡Es necesario que se mueran todos, hijos y padres!... Mientras quede uno vivo, todo seguirá igual.

Estas sombrías predicciones desgarraban el corazón de María Rosa, como la hoja de una espada que se removiera en la llaga profunda. Y hasta llega a preguntarse si esos misteriosos poderes de lo alto, que destrozan a su familia, no le irán a arrebatar también a su Lucia.

La pequeña ha crecido; ahora tiene trece años. Sufre con el sentimiento de su madre y de sus tíos. Pero sufre con sufrimiento sereno porque sabe que detrás del velo que oculta los designios divinos está la poderosa y dulce

mano de su Madre del Cielo, que la guía y guía a los suyos hacia su destino eterno. Su padre, por favor de María, tanto tiempo alejado de los sacramentos, ¿no se ha reconciliado con Dios?

Al perder a Francisco y a Jacinta, Lucia perdió a sus amigos predilectos, a los confidentes de los secretos celestiales, a los compañeros de su vida mística y penitente. Los dos están con los santos y su Reina del Cielo; ella, ella está «sola» en este valle de lágrimas.

Jacinta temía morir sola; ¿no será más penoso para su prima «vivir sola»?

Cuando puede retirarse en el agujero del Cabeço, lo hace con sus recuerdos y derrama lágrimas de oración. Todo le recuerda a sus queridos primos, hasta las flores que gustaban coger y las piedras en donde se sentaban.

Lucia misma nos cuenta que un día, mitad dudando de la realidad, mitad por distracción, entró corriendo, como acostumbraba, en la habitación de Jacinta y la llamó en voz alta. La pequeña estaba en Lisboa. No fardó en llegar la noticia de que se había ido al cielo.

Unos días después de su sepelio en el cementerio de Vila Nova de Ourem, su tía Olimpia la condujo ante la tumba en donde habían depositado sus restos mortales. Y esta visita le hizo sentir todavía más la amargura de la separación. Por eso, de cuando en cuando le decía a Dios:

—Señor, llámame junto a Ti, junto a ellos...

El nuevo y buenísimo obispo de Leiria no tardará en ocuparse de esta alma, con cuidado especial.

Como consecuencia de las circunstancias y, sobre todo, por la actitud adoptada por el clero de no intervenir activamente en lo referente a Cova da Iria, esta muchacha de trece años tiene que cumplir con el papel de guía religioso de las muchedumbres de creyentes que allí acuden. La autoridad religiosa, ¿puede dejar que una niña cargue con semejante responsabilidad durante mucho tiempo?

El obispo, como dice en su carta pastoral del 3 de mayo de 1922, llamó varias veces a la vidente para interrogarla personalmente. La narración y las respuestas de la niña le parecieron sencillas y sinceras, no descubrió en ellas nada que no estuviera conforme con la fe y la moral.

Pensando serenamente las cosas, el bueno y prudente prelado cree que sería mucho mejor, tanto para el bien de Lucia como para el examen imparcial y sereno de los hechos de los que aquella es el centro, alejarla de las multitudes creyentes a veces hasta el fanatismo, arrancarla a las inoportunas sollicitaciones de los unos, a la fatigante curiosidad de los otros, y ahorrarle los sarcasmos y también los halagos, y, ¿quién sabe?, quizás las tentaciones de orgullo.

También sería necesario instruirla, puesto que, sí dice la verdad, la Visión se lo ha pedido. Y cuando tengan lugar las indagaciones oficiales que se imponen, ¿será conveniente hacer comparecer ante las comisiones a una analfabeta o casi ignorante?

Alejándola algún tiempo, mientras duren sus estudios, se pondrán a prueba, al mismo tiempo, no solo los sentimientos de la vidente, sino también los de los peregrinos; se impondrá silencio a las numerosas objeciones de los enemigos de Fátima y a los de la religión. Si las peregrinaciones continúan durante la ausencia de Lucia, ¿se podrá decir que los videntes son instrumentos dóciles de algunos, que en provecho propio urden tal asunto? ¿O Lucia es el agente hábil y eficaz de fuerzas ocultas y misteriosas dirigidas por otros? ¿O que cuenta con un prestigio personal, con cualidades extraordinarias que atraen a las muchedumbres?

La familia, consultada, acepta, en principio, el alejamiento de Lucia. María Rosa ya no temerá más que se acuse a su hija de engañar a las gentes y se convencerá por sí misma de ello.

En cuanto a Lucia, lo desea ardientemente. La soledad moral en la que se encuentra le pesa tanto como la impaciencia de las multitudes de Cova da Iria. La opinión de su obispo responde a su más íntimo y ferviente deseo.

Holocausto

Monseñor J. Correia da Silva es un prelado de afabilidad encantadora y de distinguida sencillez, que se traducen en una gran bondad de corazón. Ante él, Lucia se encuentra cómoda, cuando es llamada al Obispado.

En una nueva y larga conversación, el obispo puede apreciar las perfectas disposiciones religiosas de la niña y queda convencido de la inocencia de su alma, así como de su humildad y de su perfecta obediencia.

Lucia desea la calma y la paz. Quisiera instruirse, como se lo ha pedido la Señora. Está dispuesta a hacer por la gloria de María todo lo que su obispo le pida. Lb dice ante el prelado, y lo repite ante su párroco y ante su madre.

Ha llegado, pues, el momento en que hay que preparar lo necesario para que Lucia vaya a Un pensionado bastante lejos de Fátima, Para que su alejamiento de todos los frutos apetecidos se desea que su identidad sea ignorada, al menos durante cierto tiempo.

Unos días antes de su partida ¹¹⁶, el bueno y piadoso obispo da sus últimos consejos a Lucia, y añade:

—Hija mía, no digas a nadie a dónde vas.

—Sí, monseñor.

—En el pensionado no debes decir quién eres.

—Sí, monseñor.

—No debes hablar con nadie de las apariciones de Fátima.

—Sí, monseñor.

La fidelidad a estos tres síes proferidos con la calma de un alma segura de sí misma fue para el prelado la demostración decisiva de que Lucía era digna de haber sido elegida por María como confidente y mensajera.

En cuanto a la misma Lucia, sedienta de silencio y retiro, gozaba con la idea de poder, alejada de las multitudes, lejos de los curiosos, pensar en María, hablar con Ella y dirigir con más frecuencia sus pensamientos hacia los dos testigos que le han precedido en el Paraíso.

La partida fue fijada para el día 18 de junio de 1921.

La víspera, Lucia quiso despedirse de las cosas de Fátima, pues, ante las personas, la discreción prometida exigía que desapareciera inesperadamente.

Después de la comida del mediodía se fue sola, a través de los campos, sobre los amontonamientos de piedras, entre los trigales, encinas y olivos... Desde lo alto de la pendiente del Cabeço, después de haberse detenido en el lugar en donde les visitara el ángel, contempló los horizontes amados, llenos de esa luz que no volverá a ver.

«Iba —nos cuenta— a través de las tierras de mi pobre padre y me sentaba un instante aquí otro allá. Y, tocando el suelo con las manos, decía para mí: Jamás volveré a ver esto».

Un rebaño, del que oye las esquilas, le recuerda las ovejas que ella guardaba y de las que fue necesario separarse.

Llegada a los Valinhos, Lucia besa el tronco del árbol sobre el cual María se mostró en su cuarta aparición.

Llega hasta Cova da Iria. Su imaginación le hace revivir de nuevo la hermosa aventura de las seis apariciones; y contemplando la estatua que le recuerda tan imperfectamente a la Señora de luz, vuelve a ver, en su interior, aquella sobrenatural belleza. Una vez más, la última, mira el horizonte, más allá de Aljustrel, al lugar por donde la imagen radiante se desleía en el azul del cielo limpio,

Podemos adivinar la efusión de su oración ante la pequeña capilla blanca...

Antes de la puesta del sol vuelve a Fátima. Por el camino se cruza con unas conocidas:

—Buenas tardes, Lucia.

Y con una sonrisa responde:

—¡Adiós!

Y en el fondo del corazón añade:

—¡Para siempre!

Llega hasta la iglesia en la que fue bautizada; se despide de Jesús-Hostia, al que ya no volverá a recibir en aquella santa mesa, al que ya no adorará en aquel tabernáculo. Saluda a la hermosa Virgen ante la cual lloró el día en que le negaban la primera comunión.

Y llega hasta el cementerio vecino para orar sobre la tumba de su querido Francisco, tumba, como otras muchas en ese pobre cementerio, sin inscripción, señalada con una simple cruz de madera clavada en la arena rojiza.

—Desde lo alto, Francisco vela por mí, que me quedo sola aquí abajo.

Y no lejos de allí está también la sepultura de su padre: ante ella, Lucia prolonga su oración y allí se encuentra todavía cuando el campanario da las campanadas del ángelus.

Es esta quizás la última vez que escucha la voz de las campanas de su parroquia, y Lucia repite la salutación angélica, respondiendo a la invitación argentina.

Volviendo hacia Aljustrel, va a casa del tío y de la tía Marto. No tiene valor para decir una sola palabra.

Se arrodilla y ora un instante en la habitación en la que murió su primo.

Lucia vuelve a su casa. Mientras espera la hora de última cena se dirige al fondo del cercado de piedra. Sentada sobre las losas que rodean el pozo llora desconsolada... «Gracias, setos tupidos y muros de piedra que me habéis protegido contra los indiscretos... Adiós, higueras, castaños, todos los árboles del jardín».

—Lucia, vamos a cenar —dice su madre.

Entra, come poco, da gracias y sale al aire para saludar también al cielo oscuro, en el que brillan las estrellas de oro.

—Qué hermoso es el cielo esta noche, qué sereno... ¡Cuántas estrellas!

En el establo todavía hay unas cuantas ovejas que no fueron vendidas con las demás. Y Lucia va a acariciarlas, y, con los dedos ensortijados por la suave lana, les dice:

—Adiós, pequeñas amigas.

Después de la oración familiar de la noche se va a la cama y se duerme inmediatamente.

Está ya despierta, cuando, a las dos de la madrugada, María Rosa la llama desde su habitación:

—¡Lucia, es la hora!

—Sí, madre. Voy.

Poco le cuesta arreglarse. Su tío, Manuel Correia, les espera ante la puerta. Debe acompañar a las dos mujeres hasta Leiria.

Todavía es de noche; el cielo, sin nubes, está lleno de estrellas. El camino pasa muy cerca de Cova da Iría; rezan el rosario, el último para

Lucia, en la, pequeña capilla. En el interior, la hermosa estatua de la Virgen apenas si se distingue a la pálida relumbre de una lamparilla de aceite.

Jacinta, al marcharse al hospital de Lisboa, en donde debía morir «totalmente sola», quizás no sintió el mismo desgarramiento que Lucia en el momento de abandonar para siempre aquellos lugares benditos en los que le sucedió tan hermosa aventura. Y, dejando que el tío Correia y su madre vayan delante, Lucia camina muy lentamente, mirando de cuando en cuando la Capelinha, con el fin de prolongar el adiós, hasta que, al fin, al volverse, ya no la ve. Y en aquel momento eleva su corazón hacia su Madre del Cielo, por quien abandona todo y se abandona a su bondad

Los tres viajeros siguen a pie el camino hacia Leiria, largo camino para una hija de catorce años ¹¹⁷. Son las nueve cuando llegan a la ciudad. María Rosa va en busca de una mujer amiga que debe acompañar a su hija el resto del viaje ¹¹⁸.

El tren no sale hasta las dos y media de la tarde. En la estación, Lucía, llorando, abraza a su madre. Y, con su nueva compañera, sube al tren que se la lleva hacia el Norte, dejando en el andén a María Rosa, anonadada de pena, pero resignada y valiente.

María de los Dolores

Al día siguiente, de buena mañana, en un barrio de la ciudad de Porto llamado Vilar, Lucia es presentada a la directora de un orfanato de muchachas, dirigido por las Hermanas de Santa Dorotea, conocidas en Portugal por el nombre de Doroteas o Monjas Doroteas ¹¹⁹. Es el *Asilo de Vilar*.

El viejo edificio, con techumbre de madera, tiene a uno de sus lados un seminario, y al otro, fábricas y jardines.

La buena compañera de Lucia golpea con la aldaba la puerta enorme. La hermana portera acude:

—Precisamente en este momento el señor capellán acaba de empezar la misa. Está allí toda la comunidad.

Después de la misa, en la que comulga, Lucia pasa a la sacristía, en donde el capellán y la madre directora la esperan.

El sacerdote y la religiosa la miran escrutadoramente, con curiosidad e insistencia visibles, después se lanzan mutuamente una mirada que quiere decir:

—¡Nos envían una pequeña salvaje de los bosques!

La buena directora, por otra parte, se negó al principio a aceptar a Lucia. Se había resignado a su pesar a ello y por deferencia con el obispo de Leiria, que había insistido mucho hasta hacerla ceder. ¡Le habían dicho que aquella muchacha era una simple!

Y al verla siente no haberse negado hasta el fin a recibirla.

Pone a Lucia al corriente de su nueva vida. Después añade:

—Cuando te pregunten cómo te llamas responderás que María de los Dolores.

—Sí, señora directora.

—Cuando te pregunten de dónde eres, dirás: de cerca de Lisboa.

—Sí, señora directora.

—En cuanto a lo que ha ocurrido en Fátima, no dirás nunca nada a nadie, ni una sola pregunta, ni una sola respuesta.

—Sí, señora directora.

—No saldrás de paseo con las otras pensionistas, pero no dirás por qué no sales.

—Sí, señora directora.

Y estos nuevos «síos» serían mantenidos por Lucia, como aquellos que prometió a monseñor el obispo, con fidelidad absoluta, hasta que otra orden superior la desligue de la ley del silencio.

Mantendrá su promesa hasta el punto de que jamás dirá una sola palabra que se refiera a las visiones o a las peregrinaciones de Cova da Iria, *ni siquiera delante de su madre*, cuando esta, por dos veces, vaya a verla, ya en Porto, ya en Braga... ¿No es esto heroico? ¡Que sacrificio para un corazón de catorce años, cuyo impulso interior está sin cesar dirigido hacia la Señora de la encina verde!

Y le cuesta también llamarse María de los Dolores.

—Puesto que soy Lucia de Jesús —dice ahora—, hubiera podido ser María de Jesús.

Hecha la inscripción, la directora le hace ponerse el uniforme del pensionado, cuya pieza más vistosa es un alzacuello a cuadros negros y blancos. Después, la nueva pensionista fue presentada a su maestra.

Lucia, la vidente de Cova da Iria, se pierde en la masa de sus compañeras de pensionado, hasta el punto de que, cuando algunos curiosos sospechan que se encuentra allí y preguntan a la puerta del asilo si allí hay alguna alumna llamada Lucia, la portera responderá con toda sinceridad:

—Aquí no hay ninguna Lucia.

María de los Dolores siguió siendo durante mucho tiempo la pequeña montañesa de Aljustrel. Sencilla, pero no ingenua, con sus maestras dejaba que su carácter se manifestara con sus pequeñas compañeras: réplicas un poco secas, cabezonerías, maneras rudas y sin delicadeza. Pero, no obstante, Lucia si advertía que había podido herir a alguien, inmediatamente suavizaba su manera de ser y pedía perdón.

Su estancia en Vilar duró cuatro años.

Lo que más echaba de menos era el aire libre y puro de los campos. El horizonte del asilo era demasiado estrecho. ¿Dónde estaban sus queridas colinas?

Más tarde, cuando fue admitida como Hija de María, se le confió el cargo de vigilante del dormitorio de las más pequeñas. En él había una ventana por la que se podía ver, a lo lejos, la desembocadura del Duero, los pinedos de las orillas y el mar. El mayor placer de Lucia era ir allí para respirar el aire del mar, al mismo tiempo que admiraba «la grandeza y el poder de Dios».

A pesar de la mala impresión que causó al principio en la madre superiora, la alumna María de los Dolores aprovechaba bastante bien en sus estudios. No tardó mucho en poder pasar los exámenes últimos de la instrucción primaria. Pero para ello hubiérase necesitado la partida de nacimiento... Y la necesidad de conservar su anonimato le privó de esta satisfacción.

Aprendió todos los trabajos prácticos caseros y, además, a bordar de distintas maneras, la dactilografía y hasta la composición tipográfica.

La directora que la había acogido era poco favorable a las apariciones de Fátima. Y no habló de ello nunca a Lucia.

Esta actitud significaba para ella tanto como un deber de conciencia. Se decía:

—Si las apariciones son ilusorias, mi deber como educadora es liberar de tal cosa el espíritu de esta niña y el silencio es el único medio para llegar al olvido. Si eran reales, recordándole que ha sido el objeto de favores celestiales, ¿no corremos el riesgo de alimentar su vanidad y exponerla al pecado de orgullo? En fin, si Lucia es una vidente, el alejamiento del mundo, durante cierto tiempo, solo le puede hacer bien.

Y cuidó de que nada pudiera introducir en la casa noticias referentes a Fátima: visitantes, cartas, periódicos. Trataba a todas las pensionistas con la misma bondad, y hubiera podido mostrar a Lucia una cierta dureza, pero no le hacía más caso que a las otras.

De esta manera se había comportado la superiora de Bernadette Soubirous en el convento de Nevers. Así se comportó, para con Margarita María de Alacoque, la superiora de la Visitación de Paray-le-Monial.

Un doble muro de sombra

Durante los cuatro años de estancia en Porto, ni una sola compañera, ni una maestra, ni una sola persona de fuera, nadie, absolutamente nadie, le habló de Fátima. Y ella misma ni siquiera pronuncia este nombre una sola vez. Y, sin embargo, todos los días, y a lo largo de todo el día, en la capilla, en el estudio, en recreo, por la noche en el dormitorio, Lucia piensa en Fátima y en la Señora de Cova da Iria.

El silencio prometido y que observa la encierra dentro de un doble muro: el del secreto que oculta su identidad a los que la rodean y el de la ignorancia que le oculta lo que ocurre allá, en donde están sus pensamientos.

¡Qué prueba, qué sacrificio el no saber nada, absolutamente nada, de lo que los hombres hacen o no hacen por el mensaje del Cielo que le ha sido transmitido!

¿Continúan las peregrinaciones? ¿Va mucha gente? ¿El clero consiente, por fin, en dirigir los rezos de los peregrinos en Cova da Iria?

Durante el tercer año de su pensión sabe que una comisión oficial se ha formado ¹²⁰, puesto que los delegados llegan a Porto para interrogarla sobre el gran misterio (8 de julio de 1924). Pero el señor obispo, ¿ha autorizado el culto a la Virgen que; se le ha aparecido? Los sectarios, ¿han conseguido alejar a las multitudes de Cova da Iria?

Y tantas otras preguntas que puede hacerse sin que por eso tenga contestación a ellas.

Antes de abandonar el país natal vio cómo el pueblo seguía acudiendo, cada vez en más número, a invocar a Nuestra Señora del Rosario y cantar sus alabanzas, a pesar del decreto del Gobierno que prohibía toda reunión en el lugar de las apariciones.

Ha visto, el 13 de mayo de 1920, concretamente, a todo un ejército dejarse vencer sin gran resistencia por la muchedumbre de peregrinos que han ido a venerar la primera estatua de Nuestra Señora de Fátima, instalada aquel día en la Capelinha, en donde sigue todavía.

Pero después, ¿qué ha ocurrido?

Nadie le ha dicho que monseñor Correia da Silva ha comprado el terreno de las apariciones, en una superficie dos o tres veces más grande que la plaza de San Pedro de Roma y que han comenzado enormes trabajos en aquel lugar para construir el más magnífico santuario de Portugal (verano-otoño de 1921).

Ignora, lo que le hubiera causado tan gran alegría, que ha sido celebrada la santa misa por vez primera, con autorización del obispo, el 13 de octubre de 1921, en Cova da Iria, al aire libre.

No le han dicho que, para responder sin duda alguna a este gesto filial del jefe de la diócesis, la Santa Virgen ha hecho brotar, unos días más tarde, de la forma más inesperada, una fuente de aguas abundantísima en el centro mismo de Cova, allí donde el segundo rayo la horrorizó tanto el 13 de mayo de 1917, en un terreno calcáreo, absolutamente inadecuado para la menor humedad, prodigio que, por otra parte, hacía posible la organización en este lugar de grandes peregrinaciones y facilitaba la construcción de los proyectos ¹²¹.

No sabe que unos bandidos han volado con dina mita la pequeña capilla (6 de marzo de 1922), ni que ocho días después más de diez mil peregrinos llegaron espontáneamente como homenaje de reparación y que se pudo formar un magnífico cortejo de protesta desde la iglesia de Fátima hasta las ruinas de la Capelinha.

Ninguno de los sesenta mil peregrinos del 13 de mayo ha contado a Lucia la triunfal manifestación nacional de reparación por el atentado del 6 de marzo, manifestación que llegó a buen término a pesar de la prohibición especial del Gobierno. ¡Hasta qué punto la más pequeña de las pensionistas de Vilar hubiera sabido con gran gozo que entre los peregrinos más fervorosos de aquel día había dos mujeres que llevaban luto, Olimpia y María Rosa, que el mismo nuevo párroco de Fátima era el que había celebrado la misa sobre el altar improvisado, cerca de la capilla en ruinas!

¿Quién le hubiera podido decir que los peregrinos, utilizando las mismas piedras, limpias de las huellas de la pólvora sacrílega, han vuelto a construir el pequeño edificio con la cal de aquella misma montaña?

¿Cómo podía tener conocimiento de las maravillosas reuniones que tienen lugar en Cova y todo el movimiento de piedad mariana que está en trance de transformar el país entero? El número mensual de peregrinos supera ahora con mucho los cien mil. Han construido otra capilla con muchos altares, con el fin de que los sacerdotes que acuden allí puedan celebrar el Santo Sacrificio, mientras se espera la construcción de la gran basílica proyectada.

Poco a poco, las peregrinaciones comienzan a organizarse de forma metódica, bajo la prudente dirección de monseñor José da Silva.

Un boletín, *Voz da Fátima*, recoge todos los meses los principales favores concedidos por María y da cuenta de las más hermosas manifestaciones de piedad en su honor. Y no pasa mucho tiempo antes de que ese boletín se imprima por centenares de millares.

Los enfermos acuden de todas partes en gran número.

Los camilleros y las enfermeras voluntarias se han reunido en asociaciones (Servitas de Nuestra Señora) para transportar a los enfermos y atenderlos durante su permanencia en Cova da Iria. El 13 de octubre de 1924 se puso la primera piedra del hospital que les acogerá. Ya no se pueden contar las oraciones milagrosas atribuidas a la invocación de

Nuestra Señora de Fátima o por el uso del agua que Ella ha hecho brotar de un suelo árido.

Y Lucia de Aljustrel ignora todo esto...

Ella, que en Fátima vio cómo las multitudes la buscaban ávidamente, que parecía indispensable a tantas gentes, a quien se asediaba para obtener una palabra, aunque fuera la más insignificante, sobre la Señora que se aparecía, en Vilar no oye hablar de estas cosas y nadie sabe que está allí.

Y, sin embargo, le agradecería tanto conocer todo esto... Pero no pregunta a nadie... Se calla. Ha dicho: «Sí, señor obispo».

Al no ver ya a Lucia en Cova da Iria, muchas personas que la habían conocido sentían cierta inquietud por saber qué hubiera sido de ella.

Se dirigían a su madre, y no obtenían en verdad mucha información. Con gran frecuencia, los curiosos no lograban más respuesta que la que recibió el sucesor del «Hojalatero», el nuevo administrador del Concejo de Ourem, cuando Lucia desapareció sin hacer ruido del país natal.

Su desaparición había motivado muchos comentarios, tanto por parte de sus amigos como de sus adversarios, y el representante de la autoridad consideró que su deber era intervenir. Hizo comparecer a la viuda de Antonio para pedirle explicaciones. Con su franqueza habitual, María Rosa respondió:

—Mi hija está donde quiere estar y donde yo quiero que esté. No puedo darle más explicaciones.

Los curiosos no podían saber más que el subprefecto. A pesar de todo, se extendió el rumor de que Lucia estaba con las Hermanas Doroteas, en alguna parte de Portugal, en el Norte, o en España.

Y hasta sucedía que religiosas de esta Congregación era interpeladas por gente que quería saber a todo precio dónde estaba la vidente. Pero las mismas religiosas no lo sabían y, por tanto, no podían informar a los demás.

Su obediencia y su humildad perfectas, su entrega a las tareas asignadas, incluso las más humildes, atrajeron a la pensionista María de los Dolores la estima de sus profesoras y de sus compañeras.

Logró bastante confianza por parte de sus superiores como para ser encargada de la vigilancia de todas las pequeñas durante el recreo. La

catequista de otros tiempos, «detrás del pozo», se despierta ahora. Sabe contar a los niños historias interesantes y, con preferencia, les explica la Pasión de Nuestro Señor o la vida de la Santísima Virgen.

Su tierna piedad hacia María era la única cosa que pudiera ayudar a descubrir en ella a la vidente de Cova da Iria. Una maestra decía de ella:

«No sentía una devoción particular por la Santísima Virgen; pero al tratar a María de los Dolores me convertí en fervorosa devota de la Madre de Dios».

Nada más la distinguía de las otras pensionistas. Observándola bien se hubiera podido advertir en ella un continuo esfuerzo por pasar inadvertida a los demás. La humildad es la virtud que con más aplicación práctica. ¿No es acaso la que le es más necesaria? Nadie sospecha nada de su profunda vida interior. Ha leído la *Imitación de Cristo*: «Me esforzaré en vivir ignorado y ser tenido en poco». Quisiera existir sin ser advertida; habitar, por así decir, en el fondo de un escondite cuya existencia nadie conociera.

¿Qué pasaba en cuanto a su mérito por haber sido elegida como testigo por la Santa Virgen?

Un día, durante las vacaciones del asilo, come a la mesa del obispo de Leiria, que está de veraneo en los alrededores de Braga. Hay allí un joven sacerdote que sospecha la verdadera identidad de aquella invitada. Para forzarle a revelar su secreto por medio de la sorpresa, le dice a quemarropa:

—¿No le agradaría, señorita, conocer a la vidente de Fátima?

—¡Oh, no, Padre!... ¡Hay tantas jóvenes a las que se ha aparecido Nuestra Señora!...

Lucia se calla, baja los ojos y el obispo lee en el arrebol de sus mejillas: «¿Qué mérito puede haber por mi parte en que María se me haya aparecido?» Y el buen prelado, sonriendo, orienta la conversación hacia otros temas.

Humilde, nuestra pensionista es alegre. La limpieza de su conciencia, la paz interior de la que goza, la confianza absoluta en María, que le ha prometido el cielo, facilitan la expansión de su carácter alegre. Le gusta reír, le agrada gastar bromas, y de buen grado, se muestra ocurrente.

No olvida la promesa de sacrificarse por los pecadores; pero ¿quién sabrá nunca las mortificaciones, las penitencias que le ha inspirado esta

promesa?

¡Cuántas veces ha repetido la fórmula de ofrenda que ella decía en Aljustrel junto con Francisco y Jacinta: «Jesús, por amor a Ti, por los pecadores, por el Santo Padre y por la reparación de las ofensas al Corazón Inmaculado de María!».

Un día de San Juan hay regocijo popular en el Palacio de Cristal, vecino al pensionado. Van a quemar fuegos artificiales. Las pensionadas están autorizadas a subir a una azotea, desde donde podrán verlo. Pero Lucia ha sabido que en la vecindad un farmacéutico incrédulo muere después de haber rechazado los santos sacramentos. Y hará el sacrificio de privarse del hermoso espectáculo nocturno; habla a sus compañeras y logra que todas se priven de este placer por la intención del moribundo.

Lucia crece. Tiene dieciocho años, su permanencia en el pensionado llega a su fin. Es una joven bastante instruida, sobre todo en materia de religión. Muestra gran afición por todos los trabajos de costura y lavado de ropa. Hábil, valerosa, despierta, está siempre a disposición de sus superiores, presta a hacer siempre su deber.

Sus pequeñas aristas de carácter, su brusquedad, han desaparecido con su nueva vida y por su celo en corregirse.

Lo que más llama la atención en ella es la calma y el equilibrio, un humor siempre igual. Nada hay en ella que la asemeje a una neurótica, a una nerviosa, y, menos todavía, a una sentimental.

Una de sus profesoras dice:

—Solo la he visto llorar una vez, al pensar en su país natal.

La reflexión en Lucia se alía con el candor; la finura, con la sencillez.

La madre directora, que había recibido con tanta frialdad a esta montañesa, ha cambiado de opinión sobre Lucia. Ha comprendido que no había que juzgarla según las apariencias exteriores. Ha advertido que, estudiada de cerca, esta alumna denota grandes méritos, cualidades raras.

Lucia lee con placer los libros de piedad. Se encariña especialmente con la vida de Santa Teresita del Niño Jesús. Simpatizando por el ideal del Carmelo, un día siente deseos de entrar en esa orden. Y se lo dice a su directora:

—No soportarías tal austeridad. Elige una regla más sencilla.

Y a Lucia le costó abandonar su primera inclinación.

Durante el último año de estancia en Vilar llegó una nueva directora. Con mucho secreto le habían indicado la conducta que tenía que seguir con Lucia. Siguió las indicaciones recibidas, y ¡con qué rigor!

Pero llegó a sentir curiosidad por la manera de comportarse de María de los Dolores, que nadie observaba y que parecía no tener nada de notable. ¿Es posible que esta mujercita vulgar sea un ser superior, una vidente?

Para resolver este enigma pidió al obispo de Leiria permiso para interrogar discretamente a Lucia sobre las cosas de Fátima. Le fue concedida autorización con condiciones precisas y limitadas. La curiosa directora asedió de mil maneras a esta alma silenciosa; de cuando en cuando le hacía como quien no quiere alguna pregunta sutil y capciosa. Lucia le respondía con sí y con no medio pronunciados, que nada decían. Y llegó a la convicción de que Lucia se había olvidado de todo cuanto había ocurrido en Fátima. Un día, para convencerse, le preguntó:

—¿Te acuerdas de lo que en Fátima ha ocurrido entre Nuestra Señora y tú? Seguramente lo habrás olvidado...

—¿Olvidado?... ¡Si no dejo de pensar en ello!

Un día, Lucia dijo a la anterior superiora:

—Madre, quisiera ser dorotea.

— ¡Tan joven, hija mía! ¿Y por qué quieres ser monja?

—Para tener más libertad para ir a la capilla.

¡El hermoso deseo, la hermosa ambición! Estar al lado de Jesús Oculto, como Francisco y Jacinta están al lado de Jesús Glorioso.

—¡Pero eres tan joven! Es necesario que esperes.

Lucia, obediente, se calló, y esperó más de un año.

Cuando hubo cumplido los diecinueve, la madre superiora le dijo:

—¿Ya no quieres ser religiosa?

—Sigo pensándolo y deseándolo, y quiero serlo.

—¿Por qué no lo pides?

—Me dijo que debía esperar, y espero.
¡Obediencia perfecta!

Hacia la donación total

Como consecuencia de la persecución que había expulsado a las órdenes religiosas, el noviciado de las hermanas de Santa Dorotea debió exilarse a Tuy, ciudad española, en la libera derecha del Miño, cuyo cauce separa Galicia española de la provincia portuguesa que lleva el mismo nombre.

Cuando María de los Dolores supo que había sido admitida, la alegría le rebosaba.

Una hermosa mañana del verano de 1925, Lucia y la madre superiora tomaron el tren hacia el Norte.

A lo largo del viaje, Lucia pudo admirar magníficos paisajes, pero su espíritu estaba en otra parte. Mientras la religiosa leía sus oraciones en el libro de horas, Lucia se preguntaba, en su ardiente deseo de darse a Dios, si no se podría evitar el hacerle esperar un año como «aspirante», puesto que estaba dispuesta a hacer inmediatamente lo que una postulante o lo que una novicia.

La casa provincial del Instituto de las Doroteas era un edificio nuevo, de aspecto moderno, más alegre que el asilo de Vilar, casi coquetón. El vestíbulo y la escalera, llenos de luz, adornados con plantas, y un corredor con el suelo brillante de cera, condujeron a las dos viajeras a la habitación de la reverenda Madre Provincial.

Mientras la hermana directora de Vilar habla con la superiora, Lucia entra en la capilla y ora.

Un momento después la llaman para que vaya a ver a la Madre Provincial, que la acoge con una sonrisa llenada de bondad, y poniendo la mano sobre su hombro, le dice:

—Mira, hija, entras en nuestra casa como postulante.

Lucia, besando las manos de la reverenda Madre, da gracias a Dios con todo su corazón. ¡Se ha cumplido su ardiente deseo! Su rostro refleja una

profunda alegría. Precisamente, mientras estaba en la capilla, ha pedido a Nuestro Señor que inspirara a la buena Madre el admitirla inmediatamente como postulanta, con el fin de adelantar un año su profesión religiosa.

La Regla de las Hermanas Doroteas está modelada sobre la de la Compañía de Jesús: austera en el espíritu, pero no en la forma. El observarla con fidelidad es tarea fácil gracias a la forma como está instalado y a la limpieza admirable del establecimiento.

Durante los tres años que pasó en la casa provincial como postulanta y como novicia, Lucia aprendió a conocer el espíritu de la regla de su Congregación. Las religiosas son clasificadas en dos categorías: hermanas maestras y hermanas coadjutoras. Lucia solo aspiraba al grado de coadjutora, que era lo menos que podía aspirar.

Como coadjutora podría practicar con más mérito los tres votos de la religión, sobre todo el de la obediencia.

Después de un año de postulante fue admitida a vestir el hábito negro de las Doroteas, con el velo blanco de las novicias (2 de octubre de 1926).

A medida que se acerca su profesión religiosa, la Regla se va haciendo más severa: los Ejercicios espirituales y el trabajo dividen su tiempo sin dejarle una sola hora de libertad. Incluso en el recreo, la santa Regla quiere que las novicias hablen de temas espirituales.

Por eso cuando llega la noche Lucia puede decirse:

«Hoy ha sido un día bien repleto».

En Vilar, Lucia tuvo todavía tentaciones de duda sobre las apariciones de Fátima. La repugnaba creer que la Santísima Virgen se dignara mostrarse a ella, elegirla. Esta era una de las pruebas por medio de las cuales Dios se place en hacer pasar a las almas que más le aman, con el fin de purificar su amor. Estas tentaciones de duda no hacían vacilar lo más mínimo la solidez de sus convicciones. En 1924, en efecto, cuando la Comisión informadora le preguntó: «¿Estás segura de que la Santísima Virgen se te ha aparecido realmente?», Lucia ha respondido: «Tengo la certeza de haberla visto y no me he equivocado Aunque me mataran, nadie me haría decir lo contrario».

A pesar de todo, en Tuy, vuelven a asaltarle las mismas dudas. Y sufre mucho más, puesto que no puede confiarse con nadie, puesto que está

ligada por la promesa de no hablar de las cosas de Fátima. Y cuando trata, por obediencia a sus superiores, de hablar con su confesor, tiene la impresión de no ser comprendida.

Esforzándose para parecer en todo ser como «las otras», lo consigue de tal manera que en Vilar nadie sospecha que María de los Dolores es la vidente de la que todo Portugal ha hablado y sigue hablando.

Lucia es «como las otras postulantas», como las otras novicias.

Si se cuidaran de espiar durante la oración o durante la santa misa, sus grandes ojos negros, quizás vieran expresiones extrañas y profundas... Pero nadie la observa o la estudia.

Sus compañeras, sus maestras y casi todas sus superiores ignoran su verdadero nombre. En Portugal se sabe, vagamente, que Lucia de Fátima está lejos, en España, en un convento cualquiera de Galicia o de Asturias.

Lucia, a veces, por la ventana del lavadero, mira, a lo lejos del río semiespañol semiportugués, el suelo de su patria. Su corazón, ignorante de las distancias, va hasta el caserío natal y hasta Cova da Iria. Y con la imaginación recorre todos los rincones de la sierra, vuelve a ver los olivares y las encinas verdes de los pastos a los que conducía sus ovejas; se sienta sobre el pequeño banco de pino en el cual, durante las veladas, escuchaba a su madre leer un libro piadoso; se detiene largo tiempo en el cementerio, y ante la sepultura de su amigo Francisco, piensa en la felicidad de la que él goza en el cielo, junto a su pequeña Jacinta.

Ora sobre la tumba de su padre; se detiene en Cova da Iria, ante la Capelinha de las apariciones, ignorante del amplio y grandioso santuario cuyos cuerpos de edificio se construyen poco a poco, respetando, aquí y allá, las encinas verdes de la antigua propiedad de la familia.

La ignorancia le engendra nuevas dudas.

—A veces se me venía a la cabeza —nos cuenta la misma Lucia— que todo se había acabado, que no se había reconocido la realidad de mis visiones, que en todas partes se me consideraba como una mentirosa y que el deseo de María de poseer una capilla en Cova da Iria no se había realizado. Y sentía una profunda pena por todo esto.

Cuando estas ideas la obsesionaban con mucha fuerza Lucia se decía:

«Si todo se ha acabado es porque Nuestro Señor lo quiso así. Yo he hecho todo cuanto Nuestra Señora me pidió, ¡todo!».

Pero no tardaba en oír en el fondo de su corazón una voz extraña y suave que disipaba sus tinieblas y aligeraba sus preocupaciones.

Hacia el final del noviciado, un padre jesuita que estaba de paso en Tuy, fue a verla y la puso al corriente de todo lo que había ocurrido en Fátima después de su ausencia.

Y, cosa extraña, a medida que lo que le cuentan no acaba, Lucia tiene la impresión de oír cosas que ya sabe... En efecto, algunas veces, sin que sepa cómo, en medio de las más espesas tinieblas que la rodean, le había parecido advertir un hilillo de voz, lejana y vaga, que le anunciaba lo que estaba ocurriendo.

Tuvo una impresión análoga cuando, un poco después, vio por azar, por vez primera, una imagen de la Virgen de Fátima en uno de los corredores del Instituto.

«Mira, me lo imaginaba», se dice con voz tímida, bajando la mirada y enrojando.

No tardó mucho tiempo en ver una medalla de Nuestra Señora de Fátima. Alguien la había dejado sobre un banco... Y en ella había representados tres pastorcillos... ¡Qué sufrimiento! Y llora hasta quedar agotada.

Después deja la medalla donde la ha encontrado y se aleja pesarosa. ¡Ha buscado el olvido y el silencio, y, sin embargo, se ha convertido en personaje público! Las gentes del mundo hablan de ella y de lo que Lucia calla con tanto cuidado. Sus bienes celestiales son la presa de terrenales ligerezas.

¡Qué confusión interior cuando se encontró sola con Dios!

—¿Por qué me has elegido? ¡Ten misericordia de mí! ¿Por qué no habías de tener misericordia de otra que no fuera yo?... No quiero pensar más en esto. No debe preocuparme el misterio, sino el corresponder fielmente a la gracia recibida..., tan grande...

Toda de Dios

A los veintiún años Lucia pronunció sus primeros votos. Fue el 3 de octubre de 1928.

Monseñor Correia da Silva había prometido su asistencia personal para presidir la ceremonia. A última hora un obstáculo imprevisto le impidió cumplir su promesa.

El sacerdote que le representó hizo a la candidata la pregunta siguiente:

—Hija mía, ¿qué es lo que pides?

—Por amor de Dios y de su Santa Madre, pido la gracia de ser admitida en este santo Instituto para consagrarme por entero al servicio de Dios y a la salvación del prójimo...

Sor María de los Dolores tuvo noticias de Fátima de labios de este sacerdote. Pero Lucia no quebrantó su silencio en comunidad.

En las Navidades siguientes compuso una pequeña obra, de teatro, que llenó de alegría a las Madres y novicias. Cantó una canción de su país:

Soy una pobre pastorcilla;
ruego sin cesar a María;
camino en medio de mis ovejitas,
como el sol de mediodía.

Y nadie sospechó los recuerdos y emociones que estos versos despertaban en ella.

Poco a poco, sin embargo, iba difundiéndose el rumor de la presencia de Lucia en Tuy; varias personas, sacerdotes, por ejemplo, al darle la comunión la han reconocido a causa de las fotografías que circulaban impresas. «Padres y amigos, nos declara, sabían desde luego dónde me encontraba, y cada día mi anonimato se hacía más relativo. Incluso Ciertos periódicos habían hablado de la ceremonia de mis votos en Tuy».

Por su parte, Lucia hace todo lo que puede para no romper su silencio prometido. Varias de sus compañeras sospechan que ella es la vidente de Fátima, pero no observan nada que les confirme en sus sospechas.

Incluso le preguntaron quién era. En los casos difíciles, Lucia sabe recurrir a la pequeña argucia de Jacinta para huir de los indiscretos, sin faltar por ello a la verdad.

Un día, un joven sacerdote portugués pide permiso para celebrar la misa en la capilla blanca y adornada con flores de las Doroteas. En aquel momento Lucia está de servicio en la sacristía. Después de haber celebrado el Santo Sacrificio, el sacerdote, al dar las gracias a la hermana sacristana, que guardaba los ornamentos en los cajones, le dice:

—Hermana, ¿podría ver a vuestra célebre María de los Dolores?

—¿Célebre?... —responde la religiosa con sonrisa desprendida y de desdén, como queriendo decir: «Malgastáis los adjetivos, padre... Una muchacha de tan poco y flaco valor».

—Pues sí —responde el sacerdote—. ¿Cómo es?

—Una hermana como las demás, como yo, por ejemplo... Somos todas semejantes.

Y el buen sacerdote abandonó Tuy sin sospechar que había hablado con la misma Lucia.

Otra vez, yendo acompañada de una hermana portuguesa, Lucia hace a pie el camino hasta Valença, en la otra ribera del Miño, para llevar a cabo ciertos encargos. ¡Las dos están alegres; van a Portugal, a su tierra!

Después de haber cruzado el puente internacional sin haber sido observadas siquiera por los agentes de Aduanas y por los de la Policía, se dirigen a la vieja ciudadela portuguesa, con su hábito negro, su esclavina, su cofia plisada, que, bajo el velo de gasa negra, enmarca sus rostros frescos y rientes.

De pronto, tres señoras reconocen el uniforme, y se detienen ante ellas:

—¿Hermanas Doroteas?

—Sí.

—¿Portuguesas?... ¿De Tuy?

—Sí, señoras.

—Precisamente nosotras vamos allí. Queremos ver a Lucia, la vidente de Fátima. ¿Está en España, verdad?

—¡Oh, no! —responde Lucia—. En este momento está en Portugal.

—¿Qué dice, hermana? ¡Qué desgracia!

—Sí, sí, señoras; está en Portugal.

—Y si estuviera en Tuy, ¿podríamos verla? ¡Dicen que es tan difícil!

—Desde luego que sí.

—¿Cómo?

—¿Cómo?... Pues mirándola como me miran ustedes a mí...

Se separan, dándoles las gracias, y las dos jóvenes hermanas prosiguen su camino hasta el viejo puente levadizo que las introduce en Valença, riendo con todas sus fuerzas, como dos niñas, que es lo que son en realidad, por su simplicidad y su candor.

Habían enviado a María de los Dolores a descansar durante unos días en La Toja, pequeño balneario, cerca de Pontevedra. Un veraneante de esta ciudad le dice:

—Yo lo sé; la vidente de Fátima está en Tuy.

—No, señor; eso no es exacto.

—Yo lo he leído ayer en un periódico muy de fiar.

Lucia, fingiendo haberse convencido, dice:

—Si está allí yo no me he dado cuenta.

Siempre la misma ironía alegre, nacida de la unión de un profundo candor y de una voluntad firmemente decidida a obedecer la consigna de silencio hasta que no quede dispensada de ella.

Para siempre

El 3 de octubre de 1934, después de seis años de vida religiosa en la casa provincial de Tuy, Lucia fue admitida a hacer sus votos perpetuos.

¡Qué felicidad! ¡Pertener solo al Señor y a su Madre, sin temor de arrepentimiento!

Con ocasión de sus bodas místicas, Lucia se vio rodeada de afecto. Su madre, Jos de sus hermanas, primas y una señora amiga fueron desde el

lejano Fátima a participar de su alegría. Monseñor Correia da Silva presidió la pequeña fiesta.

Por parte del señor obispo, aquello suponía echar abajo el muro de silencio que rodeaba a la vidente, ¿Quién podía dudar, por otra parte, de que su humildad no tuviera la grandeza suficiente para soportar la prueba?...

Cuando invitó a su madre, esta respondió a su hija preguntando qué regalo deseaba. La religiosa no quiso nada, pero María Rosa insistió:

—Tus hermanas y yo queremos hacerte un regalo. Elige.

—Tengo todo lo que necesito. Venid con las manos vacías.

Una vez más, la madre le volvió a hacer la misma pregunta. Y Lucia sintió deseos de que le llevaran flores y... abejas.

Y en casa de los Santos se las ingenieron para envolver cuidadosamente una colmena hecha de corcho, llena de abejas doradas y de miel roja. Este fue el regalo de bodas de María Rosa a la hija a la que ya no acusa de «engañar a la gente».

Y de esta forma entró en un convento de España un poco del perfume y de la vida de la *Serra* portuguesa.

Unos días después de su profesión, sor María de los Dolores fue enviada a Pontevedra como hermana coadjutora de una casa llamada «Colegio de Nuestra Señora de las Siete Dolores». Y allí volvió a encontrarse con la directora que la había recibido sin entusiasmo alguno en el asilo de Vilar.

Ahora, la buena religiosa es menos opuesta a la realidad de las visiones de Fátima, ya que la Iglesia las ha aprobado; pero debe violentarse para rechazar sus dudas. Sin embargo, inteligente y buena, trata a Lucia con tacto y discreción. Temiendo provocar pensamientos de orgullo, jamás le habla de Fátima. De cuando en cuando le habla con un poco de aspereza y le ordena trabajos penosos y groseros.

Siempre alegre, sor Dolores pela patatas, lava los suelos, carga con camas u otros muebles.

Una noche, la madre llega un poco más lejos. Le pide que vacíe una letrina. Lucia obedece con exactitud y cumple la tarea con gran esmero. Quizá le ha costado un poco; pero en Aljustrel ayudaba a limpiar el establo.

Cuando ha acabado va a rendir cuentas de su trabajo su rostro parece trastornado: hay en él algo deslumbrador y al mismo tiempo agradecido. La superiora observa algo anormal.

—¿Qué tiene, hermana? ¿Qué le ha sucedido?

Con los ojos bajos, avergonzada, embarazada, la joven hermana balbucea con una voz casi imperceptible:

—La Virgen se me ha aparecido...

—¡Dejemos eso!... Sea razonable, hermana. Vaya a trabajar.

Lucia oye, se calla, y, con una sonrisa, corre a su trabajo. Pero ella ignora lo que a su superiora le ha costado hablar de tal forma, pues, ahora, la madre superiora ha comprendido que la Santísima Virgen mira con buenos ojos a su devota Lucia.

Después de largos años de convivencia con la vidente de Fátima, la antigua directora de Vilar resume sus impresiones sobre ella con una fórmula llena de sentido:

—Lucia es extraordinaria en lo ordinario.

Lo que significa que, exteriormente semejante a las demás, actúa con una excepcional pureza y riqueza de intenciones y que goza de una vida interior profunda e impenetrable.

Como cualquier religiosa Dorotea, la vidente se aplica, sobre todo, a santificar su alma.

Y para esto trata de sacar provecho de las conferencias del capellán, de las enseñanzas de los sermones en días de retiro y de lo que dicen sus superiores, pero también trata de aprovechar la doctrina del Evangelio, la *Imitación* y la vida de los santos.

Como Santa Teresita de Lisieux, sus preferencias se inclinan por San Juan Berchmans, porque se santificó en la práctica de la Regla.

La santidad de este joven jesuita belga muerto a los veintiún años, le parece lo más sencillo, lo más fácil de imitar. Y, además, prefería las virtudes alegres: «La tristeza, decía, es el octavo pecado capital». Lucia no considera triste la vida de Nuestro Señor. La tristeza del mundo viene de su maldad, de su perversión.

* * *

Alguien le desea que su camino hacia la santidad esté florecido de alegrías.

Lucia interrumpe:

—O de sufrimientos, lo que Nuestro Señor quiera. Si Él quiere que me santifique con la simple observancia de la Regla, estaré contenta. Si exige de mí sufrimientos, tribulaciones, las acogeré para hacer su santa voluntad y le daré gracias por hacerme mis semejante a Él en sus sufrimientos.

—¡Qué bien le han enseñado los libros!

—¿Los libros?... Siempre he pensado así.

Ha pensado así desde el día en que meditaba la Pasión con sus pequeños amigos «detrás del pozo» de la casa paterna, desde el día en que la Señora de la Cova le hizo prometer que sufriría por los pecadores «todo cuanto Dios quiera». Y desde entonces, ¿no tiene a la misma Reina del Cielo como directora espiritual?

Quienes rodean a sor María de los Dolores no ignoran quién es. Pero, por deferencia al deseo de los superiores y, sobre todo, de la misma vidente, actúan con la mayor discreción.

Rara vez Lucia recibe a alguien autorizado para preguntarle sobre el pasado y para ponerle al corriente del estado actual del culto a Nuestra Señora de Fátima. Pero Lucia sabe por adelantado todo cuando le dicen.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunta el interlocutor ¹²².

—Lo *supongo* —murmura, enrojeciendo.

En todo caso, Lucia habla así a su interlocutor:

«Todos los días 13 de las apariciones los paso en Fátima. La víspera, a la hora de la adoración nocturna, no tengo permiso para ir a la capilla, mi alma vuela a Fátima y se prosterna entre los millares de personas arrodilladas ante el Santísimo Sacramento expuesto. Y allí ruego por todos y por mí, hasta que el sueño me domina. La Regla lo quiere: dejo que mi cuerpo se duerma.

Cuando amanece, en la misa, con los ojos cerrados, estoy en Fátima y allí la oigo y comulgo al aire libre, como tantos otros miles. Cuando rezo el

rosario con la comunidad me encuentro en verdad en medio de otra comunidad de personas que oran: la que llena la Cova da Iria.

Después, sola, en medio de los peregrinos, recuerdo la primera aparición. Me veo, niña todavía, con Francisco y Jacinta. Piso el suelo de las montañas, y veo las mismas encinas verdes, que no han crecido desde que las dejé... ¡Un relámpago!... ¡Qué luz!... ¡Qué voz celestial!... ¡Instantes demasiado cortos!... Ella ha desaparecido...

Oigo los cánticos de la muchedumbre que me rodea. Asisto a la procesión de los pañuelos ¹²³, después de la misa de enfermos. Pido al Señor que tenga piedad de los enfermos, de todos los enfermos de alma y de cuerpo. Pasa el Santo Sacramento, y yo, en medio de los enfermos, me veo pedir su bendición.

Todo acaba. Antes de que se haga de noche vuelvo al convento».

Y de esta forma, el más fervoroso de los peregrinos de Fátima es una humilde religiosa que jamás ha ido allí desde que las reuniones piadosas que allí tienen lugar merecen en verdad el nombre de peregrinaciones.

Por medio de esta «peregrinación mental», sor María Lucia, ¿no ha asistido a todas estas espléndidas manifestaciones de la Cova da Iria, que han hecho de ese santuario el más frecuentado del mundo católico?

¿No habrá visto Lucia a monseñor el obispo de Leiria celebrar la misa en Cova da Iria el día en que se inauguró el Calvario, de trece kilómetros, construido por las parroquias vecinas en el camino que conduce a los innumerables peregrinos hasta al santuario? (26 de junio de 1927).

¡Qué dicha cuando, dos años más tarde, el jefe del Estado, general Carmona, con el presidente del Consejo, Oliveira Salazar, y otros muchos miembros del Gobierno, fueron en peregrinación a Fátima como para consagrar a la nación entera y a sus jefes a Nuestra Señora del Rosario! (12 de mayo de 1929) ¹²⁴.

El día 13 de mayo de 1930, decimotercero aniversario de la aparición (obsérvese cómo se repite con frecuencia la cifra 13), ¿no ha gozado con el espectáculo de esta masa de trescientos mil peregrinos?

El día 13 de octubre, decimotercero aniversario de la última de las apariciones, con el «Signo de Dios», ante una asistencia que superaba los cien mil, se promulgó la carta pastoral de monseñor Da Silva, que declara

dignas de fe las apariciones de la Virgen a los tres pequeños pastores y autoriza el culto de Nuestra Señora de Fátima.

En acción de gracias, el 13 de mayo siguiente una peregrinación nacional lleva a Cova da Iria a Su Eminencia el cardenal Cerejeira, patriarca de Lisboa, y a todo el episcopado portugués a la cabeza de una muchedumbre inmensa.

Y todos los días el resplandor sobrenatural de Cova da Iria extiende sus influencias bienhechoras sobre el mayor número de almas: hace volver al pueblo portugués a la fe más profunda, transforma sus costumbres y le mantiene en la paz social más perfecta.

En pocos años, ¡cuántos cambios!, debidos a la oración y los sacrificios de tres niños que se inmolaron por la conversión de los pecadores: Lucia, Jacinta y Francisco.

Antes de 1917, Portugal, con su fe decadente, sus costumbres degeneradas, sus finanzas arruinadas, su población reducida cada vez más por una emigración creciente, sin cesar, era un espectáculo lamentable.

Han pasado cuarenta años, y Lucia tiene el consuelo de ver cómo la persecución hace tiempo que ha cesado, que la fe ha recobrado nuevo vigor, que los grupos de peregrinos, dejando sus huellas por todos los caminos del país, orando y cantando, han hecho morir el respeto humano en todas las clases sociales.

Después de la revolución española (1936-1939), que no llegó a turbar un solo día la paz interior de Portugal, el episcopado de todo el país invitó a los portugueses a una peregrinación nacional extraordinaria de acción de gracias, por medio de una carta pastoral colectiva. «Desde que Nuestra Señora de Fátima, decía este documento, se apareció en el cielo de Fátima, ha descendido sobre la tierra portuguesa una especial bendición. Se ha cerrado el ciclo violento de las persecuciones y una nueva época de pacificación de las conciencias y de restauración cristiana se ha abierto». Medio millón de fieles respondieron a esta llamada ¹²⁵.

Esta pacificación ha culminado, en 1940, con la firma de un concordato entre Portugal y la Santa Sede, el más perfecto, podemos decir, de los concordatos que Roma haya obtenido jamás de un Gobierno, presagio de un largo período de paz civil, de progreso religioso y social.

En 1942, vigésimo quinto aniversario de las apariciones, el pueblo, el Gobierno, el clero y los fieles portugueses se unieron para celebrar, en manifestaciones de fervor y de amplitud inauditas, las *bodas de plata* de Fátima. Con esta ocasión, el Soberano Pontífice, respondiendo a los deseos de Nuestra Señora, expresados a los niños de Fátima el 13 de julio de 1917, consagraba el mundo entero, y particularmente Rusia, al Corazón Inmaculado de María.

Otro año mariano para el pueblo portugués fue el de 1946; celebró el tercer centenario de su consagración a la Inmaculada Concepción por el rey Juan IV La más grandiosa de las ceremonias fue la coronación de Nuestra Señora de Fátima como Reina de Portugal y del mundo, el 13 de mayo, por Su Eminencia el cardenal Aloisi Masella, legado de Su Santidad Pío XII, en presencia de todo el episcopado portugués y de varios miembros del Gobierno. La corona (oro macizo y pedrería) fue ofrecida, cuando el jubileo de 1942, por las mujeres portuguesas, en acción de gracias por haber preservado a Portugal de la guerra.

Al mismo tiempo, en el campanario de la basílica, acabado en su obra maestra, se inauguraba el carillón y una gran corona de bronce de cuatro toneladas terminada por una gran cruz luminosa. La muchedumbre de los peregrinos, estimada oficialmente en más de seiscientos mil, alcanza, según algunos, el millón. El cardenal legado, por primera vez en la historia, había venido de Roma y regresó en avión.

Unos días después de estas solemnidades, el 20 y el 21, a petición de las autoridades eclesiásticas, sor Lucia de Jesús (a la que nadie llama ya María de los Dolores) iba a Fátima, por primera vez desde su partida, en 1921, visitaba el santuario y daba allí mismo ciertas precisiones sobre las apariciones ¹²⁶.

De regreso en su celda, sor Lucia sigue interesándose por todo aquello. En apariencia y en realidad, se entrega por entero a la tarea diaria que le ha sido asignada y que hace que cada uno de sus días «sea un día bien lleno». Y, sin embargo, no olvida ni un solo instante ni las confidencias que le hiciera María, ni la promesa que le pidió de sufrir y orar por la conversión de los pecadores, ni tampoco la dicha de la que ya gozan junto a Dios los dos confidentes de su infancia, Francisco y Jacinta.

¡Con cuánta frecuencia piensa en sus dos queridos amigos del cielo!

Y, también, qué alegría supuso para ella cuando, por obediencia, tuvo que consagrar largas horas a recordar los recuerdos comunes de su infancia, con el fin de redactarlos, a petición de monseñor el obispo de Leiria.

Cuando el traslado de los restos de Jacinta desde el cementerio de Vila Nova, de Ourem al de Fátima (1935), monseñor Correia da Silva, como hemos visto, envió a sor Lucia de Jesús una fotografía del féretro abierto que permitía ver el rostro conservado de Jacinta. La vidente respondió por medio de una larga carta de agradecimiento en la que explicaba al buen prelado que aquella niña, absolutamente desconocida para él en vida, había dado señales excepcionales de virtud, de amor a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, así como había mostrado un gran espíritu de sacrificio. Y fue entonces cuando monseñor Da Silva pidió a la religiosa que escribiera los recuerdos de su prima.

Estas páginas, deliciosas en su simplicidad, han demostrado a todos que la vidente de Fátima no es una «simple», sino que está dotada de una memoria prodigiosa, así como de una inteligencia lúcida y penetrante. Aquellos que la tratan de cerca reconocen en ella ciertas nociones de teología y ascetismo profundas y extensas, que ciertamente ha tomado de sus lecturas, pero también en la intimidad con Jesús y con Aquella que le impuso la orden del cielo de «aprender a leer».

Lucia misma lo dice:

—El aislamiento del mundo, en el que vivo, es el mejor compañero que jamás tuve. El silencio es para mí una fuente de luz sobrenatural. *Cuanto más guardo el silencio con las criaturas mejor comprendo los misterios de la fe.*

Aquí abajo, su única ambición es amar cada vez mejor a Dios, con el fin de merecer el cielo, como sus pequeños amigos y confidentes de Aljustrel, a los que la Virgen vino a buscar personalmente.

Para esto solo desea vivir oculta e ignorada, como un instrumento al que se ha dejado en un rincón cuando ha dejado de servir.

Ha cumplido su papel aquí abajo, que era el dirigir las miradas de los hombres hacia María.

Solo le queda desaparecer a sus ojos, esperando que se cumpla en ella la voluntad del Señor.

Que Cova da Iria se convierta en un inmenso hogar difusor de la gloria de María y del amor divino hasta los límites de la tierra, y que la pequeña Lucia permanezca encerrada en su celda, envuelta en silencio, confundida con la sombra, enterrada en el olvido.

—Deseo —dice ella misma—, a medida que Fátima es más conocida, ser más desconocida...

Lo que equivale a este pensamiento, del que tanto gusta, de Santa Teresita del Niño Jesús:

«No soy nada; no hago nada; amo y espero» ¹²⁷.

CUARTA PARTE: LAS PEREGRINACIONES Y EL CULTO

XV. EL MOVIMIENTO POPULAR

En torno al arco de madera

Un día, al felicitar al señor obispo de Leiria por el éxito de las peregrinaciones de Fátima, me respondió él:

«No es obra mía. *Son el pueblo y la Santísima Virgen quienes lo han hecho todo antes de que yo llegase*».

Creo, en efecto, sin que por ello disminuya el mérito del humildísimo prelado, que la segunda parte de su respuesta expresa exactamente las conclusiones del lector. Un obispo providencial ha canalizado, ha guiado el movimiento popular, y Nuestra Señora lo ha bendecido; pero en la base de este magnífico desenvolvimiento al culto a la Virgen de Fátima hay este hecho esencial: que, desde el principio, el pueblo portugués ha comprendido, aceptado con fervor y puesto en práctica el Mensaje de la Virgen de la carrasca.

Es preciso confesar que los prodigios de la Cova da Iria produjeron en este pueblo de alma sencilla una profundísima repercusión. En estos misteriosos acontecimientos, el pueblo portugués adivinaba una misericordiosa intervención de su celestial patrona para conducirlo hacia unos destinos desconocidos, y ciertamente magníficos, si respondía a cuanto la celestial Visitante le pedía.

Sin preocuparse en absoluto de lo que pensaban los dirigentes, los intelectuales o hasta el mismo clero, el pueblo, especialmente el campesino, siguió acudiendo, después de la-serie de las apariciones, en compacta multitud, para rezar en el lugar donde la Virgen se había manifestado.

El rústico arco y el muro de mampostería que marcaban el lugar de las apariciones, eran considerados como un auténtico santuario. Allí acudían,

desde todos los ámbitos del país, como olas del gran Océano, grupos de peregrinos, sin que nadie dirigiese sus acolladores movimientos. Los domingos por la tarde y los días 13 de cada mes, los caminos (no se podía entonces hablar de carreteras) que conducían a la Cova veían pasar miles y decenas de millares de peregrinos; los hombres, con un saco o un cesto al extremo de un bastón sobre el hombro, las mujeres, con el cesto sobre la cabeza o un niño en brazos, y a menudo ambas cosas a la vez. Los testigos de este tiempo afirman que nunca nadie, ni aun después de varios días de camino, se sintió cansado. Evidentemente, se acampaba donde se podía; y como entonces continúa haciéndose ahora ¹²⁸. Nada ni nadie llevaba a la Cova a esas multitudes. Ni la Visión había pedido, como María lo hiciera en Lourdes, que se acudiese allá «en procesión»; y, sin embargo, la progresión del número de peregrinos fue mucho más rápida de lo que lo había sido en la gruta de Massabielle.

Acudían espontáneamente, atraídos por la esperanza de participar de las gracias de todo linaje que la bondad de Nuestra Señora derramaba a manos llenas o agradecidos por los beneficios ya alcanzados. «No había entonces altavoces, ni el menor refugio en la Cova; pero, ¡qué hermoso tiempo para hacer penitencia! —decía la buena María de la Capelinha—. Y se hacía con gran gozo. No se podía comprar nada, ni vino, ni alimentos, ni hallar siquiera un vaso de agua. Se rezaba, se lloraba; si había bastante gente, se cantaban las canciones más bonitas que se sabían... En aquel entonces nunca oí decir que la Señora hubiese negado un milagro a quien se lo pedía... Todos cuantos acudían iban con devoción, y los que no la tenían, la encontraban».

Un día, una mujer de Alcanena lloraba ante el pequeño y pobre santuario, y se le oyó decir: «¡Ah, Fátima!..., ¡Fátima!... ¡Qué devoción hay aquí!... ¿O será solo mi pueblo donde no se practica la religión? ¡Quemaron la iglesia con todos sus santos!... ¡Nuestra Señora, ten piedad de mi pueblo!».

Puede asegurarse que el rosario no dejaba de rezarse ni un solo momento ante el desnudo tronco de la carrasca.

La Señora había prometido a Lucia que curaría a algunos enfermos, y cumplió generosamente su palabra. Es absolutamente imposible mencionar todos los favores de esta especie que los peregrinos se contaban unos a otros entre decena y decena de rosario.

Era tan grande el temor que se tenía aún al odio sectario, que cundió un verdadero pánico entre la muchedumbre cuando el 13 de octubre de 1919 un pirotécnico de Porto de Moz, para expresar su reconocimiento por su curación, hizo explotar dos petardos que él mismo había fabricado. De buenas a primeras, se creyó que se trataba de un atentado. El temor no era infundado, pues la pequeña capilla que acaba de levantarse sería volada con dinamita al siguiente año.

Los milagros más preciosos se realizaban en el fondo de muchas almas que, gracias a María, pasaban en *muchas* ocasiones súbitamente de la indiferencia, o aun de la hostilidad, al fervor. Venía a ser en todo Portugal como una nueva Pentecostés, una resurrección de las almas. La devoción al santo rosario tomaba un incremento considerable. Y todo esto sin ninguna intervención del clero, fiel a las órdenes de la autoridad eclesiástica.

Se oía hablar muy a menudo de conversiones admirables alcanzadas por la invocación de Nuestra Señora de Fátima. A veces se contaba la muerte trágica de algunos «espíritus fuertes» que, negando la evidencia, habían tomado ocasión de estos acontecimientos para blasfemar contra la Santísima Virgen.

María sabía también vengarse más misericordiosamente. Un día, un joven de muy buena familia, pero de ideas subversivas, se dirigía a Fátima con dos de sus hermanas. Durante el viaje, una de ellas observó que su hermano llevaba un artefacto explosivo. Teniendo motivos suficientes para suponer las intenciones del joven contra la pequeña capilla, la muchacha, sin él darse cuenta, logró quitarle el petardo y poner en su lugar, en el bolsillo, unos rosarios.

Llegan a la Cova y se mezclan entre la muchedumbre de visitantes. La joven espía ansiosamente los más pequeños movimientos de su hermano, cuando de pronto le vio caer de rodillas, intensamente emocionado. Por la intercesión de María, la gracia había dado otro golpe irresistible.

La Capelinha y la imagen

En la quinta aparición, la Señora aceptó que parte del dinero que se echaba junto a la carrasca sirviese para construir una capilla, y en la sexta expresó ella misma claramente este deseo. Pero ni el párroco de Fátima, ni

ningún otro sacerdote, ni el patriarca de Lisboa parecían dispuestos a obedecer esta indicación del cielo. Esta fue la gran pena de los devotos de Fátima.

Y el dinero recogido era ya suficiente. Desde la tercera aparición se dejaron algunas monedas junto al arbusto. Cuando la señora Carreira puso allí una mesa con unos jarros de flores, las ofrendas se depositaron en esa mesa. El día 13 de agosto, en señal de protesta contra el rapto de los niños y en acción de gracias a Nuestra Señora, que había, a pesar de todo, demostrado su poder, la muchedumbre se sintió tan generosa que el dinero recogido cubrió toda la mesa. Algunas personas, al marcharse, llamaron a la buena mayordoma para que lo recogiese; esta obedeció y lo puso todo en una talega que llevaba consigo.

Mas si la mesa era suya, el terreno era propiedad de la familia Dos Santos. Así, pues, viendo pasar a Antonio de Rosa, hijo mayor de Olimpia Marto, ella le ofreció la talega al objeto de que la entregase a su tío. El joven levantó los hombros en señal de absoluta indiferencia y fuese sin contestar. No tuvo más remedio la piadosa mayordoma que llevarse el dinero a su casa; pero al día siguiente vino para entregarlo a los padres de Lucia. Encontró, en casa de los Marto, al señor cura, que estaba hablando con María Rosa, madre de Lucia, su hermano Manuel y su cuñada Olimpia. Nadie quiso aquel dinero que parecía maldito.

«Pues bien —dijo la señora Carreira—, lo dejaré en el lugar donde lo he encontrado».

Entonces el sacerdote le aconsejó que lo guardase en su casa «hasta que veamos en qué para todo esto».

Dos días después cuatro hombres de la parroquia reclamaron a María Carreira este dinero para construir una capilla, puesto que Nuestra Señora lo había así pedido. Consultado el señor cura, respondió:

«¡Nada quiero saber de este asunto! Si yo tuviese el dinero en mi casa, no lo entregaría. Pero vosotros haced lo que os plazca».

El pequeño capital aumentaba de día en día. María Garreira iba recogiendo el dinero y vendiendo los productos naturales (patatas, pan, legumbres secas, aceite, etc.). Las malas lenguas empezaron a murmurar que los Carreira se enriquecían. Por de pronto, ya no iban descalzos...

El señor administrador tuvo noticia de estos comadreos. Llamó al señor Carreira a su oficina, pero este sorteó el interrogatorio con una hábil y festiva indiferencia. El «Hojalatero» terminó la discusión diciendo:

«Entonces es usted un zopenco, amigo mío».

«Sí, señor, lo soy, lo soy», concedió el buen campesino.

En otra ocasión fue el *regedor* de Fátima quien pretendió tener el derecho de emplear el dinero recogido dentro de los límites del territorio municipal. Una astucia de la fiel depositaría malogró tales manejos.

Finalmente, un día en que ella insistió de nuevo ante el señor cura para que la autorizase a construir una capilla, este le mostró una carta del patriarca por la que se ordenaba a ella guardase cuidadosamente el dinero y lo recogiese hasta nueva orden.

Pero, acuciada de continuo por los devotos de las apariciones, preguntó al señor cura si no podría emplear ella una parte para levantar siquiera una «casilla de consumos», a fin de poner en ella una imagen de la Virgen y proteger al mismo tiempo contra la intemperie las ofrendas de los peregrinos.

El reverendo Manuel Ferreira le contestó que no creía fuese cosa mala realizar tal idea, pero que tuviese mucho cuidado, si lo hacía, de obrar de modo que nadie pudiese nunca decir que obraba según iniciativa del cura párroco.

La señora Carreira, no sabiendo qué hacer, pidió consejo a varios sacerdotes de la comarca; pero ninguno le respondió. Antonio dos Santos, propietario del terreno, calculando que nada perdería *con* ello, respondió al pedirle permiso para levantar la capilla:

«Hacedla tan grande como os venga en gana».

Sin embargo, muchas veces se peleaba con los peregrinos que, para llevarse algún recuerdo, cortaban las ramas de los árboles, vecinos, incluso de los olivos o de las higueras.

El albañil encargado de ejecutar las obras fue Joaquín Barbeiro, de Santa Catarina da Serra, hombre tan piadoso como hábil obrero.

Ante la indiferencia de los sacerdotes, animaba a la señora Carreira:

«¡No os preocupéis, buena mujer!... Si esta obra viene de Dios, como suponemos, el sufrimiento ha de ser su base».

Ayudado por uno de sus hijos, en un mes construyó una pequeña capilla. Era un modesto edificio de unos pocos metros cuadrados, precedido de un recinto, luna o patio descubierta más reducido todavía. Más tarde se añadió otro patio, que la circunda ahora por todas partes, salvo la posterior. Cuando se terminó la obra ningún sacerdote quiso bendecirla. Se inauguró sin previa bendición el 18 de abril de 1919.

Quince días antes, Francisco había fallecido. Jacinta pudo ir varias veces a la capillita para rezar; en cuanto a Lucia, la entrada en el modesto santuario de la imagen realizada por José Thedim fue para ella, al siguiente año, una ocasión de gran gozo.

Al siguiente mes de la inauguración de la capilla, un hombre de Torres Novas, recientemente convertido, fue a ver a la señora Carreira para comunicarle que no sabía cómo cumplir el voto que había hecho a Nuestra Señora de entregar personalmente el dinero suficiente para construir la primera capilla.

«Regale usted una buena imagen», le sugirió la mayordoma.

El hombre, llamado Gilberto, habló de ello con su párroco, que le indicó la casa Teixeira Fanzeres, de Braga, la cual, a su vez, confió el trabajo al joven escultor José Ferreira Thedim.

El artista, acompañado del canónigo reverendo Formigão, fue a encontrar a Lucia y a Jacinta para informarse de cómo era la Señora. De sus manos salió la hermosa imagen de talla, pintada y decorada, tan venerada desde entonces y santificada por tantas súplicas, tantas lágrimas y tantos triunfos.

La imagen no llegó a Torres Novas hasta principios de mayo del siguiente año. Diremos más abajo cómo fracasó el odio de los sectarios en su deseo de impedir la entronización de la imagen de la Capelinha, en la cual entró, llevada por el propio señor Gilberto, en la madrugada del 13 de mayo de 1920, antes de que llegase la fuerza pública.

Se encontró un sacerdote que consintió en bendecirla en la iglesia parroquial de Fátima. Era el reverendo Antonio de Oliveira Reis, arcipreste

de Torres Novas, que se hallaba de paso para el poblado de Montelo, del cual era oriundo, y que, en distintas

Ocasiones, liaría afirmado públicamente su fe en las apariciones ¹²⁹.

Al cabo de unas semanas empezaron a correr rumores de que la capilla y la imagen serían incendiados. Para evitar tan grave sacrilegio, los Carreira acostumbraban a guardar la imagen en su propia casa, sobre un modesto altar preparado al efecto, a excepción, naturalmente, de los días 13, en que la volvían procesionalmente a su lugar en la Capelinha.

Gracias a esta precaución, la venerada imagen se salvó de la dinamita al ocurrir la explosión del 6 de marzo de 1922.

Para venerar la imagen de Nuestra Señora de Fátima iban a casa de los Carreira muchos peregrinos, entre los cuales varios sacerdotes, como los doctores Marques dos Santos y Formigão.

La fuente

Algunos meses después, en agosto, llegaba a Leiria el primer obispo de la diócesis restablecida. Los incontables amigos de Fátima abrigaron la esperanza de que los días de prueba terminarían pronto.

Veremos en su lugar cuál fue la prudencia y la sabia lentitud de monseñor Da Silva, a quien todo Portugal llama hoy *obispo de Nossa Senhora*, el obispo de Nuestra Señora.

Se ha dicho que el único lugar de la diócesis que proporcionó al señor obispo un espectáculo consolador fue Fátima, con sus ardientes manifestaciones de fe, puesto que allí se reunían en los seis aniversarios de las apariciones más de cincuenta mil fieles, todos ellos fervorosos peregrinos. Pero, debido a la abstención del clero, todo cuanto allá sucedía escapaba totalmente a la censura de la autoridad eclesiástica. Prácticamente, la pequeña Lucia, niña de trece años, era el único guía religioso de estas concentraciones. ¿Era, por ventura, conveniente se prolongase por más tiempo una tan enojosa situación? Tanto más cuanto que se habían deslizado algunos abusos en estas concentraciones populares. Había tenderetes de buhoneros alrededor de la capilla, se vendía y se bebía vino; se disparaban petardos y cohetes, uso muy corriente en las fiestas populares

de Portugal; los gritos de los mendigos estorbaban la plegaria de los peregrinos, etc.

El buen obispo monseñor Da Silva, que en cierta ocasión me contaba estas cosas, añadió:

«Usted comprenderá ahora por qué he comprado el terreno antes de hacer y de terminar la información canónica. Lo he adquirido con el dinero que me envió la señora Carreira. He autorizado también la reconstrucción de la Capelinha, volada el pasado año».

«Mas, siendo el terreno de Su Eminencia —observé—, ¿cómo ha tardado seis años en ir a la Cova?».

«Oficialmente, públicamente, estuve allí una vez, el día 8 de junio de 1927, con motivo de la inauguración del Vía Crucis. *Privatim*, he ido a menudo desde que compré los terrenos, en septiembre de 1921. De esta visita queda un buen recuerdo: *la fuente*.

Pregunté a la gente del campo cómo se las componían los peregrinos para hallar agua que beber y para su limpieza. Se me contestó que esta era causa de disputas entre los peregrinos y los naturales del país, porque estos se oponían a que les vaciaran las cisternas. Yo no quiero, dije, que mis diocesanos se peleen, y menos a causa de la Santísima Virgen. Entonces (pues estaba decidido a dar mi autorización para la bendición de la Capelinha y la celebración de la misa en la Cova) pedí al siempre solícito y servicial señor Carreira que hiciese abrir una cisterna en el sitio más profundo del embudo natural que forma la Cova ¹³⁰. A 1,50 metros de profundidad, los obreros encontraron una magnífica fuente, que desde entonces es suficiente para los peregrinos, por numerosos que sean.

Pero en los días de gran afluencia —siguió diciendo el buen prelado— yo me guardaba muy bien de ir, a fin de que nadie pudiese decir que era el obispo quien convocaba en la Cova a los peregrinos o los atraía».

Hasta entonces los peregrinos que deseaban oír misa o recibir los sacramentos habían de ir a la iglesia parroquial, a casi tres kilómetros de la Cova. Desde la iglesia iban en procesión hasta la Capelinha. Pero muchos se contentaban con rezar en la soledad de la Cova da Iria.

El 13 de octubre de aquel año (1921) era precisamente el cuarto aniversario de la última aparición. En aquella ocasión la capilla había sido

bendecida por el señor canónigo Marques dos Santos, y la misa celebrada en el patio, delante de la capillita.

La muchedumbre creyó que la Virgen había aguantado este acto en favor de su culto para responder al mismo de una manera digna de Ella, haciendo brotar agua pura de este suelo calcáreo, donde no se halla ningún manantial en un radio de quince kilómetros ¹³¹. El agua había de utilizarse asimismo para los trabajos del santuario, pues se empezaba ya el muro (desaparecido con la ampliación del santuario) que rodeaba todo el terreno adquirido y se proyectaba construir una capilla para celebrar la misa y oír confesiones.

Obreros y labradores, y aun todos los vecinos de la comarca, saben que en aquel lugar no ha habido nunca agua, y que el terreno es absolutamente inadecuado para retener la más pequeña humedad. Así, pues, todos aseguran que el alumbramiento de la fuente era «un milagro de Nuestra Señora... o del señor obispo».

Inmediatamente se atribuyeron al agua virtudes milagrosas para quienes usaban de ella, como ocurre con la de la gruta de Lourdes; de suerte que la gente del país se confirmó en la creencia del origen sobrenatural del agua que manaba. Más tarde, creciendo las peregrinaciones, María; que es la «Fuente sellada», *Fons signatus*, remedió igualmente las nuevas necesidades. En 1927, a cinco o seis metros de la primera fuente el azadón de los obreros hizo brotar otro manantial más abundante ¹³².

¡Qué maternal delicadeza por parte de la Reina de los Cielos! ¿Cómo habrían podido reunirse en Fátima estas importantes concentraciones de medio millón de peregrinos o más sin tener agua en abundancia? No olvidemos que estas peregrinaciones tienen lugar especialmente durante los meses de verano.

Por medio de este hermoso símbolo de la fuente, María quiso dar a sus devotos una prenda de los incesantes favores que se proponía derramar sobreabundantemente sobre las almas en estos lugares santificados y bendecidos con su visible presencia.

En espera de la aprobación canónica

Una vez concedida a los sacerdotes la autorización de rezar con los fieles y de celebrar la santa misa en la Cova, las ceremonias tuvieron lugar al aire libre, en instalaciones provisionales.

Poco a poco, en el antiguo terreno de la familia Santos se iban trazando avenidas y abriendo explanadas; se levantaban paredes en distintos puntos; el primer edificio terminado fue la «Capilla de las Misas», cuyo principal servicio era permitir a los sacerdotes peregrinos, más y más numerosos cada día, celebrar el Santo Sacrificio, en espera de que se construyese la gran basílica proyectada. Había también confesonarios para los peregrinos. Esta capilla fue demolida cuando empezó a utilizarse la basílica.

Se fundó asimismo una «capellanía» en el santuario de Fátima, y su primer capellán fue el reverendo Manuel de Sousa, que antes, había sido párroco de Ceissa.

Poco a poco empezaron a llegar grupos organizados, parroquias presididas por sus pastores, grupos diversos dirigidos por sus sacerdotes consiliarios.

Que la devoción a Nuestra Señora de Fátima lograra movilizar en aquella época a tanta gente y creciera incesantemente durante los cuatro primeros años, sin dirección de ninguna clase, sin otra guía que María, la Madre tan amada, y que no se produjese ningún desorden, abuso notable o superstición, ha de considerarse como un verdadero milagro.

La «Voz da Fátima».—El día 13 de octubre de 1922 apareció el primer número de la *Voz da Fátima*, órgano mensual de las peregrinaciones, publicado con la aprobación y bajo la vigilancia de la autoridad diocesana. Señala esta fecha un importante progreso en la difusión de la Buena Nueva de Fátima.

Según los planes del señor obispo, este boletín había de servir para propagar la devoción a Nuestra Señora del Rosario, publicar las noticias relativas a las peregrinaciones, las curaciones, las gracias extraordinarias y referir, asimismo, retrospectivamente, los maravillosos acontecimientos de 1917.

Fue su primer director el mismo que cumplía las funciones de protector de la fe en la Comisión canónica de información, el doctor Marques dos Santos, profesor en el seminario de Leiria. Su principal redactor fue el doctor Nunes Formigão (Vizconde de Montelo).

La *Voz da Fátima* vino a ser, por lo mismo, el órgano de publicidad de los numerosos reglamentos episcopales relativos al santuario.

El primer número tuvo una tirada de 3.000 ejemplares, pero esta cifra se elevó rápidamente. En 1925, la tirada era de 50.000; en 1929, de 100.000; en 1934 se rebasó la cifra de 200.000. Alcanzó su apogeo hacia el año 1937, con 380.000 ejemplares. Actualmente se mantiene alrededor de los 250.000. Este número representa un ejemplar por cada cuatro o cinco familias.

Desde hace varios años, este boletín se edita también, en Leiria, en español (*La Voz de Fátima*), en inglés (*The voice of Fatima*) y en francés (*La Voix de Fatima*).

Los servitas de Fátima.—A medida que aumentaba el número de peregrinos, crecía igualmente el número de los enfermos que iban a buscar, junto a María, alivio y consuelo.

Al principio, la caridad individual supo ingeniarse para facilitarles la práctica de las peregrinaciones. Pero no tardó en hacerse sentir la necesidad de una organización fija y regular.

Una de las primeras empresas fue la construcción de un hermoso hospital. Camilleros y enfermeros voluntarios se agruparon en una primera asociación, que fue canónicamente erigida en cofradía el 14 de junio de 1924. Otra asociación, propia para señoras y señoritas, obtuvo su aprobación el 6 de mayo de 1926.

Posteriormente, ambas asociaciones se reunieron en una sola, bajo el título de *Pía Unión de los Servitas de Nuestra Señora de Fátima*. Comprende cuatro distintas secciones:

1. El grupo de *sacerdotes* que prestan sus servicios a los enfermos y a los peregrinos, en general, especialmente para las confesiones.

2. El grupo de *médicos* que prestan benévolamente sus servicios a los enfermos.

3. El grupo de los *servitas* de Nuestra Señora propiamente dichos, o camilleros, que aseguran a la vez el transporte de los enfermos y el servicio de orden en el santuario.

4. El grupo de las *sirvientas* de Nuestra Señora (mujeres servitas) que sirven como enfermeras y colaboran en la organización de los múltiples

servicios de las peregrinaciones.

Unos y otras dan su tiempo y prestan sus servicios gratuitamente, por amor a la Santísima Virgen y a los enfermos; y todo el mundo reconoce la abnegación y el cariño con que se entregan a sus caritativas funciones.

El día 11 de marzo de 1931 la Santa Sede aprobó la Pía Unión y concedió gran número de indulgencias. El actual presidente de los servitas es el doctor Carlos Mendes, alcalde de Torres Novas, testigo de los orígenes. (Vid. en la parte documental: *Un testigo de los orígenes*).

El Vía Crucis.—Hacía diez años que las muchedumbres acudían a la Cova da Iria. El obispado de Leiria había comprado el terreno, empezado las obras y aprobado la Unión de los Servitas. Se había publicado un *Manual del peregrino* (1926) con las debidas licencias, y, sin embargo, nadie había visto aún a monseñor José Alves Correia da Silva asistir públicamente a ningún acto litúrgico en Fátima.

Este gesto, tan esperado por los innumerables devotos de Fátima, lo realizó el santo y piadoso obispo con motivo de la inauguración del Vía Crucis que bordea la principal vía de acceso al santuario.

La primera estación está situada en un cruce de carreteras, en el pueblo de Reguengo do Fétal, a 13 kilómetros de la Cova. Las demás están separadas entre sí por un kilómetro de distancia y son grandes cruces de granito. La decimocuarta domina la parte sur (llegada) de la explanada del santuario.

Estas cruces se han levantado a cargo y por iniciativa de las parroquias limítrofes de la carretera, con el deseo de hacer más piadoso el camino de los que peregrinan a pie (que son la mayoría, a lo menos a partir del cruce de Reguengo).

La inauguración tuvo lugar el día 8 de junio de 1927 y fue presidida por el señor obispo en persona. Acudió una ingente multitud para asistir a la fiesta. El cortejo, formado desde las ocho de la mañana ante la primera estación, se detuvo en cada una de ellas, y ante las mismas el señor obispo predicó una pequeña alocución, según se acostumbra.

Se llegó al santuario hacia las dos de la tarde. El señor obispo celebró la misa y, a pesar de la hora tan 25avanzada, se distribuyeron más de cuatrocientas comuniones.

Las organizaciones de piedad.—La devoción a Nuestra Señora de Fátima no solo se manifestaba con la visita a la Cova da Iria. Los peregrinos, al regresar a sus domicilios, seguían pensando en la Señora que allí había aparecido y no cesaban de encomendarse a Ella.

Para asegurar esta perseverancia en la oración, muchos se agruparon en una asociación llamada *Cofradía, de Nuestra Señora del Rosario de Fátima*. Los estatutos fueron aprobados por el excelentísimo señor obispo de Leiria, el 15 de enero de 1928. Los fines de esta cofradía son:

Trabajar, rogar y sacrificarse por la conversión de los pecadores.

Reparar los pecados sociales de las naciones y de los pueblos.

Promover el cumplimiento de los preceptos de la Iglesia, particularmente en lo que concierne a la santificación de los domingos y fiestas de guardar.

Rogar por las misiones y sostenerlas.

Interceder por las almas del purgatorio.

Rogar por los enfermos y por todas las necesidades espirituales y temporales recomendadas a Nuestra Señora de Fátima.

Al siguiente año se construyó el hospital (*Albergue*) para los enfermos, con su reglamento especial. Poco tiempo después se iniciaba la *Obra de los Ejercicios Espirituales en pleno retiro*, que en la actualidad posee dos grandes casas para los ejercitantes. Gracias a estos retiros, la Cova da Iria se ha convertido en un poderoso foco que irradia vida interior y santidad por todo el país. Allí forjan su vida cristiana la flor y nata de la sociedad portuguesa y los militantes de las distintas ramas de Acción Católica.

Las cifras acusan la importancia siempre creciente de esta obra. El primer año (1930) se beneficiaron de la misma doscientas personas; en 1936-37-38 este número aumentó sucesivamente a ochocientos treinta y cinco, novecientos cinco y, por fin, a más de mil. Después de la construcción de la casa para mujeres, el número de ejercitantes ha crecido considerablemente.

Hay tandas con regularidad para las diversas secciones especializadas de Acción Católica, para los miembros de la Tercera Orden y para las Conferencias de San Vicente de Paúl; para estudiantes, profesores, abogados, médicos y para el clero de las diversas diócesis, a las que precede

con el ejemplo el Episcopado portugués, pues desde el año 1934 *todos los obispos del país practican allí todos los años ejercicios espirituales*.

El 18 de febrero de 1934 se fundó, y luego, el 28 de abril, se erigió canónicamente la *Pía Unión de los Cruzados de Fátima* (o Cruzada de Fátima). Es una asociación auxiliar de la Acción Católica que tiene por objeto trabajar por la extensión del Reino de Dios por medio de la oración y de la acción. Unos estatutos muy detallados prevén las modalidades de su acción y regulan su organización.

Esta institución providencial ha alcanzado el más grande de los éxitos imaginables, pues a los cuatro años (1938) contaba en sus filas más de 500.000 cruzados. En 1948, la *Voz da Fátima* publicaba unos nuevos estatutos en vista de su extensión por todo el mundo.

Con motivo del vigésimo aniversario de las apariciones, el señor obispo de Leiria ordenó la recopilación del *Libro de Oro*, por disposición del 20 de julio de 1937, que mandaba se inscribiesen en un registro especial los nombres de las familias que, habiendo enviado su adhesión firmada, se comprometiesen a *rezar todos los días el rosario en familia*, o con el pueblo, en la iglesia, o, al menos, en particular.

Los volúmenes, a medida que están completos, se ofrecen a Nuestra Señora de Fátima y se colocan en el santuario en un puesto de honor. El primer volumen, con más de veinte mil firmas, se ofreció a María con ocasión de la gran peregrinación nacional del 13 de mayo de 1938.

María da Capelinha.—Cuando el señor obispo de Leiria dijo que antes de su llegada era el pueblo quien lo había hecho todo, podemos suponer que él pensaba principalmente en el papel tan discreto como considerable que había desempeñado la señora María dos Santos Carreira; parece que podemos interpretar «el pueblo» por «una buena mujer del pueblo».

Indiscutiblemente, esta pobre campesina del vecino caserío de La Moita fue el instrumento más activo de la Providencia en los primeros tiempos del santuario y de las peregrinaciones; fue ella quien hizo posible el gran crecimiento, y la más activa y decidida colaboradora hasta su muerte.

Un día de mayo de 1917, su marido le dio cuenta de una conversación con Antonio dos Santos sobre una visión que la hija de este último había tenido en la Cova da Iria. Corrió en seguida a Aljustrel para interrogar a los pequeños videntes y creyó sus explicaciones.

Desde entonces se la ve rezar con ellos junto a la carrasca; ella les anima contra todos los desdenes y todas las mezquindades; ella defiende ante María Rosa la causa de Lucia.

Fue ella quien llevó al lugar de las apariciones los primeros ramos de flores. El día 13 de junio, cuando vinieron los primeros peregrinos a la Cova, ella había adornado el arbusto con cintas y flores, que, a partir de entonces, se han ido ofreciendo a la Virgen en número incalculable.

Ella estaba allí al mes siguiente con su esposo Manuel, sus hijas y su hijo João (Juan), aquel pobre lisiado por el cual intercederá Lucia ante la Señora. El chico tenía entonces diecisiete años.

Sobre este particular, leemos en la declaración de María Carreira en el proceso canónico (1923); «Yo pedía a Lucia que dejase que mi hijo Juan estuviese junto a ellos; le llevé una piedra y se sentó. Cuando Lucia dijo que la Señora estaba allí, queriendo él arrodillarse no pudo hacerlo y se cayó. Por esto yo pedía a los niños que rogasen por él (a la Señora que veían). Lucia me dijo que la Señora había respondido que mi hijo curaría, o al menos que le daría los medios suficientes para poder bastarse a sí mismo, pero que tenía que rezar el rosario todos los días con su familia». El padre confirmó con juramento esta declaración.

Desde entonces, María Carreira, con sus manos ineptas para los trabajos del campo a causa de su estado enfermizo, limpia el suelo alrededor de la carrasca y lo allana; luego construye el pequeño recinto de mampostería para proteger el lugar de las apariciones; y, con la ayuda de su marido, levanta el pórtico que indicará a quienes pasen por el camino vecino el paraje bendito.

«Cosa curiosa —nos dijo—: yo que en casa no podía sostenerme en pie, cuando trabajaba en la Cova me sentía otra; no conocía el cansancio».

Del santuario naciente ella fue desde el principio la fiel y abnegada «mayordoma». El 13 de agosto llevó una mesa con jarros de flores y velas para que hiciese a manera de altar, que quedó, una vez se hubo ido la multitud, materialmente cubierto de dinero, tanto que estaba a punto de caerse al suelo. Todos le decían: «Mujer, recoja este dinero; cuéntelo». De esta suerte, la señora María Carreira quedó nombrada por voz popular tesorera del naciente santuario, del cual ella había de hacer construir la

primera «capilla», según hemos dicho. Hasta la hora de su muerte cumplió estas funciones con un celo y un desinterés admirables

En 1921, la señora Carreira hizo entrega del dinero recogido desde 1917 en el reducido recinto de mampostería al nuevo obispo de Leiria, monseñor José da Silva, a excepción, naturalmente, del que había gastado para levantar la Capelinha y reconstruirla después del atentado.

Monseñor Da Silva se sirvió de este dinero para adquirir los terrenos de la Cova da Iria; pero tuvo cuidado de no quitar a esta buena mujer la vigilancia de la Capelinha y de los cepillos en que los peregrinos depositaban sus ofrendas. Desde entonces estos cepillos se han hecho mucho mayores y siguen recogiendo las ofrendas espontáneas, las cuales son tan abundantes que con ellas puede el señor obispo —*sin que nunca haya hecho una cuestión ni haya solicitado la caridad de los peregrinos*— sufragar los trabajos del santuario, ocupando a ciento sesenta personas desde hace más de treinta años, y sostener las incontables obras que la caridad del buen prelado ha establecido o renovado. De estos cepillos, María Carreira guardó, hasta su muerte, las llaves, manejando así sumas fabulosas para una campesina de su condición.

Al quedar viuda (1931), fue a vivir con su hijo Juan en el propio santuario, en los sótanos del hospital para hombres. La humildad y la sencillez de la Buena mujer no lograron esconderla a la curiosidad de los peregrinos, a quienes explicaba cien y cien veces la historia de los primeros tiempos. La electricidad y los altavoces nunca le quitaron la nostalgia de aquellos comienzos tan llenos de fervor. Se la llamaba la «crónica viviente» de Fátima. Para todos era «María de la Capelinha», y su nombre de Dos Santos Carreira había desaparecido desde hacía mucho tiempo cuando murió piadosamente la buena mujer, a pocos metros de su «pequeña capilla», convertida en el Sancta Sanctorum de un santuario mundial, a primeras horas del primer día de primavera de 1949 (21 de marzo).

Después de su muerte fue reemplazada en sus funciones por su hijo Juan, que ya antes la había ayudado siempre. Aparentemente está enfermo, tanto como en la época de las apariciones; pero mientras que antes no podía andar sin muletas, ahora su enfermedad no le impide ganarse la vida —tal como la Virgen lo había prometido a Lucia el 13 de julio de 1917— ejecutando un trabajo continuo y, en ciertas ocasiones, pesado y agotador. A

pesar de que sus piernas están muy torcidas, se le ve correr a veces, e incluso montar en bicicleta.

XVI. EL CLERO

En realidad se puede afirmar que, en su inmensa mayoría, el clero y el episcopado portugueses permanecieron indiferentes, y en parte hostiles, a las apariciones y al movimiento popular hacia la Cova da Iria, hasta que, años más tarde, la divina Providencia confió la misión de juzgarlos al muy prudente y venerado obispo de Leiria, monseñor J. da Silva. Este, en consecuencia, podrá decir, con toda verdad, en su carta pastoral de aprobación del culto de Nuestra Señora de Fátima: «*E nao diga que a Fátima foi uma invenção do clero...*». «Y nadie diga que Fátima fue una invención del clero...».

El párroco de Fátima

Si en el caso de la aparición de Nuestra Señora de la Salette se puede afirmar que el cura de esta parroquia se apresuró a prestar su asentimiento al prodigio y a predicarlo al día siguiente desde el púlpito, en Fátima las cosas ocurrieron de muy distinta manera. Conocemos ya al piadoso y prudente sacerdote que regía la parroquia desde hacía tres años, y sabemos que estos acontecimientos constituyeron para su fe y su espíritu de disciplina una verdadera prueba, y que su actitud fue para los pequeños videntes un motivo de trastorno y de angustias.

Las primeras noticias de lo que acontecía en la Cova da Iria llegaron a oídos del reverendo Marques Ferreira a últimos de mayo: le dejaron un tanto perplejo y quizá indiferente. Cuando vio que el asunto tomaba en su parroquia más importancia, resolvió, creyéndolo más prudente, en beneficio de la religión y de sus feligreses, mantenerse al margen de todo, a no ser que recibiese órdenes concretas de sus superiores.

A cuantos les parecía que esta reserva era excesiva, les contestaba que tendría tiempo de ocuparse del caso si la Providencia quería que las cosas tomasen buen rumbo.

Algunas veces su «neutralidad» parecía convertirse en oposición; tal ocurrió, por ejemplo, cuando advirtió a María Rosa, después del 13 de junio: «Esto pudiera ser un engaño del demonio...». De esta hipótesis parece que en cierto momento hizo una realidad, ya que leemos en la declaración del señor José Alves, ante la Comisión, lo que sigue:

«Un día estaba yo en casa del señor cura y me dijo: “O bien es una cosa muy buena, o bien una cosa muy mala”. Yo le contesté: “Una cosa mala, no, porque si fuese una cosa mala, no pediría que se dijese el rosario ni que se rezase”. El sacerdote me replicó: “¿Usted también está embaucado? (*encanado*)... El demonio llega a servirse hasta de los sacramentos, que no quiere”; lo cual no pude oír sin algún disgusto».

Verdad es que el reverendo Ferreira recomendó a María Rosa que no pegase a su hija; pero la madre declaró ante la Comisión de información que la había autorizado para meterla miedo; que le aseguraba que la niña se desmentiría pronto de buen grado o a la fuerza; que ella no iba a la Cova porque el señor cura le había aconsejado que no fuera, y que si, a pesar de este consejo, fue a la Cova el día 13 de octubre, lo hizo movida únicamente por el temor de las amenazas proferidas contra su hija.

El hermano de María Rosa, señor Marto, padre de Jacinta y de Francisco, no era tan incrédulo como su hermana; no admitía la hipótesis de que sus hijos fuesen unos embusteros y menos admitía que se les molestase y se les insultase con motivo de sus visiones. El propio párroco, señor Ferreira, en su informe al patriarca, llega hasta a tratarle casi de alucinado. «No hice para Jacinta y Francisco un interrogatorio tan minucioso y tan extenso como lo hice con Lucia, porque su padre, que es excesivamente crédulo, si no ya tal vez alucinado, cuando llamé a mi casa a Olimpia con sus hijos, se presentó él solo en lugar de enviármelos. Me dijo que me los enviaría si era para inspirarles confianza y no para abusar de ellos. Quedé muy sorprendido al oír estas y otras palabras que mucho me desalentaron, verdadera síntesis de los padres de Lucia. Nunca más volví a pedir a los padres que me enviasen a sus hijos, contentándome con interrogarles solo cuando se presentaba la ocasión, porque siempre creí que mi deber era mantenerme indiferente en tanto no existiesen pruebas evidentes o hubiese hablado la Iglesia».

El sensible incidente del 13 de agosto no sirvió para aumentar la simpatía del señor cura hacia las manifestaciones de la Cova. Habiéndose

visto que la tartana del «Hojalatero» partía de la casa rectoral con los niños, corrió entre la muchedumbre la voz de que el señor cura estaba complicado con el funcionario para este secuestro. Así, pues, sus sentimientos no se consideraban nada favorables.

Los millares de peregrinos decepcionados, a pesar de la digamos, «compensación» de las señales atmosféricas, corren indignados a la casa rectoral y allí, delante de ella, se profieren amenazas de muerte. Algunos piensan ir a Vila Nova a castigar al imprudente subprefecto, pero antes se ha de escarmentar a su cómplice.

Las personas sensatas procuran calmar a las demás, y Manuel Pedro se alaba de que aquel día fue el más activo de los apaciguadores. Sin embargo, añade que un tío de los niños era uno de los más excitados, tanto que entró en la casa rectoral para pedir cuentas al reverendo Ferreira, a quien, habiéndose escondido, no logró encontrar.

Dos días después, cuando regresaron los niños, al salir de la misa mayor del 15 de agosto, habiendo observado unos exaltados que el subprefecto entraba de nuevo en casa del sacerdote, pretendieron pedir cuentas a uno y a otro. Manuel Pedro se había subido a la galería de la rectoral, donde el señor Arturo Santos había dejado a los pequeños. Desde allí empezó a arengar a los feligreses para recomendarles calma, especialmente a un grupo de jóvenes, armados de garrotes.

«¡Ea, muchachos, calma!... Unos gritan contra el señor prior, otros contra el señor administrador, otros contra el *regedor* (alcalde). En este asunto no hay falta de nadie. La falta procede de la mala creencia y todo lo permite el poder de Dios... No hagáis daño a nadie. Si alguno merece castigo, ya se encargará Dios...».

El señor cura, que se había encerrado en su habitación, oyó estas palabras; entonces se atrevió a asomarse por la ventana y dijo a la multitud: «El señor Manuel ha hablado muy bien».

Una vez restablecida la calma, el reverendo Ferreira escribió una carta pública para justificarse ante los millares de peregrinos indignados contra él y ante la opinión pública. Dos días después se publicó en *A Ordem*. Reproducimos algunas líneas que nos ayudarán a comprender mejor el estado de ánimo del pastor con relación a las visiones de sus pequeños feligreses.

«A los creyentes y a los incrédulos:

Con toda la energía de mi corazón de sacerdote católico... rechazo una tan injusta como insidiosa calumnia, proclamando ante el mundo que no he tomado, ni directa ni indirectamente, la más pequeña parte en este acto odioso y sacrílego... La ausencia de los niños no ha impedido, según afirman millares de testigos, que la Reina de los Ángeles manifieste su poder. Todos ellos atestiguan sucesos extraordinarios y fenómenos que han hecho arraigar más profundamente su fe... Si mi ausencia en el lugar de las apariciones ha contristado a muchos creyentes, mi presencia habría sido más criticada todavía por los incrédulos, en perjuicio de la verdad de los hechos. La Virgen Madre no tiene necesidad de la presencia del párroco para manifestar su bondad, y es preciso evitar que los enemigos de la religión puedan empañar el brillo de la amorosa misericordia de Ella atribuyendo la creencia del pueblo a la presencia o a los consejos del cura, porque la fe es un don de Dios y no de los sacerdotes.

Este ha sido el verdadero motivo de mi aparenta indiferencia ante un tan sublime y maravilloso acontecimiento...».

Cabe preguntar: ¿es posible dejar de subrayar una cierta contradicción entre las declaraciones que acabamos de leer y lo que ya conocemos sobre la actitud práctica del pastor? ¿Hemos de suponer que adopte esta actitud únicamente como medida de precaución o de disciplina? ¿Por qué llama «odioso y sacrílego» al acto por el cual se pretendió interrumpir las visitas del ser supraterráneo, si es que tiene suficientes razones para suponer que podría tratarse de un morador de los infiernos? O bien su carta, ¿más que representar un acto de sinceridad, sería un acto de prudencia, para precaverse de la cólera de los «creyentes»?

Hemos tenido ocasión de preguntar al padre de los pequeños videntes sobre el íntimo pensamiento del reverendo Ferreira. El señor Marto suele mostrarse muy locuaz al explicar sus relaciones con el sacerdote, del cual habla siempre con gran espíritu de caridad y de profundo respeto, pero desaprobando su conducta con relación a los niños. Le perdona, aunque trabajosamente, el no haber querido admitir a su pequeño Francisco a la primera comunión privada, en la primavera de 1918. Resumimos sus recuerdos sobre su antiguo pastor:

«El señor párroco, reverendo don Manuel Marques Ferreira, fue el último de mis paisanos que creyó en las apariciones; él había prohibido a Lucia volver a la Cova da Iría, porque se trataba de un engaño del demonio.

Decía a los demás *padres* que todo eran ilusiones. Sin embargo, eran muchos los que venían a verme contra su voluntad, para que yo les contase lo que decían los niños. Un domingo, en su plática, dijo que los sacerdotes no debían ir a la Cova, pero que lo admitía para los seminaristas. Sin embargo, vinieron muchos al mes siguiente. Entonces yo le dije:

—Señor prior, el día 13 había muchos sacerdotes en la Cova.

Pero él no quiso creerme.

Terminadas las apariciones, los creyentes organizaron una procesión desde La Moita a la Cova. Un cura de la comarca, el de Vila de Ourem, predicó, lo cual indignó al reverendo Ferreira,

No tardó en decir que quería abandonar el pueblo, porque todo aquello le proporcionaba grandes disgustos, y, efectivamente, abandonó la parroquia antes de que se le hubiese nombrado sucesor».

Todo esto parece estar en evidente contradicción con el espíritu de su carta del 15 de agosto. ¿Cómo, pues, conciliar esta actitud práctica con los extremos del documento? ¿No hay en él algo más que una «aparente indiferencia»?

Semejante duda habría de formularse con más insistencia todavía después de haber leído los dos documentos oficiales escritos por su propia mano.

Teniendo perfecta conciencia de su responsabilidad y de sus deberes, solamente tres días después de la última aparición, el 16 de octubre, escribió a monseñor Juan de Lima Vidal, administrador de la diócesis en ausencia forzosa del cardenal patriarca, una extensa carta en la que ponía a su superior al corriente de lo que había ocurrido y solicitando sus instrucciones.

«Esta parroquia —escribe— ha sido desde el mes de mayo hasta hoy teatro de unos sucesos sorprendentes... No he puesto a V. E. al corriente antes de ahora por que esperaba la última aparición, anunciada por los videntes, la cual tuvo efecto el día 13 último».

Seguidamente hace un resumen, muy exacto y muy objetivo, según lo que le han contado, puesto que él nunca ha asistido. Afirma: «He guardado el silencio que la prudencia me ha aconsejado... Juzgo de imperiosa necesidad se nombre una comisión informativa para que compruebe de qué se trata». Añade que los fieles acuden a rezar al lugar de las apariciones y termina pidiendo instrucciones «urgentes y autorizadas».

La respuesta de monseñor Vidal está fechada el 3 de noviembre. No satisface la petición del párroco, puesto que en lugar de librarle de la responsabilidad que él estimaba tan pesada para sus espaldas se la echa toda encima. Le ordena, en efecto, que *él mismo* haga una información completa de los hechos y redacte un informe para el Patriarcado.

Perfectamente obediente, por más que esto le era muy costoso, el reverendo Ferreira procedió en las semanas inmediatas siguientes a la investigación prescrita. Pero no se dio ninguna prisa en escribir el informe, puesto que este lleva la fecha del 6 de agosto de 1918, Y nótese bien que se dio menos prisa en enviarlo, pues fue expedido a Lisboa el 18 de abril de 1919.

El documento, escrito en papel azul, contiene dieciocho hojas, y nos ha parecido modelo en su género, si es que lo hay en tan especial asunto. El reverendo Ferreira lo remitió con una carta de presentación en la que expone a la autoridad eclesiástica el estado actual de las peregrinaciones a la Cova; hace constar que ha puesto especial cuidado en no invitar a los fieles a que acudan y que él no ha ido nada más que «tres veces», los 13 de septiembre y de octubre de 1918, y el 13 del corriente.

«Ruego a Jesucristo y a Nuestra Señora que el Espíritu Santo ilumine a la Iglesia a fin de que esta pueda muy pronto confirmar la fe y encender la devoción de tantos millares de fieles. Pido a V. E. me diga si es conveniente que yo u otro sacerdote respondamos a los deseos de los fieles, predicando en el lugar de las apariciones».

«En este preciso momento llega a mi casa la persona encargada de recoger las limosnas ofrecidas. Me dice guarda 357.000 reis y cuarenta litros de aceite, y que hoy mismo se ha inaugurado un pequeño oratorio junto al lugar de las apariciones. Al pueblo le gustaría mucho se levantara allí una capilla...».

El manuscrito trae a continuación la transcripción de los interrogatorios: el de Lucia, naturalmente el más extenso, y seguidamente los de sus primos, muy breves, con la explicación más arriba indicada; por fin, los de cuatro testigos escogidos entre los habitantes de los pueblos vecinos, entre los cuales hay una hermana de Lucia, casada en Lomba d'Egua.

Otros testigos fueron interrogados, pero sus decías raciones no fueron transcritas, porque no añadían nada nuevo a las precedentes.

El documento termina diciendo: «Por la verdad y tal como me lo dicta mi conciencia, salvo error involuntario, lo juro en nombre de mi sacerdocio y así lo firmo». Se acompañan las piezas justificativas.

La redacción de este informe da la impresión de un trabajo hecho a conciencia; expone los hechos de una manera muy sobria (aparte de una palabra un tanto fuerte contra Manuel Pedro) y muy objetiva, y nos parece de un valor incalculable para la historia de las apariciones, sobre todo porque no se puede acusar a su autor de favoritismo de ninguna clase.

Pero después de haber visto todos estos documentos, no nos es dado conocer aún los verdaderos sentimientos del primer juez eclesiástico, puesto por la Providencia al frente de la parroquia del milagro; él nunca supo o nunca quiso optar entre los extremos del dilema: pasar por un charlatán ante los ojos de los incrédulos, que explotarían contra lo sobrenatural su intervención, o bien pasar ante los fieles como un cómplice de los impíos.

En el fondo, ¿no creía el buen sacerdote que no era él quien había de zanjar el debate, y así procedía su despecho de que sus superiores le dejaban luchar solo ante las dificultades? A lo más, parece que, en su fuero inferior, deseaba que sus superiores le autorizasen a tomar partido en favor de este «sublime y maravilloso acontecimiento» que excitaba «la devoción de millares y millares de fieles».

La Providencia tenía sus designios. Con todo, parece lamentable que el deseo de este buen sacerdote de ver formada una comisión de información no se viese satisfecho inmediatamente. ¿Por qué, ante un informe tan claro, la autoridad diocesana no estimó oportuno tomar sobre sí toda la responsabilidad?

La razón es, sin duda, la misma que aconsejó al reverendo Ferreira retener durante tantos meses su informe en su casa. El primer resultado de

la reanudación de las relaciones de Portugal con la Santa Sede, bajo el gobierno de Sidonio Paes, fue el restablecimiento de la diócesis de Leiria, acordado por un breve de Benedicto XV el 17 de enero de 1918.

Se puede suponer que, mientras se esperaba el próximo nombramiento de un obispo en Leiria, el buen sacerdote reservaba la comunicación de su informe para el prelado que no tardaría en llegar. En 1919, viendo que la sede restablecida seguía vacante, desalentado al verse siempre tan cargado de responsabilidades que le abrumaban hacía dos años, abandonó Fátima, después de enviar su informe a Lisboa. Por otra parte, el señor patriarca no se daba tampoco prisa en reclamarlo, porque asimismo espejaba el nombramiento del obispo, a quien habría de corresponder la resolución de este engorroso asunto. El canónigo señor Formigão me dijo que él había indicado al Patriarcado la urgencia de tomar una decisión. Le contestaron: «Usted ya sabe que Leiria pronto tendrá un obispo; espere, pues, su nombramiento».

Los demás sacerdotes

Si intentáramos recordar a todos los sacerdotes que alentaron a los niños con su simpatía, citaríamos al venerable padre Cruz, muerto en olor de santidad, en otoño de 1948 ¹³³, el buen canónigo Formigão y quizás a dos o tres sacerdotes más que encontraban excesiva la reserva del párroco de Fátima... y la lista habría terminado. Sin embargo, eran muchos los sacerdotes que iban a la Cova, pero con preocupaciones teológicas o críticas muy ajenas al espíritu de los pequeños videntes, y muchas veces nada conformes a su edad y a su condición.

Lucia en sus memorias escribe: «Cuando veíamos que se acercaba un sacerdote, procurábamos escapar. Si la huida no era posible, nos preparábamos a ofrecer a Dios uno de nuestros mayores sacrificios. Ellos nos preguntaban una vez, volvían luego a preguntarnos y repetían siempre las mismas preguntas». Ante la Comisión informativa, añade: «Algunos sacerdotes me abrumaban a preguntas y *me regañaban mucho*, por lo cual en mi casa me decían que yo era una mentirosa (puesto que los sacerdotes no me creían), y hacían que mi madre me pegase hasta con el palo de la escoba».

He aquí el resumen de los datos ciertos que hemos podido recoger sobre la intervención del clero. Evidentemente que la hipótesis de una maniobra clerical para «botar» a Fátima, ha de quedar excluida definitivamente.

Durante las apariciones.—No asistió a la segunda aparición ningún eclesiástico. Entre los cuatro o cinco mil asistentes a la tercera, ¿había tal vez alguno discretamente disimulado? Es posible, pero no hemos encontrado ninguna huella.

En cambio, el 13 de agosto llegó a Aljustrel, en la misma calesa del subprefecto, el reverendo Manuel Carreira Poças, arcipreste de Porto de Moz... Se había dejado engatusar por las hipócritas razones del «Hojalatero», que pretendía servirse de su presencia para engañar más fácilmente a los niños, a sus padres y a la multitud.

El señor cura de Fátima le hizo observar lo que tenía de anormal su actitud para con el sectario funcionario; y le contestó que no comprendía el porqué de su observación, pues el señor administrador «cree tanto como nosotros en la palabra de los niños».

Aquel mismo día se hallaba también en la casa rectoral el reverendo Antonio de Oliveira Reis, arcipreste de Torres Novas, quien había de mostrarse muy pronto bastante favorable, puesto que le hemos visto proceder a la bendición de la imagen de la Capelinha.

Nada sabemos de lo que hicieron estos dos sacerdotes durante el resto de aquel día. Si hubiesen ido a la Cova da Iria, lo sabríamos; y si el señor arcipreste de Porto de Moz hubiese aprovechado las buenas relaciones que tenía con el subprefecto para pedirle la libertad de los niños, lo sabríamos también, y mejor todavía.

Durante su «cautiverio» en Vila Nova, Lucia, Francisco y Jacinta encontraron por la calle a un sacerdote que no los conocía por aquel entonces: el reverendo Luis Andrade da Silva. Se le acercaron para besarle la mano. Lucia le explicó lo que le había sucedido el día anterior y él le dirigió algunas palabras de aliento. Fue este el único consuelo que tuvieron durante aquella dura prueba.

El día 13 de septiembre, a pesar de la prohibición hecha por el señor cura de Fátima, fueron varios los sacerdotes que acudieron a la Cova por

pura curiosidad, diríamos «mal dispuestos». Manuel Pedro dice «muchos». Pero solo sabemos de siete u ocho nombres, y de un grupo de seminaristas.

Estos no quisieron terminar sus vacaciones sin aprovechar esta ocasión única de asistir a una aparición celestial. Eran unos treinta, pertenecientes a diversos seminarios. Uno de ellos contó al padre J. de Marchi: «Un sacerdote se nos acercó para recomendarnos no nos pusiéramos tan a la vista, pues todo aquello podía ser cosa diabólica, y que de todas formas, ello acabaría en un tremendo fracaso. Tal era, añade, la mentalidad de muchos». Los seminaristas atendieron el consejo; pero poco a poco la curiosidad les llevó hasta ponerse en contacto con la muchedumbre, y se acercaron tanto como les fue posible hasta los tres videntes.

Además de los cuatro sacerdotes más arriba mencionados, los reverendos Formigão, Quaresma, Gois y Da Silva, estaban entre la muchedumbre el reverendo Joaquim Ferreira Gonçalves das Neves, cura párroco de Santa Catarina da Serra, el cual había puesto en guardia a sus feligreses, desde el pulpito, recomendándoles no fuesen, «pues en muchas ocasiones el diablo se disfraza de ángel de luz», y el reverendo Antonio Mario de Figueiredo, profesor en el seminario de Santarem, que se creyó obligado a acudir en seguida a la casa rectoral para declarar que había visto «unas estrellas debajo de la región estelar».

Los reverendos Formigão, Quaresma y Das Neves habían de formar parte, cinco años después, de la comisión canónica de información; el reverendo Manuel da Silva, nombrado profesor del seminario de Leiria, fue luego administrador de la *Voz de Fátima*, cargo que desempeñó durante nueve años. Estando enfermo, escogió su retiro en el mismo santuario, donde murió el año 1950.

Estos sacerdotes, que habían venido en condiciones nada favorables, especialmente el que habló a los seminaristas, según acabamos de ver, regresaron completamente convencidos de que se trataba de algo muy serio, incluso los reverendos Formigão y Da Silva, quienes, sin embargo, no habían visto; los grandes prodigios que habían contemplado sus colegas.

El señor cura de Porto de Moz, al que vimos llegar el día 13 de agosto en la calesa del subprefecto, regresó a Aljustrel a primeros de octubre para interrogar a los niños. Comenzó ¡acusándoles y amenazándoles!

Sentado ante la puerta de una hermana de Lucía, dijo el sacerdote a la pastorcilla:

—Oye, tú dirás que no has visto nada, que todo era error y engaño. Si no lo dices, seré yo quien lo diga y lo haré publicar por todas partes. Entonces todo será quemado (se refería seguramente al pequeño altar de la Cova) y ni vuestras propias casas se verán libres de castigo.

Lucía guardó silencio. Intervino entonces Manuel Pedro diciendo:

—Usted no tiene más que telefonar y en seguida...

—¡Justo! Esto es lo que debería hacerse.

—¿Y por qué espera usted a que los niños hagan confesiones?... Haga usted lo que le venga en gana y deje tranquilos a los pequeños... Nadie le prohíbe a usted que haga lo que mejor le plazca.

Esta respuesta irritó a un feligrés del reverendo Po— gas que le acompañaba; aquel se puso a chillar, profiriendo palabras bastante destempladas. El propio señor deán no pudo contener la risa.

Mientras tanto Lucía, a quien no gustaban las discusiones demasiado vivas, sobre todo con los sacerdotes, a quienes respetaba profundamente, había desaparecido. El reverendo Poças y su acompañante se dirigieron a casa de Marto para interpelar a los otros pequeños. Encontraron a la niña, que se disponía a peinar a una vecinita. El reverendo Poças le dijo:

—Oye, Jacinta, tú no has querido decirnos nada, pero Lucía nos lo ha dicho todo: todo es mentira.

—No, señor cura; ella no ha podido decir tal cosa.

—Sí, lo ha dicho.

— ¡No!..., y lo repitió tres veces consecutivas.

El deán —cuenta Ti Manel— quedó sorprendido de tal resolución en una niña tan pequeña; fuese con sus dudas medio disipadas y casi convencido de la realidad de las apariciones.

Al irse, su acompañante quiso dar algunas monedas a Jacinta. Se interpuso el padre de esta con sequedad:

—¡Señor, esto no lo permitimos en casa!

Estas maneras de interrogar a los niños tenían más de inquisición que de información. ¿Es, pues, de extrañar que Lucia hablase de los sacerdotes como lo hacía? Acuciado por su celo en procurar el buen nombre de la Iglesia y temiendo la impostura o la maquinación, querían descubrir el fraude o la prueba de una, ilusión. Reconozcamos, empero, que sor Lucia es muy indulgente al apreciar tales procedimientos.

Todo hace suponer que el 13 de octubre fueron bastantes los eclesiásticos que acudieron a la Cova da Iria, aunque clandestinamente a causa de las instrucciones del señor patriarca. Pero a excepción de aquellos que ya habían acudido en septiembre, sus disposiciones a su llegada no parece que fuesen demasiado favorables.

Un testigo del proceso canónico, el señor Manuel Antonio de Paula, dice que «se acercó a él un sacerdote de Penacova, quien le pidió le indicase el lugar de la aparición. Le contestó señalándole una nubecilla bastante densa que se veía en aquel instante sobre el arco de madera. El sacerdote se mostró sumamente extrañado cuando se le dijo que aquello no era humo, puesto que allí no había fuego; lo que induce a creer que no tenía noticia de las “señales” que se habían observado en las ocasiones anteriores.

Este sacerdote no creyó en el milagro, ni aun durante la danza del sol: y al ver el color rojo sobre los vestidos de la gente, dijo al señor De Paula: “Todos llevan mantos encarnados”. El testigo le sacó caritativamente del error, haciéndole comprender la imposibilidad de un acuerdo tan unánime en el color de los vestidos; de otra parte el escéptico sacerdote vio inmediatamente después a la misma inmensa muchedumbre vestida de color amarillo de oro» ¹³⁴.

María de la Capelinha contaba un incidente ocurrido aquel mismo día: se trataba de un sacerdote que llegó a faltar a la corrección y a la caridad para con los videntes. Un sacerdote muy intrigado por lo que ocurría, puesto que había pasado toda la noche bajó la lluvia junto al arco, pero no muy bien dispuesto, rezaba su breviario sentado en una piedra, cuando, a mediodía, llegaron los niños a aquel lugar. Él les preguntó entonces a qué hora había de venir la Señora.

—A mediodía —le dijeron.

Y, mirando su reloj, replicó:

—Ya es mediodía. Vuestra señora es una mentirosa. ¡Ya veremos!

Transcurridos un instante, vuelve a mirar el reloj, y dice más decidido:

—Ya ha pasado mediodía... ¡Vamos! ¡Vamos!... ¡Todos afuera!... ¡Esto es una broma!

Pero negándose Lucia a obedecer la orden de partida, el sacerdote llegó hasta a empujar a los niños para que se marchasen. Lucia, entonces, casi llorando, le dijo:

—¡El que quiera marchar que se marche!... Yo me quedo. Estoy en terreno de nuestra propiedad. Nuestra Señora dijo que vendría; las otras veces vino; hoy también vendrá.

En aquel preciso instante, se volvió la niña hacia el Este, y dijo:

—Jacinta, de rodillas; Nuestra Señora llega. He visto el relámpago.

Callóse el malhumorado sacerdote y la crónica no nos da de él ninguna otra referencia.

Para comprender un estado de ánimo tan lleno de «prevenciones», es necesario recordar la situación religiosa del país en aquel entonces. Después de casi un siglo de laicismo y diez años de persecución declarada, el clero estaba tan mal visto, que en todo momento esperaba un nuevo ataque de la secta. Ante la novedad de Fátima, unos temían que se tratase de una comedia montada por las logias para desacreditar la religión; otros que, siendo la cosa de origen humano o diabólico, al conocerse los secretos resortes, redundaría todo ello en perjuicio de la Iglesia. Había más pesimismo que incredulidad.

Después de las apariciones.—Poseemos escasos datos sobre la actitud de los párrocos de los alrededores de Fátima y en particular del deán de Olival, primer superior jerárquico y tío del cura local. Todo cuanto hemos dicho de sus méritos es completamente exacto, como asimismo lo que sabemos hizo en favor de los videntes; pero todo ello se refiere a un período posterior, salvo el artículo de su «Boletín» después del 13 de julio, ya citado

No parece haya desaprobado la excesiva prudencia de su sobrino, al menos antes de su salida de Fátima. Un relato de don Carlos Mendes nos proporciona un rayo de luz sobre los íntimos sentimientos del deán y demás sacerdotes del arciprestazgo.

Ante la comisión de información, el actual alcalde de Torres Novas dijo que el primer viernes de septiembre, habiendo ido a dar un paseo a

caballo con dos amigos, hasta Fátima, encontraron allí reunidos a todos los párrocos del arciprestazgo, con motivo de la festividad del Sagrado Corazón.

Invitado a la casa rectoral, tomó parte en la conversación de aquellos sacerdotes. Su relato no dice que el deán se manifestara especialmente favorable; pero sí que todos *creían en la sinceridad de los niños, sin creer, empero, en el carácter sobrenatural de las apariciones*. Recuerda que entre ellos había uno, cuyo nombre no recuerda, que se alababa de haber interrogado a los pastorcillos con las artimañas de un policía sin lograr desorientarles o menguar la fuerza de sus afirmaciones.

Al explicar la historia de la Capelinha, dijimos de qué manera el señor deán entró en relación con las familias de los videntes a propósito del empleo del dinero de la Cova. Al señor Carreira y a su esposa, que fueron a someterle el caso, les dijo entre otras cosas:

«De los labios de mis feligreses, que se complacen en ir por allá, he oído hablar de todo eso; pero *yo nunca he querido ocuparme, porque nunca he recibido la menor comunicación que hubiera podido interesarme en ello* (Por onde eu pudesse pegar)».

Resulta, pues, que en esta fecha (Viernes Santo de 1920), el señor cura de Fátima nunca había referido el caso a su deán y tío, y que este tampoco había sido nunca consultado por el señor patriarca sobre el particular.

Después de esta visita, el señor deán de Olival fue a Aljustrel, y de esta manera comenzaron sus relaciones con Lucia y Jacinta, que desde el primer instante le parecieron unas criaturas privilegiadas. Pero hacía ya dos años que los niños sufrían por su fidelidad a la Señora de la carrasca; y los feligreses de Olival se habían adelantado en dos años a su pastor en la obediencia a los deseos de María.

Sobre la opinión general del clero en esta época poseemos como únicos indicios las reacciones que algunos manifestaron después de los artículos de *A Ordem* sobre el prodigio solar. El periódico no publicó, naturalmente, las cartas de descontento de sus lectores; pero no dejó de citar las que lo aprobaban.

El reverendo José Gomes Loureiro, párroco de Pedrogão, le felicitaba calurosamente: «Soy párroco de una parroquia vecina de Fátima; deliberadamente me abstuve de asistir a estas manifestaciones. En ninguna

he tomado parte y no me arrepiento de no haber ido. Creo que la presencia de algunos de mis colegas fue una gran imprudencia». El reverendo José Freire, de Lisboa, felicitó al autor, especialmente por haber sabido quitar importancia al prodigio solar: «¡Muy bien!... Especialmente estas palabras de Cristo: “Si no veis milagros no creéis”, están citadas muy atinadamente ¹³⁵. De acuerdo, señor redactor..., su artículo de usted merecería estar escrito en letras de oro...». El señor Pinto Coelho publicó asimismo las cartas aprobatorias del reverendo Antonio Coelho de Barros, párroco de Azambuja y del reverendo José de Castro.

He aquí que mientras el redactor jefe del periódico librepensador *O Seculo* luchaba contra viento y marea para defender la inexplicabilidad natural del prodigio solar, el «periódico de los curas» se dedicaba no a negarlo en absoluto, sino a discutirlo y a quitarle importancia. Así pensaba, con toda verosimilitud, la inmensa mayoría del clero portugués.

Después de lo ocurrido con los sacerdotes que estuvieron en la Cova el 13 de septiembre y lo que hemos dicho del señor deán de Olival, se puede presumir que los sacerdotes se mostraban partidarios de Fátima solo cuando habían tomado contacto con las muchedumbres orantes de la Cova da Iria o con los pequeños videntes que cumplían a las mil maravillas su papel de testigos ¹³⁶. Pero el número de los que acudían para informarse sobre el terreno eran una ínfima minoría ¹³⁷. Algunos atacaron ya desde este momento las apariciones como una superstición o un engaño, sin haber tenido siquiera la precaución de reunir los elementos necesarios de información. La mayoría permanecían voluntariamente indiferentes, ya porque no pensaban que la cosa podía tomar importancia, ya porque cedían a la convicción de que es difícil demostrar el carácter divino de este linaje de hechos, demostración que, por otra parte, suponían no les incumbía.

La evolución de la opinión del clero se realizó, pues, lenta y progresivamente, bajo la influencia de múltiples causas, la principal de las cuales fue el empuje de la opinión popular. Los sacerdotes iban siendo «convertidos» uno a uno por sus fieles, quienes, al regreso de las peregrinaciones, les repetían los maravillosos relatos de conversiones o curaciones allá realizadas. Además, muy pronto hubo en cada parroquia uno o varios testigos del misericordioso poder que obraba sobre los cuerpos y sobre las almas en la Cova da Iria.

Los sacerdotes que habían sido ganados a la causa de Fátima desde el principio, o sea los que habían consentido examinar sin partidismo alguno estas maravillas nunca oídas, lograron ir convenciendo poco a poco a sus colegas. Las publicaciones del vizconde de Montelo (canónigo Formigão) representaron una poderosa ayuda.

Por otra parte, los procedimientos odiosos de los sectarios disgustaban a la opinión popular y a la de los medios eclesiásticos.

Desde todos los ámbitos del país se elevaba un concierto de acción de gracias y de admiración. Por consiguiente, ¿cómo podía resistirse a esta corriente de fervor? Los sacerdotes, uno después de otro, incluso los más refractarios desde el principio, se sentían obligados a tomar contacto con este «misterio» y quedaban conquistados o a lo menos ganados a un estado de espíritu más cordial.

En el momento de la aprobación canónica (1930) quedaron algunos indiferentes o adversarios; pero no tardaron en verse atraídos por la corriente de fervor popular en pro de este misterio de gracia, cuyos frutos de todo género eran cada día más tangibles.

XVII. LA SECTA Y EL PODER CIVIL

Se puede explicar la acción de la secta y la del Gobierno en un solo capítulo, porque la administración portuguesa de aquellos tiempos no era más que un órgano de la masonería. El más abyecto anticlericalismo reinaba por doquier; las logias detentaban el poder y todos los resortes.

Es difícil comprender ciertos detalles de los orígenes de Fátima si no se tiene presente la triste situación religiosa de Portugal en tiempo de las apariciones. Los seminarios habían sido reducidos a tres; algunos obispos echados de sus residencias; las órdenes religiosas puede afirmarse que eran absolutamente inexistentes, etcétera ¹³⁸. En estas condiciones., ¿cómo maravillarse de que, por una parte, el clero, hubiese tardado tanto tiempo en percibir el rayo de esperanza que le traía la Virgen de Fátima y, por otra parte, la secta hubiese sentido inmediatamente, en estos acontecimientos misteriosos, una amenaza mortal para su porvenir?

Los católicos dudaban por prudencia evidentemente excesiva; los jacobinos negaban por odio antirreligioso. Desde el principio, el furor les cegó, y no abandonaron la lucha sino cuando, después de toda clase de asaltos, quedaron por fin convencidos de que sus esfuerzos no hacían más que acentuar la radiante victoria de la fe y del fervor populares.

El «Hojalatero»

Conocemos ya al representante del poder civil al frente del departamento de Ourem, don Arturo d'Oliveira Santos. «Administrador» del concejo a los veintiséis años, no tardó en ser presidente de la Cámara Municipal (alcalde) de Vila Nova y sustituto del juez del distrito. Desde entonces fue la personalidad más influyente de la comarca.

Inteligente, pero sin cultura, audaz y seguro de la confianza de sus jefes, ejercía una especie de poder dictatorial sobre el antiguo territorio del Santo Condestable. Detenía a los sacerdotes por el más insignificante pretexto y prohibió todo acto de culto fuera de los templos: que tocasen las campanas, que se reuniesen los fieles en las iglesias después de la puesta del sol, etcétera.

Su propaganda y su acción administrativa no dejaron de producir tristes resultados, y así los sacerdotes veían disminuir el número de practicantes. Pero los buenos no tardaron en resarcirse y recobrase; la unión con sus sacerdotes, trabajadores y amigos de sus feligreses, había de hacerles fácilmente victoriosos cuando los acontecimientos de Fátima vinieron a proporcionar, a un mismo tiempo, al administrador un nuevo campo de lucha y a los católicos un nuevo fermento de cohesión y de resistencia.

Hemos contado en otra parte lo que hizo para procurar descubrir el «secreto» de la Señora de la carrasca, con la esperanza de encontrar en el mismo la clave de la maquinación clerical que, en su opinión, era la base de todo este asunto.

Al fracaso de su maniobra siguió un tiempo de silencio y de paz, en espera, seguramente, del «milagro» prometido por los niños para el 13 de octubre. Los formidables acontecimientos de aquel día hirieron de muerte a la impiedad portuguesa.

No obstante, en Santarem, un grupo de fanáticos preparó el desquite de los librepensadores.

El saqueo del lugar de las apariciones.—La noche del 22 de octubre, una camioneta cargada con cuatro o cinco bribones salió de la ciudad publicando que al día siguiente habría en las calles una gran fiesta en honor de Nuestra Señora de Fátima y que figuraría en ella la misma encina de las apariciones. A su paso por Vila Nova de Ourem cargó algunos pasajeros más.

La opinión ha señalado siempre como instigador responsable de esta expedición al gobernador del distrito de Santarem, don José Antonio dos Reis hijo, notorio masón, quien permaneció siempre vergonzosamente agazapado en la sombra.

Una vez llegados a la Cova, por la noche, estos valerosos combatientes derribaron todo lo que constituía el santuario primitivo y lo cargaron en la camioneta: los tres postes del arco, la mesa, el pequeño altar que había sobre ella, las dos lámparas, dos cruces sencillas, dos jarros, etc.

Quisieron también llevarse el árbol de las apariciones, arrastrándola detrás del auto. Pero quedaron chasqueados, porque estaba tan despojado por el fervor de los peregrinos, ávidos de reliquias, que solo quedaba de él un simple tronco que levantaba apenas 50 centímetros del suelo. Entonces cortaron un árbol vecino, dice Lucia, o, según dice Galamba, algunas ramas de otros árboles.

Los vencedores regresaron a Santarem el día 23 a las nueve de la mañana, y organizaron inmediatamente con los objetos robados una exposición en una casa de la plaza del seminario. El dinero de las entradas había de ingresarse en la caja de las cantinas escolares, pero la dirección de esta obra rechazó valientemente tal oferta.

Por la noche del mismo día se organizó una procesión burlesca por las calles de la ciudad; algunos hombres llevaban los diversos objetos robados, cantando unas letanías blasfemas. Formaban en la procesión un centenar de manifestantes.

El acto sacrílego de estos desgraciados solo provocó disgusto. Promovió una general protesta; incluso los periódicos «liberales» que dieron cuenta del acto, lo hicieron indignados. El *Diario de Noticias* tituló su artículo «Un crimen» (25 de octubre). El artículo de *O Seculo* terminaba

así: «¡Es una vergüenza! ¿Cómo han permitido las autoridades semejante desafuero, cuando niegan su permiso para las procesiones católicas, aun cuando casi todo el pueblo portugués pertenece a la Iglesia y las procesiones no ofenden en manera alguna la opinión de los demás?» (26 de octubre).

El más moderado fue el periódico de los católicos *A Ordem*, y no se ocupó del caso sino después de los otros (27 de octubre). «El acto de ayer —escribió— representa una violación de la ley de separación de la Iglesia y del Estado, y un menosprecio a la libertad de pensamiento para aquellos que no piensan igual que el señor administrador del concejo. Había de haberse prohibido...».

El día 28, *O Seculo* consintió en publicar una protesta dirigida al Ministro del Interior por el reverendo Formigão (profesor en el seminario y en el liceo de Santarem), en nombre de los católicos de la ciudad.

La viva reacción de la prensa y de la opinión contra esta parodia sacrílega es un síntoma del cambio operado en los espíritus (y por consiguiente en el espíritu público) por el «signo de Dios».

El congreso de protesta del 1.º de diciembre.—Los fanáticos librepensadores no se arredraron. La Asociación del Registro Civil, con la colaboración del periódico *O Mundo* y de su redactor José do Vale, lanzó una campaña con vistas a un gran congreso de protesta «contra la especulación clérigo-mercantil que se lleva a cabo en Fátima», «en el mismo paraje escogido por los reaccionarios como teatro de su vergonzosa tentativa retrógrada».

Se repartió en la comarca de Torres Novas y de Ourem, con gran profusión, un libelo lleno de invectivas contra las apariciones, «obra de los jesuitas», y contra los sacerdotes en general, autores habituales de todos los males que afligen a la nación. El «papel» terminaba con una llamada al «pueblo liberal», invitándole a que acudiera en masa el próximo domingo a Fátima, a la salida de misa mayor, para tomar parte en una gran asamblea, en la que afamados oradores habían de desenmascarar a los comediantes de la Cova da Iria.

Seguro del éxito, José do Vale, acompañado del «Hojalatero» y de tres delegados lisboetas de la Asociación del Registro Civil, llegó a Fátima a la hora anunciada. Estaban allí, particularmente convocados, los «cabos de

orden» ¹³⁹ del concejo, al objeto de aumentar los efectivos de la gendarmería, llegados de Torres Novas, Leiria y Vila Nova.

Los congresistas fueron ¡seis!... En la plaza de la iglesia había un solo hombre para recibirlos: el señor Francisco da Silva, militante «demócrata» y, bajo este título, «regedor» del municipio. Los recién llegados creyeron que los habitantes estaban todavía en misa. El «regedor» hubo de desengañarlos: la misa parroquial —les dijo— se celebra hoy en la iglesia de la Ortiga, a cuatro kilómetros de distancia; la casa rectoral está cerrada, la iglesia está también cerrada y el pueblo completamente vacío.

El párroco Ferreira no creía en las apariciones (o al menos se negaba a confesar su íntima convicción), pero mucho menos admitía el sectarismo y la persecución. Advertido por la propaganda repartida de antemano, anunció que la misa mayor tendría lugar aquel domingo en la Ortiga, y el pueblo obedeció ¹⁴⁰.

Mientras tanto los «congresistas» empezaron a discutir con muchas palabras en la plaza, sobre si sería mejor celebrar la asamblea anunciada, convocando a la fuerza a la media docena de hombres que no habían asistido a la misa, cuyos nombres tenían, o celebrarla en Vila Nova con los amigos del «Hojalatero». Por fin, acordaron una tercera solución: irían a la Cova da Iria para atacar al enemigo en el mismo lugar de sus hazañas.

Y he aquí que nuestros librepensadores enfilaron el camino de los devotos peregrinos de la Cova da Iria. A su llegada se encontraron con un auditorio... inesperado. Un bromista de Lomba d'Egua lo había preparado. Había ido por los pueblos vecinos y logrado que le prestaran todos los borricos de la comarca, a los cuales ató acá y acullá a los árboles de la Cova. Cuando llegaron los congresistas hizo que los borricos rebuznasen todos a una para saludar a los nobles visitantes, ante la estupefacción de los mismos y de los gendarmes, impotentes contra tal especie de delincuentes.

Nuestros «liberales», siguiendo su peregrinación, llegaron hasta el arco de las apariciones, donde encontraron gran cantidad de paja y de heno, dejados allí, con cierta intención simbólica, por los vecinos de La Moita.

José do Vale no se arredró por ello, y empezó a hablar ante los gendarmes; pero su perorata se vio interrumpida por unas voces que llegaban de la próxima maleza: «¡Vivan Jesús y María!», que hacían eco a

diestra y a siniestra a cada frase del orador. Eran la señora Carreira y algunos amigos de aquellos lugares que regresaban de la misa de la Ortiga.

La señora Carreira solo daba gritos religiosos, pero sus amigos añadían sobarbadas menos místicas:

— ¡Borricos!... ¡Asnos!... ¡Bestias inmundas!...

A lo que los congresistas replicaban:

— ¡Zoquetes de la montaña!

Con ello se excitó el orador, se encrespó su voz y se puso a vociferar insultos contra los escondidos contradictores. Por fin, el subprefecto mandó a los gendarmes que detuviesen a los perturbadores del orden. Simularon que los perseguían, pero cuando los hallaron en sus escondrijos, fraternizaron gozosamente con ellos.

El desorden fue tal, que los congresistas se vieron obligados a dispersarse sin otra conclusión que los silbidos de los bravos campesinos que les acompañaron en el camino de Fátima.

La imagen de la Capelinha (13 de mayo de 1920).— En el intervalo de estos incidentes, don Arturo d'Oliveira Santos no dejaba de mano su fin principal: borrar la religión en el territorial de su concejo. Intentó expulsar de su casa rectoral al párroco de Fátima, bajo el pretexto de que necesitaba el local para una obra de utilidad pública. El reverendo Ferreira resistió a su agresor; pero estas molestias contribuyeron probable mente a aumentar el desaliento que le indujo a abandonar la parroquia. Sus sucesores prosiguieron la lucha y lograron mantener los derechos de la Iglesia.

¿No era acaso esto la acción de la masonería que pretendía ahogar la naciente obra de Fátima?

El año 1918 fue bastante más tranquilo porque Sidonio Paes, a pesar de estar inscrito en las logias, supo hacer respetar la justicia. El señor D'Oliveira Santos había sido sustituido como jefe del concejo de Ourem, cargo que volvió a ocupar después del asesinato del primer ministro. Pero la secta no abandonaba su objetivo, y en la primavera de 1920 halló una nueva ocasión para manifestar su odio contra la Señora de los Cielos que había tenido la osadía —decían ellos— de posarse sobre el suelo portugués.

La imagen de la Aparición, de la que hemos hablado, llegó a Torres Novas pocos días antes del 13 de mayo de 1920, que aquel año coincidía

con el jueves de la Ascensión. Todo el mundo acudió a verla y a admirarla en el domicilio del donante. El administrador del concejo de Torres Novas llamó a su despacho al señor Gilberto y le prohibió la llevase a Fátima. Las tropas rodearon la casa para evitar que saliese la imagen.

El día 12, el padre del donante unció un par de bueyes y cargó en su carreta unos aperos y otros distintos objetos como para ir a trabajar al campo, y entre ellos escondió la caja del litigio, que contenía la imagen. Los soldados, confiados ante la apacible yunta, la dejaron pasar. Cuando la carreta hubo llegado a, las afueras de la ciudad, unos amigos que la esperaban cargaron la caja en un auto y la trasladaron a Fátima, a la iglesia parroquial.

El nuevo párroco consintió en dejarla bendecir, y prometió que la dejaría colocar, al día siguiente, en la Capelinha. Según hemos dicho, fue el reverendo Oliveira Reis, arcipreste de Torres Novas, quien bendijo la imagen.

Hacia ya dos meses que la pequeña Jacinta había muerto en Lisboa y su cuerpo descansaba en el cementerio de Vila Nova, Corrió la voz de que se aprovecharía el 13 de mayo para trasladarla a Fátima en medio de una gran manifestación popular. Los sectarios explotaban estos rumores para alarmar a los «republicanos», convirtiendo en maniobra política un simple acto de fe en la visita de María. Las logias presionaron ante el Gobierno, el cual decidió prohibir la reunión del 13 de mayo en la Cova da Iria.

Pero nunca se ha sabido quién fue el responsable.

El día 24 de abril, el administrador del concejo recibió una carta, con membrete del Ministerio del Interior, que le ordenaba le informase de cuanto se preparaba para «consagrar a la vidente de Fátima recientemente fallecida, a fin de que el Gobierno pudiese tomar las oportunas medidas para neutralizar esta porquería político-jesuítica». La misiva iba firmada por un tal Julio Bento Ferreira, funcionario desconocido, irresponsable o tal vez inexistente.

Dócil, don Arturo d'Oliveira Santos, convocó una reunión de todos los *rededores* del concejo para el 6 de mayo. Les habló del enorme daño que Fátima ocasionaba a la República. Al día siguiente recibía un telegrama del gobernador (prefecto) de Santarem, doctor don José Dantas Baracho, recordándole la orden (?) del ministro del Interior de prohibir «repetición

mistificación Fátima»: le prescribía que intimase esta prohibición a los responsables y que tomase todas las medidas legales para poder perseguir a los delincuentes. «Manda su excelencia el ministro que este asunto sea tratado directamente conmigo sin intervención de otras personas». Esta última frase hace aún más sospechosa la autenticidad de la carta de Julio Bento Ferreira.

El subprefecto obedeció y ordenó a todos los alcaldes le comunicasen «desde ahora» (incluso antes del delito) los nombres de los que preparaban la manifestación.

Tales órdenes, ¿procedían efectivamente del Gobierno? El lector puede juzgar por los datos. Tal vez quiso el ministro actuar bajo mano y el prefecto no obró con tanta reserva.

Por otra parte, otros documentos confirman la responsabilidad de este notorio masón. Un telegrama del 10 de mayo avisa al subprefecto de Vila Nova que el ejército y la «guardia municipal» (*sic*, en lugar de republicana) estarán a su disposición para ocupar la carretera en lugares estratégicos y cerrar el paso a la procesión de Fátima. El día 12, otro telegrama anuncia que la fuerza armada prometida será reforzada, a fin de poder situar un piquete más importante en la Cova da Iria e «impedir cualquier manifestación religiosa».

Al día siguiente, con el fin de evitar todo conflicto con el ejército, los peregrinos se abrieron un camino a través de los setos y de las cercas de piedras para ir a rezar ante la imagen esculpida por José Thedim que presidía la Capelinha. Se rezó y se cantó en la Cova como los otros día 13. Una gran tormenta, acompañada de rayos y truenos y lluvia, obligó a la muchedumbre a dispersarse. Muchos se dirigieron hacia la iglesia para refugiarse, y al llegar a la plaza algunos soldados desenvainaron brutalmente sus sables y con ellos pegaron de plano a varios peregrinos. En el interior del templo, el santo y popular padre Cruz dirigía la oración de los fieles.

Sin embargo, en general, la tropa fraternizaba con los peregrinos, y muchos soldados fueron a rezar a la Capelinha. Uno de los oficiales manifestaba de esta forma, con toda sinceridad, sus propios sentimientos al historiador de Fátima, vizconde de Montelo: «¡Si usted supiera lo que me fastidia encontrarme aquí! Yo hago lo que me mandan, pero puede usted

creer que todo esto me subleva. Soy creyente y no comprendo qué ventaja puede haber en prohibir a esta pobre gente que vayan a rezar a la Cova. Me dan ganas de llorar...». Y añadía, con lágrimas en los ojos: «Tengo una hermana a quien la Señora de Fátima ha salvado la vida». Los millares y millares de peregrinos regresaron más decididos a multiplicar la propaganda y a reavivar sus protestas contra el sectarismo oficial. Al fin de la jornada, el Gobierno solo había logrado ponerse en ridículo.

La Federación del Librepensamiento no lo creyó así, pues felicitó al subprefecto «por la forma altamente republicana y librepensadora de su actuación» y «por [su] manera de proceder».

La prensa nada dijo de esta historia, salvo cuatro líneas que se publicaron en *O Seculo*, en las que se trataba a los peregrinos que quisieron entrar en la iglesia de Fátima de provocadores.

Después de haber reflexionado mucho sobre su victoria, el «Hojalatero» escribió a la Federación del Librepensamiento, para agradecerle sus felicitaciones; haciendo destacar el resplandor de la victoria de la libertad.

Después de lo cual volvió a dar al *regedor* de Fátima la orden de que prohibiese toda procesión que no hubiese pedido su licencia.

Según la opinión popular, la jornada del 13 de mayo representó un triunfo para la Santísima Virgen, y una derrota para las logias y para la Administración, que quedaron cubiertas de ridículo. Por ello un amigo del «Hojalatero» pudo decirle más tarde, con toda verdad: «Mi querido Arturo, cuando se estudie la historia de Fátima se reconocerá en ti un mérito especial y se te levantará un monumento. En definitiva, tú has hecho a Fátima; a ti se te debe». Palabras que podrá completar fina y caritativamente el señor canónigo Galamba: «Solo le falta, para terminar su obra, arrodillarse a los pies de esta Señora y Madre que le tiende amorosamente su mano salvadora. Aunque por ignorancia, él se la quiso cerrar, continúa abierta con una ininterrumpida lluvia de gracias sobre el bendito suelo de la Cova da Iria» ¹⁴¹.

El señor De Sousa Leitao

El señor d'Oliveira Santos dejó la Administración a principios de 1921. Tuvo un sucesor digno de él, el farmacéutico de Vila Nova, que en otros tiempos le había introducido en la logia de Leiria, don Antonio Joaquín de Sousa Leitao. El día 11 de junio, este escribió al alcalde de Fátima ordenándole prohibiese la «manifestación religioso-jesuítica» que había de celebrarse dos días después en la Cova, porque estas «manifestaciones demuestran fanatismo y en nada honran a la República». Y le advierte que le mandará fuerzas armadas para que pueda hacer respetar la ley.

En realidad, el 13 de junio hubo gran fiesta en la iglesia, con motivo de ser la de San Antonio, y procesión en la plaza, pero el clero no fue a la Cova, adonde solo acudieron algunos sacerdotes aisladamente ¹⁴².

El 18 de julio, el señor Leitao envió una circular a todos los alcaldes prohibiendo la apertura de las iglesias en construcción sin favorable aviso de la Administración. Esta medida, ¿se tomaba acaso en vista de la capilla de las Apariciones (Capelinha)?

La Capelinha, volada.—Los sectarios difícilmente soportaban su existencia. Siete meses después de la citada circular, la noche del 5 al 6 de marzo de 1922, una fuerte detonación despertó a los habitantes de los pueblos de La Moira y de Lomba d'Egua. Guiados por el resplandor de un pequeño incendio, llegaron ante la Capelinha, que ardía. Solo quedaron las paredes, muy deterioradas, y una parte del maderamen, que iba consumiéndose.

Providencialmente, la víspera, había sido retirada la imagen de la Virgen.

Los bandidos perforaron el muro, con herramientas de albañil, por cuatro puntos distintos, y colocaron en los agujeros cuatro bombas. Una quinta bomba fue colocada junto al tronco de la encina, pero no hizo explosión.

La noticia de este sacrílego atentado se extendió rápidamente por todo Portugal y provocó un vivo sentimiento de indignación. El nuevo párroco de Fátima, padre Agustín, tomó la iniciativa de organizar para el día 13 una procesión de pacífica protesta. De cuatro a cinco mil personas desfilaron desde la iglesia hasta la Capelinha, en cuyo lugar encontraron a otros cinco o seis mil protestatarios.

Desde el 13 del mes de octubre anterior, el señor obispo de Leiria había dado permiso para que se pudiese celebrar la misa en el lugar de las apariciones. Se celebró en un altar improvisado ante las ruinas de la capilla.

Unánimemente, la prensa condenó el atentado e incluso osaron levantarse algunas voces en el Parlamento para pedir que se persiguiese a los culpables. El ministro contestó que había dado ya orden para que se les buscara.

El canónigo señor Galamba ha publicado los documentos relativos a esta pretendida información y a las todavía más pretendidas pesquisas, documentos que demuestran hasta la evidencia que todo ello fue un simulacro para calmar a la opinión indignada. El asunto se dilató por mucho tiempo, y la cólera popular se fue extinguendo paulatinamente. Sin embargo, el mismo autor señala casi nominalmente las personas que colocaron las bombas ¹⁴³.

La ceremonia de reparación.—La procesión y la misa de expiación del 13 de marzo no bastaban para la piedad popular. Sin que el clero diese la menor orden, corrió la consigna de boca en boca, y el día 13 de mayo, quinto aniversario de la primera aparición, una multitud de sesenta mil personas invadió la Cova da Iria.

El prefecto de Santarem, don Augusto de Castro, lo había presentado, y ya el 8 de abril dirigió una circular a sus subordinados prohibiendo los actos externos del culto «no solamente para mantener el orden, sino para proteger las creencias de todos» (*sic*).

Tales razones no convencieron al señor Sousa Leitao, a la sazón bastante bien dispuesto, porque cuando vio, en los días 12 y 13 de mayo, a las multitudes que transcurrían por las carreteras, comprendió que tales prohibiciones eran contraproducentes y escribió al excesivamente celoso gobernador que él no quería ridiculizar al régimen, y que así opinaban los mejores republicanos y demócratas del concejo.

Sin embargo, la secta no cedía. El mismo día 13 hicieron repartir por todas las casas el periódico *A Epoca*, que traía un artículo titulado: *La comedia de Fátima*. —¡*Afuera los jesuitas!* —¡*Alerta, pueblo liberal!*, donde se presenta a Fátima como «un engaño para sacar el difiero del pueblo ingenuo», y a sus propagandistas como «los corruptores de las doctrinas de Cristo».

No obstante, y a pesar de la respuesta del señor Leitao, el gobernador de Santarem envió tropa. El subprefecto acababa de despedirla porque la estimaba inútil, cuando en esto recibió un telegrama firmado por el secretario del presidente del Consejo, señor Custodio de Paiva: «Absolutamente prohibida concentración reaccionaria en Fátima».

El pobre funcionario, persuadido de que esta política no obtendría el resultado apetecido, avisó al prefecto que él no obedecería la orden, pues le era imposible ejecutarla.

La muchedumbre de los orantes no perturbó en lo más mínimo la paz en el desierto de la montaña. La procesión transcurrió en perfectísimo orden. Entre los peregrinos más devotos, se distinguían dos mujeres de riguroso luto: eran las dos madres de las videntes, Olimpia, madre de los dos pequeños ya en el cielo, y María Rosa, cuya hija, Lucia, había partido, seis meses antes, para un pensionado del Norte.

En un altar improvisado ante las ruinas de la capilla, el párroco de Fátima celebró la misa, y el reverendo don José Pedro Ferreira pronunció un sermón sobre la devoción a María.

La fuente, que manaba desde hacía seis meses, facilitó el acampamiento de la multitud, y la vista de las ruinas del pequeño oratorio excitó la generosidad para reconstruirlo; muy pronto fue de nuevo levantado por aquel mismo pueblo que antes lo había erigido, con igual pobreza y humildad, lo cual no ha impedido se convirtiese en el centro de uno de los santuarios marianos más frecuentados del universo.

En cuanto al telegrama del presidente del Consejo, el secretario del primer ministro, señor Custodio de Paiva, negó haberlo expedido. El propio ministro, señor Antonio María da Silva, declaró que no había tenido conocimiento del mismo. Dijo que solamente había recomendado al gobernador civil de Santarem velase para que todo transcurriese sin desorden.

Se han formulado diversas hipótesis para explicar este embrollo, pero el historiador no tiene ninguna base para inclinarse más a una que a otra parte. Odio, duplicidad, hipocresía, falsedad y empleo de lo falso: he ahí lo que caracteriza la política contra Fátima.

Disgustado por todo eso, el señor Sousa Leitao dimitió su cargo. Cuatro días después del 13 transfería los poderes a don Antonio de Sã

Pavillon.

El señor Pavillon

La fuente sospechosa.—El nuevo administrador no toleró mejor que sus predecesores las concentraciones de la Cova da Iria. Lo que particularmente excitó su celo democrático fue observar que los peregrinos bebían de la fuente que acababa de brotar. Su interés por la higiene le hizo ver en ello un grave peligro para la salud pública.

Había en la comarca numerosos pueblos y haciendas cuyos vecinos no tenían más agua que la de las cisternas, o tal vez de las charcas, muchas veces infectadas por las filtraciones de los estercoleros y expuestas siempre al polvo y a otras impurezas. Nada importaba todo eso al señor Pavillon. Lo que sí le preocupaba era el agua del pozo que había mandado abrir el señor obispo. Naturalmente, durante los primeros días el agua había salido turbia: ¡aquello era un escándalo, un grave peligro!

A consecuencia de una queja (¿provocada tal vez por él mismo?) de un médico subdelegado de Sanidad, intimó al alcalde de Fátima la orden de hacer cegar inmediatamente «la charca que Manuel Carreira, del pueblo de La Moita, ha hecho abrir en la Cova da Iria» (15 de julio).

Personado dos días después en el lugar, con dicho subdelegado, comprobó que su orden no *había* sido cumplida. Se dirigió a casa del párroco para pedirle que mandase cerrar el pozo. El sacerdote contestó que 110 era él quien lo había hecho abrir y que, por otra parte, las gentes, en vez de temer que estas aguas les hiciesen daño, reconocían que habían curado a muchos enfermos de diversas enfermedades y dolencias. El subprefecto y el médico partieron con el rabo entre las piernas.

Cuatro días después de la primera carta, el alcalde recibió otra orden más apremiante. Ignoramos la respuesta, pero es lo cierto que hubo un tiempo de calma, durante el cual los obreros siguieron ahondando el pozo y comenzaron la construcción del depósito que quedó al descubierto hasta los trabajos de nivelación de 1950.

Una mañana, el señor Pavillon llegó a casa del señor cura con un médico, pues se le había dicho que el agua estaba emponzoñada. Los tres se

dirigieron al pozo y se comprobó oficialmente que el agua era clara y potable. Así terminó la guerra contra la fuente.

Ultimas escaramuzas.—No obstante, el señor Pavillon no olvidaba el delito de culto en el exterior de los edificios legales. Se personó un día en casa del párroco para recordarle la ley y hacerle responsable de las violaciones que se cometieran en su parroquia.

«Son los sacerdotes —dijo— quienes tienen la culpa de tales concentraciones; abusan de la simplicidad del pueblo, atrayendo a la Cova a los fanáticos con toda suerte de procedimientos. ¡Hay que acabar con todo esto!...».

El reverendo Agustín Ferreira contestó que no le correspondía a él, sacerdote, prohibir se rezara donde fuese; Y el día 13 siguiente transcurrió como de costumbre.

Otro día 13, el señor Pavillon volvió de nuevo con tropa, diciendo que había recibido la orden de prohibir la «misa campal», y la *procissão* armada. El señor cura le pidió definiese qué es una misa al aire libre y qué una procesión armada. La misa no se celebraba al aire libre, puesto que el sacerdote estaba en la Capelinha o bajo el cobertizo que la precede. Tampoco se hacía allí ninguna procesión, contentándose con rezar y cantar en aquel paraje.

El vigilante defensor de la ley se trasladó personalmente a la Cova para comprobar por sí mismo si aquello era verdad. Junto a la hacienda llamada de los Carreira dejó a los soldados. Estos formaron los piquetes o rondas y luego se unieron a los peregrinos, comprando medallas y rosarios y tocando con ellos la venerada imagen, tal como lo hacían los demás «delincuentes».

El señor Pavillon ordenó al señor párroco mandase arrollar las numerosas banderas que estaban desplegadas. El señor cura le contestó que fuese él mismo quien diese la orden, lo cual se abstuvo de hacer el señor administrador.

Habiendo llegado tarde al pueblo, llamó a la puerta de algunos amigos que habían de darle hospitalidad, pero encontró las puertas cerradas. Cuando he aquí que el señor cura lo encuentra vagando por la plaza y disponiéndose a regresar a pie a Vila Nova. Se entabla conversación entre ambos y, pasando insensiblemente de una cosa a otra, el subprefecto acepta la hospitalidad del sacerdote.

Después de haber cenado, el sacerdote va a la iglesia para hacer la oración. Hace rato que se ha puesto el sol; hay, por tanto, violación de la ley. El administrador no levanta proceso verbal, pero dice al sacerdote:

—Debería hacerlo; mas deseo la paz...

—No se preocupe usted por ello —replica el cura, mejor informado—; hay un nuevo decreto del señor Moura Pinto que autoriza las reuniones en las iglesias entre la puesta y la salida del sol.

El subprefecto durmió tranquilamente en la casa rectoral. Al día siguiente se quedó para continuar su vigilante guardia en la Cova. Viendo la fe de los peregrinos y sacrificios que hacían, dijo:

—¿Quién se atreve a perseguir a esta buena gente que viene aquí a costa de tantos esfuerzos y sacrificios?

El mismo ayudó a una buena campesina a andar de rodillas por el barro, sosteniéndola por el brazo.

Temiendo ser reconocido por los peregrinos y no queriendo estorbar la piedad de ellos, se retiró.

Durante la comida, que hizo todavía en la casa rectoral, dijo al señor cura que podía ir a la Cova siempre que quisiese y que hiciese allí cuanto le viniese en gana. Añadió que diría al gobernador civil y al ministro que no contasen más con él para prohibir en ningún sitio cualquier acto de culto que fuese.

Y nunca más se ocupó ni de la fuente ni de las peregrinaciones.

Epílogo.—Más de un año después, el señor Pavillon recibió aún otra carta del gobernador de Santarem, Antonio de Castro, en que le ordenaba prohibiese la reunión del 13 de octubre. Entre otras cosas se lee en ella lo siguiente:

«He sido asimismo informado que en Fátima y fuera de la iglesia se ha construido un altar y un pulpito para las prácticas del culto. Procure usted evitar que sean utilizados para actos de culto público que representarían un escarnio para la obediencia de la ley».

El señor Pavillon permaneció tranquilo, y todo sucedió como en los otros días 13.

Al año siguiente (1924) su colega al frente del concejo de Torres Novas, señor A. de Vasconcellos, tomó la resolución de prohibir el acceso a la Cova bajo «las amenazas legales». Cabe preguntarse: ¿En virtud de qué orden y con qué derecho hizo esto, fuera de su jurisdicción?

Este fue el último asalto del librepensamiento contra las peregrinaciones de Fátima, la última tentativa de la Administración para evitar su prodigioso desenvolvimiento.

Después de todo lo expuesto, solo nos queda suscribir las conclusiones del señor obispo de Leiria: «No faltó a las apariciones el argumento de la persecución, que es la señal distintiva de las obras de Dios (2 Tim 3)... Es un hecho universalmente conocido que las autoridades hicieron los mayores esfuerzos para estorbar las peregrinaciones... La creencia en las apariciones ha triunfado de todos los actos de violencia, los cuales, a fin de cuentas, han servido para aumentar el fervor religioso y para dar a conocer mejor las gracias y beneficios que derrama Nuestra Señora sobre cuantos piadosamente la invocan».

XVIII. LA JERARQUÍA

La autoridad diocesana

Creada por Paulo III en 22 de mayo de 1545 la diócesis de Leiria, después de tres siglos y medio de existencia fue suprimida por León XIII el 30 de septiembre de 1881. Su territorio se repartió entre Lisboa y Coímbra. Pero el clero y el pueblo no vieron con buenos ojos esta supresión y esta división.

Junto a las diligencias administrativas que se hicieron para el restablecimiento de la sede episcopal, no podemos suponer que los informes dados a Benedicto XV —por el secretario de la Nunciatura que cuidaba de las relaciones entre el Vaticano y la Iglesia de Portugal durante la supresión de la Nunciatura, monseñor Aloisi Masella—, sobre los acontecimientos de Fátima, ayudaron a la feliz solución final. En tal caso, el nombramiento del mismo, elevado a la dignidad cardenalicia, como legado en las fiestas de la coronación, en 1946, tendría una significación particular digna de tenerse en cuenta.

Para convencerse de que el Soberano Pontífice, desde las primeras noticias, dedicó cierta atención a este asunto, basta recordar la alusión contenida en su carta al episcopado portugués, de fecha 29 de abril de 1918, a un «cierto socorro extraordinario» de la Reina del Cielo. El breve *Quo vehementius*, que restablecía la diócesis de Leiria, es del 17 de enero anterior. Si los informes recibidos sobre Fátima apresuraron la redacción de este breve, será lícito ver en este acto de la Santa Sede la intención de dar a las apariciones de Fátima un juez menos atareado y más próximo que el patriarca de Lisboa. Si no fueron estas las intenciones del Vicario de Cristo, ¿podemos por ventura dudar de que hayan sido tales las de la divina Providencia?

El cardenal Mendes Belo

En la partición de la diócesis, al arciprestazgo de Ourem formaba el extremo oriental del territorio de la de Lisboa. En la época de la separación, muchos de sus sacerdotes habían sostenido noblemente los derechos de la Iglesia y fueron por ello encarcelados. Pero en esta lucha el clero se sentía apoyado por el pueblo, que había conservado firmemente la fe de sus antepasados. «Jamás —nos dice el canónigo señor Galamba—, ni de una ni de otra forma, se consiguió hacer el inventario de los bienes de la Iglesia en el territorio del arciprestazgo. Fue este, que yo sepa, el único de Portugal. ¡Tal era la poderosa unión de los fieles con sus pastores!».

El cardenal Mendes Belo, patriarca de Lisboa, sabía que podía contar con este rincón de su vasta diócesis, rincón que había sido en otro tiempo el feudo del santo condestable Nuno Alvares, conde de Ourem, y que había visto nacer a Santa Teresa de Ourem. ¿Cómo fue informado este prelado, privado de su residencia en julio de 1917, de los acontecimientos que tenían lugar en Fátima? ¿Fue monseñor el administrador quien le puso al corriente desde el principio? ¿Fue solamente advertido por el rumor público que le proporcionaba noticias más o menos deformadas y no comprobadas?

Ocasionalmente, su sustituto, monseñor De Lima Vidal, encargó en el mes de septiembre al reverendo Formigão, profesor en el seminario, siguiera de cerca los acontecimientos y le diese cuenta de ellos. El reverendo Freita Barros, joven secretario del Patriarcado, había de hacer también lo propio. Después del 13 de octubre y de la carta del reverendo señor párroco de Fátima, monseñor escribió a los arciprestes de Ourem y de Porto de Mos (19 de octubre), antes de responder al citado párroco, pidiéndoles un informe del día del prodigio.

Ignoramos la respuesta de Ourem; la de Porto de Mos se encuentra en los archivos episcopales de Leiria. Está fechada en 11 de noviembre: «He consultado —dice— a numerosas personas y todas confirman lo que cuentan los demás testigos del acontecimiento. No he creído, pues, necesario transcribir todas sus declaraciones. Lo que actualmente ha entibiado la fe de ciertas personas es que una de las pastorcillas dijo que la guerra terminaría aquel mismo día, o la noche siguiente, siendo así que la guerra sigue agravándose».

Después de lo cual siguen las respuestas, firmadas con juramento, de dieciséis testigos oculares de su parroquia o de las parroquias vecinas.

El relato del párroco de Fátima, sobre el conjunto de los hechos, no llegó a Lisboa sino hasta la primavera de 1919. El cardenal, ya de regreso a Lisboa, pudo haberse enterado. Pero en tal época la sede de Leiria estaba, hacía ya un año, jurídicamente restablecida, y esta circunstancia impidió, sin duda, que Su Eminencia estudiase un asunto que, en principio, no era ya de su incumbencia.

Fue seguramente en otoño de 1917 cuando monseñor De Lima Vidal dio, en nombre del señor patriarca, la consigna de neutralidad. Sin indicar la fecha, el señor obispo de Leiria la recuerda en su carta pastoral de aprobación: «Lejos de favorecer el movimiento nacido en la Cova da Iria, su eminencia el cardenal Mendes Belo, de santa gloria, prohibió al reverendo clero promover las manifestaciones religiosas relativas a Fátima y tomar parte en ellas».

Al ocurrir la muerte de Jacinta (febrero de 1920), Su Eminencia no se había percatado aún de la importancia del hecho de Fátima. Así nos lo ha efectivamente asegurado el doctor Eurico Lisboa. Por hallarse ocupado con todo lo relacionado con los funerales de la pequeña vidente, el doctor Lisboa no pudo asistir a una reunión del Consejo de las Conferencias de San Vicente de Paúl, presidida por el señor cardenal. En la siguiente reunión, el doctor Lisboa se excusó ante todos los asistentes. Al manifestar los motivos de su ausencia, el cardenal sonrióse de su candidez y dejó que los demás se chanceasen del bondadoso médico ¹⁴⁴.

Prosiguiendo la encuesta, el prelado examinó las cosas más de cerca y empezó a verlas de otra manera. Sabemos que estaba resuelto a demostrar su simpatía por las nacientes peregrinaciones, yendo a celebrar la misa en la Capelinha cuando murió, el día 4 de agosto de 1919, a la edad de ochenta y siete años.

Monseñor José Alves Correia da Silva

En aquel entonces, desde hacía nueve años, la sede de Leiria estaba ocupada por quien en 1954 rige todavía la diócesis y las peregrinaciones, artífice principal y verdaderamente providencial de la grandeza de Fátima.

Nacido el 15 de enero de 1872, en la diócesis de Oporto, cursó sus estudios de Teología en el seminario de aquella ciudad bajo la dirección de

los religiosos franceses del Espíritu Santo (1889-92) y luego en la Universidad de Coímbra (1892-97).

Profesor a los veinticinco años en el seminario de Oporto, pronto juntó a los trabajos de este cargo el cuidado de las obras de Acción Social Católica. Consiliario del Círculo Católico, colaboró en los periódicos *A Palavra* y *A Liberdade*. Montelo afirma, en *Fátima, paraíso na terra*, que monseñor Da Silva fue uno de los hombres más perseguidos en tiempos de la revolución, pues, además de haber pasado largo tiempo en la cárcel, sufrió diversas vejaciones.

Nombrado obispo para ocupar la sede restablecida por bula del 15 de mayo de 1920, fue consagrado el 25 de julio en la catedral de Oporto y entró solemnemente en su diócesis el día 5 de agosto.

Talento cultivado y de gran finura, monseñor José Alves Correia da Silva posee asimismo un corazón lleno de delicadeza y un alma de apóstol. Su profunda piedad le ha inclinado siempre a una tierna devoción a María, y, en particular, a Nuestra Señora de Lourdes. Nos dijo que ha ido diecisiete veces a este famoso santuario, de las cuales cinco siendo obispo y otras cuatro como director de peregrinaciones. Diez días después de su entronización, el día de la Ascensión, consagró solemnemente su diócesis a la Santísima Virgen.

Propiamente hablando, monseñor José Alves Correia da Silva no puede ser considerado como un testigo de los hechos iniciales de Fátima; pues no pudo atender a los mismos sino hasta cuatro años después de las apariciones, seis meses después de la muerte de Jacinta. Sin embargo, su testimonio tiene particular importancia para el historiador, porque monseñor ha hablado centenares de veces de estas cosas con los testigos directos, ha dirigido personalmente las informaciones prescritas por él mismo en 1922, ha recibido las confidencias de la que es ahora sor María Lucía del Inmaculado Corazón, y, en fin, porque guarda en sus preciosos archivos un cúmulo de documentos que ha podido consultar siempre que ha querido.

Su testimonio en favor del carácter sobrenatural de Fátima es tanto más precioso cuanto que en sus inicios se había manifestado indiferente, si no hostil. «Nunca había querido atender a este asunto —refiere— hasta el extremo (tal vez no se me crea) de que ni sabía dónde se encontraba Fátima. ¡Cuento de niños!, me decía. Cuando el señor nuncio apostólico me llamó

para proponerme reconstituir la diócesis de Leiria, dudé mucho. Juzguen por el siguiente dato del estado de esta pretendida diócesis: en esta ciudad (Leiria) había ¡un solo sacerdote! ¹⁴⁵. Para alentarme, el señor obispo de Portoalegre me dijo: “¡Allá tiene Su Eminencia Fátima, un nuevo Lourdes!”. “¡Sí, un nuevo problema, y una preocupación más todavía!”, le contesté. En una palabra: yo era un incrédulo. Con todo, una vez hube aceptado mi responsabilidad, resolví esperar de la divina Providencia las señales que habían de guiar mi conducta».

La primera impresión que monseñor recibió de su contacto con la cuestión de Fátima fue más bien desagradable. El aspecto huraño de la pequeña lugareña, única superviviente de los tres videntes; ciertas inverosimilitudes o rarezas aparentes, al menos en los relatos exagerados; las noticias que corrían en aquel entonces de visiones y sucesos maravillosos; el parecer de muchos de sus colegas en el episcopado, de los sacerdotes y de muchos de los fieles, todo esto aumentaba su incertidumbre, como también el sentimiento de su responsabilidad ante la decisión a tomar, pues era para él —esto era a sus ojos la única cosa clara en este asunto— un deber urgente tomar una decisión en uno u otro sentido.

Pero tenía además otros deberes no menos apremiantes: ¡toda una diócesis que reconstruir! Su primer cuidado, después de haber hallado un cobijo para su persona, fue fundar un seminario, que algunas semanas más tarde abría sus puertas a una treintena de alumnos. Después pensaba interesarse en dar a esta diócesis, muerta hacía cuarenta años, todo aquello que necesitaba.

Apenas transcurrido un mes después de su llegada, recibió la visita del reverendo Formigão, a quien ya conocemos, que venía a traerle, de parte del cardenal patriarca de Lisboa, el sumario de Fátima. El visitante fue recibido con exquisita bondad, pero, i especio al principal objeto de su visita, observó una fría indiferencia.

Algunos días después el obispo recibía al señor deán de Olival, que también venía a ponerle al corriente de lo que ocurría y había ocurrido en su deanato. Sabemos que las disposiciones de este habían cambiado desde que había consentido examinar de cerca el asunto. Presentó, pues, un informe favorable que concluía así: «Estoy bien situado para estar al corriente de todo lo que ha sucedido en la Cova da Iria. *Personalmente, reconozco en todas estas maravillas el dedo de Dios.* Lejos de oponerme a la propaganda

en favor de Fátima, gustosamente la permito, aunque manteniendo a salvo los derechos del magisterio eclesiástico, en cuanto a la apreciación del carácter sobrenatural de los hechos».

Con todo, el nuevo obispo deja que pasen los meses sin obrar aparentemente, aunque trabajando quedamente para formarse una opinión. Prudente y sabio, lee o escucha todos los informes favorables, neutros u hostiles; pero reserva su juicio, queriendo darse cuenta de todo por sí mismo. Mas el tiempo apremia y el obispo siente la necesidad de tomar una decisión. El hecho de Fátima no es una bagatela. Hay millones de fieles que creen en la realidad de las apariciones y que desean que la Iglesia tome la dirección del culto en la Gova da Iria.

El obispo ha de procurar, asimismo, que terminen los disentimientos que dividen al clero respecto a las apariciones. Si muchos se han mostrado favorables al carácter sobrenatural de estos acontecimientos y algunos se han mezclado deliberadamente de un modo privado con la muchedumbre de peregrinos para rogar con ellos, la mayoría está todavía en actitud de prudente expectación. Y no faltan quienes estarían dispuestos a unirse a los adversarios con el fin, dicen, de salvaguardar el prestigio de la religión, comprometido en este asunto.

El nuevo jefe de la diócesis quisiera poner fin a estas vacilaciones y a estas discusiones, mostrando a todos dónde está la verdad. Su amor confiado a la Reina del cielo no le impide creer en la hipótesis de que María haya podido escoger un humilde rincón de su pequeña diócesis para venir a recordar a los hombres los caminos de salvación. ¿Y por qué no habría tomado Ella como mensajeros a unos pastorcillos inocentes y piadosos, como lo ha hecho en otras partes?

Monseñor Da Silva interroga varias veces a Lucia, la única superviviente de los tres pastorcillos. Pronto conquistado por la evidencia luminosa de lo sobrenatural, y sin pronunciarse sobre el fondo antes de la encuesta oficial, decide tomar bajo su vigilancia el culto que espontáneamente ha empezado en la Cova. ¿Podría, por otra parte, dejarlo todo en este estado de desorganización, sin correr el riesgo de verlo desviarse en superstición semicismática?

Así fue que, en 1921, compró el terreno de los alrededores de la Capelinha con el dinero recogido por María Carreira, autorizó la presencia

del clero y aun la celebración de la santa misa, e hizo abrir el pozo que la bondad de la Madre de Dios transformó en fuente de agua viva.

Apertura del proceso canónico.—Monseñor Da Silva deseaba principalmente dar a las peregrinaciones un fundamento doctrinal y canónico.

El 3 de mayo de 1922, en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, publicó una «provisión» u ordenanza que prescribía un proceso canónico o encuesta oficial de la Iglesia sobre los acontecimientos de Fátima ¹⁴⁶. A este fin, nombraba una Comisión de siete miembros, hombres de ciencia y de virtud, que debían examinarlos desde todos los aspectos.

Eran estos los reverendos señores Juan Quaresma, vicario general; Faustino Jacinto Ferreira, prior de Olival, arcipreste del concejo de Ourem; Manuel Marques dos Santos, profesor en el seminario; Joaquín Coelho Pereira, prior de Batalha; Manuel Nunes Formigão, profesor en el seminario patriarcal de Santarem; Joaquín Ferreira Gonçalves das Neves, párroco de Santa Catarina da Serra; Agustín Marques Ferreira, párroco de Fátima. La Comisión podía asesorarse con expertos eclesiásticos o laicos. Recordamos los principales pasajes: «De los tres niños que se decían favorecidos por la Aparición, dos habían fallecido antes de nuestra llegada a esta diócesis. Hemos interrogado numerosas veces a la única superviviente.

Su relato y sus respuestas son simples y sinceras, y nada hemos descubierto en ellas contra la fe o la moral. Esta niña, que cuenta actualmente catorce años, ¿puede haber ejercido una influencia tal que explique el gran concurso de gente a la Cova? ¿Dispone, tal vez, de un prestigio personal suficiente para arrastrar a esas masas humanas? ¿Se impone, acaso, por sus cualidades tan precoces, hasta el extremo de hacer que converjan hacia ella tantos millares de personas?

No es esto probable, puesto *que se trata* de una muchacha sin instrucción y de una educación rudimentaria.

Además, la pequeña ha abandonado la comarca y no ha vuelto más; y, sin embargo, el pueblo acude cada día en mayor número a la Cova da Iria...

La autoridad civil ha empleado todos los medios —incluso las persecuciones, la prisión y las amenazas de toda clase— para acabar con el movimiento religioso en este paraje. Todos sus esfuerzos han sido vanos. Y

nadie podrá afirmar que la autoridad eclesiástica haya fomentado la fe en las apariciones, antes al contrario».

En esa provisión se obligaba a todos los fieles de la diócesis (y se invitaba a los de las demás) a dar cuenta a la dicha Comisión de todo cuanto sabían, ya en favor, ya en contra de las apariciones y de todos los demás hechos extraordinarios.

Los trabajos de esta Comisión fueron llevados a cabo con una conciencia escrupulosa, pero con poca rapidez. Duraron siete años, bien largos, por cierto, para los devotos de Fátima.

El episcopado portugués

Fátima, hasta 1926, constituyó, en cierto modo, el «problema» particular de la pequeña diócesis de Leiria. Ciertamente, el pueblo en masa acudía a la Cova desde todas las provincias de Portugal; de cuando en cuando, principalmente el 13 de mayo y el 13 de octubre, se veían en la Serra de Aire multitudes incalculables. Pero ningún otro obispo, más que el de Leiria, había ido nunca.

Poco a poco, y con vacilaciones, el episcopado portugués empezaba a interesarse por la vida del santuario y por la floración de piedad mariana que allí había germinado.

El primer impulso dióselo monseñor don Manuel Mendes da Conceição Santos, arzobispo de Evora, Su pueblo natal estaba bastante cerca de Fátima, en el municipio limítrofe de Torres Novas. El 15 de agosto de 1926 hizo, de incógnito, una visita al santuario.

Su ejemplo no dejó de dar su fruto. Por la fiesta de Todos los Santos, el nuncio apostólico de Lisboa, monseñor Nicotra, estando en Leiria para presidir una fiesta, pidió al obispo de la diócesis le acompañase a visitar el célebre monasterio de Batalha. Estando allí manifestó el deseo de conocer también el santuario de Fátima.

En la Cova da Iria nadie sabía nada de su llegada; el nuncio deseaba guardar un incógnito absoluto, Pero, al bajar del coche, el prelado advierte un espectáculo que le causa una impresión profunda. No es día de peregrinación, pero hay allí más de sesenta personas que rezan arrodilladas

delante de la Capelinha de las Apariciones con una piedad y una emoción como no puede verse en ninguna otra parte. «Parecía —declara el nuncio de Su Santidad— que Nuestra Señora estuviese presente en medio de aquellas honradas personas». Permanece algún tiempo en oración y asiste al rezo del Santo Rosario, dirigido por el señor obispo.

Al final, visiblemente emocionado, el nuncio apostólico improvisa una tierna alocución a los presentes y les concede doscientos días de indulgencia.

El 13 de diciembre siguiente el señor obispo de Funchal (Madeira) estuvo entre los peregrinos y celebró la misa en el pabellón de los enfermos. Era la primera vez que un obispo decía la misa en la Cova en día 13. El pueblo exultaba de gozo.

El último de los oponentes.—Numerosos prelados imitaron en seguida estos ejemplos y el pueblo fiel era dichoso al ver que los obispos, uno tras otro, aceptaban o estimulaban la nueva devoción.

En 1929 quedaba un solo prelado portugués refractario al culto público de Nuestra Señora de Fátima, y que había rehusado introducirlo en su diócesis: era el venerable obispo de Portalegre, monseñor Domingo Fructuoso, de la Orden de los Padres Predicadores. Ahora bien: después de su visita *ad limina*, hacia mediados de enero de 1929, todos sus escrúpulos se desvanecieron, y autorizó la nueva devoción, aceptando incluso bendecir algunas imágenes e inaugurarlas solemnemente.

Decía que había sido impulsado a cambiar de actitud al ver a la Virgen de Fátima públicamente venerada en la misma ciudad de Roma, y que, por tanto, no podía mostrarse «más papista que el Papa». Según ciertos rumores, esta súbita mudanza habría tenido lugar después de haber consultado directa y personalmente con el Sumo Pontífice, quien le habría alentado a comparar el número de sus seminaristas antes y después de Fátima

El 25 de marzo de 1931, el obispo de Portalegre presidía una gran peregrinación de su diócesis al objeto de consagrar a Nuestra Señora de Fátima sus seminaristas, los cuales en pocos años habían pasado de la cifra de *treinta y dos* a la de *ciento ochenta*. Así, el último de los obispos que se oponían al nuevo culto fue el primero que, en esta ocasión, celebró solemne

pontifical en el santuario de Fátima, donde acababa de ser, oficial y públicamente, aprobado el culto a la Virgen de la Cova.

La aprobación canónica

La información abierta en 1922 duró siete años. De este modo, las peregrinaciones a Fátima, implícitamente aprobadas por Roma, eran intervenidas y organizadas por la autoridad encargada de aprobarlas mucho antes de que esta se pronunciase oficialmente.

Después de la última reunión plenaria de la Comisión (14 de abril de 1929), el obispo de Leiria tuvo, por fin, en su poder todos los elementos para un juicio definitivo. Aprovechó el verano para estudiar a fondo, por sí mismo, el largo informe que se le había sometido. No faltan quienes aseguran que el propio Padre Santo examinó durante esos meses personalmente el expediente. Finalmente, monseñor Da Silva publicó su carta pastoral *A divina Providencia*, que ha sido llamada la gran carta de Fátima. Fue solemnemente proclamada en la Cova da Iria el 13 de octubre de 1930 ante más de cien mil fieles, trece años justos después de la última aparición.

Monseñor José Alves Correia da Silva declara en este precioso documento que son dignas de fe las apariciones de la Santísima Virgen a los tres pastor— cilios, acaecidas del 13 de mayo al 13 de octubre de 1917, y autoriza el culto de Nuestra Señora del Rosario de Fátima. Se trata de un documento de dieciséis páginas, escrito con tanta inteligencia como corazón. A través de todas sus líneas y bajo las vibraciones de entusiasta reconocimiento de un corazón filial por María, se adivina el esfuerzo del espíritu crítico por observar la prudente reserva impuesta por la responsabilidad del cargo episcopal.

Esta decisión, tan largo tiempo esperada, hizo palpar de santa emoción a todo el pueblo portugués en el púlpito, en la prensa, en las conversaciones, todo eran vivos transportes de alegría, a la que se unía el clero, salvo raras excepciones, desde el más alto dignatario hasta el último sacerdote de aldea, por todas partes surgía la idea de una gran peregrinación nacional de acción de gracias, que tuvo lugar el 13 de mayo siguiente con la presencia de todos los obispos del país, bajo la presidencia de su eminencia

el cardenal Cerejeira, que había convocado, por un llamamiento entusiasta, a todo el pueblo portugués. Asistieron a ella al menos trescientos mil peregrinos, cifra culminante que parecía no podría ser nunca superada.

La Santa Sede

Conocemos la curiosa alusión de Benedicto XV a este «socorro extraordinario» de Nuestra Señora a Portugal. Se puede decir que el aumento de la confianza en las apariciones fue al menos tan rápido en los medios romanos como en los medios eclesiásticos de Portugal, y a veces lo fue más, como parece inferirse de la advertencia de Su Santidad Pío XI al obispo de Portalegre.

L'Osservatore Romano había publicado de cuando en cuando informaciones sobre Fátima. A partir de 1928 aparecieron más regular y extensamente. El relato de la grandiosa reunión del 13 de mayo de aquel año, publicado por *L'Osservatore* del 3 de junio, nos informa de los sentimientos favorables de los medios vaticanos con relación a los sucesos de Fátima, dos años antes de la aprobación canónica. Recordemos tan solo una frase: «¡Bendita sea la Santísima Virgen, que ha trocado este lugar desconocido y desierto en un verdadero paraíso, donde distribuye gracias y bendiciones sobre sus hijos!».

El 6 de diciembre de aquel mismo año, Pío XI bendecía en el Vaticano una imagen esculpida por José Thedim, destinada a la nueva capilla del Colegio Portugués, en Roma. El 9 de enero siguiente, en la acostumbrada ceremonia de felicitación con motivo del año nuevo, el Papa dio a cada estudiante dos imágenes de Nuestra Señora de Fátima, una para ellas y otra para sus familiares. La opinión portuguesa se conmovió profundamente con esta delicada atención y la aceptó como una verdadera aprobación implícita.

El 11 de mayo de 1930, el reverendo padre Gonzaga de Fonseca, S. J., dio en el Instituto Bíblico una conferencia con proyecciones-sobre Fátima, ante un auditorio de cardenales, diplomáticos, dignatarios, profesores, etc., que causó profunda impresión.

Desde este momento el Padre Santo y la Congregación de Ritos concedieron indulgencias y autorizaciones litúrgicas en favor del nuevo culto.

El 10 de noviembre de 1933, Pío XI habla de esta nación..., «a la cual la Madre de Dios se ha dignado conceder recientemente favores extraordinarios». (Carta apost., *Ex Officios Litteris*).

En cuanto a su sucesor, renunciamos a publicar todas sus *palabras y actos en* favor de Aquella que se mostraba a los pastorcillos en la misma hora en que él recibía en la Capilla Sixtina la consagración episcopal. Se han escrito muchas páginas para replicar a ciertos rumores que circulaban, contra toda evidencia, por los años de 1945 y siguientes, sobre un cambio en las disposiciones del Padre Santo a este respecto.

Recordemos ante todo tres rasgos del *Pastor Angélicas*. En 1942, cuando el primer jubileo de las apariciones, responde al deseo de Nuestra Señora de Fátima consagrando el mundo y Rusia al Corazón Inmaculado de María, por la célebre alocución radiada el 31 de octubre. En 1946 designa a su eminencia el cardenal Aloisi Masella como legado *ad latere* para coronar en su nombre a la «Reina de Portugal y del Mundo». En junio de 1951 inaugura la capilla de la Virgen en la iglesia jubilar de San Eugenio, que ha querido fuese consagrada a Nuestra Señora de Fátima. En la audiencia concedida a los portugueses que fueron para asistir a la ceremonia, llegó a entusiasmar a los oyentes. Alguien de entre ellos gritó: «¡Viva el Papa de Fátima!», y él respondió sonriente: «Ese soy yo».

En fin, ¿acaso no ha decidido últimamente el Papa Pío XII que las solemnidades de la clausura de Año Santo mundial se celebrasen en Cova da Iria, bajo la presidencia de su legado, y que fuesen precedidas de un congreso mundial sobre el «Mensaje de Fátima y la Paz»? Y todo el mundo sabe que en la homilía que pronunció *en* la misa de los enfermos el cardenal legado Federico Tedeschini agregó: «El binomio Fátima-Vaticano se ha hecho más palpitante que nunca y más patente durante este santo jubileo».

XIX. UN DIA EN FÁTIMA

La llegada

No hay en el mundo: ningún espectáculo comparable al que presenta la Cova da Iria los días 12 y 13 de cada mes, desde mayo a octubre, principalmente estos dos meses. El 12, todos los caminos y senderos que

allí conducen son Otros tantos ríos que derraman sus oleadas vivientes en el amplio santuario.

La mayoría de los peregrinos van a pie, tanto de los puntos más alejados del país como de los más próximos. Se ven a veces, modestos troncos o sencillas monturas llevando el equipaje más indispensable para el camino; más a menudo es la madre la que lleva sobre su cabeza la cesta de las provisiones para toda la familia y para todo el tiempo del viaje, que puede ser incluso de diez o más días.

Una pequeña parte de peregrinos viene en auto o en carruaje. Por ejemplo: se ha calculado que el 13 de octubre de 1951 fueron 18.000 los autos y, por consiguiente, 100.000 o más los peregrinos llegados por este moderno procedimiento, sobre un total de, al menos, un millón. La mayoría de estos peatones tienen auto en casa: o lo dejan en el garaje o lejos de Fátima, para hacer a pie todo o parte del camino que ha de llevarlos hasta la Cova de la Virgen.

La primera preocupación de todo peregrino al llegar es la visita a la Capelinha, cuando la afluencia de gente lo hace posible. Cada uno procura ver, al menos, la venerable imagen que, durante estos dos días, es sacada de la Capelinha y situada en el patio que la precede, sobre una columna de piedra elevada en el mismo lugar donde estaba el arbusto de las apariciones.

¡Con qué fe y con qué abundancia de lágrimas todos estos peregrinos, olvidados de su fatiga, saludan a su madre! Le hablan, a veces, en voz alta, le dan gracias, invocan su ayuda y, por así decir, le arrancan los divinos favores. Las madres levantan a sus hijitos para que, si sus manos no pueden alcanzar a la Virgen bendita, siquiera sus ojos la contemplen.

A menudo se ven alrededor de la capilla peregrinos que van dando la vuelta de rodillas el número de veces prometido a Nuestra Señora. Algunos han hecho este sacrificio durante el trayecto, antes de llegar, y vienen aquí a terminarlo. Inevitablemente, el gran número de los que van llegando los acusa y los estruja, a pesar de la buena voluntad que puede ponerse en respetar su plegaria. Los hay que dejan su paso señalado con huellas de la sangre que brota de sus rodillas contusionadas por las piedras.

Al anochecer, ¿dónde irá a refugiarse ese inmenso gentío equivalente a la población de una gran ciudad?... Nadie se preocupa de ello... Y ¿dónde ir a buscar un restaurante para la cena y una habitación para dormir? Se

come donde se puede; algunos comerciantes han traído camiones cargados de frutas, algunas mujeres venden higos secos o altramuces. Pero, sin detenerse mucho en las cosas de la tierra, se reanuda pronto el curso de las devociones. ¡Tiene uno tantas cosas que decir a la Santísima Virgen!

La procesión de las antorchas

Suenan en el campanario las campanadas de las diez. La cruz de cristal que domina la torre se ilumina. Entonces las vagas sombras de aquellas oleadas humanas que se agitan en la Cova se iluminan con pequeños puntos luminosos, que rápidamente se multiplican por centenares de millares y transforman la Cova en un mar de vivas llamas. Desde lo alto de la escalinata de la basílica, la mirada abarca la inmensa explanada limitada a izquierda y a derecha por los hospitales y casas de Ejercicios y al fondo por la línea del horizonte, después que las últimas grandes reformas han hecho desapareciere el pueblo que se había levantado frente al santuario. Y se divisa por todas partes como un mar de fuego.

Cuando llegan a la Capelinha los señores obispos allí presentes comienza la procesión de las antorchas. *Procesión*, decimos, por decirlo de alguna manera. Para moverse convenientemente, el cortejo de estas multitudes exigiría muchos kilómetros de avenidas. No obstante, se procura organizar una especie de serpiente luminosa que despliega como puede sus anillos en el espacio demasiado estrecho de las veintiocho hectáreas de la explanada, siguiendo unos senderos trazados convencionalmente por cables metálicos.

Un sacerdote dirige por el micrófono algunos cantos, plegarias y aclamaciones. Potentes altavoces extienden por todas partes las palabras y los himnos litúrgicos.

Cuando termina la procesión con el canto del credo es casi medianoche.

La adoración nocturna y la misa de comunión

Se expone entonces el Santísimo Sacramento sobre un altar portátil, en lo más alto del pórtico de la basílica. Se reza ordinariamente el Rosario, añadiendo, antes de cada decena, una explicación del misterio correspondiente, que acostumbran hacer, sucediéndose ante el micrófono los sacerdotes presentes, aun los extranjeros.

A las dos o a las tres de la madrugada se confía el cuidado de adorar a Jesús Sacramentado y de honrar a su Madre a las delegaciones de las diversas diócesis o asociaciones representadas, las cuales van relevándose cada hora, mientras los demás grupos descansan un poco..., si pueden, pues a menudo el gentío que queda ante el ostensorio es tal que no se osa privarle de los rezos y alocuciones retransmitidas continuamente por los altavoces.

Los que se hallan fatigados se dispersan para echarse en el suelo o dentro de los carros y autos que los han traído. Los *hombres* procuran hallar un sacerdote que les oiga en confesión y hacen «cola», u veces horas enteras, aunque sea preciso aguantar pacientemente bajo la lluvia o la llovizna.

Los sacerdotes peregrinos celebran su misa en alguno de los altares, cada año más numerosos, que hay en la basílica y en las diversas capillas de los hospitales y casas de Ejercicios.

A las seis, todas las bocinas de los coches comienzan a sonar durante un largo rato. ¡Original alborada! A las siete, uno de los obispos presentes celebra la misa de comunión general. Los cantos de la Schola, formada ordinariamente por el seminario diocesano y el seminario local de las Misiones extranjeras, se entrelazan con los cánticos de la muchedumbre.

En el momento de la comunión, decenas de sacerdotes vienen a llenar en los enormes copones, cada uno de los cuales contiene más de seis mil formas, sus copones de dimensiones corrientes y de un modelo especial para la distribución de la sagrada comunión al aire libre. Reparten luego el pan eucarístico entre la multitud que lo solicita arrodillándose, a menos que una más reducida afluencia permita que los comulgantes se acerquen a un cable de acero que sirve de comulgatorio.

Se ha dado el caso de distribuirse la sagrada comunión a algunos fieles que se habían arrodillado, sin dar muestras de haberse percatado de ello, en los charcos de agua de cinco o seis centímetros de profundidad, pues había

llovido durante toda la noche. Tal cosa ya no ocurre ahora, después de haber sido nivelada y acondicionada la explanada.

La cifra de las comuniones distribuidas alcanza casi la quinta parte del número total de peregrinos. Faltan siempre confesonarios y sacerdotes confesores. Así se explica que el día 13 de octubre de 1951 solo se repartieran 100.000 comuniones, o sea que comulgaron la décima parte de los presentes.

La procesión de la Virgen

Después de haber desayunado, los peregrinos aprovechan el «tiempo libre» para continuar sus devociones personales o visitar los establecimientos de objetos de piedad, las reformas y, sobre todo, la casa de los videntes, en Aljustrel, y la colina del Cabeço.

Durante este tiempo, los servitas trasladan los enfermos al atrio y los colocan bajo las tiendas dispuestas al efecto. Los hay a centenares, provistos del certificado médico necesario para su admisión.

Llega mediodía..., la hora en que la Virgen se apareció a los pastorcillos de Aljustrel; la hora en que millares de testigos que viven todavía percibieron los fenómenos atmosféricos que señalaban la presencia de la Señora. Es también la hora del máximo fervor, el momento de la fe más conmovedora.

Es retirada la imagen de su trono y llevada solemnemente hasta el altar instalado en el pórtico donde va a celebrarse la misa de los enfermos. Las floridas andas (entre cuyas flores se ve a veces una blanca paloma) ¹⁴⁷ son llevadas por dignatarios designados por el señor obispo. Preceden grupos de Acción Católica, u otros que lo han solicitado, estandartes de las asociaciones, parroquias y diócesis, y en último lugar la clerecía y los obispos.

Con frecuencia vuelan aviones sobre la multitud y dejan caer ramilletes de flores, que los peregrinos deshojan para arrojar los pétalos, juntándolos a los que ellos mismos han traído, sobre la bendita imagen que pasa. Lienzos blancos y pañuelos en número incalculable ondean por encima de las

cabezas, como un inmenso aletear de palomas que buscan acercarse a la Reina del Cielo.

Al pie de las gradas de la basílica pasa la Virgen a través de las filas de los enfermos, y luego es dejada en su trono cerca del altar, al lado del Evangelio. Si la misa no es cantada, un sacerdote hace que cante y vece la multitud. Generalmente, un obispo predica la homilía, y monseñor José Alves Correia da Silva tiene siempre una frase que añadir, la cual es recogida ávidamente por el inmenso auditorio.

Terminada la misa, es llevado el Santísimo ante los enfermos y se da la bendición a cada uno de ellos. ¡Oh, qué fervor en sus miradas y en sus súplicas! Dictadas por los altavoces, la multitud reanuda las invocaciones, muy parecidas a las de Lourdes.

La bendición general del Santísimo Sacramento pone fin a esta tierna ceremonia, que es considerada como la más importante de toda peregrinación. Hay todavía, ordinariamente, una alocución de despedida, y nadie se da cuenta del cansancio de estar de pie, en un acto que se ha prolongado tres o cuatro horas.

La despedida

Es preciso partir para andar una gran etapa antes de que anochezca. Pero hay que saludar todavía a la Virgen, que vuelve triunfalmente a la Capelinha. La procesión, de regreso, avanza lentamente; la albura de los pañuelos se agita alrededor del grupo de los que la llevan; un misterioso escalofrío sacude a la multitud, sobrecogida de un íntimo y soberano sentimiento, y... ¡llora todo el mundo: las mujeres, los hombres, los sacerdotes, los obispos! ¡Es un espectáculo nunca visto!

Con frecuencia se esparce entre la multitud el rumor de que María ha concedido alguna gracia de curación excepcional. El entusiasmo entonces y el delirio alientan aquellos cánticos de despedida, y el más vivo agradecimiento se manifiesta en conmovedoras escenas entre aquella enfervorizada multitud que se desparrama en corrientes movedizas por los diversos caminos que han de devolverlos a sus respectivos hogares.

En poco tiempo, aun cuando haya habido más de medio millón de peregrinos, la Cova da Iria vuelve al silencio y a la paz de su soledad.

Quienes no han podido acercarse a la Capelinha para dejar su ofrenda en los grandes cepillos, aprovechan estos postreros momentos.

Hasta el 12 del mes siguiente habrá en esta capillita y sus cercanías escasa animación, lo mismo que en el crucero de la basílica, donde descansan los cuerpos de la pequeña Jacinta y de su hermano.

Entre los devotos peregrinos suelen hallarse su padre y su madre; cuando les dejan quienes desean verles, se mezclan entre la multitud anónima para revivir, con la oración, el consolador recuerdo de los dos hijitos que tienen en el cielo.

Un fenómeno curioso

No queremos dejar de consignar que la lluvia (que reciben alborozadas las cisternas de la comarca) acompaña con frecuencia, y aun diríamos con mucha frecuencia, a los peregrinos durante los dos días de la visita a Fátima, al menos durante unos cuartos de hora. Si alguien se lamenta de ello al señor obispo, este responde: «¡Dejen que llueva!... Así los turistas, que no nos hacen ninguna falta, no vendrán, mientras que del pueblo fiel no faltará ni uno». Pero nadie ha visto nunca que la lluvia interrumpiese alguno de los actos de la peregrinación, aun mandando el señor obispo que se cerrasen animosamente los paraguas.

Esta fuerza, este aliento, esta confianza popular está justificado por un fenómeno que el pueblo ha comprobado y *que nunca, hasta el presente, ha sido presentado como una gracia excepcional*, como un milagro de Nuestra Señora.

Un día, veinte minutos después de la procesión, fui a ver a una mujer sanada milagrosamente, a quien antes había visto entrar en el hospital. Yo esperaba encontrar allí a médicos y servitas ocupados en atender, si no a los enfermos venidos en la peregrinación, por lo menos a los indispuestos y accidentados de aquel día. La Cova estaba vacía y también el hospital; solo una enfermera barría las salas. Quedó ella muy sorprendida de mi extrañeza, y me dijo: «Nunca hemos tenido que actuar como puesto de socorro».

El señor obispo, a quien referí el suceso, me respondió: «En las peregrinaciones nunca hay enfermos».

Al año siguiente manifesté mi maravilla ante tales afirmaciones al doctor Pereira Gens, jefe del servicio médico. «Los concursos o reuniones —le dije— duran aquí veinticuatro horas y agrupan tantos seres humanos como las mayores aglomeraciones urbanas. Ahora bien: no hay ninguna ciudad de varias centenas de millares de habitantes que no suministre diariamente un importante contingente de clientes a médicos, clínicas, dispensarios, etc. Cualquier grupo excursionista o equipo de fútbol tienen su pequeño botiquín, que funciona; todo mitin tiene su puesto de socorro, que no siempre es inútil».

—Dos o tres veces en veintidós años —me respondió el conocido doctor (por tanto, en 132 peregrinaciones)— he tenido que tratar enfermos que habían contraído su dolencia durante el camino, viniendo a Fátima. Pero *no recuerdo haber tratado ninguna dolencia contraída aquí*.

—¿No le parece, doctor, que eso es algo maravilloso? Sobre todo teniendo en cuenta *que* aquí parece haber muchas causas capaces de engendrar enfermedades: la fatiga ocasionada por tan largos días de viaje, con deficiente alimentación (altramuces, higos secos, sandías, etc.), el descanso al aire libre, incluso bajo la lluvia y desafiando todas las normas de la higiene (como arrodillarse en el lodo y en los charcos del agua, según he visto algunas veces, etc.).

—Me veo obligado a reconocer que hay en ello un caso anormal, mas no me corresponde a mí decir si es o no milagroso. Lo que me parece más prodigioso todavía se refiere a los enfermos encomendados a nuestro servicio. A falta de camas suficientes, están mal alojados y algunos de ellos duermen, como los demás peregrinos de su familia, a la intemperie o bajo cualquier techado. ¿Cómo alojar a los tres o cuatrocientos enfermos que llegan aquí el 12 de cada mes? ¿Y qué material tenemos para cuidarlos, sino el más simple botiquín del puesto de socorro de un campamento? Pues digo que *nunca se ha dado el caso de empeorar uno de nuestros enfermos, ni por haberse agravado ni por haberse complicado la dolencia*.

Y puedo añadir que nunca ha muerto aquí ningún peregrino, ni tampoco ninguno de estos enfermos que nos llegan a veces extremadamente graves. Y para mí ¡eso sí que es verdaderamente maravilloso!

El pueblo no ha dejado de notar esta especie de inmunidad y únicamente así se explica la absoluta confianza con la cual afronta los

riesgos de una peregrinación tan austera y penitente.

XX. FÁTIMA Y LOS DESTINOS DE PORTUGAL

Para darse cuenta de la transformación experimentada por el ambiente general del país, sería preciso comparar de cerca la situación de Portugal antes de 1917 con la de después de esta fecha. No podemos hacerlo más que a grandes trazos.

De este cambio tenemos ya un símbolo en lo sucedido en el antiguo campo del padre de Lucia. La Cova da Iria era un lugar desierto, un erial, del que solamente algunas áreas eran cultivables. He aquí en pocas palabras la triste descripción de aquel lugar: algunos raquíticos arbustos, montones de piedras, silencio perpetuo entre dos visitas espaciadas de las ovejas de Lucia. Ahora, por el contrario, es un vasto santuario ampliado desde hace tres años en más de cien hectáreas, con una grande y hermosa basílica que cobija los sepulcros de dos pastorcillos muertos a los once años, dos hospitales, dos casas de retiro para Ejercicios espirituales, con un conjunto de más de quinientas habitaciones; toda una pequeña ciudad santa de conventos y de seminarios, cruzada por las mejores calzadas de la nación. Y prosiguen todavía grandes trabajos de urbanización, que llevan a cabo, de común acuerdo, el Ministerio de Obras Públicas y la dirección del santuario... Y allí se reúnen periódicamente inmensas muchedumbres para rezar, con un fervor que no se ve en ninguna otra parte, muchedumbres formadas por centenares de miles de personas y que en los días más solemnes llegan al millón.

Aquella ignorada soledad, aquel desconocido lugar de pastoreo se ha convertido en pocos años en el centro moral y espiritual, en el «corazón de toda una nación», en el hogar ardiente de una maravillosa irradiación universal.

Y durante este breve cuarto de siglo, Portugal ha vivido el período más «progresivo» de su historia. La vidente de 1917 alcanzaba apenas la edad de Cristo, y los obispos portugueses, en su *Carta Pastoral colectiva* con ocasión de las bodas de plata, pudieron felicitarse del verdadero resurgimiento de la nación. «Los que hubiesen cerrado los ojos hace veinticinco años —declaran— y nuevamente los abriesen hoy no reconocerían a

Portugal. ¡Tan grande y profunda es la transformación operada por este modesto e invisible factor que fue la aparición de la Santísima Virgen de Fátima!».

La vuelta a Dios

En la base de esta pacífica modificación se encuentra la transformación religiosa. Todos los historiadores, incluso los que fingen ignorar a Fátima como el autor portugués (!) del artículo «Portugal» en el *Dictionnaire de Théologie* de la casa Letouzey, fechado en 1932, reconocen este hecho y sitúan los comienzos de esta mudanza (¡tan evidente fue el cambio inmediatamente después de las apariciones!) en el decurso del otoño y del invierno de 1917.

Antes de Fátima.—Antes de este venturoso acontecimiento Portugal era un país totalmente laico.

La crisis se remontaba al célebre marqués de Pombal (1689-1782), ministro de José I, que expulsó a los jesuitas y desencadenó contra ellos tal tormenta, que la Santa Sede llegó a abolir esta Orden. Después del 89, las ideas revolucionarias de Francia tuvieron en Portugal gran resonancia y todo el siglo XIX se caracteriza por el predominio de la masonería ¹⁴⁸.

La guerra civil de 1820 entre los dos candidatos al trono, don Miguel y don Pedro, terminó con la victoria de este, que reinó con el nombre de Pedro IV. Las medidas antirreligiosas se suceden rápidamente a partir de 1832. El ministerio Aguiar, en 1834, suprime las órdenes religiosas y confisca todos los establecimientos sostenidos por religiosos, incluso hospitalarios y caritativos. Estos decretos nunca han sido explícitamente abolidos; lo son implícitamente por el concordato de 1940.

A partir de 1870, unos cuantos masones dejan de sostener la dinastía para predicar la república. La propaganda republicana va acompañada de una intensa propaganda antirreligiosa. Pese a algunos éxitos exteriores de los católicos (inauguración de la basílica de Sameiro en 1869; fiestas del sexto centenario de San Antonio, en 1895), estos no cesan de perder influencia y derechos.

El 5 de octubre de 1910, los masones, cuyas dos *vedettes* son Magalhaes Lima y Alfonso Costa, logran derribar la realeza e inmediatamente permiten que se cometan las peores violencias contra la Iglesia y los católicos, hasta el asesinato. Este estado de cosas había de durar hasta 1917. Costa Brochado ha señalado los saqueos de iglesias y capillas que se cometieron durante este último año solamente, cuando el furor sectario parecía atenuarse: sesenta y nueve en provincias, cuarenta y dos en Lisboa, la mayor parte incluyendo la profanación de las sagradas formas, y ello, al menos en Lisboa, bajo la benévola mirada de la policía y del Gobierno. Todavía se encuentran acá y allá ruinas de iglesias no reconstruidas.

Entre tanto, en 1911, había aparecido el decreto llamado «ley» de Separación. Había sido precedido de un congreso de librepensadores (en el que Francia estuvo brillantemente representada), en donde Alfonso Costa proclamó que el pueblo portugués estaba admirablemente preparado para esta medida, gracias a la cual en *dos generaciones el catolicismo sería completamente eliminado* (26 marzo).

Los pocos años que siguieron a la revolución fueron los más sombríos de la historia portuguesa ¹⁴⁹. Era la anarquía con su cortejo de miserias y de ruinas. La impiedad aprovechaba el caos para acabar por destruir la religión entre las masas y aun para combatir por la violencia al catolicismo en su culto y en sus obras. He aquí el trágico balance de esta guerra sin cuartel: se suprimen las relaciones con el Vaticano, se prohíbe a varios obispos que residan en, sus diócesis, son expulsados de Portugal varias congregaciones religiosas, no se permite a los sacerdotes vistan su sotana, se reducen a tres los seminarios, se empobrece y se condena al clero, el cual pronto es insuficiente para mantener una vida religiosa normal, no se deja que circulen libremente los documentos pontificales, son echados de sus casas rectorales los párrocos, la enseñanza se hace laica y los niños de las escuelas desfilan llevando pancartas en las que se lee: «Ni Dios ni religión», etc.

Mientras, los católicos no quedan inactivos y empiezan a agruparse en el campo de la Acción Social. En Coímbra, los estudiantes, bajo el impulso de algunos dirigentes, principalmente de los jóvenes Antonio Salazar y Manuel Cerejeira, constituían el *Centro de Acción Democrática Cristiana*, que más tarde había de suministrar los elementos rectores de la patria y

procuraba, sobre todo, dar a conocer y aplicar las enseñanzas sociales de las encíclicas (1901).

Con la acción se juntaba la plegaria. En 1915 se instituyó la *Cruzada del rosario*, cuyo éxito fue tal, que las iglesias de Lisboa (en verdad casi todas ellas muy reducidas) se llenaron de bote en bote durante el mes de mayo de 1916, y hasta se vieron en ellas, para escándalo de los «espíritus fuertes», a muchos oficiales vestidos de uniforme.

El pueblo portugués recuerda que está consagrado a Nuestra Señora de la Concepción. Ha conservado, a pesar de todo, su fe; toma de nuevo el santo rosario en sus manos, y he aquí que Nuestra Señora se apresta a darle su ayuda.

Se edita en Oporto un diario católico; el 13 de mayo de 1917, publica una plegaria en verso a la Santísima Virgen, implorando la paz. Y aquel mismo día desciende a un yermo desamparado y solitario Aquella a quien la Iglesia invoca desde hace ocho días como «Reina de la paz». ¿Oyeron los tres pastorcillos, en la misa de Boleiros, el llamamiento del Padre Santo en favor de la plegaria de la paz que había transmitido a sus oyentes el reverendo señor Ferreira? ¿Les habría impresionado, tal vez? La cosa es probable, pues que un hermano de Lucia acababa de partir para el frente. Y es casi imposible que, durante el rosario que dijeron un poco antes de la aparición, no se acordasen de la guerra.

Después de Fátima.—La última aparición fue el día 13 de octubre del año 1917, y he aquí que en el siguiente invierno el país dio signos evidentes de apaciguamiento y de recuperación... La prensa, lo hemos indicado ya, antes casi unánimemente sectaria, empieza a defender la libertad religiosa. El día 8 de diciembre, un gobierno llamado «liberal», pero dignamente «nacional», logra imponerse en medio de aquel caos. Sidonio Paes llama a los obispos desterrados de sus diócesis y deroga las disposiciones legales más odiosas.

En febrero siguiente, los obispos pueden reunirse en Lisboa. Como admirados de este «favor», escriben al Padre Santo que la situación de la Iglesia en Portugal parece haber mejorado; Benedicto XV contesta el 29 de abril, y atribuye la mejora obtenida a un «socorro extraordinario» de la Madre de Dios (*singulare quoddam auxilium*), alcanzado por la devoción del pueblo portugués hacia la «Virgen Inmaculada». Las palabras *singulare*

quoddam auxilium son consideradas por los historiadores de Fátima como una alusión a los acontecimientos de la Cova da Iria, misericordiosa intervención de la celestial *Padroeira* al acudir en socorro de su pueblo por caminos extraordinarios, por medios excepcionales.

La situación sigue mejorando rápidamente; la ley de Separación es modificada y corregida, se organizan las capellanías castrenses, y, sobre todo, el día 10 de julio, se restablecen las relaciones con el Vaticano.

El 14 de diciembre, Sidonio Paes caía asesinado por sus amigos de las logias, que, acusándole de haber traicionado su «causa», quisieron así vengarse. No obstante, *todas las tentativas de volver al anticlericalismo administrativo están destinadas al fracaso.*

Los católicos, animados por los acontecimientos de Fátima, se organizan; se reconstruyen los seminarios, regresan las órdenes religiosas, las peregrinaciones a Fátima acaban con los respetos humanos. Se producen un sinnúmero de conversiones de resonancia, y en cada ciudad y en cada pueblo se tiene conocimiento de uno o varios casos de curaciones maravillosas o de otras gracias excepcionales.

En 1926, el episcopado portugués puede celebrar un concilio nacional, el primero de los tiempos modernos. A últimos de mayo, se reúne en Braga un triunfal Congreso Mariano, con más de cien mil congresistas. Después del asesinato de Sidonio Paes, las luchas políticas no cesan, pero se presentan menos violentas. Poco a poco van transformándose los ánimos; el espíritu público no consiente por más tiempo los antiguos métodos de gobierno. Así, cuando el 28 de mayo de 1926, el mismo día de la clausura del Congreso de Braga, el ejército expulsa definitivamente a los masones del Poder, la operación se lleva a cabo sin violencia, porque responde a un profundo deseo de la nación entera.

El despertar religioso en la gran masa del pueblo es manifiesto. El porcentaje de las ceremonias exclusivamente civiles con motivo de los nacimientos, bodas o defunciones disminuye muy rápidamente. Las obras de juventud y de apostolado surgen por todas partes. Desde 1933 existen 2.300 secciones de Acción Católica con 55.000 militantes, encuadrando a la espiritual milicia de los *Cruzados de Fátima*, que eran más de medio millón.

Se desarrolla la prensa católica; se funda en Lisboa el importante diario católico social *Novidades*; se crea una antena católica de radio (Radio Renacimiento); el humilde boletín mensual del santuario, *Voz da Fátima*, llega alrededor de los 300.000 ejemplares.

Florece ten vocaciones. Tal seminario que solo tenía veinte alumnos alcanza ya el centenar, y otro que tenía sesenta sobrepasa los doscientos. Las órdenes religiosas se multiplican de manera más rápida aún que el clero secular. Por ejemplo, las Hermanas Doroteas, a las que pertenecía Lucía antes de su ingreso en el Carmelo, no tenían ni un solo establecimiento, salvo el *secularizado* con el nombre de *Asilo* de Vilar, en donde estuvo como pensionista la pequeña vidente, desde los trece a los dieciocho años. Desde 1934, estas hermanas poseen quince grandes casas de educación o de beneficencia, habiéndose realizado desde entonces nuevas fundaciones. La parroquia de Fátima, que jamás había dado ninguna vocación misionera, ha dado ahora muchas, entre las cuales se cuentan dos sobrinos de Lucía.

El despertar del sentimiento religioso había de conducir necesariamente a la conclusión de un concordato con la Santa Sede. El que se firmó el día 1 de junio de 1940 ha sido considerado en Roma como uno de los más perfectos que jamás hayan concluido los diplomáticos del Vaticano. Aun reconociendo al catolicismo como religión *de hecho* del pueblo portugués, sin embargo, se le ha podido llamar un *concordato de separación*, porque delimita perfectamente el derecho de ambos poderes, de forma que el Estado no está ligado a la Iglesia y la Iglesia, en el derecho común, es completamente libre.

Esto no representa aún, naturalmente, en todos los terrenos de la vida moral y religiosa, la perfección absoluta. Sobre todo en Lisboa, todavía quedan algunos vestigios del paganismo masónico. A pesar de eso, allí se han visto desfilar manifestaciones de millares y millares de hombres, por ejemplo el 7 de diciembre de 1946 con motivo de la consagración de Portugal al Inmaculado Corazón de María, y el domingo 10 de diciembre de 1950, en la gran procesión de clausura del Congreso de Hombres Católicos.

Puede afirmarse de todas formas que en aquel país en que el catolicismo había de desaparecer antes de dos generaciones, es el sectarismo el que ha muerto. No se ha promulgado ninguna ley que prohíba la libertad de la; opiniones filosóficas o religiosas y se ve incluso en las grandes ciudades ejercer libremente (demasiado tal vez) la propaganda

indiscreta de las sectas adventistas y otros, «mormones» o «amigos del hombre». Y, sin embargo, el librepensamiento, antes todopoderoso, ha desaparecido como organización. Quedan acá y acullá algunos fanáticos irreductibles, antiguos socios de los «círculos republicanos», pero van desapareciendo por extinción o por conversión a la fe conquistadora. En 1942, el cardenal Cerejeira declaró a un periodista francés: «Es muy difícil que en todo el país logre usted Reunir un puñado de enemigos de la religión».

Portugal es asimismo un país donde ahora se pueden congregarse para la plegaria ingentes multitudes de varios cientos de millares de creyentes. Y no solo en Fátima, sino también en otros puntos de Portugal se han visto asambleas numerosas de fieles, como, por ejemplo, en el Congreso de Vocaciones de Braga (1941), a cuya misa de campaña asistieron más de doscientas mil personas; en las solemnidades del tricentenario de la consagración del reino a la Inmaculada (Vila Viçosa, 1946, cien mil asistentes); en la ceremonia de reparación de Sameiro, en 1949, de la que hablaremos en seguida, etc.

Así, pues, a no ser que se cierren los ojos, es evidente que Fátima ha logrado para Portugal un primer beneficio, el mayor de todos: el retorno a Dios.

La paz total

Pero esta nación debe a la misma causa otro beneficio, igualmente inestimable, el de la paz, la paz total, interior y exterior.

Paz interior.— Desde 1910 a 1926, pueden contar los historiadores de Portugal quince revoluciones violentas, algunas de ellas sangrientas, con dieciséis presidentes de la República y más de cincuenta gobiernos; por el contrario, desde hace veintiséis años el país no ha conocido ningún trastorno interior de cierta importancia.

A las luchas intestinas, que se apaciguaron en 1917, siguió la más absoluta calma a partir de 1926.

La principal impresión de todos los que visitan Portugal es de paz civil total y de prosperidad. Los portugueses le han dado solemnemente las gracias a la Virgen de Fátima, sobre todo por haberles preservado de la

invasión comunista que tantas ruinas ocasionó en la vecina España (1936-1939). Se sabe que la guerra española pretendía sublevar toda la península Ibérica, al objeto de tener una base de partida para, a través de la Europa subyugada, unirla con la madre Rusia.

Alarmados sin duda por los curiosos presentimientos de la pequeña Jacinta y como movidos por una presciencia profética, en mayo de 1936, dos meses antes del levantamiento en Madrid y en Barcelona, los obispos portugueses, preocupados por los incesantes progresos de la propaganda de los sin Dios (como se decía entonces), se reunieron en la Cova da Iria e hicieron voto de organizar una peregrinación nacional extraordinaria, con la consagración al Inmaculado Corazón, si María se dignaba preservar a la nación del comunismo ateo.

En dos años hubo tres tentativas de asesinato del jefe del Gobierno y se hicieron grandes esfuerzos de penetración del comunismo internacional; ni un solo día se logró perturbar la vida política y social de la nación portuguesa.

En mayo de 1938, mientras se apagaban las llamas de los incendios de España, todo Portugal tomaba el cayado de peregrino para ir a dar gracias a la celestial Señora de Fátima. Veinte arzobispos u obispos, con medio millón de fieles, pronunciaron la consagración de Portugal al Inmaculado Corazón, mientras que en todas las iglesias del país millones de fieles orando formaban un solo corazón y una sola alma con la muchedumbre que llenaba la Cova da Iria.

Paz exterior.— Después de la guerra civil, fue la guerra mundial la que amenazó las fronteras de Portugal. Unas veces los alemanes, otras los americanos, se disponían a violar la neutralidad; pero la oración del pueblo en Fátima y la protección de María apartaron siempre el peligro. Es lícito atribuirlo a la intercesión de los pequeños videntes en el cielo, pues la pequeña Jacinta prometió que allí rogaría «por Portugal, para que la guerra no llegase».

Muchas veces los obispos portugueses, y en particular S. E. el Patriarca de Lisboa, han manifestado solemnemente que Portugal debía el beneficio de la paz a la Reina de la Paz, como asimismo lo reconocen todas las buenas gentes del país. S. S. Pío XII lo proclamó a su vez en su Mensaje de la Coronación, el día 13 de mayo de 1946: «La más terrible de las guerras

que jamás haya desolado al mundo rondó durante cuatro años vuestras fronteras, pero jamás las traspuso *gracias especialmente a Nuestra Señora*, que, desde lo alto de su trono de misericordia, colocado como una sublime atalaya en el centro de vuestra nación, velaba sobre vosotros y sobre vuestros gobernantes...» ¿Por qué hemos de dudar en reconocer este hecho histórico?

El agradecimiento popular se materializó en la rica corona de oro y pedrería que adorna ahora la cabeza de la Virgen de la Capelinha, y en la majestuosa corona de bronce que remata la alta torre de la basílica; pero, sobre todo, se manifiesta en el fervor admirable de toda una nación por su celestial *Padroeira*, en este impulso irresistible que lleva a las masas populares hacia el bendito lugar de las apariciones.

El reconocimiento a Nuestra Señora de Fátima ha dado una especie de alma común a ese pueblo; ella se fortalece, no solo en estas grandes y fervorosas reuniones junto a la Capelinha, sino más aún, tal vez, en los ejercicios espirituales que se practican en las dos *casas de retiro* capaces para varios centenares de ejercitantes de uno y otro sexo, que acuden allí en ininterrumpidas tandas para robustecer su religión bajo las miradas de la Madre de Dios.

Verdaderamente, la veneración del pueblo portugués a *Nossa Senhora* está por encima de cualquier otro sentimiento colectivo. He aquí una última prueba, recordando un incidente que ha sido desfigurado por la prensa francesa. A raíz de las elecciones presidenciales de febrero de 1949, se nos dijo que el candidato de la oposición «liberal», general Norton de Matos (gran maestro de la masonería, antiguo gobernador de Angola), se había visto obligado a retirar su candidatura en el último momento porque su propaganda electoral no era libre.

Tenemos en nuestro fichero la prueba de que esta explicación era un pretexto; la verdadera razón de retirarse la tal candidatura fue la certeza del más completo fracaso. El periódico *A República*, que defendía la candidatura «liberal», había publicado el domingo anterior a las elecciones un artículo blasfematorio contra Fátima. Este artículo produjo tal emoción, que, en los siguientes días, *todos los demás periódicos* se creyeron en el deber de desaprobado tal procedimiento, y el periódico blasfemo y el comité electoral de Norton de Matos recibieron protestas de todas partes conteniendo más de quinientas mil firmas. El mismo domingo de las

elecciones, veinte mil electores subieron espontáneamente a Fátima para dar digna reparación a Nuestra Señora, y el domingo siguiente, por la simple indicación de un comité, trescientos mil portugueses se reunieron en la montaña, de Sameiro (junto a Braga), alrededor de la basílica nacional de la Inmaculada Concepción, para reparar la injuria hecha por el imprudente periódico a la Reina y a la Patrona de Portugal.

Citemos tres textos solamente: uno de los obispos portugueses y dos de S. S. el Papa Pío XII. La carta pastoral colectiva del episcopado portugués anunciando el jubileo de las apariciones (en 1942, durante la guerra) inducía a los portugueses a que fuesen agradecidos a su celestial patrona *«por este verdadero milagro de amor que conserva al país salvo, como una frágil navecilla, en medio de las tempestades y peligros aparentemente insuperables..., verdadero milagro que admira al mundo»*. En su mensaje del 31 de octubre de 1942, el Papa explicaba ampliamente cómo *«una atmósfera de milagro inunda a Portugal, multiplicando los prodigios físicos y los más numerosos aún de gracia y de conversión»*. El 13 de mayo de 1946, en su alocución con motivo de las fiestas de coronación, habla *por siete veces* de las maravillas del milagro de Fátima, *«fuente viva de prodigios físicos y de milagros morales más numerosos todavía que, a torrentes, se derraman desde la Cova da Iria por todo Portugal y, pasando las fronteras, se desbordan sobre toda la iglesia y sobre el mundo entero»*.

XXI. LA RUTA MUNDIAL

Hemos resumido en pocas palabras los «milagros» obrados por Fátima en favor de Portugal: retorno de Dios y la paz total. S. E. el Cardenal Cerejeira nos ha asegurado que este doble beneficio de la recristianización de un pueblo completamente entregado al laicismo y de una paz persistente, maravillosamente preservada en medio de la tormenta mundial, es la señal, la promesa, la prenda de lo que el Inmaculado Corazón prepara para el mundo ¹⁵⁰.

Pero las mayores maravillas y la protección de todo el mundo, de las cuales, son prenda y arras las particulares de Portugal no pudieron comenzar antes de 1945, cuando los sucesos internacionales hubieron llamado la atención de los pueblos sobre las advertencias y las promesas de Nuestra Señora de Fátima.

Origen y significación de la Ruta mundial

En 1943, toda Europa, estaba en guerra, a excepción de Portugal ¹⁵¹. Se celebra en Fátima una asamblea nacional de la Juventud Católica Femenina, y en ella se acuerda preparar una peregrinación internacional de la J. C. F. en los primeros días que sigan al cese de las hostilidades. Al propio tiempo, en Bélgica, un joven oblato de María Inmaculada, el padre Demoutiez, proyecta planes para ir, después de la guerra, a Cova da Iria con los exploradores (*scouts*), que llevarían una gran cruz de madera para plantarla allí y se llevarían una imagen de la Virgen de Fátima para trasladarla triunfalmente a Bélgica.

Por fin, en mayo de 1945, enmudecen las armas. En Alemania se teme que el pueblo de Hitler se vea demasiado humillado y castigado por su nazismo. Ante tal temor, los sacerdotes católicos de Berlín conciben la idea de un viaje de una imagen de la Virgen, análogo al del Gran Retorno organizado en Francia, que transcurriendo a través de las fronteras de los diversos pueblos de Europa recordase la ley de la fraternidad humana y cristiana. ¿Y por qué no había de ser la imagen de Nuestra Señora de Fátima, pues que su Mensaje tiene una tan manifiesta intención de paz?

En abril de 1946, en la Asamblea Internacional de J. C. F. celebrada en Gante, la presidenta portuguesa oye unas tan entusiastas palabras sobre Fátima que no puede resistir al gozo de invitar a las delegaciones allí presentes a una peregrinación internacional para el 13 de mayo del año siguiente. La delegada de Luxemburgo exclama: «¿Y si una imagen de la Virgen partiese de la Cova da Iria para recorrer la ensangrentada Europa y llevarle su mensaje de paz?...». Fue muy aplaudida, y aprobada inmediatamente aquella sugerencia.

Mientras tanto, un sacerdote de Berlín había escrito a una autoridad romana solicitándole interpusiera su influencia para que una imagen de Nuestra Señora de Fátima saliese del santuario, en 1947, para recorrer las capitales de Europa.

Esta idea de una especie de Gran Retorno europeo estaba en todos los espíritus de las dirigentes de la J. C. F. portuguesa, que preparaban el Congreso Internacional en Fátima para los días 3 y 4 de abril de 1947. Pero tal idea parecía una locura, de suerte que las autoridades eclesiásticas no la apoyaban a causa de las dificultades en las fronteras en unos tiempos tan

próximos a las hostilidades y asimismo a causa de la miseria general y de las restricciones.

Por consejo del cardenal Cerejeira, se exploró el terreno escribiendo a los obispos de varios países. Mientras se esperaban las respuestas, el padre Demoutiez escribió que, definitivamente, sus superiores le negaban la autorización para su plan. Y, ¿con quién se había de contar para transportar la imagen?

La mayoría de los obispos que respondieron, a pesar de encontrar excelente la idea, exponían sus temores y pronosticaban un fracaso. Solo los obispos españoles se manifestaron completamente favorables. Los dirigentes del Gran Retorno en Francia contestaron que era necesario aún rezar mucho y hacer penitencia antes de poner en práctica la idea.

Inesperadamente escribe el padre Demoutiez diciendo que está de acuerdo con ellos y con sus superiores para el viaje de nuestra señora de Fátima hasta Maestricht, en donde se desea que ella presida un congreso mariano de los tres países que habían de formar muy pronto el Benelux. Solo España y Portugal —dice la carta— no han sido sondeados. Pero habiendo sido ganadas a la causa estas dos naciones por las dirigentes portuguesas, estas pudieron responder a dicho padre: «Conformes; venga vuestra reverencia, que todo se arreglará».

El viaje del padre Demoutiez vióse acompañado de circunstancias evidentemente providenciales, cuya explicación sería muy largo relatar. En definitiva: mérito es del padre Demoutiez la institución de la Ruta mundial (después de Nuestra Señora, que tan claramente la quiso, y de sor Lucia y el señor obispo de Leiria, que la desearon o al menos la alentaron) y de todas las maravillas que siguieron.

El joven religioso deseaba que acompañase a la Virgen y la presentase por doquier algún sacerdote portugués de mayor prestigio que él, pero la hermana Lucia le escribió sobre el particular, diciendo: «Para Nuestra Señora no hay extranjeros; para Ella todos son sus hijos. *En su Corazón no hay divisiones de patriotismo...*».

Hay que reconocer que este desprendimiento de los portugueses, al confiar su celestial Patrona, tan amada, a un sacerdote extranjero, fue alabado por todos. Es cierto que Pío XII, el año anterior, la había coronado como *Reina de Portugal y del Mundo*.

El día antes de la partida; los dirigentes de la Ruta (señorita Teresa Pereira da Cunha y su comité), juntamente con el padre Demoutiez, presentaron a sor Lucia (a la sazón en Vila Nova de Gaia) la hermosa imagen que habían adquirido expresamente para la Ruta. La vidente les aconsejó que fuesen a pedir al señor obispo de Leiria la imagen que estaba en su salón, para la cual ella misma había guiado la mano del artista (don José Ferreira Thedim), y que le propusiesen el cambio por la que ellos habían adquirido. Lucia añadió: *Esta Virgen llegará hasta los confines de Rusia, y allá será necesario rezar mucho para que llegue a Moscú. Y cuando haya terminado su periplo, será bueno ofrecerla al Padre Santo.*

Con su acostumbrada benevolencia, monseñor Da Silva cedió su hermosa imagen. Al día siguiente, 13 de mayo, monseñor don M. J. Mendes da Conceição Santos, arzobispo de Evora, la coronaba en la Cova da Iria ante una inmensa muchedumbre de peregrinos. Detalle muy curioso: la corona fue presentada sobre un almohadón que sostenían tres princesas reales, las tres, de dieciocho años: María Pía, hija del ex rey de Italia; Mafalda, hija del duque de Braganza (Portugal), e Isabel, hija primogénita del Conde de París. Una muchacha rusa, la señorita Natacha Derfelden, leyó una consagración de Rusia al Inmaculado Corazón, que ella misma había compuesto.

¿Quién tenía confianza en el éxito de semejante aventura?... Muy pocas personas. ¿Quién pensaba en transformar esta Ruta europea en Ruta mundial?... ¿Quién hubiera podido suponer el formidable movimiento de oración, de penitencia y de conversiones que había de promover en el mundo, y las maravillas de toda clase que María quería conceder por medio de este procedimiento imprevisto? Nadie.

Unos meses después, monseñor Da Silva declaró: «Nadie de entre nosotros había previsto las cosas extraordinarias que empezaron a realizarse así que la imagen salió de la Cova».

La Ruta europea

En Portugal.—Inmediatamente después de haber sido bendecida, la imagen salió de Fátima por una carretera invadida de peregrinos que regresaban del Santuario. En Vila Nova, a pesar de que la llegada era casi

inesperada, se la recibió triunfalmente. En Freixeanda, por donde pasó de noche, todo el vecindario estuvo en vela para honrarla.

Pasando por Alvaiazere, Ferreira do Zezere, Castelo Branco (donde jamás se había presenciado una tan hermosa y grandiosa manifestación), por Niza y Portalegre, llegó la Santa Imagen al lugar fronterizo de Marvao. Por todas partes parterres y lluvias de pétalos, ricos empavesados, y los caminos abarrotados de gente para aclamar a la Reina que pasa.

¡Viaje rápido y, sin embargo, lleno de maravillas corporales y espirituales! He aquí el ejemplo de un incrédulo que ha prohibido a su mujer y a sus hijos que presencien el cortejo. Con el cigarro en la boca, puesto el sombrero, y con las manos en la espalda, se coloca en medio del camino para demostrar su desprecio a todo. Al pasar ante él la imagen, siente que unos rosarios le cuelgan de sus dedos; se vuelve y no ve a nadie a su lado. Cree que se trata de una alucinación; pero la extraña impresión se renueva y persiste a pesar de buscar al autor de la chanza. Al punto corre a su casa y acompaña a su mujer y a sus hijos al cortejo y a la iglesia, donde se reconcilia con Dios.

En otra ciudad (Portalegre), la dueña de una casa pública había perdido la vista desde hacía unos meses. Desde el fondo de su corazón promete a la Virgen cambiar de vida si se digna curarla. En la misa al aire libre no se atreve a colocarse delante, con los demás enfermos. Desde el extremo de la plaza se une a las aclamaciones al Santísimo Sacramento: «¡Haz que yo vea!...». Y súbitamente se la oye gritar; «¡Oh, qué hermosa es!... ¡Tan blanca!... ¡Y esta corona!...». Y cae de rodillas, deshaciéndose en un mar de lágrimas. No tiene fuerzas para levantarse, y la acompañan a su casa. No tiene más que un deseo: vivir una vida de penitencia en el interior de algún convento. Las seis mujeres que vivían con ella quieren también cambiar de vida. Se hace una colecta para pagarles los gastos del viaje y la permanencia en una casa de corrección, y su casa queda cerrada. Una señora que dio para ellas más de lo que buenamente podía se encuentra en apuros. Un billete de la lotería le proporcionó la cantidad justa que había sacrificado para salvar a aquellas almas.

Análogas maravillas surgen sin cesar al paso de la Virgen, de manera que en *cada una de las etapas que vamos a mencionar* (y omitiremos algunas) *podríamos contar múltiples casos semejantes.*

En Marvão, Nuestra Señora es esperada por una muchedumbre inmensa, con las autoridades eclesiásticas y civiles. *La línea fronteriza es un auténtico ramo de flores.* ¡Quiera la Virgen alcanzar para la pobre humanidad que todas las fronteras sean muy pronto igualmente floridas!

En España.—En un arco de triunfo está escrito: *España, a tus pies.* El entusiasmo pasa a ser delirante cuando la imagen pasa de los hombros de los portugueses a los de los españoles. Muchos lloran cuando la imagen desaparece en un recodo de la carretera, en el automóvil especialmente preparado para ella.

Valencia de Alcántara, Cáceres, Plasencia, Salamanca (jamás había esta ciudad visto tanta gente reunida), Valladolid (triumfo insospechado, con más de cien mil asistentes).

En Palencia, el obispo, que acaba de i egresar del Canadá, donde ha asistido al Congreso Mariano de Ottawa, recibe a la Virgen, que es llevada en hombros por los jóvenes. En Burgos se la coloca en una carroza de plata que se reserva para las procesiones eucarísticas; los soldados piden que sea llevada a los cuarteles. Ante ella, por las calles, danzan los pastores al son de sus caramillos.

En Pamplona tiene lugar una emocionante ceremonia de ofrecimiento de los niños a la Virgen. Las religiosas carmelitas logran permiso para poder presenciar la procesión desde las ventanas del convento.

En Vitoria y en Bilbao es aclamada por más de 200.000 fieles. En uno de aquellos pueblos se forma una comitiva de caballería para precederla. Solo un campesino se niega a prestar sus caballos con la excusa de que tiene trabajo en sus campos; al acercarse el cortejo al pueblo, estalla una tempestad y un solo rayo mata a sus dos caballos.

En Loyola, los padres jesuitas reciben con todos los honores a Nuestra Señora en su magnífico santuario. En San Sebastián, una caravana de unos cuatro mil ciclistas preceden a la carroza de la Virgen, y la siguen más de 25.000 personas. Se celebran misas durante la noche y se reparten 8.000 comuniones. Al día siguiente se celebra una misa al aire libre con la asistencia de centenares de enfermos. Se produjeron gran número de conversiones y de curaciones.

Luego Oyarzun, después Irún, y seguidamente la frontera francesa.

Por toda España, los alcaldes de las poblaciones del trayecto colocaban devotamente su «bastón de mando» a las plantas de la Virgen; cada 200 metros, las parejas de la Guardia Civil presentaban sus armas. Los obispos recibían a la Virgen a la entrada de sus diócesis y la acompañaban hasta poderla presentar al obispo de la diócesis limítrofe; los cines y los teatros cerraron sus puertas durante la permanencia de Nuestra Señora; el día fue considerado como festivo por todas partes; los periódicos publicaron amplias informaciones, etc.

En la frontera hispanofrancesa.—¿Cómo se realizaría el paso por la frontera francesa, que permanecía cerrada desde hacía once años? En la entrada del puente internacional, monseñor Ballester, obispo de Vitoria, dirigió la palabra a la ingente muchedumbre de españoles que allí habían acudido para despedir a la Virgen que abandonaba su país.

Luego él avanzó, con un magnífico acompañamiento, hasta la mitad del puente (adornado con flores en la sección española), hasta la raya blanca, que en lugar de ser un simple límite administrativo se había convertido en una especie de «muro de separación y de enemistad», según la expresión de San Pablo (Eph 2, 14). Allí, monseñor Ballester y monseñor Terrier, obispo de Bayona, se dieron un paternal abrazo, ¡hermoso símbolo en aquellas dolorosas circunstancias! La blanca imagen pasó de los hombros de los altos dignatarios españoles a los de los antiguos combatientes franceses.

Es imposible mencionar aquí todas las circunstancias que hacen se pueda considerar este libre paso por una frontera cerrada como algo verdaderamente extraordinario, pero es preciso subrayar este hecho: que a ambos lados de la línea blanca que separaba dos pueblos las multitudes cantaban en alabanza de María y de su Hijo los *mismos cánticos en la misma lengua*, el vascuence, que se habla tanto en San Sebastián como en San Juan de Luz. Por primera vez desde hacía once años, la policía de ambas naciones permitía estacionarse sobre el puente. De ambos lados de la raya, unos a otros se daban las manos y se abrazaban; los gendarmes y los policías intentaban cómicamente evitar estas efusiones, de las cuales los dos obispos habían dado ejemplo... Pero, entre los dos pueblos, o mejor, entre las dos fracciones del mismo pueblo vasco, la Madre común cantada en la misma lengua hacía sentir, casi físicamente, la fraternidad de dos naciones que la política mantenía separadas y como hostiles.

Pero por donde había pasado la Madre, pasarían sus hijos luego, y unos días después, exactamente el 3 de septiembre, la frontera de Hendaya a Port-Bou se abrió en toda su extensión.

Quisiéramos poder citar aquí la hermosa alocución pronunciada por monseñor Terrier y la contestación de monseñor Ballester. Resumiremos solamente las rápidas etapas de la Ruta francesa.

En Francia.—Hendaya, misa de medianoche y vela de oraciones. Anglet, fantástica recepción en el Refugio de Nuestra Señora; las monjas bernardas tienen permiso de levantar su velo para poder contemplar la imagen. Bayona, vela de oraciones en la catedral. Labonne, entusiasmo popular. En un villorrio, un portugués que había abandonado su patria desde hacía más de treinta años, espera a Nuestra Señora. Llega impulsado por el súbito deseo de pedir perdón al cura de la parroquia, a quien un día había insultado, y para ello ha hecho 90 kilómetros sin saber que su viaje coincidirá con el paso de la Virgen de Fátima. Después de haberse reconciliado con el sacerdote y con Dios, se une a la procesión con los pies descalzos.

Saint Vicent de Tyrosse, Vieux-Boucau, rápida travesía de las Landas y de la Gironda. En la diócesis de La Rochela, monseñor Liagre se traslada hasta Montguyon para presidir la fiesta.

Se había previsto el paso por Lourdes para el 13 de julio, pero las circunstancias obligaron a que fuese el día 3, y precisamente el auto que llevaba a la Virgen se encontró con un grupo de trescientos portugueses que regresaban de Roma después de haber asistido a la canonización de San Juan de Brito, los cuales se dirigían desde la estación a la gruta. ¡Alegría! ¡Aclamaciones!

Durante veinticuatro horas, la imagen fue venerada en la iglesia parroquial. Al día siguiente, gran procesión hacia la gruta y sermón por un sacerdote. Por la noche, después de la procesión de las antorchas, ante el señor obispo de Nancy y veinte mil peregrinos, pertenecientes a siete naciones, sermón por reverendo Barthas sobre este encuentro histórico de los dos mensajes traídos del cielo por María y sobre su significado con relación a la necesidad mundial de una verdadera paz. El reverendo padre Amílcar Martins-Fontes, rector del Santuario de Cova da Iria, llega también de Roma con el tiempo justo para poder asistir a esta última ceremonia.

Dirigió algunas palabras a la multitud, que vio (¡y con qué emoción!) cómo monseñor Ricaud, párroco de Lourdes, abrazaba efusivamente a su colega portugués (monseñor Théas, obispo de Tarbes y Lourdes, estaba en Roma para la canonización de San Miguel Garricoits).

De Lourdes, la Santa Imagen se dirige directamente a las Charentes, una región descristianizada, y luego, en rápidas etapas, señaladas por gracias de conversiones admirables, recorre las llanuras del Loire, del Sena, del Artois. En algunos lugares se unen a la procesión algunas religiosas y popes ortodoxos rusos. No era prudente prohibírselo. Señalemos la tarjeta de visita del general Leclerc, colocada sobre el monumento a la Virgen en su parroquia con las siguientes palabras: *El general Leclerc se compromete ante Nuestra Señora*. Se trataba de la promesa del rosario cotidiano, de la comunión reparadora mensual y de un rosario suplementario por semana por la conversión de Rusia. Todos sabemos su trágico fin, acaecido unos meses después.

En el Benelux.—El día 2 de agosto, la Imagen llega a la frontera belga. El arcipreste de Valenciennes representaba al señor arzobispo de Cambrai, que había salido para Roma, monseñor Carton de Wiart, obispo de Tournai, recibió a la Virgen al otro lado de la frontera. Había tanta gente en la basílica de Bonsecours, que fue preciso improvisar un altar en la plaza. En Tournai, la Imagen fue saludada con veintiún cañonazos.

Resumimos más y más todavía: Brasmenil, Charleroi, ciudad comunista, que se engalana para honrar a la Reina que pasa; el país negro de Borinage; el Paturage; Namur: toda la gente de rodillas y brazos en cruz; Chevretogne, Bsauraing, donde, el día 22 de agosto, se celebra a la vez la visita de la Virgen de Fátima, la primera fiesta del Inmaculado Corazón recientemente instituida y la colocación de la primera piedra de la iglesia de las apariciones de la Virgen del corazón de oro. El canónigo doctor Barthes predica en la misa de medianoche. A la misa solemne celebrada en el parque del Castillo del Príncipe asisten cincuenta mil peregrinos.

Lieja (tres días), Eupen, Verviers, Sereing, en cuyo lugar Nuestra Señora desciende a una mina. El minero que le abre paso por aquel dédalo de galerías dijo: «No cedería mi lugar ni aunque me dieran cien mil francos».

Nuestra Señora de Fátima entró en Holanda el día 1 de septiembre. Monseñor Kerkhofs (Lieja) presentó la Imagen al señor obispo de Ruremonde, en un espectáculo inolvidable gracias al celo y al ingenio desplegados por los organizadores. La Virgen iba a presidir el Congreso de Maestrich donde vio arrodillados a sus planta-s a cardenales y a obispos, y a los fríos holandeses disputarse por la suerte de poder besar su blanca imagen. Y fue durante este Congreso, al que habían acudido los representantes de los tres países para honrar a María y pedirle por la paz, cuando Bélgica, Holanda y Luxemburgo firmaron el tratado llamado Benelux, que tiende a suprimir las fronteras económicas entre los tres pueblos. Como recuerdo de Aquella que es la esperanza de las naciones, se levantó una capilla en la frontera belga-holandesa.

Una sola cifra bastará para indicar el fervoroso recibimiento del *Gran Ducado de Luxemburgo*. Cien mil comuniones en honor de la Virgen Peregrina en una población de 250.000 habitantes.

Todas las parroquias quieren recibirla y honrarla. En Wiltz se levantó, en una pequeña colina, un monumento en su honor. Y allí, ante la sorpresa del párroco, sus feligreses socialistas y comunistas se muestran tan fervorosos como los demás. El recibimiento en Luxemburgo fue apoteósico.

En un cementerio militar, en el que duermen ocho mil soldados americanos, tuvo asimismo lugar una ceremonia inolvidable. En la orilla izquierda, del Mosela, en Petagne, se permanece largo rato, a fin de que los alemanes, desde la otra orilla del río que sirve de frontera, puedan aclamar y rezar a la celestial Visitante.

El señor obispo, aunque enfermo, quiso recibirla a su llegada; la acompañó también en su partida y se despidió de Ella con un emocionante discurso ante una ingente Muchedumbre.

París espera a Nuestra Señora el día 15 de octubre. Y a pesar de todas las dificultades, la Virgen llegó a París el día señalado. La huelga de transportes no impidió a los portugueses y a los rusos católicos de la capital (a los que se unieron los ortodoxos) recibirla en el atrio de Nuestra Señora, y honrarla al día siguiente en la iglesia rusa católica de la calle François-Girard.

De ahí otra vez a Bélgica, donde la diócesis de Malinas no la había recibido aún. Primero Lovaina, luego Bruselas (21 de octubre) aclaman

delirantemente a la Virgen de Fátima. Las calles de estas poblaciones, invadidas por una devota multitud, están empavesadas. Cincuenta mil jocistas pronuncian su consagración al Inmaculado Corazón de María.

Visita a los flamencos, que desean recibirla mejor aún que los valones. Luego Gante, Brujas, Knoch... Por todas partes tienen lugar conversiones insospechadas de almas pecadoras. Los periódicos hablan de un movimiento religioso superior al de las Cruzadas.

En noviembre, la Virgen Peregrina se embarca en Amberes en el *Ribeira Grande* para regresar a Portugal, y en lo sucesivo tal se hará todos los años, pues monseñor José Alves Correia da Silva no quiere enviar a los pueblos visitados sino una imagen bellamente remozada por los especialistas portugueses.

A su llegada, los habitantes de Oporto, celosos de los lisboetas, retienen a la Virgen Peregrina (fines de febrero de 1948). El entusiasmo fue tal que hubo necesidad de sacarla durante la noche, después de las manifestaciones que reunieron a más de 300.000 fieles. El día 4 de marzo, la Virgen Peregrina llegaba a la Cova da Iria.

Entonces empezaron a llover, desde los más apartados lugares, cartas solicitando la visita de María: del África portuguesa, de Alemania, de la India, de la Argentina ¹⁵². ¿Visitará la Virgen todos estos países? La Providencia decidirá, pero la Huta europea lleva trazas de convertirse en la Ruta mundial. En nuestro breve comentario no *podemos hacer otra cosa sino indicar un itinerario general*.

La Ruta africana

A principios de abril sale la Virgen de Fátima en barco hacia Madera. La ciudad de Funchal, y todas las parroquias de la isla tributan un tal recibimiento a Nuestra Señora, que desde entonces el señor obispo de Leiria se complace en citarlo como ejemplo. Se sueltan dos mil palomas blancas y más de un millón de flores adornan el altar para una sola misa.

El día 10 se sale hacia Cabo Verde, adonde se llega el 15. Se visitan todas las islas. La principal solemnidad se tiene en Praia, capital del archipiélago; cuadros vivientes en las calles. Durante la segunda quincena

del mes, la Virgen visita la Guinea portuguesa, donde llama la atención la presencia de un orfeón y de una coral musulmanes. Regresa a la Cova da Iria con motivo de las fiestas del 13 de mayo.

En junio llega a las Azores en avión. Toda la población responde maravillosamente bien a la invitación del señor obispo recomendando se hiciese «todo lo posible». En una pequeña isla, cuyos habitantes viven de la pesca de la ballena, dos pescadores abandonaron la caza de dos cetáceos para dar escolta a la Virgen. Al día siguiente capturan cuatro con una facilidad asombrosa. Los periódicos de la capital (Angra do Heroísmo) afirman que las islas han sabido escribir «la más hermosa demostración de fe que cinco siglos de vida cristiana podían esperar».

En julio, Santo Tomé, luego Angola. En este territorio, la Virgen se encuentra con numerosos misioneros franceses (padres del Espíritu Santo y hermanas de San José de Cluny). Tanto las grandes ciudades (Luanda, Nova Lisboa, en donde Ella inaugura una importante avenida que lleva su nombre; Mogamedes, Silva Porto) como los pueblos más insignificantes tributan a la Reina de la Paz los más fervorosos homenajes, y aun diríamos pintorescos e inéditos.

El día 30 de septiembre, la Virgen embarca hacia Mozambique. En Lourenço Marques, S. E. el Cardenal De Gouveia la recibe acompañado de todas las autoridades y de una inmensa muchedumbre imposible de calcular, en la que se confunden todas las razas y religiones. Nuestra Señora va a visitar a los presidiarios, a quienes se concede licencia para asistir a las ceremonias; se les autoriza a llevar la imagen de la Virgen.

En Beira, monseñor Durrieu, francés, superior de los Padres Blancos, se encuentra entre los obispos que la reciben. En Nampula se la recibe en la primera catedral del mundo dedicada a su nombre. En el puerto de la isla de Mozambique es recibida por ciento cincuenta buques adornados con flores. Los marineros quieren declararse en huelga para impedir su partida.

Tanto en las populosas ciudades como en las Misiones más apartadas, blancos y negros, cristianos y musulmanes, rivalizan para adornar e iluminar las casas, ofrecer regalos, regios algunas veces, a la Virgen que pasa sembrando la alegría y la paz. Los musulmanes consienten en descubrirse para poder oír la misa.

El día 13 de noviembre de 1948, parte la Virgen para la Unión Sudafricana. Visita todos los vicariatos apostólicos de Natal, de El Cabo, del Transvaal, y algunas Misiones de Basutolandia. Se oyen estos comentarios: *Hay más gente que cuando pasó el rey de Inglaterra*. Las manifestaciones son más espléndidas de las que se harían por un rey. Los misioneros quedan asombrados, porque se superan las más optimistas esperanzas: las conversiones son muy numerosas a inesperadas: «Este es el día más feliz de mi vida de Misiones», exclaman muchos.

Se trata de un país protestante o pagano, del 3 al 8 por 100 solamente de católicos; y, sin embargo, por todas partes se nota el mayor respeto, tanto por parte de las autoridades civiles como de los funcionarios. En muchas ocasiones, los propios gobernadores civiles solicitan se les permita pronunciar unas palabras de bienvenida.

A últimos de invierno se va a Rhodesia y a Kenia. Luego, a Zanzíbar, en donde los mahometanos y los budistas demuestran a menudo un fervor comparable al de los cristianos.

En abril se visita la región de los Grandes Lagos; Tanganika, Uganda, etc. ¡Con qué entusiasmo estas recientes cristiandades, que confunden, a veces, con su fervor a nuestras antiguas parroquias enmohecidas por la rutina, aclaman y veneran a la Madre del Redentor, Reina de la Paz!

Un avión conduce a la Virgen desde Nairobi hasta Addis-Abeba (Abisinia); se atraviesa Eritrea, Sudán y Egipto. A finales de julio de 1949 la Virgen regresa a Portugal.

Rutas de Asia y Oceanía

Se sale el 24 de noviembre (1949) de Lisboa en avión; la imagen realiza varias escalas; citemos especialmente la de Roma (el 25), y el día 27 llega a Bombay, desde donde, por mar, se dirige a Goa. El arzobispo de esta ciudad patriarca de las Indias, había anunciado esta visita a sus diocesanos pidiéndoles se preparasen a ella con oraciones y ayunos. El día 1 de diciembre se celebraron a la vez ciento cincuenta y tres misas al aire libre, ante una innumerable muchedumbre. Se ofrecen regios regalos a la Señora, mensajera de paz. El patriarca dice que el paso de la Virgen por su diócesis ha proporcionado más de medio millón de comuniones.

Parte el día 14 de diciembre para Mangalore, después hacia Calicut y Coimbratur, y el día 21 llega a Trichur (diócesis siromalabar). En el mismo territorio, otras diócesis de igual rito *reciben* a Nuestra Señora; después es Cochin la que tributa un recibimiento extraordinario. En enero de 1950 la Virgen sigue toda la costa malabar, el Maduré, la costa de Coromandel, para llegar el día 2 de febrero y Tuticorin. En Trivandrum, Nuestra Señora cura a una joven protestante, cuya familia se convirtió. La mayoría de los Obispos anuncian la llegada de la Virgen, prescriben un día de ayuno y la reciben en las estaciones con toda suerte de manifestaciones de afecto. La Virgen viaja en un tren adornado con flores, en un vagón-capilla.

A finales de invierno y principios de primavera, la Virgen de Fátima está en Pakistán, cuyas ciudades se disputan el honor de festejar a la Mensajera de la paz. En Patna, el gobernador dice: «Jamás había visto cosa tan hermosa». En Dacca, el señor obispo, al ver el gran número de paganos que aclaman e imploran a la Virgen, exclama: «¡Es verdaderamente increíble!». Y en Bhopal son los mismos mahometanos los que piden pagar los gastos de las iluminaciones. A principios de mayo se regresa a Bombay. El alcalde hindú asiste a la misa en el estadio municipal, con muchos más asistentes que católicos cuenta la ciudad. Luego, descendiendo hacia el Sur, se visita Poona, Hyderabad, Mysore, Bangalore, etc.

La visita a Ceilán preciaría por sí sola de un libro para contar los más maravillosos incidentes de este periplo (22 de mayo-15 de julio). Nuestra Señora llega a Colombo, capital del budismo, el mismo día en que se celebra una gran asamblea mundial de esta religión. Sin embargo, los periódicos (naturalmente budistas) dedicaron más espacio a la Virgen de Fátima que a la gran reunión de su culto. Medio millón asistió a la misa al aire libre. Un misionero de la diócesis de Jaffna escribe: «Todo lo que puedo decir es que aquí hay un inmenso movimiento de almas hacia Dios y la Santísima Virgen, un flujo y reflujo de muchedumbres innúmeras, no católicas inclusive...». De paso, la Virgen se detiene unas horas en Fátima-Giri (Pandateruppu), santuario recientemente fundado por un misionero francés, que se está convirtiendo en un centro de devoción a María cada día más frecuentado.

De vuelta al territorio portugués de Goa, la Virgen Peregrina visitó las otras dos diócesis (Damao y Diu); regresó en avión a Portugal, acompañada por monseñor Costa Nunes, patriarca de Goa, y por monseñor Tomás

Agmswami, obispo de Kottar. Después de un breve descanso en Roma y de ocho días de fiesta en la catedral de Leiria, llegaba a la Cova da Iría el día 13 de agosto.

En diciembre encontramos a la Virgen de Fátima en Tailandia (Siam). Antes, empero, ha pasado por Roma para asistir a la proclamación del dogma de la Asunción (28 de octubre-1 de noviembre). Durante estos tres días se reprodujo el prodigio solar ante Pío XII.

En Bangkok, cuatrocientos autos, la acompañaron desde el aeropuerto hasta la catedral. La procesión que allí se celebró es la primera procesión católica que han visto las calles de la capital. El cuerpo diplomático se coloca en un lugar del curso del cortejo para saludar a la Reina pacífica. La imagen de María recorre todo el país, muchas veces en barca, y se ven grandes procesiones fluviales.

El día 15 sale para Birmania, Singapur y Malasia. El día 30 de enero de 1951 se embarca en Singapur hacia Australia, adonde llega el 11 de febrero. Durante este mes y el siguiente visita la diócesis de la región de Melbourne; la entrada triunfal a esta ciudad tiene lugar el día 25 de marzo; más de cien autos adornados con flores dan escolta a la Santísima Virgen. El Sábado Santo, se dirige hacia la región de Sanhurts-Ballararat. En esta ciudad se celebra una procesión con antorchas que ocupa una extensión de cuatro kilómetros, espectáculo jamás visto en Australia.

A últimos de abril, y durante los meses de mayo y junio, las demás diócesis australianas, a excepción de Sídney, reciben la visita de la Reina de la Paz.

Durante el mes de julio recorre la isla portuguesa de Timor, y luego otros archipiélagos de Oceanía. En septiembre la encontramos en Papuasias (Port-Moresby, Yule-Island; etcétera), llevando la alegría a los misioneros, a los neófitos y a los paganos.

Y, por fin, va a Sídney, donde el cardenal arzobispo la reclama con insistencia; preside unas solemnidades de nueve días, que terminan con una *misa de pontifical al aire libre ante una inmensa muchedumbre, el mismo día en que el cardenal legado celebraba en Fátima el trigésimo cuarto aniversario del prodigio solar* y la clausura del jubileo del Año Santo. Así, en este bendito día del 13 de octubre de 1951, una corriente de oraciones

iba de unos a otros antípodas, encerrando, por decirlo así, toda la tierra en un grandioso abrazo de paz y de amor ¹⁵³.

Rutas paralelas

Esperando impacientemente el paso de la Ruta mundial, y deseando aprovecharse cuanto antes de sus inmensos beneficios espirituales, muchos países organizaron «rutas» particulares con imágenes bendecidas en la Capelinha de la Cova da Iria. Es materialmente imposible indicirlas todas.

Ruta americana.—El día 13 de octubre de 1947, en presencia de doscientos mil peregrinos, el señor obispo de Leiria recibió la solicitud de bendecir una imagen para la América del Norte. Contestó que la bendición había de hacerse en América. Cuando el iniciador de esta «ruta», nuestro amigo Mr. John Haffert, se la llevó en avión, el personal la colocó en sitio de honor, frente a los viajeros. Unos lisboetas que habían acudido para saludarla, invadieron la cabina para besar sus plantas, y todo el personal del aeropuerto imitó este piadoso gesto. ¡Impresionante ejemplo de fraternidad internacional!

Una idea de Mr. Haffert y de su comité fue de que se rezase junto a la imagen para que ella pudiese llegar hasta Rusia y Moscú, por el este, mientras que en su pensamiento la que había salido seis meses antes había de intentarlo por el Oeste.

En las Azores, a pesar de lo dispuesto por los reglamentos, un numeroso grupo de personas, enteradas del paso de la Virgen, estuvo en vela toda la noche en el campo de aviación para rezar el rosario durante los tres cuartos de hora del descanso previsto.

Recibida solemnemente en el santuario canadiense de Nuestra Señora del Cabo, fue bendecida por monseñor Vachon, arzobispo de Ottawa, ante cien-mil fieles. Allí tuvo lugar la coronación, la consagración al Inmaculado Corazón, misa de medianoche en la catedral y en 124 iglesias de la diócesis.

Entra en los Estados Unidos de Norteamérica por Niágara— Falls el 8 de diciembre. Monseñor O'Hara, obispo de Buffalo, la saluda con un hermoso discurso. En la catedral, doscientas mil personas desfilan ante la imagen, y en la ciudad solo hay cincuenta mil católicos. «La mayor reunión

conocida en la historia de la ciudad», afirman los partes de la Policía. Y así sucederá en todas las diócesis y parroquias, que se disputarán el honor de rezar ante Nuestra Señora por la conversión de Rusia y por la paz.

Notemos solamente la concentración de ciento cuarenta mil peregrinos en la abadía de Saint-Meinrad (Indiana), y su llegada a Hollywood, donde los cineastas católicos organizan unas solemnidades que son el punto de partida de la *Hora del rosario*, la tan admirable obra del padre Peyton. En los Estados Unidos, todo el mundo canta el himno de Nuestra Señora de Fátima, compuesto por una señorita al paso de la Ruta por su parroquia, y que ha quedado como la canción más popular ultraatlántica.

¡Lástima grande que solo podamos dedicar escasas líneas a las rutas de la América del Sur, Argentina, Brasil, Colombia, etc.! Este último país fue, sin duda, el más favorecido por la Virgen con sus prodigios extraordinarios, como, por ejemplo, los arco iris perfectos en un cielo despejado, durante las misas al aire libre en Bogotá, Cali, etc. Se publicaron fotografías en los periódicos (julio de 1950).

Asamblea de Madrid y las rutas españolas.—A últimos de mayo de 1948, monseñor Eijo Garay, obispo de Madrid-Alcalá, celebraba sus bodas de plata episcopales con la celebración de una Asamblea Mariana que duró nueve días. Para poder obtener la auténtica imagen de la Capelinha tuvo que valerse de algunas influencias diplomáticas extraordinarias. En las puertas de la capital aclama a la Virgen la mayor concentración alrededor de la Virgen de Fátima, no superada hasta el presente. La imagen visitó especialmente los barrios obreros y en todas partes hubo *un maravilloso movimiento de conversiones*; los confesonarios no descansaron durante estos nueve días.

La Asamblea culminó con la misa de los enfermos, el día 28 de mayo, ante casi un millón de asistentes. Trece mil enfermos ocuparon las primeras filas, de los cuales quince se levantaron completamente curados; al día siguiente los periódicos publicaron direcciones, diagnósticos, fotografías, etc.

En prueba de agradecimiento, monseñor Eijo Garay escribió una carta al señor obispo de Leiria, que es un testimonio único, en la que dice que él daría sus veinticinco años de episcopado por los nueve días de cielo que acaba de vivir.

Desde entonces las *demás diócesis* españolas quisieron tener su Ruta, por medio de imágenes bendecidas en Fátima. Por todas partes la Santísima Virgen maravilló a su pueblo con gracias extraordinarias; por lo cual, agradecidas, algunas ciudades la han nombrado «Alcaldesa» honoraria.

Características

Desde el principio, al comprobar la magnitud que tomaba la Ruta, monseñor Da Silva tuvo la precaución de dictar, para orientar el celo de los organizadores, una especie de reglamento donde se indica cómo el paso de la Virgen puede promover un... «espíritu de intensa, sencilla y confiada plegaria» y asimismo de penitencia por la conversión de los pueblos y su unión en la caridad de Cristo. «Después de haber viajado a través del mundo, la imagen ha de ser entregada al Soberano Pontífice como un símbolo de la unidad del catolicismo a través del mundo. Durante la peregrinación, las intenciones secundarias han de ser relegadas a un plano inferior, y las oraciones han de ofrecerse por el mundo entero en auténtico espíritu de catolicismo» ¹⁵⁴.

A pesar de esta reglamentación, cada una de las etapas de la Ruta tiene sus características particulares, y nada tienen de monótono para los sacerdotes que gozan del privilegio de acompañar a Nuestra Señora ¹⁵⁵. Pero hay ciertos aspectos de estas manifestaciones que están bastante bien determinados y que iremos anotando a medida que estimemos tengan alguna especial significación.

Lo primero que sorprende es esta *atracción de las muchedumbres* que se congregan espontáneamente. No hay proporción entre los resultados y los medios de propaganda. Basta una palabra del clero para que toda la población de una ciudad, y algunas veces de toda una región, se desplace para acudir a tributar sus homenajes a Nuestra Señora. Tal fenómeno de atracción nunca se había producido, que sepamos, antes de ahora. ¿Puede atribuirse a alguna otra causa, fuera de una gracia especial de la Reina de los Corazones?

Un motivo cierto son los *prodigios jamás oídos* que señalan su paso. Podríamos citarlos a centenares, de todo género, semejantes a algunos de los ya mencionados. Todo el mundo conoce el gracioso —y ciertamente

simbólico— prodigio de las *palomas*, misteriosamente atraídas por la blanca imagen que pasa. El caso se ha producido, que nosotros sepamos, más de cincuenta veces, en los más diversos países, y cada vez en circunstancias nuevas, inesperadas, capaces de emocionar el ánimo de los que lo presencian ¹⁵⁶. Poseemos documentos auténticos (cartas de misioneros, relatos de testigos, artículos periodísticos, etc.), que citan gestos de veneración hacia la Señora efectuados por otros animales, como carneros, cabras, elefantes. El señor obispo de Leiria recibe cartas y periódicos de los países visitados, contando *prodigios atmosféricos* parecidos a los que en 1917 se produjeron en la Cova da Iria: arco iris en pleno sol de mediodía (Colombia), movimientos solares (Ceilán), fenómenos luminosos alrededor de la imagen en las procesiones nocturnas (Galicia, Asturias), etc.

Con tantas y tantas maravillas, ¿podría la imaginación popular no quedar extraordinariamente emocionada? Pero el agradecimiento de las multitudes se debe mayormente a los incontables *favores corporales y espirituales*, inesperados las más de las veces, que señalan el paso de la Virgen de Fátima, algunos de los cuales hemos ya citado. A estas pruebas de misericordia del cielo *hay* que añadir algunas veces ciertos *terribles castigos*, pues Nuestro Señor no siempre permite que se insulte a María impunemente.

Entre muchos, citaremos un solo caso. Sucedió en Trichur, en la India, ciudad de mayoría jacobita, antigua secta cristiana que no admite que María sea la Madre de Dios. Un tren adornado con flores llega a la estación, con un vagón-capilla de Nuestra Señora. En aquel preciso instante un periodista entrega a su director un artículo firmado con seudónimo contra la devoción a la Madre de Dios y contra Fátima. El director recuerda que las leyes del país exigen la firma del responsable cuando un artículo resulta injurioso. El autor se niega a firmar con su verdadero nombre. Uno de sus colegas se ofrece entonces para estampar su firma. El ofrecimiento es aceptado y el original pasa al linotipista. Inmediatamente el firmante cae, como herido de un ataque de epilepsia. Durante tres días ningún doctor acierta en su diagnóstico ni encuentra remedio alguno. Al tercer día, cuando la Virgen — que ha recibido el homenaje de cincuenta mil fieles uniformados (camiseta azul las mujeres, Blanca los hombres)— vuelve al tren, el periodista blasfemo expira. Toda la India se enteró de este episodio ¹⁵⁷.

Cuando la gracia no va a ser rechazada, el Inmaculado Corazón de la Madre de Misericordia emplea el método inverso y logra el *cambio súbito de las disposiciones* de sus adversarios incrédulos. En muchas ocasiones, personas que presenciaban su paso con sentimientos de duda o de hostilidad prorrumpieron en lágrimas y empezaron a rezar súbitamente. Lo que hemos dicho de los confesonarios en Madrid tendríamos que haberlo afirmado de todas las ciudades y parroquias. Incluso se ha oído exclamar a los paganos: «¡Madre de Jesús, haz que yo crea para poder bautizarme!», o bien: «¡Cristianos, rezad por mí para que yo sea como sois vosotros!». Y ¿qué decir del caso de aquel musulmán que se quería confesar a toda costa, y que, no pudiéndolo hacer, dijo todos sus pecados a la blanca imagen?

Esto nos lleva a tratar de este fenómeno tan curioso de la *atracción de los no católicos*. Para ello necesitaríamos llenar un grueso volumen.

La gran objeción que se presenta en Europa contra el movimiento de piedad mariana, salido de Lourdes y de Fátima, es que con el relato de tales apariciones y milagros nos exponemos a alejar de nuestra fe a los no católicos, y sobre todo a los protestantes. Este prejuicio queda desmentido con la Ruta mundial... Los musulmanes de África y de la India, los protestantes de América y de África del Sur, los paganos de los territorios negros y de Asia, so sienten misteriosamente llamados por Nuestra Señora, o al menos seducidos por los objetivos de paz de su peregrinación y por sus milagros.

Sabemos de un obispo anglicano que suplicó que la Virgen se detuviese en su catedral (Durban); se ha dado el caso que imanes y paganos instruidos han enseñado a cantar a los cristianos de los poblados que carecían de sacerdotes; hemos visto a príncipes musulmanes hacer regalos a María (el hermoso diamante que remata su corona no tiene otro origen); alcaldes protestantes o paganos, han autorizado las procesiones e incluso han dirigido a la Señora palabras conmovedoras (Calcuta, Colombo, etc.). En Plainfield (Nueva Jersey), el pastor protestante recomendó a sus ovejas no dejaran de visitar la famosa imagen. El propietario protestante de un periódico local en Flora (Illinois) hizo levantar, ante sus oficinas, un altar donde repodara la imagen, y quiso durante todo el día se predicase allí mensaje de Fátima. Sin que estuviese previsto, se detuvo la imagen en esta ciudad, que solo cuenta con doscientos católicos...

¡Y podríamos citar mil y mil casos análogos! ¹⁵⁸.

Los beneficios espirituales del paso de Nuestra Señora no son ciertamente efímeros, pues que se prolongan por un *aumento sensible de la vida religiosa*. La Virgen Peregrina pasa, pero su influencia en las almas persiste. Los actos de consagración a su Corazón Inmaculado, pronunciados a menudo por las propias autoridades civiles, no se olvidan. No podemos ni siquiera mencionar todas las *cruzadas de oración* que han nacido de la Ruta mundial. Recordaremos, solo en América del Norte, el rosario cotidiano por radio, dirigido por monseñor Leger, arzobispo de Montreal, con sus ochocientos mil oyentes; la *Hora del rosario*, del padre Peyton, con el concurso de artistas de Hollywood; la Sociedad de Reparación del padre Ryan (Baltimore), y la *Blue Army* (el Ejército Azul), creado por el *Ave Maria Institute* (Washington), que cuenta con un millón y medio de adheridos en los Estados Unidos y extiende sus ramificaciones por Inglaterra, Australia, Bélgica, etc.

Conclusión

Es demasiado pronto para escribir la historia completa de todo este movimiento de piedad mariana nacida de la Ruta mundial, y sobre todo para apreciar sus resultados. Estamos solamente en sus comienzos, pero confesamos que son lisonjeros.

Con solo cuatro años no se puede pedir la completa transformación del mundo; no obstante, quienes la siguen de cerca no dudan que, por esta corriente formidable de oración y penitencia, salida de la Cova da Iria, ha comenzado a realizarse sobre la faz de la tierra este retorno a Dios de las almas y de las sociedades pedido por el Mensaje de Fátima: «Si se cumple lo que pido... o *que quiero*».

No olvidemos que lo que más empuje da a esta corriente popular hacia María es la *necesidad de las almas de rogar por la conversión de Rusia y por la paz*. El Mensaje de Fátima —lo diremos luego— responde a la angustia de los pueblos ante el problema de la paz y de la guerra. El paso de la Reina de la Paz hace renacer la esperanza en los corazones.

No hay duda de que este viaje de nuestra Madre común a través de los pueblos y de los continentes ayuda eficazmente a realizar la reconciliación

y el desarme moral, tan insistentemente pedidos por los Vicarios de Cristo como condición primera por la paz del mundo.

Al trasponer las fronteras y sobrevolar los océanos, la imagen de María no sale de su propia casa; Ella recuerda a todos sus hijos de todas las razas que son hermanos y que, por consiguiente, las fronteras que los separan han de ser solamente límites administrativos y lugares de encuentros fraternales, no murallas infranqueables o motivos de querrela. «Bajo la mirada materna de la Celestial Peregrina —decía Pío XII en su alocución radiofónica del 13 de octubre último a la Cova da Iria— no hay antagonismo de nacionalidades o de razas que divida a los hombres, ni diversidad de fronteras que los separe, ni contrariedad de intereses que los oponga; todos, en estos instantes, gozan en sentirse hermanos, Espectáculo singular y singularmente impresionante que hace concebir las más risueñas esperanzas».

Hemos hecho notar la coincidencia entre el paso de la Ruta mundial con la terminación de la antipatía franco-española, y asimismo con la firma del acuerdo del Benelux. Se han podido observar otras felices coincidencias de este género ¹⁵⁹. Deseamos sinceramente que se multipliquen y que podamos decir de Nuestra Señora de Fátima con toda y absoluta verdad lo que el Apóstol dijo del Salvador: «María es nuestra paz; Ella ha derribado el muro de separación, la enemistad» (Eph 2, 14).

XXII. EL MENSAJE DE FÁTIMA

Evocación del Evangelio

En el misterio de Fátima, de aspectos tan distintos y tan preciosos, hay que notar dos puntos principales: los prodigios (visiones y milagros) y el mensaje. Lo que al principio llama más la atención son los prodigios verdaderamente únicos en la Historia; pero lo que más hemos de tener en cuenta son las enseñanzas, las advertencias de nuestra Madre del cielo, su mensaje (*o que quero, lo que quiero*), cuyos prodigios no son más que la orquestación destinada a llamar nuestra atención sobre ellos.

Después de la muerte de Juan, el último apóstol, quedó cerrada la Revelación. Así, pues, María no enseña a los pastorcillos de Aljustrel un nuevo Evangelio; por su mediación, Ella recuerda al mundo que lo había olvidado, el eterno Mensaje de su Hijo.

Algunas personas, espantadas ante tantas maravillosas apariciones de Nuestra Señora realizadas en este siglo de positivismo realista, quizás se sientan escandalizadas al ver que María visita tan a menudo la tierra. Pero Ella viene porque nos ama y porque, en la propia medida de su amor, teme por nosotros. Una madre teme siempre por sus hijos, especialmente cuando el peligro que les amenaza es evidente e inminente. María teme porque ve que sus hijos de la tierra se apartan cada día más de los caminos de salvación; ve que las almas se pierden y caen en el infierno, y ve asimismo que los pueblos, aun los que conocen la ley de amor de su Hijo, se oponen entre sí en luchas mortíferas.

Particularmente en Fátima, cada una de sus palabras, de sus actitudes, es como un eco de las más severas máximas del Evangelio y también de las acuciantes advertencias de los Soberanos Pontífices.

El mal esencial que padece el mundo moderno es el olvido de las realidades eternas: vivimos cada vez más en el tiempo presente y por el tiempo presente. Si el Evangelio pudo transformar al mundo es porque fue esencialmente una explosión de eternalismo en el temporalismo judío y pagano. Desde este punto de vista, la máxima palabra del Redentor es el *Quid prodest?*... ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

María estimó particularmente oportuno recordar esta palabra evangélica a los tiempos actuales, en que las cosas del más allá no tienen el menor lugar en la prensa, en las conversaciones, en la literatura corriente y, en consecuencia, en las preocupaciones reales de los cristianos.

La Virgen de Fátima habla a los pastorcillos, no de sus rebaños o de su porvenir en la tierra, sino del cielo, de su salvación, de la salvación de sus compañeros muertos, de la suerte eterna de los pecadores,

Al objeto de darles como una visión anticipada del cielo, adonde les invita. Ella les da, en su primera aparición, la sensación de la presencia divina por medio de esta luz misteriosa que les penetra hasta el fondo de su alma. La terrible visión del infierno, en la tercera aparición, parece

efectuado para movernos a compasión hacia las pobres almas que el pecado arrastra hacia ese abismo de fuego y, también, para inspirarnos un saludable temor a los castigos divinos.

Él mismo día les enseña —y nos enseña— una breve oración, muy sencilla. Todas sus palabras son una evocación de nuestras postrimerías y del más allá. Repetida muchas veces al día, entre cada una de las decenas del rosario, tiene que anclar profundamente en nuestro espíritu estas grandes realidades y determinar graves resoluciones. María emplea con nosotros el método de Ignacio de Loyola repitiéndole a Francisco de Xavier: «¿De qué le sirve al hombre...?», hasta la total conversión de su compatriota y amigo.

Igualmente, al llamar tan pronto cerca de su trono Celestial a dos de los tres pequeños videntes, María nos demuestra el poco valor que ella atribuye, para los que ama, a los bienes de esta vida. De esta forma nos repite lo que había dicho antes a Bernadette: «Quiero hacerte feliz, pero no en este mundo, sino en el otro».

Tal como fue el ardiente deseo de Francisco y de Jacinta, el cielo ha de ser la idea central de los cristianos, y lo pueden alcanzar según la doctrina del Maestro haciéndose «semejantes a los niños»... Esta «pequeña vida» de la infancia, popularizada con el ejemplo y los escritos de Santa Teresita de Lisieux, Nuestra Señora de Fátima nos la recuerda escogiendo por intérpretes, por embajadores, por amigos, a tres de estos niños que Jesús se complacía en tener junto a sí y presentarlos como modelo a sus discípulos.

Por «nosotros, pobres pecadores»

Lo que parece ser el esencial objetivo de las maternales advertencias de Nuestra Señora es darnos ánimo para la lucha contra el pecado que atrae el castigo sobre los hombres: el infierno para las almas individuales, la guerra para las naciones, a las que la justicia divina no puede esperar en el más allá.

Los tres Evangelios sinópticos caracterizan los principios de la predicación de Nuestro Señor, diciendo que predicaba la penitencia (en griego, μετανοια, o sea arrepentimiento). La penitencia, en el sentido del Evangelio y de la Teología, es un acto de justicia mediante el cual el

pecador, al recordar con dolor y confesión que ha ofendido a Dios, se esfuerza en reparar este ultraje y reconquistar la gracia divina. «Si no hacéis penitencia —decía el Redentor—, moriréis». Su divina Madre empleó igual lenguaje en La Salette y en Lourdes. En Fátima repite el mismo llamamiento, con particular insistencia. Parecería incluso que su Inmaculado Corazón tuviese como única preocupación apartar a los hombres del camino del pecado, decidirlos a luchar con todas sus fuerzas contra este terrible azote, único enemigo de su felicidad y de su salvación.

La palabra «pecado» parece que haya desaparecido de los labios humanos y la noción que encierra se olvida, se borra, se atenúa. María quiere avivar el sentimiento del pecado, inspirarnos un profundo horror, manifestarnos sus daños. ¡Cuántas veces esta palabra en Fátima ha venido a nuestros labios! Hemos recordado su declaración final: «¡Es necesario que los hombres se corrijan y pidan perdón de sus pecados, que no ofendan más a Nuestro Señor, ya demasiadas veces ofendido!».

En su cuaderno de recuerdos, la hermana María Lucía del Inmaculado Corazón añade aquí unas observaciones que nos dirige a todos nosotros: «En esta aparición, las palabras que quedaron más profundamente grabadas en mi corazón fueron aquellas en las cuales Nuestra Madre del Cielo suplicaba a los hombres no causasen más penas a Nuestro Señor, ya demasiadas veces ofendido. ¡Qué amorosa queja y qué súplica contienen! ¡Oh, cómo querría yo que tales palabras resonasen por el inundo entero y que todos los hijos de la Madre celestial escuchasen su voz!».

Esta suprema declaración no era más que el llamamiento, el resumen de las anteriores confidencias de la Señora a los pequeños videntes.

Principalmente en la tercera aparición. Ella había manifestado a sus pequeños confidentes las tres consecuencias del pecado aquí, en el mundo, la guerra, síntesis de todos los males; en id otra vida, el fuego del infierno. La oración que les enseñó aquel día, y que han de intercalar en el rosario, empieza con un acto de penitencia: «¡Oh, Jesús mío, perdónanos!».

Repasemos el relato de las apariciones y en todas partes encontraremos siempre esta idea del pecado que parece obsesionar al Inmaculado Corazón de nuestra Madre. Y la pequeña Jacinta, a la que «tanto le gustaba pensar» en todo lo que le había dicho la Señora de la Luz, demostró haber comprendido perfectamente las enseñanzas de su celestial Maestra cuando,

en su lecho de enferma, decía: «Se cometen muchos y muy graves pecados en el mundo... Si los hombres supiesen lo que es la eternidad, harían todo lo posible para cambiar de vida... Los hombres se pierden porque no piensan bastante en la muerte de Nuestro Señor y no hacen penitencia».

La hermana Lucia concreta, además, muchas veces que la, «penitencia» pedida por María consiste esencialmente en los sacrificios que se imponen mediante la estricta observancia de los mandamientos de Dios.

Echar de nuestra vida personal el pecado, he aquí la lección esencial de Fátima, el ardiente deseo del Inmaculado Corazón de nuestra Madre celestial.

Por los demás pecadores

Cuando María habla a sus pequeños confidentes, no les habla jamás de sus propios pecados, pues Ella les había escogido a causa de su inocencia y de su pureza; les pide que rueguen por la conversión de los pecadores y se sacrifiquen en expiación de todas las faltas. En la medida en que nuestras almas hayan conservado la pureza o vuelto a ella, de igual manera los llamamientos del Inmaculado Corazón en favor de los pecadores se dirigen a todos nosotros, pues en esta misma medida nuestras oraciones y sacrificios pueden serles útiles.

Para corresponder a sus deseos, no basta con echar el pecado de nuestras almas; Ella quiere, además, que trabajemos en echarlo del alma de los demás, colaborando a la Redención de su divino Hijo. Tomemos para nosotros estas palabras de Nuestra Señora en su primera aparición: «¿Queréis ofrecer a Dios en vuestros sacrificios y aceptar voluntariamente todos los sufrimientos que Él quiera enviaros, en acto de reparación por los pecados que ofenden a Su Divina Majestad? ¿Queréis sufrir por la conversión de los pecadores, en reparación de las blasfemias, como también de todas las ofensas contra el Inmaculado Corazón de María?». Y respondamos con igual generosidad que los inocentes pastorcillos.

En todas las audiencias que la Señora les concedió, les recordó este deber de caridad para con los pecadores, particularmente en la cuarta:

«Rezad y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay nadie que se sacrifique y rece por ellas».

¡Felices los tres benditos niños, los pastorcillos de Aljustrel, que tan bien respondieron a los deseos de su celestial Visitante, obteniendo así, con sus oraciones tan fervorosas y sus heroicas penitencias, la conversión de tantos pecadores!

Por pecado entendemos casi exclusivamente el pecado personal, individual, y era bastante difícil para los niños llegar a entender la noción de pecado colectivo, social, nacional, público. Y, sin embargo, en las palabras de Jacinta, conservadas por su abnegada enfermera, encontramos esta noción. La niña había comprendido que Nuestra Señora quería que ella expiase, también, los pecados colectivos, modas inmodestas, laicismo perseguidor, leyes contra la santidad del matrimonio.

Es también igualmente necesario expiar y echar de la tierra los pecados públicos, que tienen por nombre pornografía de la prensa y del cine, nacionalismo agresivo, comunismo ateo, abuso de cierto capitalismo, etcétera. Esta clase de pecados se deben más a un estado de ánimo colectivo que a desfallecimientos individuales, y, como estos, reclaman reparación. ¿No se refiere Jacinta a estos deplorables desvíos cuando se lamenta de los graves pecados que se cometen *en el mundo*? En todo caso, ellos provocan, igualmente, la cólera de Dios y atraen sus castigos sobre las naciones.

El rosario, salvación del mundo

En Fátima, María unió de manera muy estrecha el espíritu de penitencia con el rezo del santo rosario.

Al recomendarnos esta devoción, nos conduce de nuevo al Evangelio. El Padrenuestro, que decimos cinco veces por rosario, ¿no es el resumen más hermoso de las enseñanzas del sermón de la Montaña, de las más hermosas máximas del divino Maestro?

Y, por otra parte, la meditación de los quince misterios del rosario, donde queda sintetizada toda la economía de la Redención (excepto el ministerio público del Redentor), proporciona al alma fiel la ocasión de meditar el Evangelio y le da ánimos para la práctica de todas las virtudes

que enseña. ¿Hay algo más eficaz para encaminarnos al bien que la meditación de los ejemplos de Jesús y de su Madre?

Esta es la razón principal por la cual los santos y los papas han recomendado siempre, esta devoción. No podemos en este lugar intentar dar un resumen de sus escritos sobre este particular, por ser muchos y muy importantes. León XIII, renovando y comentando las enseñanzas de Gregorio XVI y de Pío IX, ¿no publicó; él solo *doce encíclicas*, a más de otros muchos documentos sobre el rosario? ¹⁶⁰. El Papa San Pío X, en su testamento, dice: «La oración del rosario es de todas la más hermosa, la más rica en gracias y la que más conmueve al Corazón de la Madre de Dios... Si queréis que la paz reine en vuestras casas, rezad en común el rosario».

En cuanto a Pío XII, entre otros documentos, nos bastará remitir al lector a la tan hermosa alocución pronunciada en su audiencia pública de 6 de octubre de 1941. Es un himno de alabanzas a las glorias del rosario; el Soberano Pontífice demuestra que es la oración por excelencia de la familia; porque conviene perfectamente a los jóvenes, esposos, a los hijos, a la joven, al joven, a la madre de familia, a los ancianos; al moribundo y, en fin, a toda la familia entera reunida.

Al darse el título de «Nuestra Señora —“a Senhora”— del Rosario», la Virgen de Fátima ha confirmado y ha subrayado todas las enseñanzas de los Soberanos Pontífices sobre la importancia y la eficacia del santo rosario.

En los hechos de Fátima, otros muy distintos motivos han llamado nuestra atención sobre el rosario.

María se presenta a los pastorcillos cuando acaban de rezar devotamente el rosario, al parecer para recompensarles. Ella sostiene en su mano derecha la cadena de un magnífico rosario. Sobre todo, *no deja, en cada visita, de recomendar esta oración a sus pequeños amigos*.

Ya en su primera aparición, promete la salvación eterna a Francisco, recordándole que debe rezar el rosario. En esta visita y en las siguientes, la Señora recomienda, sin desmayo, a los niños el rosario cotidiano y ellos se esfuerzan por introducir en sus casas esta costumbre y propagarla «por el mundo entero». Todas las veces que Lucia elevaba a la Visión las súplicas de gracias pedidas por los asistentes, la respuesta era siempre que la gracia sería concedida si la persona interesada rezaba bien el rosario.

El pueblo lo había comprendido así, pues en la Cova da Iria, antes y durante las apariciones, todo el mundo rezaba el rosario. Y cuando se preguntaba a los primeros testigos de qué se trataba, contestaban: «Es una santa del cielo que pide que se rece el rosario».

Por último, el día 13 de octubre, María, resumiendo su mensaje, dijo: «Yo soy la Virgen —“a Senhora”— del Rosario... Yo deseo... que sigáis rezando el rosario todos los días».

¿Puede la Virgen decirnos con más claridad que el rosario, que antes salvó al mundo de la herejía albigense y de la invasión musulmana, puede en nuestros días salvarnos de los peligros, aún más terribles que entrañan el Comunismo ateo y la amenaza de una guerra universal atómica?

Su Santidad Pío XII reconoció esta insistencia de María cuando, en su carta *Saeculo exeunte octavo* (1940), habla del rosario, *tan recomendado por Nuestra Señora de Fátima*.

El Inmaculado Corazón de María, esperanza nuestra

El eminentísimo cardenal Cerejeira proclamó que Fátima abría para el mundo una nueva era: la del Inmaculado Corazón de María. Desde hace treinta y cinco años, la hermana María Lucia sabe que ha tenido que permanecer «sola» en la tierra, porque Nuestro Señor quiere «establecer en ella la devoción al Inmaculado Corazón» de su Madre. Su primita Jacinta, antes de morir, le recomendó no fuese infiel a esta parte del mensaje de la Señora: «*Llegado el momento, di con claridad que Dios nos concede sus gracias por mediación del Inmaculado Corazón de María..., que los hombres han de pedir la paz a este Inmaculado Corazón, porque Dios se la ha confiado*».

La pastorcilla de Aljustrel no había olvidado que el ángel del Cabeço le había pedido que consolase a su Madre del Cielo; ella tuvo siempre presentes en su alma las palabras de la Señora de la Cova da Iria que pedía a los pequeños videntes consolasen a su Corazón de las penas que le ocasionaban los pecados de los hombres.

Fue su intenso amor a este Inmaculado Corazón el que sostuvo su ánimo en los crueles sufrimientos que la condujeron a la muerte y al Paraíso.

El «momento» del que hablaba Jacinta parece haber llegado ya. En efecto, Nuestra Señora había dicho en su aviso secreto del 13 de julio de 1917: «Para evitar esto (las desgracias anunciadas como castigo divino), *Yo volveré* para pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados de mes». Lucia ha dado a conocer a las autoridades eclesiásticas dos apariciones (10 de diciembre de 1925 y 15 de febrero de 1926), en las cuales la Santísima Virgen le precisó lo que Ella entendía por tal consagración y por tal comunión reparadora.

Su Santidad Pío XII quiso satisfacer la primera de estas súplicas cuando, el 31 de octubre de 1942, consagró solemnemente la Iglesia, el mundo y Rusia al Inmaculado Corazón de María. Esta consagración, pronunciada por radio en portugués, la repitió el día 8 de diciembre siguiente en San Pedro, ante el pueblo, romano. Y la inmensa muchedumbre que en aquel día llenaba, hasta desbordar, la basílica vaticana creyó ver en aquella solemnidad el cumplimiento de la representación de la pequeña Jacinta que había visto, en un período de guerras y calamidades, «al Santo Padre arrodillado, en una gran iglesia, ante el Inmaculado Corazón de María, y una ingente muchedumbre rezando con él».

No nos es posible estudiar aquí ni la historia ni la teología de esta devoción al Inmaculado Corazón de María. Otros lo han hecho ya; limitémonos a indicar que tuvo como principales promotores a unos santos franceses: San Juan Eudes, en el siglo XVII, hizo que se incluyese esta devoción en la Liturgia, y, en el siglo XVIII, San Luis María de Grignon de Monfort la popularizó. Pío VII, en 1805, otorgó a Francia una fiesta especial en honor del Inmaculado Corazón. La Medalla Milagrosa y la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias propagaron extraordinariamente esta devoción durante el siglo XIX, de modo que, poco a poco, ha ido extendiéndose por toda la Iglesia.

El autor se cree obligado a dar a conocer una fase importante y poco conocida de esta difusión. El proyecto de consagración del mundo al Inmaculado Corazón, supremo recurso contra la impiedad que parecía iba a invadir la tierra, ha sido el objetivo principal de la *Cruzada mañana*, obra que alcanzó cierta importancia a principios de nuestro siglo XX. Fue fundada en 1900, en aquella iglesia y parroquia de la cual la divina providencia nos ha constituido su pastor ¹⁶¹, por el reverendo Padre Alfredo Deschamps, un gran apóstol de los Sagrados Corazones de Jesús y de

María, y por nuestro predecesor, el reverendo Martres, con la aprobación de monseñor Germain, arzobispo de Toulouse, y de las más altas autoridades eclesiásticas. Esta «cruzada», entre otros objetivos, propagaba una *Súplica al Padre Santo* en favor de la consagración del género humano al Inmaculado Corazón. En 1904, con motivo del jubileo de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el Padre Martres tuvo, con relación a este asunto, cinco audiencias particulares con el Papa San Pío X. A su muerte, demasiado prematura, la cruzada trasladó su sede a Nuestra Señora de las Victorias, de París (1906).

En 1914, el Comité del Congreso Eucarístico Internacional de Lourdes propuso al Padre Santo tuviese a bien, en tal ocasión, consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de María por labios de su legado en el Congreso. Pío X contestó que valía más reservar este acto para otra circunstancia exclusivamente mariana, Pocos días después estalló la guerra y el Padre Santo abandonaba este mundo.

En los planes de la divina providencia, la «circunstancia puramente mariana», esperada por Pío X, ¿no eran acaso las apariciones de Fátima, acaecidas tres años después de la muerte del santo Pontífice y en las cuales la Virgen María formulaba por sí misma la petición hecha en Toulouse diecisiete años antes?

Las negociaciones de paz de la Gran Guerra se dilataron, después del armisticio, hasta el 28 de junio, octava de la fiesta del Sagrado Corazón, día que había sido especialmente señalado por San Pío X para la festividad del Sagrado Corazón de María (aquel año, el 23 de junio) ¹⁶².

Una nueva petición recogió, solamente en Francia 300.000 firmas con la adhesión de treinta obispos. Los congresos marianos siguieron renovando la misma petición. Por fin, Su Santidad Pío XII, veinticinco años después de las apariciones de Fátima, hizo esta consagración en una hora particularmente crítica para la historia de la humanidad.

El ruego de María a los pequeños videntes no era, empero, una novedad; se trataba de un paso concebido y deseado especialmente por la piedad francesa, y que un cúmulo de circunstancias dilataron por mucho tiempo su realización.

Mucho le hemos de agradecer a Su Santidad Pío XII el haber respondido filialmente al deseo expresado por nuestra Madre del Cielo. Es

de desear que pronto, en un impulso unánime, todas las diócesis, todas las parroquias, todas las familias cristianas, todos los creyentes del mundo entero se consagren al Inmaculado Corazón de María, con una consagración que sea una verdadera donación generosa y total, y la señal, por una conversión sincera, de una transformación profunda de nuestras vidas individuales y de toda la sociedad ¹⁶³.

«El día en que María sea proclamada Reina del Universo —escribe el reverendo L. Poux—, responderá Ella como Reina con todas las finezas y todas las liberalidades de su corazón materno y real» ¹⁶⁴.

Quizás nuestra Madre del Cielo haya querido apresurar la hora de su misericordia al pedir se propagara la devoción a su Inmaculado Corazón.

La guerra o la paz

En el relato de la primera aparición hemos observado, de paso, la respuesta de la Señora a la pregunta de Lucia: «¿Podéis decirnos si la guerra terminará pronto?».

Si la pregunta de la niña traduce la angustia de los pueblos en aquel momento, la respuesta de la Reina del Cielo es prueba evidente de que el problema de la paz y de la guerra ocupa también sus pensamientos, y que, en su intención, que es la misma del propio Dios, el término de las pruebas a que está sometida la humanidad está subordinado al cumplimiento de las condiciones que proponga: «*No puedo decírtelo aún, mientras no te haya dicho también lo que quiero*».

En las visitas intermedias, María pidió muchas veces a los pastorcillos que rezasen mucho por la paz, que *solamente* Ella puede alcanzar para los hombres.

Lo que Ella pide a los pecadores, lo que pide a los justos, hemos procurado indicarlo. La Virgen lo resume en su última aparición. Para transmitirlo a la muchedumbre, aún aterrorizada por el gran prodigio solar, Lucia, llevada en hombros por el joven abogado Carlos Mendez, grita, «con la voz y el acento de un gran profeta: “¡Haced penitencia! (Convertíos). *Si hacéis penitencia, la guerra terminará*”».

Un cuarto de siglo después, al conocerse el texto de la gran admonición mariana de 13 de julio de 1917, pudimos leer en ella: «Si se hace lo que os diré, muchas almas se salvarán y habrá paz...». Y unas líneas más abajo, con referencia a un período más lejano: «Si se escuchan mis ruegos, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, propagará sus errores por el mundo, provocando guerras y persecuciones, etc.».

Lo que primero quiere Nuestra Señora, lo hemos dicho ya, es echar el pecado de este mundo para salvar las almas del infierno, castigo individual; pero también sabe Ella que, borrando el pecado, igualmente se abolirá la guerra, que es el fruto natural y el castigo del pecado, y constituye, por la justicia divina, el castigo de las colectividades, familias y pueblos. Jacinta, que lo comprendió perfectamente, dirá en su lecho de muerte: «La Santísima Virgen ha dicho que hay muchas guerras en el mundo; no son más que castigos por los pecados de los hombres».

La desaparición del pecado, he aquí «lo que Ella quiere» ante todo; este es el punto primordial de su mensaje. Pero, salvando las almas, quiere asimismo preservar a las ciudades y a los pueblos del azote de la guerra, especialmente de la que amenaza y que sería, caso de estallar, un cataclismo insospechado y probablemente el fin de la civilización en la tierra. He aquí por qué, además de las condiciones morales para la paz, indica una condición «histórica, actual»: la «conversión» de Rusia. ¿Cómo hemos de interpretar la palabra portuguesa «conversão»? Entendiendo, al menos, la reintegración de esta nación a la corriente de la civilización cristiana y occidental, de la cual se apartó hace tiempo por culpa de los zares, manteniéndose ahora violentamente fuera gracias a la tiranía de una falsa democracia, que es, en realidad, la forma más exasperada que el nacionalismo agresivo y expansionista ha tenido jamás en la tierra. A esta «conversión», el «telón de acero» opone una muralla aparentemente infranqueable; pero las muchas alambradas no pueden evitar la eficacia de los medios sobrenaturales que nos propone el mensaje de Fátima. Y, por consiguiente, incluso desde este punto de vista «actual», el afianzamiento de la paz en este mundo no puede verificarse sin la conversión de los pecadores, sin la oración y el sacrificio de los justos ¹⁶⁵.

Al indicarnos las condiciones de la paz, el mensaje de Fátima parece incluir, al mismo tiempo, la *promesa*. El cardenal Cerejeira la proclamó en su magistral discurso de la Asamblea de Madrid: «Hay en el mensaje de

Fátima una promesa...; promesa de la protección especial de Nuestra Señora por la conversión de los pecadores, *por la obtención de la paz, por la conversión de Rusia*».

Esta promesa está formalmente expresada en las últimas palabras de la advertencia mariana: «Pero al fin mi Inmaculado Corazón triunfará, Rusia se convertirá y el mundo gozará de un período de paz». El citado príncipe de la Iglesia quiere que nosotros encontremos una garantía de ello en el cumplimiento de esta promesa para el pueblo portugués. Pero lo que más enardece la confianza de los pueblos en las promesas de María y acrecienta el fervor de sus súplicas por la conversión de Rusia y por la paz, es el exacto y evidente cumplimiento de las amenazas que acompañan a las promesas: «Si se cumple lo que deseo... Si no...». Todo cuanto Lucia oyó el día 13 de julio de 1917 referente a los acontecimientos que seguirían a la segunda guerra y el nefasto papel de Rusia en lo que era entonces el futuro del mundo, ¿no se ha realizado y sigue realizándose ante nuestros ojos, según hemos dicho en nuestra nota sobre el «secreto» de Fátima? A una madre le gusta más consolar que castigar. Si el castigo se ha cumplido, ¿por qué no hemos de confiar en las promesa de la paz?

Es cierto que hay que vivir aún un período que no sabemos cómo será. La promesa es cierta, aunque el momento y la manera cómo se producirá no está a nuestro alcance. O más bien depende de nosotros que se adelante este día feliz, de nosotros que hemos escuchado las palabras de nuestra Madre del Cielo, En último término, la suerte del mundo está tanto en nuestras manos como en las de Dios, que no quiere otra cosa sino obrar según su misericordia.

Estas breves y demasiado rápidas consideraciones, juntamente con las esperanzas que nos ha hecho concebir la Ruta mundial, nos permiten terminar el presente capítulo, sin exceder nuestro propio pensamiento ni el alcance de los hechos reseñados, con aquella frase que nos parece entusiasta del eminentísimo Patriarca de Lisboa, frase que hacemos absolutamente nuestra: «*Fátima se ha convertido en la esperanza de todas las naciones*»; y no es exagerado proclamar de nuevo, aplicándola aquí, la palabra del poeta: «Una grande esperanza ha atravesado la tierra» (discurso de Madrid, 30 de mayo de 1948).

QUINTA PARTE: NOTAS EXPLICATIVAS

1. LEYENDA DE FÁTIMA-OUREANA

En 1158, cuando la mitad de Portugal, desde el Tajo hasta el Sur, estaba todavía bajo el yugo de Mahoma, una brillante cabalgata de jóvenes musulmanes de uno y otro sexo, ricamente ataviados, salía la mañana de San Juan del castillo de Alcacer do Sal, dirigiéndose hacia las orillas del río Sado para entregarse al regocijo.

Iban alegremente, cuando, de pronto, salió de una emboscada un grupo de caballeros portugueses, conducidos por el terrible *Traga-Moiros*. (Traga Moros), don Gonzalo Hermingues. Ante tan repentino ataque se dispersa el cortejo; la mayoría de los caballeros caen combatiendo valerosamente, los demás son hechos prisioneros, así como las damas de la escolta, y conducidos a Santarem para ser presentados al rey, don Alfonso Henriques, fundador de la Monarquía, entonces en guerra con los sarracenos.

El rey alaba la valentía de los suyos y pregunta al capitán qué recompensa desea.

—El honor de haberos servido, señor, y, como recuerdo de esta jornada, pido la mano de Fátima.

Este era el nombre de la más noble y bella de las cautivas, la hija del valí de Alcacer.

—Bien —respondió el monarca—; pero con la condición de que la joven princesa acepte libremente nuestra santa fe y quiera ser vuestra esposa.

Fátima aceptó, y, después de haber recibido la instrucción conveniente, fue bautizada con el nombre de *Oureana*. La boda se celebró y el rey dio a don Gonzalo, como presente de bodas, la ciudad de Abdegas, que se llamó desde entonces Oureana (Ourem, actualmente).

La bella princesa murió en la flor de su edad; don Gonzalo, desolado, se entregó a Dios en la abadía cisterciense de Alcobaga, recién construida por Alfonso I, a unos 30 kilómetros de Ourem.

Algunos años más tarde (1171) esta abadía fundó un priorato en un pueblo de la montaña vecina. Fray Gonzalo, según algunas crónicas, fue enviado a aquella casa como prior. Terminada la capilla, trasladó a ella los restos de su amada Oureana, los cuales, según se dice, deben de estar todavía allí, aunque no hay ninguna inscripción que indique el lugar donde descansan.

He aquí cómo se explica, según la leyenda, la consonancia puramente árabe de estas tres sílabas: *Fátima*.

El convento subsistió hasta el siglo XVI; la capilla, todavía en pie, ha venido a ser, a través de varias transformaciones, la iglesia parroquial actual.

En cuanto a Ourem, la antigua fortaleza condal, es hoy un pueblecito, en lo más alto de la colina, y en el llano se ha construido una nueva cabeza de partido. Vila Nova de Ourem.

2. LA APARICIÓN «IMPRECISA» DEL ÁNGEL

Alguien ha sospechado de la plenitud de las facultades de la pequeña Lucia, atribuyéndole la visión de un pretendido fantasma; mas para ello han tenido que deformar gravemente el relato que ella hizo de una especie de visión imprecisa que parece haber tenido por objeto prepararla para la del ángel.

He aquí cómo nos presenta este relato un «crítico» en *Vie Spirituelle* (diciembre 1948), reproduciendo *Nova et Velera* de Friburgo. «Hacia la misma época (de la tercera aparición del ángel), Lucia había tenido la visión de una forma enmascarada, delante de la cual no podía hacer otra cosa sino huir». El Padre Dhanis da aquí su juicio diciendo que se trata de una «vulgar alucinación».

Confrontemos este resumen con el detallado informe que nos da Lucia en su segundo cuaderno titulado: *Historia de Fátima, tal cual es*.

«Cuando mi madre me confió el cuidado del rebaño, las demás pastorcillas de la aldea quisieron ir conmigo. Las encontré demasiado traviesas, y solo admití a tres: las hermanas Teresa y María Rosa Matías y María Justina. Un día fuimos juntas al Cabero; yo les dije que rezáramos el

rosario. Apenas habíamos comenzado cuando ante nuestros ojos vimos, como suspendido en el aire, sobre los árboles que cubrían la pendiente, una figura semejante a una estatua de nieve, que los rayos del sol hacían un poco transparente.

—¿Qué es aquello? —preguntaron mis compañeras, intranquilas.

—No lo sé —dije.

Continuamos el rezo, llenas de miedo y fijos los ojos en la figura, que desapareció al terminar el rosario.

Según mi costumbre, opté por callar... Pero las compañeras contaron lo ocurrido en sus casas, de forma que mi madre tuvo de ello conocimiento por diversos conductos».

Un día, María Rosa, con aire muy severo, preguntó a su pequeña:

«—Oye, Lucia. He oído decir que has visto no sé qué... Dime, ¿de qué se trata?

—No sé, madre.

Y como no sabía explicarme, añadí:

—Parecía alguien envuelto en una sábana.

—Chiquilladas —replicó María Rosa».

Algún tiempo después, jasnado, por el mismo lugar con las mismas amiguitas, se produjo nuevamente el fenómeno, y más tarde repitióse por tercera vez. Lucia callaba, pero hablaron nuevamente sus amiguitas. Su madre se enfadó de veras, por lo cual Lucia sufrió mucho y hubo de soportar a quienes se mofaban de ella por la indiscreción de sus amigas

Su relato, muy detallado, concluye de esta manera:

«Estas burlas y reproches nada me importaban, y yo no sabía entonces lo que Dios misericordioso me reservaba para el porvenir».

Ya puede ver el lector que el resumen de dos líneas, que hemos citado más arriba, contiene tantos errores como palabras.

1.º El incidente no ocurre hacia la época de la tercera aparición del ángel, sino el año anterior, en primavera, cuando Lucia se iniciaba en sus funciones de pastora. Tenía apenas ocho años, y no nueve y medio, como en el tiempo de la comunión mística.

2.º No se habla en aquel resumen más que de una «visión», cuando, en realidad, hubo tres.

3.º Únicamente se menciona a Lucia como vidente, y esta, por el contrario, nombra a otras tres pastorcillas, *que viven todavía y han dado fe de la exactitud del relato de su compañera*.

4.º Ni Lucia ni sus amiguitas huyeron en presencia de una «forma enmascarada», sino que siguieron hasta terminar el rezo del rosario, sin dejar de mirar hacia la visión.

5.º Se comprende que una niña de ocho años, atemorizada por su madre, no supiera encontrar palabras para describir lo que había visto. Para significar lo «vaporoso» de la aparición, que permanecía vaga e imprecisa a causa particularmente de la distancia, emplea la expresión de «alguien envuelto en una sábana». Más tarde, después de haber aprendido a leer, según el consejo de Nuestra Señora, describirá mejor esta «estatua de nieve, que los rayos del sol hacían un poco transparente».

Lucia cree que esta visión era una especie de preparación psicológica para las visiones futuras del ángel y de Nuestra Señora. Parece creer también que era el mismo espíritu celestial que el ángel del año siguiente, pero manifestándose en forma incompleta y permaneciendo a distancia.

3. LAS APARICIONES DEL ÁNGEL

I. *Historicidad*.—Se ha criticado mucho la discreción de sor Lucia por haber esperado veinte años para dar a conocer estos maravillosos relatos. Cuatro principales razones explican su silencio: 1.a, las molestias que había tenido que soportar por la que se llama visión «imprecisa» e «preparatoria»; 2.a, el temor que sentía de despertar sospechas en el conjunto de sus declaraciones, y particularmente, al narrar las apariciones de la Señora (se comprenderá mejor este sentimiento después de haber leído la presente nota y lo que decimos en la parte cuarta sobre el papel del clero en esta clase de asuntos); 3.a, el sentimiento de que se trataba de una gracia exclusivamente personal de los videntes, sin otro objeto que el bien de sus almas, sin ninguna relación con el mensaje mariano en sí mismo, y sin que fuese necesaria la divulgación; 4.a, finalmente, y sobre todo, los consejos de los superiores eclesiásticos, a quienes Lucia se había confiado.

Si la vidente no divulgó estos hechos, mucho menos los ocultó. En efecto:

1.º En todos los interrogatorios que se le hicieron, si se le preguntaba: «¿Viste a la Santísima Virgen antes del 13 de mayo?», ella respondía negativamente. Pero si se le preguntaba: «¿Tuviste alguna otra aparición antes del 13 de mayo?», respondía afirmando. Incluso se ha deducido de esta aparente contradicción, que prueba su lealtad absoluta, un argumento contra su sinceridad. (Cfr. Costa Brochado, *Fátima a luz da historia*, pág. 322.)

2.º Ya en vida de Jacinta, Lucia preguntó al señor cura deán de Olival, su primer director espiritual, si mentía respondiendo a los curiosos que no tenía nada más que decir, cuando en realidad les ocultaba «otras cosas que no eran ningún secreto». Estas cosas las había manifestado al sacerdote reverencio Jacinto Ferreira, el cual la alentó en su actitud de discreción, no habiendo podido atestiguar más tarde por haber muerto en 1924.

3.º Por el M. I. señor canónigo Formigão sabemos que, habiéndole dicho una vez Lucia: «Hay también las apariciones de un ángel», el prebendado hizo desistir a la niña de relatarlas con detalle, y no mencionó este hecho en la redacción de su interrogatorio, porque temía que estos relatos maravillosos aumentasen todavía más la desconfianza y la incredulidad hacia lo sobrenatural de Fátima, no teniendo —así le parecía al señor canónigo— utilidad directa para el mensaje.

Poseemos, además, numerosos indicios de que Lucia no inventó estos hechos al redactarlos veinte años después, sino que los conocía desde el principio.

1.º Cuando los pequeños videntes estaban solos, se les veía conversar en secreto: «No sé qué tienen estos niños —decía mamá Olimpia— en cuanto están solos charlan como cotorras; si alguien se acerca a ellos se quedan mudos y nadie puede arrancarles una sola palabra». Por otra parte, se sabía, desde el tiempo de las apariciones, que rezaban ciertas fórmulas que llamaban la «oración del Ángel».

2.º Jacinta, estando enferma, se levanta por las noches para rezar estas oraciones con la frente inclinada hasta el suelo, como el ángel. Lucia, viéndola demasiado fatigada para tal esfuerzo, rogó al señor deán de Olival que se lo prohibiera.

3.º Durante la información canónica de 1924, Lucia, a la sazón de diecisiete años, fue presa de escrúpulos por haber jurado decirlo todo, salvo el secreto, y haber callado —dice ella misma— «ciertas cosas que habíamos convenido no decir a nadie». Si hubiese inventado estas cosas al redactar sus cuadernos en 1937, no se comprende cómo habría podido concebir escrúpulos al callarlas en 1924.

4.º El 21 de mayo de 1946, examinando otra vez, al cabo de treinta años, los acontecimientos del Cabeço, y viendo los lugares de las apariciones del ángel, Lucia se dirigió sin titubear hacia la pequeña cavidad o hueco de una de las rocas de la cornisa sur de la colina, a pesar de las indicaciones de quienes, guiándola, intentaban llevarla hacia la cueva o gruta que se había mostrado hasta entonces a los peregrinos como el lugar de la primera y tercera apariciones del ángel. Además indicó sin la menor vacilación los lugares donde habían ocurrido todas y cada una de las más pequeñas circunstancias de las apariciones angélicas. Tal seguridad no se comprendería si hubiese reconstruido por primera vez un relato imaginario, localizándolo en un sitio real.

5.º Finalmente, monseñor *José da Silva* conocía estos hechos desde *hacia mucho tiempo*, y, en su discreción, había dejado a la vidente la libertad de publicarlos cuando ella juzgase oportuno.

II. *Aspecto del ángel.*—¿Por qué los pintores se empeñan en representar al arcángel San Miguel, en su aparición a Juana de Arco, con grandes alas y a veces suspendido en el aire, cuando la santa guerrera declaró varias veces ante sus jueces que lo veía a su lado «como un muchacho gentil», «en forma de grave varón»? El mismo error se comete con respecto al ángel del Cabeço. He aquí algunos extractos de nuestra conversación con Lucia sobre el particular.

—¿Le visteis alas?

—No, señor canónigo.

—¿Cómo era?

—Era de luz.

Le mostré un dibujo donde el ángel, gigantesco y carnoso, llevaba una espesa y larga cabellera y dos alas grandes; ella movió la cabeza varias

veces, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con gesto significativo.

Abrió luego un libro en el cual el ángel estaba fina y delicadamente representado sin alas, siendo su figura suave, aureolada toda ella de luz. Una sonrisa de satisfacción iluminó entonces el rostro de la buena religiosa, que dijo:

—Sí, era así...

Y añadió:

—Poco más o menos...

Lucia reconoció que el tema era difícil de tratar, pero estuvo contenta de haber hallado quien supiese interpretar lo que había visto.

III. *La comunión, mística.*—He aquí algunas palabras del diálogo con sor Lucia de Jesús:

—¿Cree usted que comulgó realmente aquel día como en la santa misa?

—Creo que sí, pues sentí el contacto de la Hostia como en las comuniones ordinarias.

—¿Estaba también convencida Jacinta de que había recibido realmente la Sangre del Señor?

—Creo que sí.

—¿Creía, pues, haber hecho su primera comunión y tener en lo sucesivo el derecho de comulgar en la santa misa?

—Nunca creyó poder comulgar en la iglesia sin permiso del sacerdote.

Sobre las cuestiones que algunos se proponen: cómo Lucia pudo recibir en el Cabeço una Hostia consagrada y qué sacerdote la había consagrado, hemos de decir, sencillamente, que los mismos idénticos problemas se plantean en la vida de aquellos santos que han comulgado de manos de un ángel, tales como San Estanislao de Kostka, San Gerardo Majeda y otros.

4. COVA DA IRIA

Antes de 1917, la llamada Cova da Iria era casi desconocida de las gentes de sus alrededores. María Carreira, de la aldea vecina de la Moita, que había de vivir y morir en la Cova, oyó por primera vez este nombre: cuando su marido le dio cuenta de la conversación con Antonio dos Santos, padre de Lucia, que le había referido la primera aparición.

Un sacerdote, que había permanecido dos años en Fátima (1908-1910), escribía más tarde: «He hablado con todos los feligreses, he visitado todos los caseríos y todas las familias; jamás he oído nombrar esta Cova da Iria, de la que habla actualmente todo el mundo. Yo conocía aquel lugar por haber pasado por aquellos parajes, pero ignoraba su nombre, conocido solamente de quienes poseían allí sus tierras».

Cova significa «cueva, oquedad, hoyo, cavidad, pequeño valle, barranco, hondonada». Los naturales de la región dan el nombre de *cova* a los numerosos hundimientos de tierra que allí se encuentran. No lejos de la Cova da Iria está la Cova do Chao Barreiro (de arcilla), do Cebolo (de la Cebolla), do Pereiro (del peral), das Tormentas (de las tempestades), da Raposa (de la zorra), etc. Aquella en que apareció Nuestra Señora lleva el nombre menos vulgar.

Iria es la forma popular del nombre *Irena* (Irene), Posiblemente el tal terreno perteneció en otro tiempo a una mujer de este nombre, tal vez una antepasada de Lucia, pues la mayor parte de la Cova pertenecía a su familia, desde muchas generaciones. Es muy probable que fuese llamada así en honor de Santa Irene, heroína de la pureza, nacida y martirizada en Tomar, 20 kilómetros al este de Fátima. Hija del noble Ermigio y de Eugenia, fue educada, bajo la dirección de un tío suyo, el abad Celio, por dos tías suyas religiosas benedictinas. Siendo todavía niña, hizo voto de consagrarse a Dios. Un joven señor de nombre Britaldo, de tal modo se enamoró de ella, que no sabía pensar en otra cosa. Irene consiguió, por fin, hacerle comprender los motivos por los cuales le rehusaba.

Britaldo renunció al objeto de su pasión, pero negóse a pensar en otra mujer. Un día alguien calumnió a Irene delante de él, que, loco de celos, dio a uno de sus soldados la orden de matarla. Este la atravesó de una estocada y arrojó su cuerpo al río Nabón; la corriente la arrastró hacia el Tajo.

La leyenda añade que, cerca de la villa de Santarem (Santa Irene), el agua del río se detuvo y en su lecho seco el abad Celio, que buscaba a su sobrina, vio un sarcófago ricamente trabajado. Abriéronlo y encontraron en él el cuerpo de Irene, resplandeciente de belleza. Todos los esfuerzos para llevárselos fueron inútiles; solo pudieron tomar algunas reliquias. Las aguas, recobrando su curso, cubrieron de nuevo la rica sepultura.

Otra tradición cuenta que la reina Santa Isabel, pasando por allí, se arrodilló en la orilla del río y pidió a Dios con gran deseo poder ver la tumba de la joven mártir. Se repitió el milagro de las aguas, pero nadie consiguió abrir el sarcófago. Entonces el rey Don Dionís mandó levantar el monumento, que existe todavía, con la estatua de la santa bajo una cúpula.

Queremos destacar que la palabra Irene es de origen griego y significa paz. ¿Cuántos peregrinos han encontrado por la penitencia y la oración la paz de su alma en este *valle de la paz*? ¿Por qué no hemos de esperar obtener una paz duradera para los hombres, mediante este movimiento universal hacia Dios iniciado en Cova da Iria?

5. PARTE DEL ROSARIO O ROSARIO COMPLETO

En la primera aparición, cuando Lucia preguntó a la Señora si Francisco iría también al paraíso, la Visión le respondió, según la generalidad de los relatos:

«Sí, pero a condición de que rece muchas partes del rosario».

Algunos dicen, incluso, «muchos rosarios» (así Rambaud en *La Dame toute belle*).

Esta expresión, en los labios de la Reina del Cielo nos había parecido siempre poco maternal. De hecho, hojeando los interrogatorios originales, hemos encontrado que no concuerda con lo que dijeron los videntes desde el principio. El texto portugués es bastante difícil de interpretar en todos sus matices. Helo aquí, en su versión, palabra por palabra:

Irá tamben; esse ainda ha de rezar as contas d'ele («Irá también; todavía ha de pasar las cuentas [de rosario] de él ha de decir su rosario»).

Encontramos dos notables diferencias entre esta fórmula y la dada corrientemente. Primeramente, no parece que la Virgen haya hecho del

rosario una condición para la salvación de Francisco; y en segundo lugar, la Virgen no le pidió que dijese «muchos».

La palabra *ainda* (conjunción y a veces adverbio) posee un significado bastante vago de «todavía», «también», «además»; pero no contiene ninguna idea de necesidad o de condición. Por otra parte, *as contas* significa literalmente «las cuentas» (del rosario), expresión más popular que *o terço*, el tercio (del rosario).

La Visión, por tanto, no ha hablado ni del rosario entero, ni de la tercera parte (*terço*), sino solamente de los granos, de las cuentas, de las Avemarías que componen el rosario. Casi siempre la frase *as contas* designa el rosario completo; pero por sí misma esta expresión puede significar solamente una parte del rosario, una o varias decenas.

Francisco recibe, pues, el consejo de desgranar su rosario, de no dejarlo abandonado en el bolsillo. El aumento de la expresión original puede provenir de la devoción de Francisco al rosario, pues cuándo Lucia le refirió lo que había dicho la Visión, exclamó: «¡Oh, Señora mía, diré todos los rosarios que me pedís!».

Durante la información canónica de 1924, Lucia expresó la respuesta de la Señora de manera algo distinta: «Ella dijo que sí, pero que debía rezar el rosario. *Disse que sim, mas que le devia rezar o terço*».

En una entrevista con sor Lucia, el autor le preguntó si todas las veces que la Santísima Virgen recomendaba a los videntes (o a los asistentes por su mediación) decir el rosario (y ello ocurrió muchas veces en cada una de las apariciones), había empleado la palabra «rosario», todo entero, con sus quince misterios (Como se lee en numerosos relatos), o la palabra que indicase un «tercio», una parte o cinco misterios, sor Lucia respondió que la *Señora no había usado jamás la palabra «rosario», a excepción de cuando dijo que era «A Senhora do Rosario, la Señora del Rosario», en la sexta aparición. Siempre empleó la palabra terço.*

Sor Lucia explica por qué la mayor parte de los libros hablan siempre de «rosario», como si la Señora hubiera pedido a todos los que solicitaban sus favores rezasen cada día tres partes del rosario. He aquí lo que ella supone:

«Cuando estuve en España (vivió aquí cerca de veinte años), escribía y hablaba en español. En este idioma no se conoce más que la palabra

“rosario”, que designa indistintamente una parte del rosario (cinco decenas) o el rosario entero (quince decenas). Yo no podía usar otra palabra. De ahí procede, sin duda, la confusión, porque quienes me preguntaban por escrito o de viva voz utilizaban uniformemente el vocablo rosario».

Los videntes han dicho siempre que la Aparición llevaba suspendida de su brazo derecho, no un rosario completo, sino un rosario de cinco decenas.

6. LA ORACIÓN ENTRE LAS DECENAS DEL ROSARIO

Desde el comienzo, los pequeños videntes enseñaron a cuantos les rodeaban una fórmula de oración que la Señora les había pedido rezasen entre las decenas del rosario. Ninguna de las frases atribuidas a la Visión ha sufrido variaciones de tanta importancia como esta. Habiendo yo pedido a sor Lucía el verdadero texto (18 de octubre de 1946), me lo dictó así, de memoria:

O meu Jesus!, perdoai-nos, livrai-nos do fago do inferno, e levai as alminhas todas para o ceu, e socorrei principalmente as que mais precisarem.

Hice en seguida la siguiente traducción, que sometí a su aprobación, como también a la de la profesora de francés del pensionado de Sarda, cerca de Oporto, donde ella residía: *O mon Jesus!, pardonnez-nous, préservez-nous du feu, de l'enfer; conduisez au Paradis toutes les ames et secourez surtout celles qui en ont le plus besoin.*

¡Oh, Jesús mío!, perdónanos, libranos del fuego del infierno; lleva al cielo a todas las almas, y socorre principalmente a las más necesitadas.

La palabra «lleva» (*levai*) podría substituirse por «conduce» y también por «toma». *Socorrei* podría traducirse por «ven en socorro de» y también por «ayuda» [a ir al cielo].

Esta fórmula casi nunca se emplea tal como nos la dictó la vidente. La forma más corriente es:

«¡Oh, Jesús mío!, perdona nuestros pecados; libranos del fuego del infierno, y socorre a las almas del purgatorio y principalmente a las más abandonadas».

Sin embargo, según los documentos originales, en sus respuestas a los interrogatorios oficiales de 1917 (párroco) y de 1924 (Comisión canónica), Lucia la dictó entonces igual que nos la dictó a nosotros veintidós y veintinueve años más tarde. Es conveniente hacer observar que ya en 1924 la forma errónea era corriente en Portugal, y que Lucia, en lugar de citarla, citó textualmente, la de 1917.

Creo, pues, poder felicitar a la buena religiosa por su fidelidad a su primera versión. Con todo, he de añadir que, al comparar ambos textos, no de memoria, sino palabra por palabra, me di cuenta de que contenía dos pequeñas diferencias. Las informaciones de 1917 y 1924 no traen las palabras *e socorrei*, y la palabra «todas» está delante de *as alminhas*, y no después, Igual sucede con otra cita que hace Lucia de la oración en su tercer cuaderno.

Me permití pedir a la hermana Lucia que me precisase el sentido de la palabra *alminhas* (almas):

—En estas almas que tienen necesidad del socorro divino —le dije—, ¿hay que ver a las almas del purgatorio o a las de los pecadores?

—*Dos peccadores* —me contestó sin titubear.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Porque la Santísima Virgen siempre nos hablaba de las almas de los pecadores. Nos lo recomendó de todas maneras. Nunca nos habló de las almas del purgatorio.

—¿Por qué razón, según su modo de ver, Nuestra Señora les recomendó particularmente las almas de los pecadores más que las del purgatorio?

—Seguramente porque las almas del purgatorio están ya salvadas, como si estuviesen en el vestíbulo del cielo, mientras que las almas de los pecadores están en la pendiente que lleva a la condenación.

En el fondo, este era mi propio pensamiento.

—La explicación de usted me parece muy teológica. ¿Por qué, pues, en muchas iglesias, incluso en Portugal, se nombra en esta oración a las almas del purgatorio?

—*Nao sei.* (No lo sé.) Pero yo no he hablado nunca de las almas del purgatorio. Por lo demás, esto no es de mi incumbencia.

Quizás podría intentarse una explicación bastante natural a esta curiosa variante. En portugués, la palabra «almas», especialmente en su forma diminutiva *alminhas* (las pequeñas, las pobres, las queridas almas), empleada sin determinativo, designa generalmente las almas del purgatorio. En las iglesias, los cepillos para las almas del purgatorio llevan la inscripción *caixa das almas*; y en las encrucijadas de los caminos se encuentran pequeños edículos con esta inscripción en el frontispicio: *Ermida das alminhas* (Ermita de las almas).

Las personas que iban a la Cova da Iria para rezar con los niños les oían repetir la fórmula enseñada por la Señora. Creyeron que estas almas que se habían de llevar al cielo eran las del purgatorio; cosa muy natural si se tiene en cuenta que los niños no habían revelado aún ni todo aquello que les había pedido la Señora para la salvación de los pecadores, ni la terrible visión del infierno, y además porque ningún teólogo había profundizado bastante el sentido del mensaje mariano de Fátima.

Quien cometió el más grave error fue quien añadió las palabras «del purgatorio». El pueblo recitó la oración deformada de esta manera. Cuando, unos años después, los sacerdotes empezaron a interesarse por las cosas de Fátima, repitieron la fórmula popular. Lucía no estaba presente para rectificar. Incluso si la oyó rezar alguna vez en el convento, no pudo indicar la deformación del texto sin faltar a su promesa de silencio y a su resolución de no intervenir en aquellas cosas que solo corresponden a la autoridad eclesiástica.

Es curioso observar que la fórmula recitada por Ti Manel y su mujer (decían que la habían aprendido en 1917 de labios de Francisco) es completamente idéntica a la que Lucía recitó a su párroco, a excepción de la palabra «almas» en lugar de su diminutivo *alminhas*. «Cuando estoy solo —dijo M. Marto— la recito así; cuando estoy en la iglesia la digo como los demás».

7. EL «SECRETO» DE FÁTIMA

Unos días después del 13 de julio de 1917, a la pequeña Jacinta, interrogada por personas impertinentes, se le escapó decir que la Señora había dicho a los videntes «ciertas cosas para ellos». Naturalmente, tanto su prima como su hermano se vieron obligados a confesarlo igualmente. Y esto les valió bien pronto la persecución del subprefecto, sin contar las preguntas enojosas de un sinnúmero de personas. — Desde entonces, cuando contaban las apariciones, se les preguntaba a menudo si la Santísima Virgen les había dicho algo más. Bastante turbados, contestaban de ordinario: «Ella nos ha comunicado asimismo un secreto; pero no lo podemos decir».

Lucia nunca ha ocultado que la Virgen les había confiado un secreto. Pero, por sí misma, guardaba también secretas «otras cosas». De ahí sus escrúpulos.

El «pequeño secreto».—El día 27 de septiembre de 1917 el reverendo Formigão preguntó a Lucia si no podría decir ella el «secreto» a su confesor. La joven guardó silencio, y parecía estar un tanto turbada, según informa el reverendo Formigão. Lucia, al explicar estas cosas, añade: «Yo estaba perpleja, sin saber qué contestar, porque *yo guardaba secretas ciertas cosas que no tenía prohibido decir*. Gracias a Dios que inspiró a quien me preguntaba pasase a otra cosa. Recuerdo que entonces respiré».

Después de haber contestado lo que podía a cuantos la importunaban, se preguntaba si no cometía pecado al Ocultar no solo el «secreto», sino también «el resto».

Es precisamente este «resto» a lo que, algunas veces, se ha llamado impropriamente el «pequeño secreto» de Fátima. Comprendía todo lo que a Lucia le parecía una gracia exclusivamente personal. Así, por ejemplo, las visitas del ángel (aunque cuantos la rodeaban sabían que rezaban una oración que él les había enseñado), y especialmente la comunión del Cabeço, la promesa de su sacrificio total, desde la primera aparición, la visión casi beatífica del 13 de mayo y la del 13 de junio, las revelaciones de este último día sobre su porvenir, etc.

Se sabe que, en 17 de diciembre de 1927, Lucía, entonces de veinte años, fue alentada por Nuestro Señor para que manifestaste a su confesor un elemento importante del «pequeño secreto», o sea que ella había de permanecer en la tierra después de la muerte de sus primos para hacer conocer y amar el Inmaculado Corazón de María, así como todo lo que en

las apariciones concierne a esta devoción. Lo demás lo conoceremos por sus cuadernos, especialmente el segundo.

La gran admonición mariana.—El tercero de estos cuadernos está consagrado casi exclusivamente al «secreto» confiado por la Señora en la tercera aparición. La palabra «secreto» no nos gusta mucho, porque la opinión tiende a atribuirle demasiada importancia en un sentimiento de curiosidad que no responde a los deseos de la Señora y aparta a las almas de las graves lecciones contenidas en el conjunto del mensaje mariano y en esta misma «admonición».

En los documentos del proceso canónico se habla *por* primera vez del «secreto» en el interrogatorio de Lucia, en la información de 1924. Al explicar la aparición del 13 de julio, ella declaró: «Luego, la Señora nos confió algunas palabritas (*palavrinhas*), recomendándonos no las dijésemos a nadie, salvo a Francisco».

A quien preguntase por qué Nuestra Señora mandó a sus pequeños confidentes que no repitiesen a nadie estas palabras, sería fácil contestarle diciendo que en 1917, y por muchos años más todavía, aun los mismos términos habrían resultado incomprensibles. Los niños retuvieron aquellas palabras sin comprenderlas.

La propia sor Lucia nos dijo que, antes de su instrucción, ignoraba en absoluto lo que era Rusia, *A Russia*, de la que le había hablado la Señora. ¿Y quién, antes de los acontecimientos que siguieron a la guerra de 1939-45, hubiese podido suponer el papel nefasto que ha desempeñado Rusia en la vida internacional? Fue, pues, por una decisión divinamente prudente de la Providencia por lo que la Iglesia esperó hasta 1942 para dar a conocer este texto. De esta manera ha llegado a tiempo para tener la fuerza de una profecía y suficientemente tarde para ser inteligible.

Sin embargo, quiero confesar que yo mismo sentí entonces una real repugnancia en añadir a mis primeras ediciones el texto dado a conocer al público por S. E. el Cardenal Schuster, porque encontraba oscuros estos oráculos y lo poco que me era posible entender me parecía imposible en el siglo XX.

Parece que el objetivo de un «secreto» al acompañar a un mensaje mariano sea el de prolongar su resonancia recordándolo y confirmándolo, cuando, llegada su hora, sea este secreto revelado. Tal objetivo lo cumplió,

incontestablemente, la admonición mariana del 13 de julio de 1917 en la parte que Nuestra Señora y la Iglesia nos han permitido conocer en 1942.

El 26 de julio de 1941, monseñor José da Silva había escrito a Lucia para pedirle escribiese todo cuanto en la actualidad le fuese posible contar sobre las apariciones. Ella le contestó con el envío de su tercer cuaderno, fechado en Tuy el 31 de agosto de 1941, y consagrado casi en su totalidad (quince páginas) al secreto de la tercera aparición. He aquí algunas de sus declaraciones:

«¿Cuál es el secreto? Creo que puedo decirlo, porque tengo permiso del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado muchas veces y en muchas cartas. En una de ellas —que creo guardada por su excelencia reverendísima— el reverendo padre José Fernando Gonçalves me pide que se lo escriba al Padre Santo...» (El padre Gonçalves era entonces capellán de su convento y confesor de ella.)

Después de haber dado el texto de la admonición mariana tal como lo hemos reproducido en su lugar, añade: «Quizás, monseñor, parecerá a algunos que yo habría de haber manifestado con anterioridad todas estas cosas, porque algunos años antes hubiesen duplicado su valor. Sí, realmente, si Dios hubiese querido presentarme al mundo como una profetisa, pero creo no fue intención de Dios que yo manifestase (antes) todas estas cosas. Si hubiese sido así, pienso que cuando, en 1917, me mandó que me callase —orden que me fue confirmada por los que le representaban (para mí)— me hubiese mandado hablar. Estimo, pues, Excelencia Reverendísima, que Dios quiso servirse de mí únicamente para recordar al mundo la necesidad que hay de evitar el pecado y reparar a Dios ofendido, por medio de la oración y de la penitencia.

¿Dónde me habría escondido yo para no contestar al sinnúmero de preguntas que se me podrían haber hecho sobre estas cosas? Aun ahora me asusta pensar solamente en lo que pueda suceder. Y mi repugnancia a hablar es tal, que, a pesar de tener ante mis ojos la carta con la que Vuestra Excelencia me manda que explique todo cuanto yo recuerde, y aun estando íntimamente convencida de que esta es la hora señalada por Dios para que lo haga, estoy en la duda y en una verdadera lucha sobre si debo remitir a Vuestra Excelencia este escrito o quemarlo. Ignoro aún la suerte que tendrá. Sea lo que Dios quiera. El silencio ha sido para mí una grande gracia».

Como se sabe fue S. E. el Cardenal Schuster, arzobispo de Milán, amigo personal de S. S. Pío XII, quien, en una pastoral especial, de 13 de octubre de 1942 dio a conocer el contenido de la admonición mariana. Pío XII quiso que el «secreto» de Fátima fuese conocido antes de hacer él la consagración del mundo y de Rusia al Inmaculado Corazón. Y ya sabemos lo demás. Las amenazas y las promesas de la Reina de los Cielos son ciertamente, en gran parte, la causa de esta atención angustiosa, mezclada de temor y de esperanza, que todo el mundo otorga ahora al «misterio» de Fátima.

Lo que permanece oculto.—¿Cuándo será revelado el tercer elemento del «secreto»?

A esta pregunta, ya en 1946, tanto Lucia como el señor obispo de Leiria, me contestaron exactamente, sin dudas y sin comentarios: «*En 1960*».

Y cuando tuve la audacia de preguntar por qué era preciso esperar hasta entonces, tanto el uno como la otra me respondieron:

«Porqué la Santísima Virgen así lo quiere».

El texto, de las palabras de Nuestra Señora fue escrito por sor Lucia, y ha sido encerrado en un sobre sellado y depositado en la Secretaría del señor obispo de Leiria.

Un día se preguntaba al Cardenal Patriarca de Lisboa por qué no se revelaba este último secreto. Contestó: «Muchos son los que se preocupan j tienen curiosidad de conocer los detalles del secreto confiado a los videntes por la Santísima Virgen. Estos tales olvidan la única cosa necesaria: el espíritu del Mensaje de Fátima» (4 de diciembre de 1946).

Cumplimiento de la admonición.—Muchas de las críticas contra el «secreto» proceden del hecho de que se ha publicado con algunas variantes. Algunas proceden de sencillas diferencias en la traducción del texto portugués. Las más importantes tienen su origen en las exigencias de las censuras militares del tiempo en que, al principio, fue publicado; censuras que exigían la supresión del nombre de un pueblo beligerante: Rusia. Se le sustituyó por: «los impíos, el mundo, los hombres». De ahí el sinnúmero de discusiones que en el fondo carecían de objeto.

Cuando tuvo lugar mi primera entrevista con la hermana Lucia (1946), se encontraban aún muchos textos del «secreto» sin la palabra «Rusia». Entonces yo le pregunté si la Señora había pronunciado realmente esta palabra. Me afirmó haber oído perfectamente «*A Russia*», sin saber entonces lo que representaba esta palabra.

Tal como Lucia nos lo hace observar, la admonición mariana tiene por principal objetivo nuestra conversión y no la satisfacción de nuestra curiosidad. Sin embargo, séanos permitido, con el auxilio de las palabras de María, intentar, no escrutar el porvenir, sino entender el presente y el pasado, subrayando la sorprendente concordancia entre aquellas palabras y los acontecimientos que han seguido a la segunda guerra mundial.

«Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, *ella difundirá sus errores por el mundo* (Kominform), *provocando guerras* (China, Insulindia, Grecia, Corea, desórdenes en el Oriente Medio y en otros lugares), *y persecuciones contra la Iglesia* (Ucrania, Yugoslavia, Lituania, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y, más disimuladamente, en Polonia y Prusia); *muchas personas buenas sufrirán martirio* (¿quién puede contar los mártires en los países citados, añadiendo a los mismos los países bálticos, China, el Vietnam: asesinatos, campos de concentración, torturas, trabajos forzados en peores condiciones que para los antiguos esclavos, etc.); *el Padre Santo tendrá mucho que sufrir* (insultos cotidianos en la prensa rusa y en la de los pueblos satélites, encarcelamiento de sus cardenales y obispos, apostasía o a lo menos insubordinación de algunos, etc., y no hemos visto todo); *varias naciones serán aniquiladas* (los pueblos bálticos han quedado literalmente borrados del mapa, otras diez naciones solo tienen una existencia nominal, dependiente de la voluntad del dictador ruso...)).»

El cumplimiento tan completo de estas amenazas maternales, ¿no ha de servir para aumentar en nosotros la confianza de poder ver realizadas las promesas: «Pero al fin triunfará mi Inmaculado Corazón...»?

P. S.—El lector seguramente lo habrá observado: en los relatos de las apariciones de los días 13 de mayo, junio y julio pueden distinguirse como dos fases: aquella en que la Visión mantiene juntas las manos, y aquella en que las tiene separadas. En esta segunda fase, toma un aspecto nuevo, más luminoso aún, y hace a los pastorcillos unas revelaciones que ellos consideran como personales y confidenciales: sensación de una luz divina,

promesa del cielo, predicción de su porvenir, manifestación del Inmaculado Corazón, visión del infierno, revelación del «secreto». Además, en la última aparición, el gesto de separar las manos corresponde al principio de la visión multiforme.

Obsérvese que no se hace mención de otro gesto parecido durante las apariciones cuarta y quinta. Sospechando que estas dos mariofanías hubiesen podido tener una segunda fase, más interesante, cuyo secreto guardase todavía la hermana Lucia, me permití preguntarle abiertamente si Nuestra Señora había separado las manos los días 19 de agosto y 13 de septiembre, tal como lo había hecho las otras veces. Un «no» rotundo fue el castigo de mi curiosidad.

Apariciones posteriores de la Virgen, y permiso para revelar el «secreto».
La devoción de los primeros, sábados ¹⁶⁶

El autor acaba de recordar, unas líneas más arriba, en el curso de esta misma nota, que la parte «secreta» de la conversación de julio de 1917 fue dada a conocer al gran público, por vez primera, en una carta pastoral publicada el 13 de octubre de 1952, por el cardenal Schuster, arzobispo de Milán, gran amigo personal del Papa Pío XII.

Es evidente que esto no hubiera podido ser hecho sin un permiso expreso de Aquella que había encargado a los niños, veinticinco años antes, que no lo dijeran a nadie. Tal permiso, en efecto, había sido dado por la Virgen Santísima a la hermana Lucia en una serie de apariciones particulares, acaecidas en Tuy entre los años 1925 y 1932. Las que han sido referidas con precisión son cinco. De ellas, las dos primeras estuvieron relacionadas con la devoción al Corazón Inmaculado y la comunión reparadora de los primeros sábados (primera parte del «secreto» de julio); en cambio, las tres últimas revelaciones celestes se refirieron a la consagración y conversión de Rusia (segunda parte del «secreto»).

Resultaría indelicado dejarse arrastrar, por la curiosidad, a averiguaciones minuciosas acerca de algo tan privado e inefable como las relaciones personales de un alma con Dios. Sería, por otra parte, ingenuo pensar que nadie ajeno dispone de datos suficientes para aventurar un

catálogo de los favores del cielo a la Hermana Lucia, ni a ninguna otra criatura.

Sin embargo, consta que después del 13 de octubre de 1917 la Virgen volvió a aparecerse por séptima vez ¹⁶⁷ en la Cova da Iria, a Lucia sola, el día 17 de junio de 1921, cuando ella —muertos ya Francisco y Jacinta— fue a despedirse de aquel lugar de bendición antes de salir de Aljustrel para ingresar en el pensionado.

Más tarde, las cinco apariciones particulares ¹⁶⁸, antes aludidas, han sido las siguientes:

1925, 10 octubre. Tuy. Cuarto de Lucia, aún postulante en el convento de las Hermanas de Santa Dorotea. Se le aparece la Virgen con el Niño Jesús a su lado, sobre una nube resplandeciente; le muestra su Corazón rodeado de espinas, y Jesús, señalándolo, la exhorta a «tener compasión de aquel Corazón martirizado continuamente por la ingratitud humana, sin que haya quien lo consuele con actos de desagravio». A esto la Virgen añade: «Mira, hija mía, mi Corazón rodeado de espinas, con que los hombres ingratos lo atraviesan en todo momento con sus blasfemias e ingratitudes. Tú, a lo menos, procura consolarme; anuncia en mi nombre que

prometo asistir en la hora de la muerte con las gracias necesarias para la salvación a todos los que el primer sábado de cinco meses seguidos se confesaren, recibieren la Sagrada Comunión, rezaren la tercera parte del rosario, meditando en los misterios del rosario, con el fin de desagraviarme».

En esta primera aparición, la Virgen no habla para nada de Rusia, sino que encarga a Lucia que anuncie la devoción al Corazón Inmaculado y la práctica de los primeros sábados. Es decir, ni siquiera instó a que se preocupara de su rápida propagación, sino solo pidió que la anunciara. Lucia procuró difundir esa devoción alrededor de sí, pero sin hablar a nadie de la aparición de Nuestra Señora, ni del secreto.

1926, 15 febrero. Nueva aparición del Niño Jesús, que anima a Lucia a propagar la devoción al Inmaculado Corazón de María, no obstante las dificultades sugeridas por el confesor. A la pregunta de si «no pudiendo hacerse la confesión en el primer sábado del mes, bastaría hacerla durante la semana», la respuesta es afirmativa, con tal de que se esté en estado de gracia, y se tenga la intención dicha.

1927. 17 diciembre. Tuy, capilla del convento. Lucia recibe el permiso del cielo para revelar el «secreto», exceptuada la tercera parte. Se lo comunica a su confesor, el padre jesuita José da Silva Aparicio, a la Superiora Provincial, al obispo de Leiria y al canónigo doctor Galamba.

1929. También en Tuy, en la capilla. La Virgen se le aparece y pide la consagración de Rusia, hecha por el Papa en unión con los obispos de todo el mundo. No pidió la consagración del mundo, sino concretamente la de Rusia. La Hermana Lucia lo comunicó a sus Superiores, al Padre Francisco Rodrigues, y a su confesor de entonces el también jesuita padre José Bernardo Gonçalves, quien le mandó lo escribiese, informó al obispo de Leiria y se preocupó de que la petición de la Virgen referente a Rusia llegase a conocimiento de S. S. el Papa Pío XI.

1932. Desde Rianjo, donde, por orden de sus Superiores, había ido a descansar un mes, Lucia escribió al obispo de Leiria insistiendo sobre la misma petición, y añadía unas palabras de Nuestro Señor (¿quinta aparición particular?): «Así como el rey de Francia no atendió mis peticiones: el Santo Padre ha de consagrarme Rusia, pero será tarde».

La guerra y la consagración de Rusia

Sobre este extremo concreto —por lo demás tan arcano y estremecedor— de las consecuencias que para la paz del mundo y la conversión de Rusia ha de tener la consagración de este pueblo al Inmaculado Corazón, hecha por el Santo Padre, resultaría peligroso e impertinente extenderse en fantasías.

Los datos históricos seguros que conocemos son —además de los consignados en el apartado anterior— los siguientes:

En 1940, Lucia insistió otra vez ante el obispo de Leiria con una nueva carta referente a la falta de realización de los deseos de Nuestra Señora, y también escribió directamente al Santo Padre, exponiéndole la petición exacta de la Virgen, y pidiéndole la consagración del mundo, con especial mención de Rusia.

Ha de recordarse que lo que la Virgen había dicho el 13 de julio de 1917, en la segunda parte del «secreto» es: «Si atendieren a mi petición, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, extenderá sus errores por todo el

mundo, promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia, los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas».

La guerra, que iba a dar oportunidad para todas estas catástrofes, había sido anunciada por la Virgen (13-julio-1917) que comenzaría bajo el reinado de Pío XI; «nosotros no sabíamos entonces si era un Papa o un rey; pero la Virgen Santísima habló de Pío XI», ha aclarado en cierta ocasión ¹⁶⁹ la hermana Lucia. Ella misma ha entendido luego que este punto no puede considerarse como un fallo de la predicción, puesto que la guerra mundial de 1939-45 quedó abierta antes de morir Pío XI; «la anexión de Austria es lo que dio ocasión a ella. Cuando fue concluido el acuerdo de Múnich, las hermanas se regocijaron, pensando que la paz estaba salvada. Yo sabía más que ellas, desgraciadamente».

Por otra parte, ya próxima a morir, Jacinta había dicho en el hospital de Lisboa, donde se hallaba internada, «si los hombres no se enmiendan, Nuestra Señora enviará al mundo un castigo como no se ha visto otro igual, y antes que a otros países a España». La pequeña hablaba también de grandes acontecimientos que se realizarían alrededor de 1940 ¹⁷⁰.

La señal anunciada por la Virgen de que esta segunda guerra mundial estaba próxima sería una extraña luz roja en el cielo: «Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus pecados, por medio de la guerra, el hambre, la persecución de la Iglesia y del Santo Padre». Esta extraña señal sobrecogedora se produjo, en efecto, en todo el occidente de Europa en la noche del 24 al 25 de enero de 1938. Yo mismo me acuerdo perfectamente del aspecto misterioso y alucinante del cielo en la noche estrellada, encendida por un fuego cárdeno toda la bóveda celeste, que pude observar con gran nitidez desde la plaza y las calles oscurecidas de Aracena, mi pueblo natal, en la Sierra Morena, próximo a Sevilla, donde yo —soldado, combatiente entonces en la guerra española— pasaba unos pocos días de permiso, obtenidos coincidiendo, por fortuna, con un íntimo motivo familiar. Todas las gentes sencillas que observaron el extraño fenómeno vivieron horas de alarma y de cábalas; a la mañana siguiente, los periódicos de toda Europa lo registraron, y predominó la explicación insegura de que había sido una aurora boreal. La hermana Lucia ha escrito en uno de sus cuadernos ¹⁷¹: «Yo no sé, pero me parece que, si examinasen

bien la cosa, ellos reconocerían que, vistas las circunstancias en que esa luz apareció, no era ni podría ser una aurora boreal. Mas sea lo que quisieren. Dios se sirvió de eso para hacerme entender que su justicia estaba a punto de descargar el golpe...». La guerra mundial, ya desencadenada en los últimos meses de la vida de Pío XI, terminó por estallar, en efecto, año y medio más tarde, el 1 de septiembre de 1939, cuando apenas comenzaba el pontificado de su sucesor Pío XII.

Poco después —el 31 de octubre de 1942—se dio una oportunidad favorable, y el Papa consagraba al mundo al Inmaculado Corazón de María, en su radiomensaje, en portugués, con ocasión de la clausura de las fiestas jubilares de los veinticinco años de las apariciones de Fátima. Pero faltaba en el texto pontificio la mención especial de Rusia; estábamos en el momento álgido de la segunda guerra, y tal mención de uno de los grandes países combatientes hubiese parecido un acto de beligerancia por parte del Romano Pontífice.

1943. 20 abril. Lucia, en una carta que fue leída durante los Ejercicios espirituales que celebraban en Fátima todos los obispos de Portugal, se queja de que el Señor está descontento por haber sido incompleto el acto del Papa. El texto íntegro de la carta ¹⁷², que fue dada a conocer también por el cardenal Segura en una Asamblea sacerdotal, en la catedral de Sevilla, dice así:

«Dios Nuestro Señor me había manifestado ya su contento por el acto del Padre Santo y varios obispos, aunque incompleto, según su deseo. En recompensa, promete acabar en breve la guerra; la conversión de Rusia se realizaría si los Señores obispos de España atendieren los deseos de Nuestro Señor y emprendieren una verdadera, reforma en el pueblo y el buen clero; pero si no, ella (Rusia) será el enemigo con que Dios los castigará una vez más todavía.

Dios Nuestro Señor vase dejando aplacar, mas quéjase amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas en gracia dispuestas a renunciar a sí mismas en lo que les exige la observancia de su Ley.

Lo que Dios Nuestro Señor pide ahora es penitencia: el sacrificio que cada persona tiene que imponerse a sí misma para llevar una vida de justicia es la observancia de su Ley; y desea que se haga conocer con claridad este camino a las almas, pues muchas, juzgando el sentido de la palabra

penitencia en las grandes austeridades, no sintiendo fuerza ni generosidad para ellas, se desaniman y descansan en una vida de tibieza y pecado. Del jueves al viernes, estando en la capilla, con licencia de las madres superiores, a las doce de la noche, me decía Nuestro Señor: El sacrificio que exijo de cada uno es el cumplimiento del propio deber y la observancia de mi Ley. Esta es la penitencia que ahora pido y exijo».

1952. 7 julio, fiesta de los Santos Cirilo y Metodio evangelizadores de los eslavos de Rusia. El Papa Pío XII, por su Carta apostólica *Carissimis Russiae Populis*, hace al Inmaculado Corazón de la Virgen la consagración particular de Rusia. Estaban para cumplirse treinta y cinco años desde aquella inolvidable mañana del 13 de julio de 1917 en la Cova da Iria. Había dicho entonces la Virgen: «Por fin, el Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, y será concedido al mundo algún tiempo de paz».

Desde 1952, la historia del mundo sigue...

8. LOURDES Y FÁTIMA

El autor del presente libro ha oído muchísimas veces observaciones de este tipo: «¿Por qué nos habla usted de Fátima, a nosotros, los franceses, que tenemos Lourdes?». Y confiesa que no ha dado nunca respuesta a esta pregunta, pues no le parece la merezca.

De no ser así los fariseos hubieran tenido razón cuando decían a Nuestro Señor Jesucristo: «¿Por qué nos hablas del Padre de los Cielos de manera distinta a como nos habló Moisés? ¿Por qué no te contentas con la *Thorah*¹⁷³ y los profetas?». «El reino de Satanás —respondió Jesús a estos mismos fariseos— no está dividido contra sí mismo y Belcebub no destruye su propio poderío».

¿No sería, pues, blasfemar contra la sabiduría de nuestra Madre del Cielo pensar que su nueva obra pudiese amenazar a su obra precedente¹⁷⁴, o pensar siquiera que es inútil, por el mero hecho de venir después de otra? ¿Por qué vedar al Cielo que ha concedido a la desvalida humanidad un primer favor le conceda un segundo?

Lejos de contradecirlo, el mensaje de Fátima lo confirma Bernadette tuvo con la Visión largas pláticas, puesto que sus éxtasis duraban a veces tres cuartos de hora; pero apenas conocemos algunas frases de la Celestial Visitante. Son algunas sentencias muy breves: «La verdadera felicidad no está en este mundo sino en el otro; Es preciso hacer penitencia; María fue concebida sin pecado; Quiero que se venga aquí en procesión», etc.

Todos estos puntos, salvo el postrero, se hallan de nuevo más detallados y apoyados con el ejemplo admirable de los pequeños videntes en el misterio de Fátima. Resultaría molesto al lector dedicarnos a demostrárselo. Porque si María, en Fátima, no ha pedido que se vaya a la Cova en procesión, quiso, en cambio, una capilla y pidió se construyesen dos andas para solemnizar la fiesta de Nuestra Señora del Rosario y llevar procesionalmente su imagen.

Desde entonces, ¡cuántas andas han sido necesarias; para todos los cortejos y caminos por donde la imagen ha sido llevada en triunfo!

Y si diciendo a Bernadette: «Yo soy la Inmaculada Concepción» confirmada la definición de Pío IX, proclamándose Nuestra Señora del Rosario, ¿no ha canonizado de algún modo —como lo hizo en Lourdes y en otras partes, teniendo en sus manos el rosario— la doctrina de los papas desde el siglo XIX, en particular la de León XIII, tan apremiante, y la de sus sucesores, sobre la necesidad actual de la devoción del santo rosario?

Los dos mensajes, el de Massabielle y el de Cova da Iria, no tienen nada de exclusivamente nacional, sino que son universales, mundiales. Como Lourdes no puede ser considerado patrimonio de Francia, sino que pertenece a toda la Iglesia católica, tampoco hay en el misterio de Fátima una sola palabra o un solo incidente que autorice a restringir a Portugal las intenciones de la celestial Visitadora, y mucho menos a excluir cualquier otro país. *Es hora de que los católicos reaccionen contra la tendencia a examinar los problemas religiosos desde el ángulo de su propia nacionalidad.*

Fátima es la respuesta del Cielo a la petición de oraciones universales dirigida por Benedicto XV al inundo católico. Nuestra Señora habla sin cesar de *todos* los pecadores, de *todos* los pecados, de los *hombres* en general, de la paz del *mundo*, etc.; dice que su Hijo quiere establecer en *el mundo* la devoción a su Corazón Inmaculado, etc. Todo lo que ella dice y

hace se aplica a todos los cristianos de cualquier país o al mundo entero en su conjunto.

Hasta en las palabras de Jacinta enferma o moribunda, no hay una sola que tenga un alcance restringido a su país, salvo esta: en el Cielo, rogaré por mi patria, para que no llegue aquí la guerra. Mas pronto veremos que la paz portuguesa es el símbolo y la garantía de la paz mundial.

Sería señal de un espíritu muy mezquino acoger con poco fervor el mensaje de Fátima bajo el pretexto de que los mensajeros no hablan nuestra lengua o no son de nuestro país. ¿Acaso la Redención nos ha llegado gracias a nosotros? ¿O rehusamos tal vez los progresos científicos y los inventos que nos llegan del extranjero? Los prodigios atmosféricos han sido percibidos, es cierto, por portugueses solamente; pero asimismo los milagros del Salvador no fueron vistos más que por los hijos de Israel. Por otra parte, la vuelta al mundo de la Virgen de Fátima ha dado ocasión a prodigios análogos a los de 1917 en diversos lugares del mundo.

Cuando se conoce a fondo la historia del catolicismo portugués, cabe preguntar si no es precisamente el fervor de este pueblo por Nuestra Señora de Lourdes lo que le ha valido ser el primer beneficiario de la gracia de Fátima. Hemos dicho más arriba que el actual obispo de Leiria, el prudente y fervoroso forjador de la grandeza de Fátima, había venido doce veces en peregrinación a Lourdes (y dos veces a La Salette) antes de su consagración, y después de esta fecha volvió todavía cinco veces, hasta que sus achaques no le permitieron rendir este homenaje a Aquella cuya imagen preside la capilla de su casa paterna. En la organización práctica de las peregrinaciones a Cova da Iria ha seguido, sobre todo, el ejemplo del santuario francés de Lourdes.

Hemos tenido la curiosidad de hojear la colección de los *Anales de Nuestra Señora de Lourdes* y en ellos hemos encontrado algunos datos, de los cuales sometemos los más significativos al juicio del lector.

En 1878, tuvo lugar una peregrinación nacional portuguesa. Hubo dos curaciones milagrosas comprobadas por un sacerdote médico, monseñor Maigre, que formaba parte de la peregrinación. Uno de los enfermos sanados fue precisamente un sacerdote de la diócesis de Leiria, el reverendo don Antonio Juan Bautista de la Asunción, ciego desde hacía veinte años. En el discurso del sacerdote director del grupo, encontramos estas palabras

que parecen proféticas: «Esperamos, no por nuestros méritos, sino por el de nuestros mayores..., ser recompensados, si no con prodigios externos, al menos con gracias interiores, las mejores para nosotros y para aquellos a quien amamos». Al salir de Lisboa, los peregrinos habían sido injuriados y amenazados. A su regreso, la prensa habló de estos dos milagros y se cantó un tedéum de acción de gracias en la catedral de Lisboa.

Aquel mismo año, se distingue en Lourdes un grupo de peregrinos, «campeones de la causa católica», entre los cuales hay algunos descendientes del marqués de Pombal, el tristemente célebre iniciador del anticlericalismo portugués

En 1887, preside la peregrinación el Patriarca de Lisboa. Ocurrieron, aquel año, atribuidas al agua de Lourdes, dos curaciones acaecidas en el Buen Pastor de Oporto.

En 1909 y 1910 tuvieron lugar grandes peregrinaciones nacionales, conducidas por algunos obispos (1.250 y 2.500 peregrinos, respectivamente). En la de 1909 se registra la curación de una mujer de Ponte de Lima; en la de 1910, monseñor Leão, obispo de Faro, reúne y arenga a los jóvenes que ofrecen una enseña nacional a Nuestra Señora de Lourdes.

La revolución de aquel año interrumpió las peregrinaciones; pero, al echar por los caminos del destierro a los mejores portugueses, hizo que varios centenares de ellos hallasen asilo en Lourdes y en— su región. Entre ellos, monseñor de Vasconcellos, obispo de Beja, que había venido con la peregrinación de 1910, los reverendos Leite de Faria (que más tarde fue obispo de Braganza), Eduardo Coelho Ferreira, José Pinto de Moura, etc., y asimismo el reverendo Da Costa, que había de acabar sus días junto a la Gruta, después de haber sido en ella el más fiel y desinteresado servidor. Había incluso familias enteras. «Desde ese día —dicen los *Anales*— esta piadosa colonia de desterrados y perseguidos vive junto a la Gruta ofreciendo sus penas, sus oraciones y sus sacrificios por la salvación de su querida patria, recordando siempre con temor la suerte de los padres y de los amigos que en ella quedaron».

En 1913, a pesar de todas las dificultades procedentes del estado político del país, 4-60 portugueses lograron reunirse alrededor de monseñor

Moutinho, obispo de Portalegre, para venir a Lourdes a rezar por su infortunada patria.

Los *Anales* nos ofrecen de esta peregrinación un magnífico y conmovedor relato. El 27 de septiembre, trescientos portugueses que vivían ocasionalmente en Lourdes, fueron a la estación para atender a sus compatriotas y dispensarles una entusiasta acogida. Hacía tres años que estaban ante la Gruta como representantes o perpetuos peregrinos de su desventurada patria. ¡Con qué devoción unirían sus plegarias a las oraciones de los que llegaban, para que Portugal pudiese— recobrar la calma y devolver a la Iglesia la libertad! (Vizconde de Montelo, *Paraíso na terra*, pág. 15). Los *Anales* hacen el más grande elogio del fervor de unos y otros: «Rogando por sus enfermos y por esta gran doliente que es su patria perseguida, piensan seguir siendo peregrinos, cuyo papel será invocar sobre la Iglesia de Portugal la misericordiosa compasión de Aquella que nunca deja ningún sufrimiento sin consuelo». Otros pasajes de este artículo evocan la esperanza de una posible resurrección próxima. Y termina de esta manera:

«Pueda esta peregrinación tan emotiva y tan edificante atraer sobre Portugal las bendiciones del Cielo y acelerar el venturoso día en que este noble país, liberado de los que la oprimen, recobre su fe religiosa y prosiga, bajo la égida de la Virgen Inmaculada, el curso de sus, gloriosos destinos».

Cuatro años más tarde se cumplía este voto.

Entre los peregrinos portugueses de Lourdes no podemos dejar de mencionar aquí a aquel de quien los campesinos, de la región de Fátima dicen: «Él ha sido la llave de todo esto; es un gran hombre». Como María de la Capelinha fue la artífice de la primera organización de aquellas multitudes que peregrinaban a la Cova, así el canónigo Formigão fue el creador providencial de la primera difusión del Mensaje mariano. Primeramente fue el testigo oficioso por encargo de la autoridad eclesiástica; después, el primer historiador, bajo el seudónimo de Vizconde de Montelo. Todos los meses redacta todavía para la *Voz da Fátima* el informe de lo que ocurre los días trece en Cova da Iria. Actualmente es canónigo titular de la catedral de Lisboa y superior-fundador de la Congregación de las Religiosas Reparadoras de Nuestra Señora de los Siete Dolores, cuyos estatutos fueron aprobados por Roma en 1949 ¹⁷⁵.

Realmente parece que haya sido Nuestra Señora de Lourdes la que le ha llevado a ser el apóstol de sus apariciones en Fátima. He aquí, resumiendo, el relato que se ha dignado hacernos por sí mismo, de esta vocación:

«En 1908, habiendo terminado mis estudios en Roma, regresé a mi diócesis. Quería, al pasar por Lourdes, detenerme allí solo tres días. En una estación me encontré con una peregrinación italiana que regresaba del célebre santuario llevando a tres enfermos curados. Quedé tan entusiasmado de cuanto vi y escuché en Lourdes, sobre todo de un sermón en el que el señor obispo de Valence relataba el bien que la peregrinación de hombres del año precedente había producido en la diócesis, que resolví prolongar mi estancia.

Permanecí, pues, un mes entero como enfermero en el hospital de los Siete Dolores. Pensaba: “Es preciso organizar en Portugal, como tienen en Francia, una comisión en cada diócesis para organizar peregrinaciones a Lourdes”. Antes de partir, prometí a la Santísima Virgen consagrar mi vida a propagar su culto en mi país, particularmente por la organización de peregrinaciones a la Gruta.

Nombrado catedrático en el seminario mayor, él estudio de ciertas materias, nuevas para mí, me impidió en aquel entonces mantener mi promesa. Al año siguiente, estallaba la revolución persecutoria, y las peregrinaciones se hacían del todo imposibles. No obstante, en julio de 1914, pude conducir a Lourdes un grupo importante de portugueses para el Congreso Eucarístico Internacional. Inmediatamente después estalló la guerra, cerrando las fronteras y haciendo de nuevo imposible el cumplimiento de mi promesa a María.

Aguardaba con impaciencia el momento en que podría cumplirla, cuando, en 1917, oí hablar de las apariciones de Fátima. Al principio no creí, y confieso que, cuando fui por primera vez, el 13 de septiembre, lo hice con el fin de hallar un medio de hacer cesar lo que creía una impostura.

Hablaba con los videntes, con sus familiares, con la gente de la comarca. Quedé convencido de que los niños no mentían, que eran perfectamente normales y sinceros, y que, además de esto, nadie de su círculo, (amistades o familia) les incitaba a contar cuanto decían. Por otra parte, en aquella sazón, la mayoría de la gente de la aldea les daba crédito.

Algunos días después, encontré a monseñor Juan de Lima Vidal, administrador apostólico del Patriarcado, en forzada ausencia del cardenal Mendes Belo. Me dijo: “Continúe observando y anotando”. Volví, pues, hacia finales de mes, y me alojaba en casa de los Gonçalves, del caserío de Montelo; de ahí el seudónimo que adopté para mis publicaciones.

La visión del “Signo de Dios”, el día 13 de octubre, me confirmó en mi creencia en las apariciones. Y empecé a preguntarme si era mi misión conducir a los portugueses a Lourdes o hacerles conocer y amar a Nuestra Señora de Fátima.

El resto y a lo sabe usted...».

El 13 de mayo de 1951, S. E. monseñor Pedro María Théas, obispo de Tarbes y Lourdes, asistía a una peregrinación en Cova da Iria con medio millón de fieles. Celebró la misa en la Capelinha; después, en la misa de los enfermos, pronunció la acostumbrada alocución. Lamentamos no poder citar más que algunas líneas:

«El espectáculo incomparable que, en este momento, aparece ante nuestros maravillados ojos es la prueba más evidente del poder, de la irresistible atracción que ejerce Nuestra Señora. Es su amor maternal —y solo él— el que ha movilizó a esta inmensa muchedumbre que vemos aquí en oración...

...Queridos cristianos de Portugal, nosotros os amamos, os admiramos y os damos gracias por el ejemplo admirable que nos dais. ¡Tened confianza! Vuestra patria conservará ciertamente su valor cristiano y su grandeza nacional si permanece fiel a Nuestra Señora de Fátima y a su mensaje... ¡Tened confianza! Nuestra Señora de Fátima es una Reina “Peregrina” que recorre el mundo entero. Ahora mismo su imagen triunfa en Australia. La Virgen de Fátima es en todas partes la mensajera de la paz, de la paz social y de la paz internacional...

Hermanos míos, el esplendor de este espectáculo religioso que admiramos en Fátima, no me hace olvidar Lourdes, ni su atractivo sobrenatural, ni el misterio de su Gruta, ni sus diarias e incomparables manifestaciones eucarísticas. Una de las gracias de Fátima será, a buen seguro, unirne más y más a la Virgen de Massabielle...».

En octubre de 1953, S. E. monseñor Théas, obispo de Lourdes, publicaba una nota por la que anunciaba que en agosto de 1954, con

ocasión del Año Mariano (centenario de la definición de la Inmaculada Concepción), una peregrinación nacional portuguesa se uniría ante la Gruta de Lourdes a la peregrinación francesa ¹⁷⁶.

9. LAS CURACIONES: EL SERVICIO DE LOS ENFERMOS

El lector que nos ha seguido hasta aquí concederá fácilmente que toda la obra debiera titularse «El milagro de Fátima». Pues en el desenvolvimiento de este gran suceso de la historia milagrosa contemporánea, irrumpe por doquiera lo sobrenatural; el milagro —que, según expresión del cardenal Cerejeira, no cesa de *aumentar* de día en día— aparece íntimamente unido a los acontecimientos externos. ¿Acaso toda la historia de Fátima es otra cosa que un inmenso milagro bajo múltiples aspectos? Como ha dicho Paul Claudel: «Fátima es una explosión, una irrupción violenta, iba a decir escandalosa, del mundo sobrenatural en las fronteras de este agitado mundo material y terreno» (*The Voice of Fatima*, 13 de octubre de 1947).

Con demasiado exclusivismo el pueblo cristiano designa como «milagro» la curación milagrosa, el alivio de sus males corporales; es este el favor del que está más ávido y que más agradece al Cielo. Nadie había pedido a Nuestra Señora, en 1917, los prodigios que realizó en la atmósfera, en tanto que, desde la segunda aparición, Lucia y sus primos reciben el encargo de presentarle numerosas súplicas en favor de algunos enfermos.

Materialmente María promete varias veces curar a algunos. Promesa que Él ha cumplido desde aquel momento con extraordinaria liberalidad. El mismo día del prodigio solar, curó a una enferma de tuberculosis avanzada que había ido a Fátima por tercera vez, bajo una lluvia torrencial y con los pies desnudos. María del Carmen dos Santos (treinta y nueve años, de Maceira, Leiria), tal es el nombre de la mujer en la que se realizó el primer milagro que las crónicas anotaron.

Desde entonces la *Voz da Fátima* ha publicado cientos de casos y se han escrito libros de centenares de páginas. Sería fácil aumentar el volumen de este; pero ello no es necesario para que proclamemos la maternal bondad de la Virgen de Fátima, la delicadeza y la variedad de procedimientos con los cuales la ejerce para quienes confiadamente la invocan.

Desde 1924, y más regularmente desde 1926, funciona en Cova da Iria un servicio médico; su jefe, el doctor Pereira Gens, médico titular de Batalha, rehusando el título de «Oficina de comprobación» que se le da con frecuencia, lo llama simplemente «Servicio de asistencia a los enfermos».

No podemos informar mejor a nuestros lectores sobre el particular que, publicando las declaraciones que este distinguido doctor, nos ha hecho en las entrevistas que ha tenido a bien concedernos.

«—En la página 212 de la edición que he visto —nos dice— habla Vuestra Reverencia de una “minuciosa visita” que hacemos a todos los enfermos. Esto es lo que debería hacerse y nosotros deseáramos hacer; pero no es materialmente posible. Los enfermos llegan a centenares el 12 por la tarde; somos pocos médicos y no tenemos el material necesario para examinar científicamente a todos. Además, usted, señor canónigo, habla de nuestro modesto hospital-enfermería (y no es usted el único) como si fuera un centro de comprobación análogo al de Lourdes. No merecemos este título que se nos da con harta frecuencia. No somos más que un “Servicio de asistencia a los enfermos”. Nuestros compatriotas difícilmente acuden al médico. Muchos de nuestros enfermos llegan aquí sin haber visto un médico en toda su vida. Así, pues, no presentan ningún documento que nos dé a conocer sus antecedentes. Y, claro está, no disponemos del tiempo suficiente para interrogar y examinar a todos con detalle. Somos verdaderamente dichosos cuando, como ayer, nos llegan treinta que proceden del mismo hospital, a quienes los médicos han provisto de la correspondiente ficha médica. Demasiado a menudo hemos de contentarnos con comprobar que el enfermo sufre una afección renal, cuyo diagnóstico, siquiera vago, anotamos en una ficha sujeta a sus ropas, ficha que le dará el derecho de ser admitido (sentado o echado, según el caso) en el *recinto dos oentes* (recinto de los enfermos) para allí recibir individualmente la bendición del Santísimo Sacramento, después de la misa del mediodía. Cuando declararon curado a un enfermo (y cada día 13 se presenta al menos un caso de este género, como el de Casimira Silva, que Vuestra Reverencia vio ayer), nuestro diagnóstico ha sido demasiado rápido para que podamos “atestiguar” un milagro, o simplemente una curación. Si el caso parece de verdad interesante, nos ponemos en relación con el médico que asiste al enfermo y con el párroco de la población, y así podemos comparar el estado anterior con el estado del posible curado.

—¿Posee usted una estadística de los enfermos que pasan por sus manos?

—Es el secretariado del santuario el que tiene las listas y el número de los enfermos. Pero cuente usted con un mínimo de trescientos cada vez y un máximo de 600. Lo que representa dos o tres mil enfermos al año. En cuanto a las curaciones, la única estadística posible debería establecerse con los documentos publicados per la *Voz da Fátima* o por la revista *Stella*. Las curaciones se producen, sobre todo, en las parálisis, el llamado mal de Pott, las tuberculosis y las gastritis. Hemos sometido los milagros al examen de Roma; los documentos están en el obispado de Oporto.

—¿Ha firmado usted alguna vez algún certificado de curación como milagrosa?

—Alguna vez se me ha pedido atestiguara bajo juramento la curación, no el milagro, que no es de mi incumbencia. Lo hice con gusto, particularmente, en el caso de Margarita de Jesús Rebelo, de Guarda ¹⁷⁷.

—Las curaciones, ¿han tenido lugar en la fuente o durante la bendición del Santísimo Sacramento?

—Todos los casos que aquí he comprobado se refieren a individuos que se han dicho curados durante la bendición del Santísimo Sacramento. No conozco ninguno por el empleo del agua, aquí, en la Cova da Iria.

—¿Se producen muchas curaciones fuera del santuario?

—Las hay; pero entonces no son comprobadas por nosotros, sino por las autoridades locales. De cuando en cuando los periódicos anuncian que tal o cual enfermo ha sido curado después de haber hecho uso del agua sacada del *fon senario*, o incluso siguiendo la misa de los enfermos por la radio. De ordinario no se habla más de ello, a no ser que la familia insista para obtener el correspondiente certificado de las autoridades médicas y religiosas.

—¿Permiten a cualquier médico examinar a los enfermos?

—Cualquier médico puede, entrar libremente en el hospital, al merlos en el que la gente llama hospital, y que yo prefiero llamar *albergue* u *hospedería* de los enfermos. Las visitas de los médicos de paso por Fátima no bastan para que constituyamos una verdadera oficina de comprobación. Yo desearía se nombrara una Comisión compuesta por cuatro o cinco

médicos, oficialmente designados, que pudiesen ir al domicilio de quienes se dicen curados para estudiar los antecedentes y los resaltados de estas curaciones. Tengo el propósito de ir pronto a Francia y detenerme en Lourdes para estudiar el funcionamiento de la Oficina de comprobación, bajo la dirección del doctor Leuret, a quien deseo consultar sobre varias cuestiones.

En la *Voz da Fátima* del 13 de julio de 1951, el doctor Pereira Gens volvía al tema tratado en nuestras conversaciones y exponía el deseo que tiene desde hace tiempo de poder perfeccionar el servicio médico de la Cova da Iria, de organizado como una verdadera «Oficina de comprobación». «Si es cierto —escribe— que la asistencia a los enfermos que vienen a la Cova es satisfactoria, no sucede lo mismo en lo que concierne a la prueba de las curaciones extraordinarias que se realizan... En presencia del entusiasmo siempre creciente con que el mundo vuelve sus ojos hacia este rincón de Portugal, recordemos que el servicio de Dios y de su Madre exigen en todo lo más perfecto».

10. LA LEYENDA DE ORO DE LAS PALOMAS DE NUESTRA SEÑORA

Uno de los más bellos «ornatos» de la Ruta mundial es ciertamente el gracioso prodigio de las blancas palomas, tan misteriosamente atraídas por las imágenes de Nuestra Señora de Fátima. Este caso raro se presenta ante nuestros ojos como el relato de una leyenda medieval y, sin embargo, se ha repetido docenas de veces ante los ojos de los hombres del siglo XX. Esta es la pura verdad, una realidad que no puede negarse.

La primera ciudad que puede atestiguar el hecho es precisamente la que fue tiempos atrás la más revolucionaria de Portugal, Bombarral, en la que aun después de la revolución su iglesia parroquial, incendiada, no había sido reconstruida (actualmente se trabaja en repararla).

El día 28 de noviembre de 1946, la Virgen de Fátima, en su ruta portuguesa, abandonaba esta ciudad. Al pasar por debajo de un arco de triunfo se soltaron cinco palomas en honor de la Virgen; el día anterior habían sido compradas en Lisboa, en el mercado de volatería de la plaza de la Higuera, y expedidas a Bombarral por autobús aquella, misma mañana.

Las palomas emprendieron el vuelo, pero, en lugar de dispersarse en el aire, empezaron a dar vueltas por encima del cortejo siguiendo la ruta. Luego se vio a las cinco palomas posarse sobre el tabernáculo en marcha, trepar entre las flores y echarse acurrucadas ante la Virgen, muy cerca del pedestal, que tocaban con sus picos, como si quisieran besarlo. Y, ante la general sorpresa, permanecieron allí como si orasen.

Cuando por la noche llegó el cortejo al límite de los dos ayuntamientos, Bombarral y Cadaval, se dispararon veintiún potentes petardos; las palomas levantaron la cabeza como si sospechasen algún peligro, pero luego volvieron a tomar su anterior actitud.

Unos días después la Virgen llegaba a Lisboa. En la entrada de la capital había gran expectación para admirar las *pombas de Nossa Senhora*.

Transcurrieron varios días y las palomas continuaban su piadosa guardia sin que nada lograra apartarlas: los ruidos de los altavoces, la música de los órganos, los estallidos de los fuegos artificiales, etc., los haces de luz de los proyectores que iluminaban la imagen, todo las dejaba indiferentes. Si algunos muchachos traviesos les echaban flores con demasiada fuerza, se colocaban detrás de la imagen y luego volvían a ocupar su lugar de honor.

La Virgen permaneció tres días en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Fátima, en Lisboa; Si se veían obligadas a revolotear de acá para allá, iban siempre a colocarse en sitios bien escogidos, y siempre regresaban al trono de su dulce Reina. Durante la comunión general del 6 de diciembre (4.000 comuniones), una de las palomas se fue a colocar sobre el extremo de la corona de Nuestra Señora, donde permaneció con las alas extendidas, vuelta hacia el altar, mientras se-distribuyó la sagrada comunión.

El sábado por la noche (7 de diciembre), al salir la imagen hacia la catedral acompañada por una procesión de trescientas mil antorchas, tres palomas quedaron en la iglesia. Seguramente habían ya terminado su guardia de ocho días y querían permanecer como huéspedes en la sucursal lisboeta del santuario de Fátima. Se las capturó con gran facilidad y se las confió a los cuidados de una feligresa.

Una sola paloma acompañó, pues, a la Señora en la ceremonia nacional de la catedral, y luego en la travesía del Tajo y en las etapas de la orilla sur.

En el pueblo de Corroios, una mujer ofreció una pareja de palomas blancas. En lugar de colocarlas en la camioneta que acompañaba al cortejo, se le pidió las soltara. Ella abrió su cesto y las palomas fueron a colocarse junto al tabernáculo de María; luego, trepando entre las flores, ocuparon el lugar de las que habían quedado en Lisboa.

Y las tres puras y blancas palomas terminaron su viaje en la Cova da Iria, adonde se llegó la noche de Navidad. Al pasar por un bosque, una tórtola salvaje se unió a ellas, pero al entrar en la basílica la echaron a picotazos.

El pueblo, que quedó muy impresionado por este incidente, lo interpretó como una prenda • de paz. El propio cardenal Cerejeira lo tomó como tema principal de su alocución radiofónica de Navidad, 1946.

Este gracioso prodigio se ha repetido desde entonces, que sepamos, más de cincuenta veces, ya en la visita de la imagen de la Capelinha a las provincias de Alemtejo (1947-48), ya en las manifestaciones de la Ruta mundial por los distintos territorios de África, ya en el Congreso Mariano de Madrid (últimos de mayo, 1950), ya en las «rutas» de la América del Sur, especialmente en Colombia (1950), ya, en fin, en muchas diócesis españolas.

Los franceses fueron testigos de ello dos veces, en la diócesis de Perpiñán, en julio de 1950 —en el Perthus, cuando la Ruta de la diócesis de Gerona llegó hasta la frontera en la que se encuentra aquella población francesa—, y en Cerdeña, cuando la Ruta de la diócesis de Urgel llegaba desde Puigcerdá al enclave español de Llivia, pasando por Bourg-Madame y la carretera francesa.

Los periódicos de Perpiñán publicaron fotografías. Un periódico de Toulouse publicó una fotografía parecida tomada en Escaldas (Andorra).

Lo que más sorprende a los que presencian este hecho que comentamos es la actitud «religiosa» de estas pacíficas aves. Se las ve, por ejemplo, volverse hacia el púlpito durante el sermón, y colocarse a derecha y a izquierda del baldaquino durante las exposiciones del Santísimo Sacramento, etc.

Podríamos publicar un extenso volumen de testimonios directos (orales, escritos, artículos de periódicos, etc.) que hemos recogido relacionados con este curioso fenómeno. He aquí algunos:

En el Congreso de Madrid, el reverendo padre Azemar, rector de San Luis de los Franceses, se acercó al trono de la Virgen con el propósito de ahuyentar algunas de las muchas palomas posadas entre las flores. No consiguió más que recibir algunos picotazos en ambas manos.

En Santiago de Compostela (septiembre de 1948), unas palomas entraron con la imagen en la catedral y no dejaron de verse algunas a las plantas de la Virgen durante los nueve meses siguientes. Palomas de los palomares de la comarca entraron también en la catedral, permaneciendo largo tiempo junto a la imagen y regresaron luego a su lugar de origen.

En Bogotá, un periodista escribió un artículo haciendo burla del prodigio de las palomas. Su mujer había comprado una imagen de Nuestra Señora y le pidió rectificase su artículo. Durante la noche oyeron ruido en el despacho donde estaba, la imagen y el artículo. El periodista se levantó y vio a dos palomas en actitud de veneración ante la imagen. Evidentemente, el artículo no se publicó.

En San Salvador (Angola): «Durante toda la noche, mientras nuestras misioneras han estado en turno de guardia, han velado asimismo las palomas. Mientras había público en la iglesia revoloteaban por los aires y arrullaban durante los cánticos; pero ahora, a los pies de la Santísima Virgen, entre las flores del tabernáculo, las avejillas duermen; y mañana, cuando el avión se lleve a su Soberana, las cinco fieles palomas se dejarán llevar también» (*Anales des Franciscaines Missionnaires de Marie*, diciembre 1948).

«Después de un viaje triunfal a través de Tanganika, Uganda y Kenia, Nuestra Señora abandonó Nairobi en un avión de la *Etiopian Air Line*. Al cabo de unas horas volaba sobre Addis-Abeba. Monseñor Monnens, delegado apostólico, acompañado de todos los sacerdotes católicos coptos y de un número todavía mayor de no católicos, esperaban a la imagen en el aeródromo... Grande fue la admiración de los sacerdotes y de todo el mundo al darse cuenta de que el avión que conducía a Nuestra Señora iba escoltado de blancas palomas que volaban alrededor, acompañando exactamente todos los movimientos de la gran aeronave hasta el instante en que aterrizó. Desaparecieron en seguida, como si quisieran dejar todo el campo libre a la Reina del Cielo» (Señorita Teresa Pereira de Cunha, en la *Voz da Fátima* del 18 de agosto de 1949).

Por último, la *Voz da Fátima* (13 de enero de 1951) publicó la reseña de la procesión de Haiphong hasta el frente Viet-Minh, donde durante cuatro días unas palomas, que acudieron espontáneamente, unieron su oración simbólica por la paz a la de la inmensa muchedumbre en la que se confundían europeos e indígenas, cristianos y paganos.

11. ALGUNAS FECHAS IMPORTANTES

En la imposibilidad de contar la gloriosa historia del Santuario de Fátima, nos limitaremos solamente a recordar algunas fechas importantes:

Primavera 1919, construcción por el «pueblo» de la capillita (Francisco muere el día 4 de abril).

13 mayo 1920, entronización de la imagen (Jacinta ha muerto durante el mes de febrero en Lisboa).

Verano 1921, compra de los terrenos por el señor obispo (Lucia ingresa en el pensionado el 21 de junio).

13 octubre 1921, primera misa en la Cova; unos días después empieza a manar la fuente.

13 mayo 1922, se inicia la información canónica.

13 octubre 1924, colocación de la primera piedra del hospital.

8 junio 1927, inauguración del vía Crucis: primera ceremonia presidida por el señor obispo.

13 mayo 1928, bendición de la primera piedra de la basílica por el señor arzobispo de Evora.

13 de mayo 1930, decimotercero aniversario de las apariciones; 300.000 peregrinos.

13 octubre 1930, promulgación ante 100.000 fieles de la Carta aprobatoria de las apariciones y del culto.

13 mayo 1931, peregrinación nacional en acción de gradáis, con asistencia de todos los señores obispos, y primera consagración de Portugal al Inmaculado Corazón de María; 300.000 peregrinos.

12-13 septiembre 1935, traslado de los restos de Jacinta desde el cementerio de Vila Nova de Ourem al de Fátima.

13 mayo 1936, voto colectivo de los señores obispos para pedir la preservación del comunismo ateo.

13 mayo. 1938, peregrinación nacional en acción de gracias por la preservación de la paz durante la guerra civil española. Segunda consagración de la nación; 500.000 peregrinos.

Año 1942, *bodas de plata* de las apariciones.

9 al 12 abril 1942, grandioso congreso de la Juventud Católica Femenina en Lisboa, con la presencia de la imagen de la Capelinha, cuyo viaje hasta la capital fue un triunfo tan grandioso como espontáneo. Toda la ciudad sintióse profundamente conmovida. Inauguración de una iglesia dedicada a Nuestra Señora de Fátima. Más de medio millón de fieles aclamaron a la Virgen en una misa al aire libre.

Peregrinaciones numerosísimas durante todo el año. El día 13 de mayo, importantísimo discurso del cardenal Cerejeira. El 13 de octubre, ofrenda de la corona donada por las mujeres de Portugal, en acción de gracias por la preservación de la paz interior y exterior; tiene engarzadas tres mil perlas y piedras preciosas.

El 31 de octubre, clausura del año jubilar. La víspera, el cardenal Cerejeira pronunció por Radio Nacional un importante discurso sobre Fátima y la Iglesia: «La actitud de la Iglesia ante Fátima puede resumirse en dos proposiciones que pueden parecer a algunos un tanto osadas, pero que no son sino simples corolarios de teología elemental: *no es la Iglesia quien ha impuesto Fátima al pueblo fiel; es Fátima quien se ha impuesto a la Iglesia; la Iglesia no tiene necesidad de Fátima, pero Fátima no se comprende sin la Iglesia*». Y concluyó con estas palabras: *Fátima ilustra a la Iglesia con un nuevo esplendor de fe y de gracia*.

Durante el solemne acto de clausura en la Cova da Iria se escucha por radio el importante discurso del Padre Santo, en el que pronuncia la *consagración del mundo y de Rusia al Inmaculado Corazón*.

Año 1946, tricentenario de la consagración de Portugal a Nuestra Señora de la Concepción por el rey Juan IV. Grandes festejos nacionales.

El 13 de mayo, *coronación de la imagen de la Capelinha*, en acción de gracias por la terminación de las hostilidades, con la corona ofrecida en 1942. Inauguración, en lo más alto de la torre de la basílica, de la corona de bronce macizo (cuatro toneladas, siete metros de altura), rematada con la cruz de cristal de diez metros de altura. Las ceremonias fueron presididas por el cardenal legado, Aloisi Masella, llegado de Roma en avión y recibido con honores reales. Coro hablado por 50.000 jóvenes.

Muchos enfermos obtuvieron su curación, y una mujer muda, que se encontraba a 400 kilómetros de distancia, recobró la palabra al escuchar la ceremonia por radio.

Número de peregrinos: por lo menos, 800.000; se dijo que un millón.

Del 22 de noviembre al 24 de diciembre del mismo año, *Ruta portuguesa*. La imagen de la Capelinha hace el viaje de ida y vuelta a Lisboa por carretera; el camión, que se había preparado para transportarla, resulta inútil, pues por todas partes los hombres se disputan el honor de cargar sobre sus hombros el pesado tabernáculo, como asimismo el dosel del obispo que acompaña a la santa imagen. La procesión por las carreteras adornadas con flores y empavesadas la formaban a veces de quince a veinte mil fieles. El día 28 se produjo por vez primera el *prodigio de las palomas en Bombarral*.

La imagen fue depositada en la nueva iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Lisboa. El 7 por la noche, solemne procesión en Lisboa, exclusivamente para caballeros, que termina en la catedral.

En ella tuvo lugar, el 8 de diciembre, la *consagración oficial del país al Inmaculado Corazón*, con asistencia del presidente de la República (mariscal Carmona) y de todos los miembros del Gobierno.

Después, la imagen visitó sucesivamente todas las diócesis de Portugal.

13 mayo 1947, bendición de la imagen que aquel mismo día parte para la *Ruta mundial*. (Vid. capítulo XXI). Una joven rusa lee una consagración de Rusia que ella misma ha compuesto.

23-31 mayo 1948, *Asamblea mariana de Madrid*, presidida por la imagen de la Capelinha. (Vid. en el capítulo XXI, *Ruta mundial*).

1.º de mayo 1951, traslado del cuerpo de Jacinta desde el cementerio a la iglesia del santuario.

13 de mayo 1951, en presencia de monseñor Théas, obispo de Lourdes, que acaba de pronunciar la homilía, monseñor José Alves Correia da Silva anuncia a los quinientos mil peregrinos que, por disposición del Padre Santo, el día 13 de octubre próximo se celebrarán en Fátima extraordinarias solemnidades con motivo de la clausura del Año Santo mundial.

7-10 octubre 1951, en Lisboa, *Congreso Mundial*, a ruegos de S. S. Pío XII, sobre *el Mensaje de Fátima y la paz*. 2.000 congresistas de 43 naciones, con cinco cardenales, cuarenta y tres obispos, etc. El solemnísimo acto de clausura fue presidido por S. E. el cardenal Federico Tedeschini, legado del Papa.

12-13 octubre 1951, ceremonias con *un número nunca visto de peregrinos*, seguramente más de un millón. Doce mil extranjeros alojados en tiendas de campaña. Asistencia de la marquesa Pacelli-Rossigniani, hermana del Papa. Homilía por el cardenal legado. Alocución radiofónica del Soberano Pontífice. «Sin duda una de las mayores concentraciones humanas en los anales de la Historia». (Diario *Navidades* del 13 de octubre 1951).

13 marzo 1952, traslado de los restos de Francisco desde el cementerio a la iglesia del santuario.

7 octubre 1953, consagración de la basílica y de sus quince altares por los quince obispos residenciales de Portugal.

APÉNDICE DOCUMENTAL

I. UN TESTIGO DE LOS ORÍGENES

Para poner al lector en contacto directo con las fuentes que hemos utilizado, hubiéramos querido añadir aquí abundantes piezas justificativas (relatos, testimonios, cartas, discursos, informaciones, etc.). Solamente sobre los acontecimientos de 1917 la lista sería interminable, aun seleccionando los documentos que más podrían interesar al lector que ha tenido la bondad de seguirnos. Forzosamente nos hemos de contentar con presentarle uno solo.

ENTREVISTA Y CARTA DEL DOCTOR CARLOS MENDES

Todos los peregrinos de Fátima se han fijado en un caballero alto y corpulento que con su correa de «servita» dirige el servicio de orden, y siempre, en el momento de la bendición de los enfermos, precede a la Custodia para abrir paso al Santísimo Sacramento. Es el señor don Carlos de

Azevedo Mendes, doctor en Derecho, presidente de la Cámara Municipal (alcalde) de Torres Trovas, diputado en la Asamblea Nacional, antiguo secretario de la Cámara Corporativa.

Sus recuerdos personales de 1917 tienen, a nuestro juicio, un particular interés para la historia de los orígenes de Fátima; por ello los reproducimos en este lugar, tal como nos los comunicó en una larga conversación durante la cual pude comprobar que la corpulencia física del señor alcalde de Torres Novas no logra ocultar la profunda bondad y la delicadeza de su corazón (22 de septiembre de 1948).

«Desde julio a agosto se había hablado mucho de las apariciones en Torres Novas. Las mujeres montañesas que bajaban a vender carbón y otras mercancías, fueron las que trajeron la noticia. Yo era entonces un abogado joven y estaba prometido, de modo que pensaba en todo menos en las apariciones.

No obstante, el 7 de septiembre decidimos con algunos amigos dar un paseo a caballo por la parte de Fátima. Era día de fiesta en la iglesia, primer viernes de mes y festividad del Sagrado Corazón. (En Portugal la festividad del Sagrado Corazón no se celebra solemnemente en su día litúrgico, sino, al igual que nuestra fiesta de la Adoración Perpetua, en fechas sucesivas, de modo que los sacerdotes puedan ayudarse mutuamente.) Al reparar en nuestro traje de jinetes, los campesinos nos tomaron por oficiales o policías que íbamos a vigilar las actividades de los peregrinos. Dejamos nuestros caballos atados a unos árboles de la plaza y entramos en la iglesia.

Allí me encontré precisamente con nuestro propio cura párroco, el reverendo Antonio d'Oliveira Reis, actualmente párroco de San Sebastián de Pedreira, en Lisboa. Confesé y comulgé y esto me reconcilió con los naturales, que me miraron ya con buenos ojos.

Fui invitado a almorzar con Jos sacerdotes a quienes el reverendo párroco Ferreira había llamado para que le ayudasen en las predicaciones y en las confesiones. Todos estaban persuadidos de la sinceridad de los pequeños videntes y reconocían su constancia en la fidelidad a sus propios relatos.

Después de haber almorzado, el señor párroco me hizo acompañar hasta Aljustrel. Los pastorcillos estaban en el campo. Se les avisó y vinieron en seguida. Les pregunté separadamente a los tres. Siendo yo abogado y doctor en Derecho, procedí al estilo de un interrogatorio de fiscal. Imposible hacerles caer en contradicción. Sus explicaciones fueron perfectamente acordes y confirmaron en todos sus extremos lo que ya sabíamos.

Después de haber probado el queso y las uvas del señor Marto visitar el lugar de las apariciones. La carrasca estaba completamente despojada de sus hojas; pero la pequeña Lucia, que guardaba en su casa una ramita con tres hojas, prometió dármela. Efectivamente, me la regaló al regresar a su casa.

He ahí lo que sucedió con las tres hojas. Entregué una a mi futura suegra, otra a mi prometida y la tercera la guardé para mí. Tres años después me casé; entonces volvimos a reunir los tres recuerdos que tan celosamente guardábamos. Una de estas hojas fue colocada en un relicario

de plata dorada, empotrado en la peana de una pequeña imagen de marfil de Nuestra Señora de Fátima. Esta imagen se la ofrecimos al Santo Padre por conducto del eminentísimo cardenal Masella, legado pontificio en las fiestas de la coronación de Nuestra Señora de Fátima, en 1946.

Regresé a mi domicilio satisfecho de aquella jornada y convencido de que en Fátima había una maravillosa intervención de Nuestra Señora. En mi entusiasmo me apresuré a escribir a mi prometida, que estaba a la sazón en el balneario de Caldelas, la carta siguiente».

(El lector observará que este documento es *el testimonio directo y escrito más antiguo sobre las apariciones*, y que, no habiendo sido destinado a figurar en un expediente oficial ni a ninguna publicidad, tiene un carácter innegable de espontaneidad y de sinceridad.)

Carta de don Carlos Mendes a su prometida, en la que cuenta su visita a Fátima el día 7 de septiembre de 1917.

La carta empieza explicando las circunstancias de la excursión a Fátima y a Aljustrel, que ya conocemos. Luego presenta a los pequeños videntes.

«Jacinta, muy pequeña, muy tímida, se acurruca junto a mí. Yo me siento para contemplarla mejor y hago que se siente en un mueble a mi lado. Así podía observarla a mi gusto... Puedo afirmarte que es un ángel, pero un ángel todo, todo amor... Un pañuelo con dibujos encarnados cubre su cabeza, con las puntas atadas atrás, un pañuelo viejo y bastante usado. Una chaquetita que tampoco se distingue por su elegancia. Una falda bastante encarnada de gran vuelo, al estilo del país. Tal es el traje de nuestro angelote.

Querría describirte su rostro, pero creo no lograré hacerlo ni aproximadamente. El pañuelo hacía resaltar más y más, según lo llevaba puesto, sus facciones. Los ojos, negros; de una vivacidad encantadora, de una expresión angelical; de una bondad seductora, forman un conjunto que atrae no se sabe por qué.

Es tan tímida que me era difícil oír las pocas palabras con las que contestaba a mis preguntas.

Después de una conversación bastante extensa (¡no te rías!) jugué con ella. Vino luego Francisco. Gorra encasquetada en la cabeza, chaqueta muy corta, chaleco que dejaba ver la camisa, pantalón estrecho: un hombre en miniatura. ¡Hermoso rostro de chico! Mirada viva y cara traviesa. Contesta muy despreocupado a mis preguntas. Jacinta empieza a tenerme confianza.

En seguida llega Lucia. No puedes imaginarte el gozo que sintió Jacinta al verla. Rezumaba alegría por todas partes; corrió a recibirla y ya no se separó de ella. Formaban un hermoso cuadro. Lucia en el centro, a uno de sus lados Francisco y en el otro, mucho más cerca, hasta apoyar la cabeza en ella, Jacinta.

Lucia no tiene las facciones impresionantes; solo tiene viva la mirada. Sus facciones son vulgares; el tipo de la comarca. Al principio se mantuvo también algo retraída; pero luego que me los hube hecho míos, contestaron sin turbarse y colmaron mi curiosidad. Como ya te he dicho, los examiné, o mejor, les interrogué a j los tres por separado. Todos responden lo mismo sin la más pequeña alteración. La idea principal, que he deducido de cuanto me ha expuesto es que la Aparición desea que se propague la devoción del santo rosario.

Los tres afirman que lo que se les ha aparecido es la *Señora*. No saben quién es. Después de seis apariciones, el 13 de octubre les dirá quién es y qué desea... La naturalidad y la ingenuidad con que hablan y cuentan lo que han visto son admirables e impresionantes. Lucia ve a la Señora, habla con Ella y la oye. Jacinta ve a la Señora, la oye, pero no habla con Ella. Francisco ve a la Señora, pero no le habla ni la oye. Es interesante esta diferencia, ¿no te parece? Pero más que interesante creo que se trata de una cosa realmente extraordinaria.

Escuchar a estos rapaces, verlos en su simplicidad, examinarlos a fondo, me impresionó de una manera extraordinaria y me llevó a la conclusión de que en todo cuanto dicen hay algo de sobrenatural. Me ha emocionado intensamente encontrarme entre ellos. Hoy por hoy, mi convicción es que hay en ello una realidad extraordinaria que nuestra razón no alcanza. ¿Cuál? No sé; lo cierto es que me encontraba tan a gusto entre estos pequeñuelos que llegué a perder la noción del tiempo. ¡Hay un no sé qué de atractivo que yo no puedo describir!

Una de las impresiones más intensas de los niños es la hermosura de la Señora. El niño, para expresar su admiración me decía que Ella “era muy graciosa”. Yo le enseñé tu retrato, y les pregunté: “¿Es Ella más hermosa?”. Y todos me respondieron: “¡Oh, mucho más! La Señora va toda vestida de blanco y de oro”».

El joven abogado cuenta luego la conversación que sostuvo con los padres de Jacinta, en cuya casa se hallaba.

Y añade:

«Solo saben lo que cuentan los niños; sus conocimientos hoy día no aventajan a los míos. Pero la señora Olimpia me habla de sus preocupaciones por el trastorno que le proporcionan los pequeños: “¡Si al menos fuésemos católicos practicantes! ¡Piense usted que mi propio hermano (el padre de Lucia) ni va a la iglesia y le gusta mucho el vino!”». Luego me cuenta la visita del administrador y la detención de los niños».

El señor don Carlos Mendes cuenta en seguida a su prometida, de una manera simple y familiar, cómo fue a visitar la Cova con los niños:

«La pequeña carrasca estaba reducida a su *mínima* expresión. A su alrededor, una pared de piedra, y sobre la pared unas macetas con albahaca y otras plantas. Los tres se arrodillaron. Lucia, en medio, empieza a rezar el rosario. El recogimiento y el fervor con que reza impresionan vivamente. La intención del rosario es muy interesante: era por los soldados que están en la guerra... Al terminar pido permiso a los niños para coger un brote de albahaca. Ellos me ofrecieron uno pequeño...». La oración que rezan, que les ha sido enseñada por la Señora, es muy sencilla. Es la siguiente: «¡Oh, Jesús mío, perdóname! Líbrame del fuego del infierno. Conduce todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas». (Nótese la conformidad literal de este texto con el que nos dio Lucia treinta años después, a pesar de las deformaciones populares de esta oración.)

Una vez enterado de este documento, que consideré interesantísimo, el señor Mendes prosiguió:

«Quise, pues, asistir a la siguiente aparición, seis días después. Me sentía particularmente dichoso de encontrarme junto a la carrasca y a los niños. Estaban muy recogidos. Pero regresé completamente decepcionado.

Primero oí a algunas personas que gritaban, afirmando que veían una luz extraordinaria, que caían pétalos del cielo, etc. Pero yo no veía nada, y, sin embargo, estaba junto a los niños.

Cuando Lucia dijo “¡Todo ha terminado!”, la tomé en mis brazos para apartarla de la multitud. Yo esperaba verla muy contenta por el éxtasis que acababa de vivir. Pero ella no hacía más que llorar mientras gritaba: “¡Suélteme! ¡Suélteme!”. Esto me causó muy mala impresión».

(Este llanto y este miedo de la niña se debían a un estado psicológico que el joven abogado, que pretendía ayudarla, no podía llegar a presumir, pero que Lucia nos dio a conocer en sus memorias [cuaderno segundo]. La estatura y la corpulencia del señor Mendes le hacía suponer que era un alemán, palabra con la cual se asustaba a los niños en Aljustrel para que fuesen buenos.)

«Mi prometida celebraba su cumpleaños al día siguiente. Fui a verla. La encontré en el salón del hotel leyendo y comentando, ante numerosa concurrencia, mi carta sobre la jornada del día 7, que ella acababa de recibir. Todos a la vez me preguntaron:

—¿Qué ocurre?... ¿Qué ocurre?...

Yo respondí con brusquedad:

—Estos niños son unos mentirosos.

Esta contestación fue como una ducha de agua fría sobre el naciente entusiasmo. Yo no dudaba, empero, de la sinceridad de los niños; pero les creía juguete de alguna ilusión.

Llegó el día 13 de octubre. Uno de mis hermanos, médico movilizado, habla regresado del frente con permiso. Quería ir a toda costa a Fátima aquel día tan señalado y llevarme con él. Le convencí de que no fuese, y desistió Pero otro de mis hermanos había prometido a una antigua sirvienta de nuestra casa acompañarla a la Cova en auto. (Ella vive todavía; tiene noventa y seis años y se ocupa en sus pequeños quehaceres diarios.) Toda la noche estuvo diciendo mi hermano: “Carlos, tú irás con nosotros..., ¡tú irás!...”. Invariablemente yo le contestaba: “No, déjame dormir en paz”.

A las cuatro se levantó mi hermano para preparar la salida, y yo mismo, maquinalmente, sin saber por qué también me levanté, pero estaba

firmermente decidido a no mezclarme con la multitud y permanecer a distancia, en la carretera.

Llovía a cántaros; no cesó de llover durante toda la mañana. Y he aquí que en el momento de la aparición, sin saber cómo había sido, me encontré junto a los niños. No sé cómo explicármelo, pues tenía la firme decisión de no preocuparme más de este caso.

Los niños estaban muy recogidos; yo no veía a nadie más que a ellos. Súbitamente dijo Lucia: “Mirad el sol. Nuestra Señora va a manifestarse”.

Las nubes se disiparon, dejando solamente algunas nubecillas que se deslizaban acá y allá en el firmamento. Y vimos que el sol daba vueltas sobre sí mismo como si fuese una gran rueda de fuego lanzando rayos de diversos colores. Fue aquel un momento verdaderamente indescriptible; todo el mundo se arrodilló. Unos rezaban, otros gritaban...

Cuando el sol volvió a su estado normal, yo tomé a Lucía en brazos para llevarla hasta la carretera. Fueron, pues, mis hombros la primera tribuna desde la cual predicó la niña el mensaje que acababa de, confiarle Nuestra Señora del Rosario. Con indescriptible entusiasmo y profunda fe, ella gritaba: “¡Haced penitencia!... ¡Haced penitencia! Nuestra Señora quiere que hagáis penitencia. Si hacéis penitencia, la guerra terminará...” (Hacer penitencia equivale, en portugués, a “convertirse, volver a Dios, huir del pecado, y no: hacer penitencias, mortificaciones”.)

Al llegar a este punto del relato interrumpí a mi narrador:

—¿Oyó usted si Lucia decía: *terminará hoy?*

—No, no lo recuerdo, a pesar de que ella repitió la frase varias veces. Otras muchas veces se me ha hecho la misma pregunta, y siempre he respondido diciendo que no oí tal cosa».

«Ella parecía como inspirada... Era verdaderamente impresionante oírla. Su voz tenía modulaciones como la voz de un gran profeta». (El señor Mendes insiste mucho sobre esta impresión sobrenatural en los gestos y en las palabras de Lucia en aquel momento.)

«Una vez nos vimos libres de aquella gran multitud, entregué la niña a su familia...».

Y después de haber citado distintos casos de conversiones, para demostrar la acción de la gracia, don Carlos Mendes terminó diciendo:

«Vea Vuestra Reverencia el gran milagro de Fátima; es todo esto que vemos, estas muchedumbres penitentes..., esta piedad..., estas conversiones..., ¡el país transformado!».

P. S.—El testimonio del señor Mendes, juntamente con los de otros testigos, de que Lucia no dijo «hoy» en aquella ocasión, ¿no es suficiente para rechazar la *objeción* sacada del supuesto de que la niña lo habría dicho aquella misma tarde, después de un largo contacto con la multitud exaltada, que veía en el prodigio solar la prueba de que la «señal» que se esperaba se había cumplido? La penitencia pedida por la Visión hubiera sido realmente muy corta, si hubiese terminado aquel mismo día.

II. RELATOS DEL PRODIGIO SOLAR

Aparte de los documentos que hemos citado en nuestros dos capítulos sobre las «señales» y sobre la «prensa», poseemos otros muchos testimonios orales o escritos que resultaría enojoso citar.

UN TESTIGO NADA SOSPECHOSO

Transcribimos seguidamente el pasaje principal del artículo del señor Almeida, inserto en *O Seculo*, por la importancia que tiene en la historia de Fátima, el testimonio de este corifeo del librepensamiento lisboeta.

«La hora antigua es la que vale para esta muchedumbre, que era, según cálculos desapasionados de personas cultas y completamente extrañas a influencias místicas, de treinta a cuarenta mil personas... La manifestación milagrosa, la señal visible está a punto de producirse, afirman muchos peregrinos... Y uno asiste a un espectáculo único e increíble para aquellos que no lo han presenciado. Desde lo alto de la carretera, donde se amontonan los carros y donde se hallan centenares de personas que no han tenido aliento para adentrarse en el barro, se ve a la inmensa multitud volverse hacia el sol, que está limpio de nubes, en pleno mediodía. El astro se asemeja a un disco de plata pálida y se le puede contemplar cara a cara sin ninguna molestia Parece un eclipse. Pero he ahí que se eleva un colosal clamor y oímos que los espectadores más próximos a nosotros exclaman: “¡Milagro! ¡Milagro! ¡Maravilla!”.

Ante los admirados ojos de este pueblo, cuya actitud nos traslada a los tiempos bíblicos, y que, presa de espanto, descubierta la cabeza, mira hacia el cielo azul, el sol ha temblado, ha realizado unos movimientos bruscos nunca vistos, fuera de todas las leyes cósmicas; el sol “ha danzado”, según la expresión típica de los campesinos... Subido sobre el estribo del coche de Torres Novas, un anciano, cuya estatura y fisonomía suave, y a la vez enérgica, recuerdan las de Paul Déroulède, reza, vuelto hacia el sol y con grandes voces, el credo, desde el principio hasta el fin.

Inmediatamente las gentes se preguntan unos a otros si han visto alguna cosa y qué es lo que han visto, La mayor parte confiesan que lo que han visto es el movimiento o la danza del gol; otros afirman haber visto el rostro sonriente de la Virgen, o juran que el sol ha dado una vuelta sobre sí mismo, como si fuese una rueda de fuegos de artificio que ha descendido hasta quemar la tierra con sus rayos... Alguien dice, en fin, que ha visto cómo cambiaba sucesivamente de color...».

EL MILAGRO DE FÁTIMA

(Carta a uno que pide un testimonio no sospechoso.) (Extractos.)

Entre los incrédulos que presenciaron la danza del sol se hallaba el señor don Antonio de Bastos, alcalde de Santarem. Convertido casi por lo que había visto, quedó espiritualmente turbado en su choque de sentimientos e ideas, después de haber leído el artículo que publicó el señor Pinto Coelho en el periódico católico *A Ordem*. Para salir de dudas, escribió a su antiguo compañero del seminario de Santarem, para pedirle su verdadera opinión personal.

El periodista contestó con una carta que publicó luego, no en su diario, sino en el suplemento semanal ilustrado *Ilustração Portuguesa* (número correspondiente al domingo 29 de octubre). En esa carta renueva su afirmación de la maravilla que hirió sus ojos. Apareció este artículo ilustrado con doce fotografías tomadas de la muchedumbre antes, durante y después del prodigio, de las cuales es imposible, por desgracia, obtener los clisés originales.

«Rompiendo el silencio de más de veinte años y recordando los tiempos lejanos y añorados que pasamos en fraternal camaradería, iluminada por la fe común y fortalecida por idénticas aspiraciones..., me

escribes para que te diga sincera y detalladamente lo que vi y oí en la landa de Fátima...

(Esta frase, recordando el tiempo “añorado” en que el periodista librepensador estudiaba en el seminario y aspiraba al sacerdocio, fue seguramente notada por los habituales lectores del señor Almeida y por toda la opinión portuguesa.)

Los católicos no están de acuerdo sobre la importancia y el significado de lo que han visto. Unos están convencidos de que se han cumplido las promesas del Altísimo; otros están muy lejos de creer en la indiscutible realidad de un milagro.

Tú fuiste creyente y dejaste de serlo. Algunos de tus parientes te arrastraron a Fátima en la inmensa ola de aquel pueblo que se reunió allí el día 13 de octubre. Tu racionalismo sufrió un rudo golpe y quisieras formarte un criterio seguro, apoyándote en testimonio no sospechoso como el mío, pues me encontraba allí en cumplimiento de una misión bastante difícil: la de relatar imparcialmente para un importante diario, *O Seculo*, los hechos que ante mi ocurriesen, y todo lo que a título de curiosidad o de explicación tuviese relación con ellos.

Voy a complacer tus deseos; pero en verdad ni mis ojos ni mis oídos han visto ni oído cosas diferentes, y fueron raros los que quedaron insensibles ante la grandeza de semejante espectáculo, único entre nosotros, digno bajo todos los aspectos de meditación y de estudio...

En las anteriores reuniones de fieles, muchas fueron las personas que aseguraron haber visto singularidades astronómicas y atmosféricas que se tomaban como índice de una inmediata intervención divina. Se hablaba de un súbito descenso de la temperatura, de la aparición de estrellas en pleno mediodía y de nubes hermosísimas y nunca vistas alrededor del sol. Se repetía y se propagaba con gran emoción que la Señora había recomendado la penitencia, que pedía la erección de una capilla en aquel mismo lugar; que el día 13 de octubre manifestaría, por medio de una prueba sensible para todos, la infinita bondad y omnipotencia de Dios...

Yo he visto grandes masas de hombres y mujeres, pacientemente, como empujados por un sueño, dirigirse por la noche hacia el lugar famoso, caminando descalzos al ritmo de los cánticos y rezando cadenciosamente el rosario, sin mostrar la menor impaciencia, emoción o desfallecimiento,

Cuando por un cambio súbito del tiempo los chubascos habían transformado los caminos polvorientos en profundos barrizales y a los templados días de octubre habían seguido, por un día al menos, las duras inclemencias del invierno.

Yo he visto a la multitud... contemplar sin el menor desorden las manifestaciones sobrenaturales, sin que el mal tiempo disminuyese ni su esplendor ni su importancia... He visto que le confianza seguía viva y ardiente a pesar de las contrariedades imprevistas..., que los niños (por lo que dicen, privilegiados) han sido objeto de los más delicados respetos por parte de esa multitud que se arrodilló y se puso a rezar cuando ellos se lo indicaron, en el momento en que se aproximaba la hora del “milagro”, la hora mística y ardientemente esperada del contacto entre el cielo y la tierra...

Y, cuando parecía que ya no podía imaginar ninguna otra cosa más impresionante que esta rumorosa, pero pacífica multitud animada por la misma poderosa y obsesionante angustia, vi algo todavía más extraordinario en la *charneca* de Fátima... Cesar la lluvia en la hora anunciada de antemano; disiparse la espesa capa de nubes, y el astro rey —disco de plata sin brillo— aparecer en pleno cénit y ponerse a danzar con un movimiento violento y convulsivo que muchos de los presentes tomaron por una danza serpentina a causa de sus hermosos y rutilantes colores que aparecían sucesivamente en la superficie del sol...

Milagro, como gritaba la gente; fenómeno natural, como dicen los sabios. No me intriga ahora el saberlo, sino afirmo únicamente lo que vi... Lo demás pertenece a la ciencia y a la Iglesia... —AVELINO DE ALMEIDA».

Notemos aquí una curiosa contradicción. Los dos ejemplares de esta revista ilustrada que nos ha sido posible consultar contienen en sus páginas centrales, sujetas por los mismos corchetes metálicos, un suplemento ilustrado humorístico titulado: *O Seculo Comico*. Pues bien; este suplemento (con fecha del mismo domingo y con las indicaciones: año XX, núm. 1.042) contiene dos artículos y una caricatura contra el milagro.

La caricatura ocupa toda la cubierta: representa a un obrero hirsuto y pobremente vestido que se crispa ante un espectro amenazador, el cual lleva escrita en su sudario la palabra *fome*, hambre, y el obrero exclama: «¡El

hambre!... Esta es la verdadera aparición palpable y real». En la página 3, un artículo titulado *Milagres* («Milagros») hace burla del milagro en general, interpretándolo a través de groseros chistes y ayudándose de un grotesco dibujo. Hay, en fin, en la misma página un poema horriblemente blasfemo.

De suerte que los abonados a esta doble publicación recibieron el mismo día, de la misma editorial y juntos, un artículo del redactor-jefe proclamando, aun con cierta grandilocuencia, el milagro del sol, y un cúmulo de literatura antirreligiosa, debida a la pluma de sus colaboradores. Prueba evidente de que la leal actitud adoptada por el director, que había visto la «señal de Dios», no era del gusto de su personal de redacción; lo cual es una prueba de las dificultades que seguramente encontró el señor de Almeida cuando quiso corregir el tono anticlerical de su diario y de las demás publicaciones de su casa.

TESTIMONIOS DIVERSOS

Además de *O Seculo*, otros periódicos reconocieron el inaudito prodigio del 13 de julio. Citemos el reportaje de la señora Magdalena de Martel Patricio en *O Dio*, del 19 de octubre; el del periódico *Diario da Noticias*, de su corresponsal en Vila Nova de Ourem, quien cuenta íntegramente lo sucedido, pero atribuyendo las percepciones de la multitud a la sugestión; el de la señora Augusta Vieira de Campos, en un periódico de Coímbra, artículo que se publicó luego en un folleto aparte, etc.

OBSERVACIONES DE UN ASTRÓNOMO

O Seculo, con su artículo del 15, disgustó a su clientela de incrédulos. Para atenuar, seguramente, esta impresión desagradable, publicó el periódico en su edición de la noche del 18 una contestación escrita por don Federico Oom, director del Observatorio de Lisboa, a esta pregunta: «¿Qué hay que pensar de los fenómenos cósmicos que millares de personas afirman haber visto en Fátima?».

«El ilustre astrónomo —dice el periódico— ha tenido la amabilidad de respondernos lo que sigue:

—De haber sido un fenómeno cósmico, los observatorios astronómicos no habrían dejado de registrarlo. Y esto es precisamente lo que falta, esta anotación inevitable de cualquier perturbación en el sistema de los mundos, por insignificante que sea. Por consiguiente...

—¿Fue, pues, un fenómeno de naturaleza psicológica? — interrumpimos.

—¿Y por qué no había de serlo? Sin duda, efecto de una sugestión colectiva. Pero, en todo caso, ajeno absolutamente a la rama de la ciencia que yo cultivo».

Esta hipótesis de la sugestión colectiva, como ya hemos indicado, no tiene consistencia ante el hecho de la ignorancia absoluta que tenía la multitud de los fenómenos que habían de comprobar. Además, una gran parte de los asistentes eran escépticos o simplemente curiosos. Había asimismo algunos incrédulos impertérritos que estaban dispuestos a enmendar la credulidad de los fanáticos.

UN ESCÉPTICO, CONVENCIDO

Esto nos lleva a recordar el testimonio de quien, a partir de aquel día 13, había de convertirse en el gran amigo de los videntes y de sus familias, el señor don Luis Antonio Vieira de Magalhaes, barón de Alvaizere. Fue él quien, tres años y medio después, prestó su tumba para la sepultura de la pequeña Jacinta. He aquí, resumidamente, lo que aconteció, según el relato que él mismo nos ha hecho.

Habiendo llegado a Fátima en viaje de recreo, tenía por «pura chanza» todo cuanto había oído sobre las apariciones. Allí encontró a varios amigos, de los cuales dio los nombres, y empezó con ellos a comentar con cierta ironía los acontecimientos, lo cual le indispuso con algunos de aquellos amigos, partidarios del carácter sobrenatural de los hechos.

El señor de Alvaizere se dispuso entonces a defender la libertad de su espíritu contra las imposiciones de los hechos y de las opiniones. «Me acordé entonces —dice— del principio de Gustavo le Bon, que sostiene que el individuo en una colectividad no puede escapar a la corriente hipnótica que le domina. Era, pues, necesario que yo me precaviese contra toda clase de influencias». Con esta prevención asistió al fenómeno solar, que describe

como los demás testigos. Y termina diciendo: «Solo sé que yo gritaba: ¡Creo, creo!... Y que mis ojos derramaban abundantes lágrimas: estaba maravillado, extasiado ante aquella manifestación del poder divino».

TESTIMONIOS RECOGIDOS POR EL AUTOR

Muchas de las personas citadas en nuestra descripción de los acontecimientos de 1917 fueron testigos de los hechos que hemos contado, especialmente del prodigio solar. Es materialmente imposible publicar todos los relatos que han tenido la bondad de proporcionarnos.

El reverendo Da Silva tenía entonces cuarenta y un años. Aunque él no vio las señales del 13 de septiembre, con todo, creía en lo que decían los niños. Sus achaques le han obligado a un descanso forzoso, habiendo tenido la dicha de poderse retirar junto a la Capelinha. Le hemos interrogado, especialmente sobre las impresiones de la muchedumbre durante los hechos del 13 de octubre. Dividió a los asistentes en tres grupos: los que tenían miedo, los que rezaban, los que gozosamente cantaban.

Está uno tan acostumbrado a oír que fue toda la multitud presa de gran espanto, que me sorprendió sobre manera esta clasificación. Y de hecho, habiendo interrogado a otros muchos testigos, he podido darme perfecta cuenta de la exactitud de la observación del reverendo Da Silva. Otros muchos testigos me han hablado asimismo de una grandísima alegría, porque creían en las apariciones y porque su fe se veía confirmada con un milagro nunca oído.

Quienes conocían a los niños y les tenían afecto (las buenas personas de Aljustrel y de los caseríos vecinos) temían que las amenazas de los enemigos contra los pequeños se cumpliesen si el milagro anunciado no se realizaba. Se alegraban, pues, extraordinariamente al ver que este temor había desaparecido por completo gracias al prodigio contemplado.

Un empleado del santuario, el señor Joaquín Pereira dos Reis, que tenía entonces diecisiete años, me manifestó que él estaba muy contento porque aquello «era muy hermoso». Sabemos que a los portugueses les gustan muchos los fuegos artificiales: pues bien, la Señora de la carrasca les proporcionaba unos inimitables.

Según varios testigos, quienes sentían miedo eran más bien los incrédulos o los hostiles al milagro, y particularmente quienes por primera vez habían acudido a la Cova y nunca habían visto las «señales» de las anteriores apariciones.

Hemos ofrecido más arriba el relato de nuestra entrevista con el doctor Carlos Mendes, que contiene un corto relato de la danza del sol.

He aquí, en fin, una narración inédita que nos ha hecho por escrito un testigo ocular, residente actualmente en Francia, el señor Ferreira Borges:

«Lo que usted me pide no es fácil. Pronto hará veintinueve años que asistí al milagro de Fátima. Lo he fomentado a menudo con otros amigos que lo vieron igualmente; he vuelto muchas veces, como, peregrino, a este lugar de maravilla, he leído tanto sobre este asunto, que temo, al hablar de él, añadir a lo que vi todo cuanto ha ido depositándose en mi memoria sobre las impresiones del momento.

En 1917, preocupado por mi profesión de abogado en Lisboa, y por mis proyectos de matrimonio, no concedía ninguna importancia a los relatos que llegaban de Fátima, lugar al que yo no había ido nunca antes del 13 de octubre.

Habiéndome casado el día 1 de septiembre, me encontraba de vacaciones en Marinha Grande con mi esposa, la cual me pidió el día 11 de octubre que quisiera llevarla a Fátima dos días después. Con otros amigos de Lisboa y de aquel lugar, se proyectó una comida en el bosque, cosa que me interesaba más que las apariciones y que el milagro esperado.

A causa del mal tiempo, comimos en un albergue de Batalha, junto al célebre monasterio. Después, por una carretera que era un verdadero barrizal, llegamos a la Cova da Iria hacia la una y media (mediodía solar).

Tuvimos que detenernos demasiado lejos del lugar en que se apiñaba la muchedumbre, detenidos por la barricada de vehículos embotellados. La lluvia que caía sin cesar y nuestra falta de entusiasmo y de fe hicieron que mi esposa y yo permaneciésemos en el coche, mientras que nuestros compañeros de excursión, más fervorosos, fuesen a chapotear por la arcilla pegajosa. Nos invitaron a que les acompañásemos, pero nosotros no deseábamos otra cosa sino que regresasen pronto para volver a gozar de nuestra intimidad cuanto antes.

Mi esposa estaba más que arrepentida de haberme hecho ir allá, y estábamos hablando de nuestra equivocación cuando unos gritos de la multitud llegaron hasta nosotros: “¡La aparición está aquí!... ¡Los niños la ven!...”. Oigo a unas personas que dicen que han visto una nubecilla blanca que venía de la parte este y se colocaba sobre el arbusto, y que la ven todavía. Muchos se arrodillan y rezan, otros procuran acercarse al árbol, otros parece que esperan aún, no sé qué, con la boca abierta...

Salté del coche en aquel momento, y, mientras ofrecía mi mano a mi esposa para ayudarla a apearse, he aquí que los densos nubarrones se disiparon sin que se notara el más tenue soplo de aire, y el sol resplandeció en el cielo despejado. Luego empezó a gritar la multitud: “¡Mirad el sol!... ¡Jesús! ¡María! ¿Qué va a suceder?... ¿Qué será de nos otros?...” Yo estaba apartado de la gran muchedumbre, sobre una pequeña loma. Levanté los ojos y vi que el sol se movía como si danzase. Le vi tomar tres distintas posiciones en el espacio, marcando los tres ángulos de un triángulo, dar vueltas como una rueda de fuego y pareciendo aproximarse en espiral sobre la tierra.

Una parte de la multitud parecía presa de terror, otra de admiración y de alegría. Todo el mundo cayó de rodillas y resonó el *Avemaría* como un grito de admiración, de temor y de esperanza.

¿Qué sucedió luego? No lo sé. No recuerdo haber prestado particular atención sobre si mis vestidos o los de los demás estaban secos o mojados. Por lo demás, por lo que a mí se refiere, yo había permanecido refugiado en mi coche hasta el momento en que aclaró el cielo. Solo podría haberme manchado los pantalones al arrodillarme en el barro; pero no se me ocurrió mirarlo, pues tan impresionado estaba por todo cuanto sucedía.

Invadido por un íntimo gozo, yo tenía la seguridad de haber asistido a un gran milagro y de que algo extraordinario había ocurrido entre un Ser sobrenatural y los niños, a quienes no veía y a quienes nunca había visto. Desde el fondo de mi corazón daba gracias a la Madre de Dios por haberme concedido el favor de encontrarme en aquel lugar, en los primeros días de mi matrimonio, con mi esposa, como para recibir su bendición al comienzo de mi nueva vida...

Después del milagro, la multitud se dispersó cantando la *Salve Rainha*, con un profundo recogimiento y en orden perfecto. Reconocí a algunos

terribles sectarios silenciosos y meditabundos, y asimismo a algunos fieles creyentes, que tenían el rostro bañado en lágrimas y los labios temblorosos, por la oración: tales eran los primeros resultados del milagro...

Bayonne, 13 de mayo de 1946».

DESCRIPCIÓN HECHA POR UN HOMBRE DE CIENCIA

Terminamos con el relato más concreto, más completo y más preciso que conocemos, el del doctor don José Proença de Almeida Garret, profesor de la Universidad de Coímbra:

«Voy a relatar de una manera breve y concisa, sin frases que velen la verdad, lo que vi en Fátima el 13 de octubre de 1917. Las horas que indico son las que, en aquella época, señalaban oficialmente el tiempo según la disposición del Gobierno; que había unificado nuestra hora con la de los países beligerantes. Lo hago así para mayor exactitud, pues no me sería fácil indicar con precisión el momento en que el sol alcanzaba el cénit.

Llegué al mediodía. La lluvia que caía desde la mañana, fina y persistente, empujada por un fuerte vendaval, seguía irritante, amenazando licuarlo todo. El cielo, bajo y pesado, tenía un color sombrío, preñado de agua, anuncio de una lluvia abundante y duradera.

La multitud.—Me detuve en la carretera, al abrigo del toldo del automóvil, un poco más arriba del lugar que se decía ser el de la aparición, no atreviéndome a lanzarme en el charco arcilloso del campo recientemente labrado. Estaba a un poco más de cien metros de unos postes levantados que sostenían una cruz rústica. Veía perfectamente, alrededor de este arco, el ancho círculo de la multitud, que con sus paraguas abiertos parecía un vasto pampo de corazas.

Poco después de la una llegaron a este lugar los niños, a quienes (según ellos aseguran) la Virgen les indicó el lugar, el día y la hora de la aparición. Se oían los cánticos entonados por la multitud que les rodeaba.

En un momento dado, esta masa confusa y compacta Cerró los paraguas, se descubrieron todos en un gesto que debía de ser de humildad o de respeto, pero que a mí me dejó sorprendido y admirado, pues la lluvia, con una persistencia obstinada, mojaba todas las cabezas, calaba e

inundaba. Se me ha dicho después que esta gente, al arrodillarse en el barro, había obedecido a la voz de una niña.

Sería la una y media cuando se levantó, en el preciso lugar que ocupaban los niños, una columna de humo fino, tenue y azulado, que subió recto hasta unos dos metros, tal vez, por encima de las cabezas y se desvaneció a esta altura. Este fenómeno, perfectamente visible a simple vista, duró algunos segundos. No habiendo registrado el tiempo de su duración, no puedo asegurar si fue más o menos de un minuto. El humo se disipó bruscamente, y, al cabo de cierto tiempo, volvió a producirse por segunda y por tercera vez. Las tres veces, pero sobre todo la última, los maderos levantados se destacaban claramente en la atmósfera gris.

Enfoqué entonces mis gemelos hacia aquella parte, pero no logré ver otra cosa sino las columnas de humo, aunque yo estaba persuadido de que eran producidas por algún incensario que se agitaba, en el cual se quemase incienso. Después, algunas personas dignas de crédito me afirmaron que la tal cosa se había producido de ordinario todos los días 13 de los cinco meses anteriores y que, antes, como ahora, no se había quemado nada ni se había encendido ningún fuego.

Yo seguía mirando hacia el lado de la aparición con una expectativa serena y fría y con curiosidad que iba disminuyendo, porque el tiempo transcurría muy lentamente sin que nada nuevo activase mi atención, cuando oí el clamor de millares de voces y vi a la muchedumbre situada en el vasto campo que se extendía a mis pies, ya concentrada en grupos compactos junto al arco de madera, ya en las bajas calzadas (montones de piedra formando muro o camino que contienen la tierra); volver la espalda hacia donde habían convergido hasta entonces los deseos y las angustias de todos y mirar al cielo por el lado opuesto.

Eran las dos, aproximadamente.

El sol.— Unos momentos antes, el sol había traspasado la densa capa de nubes que le tenían oculto para brillar clara e intensamente. Me volví hacia este “imán” que atraía todas las miradas y le pude ver parecido a un disco de bordes nítidos y vivo en el centro, luminoso y brillante, pero sin que dañase a la vista.

En Fátima mismo oí compararle a un disco de plata mate; tal comparación no me pareció justa. Era de un color más claro, vivo y rico,

con unos destellos semejantes al oriente de las perlas. No se parecía en nada a la luna en una noche transparente y clara, pues *se le veía y se le sentía como a un astro vivo*.

No era esférico, como la luna; tampoco tenía su tonalidad ni sus claroscuros. Parecía un disco plano y pulimentado, tallado en el nácar de una concha. Esto no es una comparación trivial de poesía barata. Mis ojos así lo vieron.

No se parecía tampoco a un sol visto a través de la niebla —que no la había en aquel momento—, pues no estaba apagado, ni difuso, ni velado. En Fátima daba luz y calor, y se dibujaba netamente con los bordes tallados en arista como una mesa de juego.

La bóveda celeste estaba cubierta de tenues cirrus, con anchos espacios azules acá y acullá; pero el sol se destacó muchas veces en el cielo despejado. Las nubes, que se deslizaban tranquilas de este a oeste, no amortiguaban la luz del sol (la cual no dañaba a la vista), de modo que se tenía la impresión, fácilmente comprensible y explicable, de que discurrían por detrás del sol y no por delante. Pero por unos momentos estos copos nubosos que aparecían blancos parecía tomasen, al deslizarse ante el sol, una tonalidad rosada o azul diáfana.

Es maravilloso que durante un tan largo espacio de tiempo se haya podido contemplar aquel astro, foco de luz y centro de calor, sin que perjudicase la vista y sin un deslumbramiento que cegase la retina.

Este fenómeno, con dos breves interrupciones durante las cuales el astro rey echó los rayos más brillantes y más cegadores, que obligaron a volver los ojos, duró aproximadamente unos diez minutos.

Este disco nacarado tenía el vértigo del movimiento, el cual no consistía (solamente) en el centelleo de un astro en plena vida, sino que giraba (realmente) sobre sí mismo a una velocidad impetuosa.

De nuevo se oyó un clamoreo, como un potente grito de angustia de todo este pueblo. Conservando la velocidad de su rotación, el sol se desprendo del firmamento y, rojo como la sangre, avanza sobre la tierra, amenazando aplastarnos bajo el peso de su inmensa masa ígnea. Fueron unos segundos de terrorífica impresión.

La atmósfera.—Durante el fenómeno solar que acabo de describir detalladamente, hubo en la atmósfera coloraciones impresionantes. No puedo precisar el momento exacto, pues han transcurrido ya más de dos meses y no he tomado ninguna nota. Pero me parece recordar que no fue al principio, sino más bien hacia el final.

Mientras me ocupaba en mirar el sol, observé que todo oscurecía a mi alrededor. Miré lo que tenía cerca, extendí luego la mirada hasta el confin del horizonte y todo lo vi de color amatista. Los objetos, el cielo y la capa atmosférica todo era del mismo color; Una gran encina violácea que tenía ante mí ponía sobre el suelo una sombra espesa.

Temiendo una afección en la retina —hipótesis poco probable, pues en tal caso no hubiera visto las cosas de color violeta—, cerré los párpados y los mantuve tapados con mis manos para interceptar la luz. Me volví y, abriendo de nuevo los ojos, observé que, como antes, el paisaje y la atmósfera seguían siempre con el mismo color violeta.

La impresión que se tenía no era la de un eclipse. Yo he visto un eclipse total de sol en Viseu, donde me hallaba. A medida que la luna avanza ante el disco solar, la luz va disminuyendo hasta que todo se vuelve sombrío y negro. La vista se extiende hasta cierta distancia, más allá de la cual los objetos poco a poco se confunden, hasta que se pierden en la espesa sombra. La temperatura disminuye considerablemente y diríase que la vida de la tierra se extingue. En Fátima, la atmósfera, aunque de color, violeta, permaneció transparente hasta los confines del horizonte que se distinguía y se veía con toda claridad, y no tuve la impresión de que disminuyese la energía universal.

Mirando todavía el sol, observé que el ambiente se había vuelto más claro. Entonces oí que un campesino, que estaba a mi lado, decía como embobado: —“Señora, usted es de color amarillo”.

En realidad, en aquel entonces, todo estaba cambiado, lo próximo y lo lejano, tomando la tonalidad de los antiguos damascos amarillos. Todas las personas parecían estar enfermas, ictericia. Me sonreía al verlas tan feas y con tan mala cara. Oí que otros también se reían. Mi mano tenía el mismo color amarillo. Unos días después quise hacer el experimento de mirar fijamente el sol por unos breves instantes; cerrando los ojos, volviendo

luego la mirada, vi a los pocos instantes unas manchas amarillas de contornos irregulares.

No se veía todo de un color uniforme como si se hubiese volatilizado un topacio en el aire, sino unas manchas y unos lunares que se desplazaban según el movimiento de la vista.

Observé todos estos fenómenos que acabo de citar y describir, tranquila y serenamente, sin ninguna emoción ni sobresalto.

A otros incumbe explicarlos o interpretarlos».

(De *Os Episodios Miravilhosos de Fátima*, por el vizconde de Montelo).

III. PALABRAS PRINCIPALES EXACTAS DE LA VIRGEN EN FÁTIMA

PRIMERA APARICIÓN (13 de mayo de 1917)

(Con las manos juntas):

—*Soy del cielo.*

—*Vengo a pedir os que nos encontremos aquí seis veces seguidas a esta misma hora, el día 13 de cada mes. En octubre os diré quién soy y qué quiero.*

—*Sí, tú irás (al cielo).*

La misma promesa a Jacinta. Para Francisco, dijo:

—*También irá. Él todavía ha de rezar su rosario.*

—*¿Queréis ofrecer a Dios sacrificios y aceptar todos los sufrimientos que quiera enviaros en reparación de los pecados tan numerosos que ofenden a su Divina Majestad? ¿Queréis sufrir para obtener la conversión de los pecadores, para reparar las blasfemias, así como todas las ofensas hechas al Corazón Inmaculado de María?*

(Con las manos separadas):

—*Vais, pues, a tener mucho que sufrir, pero la gracia de Dios os asistirá y os sostendrá siempre.*

Y desde este momento un haz de luz misteriosa da a los niños la impresión de la presencia divina.

Antes de dejarlos:

—*Rezad el rosario todos los días, a fin, de obtener la paz para el mundo.*

Sobre la pregunta de Lucia de si la guerra terminaría pronto:

—*No puedo decírtelo aún, mientras que no te haya dicho también lo que quiero.*

SEGUNDA APARICIÓN (13 de junio)

(Con las manos juntas):

—*Volved aquí el 13 del mes próximo, rezad el rosario cada día. Deseo que aprendáis a leer; después os diré lo que quiero.*

Respuesta a una petición de curación:

—*Que se convierta y curará dentro del año.*

Respuesta a la petición de ser llevados al cielo.

—*Sí. A Jacinta y Francisco vendré pronto a llevarlos conmigo. Pero; tú debes seguir más tiempo aquí abajo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere instituir en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado* ¹⁷⁸.

Al expresar Lucia el temor de quedar sola (sin sus primos) sobre la tierra:

—*¡No, hija mía!... ¿Sufres mucho por eso? Yo no te abandonaré jamás. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y la vía que te conducirá a Dios.*

(Con las manos separadas):

Esta fue la visión del Corazón Inmaculado de la que Lucia no nos ha transmitido ninguna palabra.

TERCERA APARICIÓN (13 de julio)

(Con las manos juntas):

—*Deseo que volváis de nuevo el 13 del próximo mes. Rezad el rosario todos los días con la intención de obtener el fin de la, guerra. Solo Nuestra Señora puede alcanzar esta gracia a los hombres.*

—*Volved aquí todos los meses. En octubre os diré quién soy y qué deseo y haré un gran milagro para que todo el mundo pueda creerlos.*

La Visión pronunció entonces algunas palabras en respuesta a peticiones de gracias particulares, recomendando siempre el Rosario como medio para obtenerlas.

—*Sacrificaos por los pecadores y decid a menudo, pero especialmente al hacer algún sacrificio: Oh Jesús, esto es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las ofensas hechas al Corazón Inmaculado de María.*

(Con las manos separadas):

Primero fue la visión del infierno, después de la cual añadió la Virgen:

—*Habéis visto el infierno donde van a terminar las almas de los pobres pecadores. Para salvaros, el Salvador quiere instituir en el mundo la devoción de mi Corazón Inmaculado. Si se hace lo que yo os diré, muchas almas se salvarán y se tendrá la paz. La guerra va hacia el fin; pero si no se cesa de ofender al Señor, bajo el reinado de Pío XI comenzará otra peor.*

Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida sabed que es la gran señal que Dios os da de que está próximo el castigo de los crímenes del mundo por la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y contra el Santo Padre.

Para impedir eso vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora de los primeros sábados.

Si se escuchan mis peticiones, Rusia se convertirá y se tendrá la paz. Si no, ella propagará sus errores por el mundo, provocando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; algunas naciones serán aniquiladas... (Aquí la Virgen pronunció la tercera parte del secreto, que sigue oculta.)... Pero finalmente mi Corazón Inmaculado triunfará, Rusia será consagrada y se convertirá, y un tiempo de paz será dado al mundo. —

No digáis esto a nadie; a Francisco podéis decírselo. —Cuando recéis el rosario decid al fin de cada decena: «Oh Jesús mío, perdónanos, libranos del fuego del infierno; lleva al cielo a todas las almas y socorre principalmente a las más necesitadas».

CUARTA APARICIÓN (19 de agosto)

—Quiere decirnos que continuéis yendo a la Cova da Iria el día 13 hasta octubre y que sigáis rezando el Rosario todos los días.

Sobre la petición reiterada de un milagro para la multitud, la Visión responde:

—Sí; el último mes haré un gran milagro para que todos crean. Si no os hubieran llevado a la ciudad, el milagro habría sido más grandioso. San José vendrá con el Niño Jesús para dar la paz al mundo; Nuestro Señor vendrá, a bendecir al pueblo y también. Nuestra Señora bajo la figura de Nuestra Señora de los Dolores.

Sobre la pregunta respecto al empleo que se le habría de dar al dinero depositado al pie del arbusto:

—Que se hagan dos andas; una la llevarás tú con Jacinta y otras jovencitas vestidas de blanco; la otra la llevará Francisco con tres muchachos vestidos con albas blancas. Esto será para solemnizar la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Habiendo exhortado a los niños a la práctica de la oración y de la mortificación, termina:

—Rezad mucho, haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay nadie que se sacrifique y rece por ellas.

QUINTA APARICIÓN (13 de septiembre)

—Continuad rezando el Rosario para obtener el fin de la guerra. No dejéis de volver el 13 de octubre. San José vendrá con el Niño Jesús y también Nuestra Señora de los Dolores y Nuestra Señora del Carmen.

La Virgen da algunos consejos a los niños, responde a ciertas preguntas de Lucia concernientes a las peticiones de los asistentes:

—*Antes de un año se encontrará mejor (una sordomuda).*

—*Yo curaré a algunos, pero no a todos, porque el Señor no confía en ellos.*

Al decir Lucia que el pueblo querría allí una capilla:

—*Que se emplee la mitad del dinero recogido aquí para hacer las andas. La otra mitad servirá para la construcción de la capilla.*

Al insistir, Lucia en un milagro, porque se habla de colgar o quemarla los pequeños videntes:

—*Sí, en octubre haré un milagro para que todos crean.*

SEXTA APARICIÓN (13 de octubre)

(Con las manos juntas):

—*Yo soy la Virgen —«a Senhora»— del Rosario. Deseo en este lugar una capilla en mi honor.*

—*Continuad rezando el Rosario todos los días.*

Lucia: ¡Tendría tantas cosas que pedir! ¡

—*Concederé algunas; otras no... ¡Es necesario que los hombres se corrijan, que pidan perdón por sus pecados!*

Después, con aire triste y voz suplicante:

—*Que no ofendan más a Nuestro Señor, que está ya demasiado ofendido.*

(Con las manos separadas):

La luz que emanaba de la Virgen se dirigió hacia el sol; Lucia dijo: ¡Mirad al sol! Y fue el prodigio solar llamado por los portugueses el «signo de Dios».

IV. PALABRAS DE JACINTA EN SUS ÚLTIMOS DÍAS

(Recogidas por la hermana María Purificación Godinho.)

SOBRE EL PECADO

Los pecados que arrojan más almas al infierno son los pecados de impureza.

Vendrán ciertas modas que ofenderán mucho a Nuestro Señor.

Las personas que sirven a Dios no deben de seguir las modas. La Iglesia no tiene modas. Nuestro Señor es siempre el mismo.

Se cometen muchos pecados y muy graves en el mundo.

Si los hombres supieran lo que es la eternidad harían todo para cambiar de vida.

Los hombres se pierden porque no piensan., en la muerte de Nuestro Señor y porque no hacen penitencia.

Muchos matrimonios no son buenos, no gustan a Nuestro Señor y no son de Dios.

SOBRE LA GUERRA

La Virgen ha dicho que hay muchas guerras y discordias en el mundo; las guerras no son sino castigos por los pecados del mundo.

La Santísima Virgen no puede detener más el brazo de su Bien Amado Hijo sobre el mundo.

Hay que hacer penitencia. Si los hombres se arrepienten, Nuestro Señor seguirá perdonando; pero si m cambian de vida, el castigo vendrá.

(Parece que, al decir estas cosas, la Virgen se haya mostrado triste, pues la niña añadía):

—¡Pobre Santísima Virgen, me da tanta lástima, me da tanta lástima!

Aquí, la hermana Godinho escribe, referente a este pensamiento: «Se trata de un castigo muy grande, del cual me habló a menudo en secreto. Que Nuestro Señor tenga piedad de nosotros. Dentro de pocos años se verán muchas cosas en el mundo. Es verdad que Nuestro Señor dijo: “Si los

hombres se arrepienten...”. Todo está en nuestras manos. ¡Dios mío, tenga piedad de nosotros!».

SOBRE LOS SACERDOTES

Mi buena madrina, ¡rece muchos por los pecadores! ¡Rece mucho por los sacerdotes! ¡Rece mucho por los religiosos!

Los sacerdotes deben ser puros, muy puros.

Los sacerdotes no deberían ocuparse más que de las cosas de la Iglesia y de las Almas.

La desobediencia de los sacerdotes a sus superiores y al Santo Padre desagrada mucho a Nuestro Señor.

SOBRE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Querida madrina, huya del lujo; no busque usted la riqueza, quiera usted mucho la santa pobreza y el silencio.

Llénese usted de caridad, hasta para con los malos. No hable usted mal de nadie, y huya usted de los que murmuran del prójimo.

Sea usted muy paciente. La paciencia nos conduce al Paraíso.

La confesión es el sacramento de la misericordia; hay que acercarse a ella con confianza y alegría. Sin confesión no hay salvación.

La Madre de Dios quiere más a las almas, vírgenes que se ligan a Ella por el voto de castidad.

Ingresaría con mucho gusto en un convento, pero prefiero ir al cielo cuanto antes. Para ser monja hay que ser muy pura, de alma y de cuerpo.

—¿Y sabes tú lo que es «ser pura»? —le pregunta entonces su «madrina».

—Lo sé, lo sé. Ser pura de cuerpo significa conservar la castidad. Ser pura de alma es no cometer ningún pecado, no mirar lo que no se debe mirar, no robar, no mentir, decir siempre la verdad, incluso si cuesta.

El que no cumple las promesas hechas a la Santísima Virgen no tendrá éxito en sus empresas.

Los médicos no tienen luces para curar los enfermos, porque no aman a Dios.

—Pero ¿quién te enseñó todas estas cosas?

—*La Santísima Virgen. Algunas las he encontrado yo sola. ¡Me gusta tanto pensar!*

SOBRE LOS PODERES PÚBLICOS

Mi buena madrina, ¡recede mucho por los Gobiernos!

¡Desgraciadas los que persiguen la religión de Nuestro Señor!

Si el Gobierno dejase a la Iglesia en paz y diera libertad a la santa religión Dios le bendeciría.

V. FORMULARIO

ORACIONES DE LOS VIDENTES DE FÁTIMA

1. Entre las decenas del rosario, después del Gloria.

Tal como Lucia lo declaró en los interrogatorios oficiales de 1917 y 1924, y al autor de este libro en 1946:

¡Oh, Jesús mío!, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas y socorre principalmente a las más necesitadas.

Traducción latina de la versión más popularizada, aprobada por el señor obispo de Leiria. Fátima, 31 de octubre de 1951:

O mi Jesu, peccata nostra dimite nobis, ab igne inferni defende nos, perduc in coelum omnium animas, eorum imprimis qui maxime misericordia tua indigent.

2. Oración del ángel.

En la primera aparición:

¡Dios mío, creo, adoro, espero y te amo! ¡Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan, ni te aman! (Tres veces.)

En la tercera aparición:

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te adoro profundamente y te ofrezco los preciosísimos Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios del mundo, en reparación de los ultrajes eón los cuales Él es ofendido.

Por los infinitos méritos de su Sagrado Corazón y [por los] del Inmaculado Corazón de María, te pido la conversión de los pecadores.

(Los niños rezaban estas dos oraciones de rodillas y con la frente inclinada hasta el suelo.)

3. Jaculatorias.

¡Dios mío, te amo en agradecimiento a las gracias que me has concedido!

¡Oh, Jesús, te amo!... ¡Dulce Corazón de María, sé la salvación mía!

4. Fórmula para ofrecer sacrificios.

Enseñada por la Virgen (aparición del 13 de julio):

¡Oh, Jesús, te ofrezco este sacrificio por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados que tanto ofenden al Inmaculado Corazón de María!

REGLAMENTO GENERAL DE LAS PEREGRINACIONES

1.º Las peregrinaciones a Nuestra Señora de Fátima han de conservar siempre su carácter de piedad, de penitencia, de caridad.

2.º Los peregrinos siempre, pero sobre todo durante el camino hacia la Cova da Iria, han de ayudarse mutuamente, rezar los unos por los otros, observar el mayor respeto y el más profundo recogimiento en los actos del culto.

3.º Los enfermos, sean pobres o ricos, ocuparán siempre el primer lugar. Todo el mundo les dejará paso libre y les prestará ayuda siempre que sea necesario.

4.º El recinto del santuario será considerado como una iglesia durante las peregrinaciones; los peregrinos se abstendrán, pues, de hablar, y, caso de ser necesario, lo harán en voz baja.

5.º Nadie se preocupe por los mendigos profesionales y por los vendedores ambulantes. Mejor será se avise a los servitas de Nuestra Señora, que procurarán alejarlos.

6.º Los peregrinos obedecerán las indicaciones de los servitas a fin de que no se altere el orden. Dios no quiere el desorden... Si hay orden, aunque sean muchos los peregrinos, todos se verán atendidos: lo poco será suficiente para todos. Si faltase el orden, la abundancia resultaría insuficiente. Pido con insistencia que este orden, junto con la penitencia y la caridad, sea puntualmente observado por los peregrinos.

7.º Recomiendo especialmente a sus oraciones y obras buenas las necesidades de la Iglesia, de nuestra Patria y las de los servitas de Nuestra Señora de Fátima, a quienes doy desde ahora gracias por su actividad y abnegación.

(Reglamento ordenado por el señor obispo de Leiria.)

PRÁCTICA DE LA DEVOCIÓN DE LOS CINCO PRIMEROS SÁBADOS DE MES

El día 13 de mayo de 1939, el señor obispo de Leiria mandó publicar lo que sigue, en la edición quinta del *Manual Oficial del Peregrino de Fátima*, pág. 131:

«Es la propia Santísima Virgen quien en nuestros días (por mediación de la hermana Lucia de *Jesús*, la vidente de Fátima) se ha dignado enseñarnos esta devoción de los cinco primeros sábados, y tiene por objeto reparar al Inmaculado Corazón de María por todas las ofensas y ultrajes de que es objeto por parte de los hombres ingratos.

Esta devoción de los cinco primeros sábados consiste en:

- 1.º Confesarse y comulgar.
- 2.º Rezar el rosario.
- 3.º Meditar durante un cuarto de hora los misterios del rosario.
- 4.º Tener intención de reparar al Inmaculado Corazón de María».

El día 10 de diciembre de 1925, la Santísima Virgen dijo a la hermana Lucia de Jesús: «Mira, hija mía, mi Corazón rodeado de espinas con que los

hombres ingratos constantemente lo atraviesan con sus blasfemias e ingratitudes.

Tú, a lo menos, procura consolarme, anuncia a los hombres que:

Prometo asistir en la hora de la muerte con las gracias necesarias para la salvación a todos aquellos que el primer sábado de cinco meses consecutivos se confesaren, recibieren la Sagrada Comunión, rezaren una tercera parte del rosario y me hicieren compañía durante un cuarto de hora, meditando sobre los quince misterios del rosario, con el fin de desagraviarme».

Dos meses más tarde, el 15 de febrero de 1926, en una nueva aparición, el Niño Jesús la animó a propagar la devoción al Inmaculado Corazón de su Madre, a pesar de las dificultades expuestas por su confesor, porque con la gracia del cielo serían vencidas. Le precisó que la confesión podría hacerse dentro de los ocho días siguientes o precedentes, con tal de que se haga con la sobredicha intención y la comunión se reciba en estado de gracia.

(*N. B.*)—La meditación podrá hacerse sobre uno o varios misterios; pero es preferible meditar a fondo un solo misterio cada mes, de manera que, repitiendo tres veces esta devoción, se habrán meditado los quince misterios del rosario.

Las almas piadosas y religiosas tienen una gran facilidad para practicar la devoción de los primeros sábados: es suficiente, en tal día, ofrecer por las indicadas intenciones el rosario habitual y tomar uno o varios misterios del rosario como motivo de su oración de la mañana.

El día 13 de junio de 1912, el Santo Oficio había ya concedido una *indulgencia plenaria* con las condiciones ordinarias a todos aquellos que practicaren, durante el primer sábado de cualquier mes, unos ejercicios especiales de devoción en honor de la Bienaventurada Virgen María, en reparación de las blasfemias de que es objeto su nombre o sus prerrogativas. (Vid. núm. 335, de la colecta oficial: *Preces et Pia Opera*, 1938).

El ruego de María a la hermana Lucía rio hace, por tanto, más que aprobar y sancionar una devoción ya existente y recomendada por la Iglesia. Así, pues, todos los que practiquen la devoción de los cinco primeros sábados cumplirán, por el mismo hecho, las condiciones impuestas para ganar la indulgencia concedida por el Santo Oficio.

ILUSTRACIONES



1. Mapa esquemático de Portugal.



2-3. La «Serra», desde la carretera entre Batalha y la Cova da Iria.



4. El tío Marto y su esposa Olimpia, padres de Francisco y Jacinta.



5. Jacinta, Francisco y Lucia, en el tiempo de las apariciones.



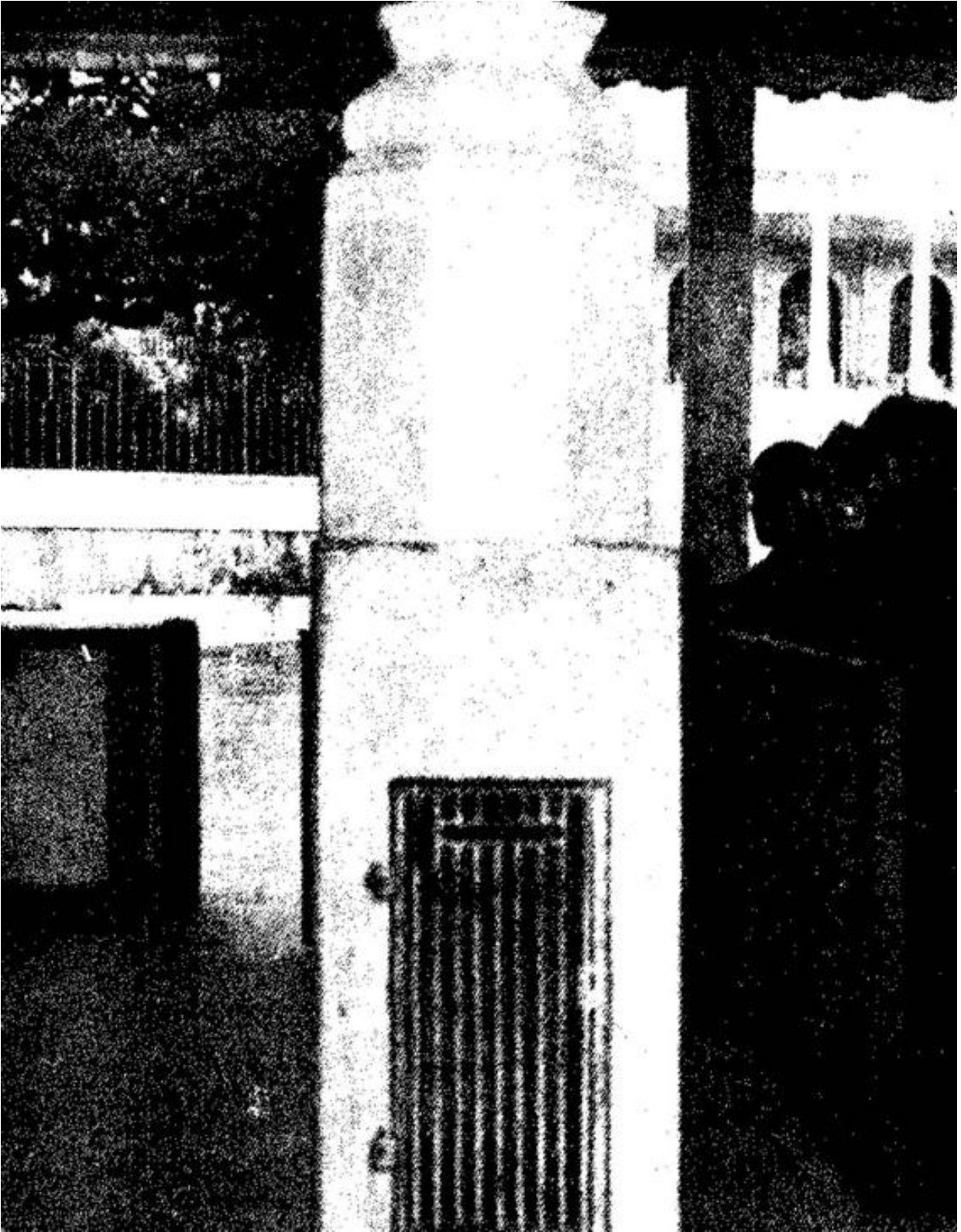
6. Casas donde vivían respectivamente los padres de Francisco y Jacinta y la madre de Lucia, en Aljustrel.



7. Pozo en el cercado de la casa de Lucia, donde tuvo lugar la segunda aparición del Ángel.



8. La «loça» del «Cabeço», donde el Ángel dio la comunión a los niños, en octubre de 1916; el grupo escultórico conmemorativo existe en la actualidad.



9. Pedestal existente en el recinto de la «Capelinha», en el lugar exacto que ocupaba el tronco de la encina de las apariciones.



10-11. Aspecto de la Cova da Iria el 13 de marzo de 1922, durante la peregrinación de desagravio por la voladura de la primitiva «Capelinha». Es el mismo paisaje en que tuvieron lugar las apariciones de la Virgen.

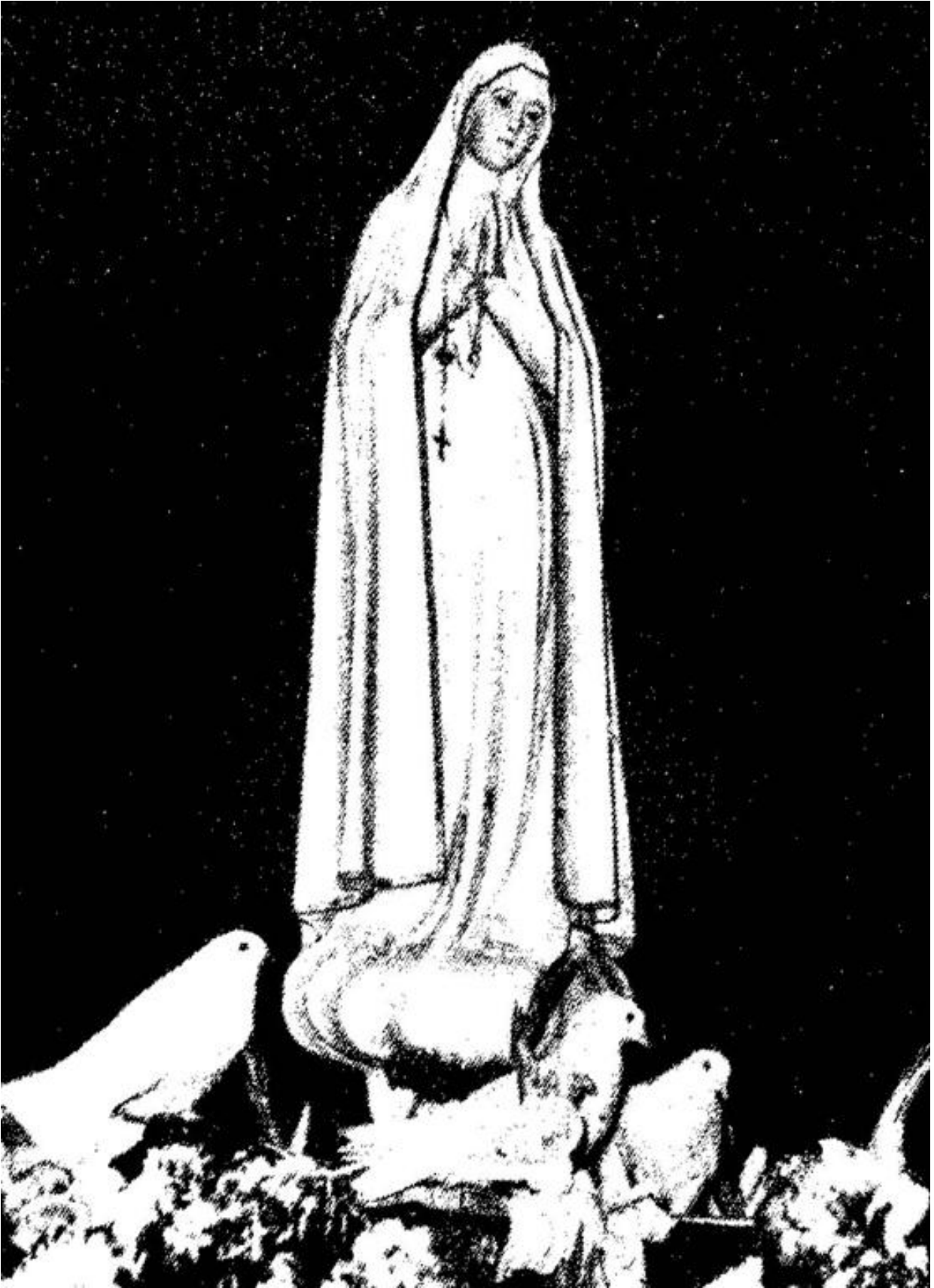


12. La imagen de la Virgen sobre el pedestal de la Capillita; en segundo término, María Carreiza, llamada vulgarmente hasta su muerte «María da

Capelinha».



13. Imagen de la Virgen de Fátima, de la «Capelinha» de Cova da Iria.



14. Imagen peregrina de la Virgen de Fátima.



15. Imagen de la Virgen de Fátima existente en el Carmelo de Santa Teresa de Coímbra; según la estampa-recordatorio de la profesión de votos solemnes de Lucia, celebrada el 31 de mayo de 1949.

O MILAGRE DE FATIMA



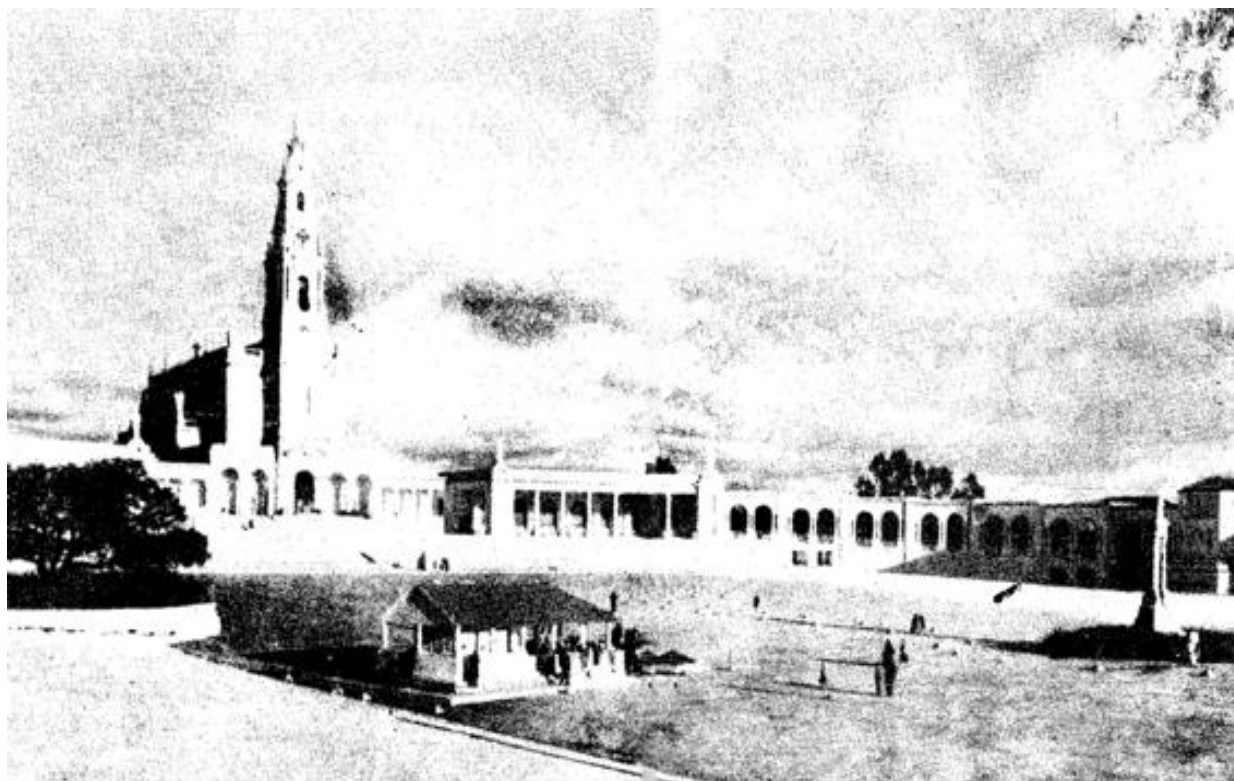
(Uma das crianças que pediu um rosário em nome de Jesus)

Quando as crianças de Fatima foram chamadas para fazer o rosário, elas começaram a cantar e a dançar. As crianças de Fatima foram chamadas para fazer o rosário, elas começaram a cantar e a dançar. As crianças de Fatima foram chamadas para fazer o rosário, elas começaram a cantar e a dançar.



As crianças de Fatima foram chamadas para fazer o rosário, elas começaram a cantar e a dançar. As crianças de Fatima foram chamadas para fazer o rosário, elas começaram a cantar e a dançar. As crianças de Fatima foram chamadas para fazer o rosário, elas começaram a cantar e a dançar.

17. Primera página de «O Seculo», de 15 de octubre de 1917, con la primera información periodística sobre el milagro del sol.



18-19. La «Capelinha», la explanada de Cova da Iria y la Basílica, en la actualidad.

Notes

[←1]

Agradezco a mis queridos amigos de Portugal —ellos ya saben sus propios nombres— la paciencia y el afecto con que constantemente me han ayudado a obtener libros, fotografías y testimonios sobre las apariciones de Fátima.

De entre toda esta numerosa bibliografía, publicada en todos los idiomas —y dejando aparte los libros de C. BARTHAS, aquí refundidos—, merecen cita especial al menos las obras siguientes:

VIZCONDE DE MONTELO (Manuel Nunes Formigão): *Os episodios maravilhosos de Fatima*, Guarda, 1921, y *As grandes maravilhas de Fatima*, Lisboa, 1927. El primero de estos escritos es fundamental en la bibliografía sobre Fátima, tanto por su fecha, de primerísima hora, como por recoger las respuestas de los tres niños a los interrogatorios del autor (27 de septiembre, 11 de octubre y 13 de octubre de 1917), que luego han sido fuente primordial, y muy reproducidos.

ANTERO DE FIGUEIREDO: *Fatima. Graças, Segredos, Misterios*, trad. cast. de José Andrés Vázquez, Cádiz, Est. Cerón, 1937.

JOSÉ GALAMBA DE OLIVEIRA: *Jacinta. Episodios inéditos das Aparições de Nossa Senhora*, Leiria, Grafica, 1946.

LUIS GONZAGA DA FONSECA: *As maravilhas de Fatima*, trad. castellana, 7.a ed. Barcelona, Gráficas Claret, 1951. Reproduce los interrogatorios del Vizconde de Montelo a los tres niños.

LUDWIG FISCHER: *Hyazintha, die Kleine Blume von Fatima, y Die Botschaft unserer lieben Frau von Fatima*, Fátima-Verlag, Bamberg, 1937.

Reverendo JOSEPH CACELLA: *Our Lady of Fatima*, 2.A ed., revisada; *The Wonders of Fatima*, y *The White Doves of Fatima* by «SERVITE»; revised and edited by..., New York, Vatican City Religious Book, 1949.

WILLIAM THOMAS WALSH: *Our Lady of Fatima*, trad. castellana *Nuestra Señora de Fátima*, 3.a ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1953.

A. OURSLER ARMSTRONG and MARTIN F. ARMSTRONG: *Fatima: Pilgrimage to Peace The World's Work (1913)*, Litd., Kingswood, 1955.

JOÃO M. DE MARCHI: *Era urna Senhora mais brilhante que o Sol...*, ed. do Seminario das Missões de N. S.a de Fatima, de Cova da Iria, Porto, 1956.

GILBERT RENAULT: *Fatima, esperance du monde (album du Quarantenaire)*, Paris, Pión, 1957. Valiosa sobre todo por su documentación gráfica, es realmente una, adaptación de *Fatima, merveille du XXe siècle*.

MICHEL AGNEIXET: *Miracles à Fatima*, Paris, Editions du Trevisé, 1958. Libro bien ilustrado, sin valor especial.

ALMA HOLGERSEN: *Das Buch von Fatima*, trad. castellana, *El libro de Fátima*, Barcelona, Ediciones Destino, 1958.

D.-P. AUBRAY, O. P.: *Le sens de Fatima*, La Colombe, Paris, 1959.

C. BARTHAS, *De la Grotte au Chêne vert. Lourdes. Fatima; la suite magnifique*, Fatima-Editions, Toulouse, 1960.

[←2]

En la presente adaptación castellana se ha preferido refundirlos. De *Fátima, merveille du XXe siècle* proceden el capítulo I y las partes segunda, cuarta, quinta y los apéndices. De *Il était trois petits enfants...* se han tomado el capítulo II y los tres que constituyen la parte tercera, especialmente relevante porque relata el proceso de santificación de los tres niños después de las apariciones.

Agradezco al autor la amabilidad y detalle con que ha revisado toda la adaptación castellana, que lleva su expresa aprobación.

[←3]

MONS. JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER: *Santo Rosario*, 7.a edición. Ediciones Rialp, Madrid, 1959, nota preliminar, escrita en el Santuario de Fátima el 6 de febrero de 1945.

[←4]

La Virgen dijo en portugués que Ella era *a Senhora do Rosario*. Así como en francés este giro no puede traducirse por «*la Dame du Rosaire*», ya que esto forzaría la lógica de aquella lengua, y por eso el autor lo traduce en el texto francés por «*Notre Dame*», del mismo modo en castellano resultaría artificial traducir el giro portugués como *Soy la Señora del Rosario*, aunque esta es la verdadera traducción literal de las palabras de la Virgen.

[←5]

Este nombre designaba simplemente la villa de Porto. Significaba Portó Gallo (puerto francés).

[←6]

La superficie y la población de Portugal es aproximadamente la cuarta parte de la de España. Posee provincias en ultramar, restos de un gran imperio, cuya joya más brillante, Brasil, es hoy una gran nación. A causa de esta expansión colonial de los siglos pasados, la lengua portuguesa es hablada actualmente por más de 60 millones de personas.

[←7]

Decimos «antigua», pues esta diócesis, muy pequeña, fue suprimida, seguramente por su exigüidad, por León XIII en 1881. Sus 55 parroquias fueron agregadas en parte a la diócesis de Lisboa, y las otras, a la de Coímbra. Fátima pasó a depender de Lisboa, y Leiria, de Coímbra.

[←8]

La altura de los picos de la sierra es de 600 metros; la del pueblo de Fátima y de Cova da Iria es de 380 metros.

[←9]

Véase nota 1 al final del volumen.

[←10]

El 15 de enero de 1918, la Iglesia reconoció el culto que las diócesis de Portugal daban al «santo Condestable».

[←11]

La hija mayor, de veintiséis años, María, ya casada, no vive allí; las otras tienen veinticuatro, veinte y quince años; se llaman Teresa, Gloria y Carolina. El hijo, Manuel, tiene veintidós años.

En Portugal son corrientes los dos nombres parecidos *Luzía* y *Lucia*. El primero es el de Santa Lucía. Lucia es el nombre de mujer derivado de Lucio. La vidente de Fátima, que lleva el segundo de los nombres indicados, se llama Lucia, nombre que no se acentúa.

[←12]

En 1917, existía hacía poco tiempo la escuela de Fátima, y solo admitía a los muchachos.

[←13]

Lo era entonces (1913) el reverendo padre Pena, que se marchó ese mismo año, y fue sustituido por el reverendo padre Manuel Marques Ferreira.

[←14]

Esta imagen está ahora sustituida por otra de Nuestra Señora de Fátima. La imagen ante la que lloró Lucia está situada en una capilla vecina, constantemente llena de flores, a la derecha del altar mayor. El rostro de esta imagen está lleno de admirable expresión de vida; no se le puede mirar sin que dé la impresión de que mira y habla. Está esculpida en piedra policromada. Según el abate Carlos de Azevedo, archivero del Santuario (en *Por-que apareceu Nossa Senhora na Fatima?*, p. 142 y sg.) esta imagen data de fines del siglo XVI.

Nuestra Señora del Gozo Hermoso es la verdadera patrona de la iglesia y de la parroquia; San Antonio de Padua es festejado como patrón desde hace algunos años, pocos; pero es un error histórico y litúrgico (Carlos de Azevedo, *ibid.*).

[←15]

El abate Cruz murió en Lisboa, el 1 de octubre de 1948, a los noventa años de edad, rodeado de veneración universal. Tuvimos el honor de hablar con él en octubre de 1946. En primavera de 1951 se inició el proceso canónico de su beatificación.

[←16]

María Rosa tan solo sabía leer los caracteres impresos; esto le bastaba para leer el catecismo y para enseñarlo de memoria a sus hijos y a los otros alumnos que se aprovechaban de sus lecciones.

[←17]

Quizás se trate de una ceremonia de comunión solemne, lo que implica una procesión, con el Santo Sacramento. En todas las procesiones que son frecuentes, figuran los *aninhos*, niños de corta edad, vestidos de blanco con un par de alas atadas a los hombros.

[←18]

Actualmente desecada.

[←19]

Esta es una de las fórmulas de la oración que María Rosa enseñaba a sus alumnos en la doctrina.

[←20]

El vizconde de Montelo, que les interrogó varias veces, manifiesta que ellos no dan muestras del menor temor y que «parecen adultos por la forma de expresarse».

[←21]

En casa de María de los Ángeles existe todavía uno de esos telares. Es de una técnica muy primitiva, anterior incluso a los primeros «telares».

[←22]

María Rosa de Jesús murió en Fátima, el 16 de julio de 1942, en la festividad de Nuestra Señora del Carmen.

[←23]

El señor Marto, su padre, cuenta: «Cuando fui llamado a filas, escribieron en mi carta militar: ojos castaños. Los suyos eran rubios y sedosos».

[←24]

Había nacido en marzo de 1910. Su padre dice: «Siete meses después de su nacimiento, llegó la República a Portugal, y después de otra cuenta de siete años, la Virgen se apareció aquí».

[←25]

Descripción de Lucia. Añade: «El retrato que nos queda de ella nos la muestra con una mirada sombría; pero es porque la fotografía fue sacada al sol; no es esa su mirada natural».

[←26]

En 1917, Portugal había unido su pequeño ejército al de los aliados.

[←27]

Ya en 1915, Lucia, que contaba a la sazón ocho años, y otras tres muchachitas de la aldea, mientras rezaban el rosario, apacentando sus ovejas, por entre los olivos del Cabeço, vieron tres veces una forma humana, blanca y luminosa, que se desvaneció al final de su plegaria. Véase, a este respecto, la nota 2 al final del volumen.

[←28]

«No puedo precisar la fecha con exactitud, porque entonces yo no sabía contar los años, ni los meses, ni siquiera los días de la semana» (Lucia).

[←29]

Lucía emplea la palabra *loça* (hoyo) o *rochedo* (peñasco o roca). No se trata de una «gruta», de *una cueva* propiamente dicha, como se creía antes de la localización hecha en el lugar por la propia Lucia (mayo 1946). En efecto, al principio se había pensado en una especie de gruta casi vertical que se halla en la misma ladera del Cabeço, unos cien metros al sur de la verdadera *loça*.

[←30]

En una de nuestras conversaciones con la hermana Lucia (octubre de 1946), le hicimos precisar que, a pesar de que el ángel hubiese dado un título distinto, los videntes, en esta segunda aparición, tuvieron la impresión de ver el mismo personaje que en la primera.

[←31]

Sobre estas manifestaciones angélicas, véase nota 3, al final del volumen.

[←32]

La misa matinal del domingo se llama, en estas parroquias, *la missa das almas*, puesto que se dice generalmente para las almas del Purgatorio. «Dios no ha permitido —dice la bondadosa Olimpia— que ni mi esposo, ni yo, ni tampoco nuestros hijos, desde que tienen uso de razón, dejáramos pasar un domingo sin misa. Aun cuando debiéramos ir a Boleiros, a Atouguía o a Santa Catalina, que están casi a dos leguas, y ello lloviendo o tronando, no recuerdo haber faltado a misa, ni en el tiempo en que criaba mis hijos. Me levantaba temprano y lo dejaba todo a los cuidados de Ti Manel, que iba a la segunda misa» (*Ti Manel* es el nombre popular del señor Marto).

En su discurso durante la inauguración de la . iglesia de San Eugenio, en Roma (4 de junio de 1951), Pío XII habló así: «Esta fecha, tan importante para Nos, preparaba tal vez en los secretos designios de la Providencia, sin que pudiéramos presentirlo, otra fecha más importante: aquella en que el Señor cargaría sobre nuestros hombros el cuidado de la Iglesia universal. Entre tanto, a la misma hora, en la montaña de Fátima, tenía lugar la primera aparición de la blanca Reina del Santísimo Rosario, como si la Madre de misericordia hubiese querido significarnos que en los tiempos borrascosos de nuestro pontificado, en medio de una de las mayores crisis de la Historia mundial, tendríamos siempre para cubrirnos, protegernos y guiarnos la asistencia maternal y solícita de la gran Vencedora de todas las batallas de Dios». Al final de la ceremonia un asistente exclamó, entusiasmado: «¡Viva el Papa de Fátima!», y Pío XII, sonriente, repuso: «¡Nos somos!».

[←34]

Véase la nota 4, al final del volumen.

[←35]

Olimpia ha dicho que ordinariamente daba a sus hijos para esta comida pan, queso y fruta; pocas veces carne y nunca vino.

[←36]

No tenían la costumbre de hacer el «mes de María» en casa; pero les gustaba ir al de la iglesia. (Declaración de sor Lucia.)

[←37]

El lugar exacto donde Francisco jugaba «a construir» corresponde, en la basílica actual, al centro de la parte izquierda del crucero. En este preciso lugar fue bendecida y puesta la primera piedra; aquí descansa, desde el primero de mayo de 1951, el cuerpo de Jacinta.

[←38]

Un arbusto, siempre verde, denominado en portugués *azinheira*, de un metro aproximadamente de altura y hojas lustrosas con púas como las del cacto. Es semejante a una pequeña encina; por eso se llama muchas veces así o simplemente encina. En español carrasca.

[←39]

Es, al menos, muy distinta de la antigua imagen de Nuestra Señora de las Alegrías, llamada por el pueblo Nuestra Señora del Rosario; llevaba el Niño Jesús en sus brazos y se veneraba, en un rico altar, en una nave de la iglesia parroquial. Ante esa imagen solía la pequeña Lucia rezar, según refiere! en sus cuadernas. Ahora recibe la veneración de los fieles ten otro lugar de la iglesia, habiendo sido reemplazada en su altar por una imagen de Nuestra Señora de Fátima.

[←40]

En octubre de 1946, sor Lucia manifestó que ninguna imagen ni estatua le satisfacía. Por esta época, una religiosa de su congregación, artista pintora, intentó hacer un retrato de la Señora de la Carrasca según indicaciones de Lucia. Creemos que renunció por las dificultades de tal labor.

Lucia intentó guiar, asimismo, la mano del escultor José Ferreira Thedim, para esculpir la imagen que estuvo en el salón del señor obispo de Leiria y que salió en 1947 para recorrer todo el mundo.

[←41]

Textualmente: «¿De dónde viene Vuestra Merced?» (*Vossem 'çé*). En portugués, el que habla se dirige siempre a su interlocutor en tercera persona. El pronombre «vos» se da a las personas de autoridad y respeto.

[←42]

En todos los interrogatorios oficiales se dice «su rosario», «*as contas d'ele*», y no «muchos rosarios», como traen la mayor parte de las versiones. Véase nota 5, al final del volumen.

[←43]

Esta frase, que nos parece muy importante para el significado del mensaje mariano, no ha sido destacada hasta el presente por los historiadores. Solo la hemos leído en Fischer, y sin ningún comentario. Se encuentra, sin embargo, en la primera declaración de Lucia ante su párroco (octubre 1917), relatada en el informe que este envió más tarde al patriarca de Lisboa, y en otras primitivas fuentes. Merece ser subrayada porque señala, desde la primera aparición, un punto importante del mensaje mariano. La Señora no puede hablar de librar a los hombres de los horrores de la guerra mientras no haya dicho lo que hace falta hacer, para arrancarles del pecado, del que la guerra es un castigo; el fin de las pruebas de la Humanidad está subordinado al cumplimiento de las condiciones que Ella pone: *O que quero*, lo que quiero, esto es, «mi mensaje».

[←44]

Estaban aquella noche el padre, la madre, ocho hijos, un cuñado y un sobrino.

[←45]

En Portugal, a los curas párrocos se les da el tratamiento de *reverendo padre*. Es, además, un tratamiento general que se da a todos los eclesiásticos, que también puede traducirse por: padre, señor abad, señor cura, señor capellán, etc. El de Fátima tiene el título de prior, porque antes esta parroquia era un priorato.

[←46]

Cerca de la catedral de Lisboa existe una iglesia construida sobre el lugar de su casa natal, y en la que se muestra una cripta que sería el lugar exacto de la habitación donde nació el Santo.

[←47]

Expresión portuguesa que corresponde a la fórmula «ir a la escuela».

[←48]

Lucia nos cuenta que, por el camino, su madre había renovado sus amenazas si no se desmentía ante el señor cura. Le replicó dulcemente: «Pero, mamá, ¿cómo he de decir que no he visto si he visto?».

[←49]

En Portugal es muy corriente que las imágenes de devoción popular sean de madera. De aquí la expresión de María Rosa.

[←50]

Este lisiado era João Carreira, hijo de María de la Capelinha.

[←51]

Ti Manel cuenta: «El rostro de Lucia palideció y oímos que exclamaba: «¡Ay, Virgen Santa!... ¡Ay, Virgen Santa!...»».

[←52]

Estas palabras, «lo que quiero», «lo que os diré», en boca de la Virgen, pueden interpretarse por «mi mensaje».

[←53]

En los cuadernos de Lucia se encuentra el nombre de Pío XI. La dificultad que algunos proponen de que la guerra no comenzó en tiempo de Pío XI, sino después de su muerte, en el pontificado de Pío XII, no conmueve a sor Lucia, la cual ve el verdadero comienzo de las hostilidades en el momento en que Hitler inició la ejecución de sus planes de conquista. Tanto, que al realizarse el acuerdo de Múnich, «viendo cómo tantos respiraban por haberse conjurado la guerra», ella, por el contrario, se entristecía, «persuadida de *que la guerra ya estaba en marcha*». (N. del T.)

[←54]

Algunas versiones añaden: «Portugal conservará siempre la fe.» Sobre esta advertencia, léase, al final, la nota 7: *El «secreto» de Fátima*.

[←55]

Sobre el texto exacto de esta fórmula, véase la nota 6. Claro que se pueden hacer otras traducciones igualmente exactas y más elegantes. La que más tiende a hacerse popular es: «¡Oh, Jesús mío!, perdona nuestros pecados; líbranos del fuego del infierno; lleva al Paraíso a todas las almas, principalmente aquellas que tienen más necesidad de tu misericordia».

[←56]

María Rosa estaba muy lejos de ser hostil «en principio», pues era muy buena cristiana. Incluso había pedido espontáneamente contribuir a los gastos de la familia Carreira para las lámparas de aquel arco rústico levantado en el lugar de las apariciones. El 13 de agosto sus hijas ayudaron a adornar el pequeño altar que allí se había levantado. Hemos indicado más arriba la razón que explica en gran parte su nerviosidad ante todas estas «historias».

[←57]

Véase capítulo XI, «La prensa portuguesa y las apariciones».

[←58]

Después se hizo notar que este día era el aniversario exacto del día en que el bienaventurado Nunho Alvares, el santo Condestable, había invocado, en la meseta de Fátima, a la Santísima Virgen, la víspera de la victoria de Aljubarrota.

[←59]

Según ciertos indicios, parece que la escena de la tortura no corrió a cargo del administrador, sino de uno de sus amigos, el señor M. C. A., oficial de Policía. Este ha fallecido, y el señor Arturo de Oliveira Santos se ha negado siempre a cualquier declaración.

[←60]

Lucia, que de ordinario tiene una memoria muy fiel, sitúa, contra toda verosimilitud, la cuarta aparición el día 15 de agosto. Según todos los testimonios, tuvo lugar el domingo siguiente.

[←61]

Este arbusto ha desaparecido, como el de la Cova da Iria; en su lugar hay una pequeña cerca de mampostería alrededor de una estatuilla de la Virgen.

[←62]

La importancia que han tomado en la devoción a la Santísima Virgen las peregrinaciones que ha hecho y sigue haciendo su imagen por los caminos de Portugal, de Francia (Gran Retorno) y en el mundo entero (Ruta mundial y otras «rutas» de Nuestra Señora de Fátima), nos ayudará a comprender mejor por qué Nuestra Señora de Fátima habla a sus confidentes de andas procesionales. Nótese aquí, como en gran parte de las profecías de la Sagrada Escritura, una doble perspectiva: la próxima, menos importante, simbólica y figurativa, y la lejana, que contiene, las más de las veces, el verdadero objetivo del oráculo.

[←63]

Algunos asistentes declararon no haber visto nada extraordinario. Otros notaron solamente las modificaciones en la intensidad y color de la luz solar. (Véase capítulo X, «Las señales en la atmósfera».)

[←64]

Este prodigio se repitió, al menos, otra vez (véase capítulo X).

[←65]

Sobre el reverendo Formigão, véase la nota 8, Lourdes y Fátima, al final de este libro. En nuestras anteriores ediciones, publicamos los principales pasajes de estos primeros interrogatorios.

[←66]

Una de las razones expuestas por su hija mayor, María de los Ángeles, al reverendo padre De Marchi, dice: «Si es Nuestra Señora que se manifiesta, podría ya haber hecho el milagro... Podría haber hecho manar una fuente... ¡Ni eso! ¡Cuando llueve no queda en la Cova ni una gota de agua!... ¿Cómo terminará este enredo?».

[←67]

Se trata de la hora solar; según la hora oficial eran las doce y media.

[←68]

En esta visión, como en las anteriores, solamente habló Lucia; Jacinta oyó las palabras de la Señora y las de su prima; Francisco solo la vio.

[←69]

Parece que la intención de Lucia no era, con su grito, llamar la atención de las personas presentes sobre los fenómenos solares, sino sobre la nueva visión que empezaba a presentarse por la parte del sol, ante sus maravillados ojos. De hecho, los tres vieron en aquel instante, en la luz solar, a la Sagrada Familia, tal como la Señora les había prometido el 13 de septiembre.

[←70]

El señor De Almeida, en su artículo del 15 de octubre, en *O Seculo*, cita el caso del señor Juan María de Meló Ramalho Vasconcellos, quien, puesto en el estribo de su carro, cantaba en alta voz y lentamente el credo, desde el principio hasta el fin, mirando hacía el sol. Al terminar, obligó a descubrirse a los que no lo habían hecho.

[←71]

Se encuentran relatos de este prodigio en el capítulo siguiente y en la parte documental. El más completo es el del doctor Almeida Garrett.

[←72]

Histoire universelle, II, XXV.—Nosotros hemos demostrado extensamente en otro lugar la naturaleza política de la «señal» negada a los sabios de Israel. Cfr. *Evangile et Nationalisme* (Spes, 1933), págs. 232-236, y *Le Christ devant la question nationale* (Fátima-Editions, 1945), págs. 87-89.

[←73]

Véase en la cuarta parte, capítulo XVI; «El clero».

[←74]

Sabemos por el señor canónigo Formigão que monseñor Sabino Pereira, párroco de San Salvador, en Santarem, permanecía incrédulo con referencia a las apariciones. Sin embargo, en 1918, consintió en acompañar a Fátima a un grupo de sus feligreses. Al entrar en la Cova da Iria, presenciaron el fenómeno de la lluvia de flores, lo que cambió por completo las disposiciones de monseñor Pereira.

[←75]

Este argumento se emplea en apologética para demostrar que las variantes de los relatos evangélicos no perjudican su autenticidad.

[←76]

Véase el capítulo siguiente y en la parte documental.

[←77]

Carta publicada en la revista *Catholic Register*, julio de 1931.

[←78]

Nombre del diario oficial del Gobierno portugués.

[←79]

Santarem es la cabeza de partido del que depende Fátima, a unos sesenta kilómetros.

[←80]

Sor Lucia de Jesús, a quien hemos preguntado si Jacinta pensaba hacer su primera comunión de manos del ángel, nos respondió: «Jacinta estaba convencida de que ella había recibido realmente la Sangre del Salvador, pero no pensó nunca que pudiera volver a comulgar sin permiso del cura».

[←81]

Este es seudónimo del canónigo Nunes Formigão, entonces profesor en el seminario de Santarem. actualmente superior de la Congregación de Nuestra Señora de los Siete Dolores, que él ha fundado.

[←82]

La diócesis de Leiria había sido suprimida bajo León XIII, en 1881; su territorio quedó parte vinculado a la diócesis de Lisboa y parte a la de Coímbra. Fátima dependía de Lisboa.

[←83]

En este informe, el párroco dice que solo ha ido tres veces a Cova da Iria: los 13 de septiembre-y octubre de 1918, y el 13 de abril de 1919.

[←84]

Después, la iglesia de Fátima ha sido convenientemente restaurada y hasta ampliada (1931).

[←85]

El párroco don Manuel Marques Ferreira se marchó de Fátima en 1919; fue sustituido después de cierto tiempo por su primo, Agostinho Marques Ferreira. Hubo entre los dos sacerdotes primos un ínterin (1919-1920), en el que el culto quedó asistido por el abate Moreira.

[←86]

El informe del párroco de Fátima está fechado el 6 de agosto de 1918, y señala que el depósito se eleva a 357.000 reis, unos 1.800 francos oro.

[←87]

El «organizador» de este Congreso no era nuestro simpático administrador, sino uno de sus colegas en librepensamiento, José do Vale, redactor del periódico *O mundo*. Pero no estuvo ausente nuestro amigo.

[←88]

La señora Emilia murió en 1944, legando su pasa para que en ella se construyera una iglesia para el caserío.

[←89]

Se llama así a una pequeña planta de flores amarillas, cuya raíz lleva un pequeño tubérculo comestible del tamaño de una oliva.

[←90]

Al menos, se supone que se trata de trufas cuando Lucia dice: «Otras cosas que nosotros encontrábamos en las raíces de los pinos y cuyo nombre he olvidado». En los bosques de pinos de ese país, hay muchas trufas, sobre todo, en invierno.

[←91]

Se trata de la Lagoa de Carreira (laguna de la granja Carreira), a mitad de camino entre Aljustrel y Cova da Iria. Desaparecida como consecuencia de los recientes trabajos de viabilidad.

[←92]

La escuela de Fátima no admitía todavía a muchachas. La clase de niñas se abrió en aquel mismo año (comienzos de 1917).

[←93]

Golpe de Estado de Sidonio País, el 8 de diciembre de 1917. País fue asesinado por orden de las logias en diciembre de 1918.

[←94]

Act. Apost. Sed., 1918, pág. 230.

[←95]

Es posible que el Papa haya sido advertido de los acontecimientos de Fátima por monseñor Aloisi Masella, auditor de la Nunciatura, que entonces aseguraba las relaciones de la Iglesia en Portugal con la Santa Sede, puesto que la Nunciatura fue suprimida por la ley de Separación. Monseñor Masella, después cardenal, fue designado, veintinueve años más tarde, para coronar a Nuestra Señora de Fátima como Legado pontificio del Papa Pío XII (13 de mayo de 1946).

[←96]

María de la Capelinha decía: «Entonces era el buen tiempo de Fátima. ¡Se hacía mucha penitencia y con gran alegría!... En aquel tiempo, jamás oí decir que Nuestra Señora haya negado ningún milagro a quien se lo pidiera... Todos los que venían, iban con devoción, y si no tenían devoción, volvían con ella».

[←97]

Por no mencionar más que las defunciones, he aquí la lista de víctimas en las dos casas: Francisco Marto, 4 de abril de 1919; Antonio do Santos, 31 de julio de 1919; Jacinta Marto, 20 de febrero de 1920; Florida Marto, 1920; Teresa Marto, 1921.

[←98]

Quería prometer dar a la Santísima Virgen un peso de buen trigo igual al peso del niño curado. Lo que se llama «pesar a alguien en trigo». Estas donaciones en especie son vendidas en provecho de la capilla del santo a quien se hacen. Es una forma de promesa bastante extendida en Portugal para pedir la salud de un enfermo.

[←99]

Jacinta estaba ya en cama con los primeros sufrimientos de su enfermedad mortal.

[←100]

Manuel Pedro, el padre de Francisco, creía recordar que en aquella fecha se había ya marchado don Manuel Marques Ferreira, y su sucesor no había llegado todavía por lo cual debió ser un sacerdote que vivía en el caserío de Atouguía, el abate Moreira, era quien se ocupaba de las necesidades parroquiales de Aljustrel y el .que visitó a Francisco. Pero, según mis investigaciones en dicho testimonio hubo un fallo de memoria, y fue el párroco Ferreira quien administró a Francisco los últimos sacramentos.

[←101]

Nacido el 11 de junio de 1908, Francisco no tenía todavía once años.

[←102]

Este es el punto de partida del «Libro de Oro de Nuestra Señora del Rosario de Fátima», instituido en 1938 por monseñor el obispo de Leiria, para inscribir a las familias que prometen adoptar la costumbre del rezo diario del rosario en común. Ahora, «El Libro de Oro» contiene nombres de familias de todas partes del mundo. En octubre de 1946, hemos contado unas cien mil inscripciones, de las que dos mil son de Francia.

[←103]

Por la patrona de este soldado, a la que hemos encontrado en Cova da Iria, hemos sabido que, treinta años después, este hombre, su mujer y sus hijos seguían con excelente salud (octubre de 1946).

[←104]

Lucia, en sus recuerdos, dice: «No conozco las palabras de la Virgen en esta aparición porque nunca se las pregunté a Jacinta».

[←105]

Muchos detalles sobre estos últimos días y la muerte de Jacinta nos han sido proporcionados por el mismo doctor Lisboa.

[←106]

En este tiempo, sor Purificación estaba disfrazada de «señorita», secularizada, como se dice entre nosotros. Su establecimiento benéfico era, y sigue siendo, el número 17 de la calle de la Estrella, en donde pudimos, dos veces, hablar con ella de su pequeña pensionista.

Al final de este volumen, véanse las frases llenas de espíritu sobrenatural que ella recogió de labios de Jacinta.

[←107]

Fue admitida en el Servicio 6, sala inferior, cama número 38. El diagnóstico de entrada era: Pleuresía purulenta en la gran cavidad izquierda, fistulizada; ostitis de la séptima costilla del mismo lado. Después de la operación, fue llevada a la cama 60.

[←108]

El doctor Eurico Lisboa nos ha dicho: «Redacté ese informe a petición de monseñor el obispo de Leiria, para poner fin al rumor lanzado por los sectarios de que los amigos de Fátima habían hecho desaparecer a Jacinta para que no hubiera nadie que pudiera contradecir a Lucia».

[←109]

«Con lágrimas en los ojos veremos cómo quitan de nuestro panteón esta reliquia que nos ha valido tantas gracias del cielo, para mí y para los míos... Lo que aumenta nuestro dolor es que esos restos no vayan al santuario, sino a otro cementerio. Si me fuera permitido, rogaría a Vuestra Excelencia se dignara retrasar el traslado hasta la terminación de la basílica, con el fin de poderlos trasladar directamente a ese templo...» (Extracto de una carta del barón de Alvaizere a monseñor el obispo de Leiria.)

[←110]

El barón de Alvaizere, su hijo, los sacerdotes Juan Pereira Venancio y Luis Fischer, la familia de Jacinta y algunas señoras, los empleados del Registro Civil y de pompas fúnebres.

[←111]

El 13 de mayo de 1938, con motivo de la peregrinación nacional de acción de gracias, S. E. el Cardenal Cerejeira, patriarca de Lisboa, no quiso marcharse de Fátima sin haber implorado, ante la tumba de Jacinta y de su hermano, su protección para la Juventud Católica portuguesa.

El 20 de febrero de 1943, una placa conmemorativa de la estancia y de la muerte de Jacinta fue colocada en los muros interiores del hospital de Dona Estefanía.

[←112]

Territorialmente, la diócesis de Leiria es la más pequeña de Portugal. Tan solo cuenta cincuenta y siete parroquias, divididas en seis arciprestazgos.

[←113]

Montelo, en *Paráiso na terra* (pág. 16), dice: «fue uno de los más perseguidos en tiempos de la revolución, pues, aparte de un largo encarcelamiento, sufrió diversas vejaciones».

[←114]

Monseñor José Correia da Silva ha muerto santamente después de publicada la edición original del presente libro. En sus últimos años, su figura de parálítico, transportado en un carrito de ruedas, se hizo muy llamativa en las grandes manifestaciones piadosas de Fátima, Hoy es evocada por una lápida conmemorativa, colocada en el presbiterio de la basílica. *(Nota de la adaptación española.)*

[←115]

El patriarca cardenal Mendes Belo, fue, en los últimos años de su vida, muy devoto de Nuestra Señora de Fátima. Antes de su muerte, acaecida en 1929, manifestó el deseo de ir en peregrinación a Cova da Iria. La actitud de su administración, durante su exilio, había sido dictada por la prudencia necesaria.

[←116]

13 de junio de 1921.

[←117]

Entonces había treinta y dos kilómetros de Aljustrel a Leiria-estación. Han hecho un camino más directo.

[←118]

Filomena Moráis de Miranda, que muy pronto fue madrina de confirmación de Lucia. Muy devota de Fátima, fue una de las primeras «servitas» de Nuestra Señora. Murió el 12 de noviembre de 1935.

[←119]

Congregación fundada en 1834, por la bienaventurada Paula Frassinetti, beatificada en 1930.

[←120]

Decreto episcopal del 3 de mayo de 1922.

[←121]

Una segunda fuente brotó, también en circunstancias sorprendentes, a unos cuantos metros de la primera, en la primavera de 1927.

[←122]

Señor Antero de Figueiredo.

[←123]

Figueiredo llama así a la procesión de la estatua de la Virgen, llevada desde la Capelinha hasta lo alto de las escaleras y retorno, porque el pueblo aclama a María agitando pañuelos y tapabocas blancos.

[←124]

Se cuenta que el general Carmona, asombrado por la fe de los peregrinos, dijo:
«No sabía en modo alguno que el sentimiento religioso fuera tan vivo en Portugal».

[←125]

Esta peregrinación era el cumplimiento de una promesa hecha por todos los obispos portugueses, unas semanas antes del comienzo de la revolución española (13 de mayo de 1936), si el país era preservado del comunismo ateo. En ella se renovó la consagración del país a Nuestra Señora de Fátima, hecho durante la primera peregrinación nacional de acción de gracias el 13 de mayo de 1931.

[←126]

En 1949 se han comenzado inmensos trabajos de explanación y de urbanización. La ampliación del santuario cubre ahora ciento veinte hectáreas.

Gracias a la bondadosa autorización de monseñor el obispo de Leiria y de sus superiores, el autor ha podido hablar con sor Lucia de Jesús sobre los acontecimientos que narramos en este libro los días 17 y 18 de octubre de 1946. En este momento, residía en el Colegio do Sardao, Vila Nova de Gaia (cerca de Porto), Que tenga a bien encontrar aquí la expresión de nuestro agradecimiento por la muy caritativa acogida que nos dispensó.

Desde el Jueves Santo de 1948 se encuentra en el Carmelo de Coímbra, con el nombre de *sor María Lucia del Corazón Inmaculado*. Por bondad del arzobispo de Coímbra, pudimos hablar de nuevo con ella el 15 de octubre de 1950, en compañía de S. E. monseñor Gabriel Breynat, arzobispo titular de Garella, en otro tiempo vicario apostólico de Athabaska-Mackenzie (Canadá).

En su claustro, la vidente ora sin cesar por el éxito del Camino Mundial, por la conversión de Rusia y por la paz del mundo.

Se unió a la oración de una multitud enorme de peregrinos (un millón, dicen) que fueron a Cova da Iria a rogar por las mismas intenciones cuando Su Santidad Pío XII quiso clausurar solemnemente el Año Santo mundial allí donde antes era el prado donde pastaba su rebaño familiar (13 de octubre de 1951).

[←128]

Posteriormente, en el área gigantesca de la Cova da Iria (más de 125.000 metros cuadrados, el doble de la plaza de San Pedro del Vaticano) se han terminado ya un gran hospital para los enfermos, una Casa de Ejercicios Espirituales, y para otras actividades de la Acción Católica, con amplias capillas para las misas y para las confesiones. Se ha ultimado la ornamentación de la basílica y está en marcha la construcción de otros muchos edificios. El plan general de urbanización de Fátima se debe a los ingenieros Karrodi y Cristino. La construcción del recinto del santuario fue dirigida por Juan Antunes, natural de Leiria, ingeniero del municipio de Lisboa.
(N. del T.)

[←129]

El reverendo Oliveira Reis en la actualidad es párroco de San Juan Bautista de Pedreira, en Lisboa. Ha tenido la bondad de proporcionarme preciosos datos sobre los orígenes de Fátima.

[←130]

Este aspecto de profunda cubeta ha quedado muy disimulado después de los últimos trabajos de nivelación.

[←131]

En todo el vasto territorio de Fátima solo hay una escasa fuente, de difícil acceso, en un profundo barranco apartado de la población. Algunos veranos, los habitantes de la meseta han de ir en busca del agua a los pueblos más bajos. A veces han surgido incidentes, pues los habitantes de estos pueblos se oponen a que les quiten el precioso líquido. Recientemente el agua ha sido canalizada desde Vila Nova de Ourem hasta las nuevas edificaciones.

[←132]

Esta agua, recogida en un gran depósito subterráneo, debajo del monumento al Sagrado Corazón, se distribuía, hasta 1950, por medio de dos series de quince llaves de paso, situadas a dos distintos niveles. Después de los últimos importantes trabajos, el agua que surte las llaves de reparto colocadas a lo largo de los muros de contención, procede de la canalización general.

[←133]

En la primavera de 1951 se introdujo su proceso de beatificación.

[←134]

El señor De Paula no sabía el nombre de este sacerdote de Penacova. En nuestro capítulo sobre «La prensa portuguesa y las apariciones» hemos hecho mención del señor cura párroco de dicha ciudad, reverendo Cruz Curado, que envió un relato muy correcto del prodigio al periódico *A Liberdade*. Se trata probablemente del misino, «convertido» por el resplandor de la «señal de Dios». El propio reverendo Cruz Curado, en contestación a un artículo blasfemo del periódico *A República*, publicó en *Navidades* un hermoso relato del prodigio solar del 27 de marzo de 1949. ¿No habrá querido reparar de esta forma, treinta y dos años después, su escepticismo de 1917?

[←135]

Hay que tener presente, cuando se citan estas palabras del Redentor, el tono y la intención, pues inmediatamente el Salvador otorga el milagro implorado (Ioh 4, 46-53).

[←136]

Y así acontecerá al futuro obispo de Leiria... y a muchos, muchísimos cristianos.

[←137]

Pocos días después del prodigio solar, el 19 de octubre, vino con licencia a Fátima el capellán del Cuerpo expedicionario a Francia, reverendo Lacerda. Antes de su movilización era director del *Mesageiro* de Leiria y párroco de Milagres.

[←138]

Véase capítulo XX.

[←139]

«Jefes de orden». Así se llaman unos como policías voluntarios, a quienes puede llamar el *regedor* (alcalde) en caso de necesidad.

[←140]

Al objeto de apartar a los pequeños videntes, en caso de producirse algún tumulto, el señor Marto les acompañó a que oyesen misa en la capilla de una casa solariega de la parte de Ourem Viejo. Allí pasaron el día.

[←141]

Era mi propósito, en mis viajes a Fátima, recoger las impresiones del señor D'Oliveira Santos. Pero él se negó obstinadamente a recibir a los eclesiásticos y a responder a cuantas preguntas se relacionan con los acontecimientos de la Cova. Sus últimos años vivió retirado en Vila Nova, adonde regresó después de un exilio voluntario en España. Aunque enemigo del régimen actual, nadie se preocupaba de importunarle. Murió en Lisboa en septiembre de 1955.

[←142]

En ausencia del párroco, que había renunciado, como sabemos, administraba la parroquia el reverendo Moreira. Pero a la fiesta del 13 asistieron el deán de Olival y otro sobrino suyo, el reverendo Agustín Marques Ferreira, a la sazón párroco de Espite, que muy pronto había de sustituir a su desalentado primo.

[←143]

La voz popular atribuía la primera y principal responsabilidad al prefecto de Santarem, y su ejecución a unos sujetos de Vila Nova, amigos del tristemente célebre «Hoja latero». A los pocos meses, dos jóvenes se suicidaron en esta ciudad. Todo el mundo aseguró que tanto el uno como el otro eran hijos de autores del atentado. Uno de los dos padres, tomando el suicidio de su hijo como un castigo del cielo, se convirtió e hizo bautizar a los demás hijos. El otro padre huyó al extranjero.

[←144]

El canónigo Barros explica esto por la «reserva» natural del príncipe de la Iglesia.

[←145]

La ciudad tiene ahora una hermosa catedral y varias iglesias. Actualmente tiene, además de la Curia episcopal, clero parroquial suficiente, un cabildo, dos seminarios, etc.

[←146]

A la sazón Lucia estaba, desde hacía casi un año, como pensionista en el Asilo de Vilar (Oporto).

[←147]

Esta paloma vino a acurrucarse junto a la Virgen una noche del 12 al 13. Permaneció junto a ella en todos sus desplazamientos. El 14, al mediodía, se la sacó de la Capelinha y el señor obispo la ofrendó a un peregrino, gran apóstol de Fátima, Mr. John Haffert. Actualmente cuida de la palomita, por encargo del señor Haffert, una hermana de este, religiosa carmelita en el mismo convento de donde partió, en 1950, una imagen destinada a Rusia, la cual está actualmente en Moscú y es venerada en la iglesia de las embajadas.

[←148]

Esta triste historia ha sido recordada por un historiador portugués, Costa Brochado, secretario de la Asamblea Nacional: *Fátima a luz da historia*, Portugalíá Editora, Lisboa, 1948.

[←149]

Salazar los ha definido así: «Un desorden que no era solamente una falta de orden, sino la alianza de todos los elementos positivos de disgregación, de ruina y de disolución nacional» (*Discursos*, tomo II, pág. 24, Coímbra, 1937).

[←150]

La hermana María Lucía afirmó lo mismo. En plena tormenta, el 2 de febrero de 1940, escribió al Santo Padre: «Nuestro Señor promete, en consideración a la consagración que nuestros señores obispos han hecho de la nación portuguesa al Inmaculado Corazón, una protección especial durante esta guerra, y que *esta protección será la prueba de las gracias que Ella concederá a las demás naciones si, como ella, le son consagradas*» (citado por Fonseca, *Fátima e a crítica*, pág. 31).

[←151]

Suecia, Suiza y España no eran países combatientes, pero estaban mucho más preocupados por la guerra que Portugal.

[←152]

Este éxito procedía seguramente de la publicidad que dieron las agencias de prensa al transmitir por todas partes las informaciones de la Ruta. La prensa francesa, en general, se mantuvo en una discreción ciertamente excesiva.

[←153]

En noviembre del 51, la Virgen de Fátima, prosiguiendo su viaje a través del mundo, visitó las islas de Samoa y el archipiélago de Cook, y en 1952-53 recorrió el Brasil. Regresó a Fátima en enero de 1954, de donde partió, en el mes de junio, hacia la República Argentina.

[←154]

Véase lo esencial de este documento en la parte documental.

[←155]

El padre Demoutiez, el canónigo Marques dos Santos, el padre Vermer, etc.

[←156]

Sobre el prodigio de las palomas, véase la nota especial 10 al final del volumen.

[←157]

Hemos recibido este relato de muy distintas fuentes, pero el padre Demoutiez nos lo confirmó y precisó sus circunstancias, en Fátima, el 13 de octubre de 1950.

[←158]

Otro hecho contra el prejuicio arriba indicado. El gran predicador de la radio de América, S. E. Monseñor Fulton Sheen, que nos honra con su amistad, nos dijo que conoce Fátima por nuestras publicaciones y reconoce que ha visto aumentar considerablemente el éxito de sus sermones cuando ha hablado del Mensaje de Fátima, en el que confía entusiásticamente. Se sabe que ocupa a cuarenta dactilógrafos para contestar a las 4.000 cartas que él recibe diariamente de sus oyentes. Se sabe también que el número .anual de conversiones de adultos en los Estados Unidos es en la actualidad de 150.000.

[←159]

Tratamos sobre el particular en nuestra comunicación al Congreso Mundial de la Paz de Lisboa (octubre de 1951).

[←160]

Encíclicas de 1883, 1884, 1885, 1889, 1891, 1892, 1894, 1895, 1896, 1897, 1898; un breve en 1883; carta al cardenal vicario en 1886; carta a los obispos de Italia en 1887; carta apostólica con motivo de la consagración, de la basílica del Rosario en Lourdes (1901). La institución del mes del rosario es de 1883.

[←161]

La Inmaculada Concepción, de Toulouse. Esta parroquia, fundada durante las apariciones de Lourdes (1 de mayo de 1858) por un sacerdote ordenado el día de la aparición de La Salette (19 de septiembre de 1846), tiene, desde 1946, una de las más hermosas imágenes de Nuestra Señora de Fátima, regalo del santuario de la Cova da Iria al autor.

[←162]

«Para nosotros, los católicos, no puede haber duda: no fue pura casualidad que el anuncio de la llegada de los delegados alemanes coincidiese con la festividad del Sagrado Corazón y que la paz se firmase al día siguiente, festividad del Corazón de María...» (Franc, en *La Croix* del 2 de julio de 1919).

[←163]

Cfr. Sh. Sauvé, *Le Culte du Coeur di Marie*, páginas 453 y siguientes.

[←164]

P. L. Poux, *Le Coeur de Marie et ses miséricordes*. página 114. El día 1 de noviembre de 1954, festividad de Todos los Santos y aniversario de la proclamación del dogma de la Asunción, S. S. el Papa Pío XII estableció la fiesta litúrgica de la Realeza de María, que se celebrará el 31 de mayo.

[←165]

Esta cuestión de la conversión de Rusia en sus relaciones con Fátima ha sido magistralmente tratada por nuestro amigo Mr. John Haffert en su libro *Russia will be converted* (Ave Maria Institute, Washington, 1951), que presenta, con detalles que sorprenden, la evolución del comunismo ateo y la del «misterio» de Fátima.

[←166]

Hasta el final de esta nota, P. S. de la adaptación castellana, por F. P.E.

[←167]

Así se declara expresamente en el cartel titulado *Mensagem de Fatima*, publicado por el «Mensageiro do Coração de Jesús», Braga, 1961.

[←168]

Cfr. DE MARCHI: *Era urna Senhora...*, 5.A ed., citada, páginas 315-319, 92 y 99; y también GONZAGA DA FONSECA: *Las maravillas de Fátima*, trad. cast., 7.a ed., citada, págs. 51-52, 167 y 404.

[←169]

Cfr. DE MARCHI, *op. cit.*, pág. 316.

[←170]

Cartas de la «madrina» Madre Godinho, 19 a 30 noviembre 1937, citadas en DE MARCHI, *op. cit.*, pág. 92.

[←171]

Cfr. DE MARCHI, *op. cit.*, pág. 316 y GONZAGA DA FONSECA, *op. cit.*, pág. 51.

[←172]

Cfr. ÁNGEL HERRERA ORIA: *La palabra de Cristo*, tomo I, Madrid, B. A. C., 1953, pág. 578, que da una traducción con algunas imperfecciones, que quedan aclaradas en la versión de fray ANTONIO CORREDOR: *Lucía de Fátima dice*, Madrid, Studium, 1958, págs. 13-14.

[←173]

Libro de la ley de los judíos. (*N. del T.*)

[←174]

Las estadísticas prueban que, desde 1945, es decir, después de haberse extendido por todo el mundo el Mensaje de Fátima, el número de peregrinos a Lourdes aumenta sin cesar (1.832.000 en 1951 por 1.600.000 en 1950).

[←175]

Se decidió en Fátima el 30 de enero de 1958.

[←176]

En efecto, leemos en la prensa de agosto de 1954: «El cardenal patriarca de Lisboa y el conjunto del episcopado portugués han tomado parte en una gran peregrinación a Lourdes como acto especial de las solemnidades del Año Mariano. Se indica que la LXXXI peregrinación nacional francesa a Lourdes ha sido, en realidad, una peregrinación destinada a una común veneración de Nuestra Señora de Lourdes y de Nuestra Señora de Fátima. Presidió la peregrinación el cardenal patriarca de Lisboa» (*N. del T.*).

[←177]

El doctor Mendes do Carmo ha publicado un libro sobre este caso, sucedido en 1944: *Brilhante Milagre em Fatima*, União Grafica, Lisboa. El testimonio del doctor Pereira Gens se halla en la página 44.

[←178]

En una redacción más reciente ha añadido sor Lucia: «A los que la abracen yo les prometo la salvación. Estas almas serán bienamadas de Dios, como flores colocadas por mí cerca de su trono».